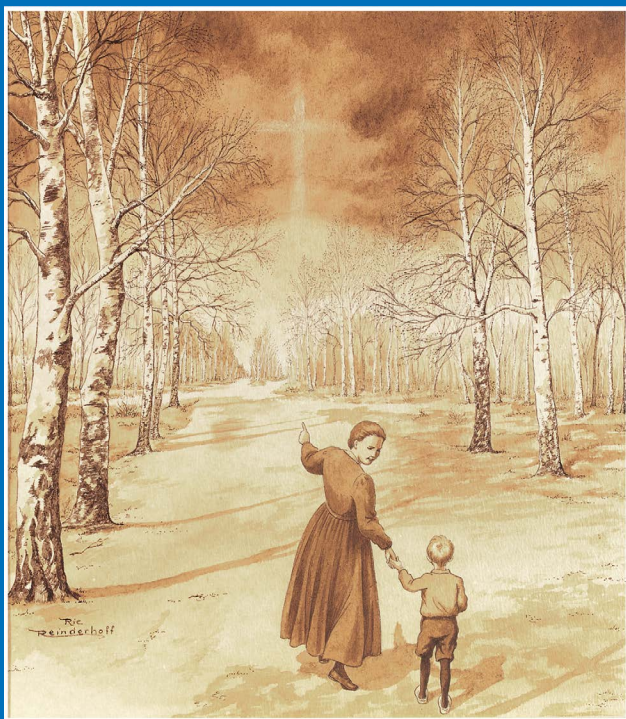
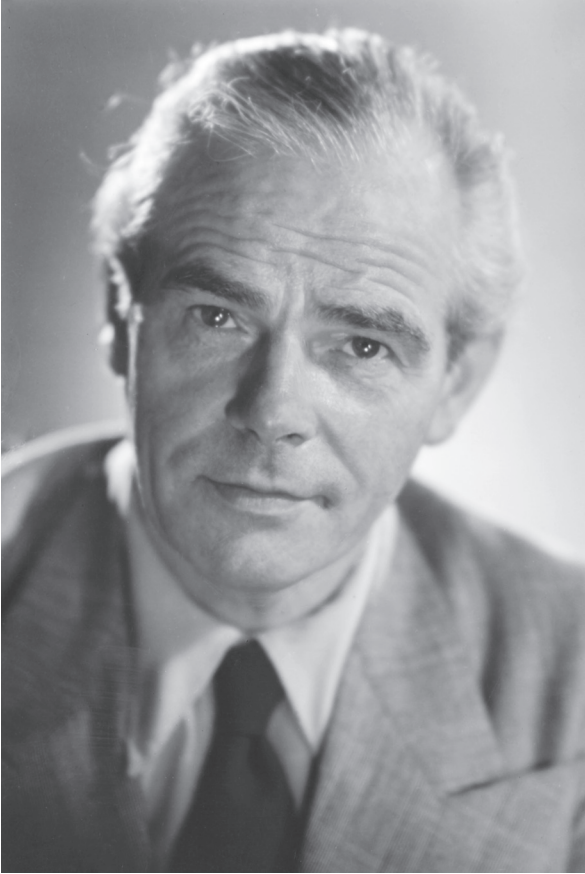


Jeus de madre Crisje

Parte primera



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Jeus de madre Crisje

Parte 1: Una vida en dos mundos



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

En la portada verá el mismo dibujo original que se hizo para la primera edición.

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Jeus de madre Crisje, Parte 1, 2023.

ISBN 978-94-93165-53-3

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1950

Hendrik, di lo que quieras, pero yo te digo: ¡este también es niño!	21
Cris, este tiene unos ojos como cielos	38
Crisje, estuve en un cielo	64
El coro viene a cantar	83
No me crearás, Hendrik, pero estaba pensando en brujas	93
Hendrik, cuánto respeto te tengo ahora	107
Si no te burlas de mí, Hendrik, te contaré un milagro	119
No me quites eso, Hendrik, o ya no podré vivir	128
¡Jeus está donde las palomas, mamá!	145
¿Es cierto que robas?	164
Oh, Bernard, ¡qué agradecida te estoy!	173
Deut, el domingo te daré un centavo si ahora quieres jugar un momento con Jeus	189
¿Quieres que te magnetice Manus, Jeus?	205
¿Bad, te queda una vejiga para nosotros?	211
Jeus, algo le pasa a Deut, ¿puedes ir a verlo?	221
Sí, mamá, tengo exactamente lo mismo	237
Vamos, chicos, juguemos ahora en las nubes	255
¿Entonces ese era Nuestro Señor, mamá?	262
Los ángeles son sagrados, los ángeles no roban nunca	273
Mamá, necesito crías	287
Crisje, le doy mil florines por su secreto	304
Gerrit, vamos, ven a ver, ya recibí a mi hermanita	318
Señora Aanse, fue mi Bernard quien lo hizo	325
Eso es mentira, señor párroco	336

Ay, Crisje, pasaron por encima de tu Bernard y se quedó sin piernas	341
Jeus, estoy muerto, pero aun así sigo vivo	354
Mamá, aquí está papá y te está cantando	366
Pero ¿dónde estará papá, José?	375

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1950

Jeus les dice bien alto:

*Conviertan también su vida
en un Arpa, que Dios
pueda tocar.*

*Me gustaría dedicar esta trilogía a mi Crisje querida; a su marido,
Hendrik el Largo; a mi mujer Anna; a mis hermanos Johan,
Bernard, Gerrit, Hendrik y Teun, y a mi hermana Miets.*

Hendrik, di lo que quieras, pero yo te digo: ¡este también es niño!

Febrero de 1898. La gente dice que nunca ha vivido un invierno como este. Les gana a todos, pues no pasa un solo día sin que hiele intensamente y se den temporales de nieve sin precedentes; este tiempo no lo aguanta ni un perro.

Y para los hombres que trabajan en Emmerik es sin duda muy duro, porque ayer el tranvía de vapor entre Zutphen y Emmerik no pudo completar el viaje: se quedó varado en el camino. Durante hora y media tuvieron que vadear chapoteando por la nieve. Llegaron a su trabajo convertidos en carámbanos siberianos, y solo los más fuertes, pues los más débiles habían renunciado. Entre los voluntariosos también estaba Hendrik el Largo, el esposo de Crisje, a quien un inviernito de estos no espantaba en lo más mínimo. Al contrario, era quien iba soltando las tonterías que hicieran falta para arrastrar a los demás. Así fue como esos tipos duros superaron su miserable viaje. Por la noche tuvieron un golpe de suerte: el tranvía Zutphen-Emmerik los llevó de vuelta donde sus mujeres e hijos, lo que obviamente también estos valoraron sobremanera.

El Largo ya está levantado. Crisje todavía está en la cama, aunque no sea su costumbre, pues ella siempre es la primera en levantarse. Pero ahora tiene una muy buena razón. Espera su tercer hijo y esa joven vidita sigue prolongando el tiempo de espera. Sin duda que la diferencia entre esta y la llegada de sus dos primeros niños es muy curiosa, se podría incluso empezar a creer que este niño no quiere nacer. Crisje piensa una y otra vez 'ahora va a pasar', pero un poco después los dolores vuelven a atenuarse y tiene que volver a quedarse a la espera. Mina, la partera, dice:

—Los niños que se hacen esperar suelen tener un carácter especial, Crisje, y si además nacen en domingo, aún menos tienes de qué quejarte.

No saben si efectivamente es una verdad incuestionable. Y por lo tanto mejor lo dejan así.

Cuando el Largo, que está metido en su laboriosidad, le pregunta cómo va todo ahora, Crisje le contesta:

—Ni yo misma lo sé, Hendrik. Es tan distinto que cuando Johan y Bernard... Si te digo la verdad, el dolor no quiere imponerse. A cada rato pienso que va a pasar algo, pero luego vuelve a bajar. Y es que no está en mis manos.

Efectivamente, así es, Crisje. Son las leyes de Nuestro Señor. Son las leyes que los seres humanos no alcanzan a controlar. Hendrik pone café mientras canta un poco. El Largo canta muy bien. Está dotado de una preciosa voz de

tenor. En todo el vecindario y hasta en muchas leguas a la redonda se conoce la voz del Largo. A las seis de la mañana ya puedes oír su ‘Ave María’. Pero hoy no le sale del corazón. Esta mañana, Hendrik canta porque está que se lo lleva el diablo. Todavía se come el coco por la miseria de la mañana del día anterior, y se lo quiere ocultar a sí mismo. Y tal vez por otra cosa más. Y es que hace no tanto tiempo tuvo que tomar una decisión muy seria y difícil.

Le propusieron cantar en la ópera, después de haberse formado, poniéndolo ante uno de los momentos más duros de su vida. Mucho, muchísimo tuvo que reflexionar sobre esta seductora oferta. Durante meses sopesó las ventajas y desventajas. Crisje observó con temor y angustia la lucha interior, muy consciente de que, si aceptaba la oferta, junto con él saldría por la puerta también su felicidad. Hasta que Hendrik finalmente tomó la decisión, haciéndola infinitamente feliz cuando una noche llegó a casa con la noticia:

—Cris, no voy. Me quedo contigo y los niños.

Crisje abrazó efusivamente a su amor, al padre de sus hijos. Este fue un poderoso regalo que le dio para la vida, por el que ella tenía un sagrado respeto. Hendrik ha adquirido un cierto respeto y una determinada superioridad, también entre sus paisanos. Toca el violín, canta en el coro y fundó su propio cuarteto. Es muy amigo del señor párroco. Por nada del mundo quisiera este cura perder al Largo. Por lo tanto, cuando el reverendo se enteró de que Hendrik sacrificaba el honor y la fama, y que su iglesia no lo perdía, le dijo a él y a Crisje:

—Hendrik, Nuestro Señor los bendecirá a ti y a Crisje, ¡tenlo por seguro! ¡Eso sí que no es ninguna insignificancia!

El buen señor párroco sabe cómo es su Largo. También conoce el carácter increíblemente bello de Crisje. Casi destaca por encima de la torre de su iglesia. ¡También sabe que Crisje tiene contacto con los “cielos”! ¡Y es la verdad!

Que a Crisje no le vengán con chismes sobre otra gente. Ni que intenten lanzarle fango a nadie en su presencia. ¡Cada ser humano tiene sus errores y Nuestro Señor perdona todo! Entonces ¿por qué la gente le complica tanto la vida a los demás? ¿No es una vergüenza? Crisje valora la vida recibida de Dios y conoce a la gente. También conoce a su Largo y su alma. También sabe que Hendrik está cantando porque se ve ante una superioridad que ahora se llama “invierno”. Ahora al Largo por todos lados le están dando una buena tunda. Sin duda puede con eso, pero no es sencillo, porque a Hendrik no le es fácil inclinar la cabeza. Crisje pregunta:

—¿Qué tal está el día esta mañana, Hendrik?

El Largo mira afuera, y se asusta. Crisje oye que se queja:

—Maldita sea, Cris, ni un caballo podría pasar por esto. La nieve está amontonada contra la puerta.

Crisje también se sobresalta, pero por otra cosa que su Largo. Cuando

Hendrik oye:

—¿Y esa es razón para maldecir, Hendrik? —También él lo sabe—. Vergüenza te debía dar. ¿No sabes acaso a lo que estamos esperando?

Lo ves, Largo, esa es tu Crisje. Pero él enseguida tiene preparada su respuesta.

—¿Y eso qué tiene que ver con este miserable invierno, Cris? No me hagas reír.

Crisje es suficientemente sensata como para mejor quedarse callada ahora. De todas formas, el Largo siempre quiere tener la última palabra. Pero a ella maldecir le parece espantoso; para su vida, alma y personalidad es casi peor que un asesinato. Aun así y como siempre, le dan risa las rarezas del Largo. Hendrik nunca se muerde la lengua.

En él, mofar y bromear son cosas que se dan solas. Su espíritu es inagotable, y su juicio y comentarios son siempre atinados. Y por eso es que Hendrik tiene tantos amigos. Es el rey incontestado del pueblo; el hombre del entusiasmo y del inspirado progreso. Tiene una cabeza pensante, no se cansa nunca y siempre agarra el toro por los cuernos. No tiene límites. El ser humano necesita tener una fuerte voluntad; de lo contrario tiene que aceptar su perdición. Y así además honra la concepción: ¡que la Vida le ponga enfrente lo que quiera!

—Aquí está tu café, Cris. Pero ¿cómo vas ahora? ¿Sigues con dolor?

—Qué te diré, Hendrik. ¡El dolor no quiere imponerse!

Hendrik se queda pensativo por un momento, para luego decir:

—Qué raro, ¿no? Los otros dos no nos dieron problemas, ¿o sí, Cris?

—Para nada, Hendrik, cuando Johan y Bernard todo fue diferente. Cuando Johan, no llevaba ni un día en cama cuando aquel ya estaba llorando. ¿Recuerdas? Bernard vino un poco después y también fue el que me causó más dolor. En mi vida lo olvidaré. Pero ahora ya no sé, Hendrik.

Un día en que el Largo está en la cocina, su café y su pan en la mesa para empezar a comer, oye a Crisje gimiendo y se apresura a la habitación.

—¿Qué pasa, Cris? ¿Ahora sí va a llegar? ¿No será mejor que me quede en casa hoy?

—No —dice Crisje tajantemente—, tú vete a trabajar, el dinero nos viene bien. Ya me las arreglo yo sola.

Ves, Hendrik, ¡otra vez tu Crisje! Ella sabe arreglárselas sola: no le haces falta para esto. Otras mujeres se sentirían en el séptimo cielo al tener a su marido en casa; ella no. Piensa en todo. ¡Tu lana hace falta! La vida exige demasiado. Naturalmente, el Largo tiene que decir algo más, y añade:

—Pues tú sabrás. Solo te quiero ayudar, ¡nada más!

Una sonrisa embelesada le invade la cara a Crisje, los sentimientos de cálida gratitud y cariño que irradia llegan hasta Hendrik. Son las pequeñas

orquídeas de su bello y amoroso corazón, que ahora le ofrece a su Largo. Y el Largo las agarra, apretando a su Crisje con tanta fuerza contra su pecho que esta por poco se asfixia, y esta maúlla:

—Tampoco me aplastes hasta matarme, Hendrik, loco larguirucho. Vete, si otra vez tienes que ir caminando pierdes medio día.

Crisje es la única que le puede decir “loco larguirucho”, y a Hendrik le parece que el mismo Padre lo dice, tanto le acaricia la vida. Le llega directo al corazón, no le cabe duda y lo siente a conciencia. Aun así, añade bromeando:

—¿Así que lo que quieres es que me largue, verdad?

—Sabes que no es cierto, Hendrik. Pero ¿qué querías hacer aquí? ¿Estar mirando, estorbando nada más?

Ahora el Largo ríe de diversión. Esa Cris, hay que ver. Se sienta un momento, con prisas devora su pan y se toma su café en lo que se prepara para salir. Pero en el momento en que el Largo está inclinado sobre su ángel, dándole un beso, Nuestro Señor les lanza una sorpresa, un golpecito de suerte, una mano fuerte, también, pues se hace oír el tranvía “Zutphen-Emmerik”.

—Las cosas que pasan, Cris. Se lo agradeceré a Nuestro Señor. Que todavía nos tenga compasión a nosotros, pobres humanos. Si hubieras escuchado las palabrotas de todos estos hombres, Cris, lo entenderías. A la hora de la verdad, resulta que es Él quien lo controla todo.

Como siempre, Crisje suaviza sus palabras, diciéndole en tono de regaño:

—¿Te has vuelto loco de verdad, Hendrik? Mejor vete volando o se te va el tranvía, y eso ya sería el colmo. No hace falta que para todo echés mano de Nuestro Señor.

—Si de Él no dependen el verano y el invierno, ¿entonces, de quién, Cris?

—No lo conviertas en una feria, Hendrik, y apúrate ya o tendrás que correr.

Ahora el Largo sale volando, diciéndole a Crisje:

—Hasta la noche, Cris.

—Pues espero, Hendrik, que entonces podré ponerte en las manos al niño. Adiós, Hendrik.

—Adiós, Cris.

Ya se fue el Largo, y Crisje se queda pensando en la cama. Ya por la mañana vive una comedia con el Largo. Siempre es así, nunca está de mal humor. Nunca anda cabizbajo. Siempre es fuerte y consciente, y sabe lo que quiere. Cómo podrá algún día darle las gracias lo suficiente a Nuestro Señor por todo lo bello que se le ha concedido recibir. Lo sabe bien, le tocó luchar por ello, su felicidad no le fue regalada. Sus pensamientos vuelven al pasado, cuando hacía lo que fuera para tener al Largo. Sus padres estaban muy en contra, porque él no les caía bien. Pero a Crisje le gustaba su bella voz, su cordialidad natural y su carácter alegre, su audacia y su gran fuerza de voluntad.

A los padres de Crisje les iba bien. Pero los del Largo no importaban tanto, eran solo personas de lo más normales, muertos de hambre, según los padres de Crisje, y a estos un compromiso no los ilusionaba en lo más mínimo. Por todos los cielos, ¡cuánto se rio entonces! Qué tormenta fue. Menudo Hendrik. El milagro se dio en la feria. Crisje estaba controlada por sus padres. Le habían prohibido siquiera mirar a Hendrik, pues ¡este noviazgo no valía un comino! Pero Crisje no quería a nadie más que a él y Hendrik pensaba exactamente lo mismo. Para él tampoco existía nadie más en este gran mundo. Crisje lo era todo para él. Paseaba por la feria con sus padres. De pronto tuvo al Largo frente a ella. Primero la miró a los ojos, para luego dirigirse a sus padres. Se decidió en un abrir y cerrar de ojos, y espetó a sus padres:

—¡Ahora vuelvan (volved) a intentar meter una cuña entre nosotros, y les cuento otra cosa muy distinta!

Ante los ojos de sus padres y demás presentes, Hendrik besó a su ángel y desapareció con ella.

—Y ahora, Cris —había dicho el Largo—, vamos a disfrutar la feria. ¿Quién quiere hacernos algo?

Crisje se acordaba perfectamente. Habría podido escribir un libro sobre el asunto, tan conmovedor era su Hendrik para su vida y para la felicidad que recibía. Su príncipe azul la había ceñido con sus fuertes brazos y ni sus padres ni ningún ser humano, nadie ni nada había sido capaz de sacarla de esa euforia. Cuando llegó a casa tarde por la noche, Dios mío, cómo tuvo que luchar por su amor. Pero entonces sus padres vieron a otra Crisje. Ahora lo sabía, y para siempre. Era el Largo. Hendrik la tendría, y ningún otro. Ahora ya no recuerda de dónde había sacado las palabras. Pero sus padres se quedaron mirando pasmados cuando Crisje dijo:

—Ahora tomo las riendas de mi propia vida, ¡que les quede claro!

Solo entonces a Crisje se le abrieron los ojos de verdad, y se fue dando cuenta de lo torpes que eran sus padres en realidad. Esas personas no estaban vivas. Eran muertos en vida. Eran exigentes, mezquinas y soberbias. Y la soberbia lleva a la perdición. Nuestro Señor no quiere saber nada de eso. Y es casi lo peor que hay. Entonces te acecha el diablo.

Cuando Crisje se casó, el regalo de bodas de sus padres fue una fuerte pelea, pero el Largo la terminó en el momento con las palabras:

—Ven, Cris, aquí no tenemos nada que buscar, no son seres humanos.

La valiente Crisje dejó a sus padres sin volver a preocuparse por ellos y siguió a Hendrik, lo que este sigue agradeciendo intensamente hasta el día de hoy. Claro, ella también sabe lo que está escrito: “Honra a tu padre y a tu madre”. Pero cuando unos padres van en contra de todo lo que es bueno y siempre intentan imponer su propia voluntad, la cosa cambia. Crisje habló al respecto con el señor párroco, y sabe que obtuvo a su Largo porque el señor

párroco habló en su favor con sus padres. A ella le dijo el buen pastor:

—Crisje, tienes que seguir la voz de tu corazón. Claro, tus padres ya no tienen nada que decir, nada de nada.

Eso fue decisivo, y se bendijo su matrimonio. Crisje no dudó ni un segundo. Su felicidad es completa. Desde entonces, en todos esos años, no ha vuelto a ver a sus padres. Obviamente, eso también va en contra de los mandamientos de amor y justicia, pero Crisje sabe también que sus padres son tan estrechos de espíritu que no hay manera de tratarlos. Además, ¿qué pueden decir ellos de su Largo? ¡Nada! No, en esto sus padres tendrían que haber actuado de otra manera. No le dieron un centavo, y por lo demás, Hendrik no quería nada de ellos. Podían quedarse con su felicidad.

—Que se guarden su dinero —dijo Hendrik—, para que más tarde puedan comprar un hermoso ataúd, esos pelagatos, esos hipócritas zoquetes.

Cuando el Largo despotricaba así, Crisje no podía evitar rebelarse, y lo moderaba un poco. Finalmente, seguían siendo sus padres, y no se tira a la basura a un ser humano. Con mucha seguridad sabía para sus adentros: sus padres lo tendrían que enmendar.

Ahora Crisje tiene tiempo de pensar. Todas esas cosas se le vienen encima. Aun así, tiene razones para estar agradecida. Hay tanta belleza por la que puede darle las gracias a Nuestro Señor. Imagina solamente que el Largo hubiera cedido ante la tentación y hubiera ido a la ópera. Entonces habría ido por el mundo, dejándola a ella y los niños solos. Entonces su imponente felicidad se habría desbaratado, irreparablemente destruida, porque no había dinero que pudiera pagar algo así. No, entonces prefería mil veces no tener dinero. Prefería matarse trabajando para mantener esta bendición obtenida de Dios. Su Hendrik es un bonachón. En esos días, cuando Hendrik ya se veía en el escenario, le pintaba a Crisje los palacios más hermosos, pero —ella lo veía muy bien— que carecían de valor vital, porque el ruidoso contenido era incomprendible para almas sencillas. La gente a su alrededor hablaba del asunto a diario y pensaba que el Largo era un tonto. ¿Cuánto ganaba ahora? Una miseria, claro. Pero como cantante de ópera, podría disfrutar de todo. ¡Por Dios! París, Londres, Berlín, Viena, Nueva York. El Largo simplemente lo tiraba al suelo y lo pisoteaba hasta dejarlo añicos. ¿Estaba loco de remate? Lo recibirían reyes y emperadores. Las puertas de los ricos de la tierra se le abrirían de par en par. ¿Acaso no lo sabía Hendrik? Crisje sabía que no era así. Esos tontos no entendían sus vidas ni conocían su amor. Las personas solo veían el dinero y la fanfarronería, pero no el vacío que había detrás. No, hasta allí no alcanzaba su mirada. Eran personas sin cabeza. Pero por su negativa, Hendrik empezó a ser muy respetado. Se atrevía a decirle al mundo: no me hacen falta tu coche ni tus palacios. A pesar de eso, de vez en cuando, para sí mismo, volvía allí. Entonces se recostaba en una rica silla, fumando

finos puros de a veinticinco centavos y... sí, entonces sus pensamientos eran: '¿No me has visto? ¿No me has oído cantar aún? Pues a ver si vienes un día a escucharme. He estado por todo el mundo. Y conozco a mi gente, créemelo'. Qué gloria. Entonces, también Crisje tenía que oír lo increíblemente rica que veía la vida para sí mismo y para ella. Pero ella era lo suficientemente inteligente para no entrar al trapo. Y efectivamente, tenía que admitirlo honestamente: no era sencillo. Pues finalmente, un ser humano no dejaba de ser un ser humano. Para el Largo fue la única manzanita del verdadero paraíso y la dejó colgada. Esa fue la obra de arte que llevó a cabo. Justo frente a los ojos de todos esos pobres diablos cerró el portoncito, y cuidadosamente. Fuera de aquí, tontos. Hay que conocer la vida. Y cuando en casa Hendrik puso su problema sobre la mesa, Crisje, sin embargo, se quitó de encima lo que aquello tenía de sagrado y se lo devolvió al Largo con las palabras:

—Tú mismo, Hendrik. Yo te digo, esto que tenemos ahora no se compra con dinero.

El Largo ya no pudo objetar nada contra eso. Le atenazaba la garganta y el mundo de sus pensamientos por completo. Ahora estaba con la boca abierta y sin saber qué decir. Crisje consiguió que le diera razón y Hendrik inclinó la fuerte cabeza.

Cuando el Largo iba donde Hent Klink para tomarse su licor de hierbas, los tipos habladores siempre tenían una cosa nueva para su vida y la de Crisje, y obviamente sus idas siempre eran mucho mejores. En tabernas de estas se trastocaban vidas humanas, se les engaña y se reducen conscientemente a polvo. Si acaso el mundo todavía lo ignoraba, era allí donde se reunían los genios. Y cada uno lo sabía mejor que los demás. Pero para ellos mismos no sabían nada. Los ratones se morían en sus alacenas, sus casas eran pobres. Crisje lo entendía demasiado bien. ¡Esos hombres! Ese licor de hierbas les daba todas esas inspiraciones. Solo sus propias vidas no sabían nada de eso y permanecían muertas en vida. Esas no salían del guardapolvo azul.

Lo que el Largo desgraciadamente no pudo alcanzar para sí mismo, ahora lo ve para sus chicos, porque Johan y Bernard cantarán. A Crisje hasta le dan ganas de llorar. Hendrik construyó para ella y los niños una imponente felicidad y siempre sigue adelante. No se deja desanimar. Si de vez en cuando la vida se le atraviesa, se flagela contra el suelo de la vida, pero no tira la toalla. Hendrik es fuerte y lo sostienen un par de piernas que pueden cargar su vida inconstante. Y al lado de ella y de Hendrik está Nuestro Señor, la iglesia, el coro y el cuarteto. Ella lo ve con su violín y su carácter imponente, por el que recibe esas muestras de amor y al que su vida debe su brillo esplendoroso.

—No, Nuestro Señor, para nada estoy descontenta. Soy feliz. ¿Cómo te lo puedo agradecer? Que hayas mantenido a mi Hendrik en casa, eso sí que es un milagro. Porque fuiste Tú y nadie más.

¿Oye Nuestro Señor su oración de agradecimiento? ‘Hendrik puede tomar el tranvía’, piensa Crisje. Otro pensamiento agradable. Ahora solo falta Jeus y luego puede volver a empezar. Porque esto de estar acostada y esperar no le gusta nada. Jeus..., Jeus..., es como si el niño le hablara. Sabe con toda seguridad que es niño. Cuando Hendrik no lo quiso creer, la respuesta que obtuvo no admitía objeciones de ningún tipo:

—Hendrik, di lo que quieras, yo te digo: este también es niño.

Es como si ya desde ahora el niño tuviera algo que decir. Es diferente y tan completamente nuevo para la vida de ella. Le resulta imposible expresar en palabras lo que es en realidad, pero ¡allí está! Con Bernard y Johan también lo había sabido de antemano. ¿Que de dónde viene esa seguridad, que le da esa verdad a su vida? Es extraño. Vive en su ser. ¡La misma vida lo dice! Crisje posee esa sensibilidad. No sabe cómo otras madres experimentan el imponente proceso. Ella sabe hablar con la vida. No, no es eso. Lo siente. Ahora este sentimiento es elocuente y se arrastra solo al lugar donde en realidad empieza la reflexión humana. Así debe de ser; tampoco sabe decir si es así en realidad. Para eso es una persona demasiado normal, una mujer de la campiña, un ser iletrado, pero con unos sentimientos por dentro como se encuentran solo rara vez. Alguna vez Mina dijo:

—¡Los sentimientos, Cris, lo son todo! Y tú tienes sensibilidad para estas cosas. Otras madres están muertas en vida.

Mina pudo llegar a ver y oír esta verdad, pues Crisje ya les había dado la bella vida a dos niños. No eran niñas... ¡Eran niños! Percibido de antemano por ella, o bien se lo había dado a saber Nuestro Señor.

Qué raro era que no se impusieran los dolores. ¡Qué extraño! Y aun así, puede esperar la vida en cualquier momento.

Ahora los niños se despertaron y llegó Trui para ayudarla. Trui, su hermana, siempre lo hace. Si bien no es una Crisje para los niños, ni tampoco tan religiosa como a Crisje le gustaría, ya no hay manera de cambiarlo. Hay ayuda y el ser humano debe agradecerla.

Cuando el Largo llega a casa y se encuentra a Trui, de inmediato hay tensión en el aire. Esos dos apenas si se pueden soportar. Hendrik le ha sondado el carácter y ahora sabe exactamente qué esperar de su cuñada. Si Crisje quiere evitar una fuerte pelea, esto pide su completa atención; a la más mínima se agarran o se dicen cosas duras. No ceden un palmo, y también Trui está a la altura de él. Crisje siempre tiene que servir de tope y amortiguar esas dos personalidades, de lo contrario no habría un momento de paz en casa. Sabe que la vida no le ha dado a su hermana lo que ella había esperado y que a ella también le encantaría tener hijos, pero desgraciadamente no se le ha concedido todavía este privilegio. El Largo muchas veces la hería con eso. A Crisje le parecía duro, muy duro, además de feo. Hay que respetar la tristeza

de los demás. En una ocasión, el Largo había dicho:

—Trui, esa amargada muerta, es demasiado tiesa para tener hijos.

En esa ocasión, Trui no apareció durante meses, a pesar de que casi fueran vecinas. En otra ocasión las cosas se desbordaron tanto que el tío Gradus, el marido de Trui, tuvo que intervenir, llamando al orden al Largo, para gran sorpresa de toda la familia, pues Gradus era un bobo de hombre que nunca se metía en asuntos ajenos. Pero cuando Crisje está embarazada, Trui vence toda la montaña de problemas y a Crisje le parece maravilloso. Para Crisje es la prueba de que Trui aprendió a inclinar la cabeza humana. Y el Largo tenía que estar muy agradecido, porque entonces la hermana de Crisje volvía a aceptar la derrota. También esto le parece una oración para Nuestro Señor.

Estas horas son gloriosas para Crisje, para reflexionar sobre todas estas cosas.

Cuando volvió a ver entrar a su hermana, habría podido llorar de felicidad. Y cuando Hendrik, testarudo, se había opuesto, su Crisje le propinó unos buenos golpes, y no le había quedado más que aceptarlo. Lo remojó en unos licores de hierbas y llegó un poquito tarde, tambaleándose demasiado sobre las piernas. Pero ¿qué estaría pensando el Largo? ¿Que podía apisonar su vida, así sin más? Trui había inclinado la cabeza y ahora Crisje deseaba que hiciera lo mismo. Hendrik recibió una advertencia muy seria:

—Si vuelves a hacerme eso, Hendrik, ya te diré otra cosa, y me voy.

El Largo se cayó de espaldas del susto; nunca había oído amenazas por el estilo de boca de su Cris. Tenía que andarse con paños calientes, y Trui llegó para ayudarlo. Claro, Trui tenía sus errores, pero era un ser humano. Y el Largo tampoco era infalible. No tenía por qué meterse esas tonterías en la cabeza, de cualquier manera no habría quien lo creería. La paz y el sosiego en casa eran todo; hacían un muy buen fundamento. Las peleas y las riñas, al contrario, socavaban todo y destruían la felicidad de los corazones. Y a ella eso no le apetecía nada. El camino de Crisje no era uno lleno de hoyos y baches, en todo quería ver aparecer la imponente luz y solo la veía por fe, amor y confianza. Para eso cada uno tenía que esforzarse por completo. Quien no lo podía o quería hacer, que aceptara la consiguiente “mierda”. ¿O no era cierto?

En una ocasión en que el Largo para variar estaba molestando a Trui, esta le lanzó en tono de reproche:

—¿Qué quieres lograr con el chirriar de tu tenor de cerdo?

Pumba, punto a su favor. Aun así, Crisje pensó que Trui no debía haberle espetado eso, pues el Largo sí que sabía cantar. Pero eran dos polos opuestos, ¿qué se le iba a hacer? A Crisje le parecía una historia muy triste. Aun así, luchaba por ambas vidas. Para ella, todos los seres humanos eran iguales, ¡porque todos eran hijos de Nuestro Señor!

Ahora Johan y Bernard perturban su pensar y sentir, porque quieren ver a su madre. Los chicos quieren hablarle de la hermosa nieve blanca, pero su tía Trui los ahuyenta.

—No nos deja hacer nada —se queja Johan.

No quieren a su tía. Y es que la diferencia con su madre es demasiado grande. Trui le pregunta a su hermana cómo se siente. Crisje no puede evitar reírse un poco por dentro, porque entonces Trui adopta la actitud de saber todo al respecto. Ahora Crisje recibe buenos consejos. Las recomendaciones del médico no tienen nada que ver con estos. Trui está realmente viva ahora. Cuanto más habla al respecto, más disfruta. De esta manera está enfocada la vida de Trui en este imponente acontecimiento, que sin embargo la deja completamente fuera, porque a ella no se le dieron hijos. Lo que Trui puede vivir ahora con Crisje es para ella una irradiación de un pequeño sol, del que se calienta.

—¿Todavía no quiere llegar el dolor, Cris?

—No, Trui, sin duda esta vez está tardando mucho. Ya no entiendo nada.

¡Vaya que Trui está disfrutando! Crisje percibe muy bien a su hermana, dos años mayor, y la entiende por completo. Es una triste pérdida. Ni a tu peor enemigo le deseas algo parecido. Trui siempre dice en tono compasivo:

—Ya se me pasó la edad para tener hijos. —Pero Crisje sabe muy bien que son tonterías, porque Trui ni siquiera ha rebasado los treinta. Entonces Crisje habla con su hermana como si esta hubiera tenido diez hijos y entonces está alegre por dentro. A cualquiera le gusta que le concedan algo y si siempre le das aquello que su vida anhela, las cosas siempre salen bien.

Crisje siempre navega con sigilo entre los caracteres. No choca con los escollos, para nada tiene ganas de eso. La misma gente tiene que encargarse de esas cosas molestas. Pero Trui no lo hace. Al contrario, siempre hace alarde de esas cosas y cuando ve que su vida se estrella contra ellas, la reacción es: “¡Ya no estoy en edad para tener hijos!”. Pero échale ahora un buen vistazo a ese barquito humano. ¡Pobreza, eso es! Crisje lo sabe muy bien: en el caso de Trui tiene las velas mal orientadas al viento y su barquita navega hacia el lado “contrario”. Eso suele entonces resultar en malhumor y en que se golpea la cabeza humana. Cuando esos asuntos alteran el corazón de Trui, empieza el lío con ella. Y Crisje sabe que el Largo se las arregla más que bien para hacer que Trui baile al son de su música, cuando él quiera e incluso sin que ella se dé cuenta, con lo ingeniosa que puede ser ella.

En cuanto Crisje empieza con sus frases bíblicas, Trui ya no puede seguirla. Ni tampoco quiere saber nada de eso. Pero entonces todavía queda Nuestro Señor y ante Él Trui tiene que inclinar la cabeza, de lo contrario nunca habrá hijos.

Cuando entonces Crisje le aclara las palabras de la Biblia, dice:

—Rezar y ser sencilla, Trui, eso es todo.

Pero ella tiene una aversión a los cayos en las rodillas. Crisje no, estaría agradecida incluso si tuviera que arrastrarse a la iglesia, y el señor párroco también está muy bien informado de eso. Crisje va a la iglesia todas las mañanas; se confiesa y comulga. Trui piensa que exagerar nunca es bueno. Así no complaces a Nuestro Señor. Es como si dijeras: quiero estar allí mismo, contigo. Quiero estar cerca de ti. Eso es soberbia. Estas vidas son tan diferentes una de otra, que una hace todo por medio de la fe y la otra por la desapasionada razón humana, con la obstinación y los interrogantes de “por qué y para qué” en el pecho humano. ¿De verdad pensabas poder forzar algo así, Trui?

Si Trui opina que no capta lo suficiente la atención de Crisje, empieza a hablar del acontecimiento que se avecina. Entonces llegan los consejos. Una bolsa de agua bien caliente también es muy buena, y “cambiar de postura”. Crisje no puede averiguar lo que Trui quiere decir exactamente con eso, pero es bueno para las contracciones, según ella. La leche caliente también es muy buena. A Crisje le es un misterio de dónde saca Trui toda esa sabiduría, así que espera tranquilamente hasta que llegue Mina. Y porque Mina se ríe de ella para sus adentros, a Trui tampoco le cae bien. Crisje sabe que así es como ocurre que la gente termina sola, porque no sabe qué hacer con ella misma ni con la bella vida.

—Mina no tarda en venir, Trui. —Y como si Crisje lo hubiera sentido, Mina está en la cocina y oyen sus “buenos días”.

—Hola, Mina.

—¿Qué pasa Cris, solo te dejan allí acostada? ¿Cómo vas?

—Todavía no quiere, Mina. Trui pensaba que tenía que cambiar un poco de postura, pero preferí esperar un momento hasta que hubieras llegado. ¿Eso me ayudará, Mina?

La partera ya lo entiende y sabe dónde aprieta este zapato. Ella también conoce a Trui.

—Sí, Cris —termina diciendo—, veamos.

Se sienta al lado de la cama, toma el pulso, palpa el abdomen, aprieta un poco aquí y allá, piensa un momento y luego dice:

—No, no, Crisje, de ninguna manera hagas malabares, quédate tranquilamente acostada, todo estará bien y ya se arreglará solo.

Y Mina no sería Mina si no supiera que a Trui le duele cómo le está llamando la atención. Pero estas cosas le son demasiado sagradas a Mina y no aguanta opiniones de ignorantes al respecto. Ahora se dirige a Trui:

—Y ahora solo faltas tú, Trui. Ya es hora, que lo sepas.

Esta disfruta de lo lindo. Oyén su famoso: “Ya no tengo edad”, pero el alma de Trui brilla. Mina también sabe que Trui es un alma apaleada. Su

corazón maternal quiere vivir, pero no puede. Su naturaleza está en flor, pero no llegan el fruto ni la flor ni las espinas, nada. En su caso sigue siendo una planicie rasa y árida. Ahora ambas le mandan una carga llena de bondad y una carretada de comprensión, pero también el “y tú qué sabes”, esos “cambios de postura” tuyos son buenos para el muñeco de una niña. Y a Trui se le puede leer en la cara: detrás de ese brillo están las espinas. Pero Mina no intenta agarrarlas, está por encima de esto y Trui ya no sabe qué decir. Entonces para Crisje ha llegado el momento de forzar el alma humana a inclinar la cabeza y le da su sermón a Trui:

—No eres la única en este mundo, Trui. Pero ¡la fe puede con todo!

Para Trui, la fe significa lo mismo que medio kilo de legumbres de a cuatro centavos el kilo. ¿Las oraciones? Valen menos que el peor papel tapiz. ¿Todavía no lo sabías? ¿Y aun así participas en “ciencias del parto”? Eso no hay que esgrimirlo, Trui. Sobre todo no con Mina, porque entonces te tocará aguantar un par de golpes. Pero en cuanto Trui siente que está del lado equivocado y que ya la calaron, gira hacia el otro lado. Entonces te das cuenta de que quiere ocultar su vida y de que se pone una máscara.

—Hablé con el señor párroco, Mina, y sé que estos son regalos divinos. ¡Y recé!

Cuando Trui habla así, más vale no dejarse engañar, como tampoco lo hacen Crisje y Mina, por lo bien que la conocen. Verdades como, “¡En la iglesia es donde hay que buscar la felicidad! ¡Allí está! ¡Tienes que rezar, es lo único que cuenta! Y también agachar la cabeza” zarandean la personalidad de uno, pero Trui las considera meros disparates. Mina, a su vez, lo dice de otra manera:

—Ay, qué quieres que te diga, Trui. Por qué no lo dices tú misma. Creo que puedo decir que tengo experiencia, ¿no? Pero te digo, en todos lados pasa algo. En casa de los Schroete los niños están en cama con esa terrible tuberculosis. Donde los Janse son las pústulas, que no se les van a quitar en la vida. Unos tienen una cosa y otros otra. De hecho, Trui, sin hijos es como mejor se está. Pero, pues sí, ¡eres madre o no lo eres! Y tú sí que tienes ganas.

Oyen una sola palabra, pero no la pronunciarán. No obstante, está en este mismo espacio. Mina lo saborea por un momento y luego se oye:

—¡Está en celo!

¡Muy mal, Mina! Trui no está en celo, ni tampoco tiene consciencia para la maternidad. Está encima del tejado y difunde lo que ha captado de otras madres. Si es cierto lo que las otras mujeres sienten y ven. Aquí está el médico, Crisje. ¿Qué dice el erudito?

—Buenos días a todas.

—Hola, señor doctor.

El erudito mira un instante y luego vuelve a desaparecer tan pronto como

había llegado.

—¿Entiendes tú a esta gente, Mina?

—No, Cris, es imposible comprenderla. Qué gente más rara es. Aquí nunca estará en su casa, eso tenlo por seguro.

Ahora que Mina y Crisje no entienden por qué ese hombre es tan extraño, Trui cree que debe pronunciar una palabra de aprecio por él:

—Pues por lo menos son eruditos, ¿o no?

Luego desaparece, porque si no, seguramente que algo le habrían dicho. Ahora Mina expresa su extrañeza ante Crisje. Pero qué persona tan extraña es. Cómo es posible, dos hermanas y luego tan diferentes. Crisje lo suaviza. Es que Trui es así. La verdad es que lo pasa muy mal. Cuando Crisje recibe otra patadita, Mina vuelve a prestar atención.

Mira por un momento y luego dice:

—Quiere venir pero se queda en casa. Y el erudito tampoco nos enseña nada. Tampoco a él lo necesitamos.

Mina se va. Trui está ocupada con los niños y Crisje otra vez está pensando. ¿Cómo quiere tener hijos Trui si es tan rebelde? No hay que llegar donde Nuestro Señor poniendo una cara contrariada. Las oraciones de Trui son demasiado pegajosas, por demasiado pesadas y materiales. No tienen ni una pizca de alegría. Claro que Nuestro Señor no está loco.

Exactamente, Crisje, así es. La razón por la que Trui no puede tener hijos es un misterio grande e imponente para ella misma y muchas otras mujeres. Pero ahora llega al mundo un “Jeus” y más adelante, él lo aclarará. Revelará las leyes de Nuestro Señor y las desmenuzará para la humanidad. ¿Lo oyes, Crisje? Por eso vives esos gloriosos sentimientos por dentro. El espacio en el que vives está ahora debajo de tu corazón y en un rato más, en unas cuantas horas, querrá nacer. Debido a que esta vida transmite los fenómenos necesarios para ello a tu corazón y a tus sentimientos, no tiene nada malo aceptarlo, dado que es algo especial. ¿Sientes este silencio, Crisje? No tenías palabras para describirlo, pero ¡es “silencio”! Y ese silencio a su vez es profundidad, es sentimientos. ¡Te hace planear! Te haría llorar. ¡Cuando tengas a Jeus ya lo sabrás, o después!

Johan y Bernard están detrás de la ventana, mirando el espantoso tiempo que hace. Pero a ellos les parece un paraíso. Miran a los chicos y todo lo demás que capta su atención. Johan, que entiende mucho y le enseña a Bernard cantidad de cosas, dice:

—Cuando sea grande, Bernard, voy a tirar bolas de nieve... ¡y a patinar! Pero qué oigo, ¿se fue la tía Trui?

—Sí, Johan, se fue.

Johan piensa en Crisje. Adora a mamá. Bernard también, pero sí que Johan es más sensible. Cuando Johan ve que la nieve se va haciendo más abundante

y que sigue nevando todavía, pregunta:

—¿Cómo va a querer pasar por esto la cigüeña, Bernard? Esto es terrible, por no decir imposible. ¿Y no has oído gritar todavía a mamá?

—¿Qué dices? —Quiere saber Bernard—. ¿Tiene que gritar entonces mamá?

El niño de cuatro años se convierte en el profesor universitario de su hermanito. Bernard quiere saber más, y pregunta:

—¿De dónde sacas eso, Johan?

—Es lo que dice la gente, Bernard. ¿Sabes qué? Voy a echar un vistazo en el tejado. Tal vez veamos allí a la cigüeña, y allí se ve más que aquí.

Johan se va arrastrando hacia arriba por las escaleras. Bernard tiene que esperar un momento. En el ático hay una caja. Johan se encarama a ella. No, todavía no ve nada. Le grita a Bernard:

—Por esto jamás pasará esa malparida. ¡Dios mío, Bernard, mira cómo nieva! No va a poder encontrar nuestra casa. ¿Oyes lo que te digo, Bernard?

Johan no lo entiende, ¿por qué Bernard no dice nada? Pero quien sí dice algo es su tía Trui.

—¿Qué buscas tú aquí, mocoso? ¡Rápido, para abajo!

Johan siente que lo agarran por el cogote y está de nuevo abajo. Todavía intenta decirle a su tía lo que quería hacer, pero esta no tiene tiempo. No es como Crisje, Johan. ¡No posee esa sensibilidad que vive en mamá! Ahora que los niños están otra vez abajo, Crisje pregunta:

—¿Qué querían los chicos, Trui?

—Ver si todavía no llegaba la cigüeña. ¡Eso era todo!

A Crisje ya no le hace falta preguntar nada más. Ya lo sabe. Los niños ya se han vuelto a olvidar de su tía. Y es que a ellos les da exactamente igual. Para una madre, la suya, y no su tía Trui. ¡Esa no los deja hacer nada! Que venga papá, ya le preguntarán a él entonces. Papá sabe todo. Pero Bernard quiere saber más. Pensaba en algo, pero no sabe qué era en realidad. De pronto lo sabe, y le pregunta a Johan:

—Me dijiste, Johan, que la cigüeña le muerde a mamá en la pierna. ¿Es cierto?

—Pues solo escucha, Bernard. No tendrás que esperar mucho para oírlo.

—Pero ¿cómo lo sabes? —Sigue preguntando Bernard.

—Pero si ya te lo dije, lo dice la gente. Cuando trae al niño, la cigüeña le muerde a mamá en la pierna y entonces empieza a gritar.

—¿Y eso quién te lo dijo, Johan?

—Me lo dijo... Me lo dijo..., pero si tú no sabes de estas cosas —dice Johan para salir del apuro.

Los niños miran cómo la gente tira bolas de nieve. Las horas van pasando. Esperan al Largo. No pueden hablar con mamá, tiene mal aspecto. 'Algo

le pasa a mamá'; no saben qué. Pero tiene que ver con la cigüeña. Crisje ya sospecha que al rato todavía no podrá poner al niño en los brazos del Largo. Hay tanta tranquilidad por dentro. Mina, que acaba de volver, tampoco está segura.

—Solo la naturaleza lo sabe —dice Mina, y tiene razón. Por el alboroto que hacen los niños, Crisje sabe que algo está pasando. Johan entra volado. El niño corre hacia su madre, temblando de nervios, porque ya llegó su padre. Crisje no lo puede creer. Apenas son las cinco y el Largo siempre llega alrededor de las siete. Trui no lo cree, pero cuando entonces se abre la puerta y su marido aparece en el quicio, la felicidad vuelve a Crisje. A Trui le presenta una cara un poco enconada y la sensación de “¿qué quieres?”. El Largo tiene sus actitudes, pero también respeto para la gente de buena voluntad. Claro, también él, el larguirucho, puede ser cuentista, pero además sabe valorar las cosas buenas; también sabe inclinar la cabeza, aunque no tan de pronto.

—Hola, Trui.

Se oye un malhumorado:

—Hola, Hendrik.

De inmediato, el Largo está al lado de su mujer.

—¿Todavía nada, Cris?

—No, Hendrik, esta vez está tardando. Pero tampoco puedo remediarlo.

—¡Qué cosas, Cris, por Dios!

—Pero ¡Hendrik!

—Esa no es una palabrota, Cris. ¿Es una palabrota, Trui?

No contesta directamente, sino que masculla algo, que sin embargo carece de suficiente fuerza y voluntad para permitir que los sentimientos salgan de su boca. Están por dentro, negros y comprimidos, sin dar señal de vida. El Largo no se deja importunar por Trui. Manosea un poco en su largo cuerpo y cambia algo en su ropa. Luego saca algo de debajo del pantalón y lo alza triunfante.

—¿Qué me dices de esto, Cris? ¡Ya te ayudaré yo con el trabajo, eh! ¡Esto me está durando demasiado! ¡Te voy a servir un vaso de vino caro!

El Largo pone la botella en la mesa. Lo primero es besar a Crisje. Mientras tanto, Trui quiere descorchar la botella, pero ya está Hendrik encima de ella, y dice, otra vez sin el consentimiento de Crisje:

—¡No la toques, Trui, no me quites eso, lo hago yo mismo!

Trui se controla y siente que aquí ya no tiene nada que hacer. Trui se luce ante el Largo, cuando lo deja allí parado y le dice a su hermana como sin querer la cosa:

—Cris, creo que ya me voy, ¿no? Si me necesitas, ya sabes dónde estoy. ¿Necesitas algo más?

—No, Trui, ya me ayudará Hendrik. Pero se agradece.

—De nada, Cris. Hasta mañana temprano, o si acaso fuera a pasar algo, me mandas llamar.

Trui se va; su cuñado la acompaña a la puerta. Este enmienda algo. Le parece glorioso a Crisje, nunca se ha portado así con Trui. El Largo sigue a su cuñada hasta la puerta. Pero luego los tablones de la puerta se cierran con demasiada fuerza al parecer de Crisje, y lo primero que le tiene que decir cuando vuelve es:

—Ahora que te portas tan bien con Trui, ¿por qué lo echas todo a perder dando un portazo detrás de ella? ¿Pensabas que no lo siente? Pero ¡pué pena!

El Largo se queda un poco desconcertado. Si no lo hizo a propósito. La puerta se le fue de las manos. Fue el viento. Pero Crisje sabe que no es así.

—Eso no hay quien se lo crea, Hendrik. Para otras cosas eres diferente y la puerta no se te va de las manos. Ahora el Largo se da cuenta de que Crisje lo ha calado y que el amor y cordialidad que ha desplegado hacia Trui fueron todo menos sinceros. Mientras, este ha superado su bajón, y dice:

—Trui no es una reina, ¿o sí?

—Hendrik —sigue Crisje—, eso no tiene que ver nada con ser o no reina. ¡Nada! ¡Se hace por educación! Trui no tenía por qué venir aquí, lo hace por amor.

—Cris —monta ahora en cólera el Largo—, ¡el amor y Trui, son dos cosas distintas, eh! Y ya déjate de esos sermones tuyos. Hoy ya me golpeó lo suficiente Nuestro Señor. Toma, bebe esto, por favor, así podrás entrar en labor y llegará solo.

Pero Crisje no quiere beber mercancía robada y cuando lo dice sin tapujos, el Largo se hace el indignado y le responde:

—No querrás decir ahora que la robé, ¿no, Cris? No querrás contarme ahora que todo este mundo tiene que ver con Nuestro Señor, ¿verdad? ¿Quieres decirme que yo, si tengo mil botellas frente a mis narices, no puedo agarrar una, porque no tengo dinero para comprarme una botella? No, Cris, mi patrón me dijo hoy: “Largo, parece que tienes que invitar a tu Cris a una botella, le gustan las buenas. Y salud, por la felicidad de tu hijo”.

Crisje simplemente se queda escuchando tranquilamente; sabe que no tiene caso objetar. Aunque le replica rápidamente:

—Sí, decir tonterías sí que se te da bien. Y andarte con habladorías, también para eso eres muy bueno. Pero yo no tomo vino robado, más te vale saberlo.

Un poco después están brindando y bebiendo por la salud de Jeus, que a ver si ya viene por fin. Cae la noche, fuera sigue azotando el temporal. Crisje dormita y de vez en cuando gime. Los chicos ya están dormidos. Hay silencio y un apacible sosiego. El Largo se acomoda las piernas debajo de la estufa y de vez en cuando mira hacia el lecho. Con el carácter inquieto que tiene, no

sabe cómo podrá aguantar la velada. Finalmente, a él también lo invaden las ganas de irse a dormir. El frío hace que se canse uno. El invierno, fuente de complicaciones y miseria para muchos, también a su vez es un placer para el organismo cansado, cuando uno puede acurrucarse junto a la estufa encendida para calentarse. Ahora tampoco el Largo puede ya resistirse al sueño, y se acuesta al lado de su querida Cris. Hablan un ratito, pero entonces se le cierran los ojos, y deja completamente de sentir y de pensar. Por los ronquidos, Crisje oye que su larguirucho disfruta de un delicioso descanso. Junta las manos y le reza intensamente a Nuestro Señor para que se lo proteja. Sí, que su Largo siempre pueda seguir sano, para poder cuidarla a ella y a los niños.

‘Qué bella es la vida’, piensa Crisje. ‘Lo hermosa que es la vida’, siguen sus pensamientos, pero entonces siente un empujón por dentro, un aviso de que también tiene que acordarse de eso, de que por eso debe rezar y estar agradecida. Ella y su Largo son unos benditos en comparación con miles de personas en este mundo. En un silencio puro y pleno de un agradecimiento profundo y humano, Crisje eleva sus oraciones. Sabe que ascenderán y que las captarán los ángeles, porque se conoce a sí misma y es consciente de ser una hija de Dios, puesto que Él quiere todo para Sus criaturas si son capaces de inclinar la cabeza humana. Un poquito más, y luego Crisje se hunde en un saludable sueño reconfortante, para que en las horas venideras pueda dar todo para el nacimiento de su Jeus, ¡porque es niño! En toda la casita reina ahora un silencio casi sereno, interrumpido solo por el sonido regular del tictac del antiguo reloj frisón, que hace que Crisje vaya transitando suavemente de su duermevela al sueño y... por el tictac dentro de su vida, debajo de su corazón, aquel por el que vive ahora y por el que quisiera darlo todo, por el que incluso quisiera morir, para poder volver a hacer feliz a su Largo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El amén ya no cruzó sus labios. Crisje está dormida o sueña. Descansa. Su alma y gloria le pertenecen a Nuestro Señor.

¿No lo sabrían los ángeles?

Cris, este tiene unos ojos como cielos

Al día siguiente por la mañana, Crisje quiere que su Largo le diga por qué el día anterior llegó a casa tan temprano. Pero Hendrik no contesta. Sus pensamientos están en otra parte. Se preocupa por su Crisje. Le parece que está tardando demasiado. No vaya a haber problemas. Crisje intenta tranquilizarlo, convenciéndolo de que no tiene que preocuparse. Eso ya lo resolverá la naturaleza.

—¿No sientes entonces nada de nada, Cris? —persiste, sin embargo.

—¿Qué es sentir, Hendrik? Siento tanto, más de lo que quisiera saber.

Cuando Hendrik está sentado a su lado y toman su café, se acercan en sentimientos hasta llegar a la unión. El Largo ríe por dentro y Crisje lo siente.

—¿Por qué ríes, Hendrik? —se oye desde la cama.

—Es que estaba pensando, Cris. Cuando llegue, ¿sabes?, quiero recibirlo con música. Tocaré el violín. Y también cantaremos. Voy a avisar al cuarteto. Tienen que venir Peter, Gerrit y Jan.

—Solo que no vayas a hacer mucho alboroto, Hendrik. Dios mío, eres distinto a cada instante. ¡Las cosas que veremos!

—¿Cómo que veremos? ¡Le voy a cantar! Y eso es todo. Vamos a divertirnos. Sobre todo si es niño.

De pronto Hendrik pregunta:

—¿De dónde sacas con tanta seguridad, Cris, que otra vez será un niño?

—Esas son cosas de mujeres, Hendrik. No sé si otras madres también lo sienten, pero yo la tengo. Cuando Johan y Bernard, también te dije que iban a ser chicos, ¿o no? Pero cada niño es distinto. Cuando Johan no pude entrar en labor. Solo quería estar sentada y me pasaba el día y la noche soñando. ¿Cómo es Johan ahora? Exactamente igual. Cuando llegó Bernard, ya no tuve sosiego. Ese niño ya era un salvaje dentro de mí, Hendrik, y ¿conoce Bernard la tranquilidad? Ese niño no está quieto ni un minuto. Le hace falta toda la casa. Pero ¿que por qué lo sé? Creo que es por el niño. El niño está debajo del corazón, creo que el niño puede pensar. De vez en cuando le hablará a la madre, siento; ¡obviamente no sé si es cierto! Pero ahora otra cosa. ¿Podrías cambiar tu actitud con Trui? Me harías tan feliz entonces. ¿Lo quieres intentar?

El Largo le da esa alegría. Ahora de pronto se pone en marcha, no sabe todavía si de verdad se irá. Esta espera lo vuelve loco e indeciso. Hoy es sábado, ya ha pasado medio día y puede pasar en cualquier momento.

—¿Qué hago, Cris? ¡Mejor me quedo en casa?

—Tú te vas tranquilamente a trabajar, Hendrik. No siento nada todavía.

Mina dijo que tal vez mañana. Habrá que ver si es así. Puede tardar hasta una semana.

—Solo faltaba eso, Cris, ¡entonces ya hablaré con él!

—Vaya, que vas a hablar con él. ¿Y piensas, Hendrik, que tenías algo que decir? ¡Esto está en manos de Nuestro Señor y nosotros, los hombres, no tenemos que meternos! Lo que puedes hacer es asegurarte de traer dinero a casa. Es todo, pero con eso basta.

Los pensamientos del Largo vuelan a toda velocidad hacia miles de cosas a la vez. Cuando decidió no ir a la ópera, de inmediato nacieron otros planes en su mente para ampliar sus ingresos mediocres.

Justo en esos días, Hendrik conoció a un hombre donde Hent Klink que se dedicaba a ampliar retratos y le ofreció a Hendrik que fuera su representante. En cinco minutos quedó arreglado el asunto. Crisje pensó que era una buena solución, aunque pronto se dio cuenta de que ahora su Largo andaba en la calle noche tras noche y que tenía que sacrificar la gloria de compartir horas con él. Pero sí, ya había ganado treinta y seis florines, y eran muy bienvenidos como complemento en la economía doméstica. Pero lamentaba fervorosamente las horas que antes pasaban juntos al lado de la lámpara encendida. Las horas en que era una gloria acercarse el uno al otro y disfrutar de la compañía mutua, que convertían su vida en un paraíso celestial, esas son para Crisje inolvidables por siempre. Claro que no se quiere quejar, aunque considere que esas noches son una gran pérdida en su vida. Tuvo que renunciar a una enorme parte de su felicidad y finalmente, la felicidad lo es todo en la vida. Por supuesto que la vida se ha hecho un poco más fácil por esas ampliaciones, pero perdió su unidad, su sosiego y su unión con el hombre al que ama con toda su alma. Probablemente de manera inconsciente, sus pensamientos se vuelven a encontrar. ¿También está pensando Hendrik en los retratos?

Crisje pregunta:

—¿Tienes que salir esta noche, Hendrik?

—Sí, Cris, tengo que encargarme de dos pedidos.

—Qué pena, Hendrik.

—Sí, es cierto, pero tal vez logre los dos y entonces podré volver a hacerte feliz.

—¿No podrías hacerlo la próxima semana, Hendrik?

—Es que no es cualquier cosa, Cris. Ocho florines, son días enteros de romperme el lomo, ¿sabes? Y ahora me los gano en una hora, hablando. ¡Y buena falta que te hace el dinero!

—Lo sé, Hendrik, no se trata de eso. Te entiendo. Pero ahora ya no hay noche que estés en casa.

—¿Y si te digo, Cris, que vuelvo pronto?

Así es el Largo. Lo que tiene que pasar esta noche no se puede posponer.

Hendrik se va. Crisje reflexiona. Todo el día seguirá haciéndolo. Es como si el niño la obligara a seguir su vida y las cosas que de vez en cuando siente por dentro. El silencio vuelve en ella y habla a su vida. Así le surgen bellos pensamientos y podrían hacerla planear, así es de hermoso. Ahora, Crisje podría decir cómo vuelan los ángeles. También vuela de vez en cuando por los sentimientos del niño. Es casi increíble, pero es así. No ha vivido algo así muchas veces en su vida. Antes sí llegaba a pasar, cuando era todavía una niña. Todavía se acuerda claramente. Su padre se burlaba entonces de ella y su madre tampoco lo comprendía. Aun así planeaba y entonces caminaba por otro mundo. Pasaba como por sí solo. Por eso cada nacimiento también fue distinto. Los hombres no entienden de eso y tampoco se les puede hacer entender. Crisje piensa que ahora tiene que ver con Jeus. Este acontecimiento es celestial para ella. Le permite rezar con más fervor, lo sabe con mucha seguridad. Es como si planearas y aun así estás aquí en la cama, esperando. También es doloroso. Pero no compensa la sensación que pretende dominar todo en su vida. Está muy agradecida por ello.

¡Es el niño! ¡Es la vida! Si no es así, la naturaleza miente. Pero ¿es posible, Señor Nuestro? ¿Es posible, Hendrik? Crisje eleva: no quisiera tener que estar sin esa sensación ni por todo el dinero del mundo. Es tan increíble lo que se me concede vivir ahora.

Qué diferente fue cuando los otros chicos. Cuando Johan, no podía avanzar. La vida en ella la obligaba a estar sentada. Bernard arrasaba todo por dentro y era un salvaje. Mira a Bernard ahora. ¿Puede la naturaleza hablar en la madre? No hace falta que la escuches, habla de otra manera. Pasa por la sangre a los nervios, se eleva hasta el cerebro y es cuando sucede. Quieres hablar, pero no puedes. Lo mejor de todo es estar callada ahora; pensar, seguir los sentimientos. Es el silencio, se hace mucho silencio dentro de ti y a tu alrededor. ¿Y eso por un niño nonato?

Crisje no entiende esta vida nonata. ¡Allí está y no está! Vive y no quiere nacer. Ya se ha pasado mucho de su fecha, pero ¿es posible eso? El niño está muy cerca de ella y aunque no quiera imaginarse cosas, tiene todo el carácter de ella, ya lo verá Hendrik. Y eso es lo incomprensible, y el estar cerca el uno del otro de la madre y el hijo. ¡Ya ahora puedes saberlo! Si tienes la sensibilidad necesaria; de lo contrario no notas nada.

Es sumamente difícil interpretar esos pensamientos. Crisje sabe que una noche estaba simplemente al lado de sí misma, fuera de su vida. Se asustó y el Largo se burló. Relajada caminó lentamente de regreso a su vida. Le pareció una vivencia que no te sucede todos los días y por la que debes agradecer a Nuestro Señor. Es un tiempo bendito, y no pasa un día sin que experimente alguna otra cosa. Sí, no hay otra explicación, ¡es por “Jeus”! Qué extraño, otra

vez siente que llega a la unión con su hijo. ¿Qué será lo que quiere esta vida? ¿Desde ahora ya está exigiendo todo de este mundo? Sí, Crisje, lo hace, pero él también dará todo lo suyo al mundo. Este niño posee otra personalidad. Es diferente de los otros dos y más adelante te dará las pruebas.

Ahora los niños salen disparados de su cama. Johan ayuda lo mejor que puede a su hermanito Bernard. Un poco después, Trui está en la cocina.

—Buenos días, Cris, ¿todavía nada?

—No, Trui, esta vez sí que está tomando mucho tiempo. Ya ni yo entiendo nada. No queda más que volver a esperar a Mina.

Trui ordena un poco las cosas, vuelve a hacer café y se ha olvidado del Largo. También Trui está aprendiendo, Crisje lo ve y eso la hace feliz. Allí llega Mina otra vez.

—¿Y, Crisje? ¿Todavía nada? Vaya vaya, esto promete. Nunca había vivido algo así. Será que te equivocaste mucho con tus cálculos. Bueno, pues, veamos.

Mina sigue los síntomas. Pero todavía no sabe nada, no puede cambiar el proceso. Por lo que ve, todo está bien. También el médico llega a tiempo.

—Buenos días a todas. ¿Cómo vas, Crisje?

—¡Nada, doctor, nada! No siento que cuaje.

—Entonces no queda más que esperar, no se puede hacer nada.

Y ya se fue el señor.

—Qué clase de hombre es ese, Crisje —dice Mina—. Recuerda, Cris, no va a aguantar aquí en el campo. Algo tendrá, pero no logro averiguar qué. Soy buena para calar a mi gente, pero con este no puedo, lo admito con sinceridad.

—Tienes razón, Mina —asiente Crisje—. Algunas veces, con una palabra se logra más que con mil florines.

Cuando Mina se ha ido y Trui ha comentado unos asuntos con Crisje, hay alguien más frente a esta, pidiéndole algo a su vida. Es la señora De Man, un serecito poco agraciado que también vive al lado de ellos.

—Hola, Crisje.

—Hola, señora De Man. ¿Cómo te va?

En realidad, Crisje no quiere tener nada que ver con esa mujer, pues en su casa beben como cosacos. Viven como cerdos y cada sábado por la noche, la estufa ardiente vuela por la cocina. Así de salvajes se ponen entonces allí. A la vieja le falta un ojo, que ha marcado con un trapito negro. A los niños les da miedo. Nadie quiere saber nada de ella. Pero ¿qué haces cuando entra en tu casa? Crisje siempre intenta llevarla por el buen camino, pero no lo logra. La ve demasiado poco. A Trui, la mujer le parece una arpía. ¿Otra vez viene a pedir dinero prestado? Ahora Crisje no le dará nada. Ya estará pendiente Trui. Hace poco dijo el Largo:

“Si hay que empinar el codo, yo puedo encargarme mejor. No trabajo para borrachos. ¿Lo recordarás, Crisje?”. Fue cuando Hendrik se enteró de que le había dado dinero. ¡Y hablaba en serio! No tiene que volver a intentar hacer cosas por el estilo. Lo que se echó encima esa vez. Ahora tendrá más cuidado. Ya sabe Crisje a qué ha venido la “vieja borracha”, pero ¡no le dará un centavo! Ya no se deja engañar más.

—Bien, ¿cómo vas, Crisje?

—Qué te digo, señora De Man. Esta vez está tardando mucho. ¡No lo logramos entender!

—Eso se entiende. —Lloriquea este drama humano, espionando con un ojo la lata con las notas en la que también está el dinero. Crisje piensa, ‘¡Así que otra vez tiene sed! Quiere un trago’. Los niños han salido corriendo de la cocina, tan inhumana es esta estrecha pequeña vida para otros. Es como si fuera un viejito, opina Crisje. ¿Con qué ideas andará por allí todo el día una persona así? ¿Qué pasa en un alma así? Crisje lo sabe, nada particular. Se sintoniza con las tinieblas y con problemas. Por todos los cielos, cómo puede la gente vivir así. ¿No hay entonces nada más en el mundo que el deseo por un trago? ¿No piensa en nada más la gente así? ¿No puede pensar alguna vez en una oración y en Nuestro Señor? ¿Nunca pueden estas almas tener respeto por la bella vida? ¿Piensan que no hay un purgatorio?

Trui anda trasteando un poco en la cocina y ahora no hay manera de sacarla de allí. Crisje ya lo percibe, la están vigilando escrupulosamente. Ahora Trui está del lado de Hendrik. Así es ella, agarra lo que tenga más cerca. Pero ¿realmente tiene razón? Crisje no lo sabe. ‘¿Qué busca esa vieja aquí?’, piensa Trui. Quisiera sacarla por la puerta, pero no tiene nada que decidir en esto. Pero enseguida, cuando la vieja borracha se haya ido, ya lo oírás Crisje. Trui se cuida de no alejarse. Conoce a su hermana y sabe tan bien como ella que la vieja necesita dinero y que solo ha venido por eso. Trui aceptó sus averiguaciones por saber cómo estaba Crisje igual que lo haría un mendigo con medio centavo. La mujer sorbe el café que le han ofrecido y por lo visto está considerando por dónde abordar el asunto. Pero Crisje no se queda esperando y ya la ayudará, porque sigue teniendo esperanzas de poder elevar a esta alma y sacarla de su miseria.

—Cómo se puso otra vez este sábado, señora De Man. Aquí estaban temblando las sillas. ¿Por qué no puedes dejar de empinar el codo? ¿Por qué no empiezas otra vida? ¿Acaso después quieres ir al infierno? ¿Quieres estar ardiendo para siempre? No obstante, todavía queda algo como el purgatorio. ¿No lo sabes?

La mujer la deja que charle tranquilamente y que el sagrado sermón la pase de largo. No dice nada, pero sigue pensando y esperando el momento oportuno. Ya quisiera cambiar, pero qué puede hacer ella con esos tipos bor-

rachos. Entonces empieza:

—Solo soy una mujer, Crisje.

—¿Quieres hacerme creer, señora De Man, que tienes que empinar el codo a la fuerza? ¿Quieres hacerme creer que tienes que emborracharte porque esos tipos lo quieren? Eso cuéntaselo a tu abuela. Déjame que te diga otra cosa. ¡A ti misma te gusta el trago! ¡Eso es lo que pasa! No eres capaz de dejarlo. ¡Quieres emborracharte! (—le reprocha.)

Crisje ve que le brota una lágrima del ojo que le queda. Le tiene compasión a esa piltrafa.

—¿Quieres hacerme creer que te arrepientes?

‘Ya verás cómo ahora vendrán saliendo las lastimosas quejas de la enconada y alcoholizada boca’, piensa Crisje. Es una vergüenza.

Pero la viejita siente su oportunidad y se lamenta:

—Hace días que no he tenido qué comer, Crisje.

—Eso no es más que lógico. ¿Quieres que por tus borracheras, Theet deje que su tienda se vaya a la ruina? Claro que ya no te presta nada. ¿Quieres que te prepare una rebanada de pan?

Esa Crisje. ¿De verdad piensas que esta alma tiene hambre? ¿Por enésima vez te dejas engañar? A esa mujer qué le importa una rebanada de pan. Escucha, allí ya lo tienes.

—¿Puedes prestarme un marco, Crisje?

—¿Quieres un marco? ¿Piensas que nosotros no tenemos preocupaciones? ¿Para qué quieres el marco?

—Para pagar al casero, a cada rato me toca la puerta.

—Entonces mejor asegúrate de no gastar tu dinero en borracheras.

—De Man, ese lo guarda para sí mismo, Crisje. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer? Solo soy una mujer. Hago lo que sea, pero no sirve. ¡Ya he empezado otra vida!

Trui sigue la conversación, pero tiene que ir al cobertizo; los cerdos están chillando. Hay que darles de comer. A Crisje le parece que vale la pena convencer a su vecina de que empiece otra vida.

—¿Lo oyes, señora De Man? Podrías tenerlos tú también. ¿Por qué no ahorras unos cuantos centavos cada semana, ¡y podrás comprar cerdos!

—Vendieron los cerdos para poder emborracharse.

—No digo que no sea cierto, pero tú no te quedas atrás.

—¿Me puedes dar el marco, Crisje? ¡Te lo devolveré lo más pronto que pueda!

Crisje cede. Le da a la mujer sus sesenta centavos. El dinero desaparece rápido en su bolsa sucia, porque allí viene Trui de regreso. Sabe que justo llega tarde y Crisje ya se cuidará de decirle que la borracha le ha vuelto a sacar un marco.

—Oye —arremete Trui—, ¿no tienes nada más que hacer? Cris tiene que descansar.

Mejor imposible. La señora De Man ya se va. ¡Ahora lleva prisa!

—Adiós, Crisje.

—Adiós, señora De Man, que te vaya bien.

La mujer se va, arrastrando los pies. Ya sabe por dónde salir. Por detrás, pasando la reja y está en su casa.

—¿Le diste dinero a esa vieja, Cris?

Ahora a Crisje le toca mentir y le parece horrendo. Te lleva al purgatorio. ¿Y qué iba a hacer? ¿Permitir que además a esa mujer la sacaran de su casa? No tiene tiempo de reflexionar. Trui vuelve a preguntar:

—No le irás a dar dinero a esa borracha, ¿o sí, Cris? Es lo peor que puedes hacer.

Todavía no hay respuesta. Crisje piensa un momento.

—No —dice entonces con desaliento—, tampoco estoy tan loca.

Pero Trui conoce a su hermana. Se da cuenta de que las palabras de Crisje tardan.

—No te creo, Cris. Es una vergüenza. Hendrik tiene que trabajar muy duro para eso. Y ahora tú vas y le ayudas al mal.

Crisje, ¡esto empieza a ser peligroso! Trui está del lado de Hendrik. Ahora hay que tener cuidado u hoy tendrás una casa llena de peleas.

—Es cierto, Trui. Tienes razón. —Y ahora Crisje lo dice en serio y sale del fondo de su corazón y va ascendiendo desde muy profundo en su interior, porque se ha echado a la espalda un terrible pecado—. Pero yo no le doy un centavo a esa vieja. Ni que estuviera loca. Hendrik trabaja demasiado duro para eso. Y entonces no puedes incitar a la borrachera, ¿no? Qué pobre mujer tan lastimosa que es.

Ahora se nota que a Trui se le ha suavizado un poco el humor, pero no puede evitar desahogarse un momento.

—A esa gente deberían encerrarla. Son personas que no merecen la vida. Entonces bien podrías ayudar a cada ratero. Pero ya es demasiado, ¿no?, es jugar con Nuestro Señor.

Crisje siente la insinceridad de Trui cuando habla de esta manera. Y es que sabe demasiado bien que a su hermana le preocupa muy poco Nuestro Señor. Pero qué preocupaciones se ha cargado sobre la espalda. ‘Dios mío’, piensa, ‘bastante tendré que confesar’.

Trui está ocupada y Crisje finge estar dormida, porque quiere reflexionar. Quiere estar en paz con ella misma cuando Hendrik llegue a casa. Le confesará todo al señor párroco. Pero qué hice mal, va revisando ahora en ella misma. ¿Qué debí hacer o decir entonces? Ahora ha cargado sobre su conciencia dos mentiras, y eso por esa repugnante borracha. Sí, pero ¿está tan segura

de que la vieja la engañó? ¿En efecto volvió a contarle mentiras la señora De Man? ¿De verdad irá a volver a gastar ese marco en borracheras? Otra vez ha metido la pata, y bien metida. No, sí que hice mal, decide al final. No debí haberle dado dinero. Y lo voy empeorando cada vez más. Ahora hasta voy a estar mintiendo por temor a que Trui se lo cuente al Largo.

¿Quién es ahora peor?, sopesa Crisje, ¿Trui o la señora De Man? Trui tampoco es sincera. No dice las cosas en serio. Ahora incluso anda citando a Nuestro Señor, pero este no tiene en su vida otro significado que el miedo después de la muerte. Una quisiera tener seguridad acerca de la vida interior de Trui, pero es imposible. Claro, Trui va a la iglesia, reza y cumple con sus obligaciones, pero Crisje ya conoce eso. Cómo me dejé engañar otra vez, suspira Crisje.

‘¿Cómo podrás perdonármelo ahora, Señor Nuestro?’

Pasan horas. Trui piensa que Crisje está descansando que da gusto. Tenía que haber comido hace rato, pero Trui la deja dormir. Pero Crisje no ha pegado ojo. El temor le causa un escalofrío, tan afligida se siente. Y luego vendrá Hendrik. Se da cuenta con un solo vistazo cuando algo le pasa a su mujer. Tiene que estar en paz con ella misma si quiere poder mirarle a Hendrik a los ojos, y lo mejor será confesar todo honestamente, porque se va haciendo insoportable. ¿Qué podía haber hecho y qué debía haber evitado? Una cosa sabe, es que no debió haberle dado un centavo a la señora De Man, y no lo volverá a hacer tampoco en toda su vida, a menos de que pueda justificarlo. Pero ¿y si hubiera necesitado de verdad el marco para la renta? ¿Entonces sí que debía habérselo dado? Mal también, Crisje lo sabe, pues ella misma tiene que encargarse de que le alcance el dinero. Pero los tipos se lo gastan en borracheras, también lo sabe. Así que la señora De Man no recibe nada, no es culpa suya. ¡Eso sí que es correcto! Solo le queda por sopesar si es lícito ayudar a esa gente. Y un poco más tarde siente alegría por dentro, lo sabe con mucha seguridad. No debía haberlo hecho, ahora ayuda a esa gente para que sea mala. Entonces sí, que revienten, ¡es lo que quieren!

—¿Cris?

Crisje sigue dormida. Trui la deja echada; le hace falta descansar. Crisje está lejos de este mundo. Otra vez está viviendo en ese bello mundo en el que puede pensar. Las cosas que piensa llegan puras a su vida. Parece que no es ella quien las piensa. Lo que percibe le es enviado. Pero siempre ha sido reflexiva. Su carácter está abierto a la justicia, abierto a los sentimientos religiosos, abierto a la felicidad doméstica y sobre todo para remar con los remos que tiene. No vuelas demasiado alto y no te imagines nada, siempre queda un Señor Nuestro que lo sabe todo de ti.

Ahora le llegan los pensamientos sobre cómo debería haber actuado. Durante este descanso ha llegado a reconocer que ha cometido errores. Trui

juega un juego peligroso, es peor que la señora De Man. Sí, ella es mala, bebe, es una vieja, una vieja borracha, es asquerosa, es fea, es todo lo que es malo. Pero ¿Trui? Uf, Trui, no me imaginaba eso de ti. Así no te conocía. Ahora esgrime a Nuestro Señor y está del lado del Largo, pero ¿y tú? En ella acecha la traición. A la señora De Man la puedes mirar por dentro y por fuera, está desnuda frente a ti. Pero ¿Trui lleva una terrible máscara!

Cuando ya está oscuro y Trui tiene que prender la lámpara, a Crisje le va volviendo la sensibilidad en los miembros. Se había ido lejos de este mundo. Estaba en alguna parte y en ninguna parte, pero aun así sabe cómo tiene que pensar y cómo tiene que aceptar a Trui. No es de extrañarse que no pueda tener hijos. Juega con esa sacralidad, ¡camina al lado de Nuestro Señor y no lo ve!

Allí de pronto está el Largo de vuelta en la cocina y con su personalidad se llena la casa entera y todo vuelve a funcionar, porque el Largo inspira respeto. También los chicos saben que su padre no es fácil. Lo primero que le pregunta a Crisje siempre es:

—¿Quejas sobre los muchachos? ¿Hay quejas, Cris?

Crisje no tiene que pensar que con el Largo puede vender gato por liebre. Lo ve todo de un solo vistazo. Es consciente de que Crisje no sabe mentir.

—No, Hendrik —es la respuesta de esta noche—, ninguna queja sobre los chicos.

En ese tono hay algo, vive algo que no le gusta al Largo. Pero espera un momento, Trui se va. Cuando está el Largo, Trui siente escozor en las piernas. No aguanta un segundo cerca de él. Ya se fue Trui, mañana vuelve.

—¿Algo más, Cris?

—No, Trui, ya me cuidará Hendrik. Te lo agradezco, no te preocupes.

—De nada; ¡si me necesitas?

Trui ni siquiera ha salido por la puerta cuando el Largo ya pregunta:

—¿Pasa algo, Cris?

Crisje, que necesita tiempo para empezar una conversación con el Largo, esquiva la pregunta, diciendo:

—¿Ni siquiera quieres saber cómo está Jeus, Hendrik?

—Eso ya lo vi, Cris. Ya lo sé. Pero ¿pasaba algo con Trui?

—No, Hendrik, no le pasa nada; no había nada. Trui se encarga de todo.

—Pero a ti te pasa algo, Cris. ¿Qué es? ¿Qué te pasa?

Sí, ahora no le queda más remedio que hablar. Pero ¿por dónde empezar? Hendrik espera, espera en el borde de la cama. Mira a Crisje a los ojos, y cuando pasa eso, cuando esos brillantes ojos negro azabache la miran, entonces Crisje ya no puede pensar. El Largo tiene unos ojos como fuego ardiente. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? Ahora pronto tendrá que sacar a lucir sus pequeñas preocupaciones, que sin embargo para ella son problemas imponentes.

—Qué te diré... —Empieza—. Sí, qué te diré. Soy yo, Hendrik.

—¿Qué eres tú, Cris?

—Hice cosas malas, Hendrik. ¿No te vas a enojar conmigo?

—¿Qué tienes, Cris?

—Vino la borracha, Hendrik.

—¿Le diste dinero, Cris?

Ahora sí que se enoja el Largo. Despotrica de tal modo que se oye hasta fuera. Solo un momento, entonces vuelve a la cama, preguntando:

—Pues cuéntame, Cris.

—Pasó así, Hendrik.

Ahora confiesa todo honestamente. El Largo la mira y entonces ya lo sabe. Podría besarla en ambas mejillas, pero no debe hacerlo, de lo contrario, Crisje regalaría todo y eso no lo puede permitir. Cuando Crisje pregunta:

—¿Estás enojado conmigo, Hendrik? —El Largo se adapta como un rayo a la sensibilidad de su corazón.

—Ahora, por favor, escúchame, Cris. Yo ya no te voy a decir nada, tú sabrás lo que tienes que hacer. Te digo que no debes apoyar el mal. Eso es todo. Pero no lo vuelvas a intentar, Cris, o tiro el dinero por la calle.

Hendrik acaricia a su ángel, la besa con fuerza y a Crisje se le quita un peso de encima. Ahora falta solo el párroco y luego todo volverá a estar en paz. Cómo es posible, haber mentido así, y con qué facilidad el diablo te pone las manos encima. No volverá a pasar, le promete a Nuestro Señor. Lo vi. Vi a aquella malnacida. A partir de ahora tendré más cuidado.

Después de la cena, el Largo pronto se empieza a aburrir y le propone a Crisje tocarle algo.

—Cris, te tocaré el ‘Ave María’. ¿Lo quieres oír, Cris?

—Como si no lo supieras, Hendrik.

—Entonces podrá venir, Cris. Si me oye tocar, vendrá antes. Tiene que escuchar nuestra música, Cris.

El Largo agarra su violín que está encima el armario. Apoya el ‘Ave María’ contra la cafetera. El violín está afinado. Allí ya suenan las primeras notas; el Largo ha empezado. Crisje escucha, disfruta de su amor. Está contenta, está feliz. Hay que ver los dones que tiene su Largo. Sabe cantar, es musical, su cuarteto, los chicos, todo va de maravilla. Mejor imposible. Sigue las notas y acompaña al Largo tarareando. Lo que siente es felicidad completa. Crisje se siente desbordada, las lágrimas de felicidad le van bajando por las mejillas. Pero apenas suenan las últimas notas del ‘Ave María’, él se levanta de un brinco.

—Diablos, Cris, me tengo que ir. Tengo que ir a ver lo de los retratos.

Crisje de golpe se siente otra vez arrojada a la realidad. Qué maneras de Hendrik de asustar tanto. Y de hecho sabes de qué pie cojea. Miles de cosas a

la vez pasan por su cabeza como un fogonazo. Y ya se fue el Largo, le manda un beso con la mano. En diez minutos estará de vuelta. La puerta se cierra. Crisje está sola. No oye más que un porrazo y unos cuantos crujidos. Era como si se desplomara un cielo. Se queda temblando. Todo esto hace que Jeus se ponga a dar golpes, el niño patalea como si oyera que el Largo, por su espantoso carácter, atara el sosiego y la felicidad a la cola de un perro, para luego espantarlo y echarlo a la calle. Qué susto.

Crisje vuelve a tener tiempo para pensar. Qué arrebató le da a Jeus. Así no se la había jugado nunca el niño. La está mareando. Tanto se empuja Jeus hacia arriba. ¿Qué es? ¿Qué es?, pregunta Crisje.

—¿De verdad lo oíste tocar?

Crisje escucha con toda su atención al niño. Es como si ya le contestara sus preguntas. No, no es eso; el niño también se asustó. Este le dice que es portadora de una sensibilidad que aún desconoce. Este niño reacciona con ella a todo lo que oye y siente. Cuando estuvo tan quieta hoy por la tarde, tampoco Jeus se movía y estaba tranquilo. Ahora que vuelve en pensamientos y recorre cómo lo cargó todos esos meses, descubre que Jeus siempre ha reaccionado a sus pensamientos y sentimientos, y que el niño ha adoptado todos esos pensamientos suyos. ‘Esto sí que es curioso’, piensa. Es una prueba para ella como madre de que, así como lo es ella misma, la vida en su interior es muy sensible. El niño sigue pateando, está inquieto. Pasa una hora. El Largo todavía no está. Jeus sigue pateando y no se tranquiliza. ¿Querrá nacer ahora? No, no es eso, Crisje no siente nada. No hay síntomas que indiquen eso. Cuando dan las diez, el Largo está de vuelta en la cocina.

—Ahora estarás enojada, Cris, pero te digo que gané ocho florines. Está bien, ¿no? ¡Y mira lo que tengo aquí! Cuando nazca, brindaremos por él. ¿Estás enojada conmigo, Cris?

—¿Por qué quieres otra vez un trago, Hendrik?

—¿Acaso quieres dejar pasar este día así como así? Mi tercer hijo, ¿y ni un trago? No me lo perdonaría nunca. No te preocupes, todo saldrá bien.

Crisje se rinde. Hendrik se esfuerza, no se pueden destruir los buenos pensamientos. Cuando el Largo le pregunta cómo va todo, ella le expone el caso.

—Sí, Hendrik, te digo, este niño tiene algo que Johan y Bernard no tienen. Dios mío, ¡qué arrebató le dio! Justo antes de que llegaras a casa se volvió a dormir. Es hipersensibilidad, Hendrik. Y ahora que lo pienso, siempre me la ha jugado y siempre me ha hecho sentir que entendía lo que pasaba.

—Algo mío tendrá, Cris —supone el Largo. Pero Crisje le contesta para que sepa cuáles son las reglas del juego. Dice tajantemente:

—No, Hendrik, tuyo no tiene nada, ¡nada!

Hace falta un momento de asimilación. La seguridad de Crisje lo desequilibra.

—¿Por qué no tiene nada mío, Cris? ¿Cómo puedes saberlo así? Haces como si conocieras toda la verdad.

—Di lo que quieras, Hendrik, lo sé.

—¿Acaso puedes mirar a través de tu propia panza?

—No tiene que ver nada con mirar. Este no tiene nada tuyo, porque tiene todo lo mío.

—¡Esas son las palabras de un profesor, por todos los diablos!

—Puedes hacer con eso lo que quieras, luego lo tendrás que admitir, ¡ya verás!

—Eso es pisología pura, Cris. Pero de eso no sé nada.

A Crisje le da risa la extraña palabra de Hendrik, pero tiene algo más.

—No sé cómo se llama eso, Hendrik. Yo tampoco sé de estas cosas, pero escucha lo que te digo. Este se parece a mí, este es exactamente como soy yo, este tiene... pues, ¿qué diré?

—¿Pues? Por qué no sigues, Cris. ¿De dónde lo sacas?

—Cómo lo sé, Hendrik, ni yo lo puedo entender, pero lo sé.

—Pero ¿cómo, Cris? ¡Debe haber alguna explicación!

—No, no lo sé, Hendrik, pero ya verás. Este niño es diferente; no es como los otros dos. Lo estoy sintiendo.

El Largo no logra entender nada. Pero Crisje reflexiona. Se ha vuelto más rica y no quisiera volver a perder estas horas ni por todo el dinero del mundo. El sentimiento vive en su ser. Se arrastra por su sangre, se le sube a la cabeza y le bate por debajo del corazón. Es liviano. ¡Es vida! Es vida y es amor. Es una sensación gloriosa, paz y sosiego, sí, felicidad pura.

Los sentimientos pueden hablar, y no dicen nada. 'De eso no entienden los hombres', medita Crisje, 'ni tampoco lo aprenderán jamás'. No se puede explicar con palabras y aun así es un solo mundo, un solo espacio. Bien podría ser Nuestro Señor, pero es demasiada distancia y la gente no puede seguir eso. Entonces piensan de inmediato en un delirio religioso, ¡y eso de verdad que no es! Habla, siente Crisje, pero no dice una palabra. Mantiene los labios sellados. Solo el corazón conoce su envergadura y puede hacerte planear. Puedes irte planeando al espacio. Eres como un pájaro en pleno vuelo, pero al mismo tiempo ser humano, y además eres joven, muy joven. Llevas una vestidura muy pequeña y bella, muy bella, incluso más bella de lo que Crisje haya usado jamás. ¿Qué será?

¿Y poseería el Largo algo de esto? No, de esto no tiene nada, absolutamente nada. Crisje reflexionará al respecto.

A Hendrik lo ha mareado. Quiere volver a tomar el violín, pero a Crisje le parece que es demasiado tarde. Ahora ya no quiere escuchar cómo lo rasca.

—Ahora tienes los dedos nerviosos. ¡Pues no haberte bebido ese trago!

El Largo no puede objetar nada a eso. Crisje tiene razón, bien que echó a

perder la noche. Pero trajo dinero a casa y eso es una buena compensación. Un momento después apaga la lámpara de petróleo y se extiende al lado de su querida Cris. Solo un momento toca su cuerpo maternal; luego, como si el Largo le quisiera desear las buenas noches... a “Jeus”, Crisje lo oye roncando, partiendo toda la noche en trozos y pedazos con su serrucho, para luego volver a despertar, como a Crisje le toca verlo ya desde hace años, como una alegre primavera y ponerle a ella las flores en el florero. Qué tipo tan bueno es ese Largo. Fue realmente glorioso, ese suave roce; Crisje sabe con exactitud qué le pasa por la cabeza. Lo conoce como si fuera ella misma y como la mucha gente de Nuestro Señor que convierte ese sagrado contacto juntos en un asunto raro, mandando todo lo Suyo al diablo. Muchas veces, el ser humano tiene la culpa de su propia desgracia. Si tienes algo y no tienes razón, sabe Crisje, entonces tienes que inclinar la cabeza humana. Luego puedes seguir y volver a empezar. Entonces Nuestro Señor te regala en un florero flores de todos los colores, simplemente se te ponen al lado, con la cordialidad, la comprensión y la aceptación de cómo es la vida ahora. Es la gloria. Pero para eso hay que rezar. ¡Sin rezar no recibes nada!

Qué bella es la vida. Hay silencio en la casa. Crisje vela, no puede dormir. Piensa en lo que se le ha permitido sentir y otra vez vive la unión con su hijo. Johan está soñando. Habla de la nieve y de la cigüeña. Johan también tiene mucho de ella. Bernard es como su padre. Johan es callado, va a tener momentos difíciles, porque es un niño de mamá y quisiera estar colgado de sus faldas todo el santo día. ¡A Bernard ya ahora no le hacen falta las faldas! Se llena succionando la diversión diaria, de lo que muchas veces Johan es la víctima. Y ahora viene Jeus. ‘Los gritos que pega Johan’, piensa Crisje. Las cosas que pasarán por la cabeza de semejante niño.

—¡Duérmete, Johan —le grita Crisje a su hijo mayor, y Johan, que no está despierto, pero tampoco duerme, se vuelve a acostar y descansa. Y ya se fue Johan. Otro pedazo de vida de Crisje, este niño del que sabe, desde ahora, que tendrá una vida difícil. Cuatro años tiene Johan; solo cuatro. ¿Quién será que te da todas esas seguridades, Crisje? ¡Pareces pisóloga!

Crisje oye que el reloj da las tres y sigue despierta, sigue pensando y sintiendo. Hendrik está dormido y habla en sueños. Ahora Crisje podría sonsacarle palabra por palabra, así de alto sueña. Eso también lo tienen de él los niños. Los dos sueñan en voz alta y a veces salen volando de la cama y entonces quieren jugar y hacer aquello que ese día les dio más gusto. ‘Qué serán los sueños en realidad’, se pregunta Crisje. Son tan raras las cosas que la gente puede hacer cuando duerme. Bernard ya está soñando ahora. Y cuando él sueña, le pega a Johan, que duerme a su lado, hasta echarlo de la cama. Crisje reflexiona con regularidad sobre ese soñar. Por lo regular, Johan sueña muy tranquilamente. Bernard sueña como un salvaje, y así es su carácter. Johan, a

su vez, es distinto. ¡Bernard es como el Largo! A veces, Crisje tiene que despertar al Largo o tendría que mudarse en plena noche de la cama al hospital con un ojo morado y los brazos y piernas fracturados. Pero eso solo pasaba cuando el Largo había tenido que vivir cosas fuertes. Cuando iba a ir a la ópera, eso se agravó mucho. Entonces, se levantaba de un brinco a mitad de la noche, y de pie en la cama, con sus largas piernas, cantaba un aria. Entonces abajo en la calle Grintweg la gente podía oírlo. Todo el vecindario lo sabía y al día siguiente llegaban a ver a Crisje para contárselo. Esta noche le había tocado otra vez asistir a un concierto, ¿verdad? Entonces Crisje simplemente se reía, pero era duro. A Hendrik no se le podía despertar, tanto lo dominaba entonces lo que soñaba, y cantaba hasta hacer vibrar las paredes. Sí que daba risa, pero aun así Crisje se preocupaba. En esos momentos ya no había quien domara al Largo y ella no podía hacer nada con ese cuerpo grande. El mismo Hendrik se reía; él no se enteraba de nada. Y ahora, gracias a Dios, el Largo estaba tranquilo y soñaba con los angelitos. Solo molestaban un poco los ronquidos, ese serrar de tablas. Pero seguramente ella tampoco tardaría en quedarse dormida. Quería reflexionar otro poco. Qué bello que es reflexionar, le parecía a Crisje. Reflexionar es poderoso. Reflexionar es bienaventuranza.

Crisje sabe que ese profundo reflexionar empezó durante este embarazo. Nunca antes ha sabido reflexionar tan gloriosamente. Ya se muere por estar sola un rato. Durante el día no se puede y luego, cuando haya vuelto a su quehacer de todos los días, no le sobraré un segundo para pensar, para sentir y seguir lo que vive en ella, ¡porque de allí le viene y se le da! De ninguna otra parte. Vive en ella y forma parte de su corazón. ¡Habla, pero no dice nada! Parece como si no fuera de este mundo. Qué bello es reflexionar.

¡Crisje está rezando! Agradece a Nuestro Señor las cosas bellas del día, la felicidad que hoy otra vez se le concedió recibir. La felicidad del Largo, de los niños y de Trui, que es tan buena con ella. Y si Nuestro Señor quiere protegerla de mentiras, pues no volverá a pasar. ¡Grave, muy grave es eso! Entonces se va adormilando y va perdiendo su sensibilidad. La máquina ha adoptado el derecho de pensar y trabajar por sí misma. El ser humano interior se va hundiendo profundamente. ¿Hacia dónde...?

¿Qué es dormir, Crisje? ¿Qué ocurre cuando el ser humano se queda dormido? Esto, mi querida Crisje, es un problema potente para todo este mundo. Es un misterio igual de inmenso para el erudito más grande. Pero ¿qué es esto exactamente? Eso ya te lo explicará Jeus. Él resolverá este imponente misterio gracias a su reflexión, para transmitírsela a esta humanidad, ¡como un regalo, una flor de Nuestro Señor! Crisje, Jeus... Jeus... ¡lo hará por ti y por esta humanidad! ¿Sientes ese silencio, Crisje? Esta reflexión llega a ti desde esta vida. ¡Es él! ¡Esta vida piensa! Esta vida habla contigo. También ahora que tienes los ojos cerrados, también ahora que estás dormida, este niño está

despierto. ¡El alma, querida Crisje, no duerme nunca! ¡No puede dormir! ¡Siempre está despierta, porque es de Dios y Dios trabaja siempre, eternamente! ¡Siempre está ocupado pensando por “SU” vida! ¿No es extraño? Aun así esta es la verdad, Crisje. Jeus te dará esa sabiduría. Un poco más y lo tendrás. Entonces podrás apretarlo contra tu corazón. Este, el nuestro. ¿Esta alma, que tiene todo de ti y nada de Hendrik? ¡Este, Crisje, tiene todo de los dos! Este tiene que tener a la fuerza todo lo tuyo y del Largo. Solo ahora este representa la violencia, el entusiasmo y también la imponente sensibilidad de ti misma. ¡Ves, Crisje, así es como es Jeus, así será, para ti y para sí mismo y para este mundo, para el cual vino! Jeus te enseñará a reflexionar. ¡Recibirás una imponente vida, si tan solo quieres comprenderla! Ahora duerme, descansa; en un rato llega Jeus. Ni un segundo pronto o tarde, ¡pues esta alma se da la luz a ella misma! Porque hay alguien más que se lo hace posible.

¿No ves acaso, Crisje, que hay una luz que observa esta vida y que la ha despertado? ¡Eso es lo que te hace volar! ¡Eso es lo que te hace hablar y pensar! ¡Esto es lo que te manda al espacio! Esta luz, querida Crisje, es la que Jeus seguirá durante esta vida terrenal. Ahora el alma está despierta, ya lo estaba cuando sentiste la vida entre el tercer y el cuarto mes. ¿Qué extraño, no? Pero ¡necesario para Jeus! Ahora duerme y descansa, de eso también se encarga esta luz, que puedes sentir como “sentir”, que puedes entender, y que no se materializará. ¡Es amor! ¡Felicidad! ¡Paz! ¡Una gloria, Crisje!

Mina dijo ayer:

—Cris, tú mejor estate tranquilo, mañana llega. Nada menos que en un domingo. Y eso es suerte. ¡Me darás la razón!

Luego Mina se fue. Va a tener razón. Hoy ocurrirá el gran milagro. Hoy por la noche, diez minutos antes de las diez, oirás los primeros gritos de Jeus. Esas cosas se saben en el espacio, Crisje. La gente aquí no sabe nada al respecto. Solo Mina, ella lo siente, porque abre su vida y su alma a las fuerzas de las que el erudito todavía no entiende nada, porque él no tiene a su disposición, como ella, el sexto sentido. Aun así, ella lo sabe, Crisje. Jeus viene siete minutos antes de las diez, y es un niño que nace en domingo, y que nace con suerte. Un niño, una vida, Crisje, que traerá felicidad y que tendrá ojos como cielos.

Cuando despunta la mañana, Hendrik despierta.

—Bueno, Cris, ¿hoy va a pasar algo? —le pregunta a su amor, que mientras tanto también se ha despertado.

—Pienso que sí, Hendrik. Eso creo.

—Entonces necesitamos tener un poquito más de paciencia, Cris. No hay nada más que hacer. Voy a hacer café y luego a la iglesia. Esta mañana voy a cantar de tal manera que el señor párroco podrá sermonear como nunca antes en su vida.

Después de haberle dado una buena ración de achuchones sale volando de la cama, prende la estufa, pone un delicioso café y luego también los niños pueden levantarse. Johan ya quiere ayudar. Bernard no puede tocar nada, porque de lo contrario lo deja todo hecho trizas. Primero, mamá les da sus caricias a los niños y luego pueden irse a sentar con su padre en la mesa. Disfrutan a lo grande de todas las cosas ricas que el Largo les prepara.

Johan dice, como para engatusar:

—Papá, ¡qué rico el café que hizo!

—Óyelo a él, Cris, ya está empezando a engatusarme.

Johan alza la mirada hacia su padre, que se eleva como un árbol por encima del niño. Si ahora Bernard le lanza un reproche a Johan de que no tiene por qué engatusarlo así, ya se habrá perturbado la tranquilidad dominical y la pelea estará en plena marcha. El Largo escucha y sabe entonces tanto como Crisje que Bernard otra vez está molestando a Johan. El mayor ya no tiene nada que decir. Bernard es su superior en todo. El Largo no puede evitar añadirle a Crisje:

—Bien que tiene todo lo mío, Cris. ¿Y el otro? ¡Ese te lo puedes quedar tú!

Crisje sabe que su marido tiene razón. Por eso no dice nada. Pero el Largo quiere una respuesta y pregunta con sarcasmo:

—¿Bien, Cris? ¿No tienes nada que decir?

—Qué quieres que conteste a eso, Hendrik. ¡Parece que hasta te da gusto!

—Pues deja que te diga algo, Cris. ¿Sí? Bien, lo dividimos honestamente. Él tiene todo lo tuyo y el otro se parece a mí.

—Ay, Hendrik. ¡Son niños todavía!

—Tú también, Cris, y yo, somos niños y cuando ya no pueda serlo, me corto el pescuezo.

Eso sí que es demasiado para Crisje. Cómo puede Hendrik hablar de cosas así a estas horas matutinas. No sabe qué tiene que contestar a eso. Por eso dice para cambiar de tema:

—Tienes que alinearte con la iglesia, Hendrik.

El Largo se carcajea. Todavía entre risas suelta:

—¿Me vas a decir tú cómo tengo que pensar ya? La iglesia ya me toma suficiente tiempo. ¿También tengo que hacerme santo de antemano? No, Cris, sí cantaré a pesar de todo. Voy a gritar tanto esta mañana que podrán oírlo en Emmerik. ¡Tengo ganas! Ya les enseñaré. Al señor párroco le va a dar gusto. Y de verdad, Cris, parece como si hoy fuera a suceder algo. ¿Tú qué dices?

—Puede ser, Hendrik, a mí también me da la sensación de que algo vaya a pasar. Pero ¡eso nunca se sabe!

El Largo está listo. Trui fue a la primera misa y viene entrando ahora. Cris ya tuvo sus cuidados y los niños están jugando. Unos momentos después, Mina está en la cocina.

—Buenos días, Hendrik.

—Hola, Mina.

—Eso tampoco pasa todos los días, que te dejes ver, ¿verdad?

—Lo mismo digo yo, Mina. ¿Cómo estás? ¿Ya no vas a tener hijos propios?

El Largo y Mina son tal para cual. Se caen bien. A los dos les gusta bromear y son de un mismo color y de una misma idea. También a Mina le gusta bromear. Conoce al Largo y lo adora. Muchas veces, Crisje oye literalmente de su boca:

—Dios mío, Crisje, si hubiera podido tenerlo a él, Cris; el hombre que te tienes. Mira el mío. Dios mío, si yo también soy humana.

Lo sabe Crisje y también el Largo lo sabe. Debería haber tenido un tipo fuerte. Mina vale su peso en oro. Pero tiene un hombre que corre tras ella y que es un papanatas.

Todavía le hace falta una falda para colgarse y a Mina le parece horrendo. Pero sí, es un buen hombre, un pedazo de pan, que nunca comete un pecado, nunca se enoja y que nunca se asomará para ver si en el mundo vive más que solo él. Aun así, el Largo no puede evitar molestar un momento a Mina con él:

—¿Cómo le va al tuyo, Mina? ¿Siguen cantando sus canarios? Tienes que mandarlo a la feria con pulgas, para que lo muerdan, así por lo menos oyes algo alguna vez.

Si bien Mina se ríe, no dejará pasar esto así. Si el Largo piensa que puede tomarle el pelo sin consecuencias, bien que se equivoca.

—Tú... —empieza Mina—, siempre te preocupas por pulgas y piojos, así que tú mismo tendrás más que uno.

—Me diste, Mina, se te agradece. Vaya que me diste.

Qué pena que el Largo se tenga que ir. Ya se le hizo tarde.

Mina le ayuda a Cris. Trui pone orden en casa y vigila a los chicos.

—Vaya, vaya con ese Largo —dice Mina—. Pero ¡me cae bien! ¡Te hace vivir, Crisje!

—Es cierto, Mina, te hace vivir. Aunque de vez en cuando sí que me satura. Pero no quisiera estar sin él ni por todo el oro del mundo.

—Lógico, Crisje. Lógico, ¿dónde vas a encontrar a un tipo como el Largo? En ninguna parte, es único. ¡Tiene el mundo entero en la cabeza y con él nunca pasarás hambre! Jamás de los jamases, Crisje.

—Es cierto, Mina. A veces incluso me da miedo tanta felicidad en mi vida. De vez en cuando estoy con el corazón en un puño, sabes, y me da miedo. Incluso podría llegar a ser demasiado.

Crisje ya está llorando. Mina lo ve y dice:

—¿Por eso te parece que hay que llorar? Eres la persona más feliz del mundo. Acéptalo sin dudarle, hay personas de sobra que no tienen esto y debe

haber unas cuantas que conocen la felicidad, ¿no? Ya, para, Crisje. Si no, te las verás conmigo.

¡Mina mira! Mira mucho tiempo y con mucha atención. Luego le pregunta a Crisje:

—¿Volvió aquel de la ciudad ayer, Crisje?

—Sí, Mina, pero ese hombre no sirve de nada. Tendría que haber sido maestro de escuela o debería haberle pedido más sensibilidad a Nuestro Señor, ahora no vale nada.

—Es cierto, Crisje. Ese hombre no sirve para nada. Pero a nosotras tampoco nos hace falta. Déjame ver. Vuelvo por la tarde. Y luego otra vez me voy. Pero luego regreso. Tal vez me vaya otro rato, o me quedo aquí a hablar un poco con el Largo. Pero tampoco es que esté segura. Es todo.

—¿O sea, que hoy, Mina?

—¡Hoy, Crisje! ¡Así como me llamo Mina!

Mina se va. Trui le prepara una deliciosa sopa a Crisje; la vida vuelve a ser hermosa. El Largo está en casa, pero otra vez presa de su impaciencia. Agarra su violín, vuelve a poner el trasto encima del armario un poco después, sale volado de casa para ir por su licor de hierbas donde Hent Klink, y hoy también juega al billar, porque normalmente nunca le da tiempo. Hendrik ha perdido su hogar, no sabe dónde meterse. ¡Es un día para no olvidar nunca! Si Crisje lo observa, viéndolo entrar y salir volando, el Largo oye:

—¡Serás payaso, Hendrik! Estás que no te hallas, ¿verdad?

—¿Qué me dices, Cris? ¿Soy payaso? Ten mucho cuidado, o ya te contaré otra cosa.

—Eres un cabrón, Largo, más te vale que lo sepas —añade Crisje, y por salir de su boca, a Hendrik le suena como música. Crisje está juguetona, se siente bien, porque una sensación gloriosa ha animado su pensar y sentir consciente. Está convencido de que ahora va a pasar algo. Por dentro es tan antinatural, tan elevado, tan refinado; es como si se abriera una bella flor. Oye música, también planea, puede rezar y dar las gracias; es glorioso lo que ahora tiene en su interior y que ha podido cargar todo este tiempo.

A Hendrik el “Largo cabrón” de Crisje le parece glorioso. Pero ¡nadie más debería intentarlo! Eso lo experimentó durante una partida de billar uno de los jóvenes del pueblo, que avisó al Largo de que era su turno gritándole:

—¡Ahora tú, Largo!

Hendrik lo miró por un momento y preguntó:

—¿A quién le toca? ¿A quién?

—A ti, Hendrik.

—¡Es lo que me imaginaba!

Ese jovenzuelo ya antes había estado debajo del billar. Crisje presencié ese drama. Ese día y esa noche la miseria no terminaba. A Crisje no le gustan las

peleas. Y, en realidad, qué es lo que quiere Hendrik. Un cuerpo grande no es una vergüenza, ¿no? Aun así, a Hendrik muchas veces le parece un suplicio, mira por encima de todo y a menudo maldice ser zanquilargo. Crisje le metió en la cabeza que tenía que aceptar su largo cuerpo. Cuando llegaron a casa, el Largo recibió su reprimenda:

—Ni se te ocurra volver a jugármela, Hendrik, tirar sin más a la gente de su silla de un golpe. ¿Es una vergüenza? ¿Pensabas que yo quería tener una reputación aquí? ¿Pensabas que quería casarme con un peleón? Una vez y nunca más. No vuelvo a salir de la puerta. ¿Lo recordarás, Hendrik?

Y ahora el Largo es más sensato. Ya no se deja arrastrar por semejantes palabrerías. ¡Sabe que Crisje cumplirá su palabra! Lo abandonaría. Este delicado carácter se cierra de inmediato ante la dureza y las travesuras. En Crisje vive una armonía sobrenatural por todo. Es una dama, una “Reina” de belleza desconocida, ¡aunque lleve zuecos! La gloriosa tranquilidad que irradia abarca todo lo que ha creado Nuestro Señor. Cuando alguna vez hace una escapada con el Largo —cosa muy rara—, se le asigna el mejor lugar. A la compañía le parece un honor tenerla en su seno. Tanto la aprecian. Ella pudo domar a Hendrik a través de su imponente amor. Y quien sepa esto le tiene un respeto sagrado al alma que siempre regala a cualquier persona lo que le es más bello, según la opinión de Crisje, ¡porque así se puede hacer feliz a Nuestro Señor! Cuando se hace demasiado inverosímil para el Largo, entonces su Crisje le da a oír en tono filosófico:

—Está en tus propias manos, Hendrik.

—¿Cómo que propias, Cris?

—Pues lógico; bien puedes hacerte querer entre la gente, ¿no?

Hendrik se ha hecho más sensato. Pero es estricto, eso también lo saben los chicos. Crisje no sabe las cosas que luego trama con los niños. Por su gran amor puede lograr que haga cualquier cosa, y la vida se convierte en una bendición. Hendrik sabe inclinar la cabeza y eso es un regalo para el alma y el espíritu. Oh, lo sabe tan bien, los cielos se abren para toda la vida de Dios, si la personalidad humana se hace entrar en la poderosa vereda, ¡porque entonces se puede hablar de unión! ¡A muchas mujeres les gustaría tener a su Largo, pero es de ella y de nadie más! Y para él, Crisje lo es todo, ¡el paraíso celestial, como lo quiso Nuestro Señor, y para lo que creó a Sus seres humanos! Ahora solo falta una linda “crucecita” y Crisje tendrá todo lo que desea. ¿Por qué Hendrik no compra una “crucecita” así? Pero eso también vendrá; ella sabe esperar. Al Largo se le olvidan esas cosas, no les presta atención. Pero es una bendición poder llevar algo así de tu propio hombre. A Crisje le haría muy feliz, pero ¿si no se puede? ¿Si no hay dinero para comprar ese tipo de santidades? Una “crucecita” así en el pecho le parece una bendición para toda la vida. ¡Te da la sensación de que siempre eres una con Nuestro Señor! Pero

aunque un cacharro de esos costara diez centavos, ahora ¿no se lo pueden permitir! No le sobra ni un centavo. Crisje calcula y compara, nunca está desprevenida ante la vida. No quiere saber nada de comprar fiado. Theet, el tendero, siempre dice:

—Crisje, si te hace falta algo, ya sabes. Pero entonces las preocupaciones te persiguen y te perturban la tranquilidad diaria. Crean malestar y miseria, y sientes que la gente se te queda mirando.

Todavía tiene grabada en la memoria la miseria de cuando en la puerta Hendrik compró ese bello pequeño chal a plazos. Una miseria que deterioró su felicidad doméstica y mancilló su pensar y sentir sagrados. A la gente le gustaba su chal, pero la idea de que anduviera presumiendo ropa que aún no había pagado le pareció una vergüenza para su vida. Y cuando las mujeres del pueblo le preguntaban dónde había comprado ese bella toquilla, se ruborizaba de vergüenza y desesperación. Hizo completamente añicos la vida de su alma. Lo pagó lo antes posible, porque habría sido capaz de tirar el lindo trozo de tela a la estufa. No podría haber aguantado mucho tiempo esa disarmonía en su pensar y sentir. Lo sabe bien, mucha gente compra fiado, y les parece de lo más normal. Pero a ella le perturba y le agobia el alma. Además, la comodidad de poder ir a por cosas sin más te lleva con tanta facilidad al abismo de la vida por encima de tu posición. Comprar fiado hace que se le suba el miedo a la garganta y hace que se le “desboque” el corazón. Le molesta en sus oraciones y entonces no puede vivir una confesión pura. Crisje no podría comulgar si lo fiado la acompañara al altar divino. Nuestro Señor diría:

—Está muy bien que vengas a confesarte y a buscar Mi cuerpo y Mi sangre, pero ¿cuándo eres de fiar? ¿Cuándo dejarás de comprar fiado? ¿Cuándo te encargarás de no vivir por encima de tus posibilidades?

¿No era cierto? Le sería un suplicio. ¡Y Hendrik puede darse por contento de que Crisje no sea así, porque te lleva al abismo, del que nunca vuelves a salir! Crisje ya se lo ha dicho tantas veces a Theet cuando su libro está lleno y la gente no paga:

—Tú mismo echas a perder a la gente, Theet. Eres tú quien hace que sea mala la gente.

Ay, las cosas que dice. El Largo no sabe de dónde saca toda esa sabiduría. Cada palabra es natural y meditada. ¡Crisje nunca habla por hablar! Nuestro Señor le dio esta psicología innata para su vida, como al Largo su hermosa voz. ¡Son dones de Dios, que te dan color, que te hacen vivir si sabes cómo manejarlos! Y eso sí que lo sabe Crisje. ¡Ella se encarga de arrodillarse con pureza y honestidad cuando el señor párroco le administra la “vida divina”! Y eso el señor párroco lo sabe requetebién. ¡Por eso es que Crisje es un ser bendito! ¡Piensa y siente! Está en armonía con todo y conscientemente convierte

la vida en un paraíso. Pero ¿quién puede hacerlo? Ella con su Largo planean muy por encima de lo animalizado en esta sociedad humana. Saben cuidar. El florín con treinta centavos de renta que tienen que pagar les dará en cuarenta años la posesión de una casita propia. ¡Hay que sacar cuentas, día y noche, y mientras tanto mejorar tu vida, de modo que algún día puedas estar sobre tu propio pedacito de tierra y entonces te “beses” a ti mismo y tu vida! ¡Pues, hay que probar un besito así! ¡Cuando compras fiado, ya no saben!

Aquí, el sol brilla cada segundo, aunque esté lloviendo a cántaros. Ya sea invierno o verano, siempre hay sol en casa y en estos corazones de buena voluntad. Es su conjunto musical, con el que bailan y se divierten. Son las perlas para sus vidas y sus “pequeñas orquídeas”, de las que Nuestro Señor recibe las más bellas. ¡Es inclinarse y explorar, aceptar y amar, estar abierto a todo e inclinar la cabeza cuando el otro tiene razón! Hendrik besa lleno de alegría estas manos que trabajan fielmente; él sabe. ¡Vale más que mil casas y cachivaches propios que te quitan el sueño, porque luego te enjaretan una orden de embargo! Entonces mejor no tener “crucecita”, no tener tierra, no tener terreno propio, nada de eso. Solo unos cuantos conejos y algo en el establo. Es todo, pero ¡significa felicidad! Y de eso se encargó Hendrik. Había algo en el establo, gruñía con alegría, y luego daría un lindo y grasoso tocino para los chicos. También unas deliciosas salchichas, de las que Crisje conocía la receta secreta. Posee una sensibilidad innata para preparar unas sabrosas salchichas. No lo aprendió, es algo innato. Matarían cada año, para los niños y para ellos mismos, porque así se ahorra una fortuna.

De vez en cuando, Crisje ganaba un buen dinerito extra. Trabajaba para el granjero Hosman y hacía salchichas para otra gente. Así se las arreglan y pueden pagarles a todos.

Mina ha vuelto a venir. Se fue y volverá más tarde. Crisje sabe que el milagro ocurrirá hoy. Ahora la cosa va en serio. Hendrik ya no se va de su lado ni por un momento.

—Toma, Cris, bébete esto, entonces podrás ayudar, ¡es para los nervios!

Ahora vela con todo su largo cuerpo por su felicidad y su espacio vital. Hendrik está allí, junto a ella, tan serio como si tuviera que ver con una “muerte”. Aunque no piensen en cosas desagradables, nunca se sabe. Siempre es algo que impone, porque llorará o se callará. Siguen ocurriendo accidentes así; han destrozado a suficientes personas. ¡Ahora tienes que pensar y olvidarte! ¡Tienes la vida en tus manos, o por poco se te escapa! Estás ante ella y vuela de regreso hacia su lugar de origen y por más que hables, no te ayuda. Ante eso hay que inclinar la cabeza, y decir sí y amén. ¡Solo hay uno que tiene algo que decir! Es Nuestro Señor, Largo, y es también Él quien te volverá a regalar esta felicidad.

En una ocasión, cuando el Largo quiso saber de Crisje hasta dónde podría

aguantar, preguntó:

—Sabes hacer muchas cosas, Cris, lo sé. Pero ¿qué habrías hecho si Bernard hubiera salido por patas hacia los cielos?

¿Qué decía Hendrik? Crisje no le entendía bien. Tenía que reflexionar un momento. Luego llegó su respuesta:

—Diría, Hendrik: “Señor Nuestro, que se haga Tu voluntad!”. Y sabes que siempre estoy pendiente de mis hijos, pero aun así, nos tenemos que desprender de esas cosas, Hendrik.

El Largo dijo:

—¡Me quito el sombrero por eso, Cris!

Y luego le dio diez a Crisje... Hendrik casi se la devoraba y por poco la aplastaba, de modo que Crisje gritó:

—Tú, Largo, cabrón, ¿de verdad me quieres apretujar hasta matarme?

Qué festivo y grande sonó eso saliendo de su boca. Qué gloria. Normalmente, al decir cualquier cosa, cualquier palabra, Crisje le dirige el regio “Hendrik”. Ahora ese “Largo cabrón” sonó como si llegara de los cielos. Hendrik se puso tan contento por eso, que le rompía a Crisje los labios a mordidas, pero a ella le pareció que se estaba pasando de la raya.

—Eso es demasiado, Hendrik, demasiada locura, ¿no? Ten cuidado con eso, porque ya no somos unos chiquillos, ¿entendido? —le dijo Crisje, alejándolo de ella con reprobación.

Hendrik siente ese freno, todo está condicionado por la fuerza moderadora de su personalidad armoniosa.

—Cris, Cris, ¡qué mujer que eres!

Ahora el Largo está al lado de su vida, y vela. Pareciera que le quitara los dolores, perfora la vida con su mirada fuerte; ¡la lleva cargando hacia la hora milagrosa de un nacimiento!

—¡Sé fuerte, Cris! —oye la madre de Johan, Bernard, ¡y pronto también de Jeus!

—¡Estoy contigo, Cris!

Una de las manos de Crisje se desliza por las mantas, buscando la del Largo. Esta presión le da una fuerza universal. ¡Hendrik siente la calurosa vida de Crisje y la besa! ¡Es como si María, José e incluso Nuestro Señor también estuvieran allí! ¡Dios es bueno! ¡Dios siempre está allí! Él bendecirá a quien lo ame, y los bendijo a ella y a él. Ahora no hay en el largo cuerpo del Largo ni un gramo de inconstancia. El bello e imponente acontecimiento lo eleva, hacia el inteligente y respetuoso inclinar de la cabeza. Vive en el corazón de Crisje, llenándolo de gloria; su fuerte voluntad la abraza con alegría. No puede ser de otra manera, la nueva vida lo sentirá y lo entenderá, y por eso en un rato desplegará su primer llanto. Hendrik se ha quitado su blusón azul, lleva ropa festiva. ¡Si supiera lo que sabe el espacio, se postraría a rezar, agra-

deciendo a Dios lo que recibió un cuerpo a través suyo y de Crisje!

El Largo se inventa mil y una excusas, es tan rápido y resbaladizo como una anguila, pero Crisje lo sigue. La luz de la fe de Crisje alumbró sus tinieblas humanas, en las que luego, como sabe hacerlo ella, podrá contemplar todo a la luz de Nuestro Señor.

Crisje suda como si fuera sangre, así es de malo, pero no suelta una sola lágrima. Aun así llega un chillido con el que ella misma se asusta, porque siente que los niños están en casa. Y eso no debe ser, y no será así. ¡Los chicos no deben volver a oírlo jamás!

En cuanto llegue Mina, será innecesaria más ayuda del Largo. Pero antes de eso, Crisje le aprieta la mano al Largo con tanta fuerza que deja marcadas las impresiones de sus uñas en su carne. Un beso de Crisje por todo lo que él le ha dado. Han vivido horas de felicidad, horas de gloria desconocida; este acontecimiento es imponente si sabes pensar y sentir, y si el corazón humano está abierto a las coloridas flores de Nuestro Señor.

—Hola, Mina.

—Hola, Crisje. ¿Ya ves que vuelvo a tener razón? Un ratito más, y podremos volver a decir “gracias”, ¡porque Él lo único que quiere de nosotros es que estemos agradecidos!

El Largo se va. Mina dice:

—Tú por qué no vas a traer a aquel erudito, Hendrik.

Mina ve lo que está por pasar. Son las nueve y media; los minutos van pasando lentamente; faltan quince minutos para que sean las diez, entonces llegan los primeros síntomas, y un poco después, Mina tiene a “Jeus” en las manos.

Está escrito en las estrellas, Crisje, este niño tendrá que nacer siete minutos antes de las diez, ¡y sin embargo esto no tiene nada que ver con la astrología! Pero de eso ya hablaremos más tarde. ¡Eso ya te lo contará Jeus luego!

Mina mira al muchacho. El Largo vuelve a entrar y ella le pone al niño muy cerca de la cara. Lo mira solo un momento. Luego suena la voz de Mina, diciendo con admiración:

—¡Cris, Dios mío, este tiene unos ojos como cielos!

Cuando llega el médico, el niño ya está, limpio y todo, en la caja de limones, la cuna que el Largo le fabricó a Jeus. El erudito ahora está diferente que de costumbre. Él también mira al niño y felicita a Crisje y al Largo. Ahora el hombre está muy locuaz, habla de la vida, incluso los acompaña con un trago y cuenta lo difícil que es la vida. Empiezan a entender que su vida tampoco se compone exclusivamente de traer niños al mundo. La imponente vida a veces crea preocupaciones y miseria de las que aquí en el campo no tienen ni idea. ¡Ni tampoco lo pueden creer! Inclinandose y muy corteses están el Largo y Mina ante el médico, y lo acompañan a la puerta.

—Cómo se puede uno equivocar con las personas, Hendrik —constata Mina—. ¡Quién lo iba a pensar!

Crisje dice:

—Yo ya lo había pensado, Mina, ¡ese hombre tiene preocupaciones! A él le llega el agua al cuello. ¡Yo ya me lo imaginaba!

El Largo sale volando. Ya no se aguanta en la casa, tiene que hablar de su felicidad y solo puede hacerlo con Hent Klink. Mina agita la cabeza. Crisje dice en tono de disculpa:

—Déjalo a sus anchas un rato, Mina, de lo contrario me hará añicos la casa, y se complicarían las cosas aún más.

—Eso es sensato, Crisje, tú eres muy sensata.

Mina sabe apreciar cosas así. Es consciente de que aquí vive la felicidad. Ahora también ve cómo estas personas defienden su felicidad, pero también sabe que todos tienen que pagar por ella si su vida quiere poseer esas alas, y que solo a trompicones puede adquirir un aleteo espacial. Pero el Largo no tarda mucho en volver. Pronto está otra vez en la cocina. Ahora en el pueblo saben que vuelve a reinar la felicidad en la calle Grintweg 318. ¡Hendrik Rulof volvió a tener un hijo! ¡Jeus... se llama este niño!

—¡Qué niño tan hermoso, Largo...! —le dice Mina a Hendrik—. Este es especial. ¡Brindemos por él!

Mina y Hendrik brindan. Crisje asiente con la cabeza, dando a entender que en pensamientos los acompaña. Cuando Mina se ha ido, el Largo está ante Crisje sintiéndose como un niño, sin saber qué decir, pero Crisje lo ayuda:

—¡Gracias, Hendrik, te doy las gracias!

Lo que no ha pasado todavía ocurre ahora. El Largo llora. Ya no puede detener las lágrimas. Dentro de él, algo se quiebra, y lo parte por la mitad. Tampoco él puede con tanta bondad. Crisje es inagotable en su bondad. Sus pensamientos y sentimientos son insondables. Esta vida es tan profunda, tan inmensamente grande gracias a la fe, la religión, el amor al prójimo, la confianza y el respeto por el ser humano, tan llena de deferencia por toda la vida, que el Largo podría hacer él mismo una universidad con todo esto. El Largo llora. Se siente como un niño; él, el Largo grande, robusto y en otras ocasiones tan independiente no se entiende a sí mismo, pero aun así: llora.

Esa Cris, te agradece todo. Por pensar en ella y no olvidarse a causa de su felicidad, el Largo recibió un agradecimiento que fue directamente a su corazón, poniendo allí todo patas arriba. Algo así te sobresalta y te conmueve. Es la felicidad imponente de ellos, que todo este mundo puede contemplar. Y una felicidad así no se puede comprar, ¡si quieres, pregúntale a Nuestro Señor!

El Largo está desbordado por la felicidad. De vez en cuando mira a Jeus.

Crisje ha vuelto a tener razón. Otra vez, Crisje sintió bien, ese “sentir” de Crisje es algo particular. Otra vez tuvieron un niño, ¡y qué niño es! Cuando Gerrit Noesthede, uno de sus mejores amigos y el bajo de su cuarteto, pasa a saludarlos, la diversión y la gamberrada ocupan de inmediato el centro de la cocina. Gerrit mira a Jeus y felicita a Crisje. Gerrit mira largamente y con atención, un poco demasiado, piensa el Largo.

—¿Qué le ves a Jeus, Gerrit?

—Eso es un misterio, Hendrik. Tiene algo que yo no tengo y de lo que tú no sabes nada.

Crisje disfruta. Aunque Gerrit muchas veces dice tonterías, en el fondo de su corazón es una persona sensata y sensible. Además es un escultor dotado. Como por arte de magia, Gerrit saca hermosas estatuillas de la madera, figuras de mujeres y representaciones religiosas. Gerrit es el eterno soltero, las “tipas” no le dicen nada. Gerrit tiene las historias más disparatadas sobre Hanneke, que lo cuida y a la que hace pasar por su esposa. Pero Hanneke es exactamente como Gerrit. No quiere un esposo, y uno ya diría que poco a poco Hanneke y Gerrit se van haciendo demasiado mayores. Pero ¡tienen la misma edad que el Largo y Crisje! Pero todavía no les hierve la sangre.

—Sí —le dice Gerrit a Crisje...— todavía esta semana le dije a la mía: “Hijos sí, me gustaría tener hijos”. Pero ella ya no quiere saber nada de eso. Y ahora ya no me queda más que aguantar.

A veces, Gerrit habla de tal modo que uno juraría tener a un gran mujeriego enfrente, pero el buen hombre vive como un pato beato. Se toma su trago, gana un montón de dinero y disfruta de la vida, pero sin esposa. El Largo dice de Gerrit que tiene demasiadas tonterías en la cabeza y que no es capaz de pensar en cosas serias. Cuando hablas con él de asuntos serios, es inevitable que de repente aparezca una broma; es algo que solo Gerrit sabe hacer. Eso lo hace como ningún otro. Ese es Gerrit Noesthede, una joya de amigo para todos los que tienen trato con él. Gerrit vuelve a Jeus, limpiándose la frente. Y dice:

—Creo que nací demasiado tarde, o tengo arena en los ojos. Pero ¿qué es lo que tiene, Hendrik?

Hendrik no consigue contestar. Se mantiene ocupado sirviendo una copa. La atención de Crisje está con esos dos allí en la cocina. Si bien ahora está descansando gloriosamente, no quiere perderse nada de las ocurrencias de esa pareja. El domingo se volverá a reunir todo el grupo, y se reirán de lo lindo. Para eso no les hace falta la feria. Solo Peter Smadel es de carácter un poco más serio. Tiene una hermosa voz de barítono y Crisje está convencida de que Peter y Hendrik podrían sin duda ganarse un buen dinero en el escenario. Y luego también está Jan Maandag, pero ese es como relleno. Según Gerrit, su cantar sirve más o menos como la cenefa del papel tapiz. Pero por todos los

cielos, sin esa cenefa, todo el tapiz se va a la basura. Luego hay unos más que completan el cuarteto. Son las primeras voces, de las que el Largo es el director. Pero a esos hombres nunca los ves por aquí, solo llegan cuando ensayan y nunca lo hacen aquí.

Gerrit sigue tomándose sus tragos con gusto. Cada trago entra con otro dicho y una palabra de aprecio.

El gordo glorioso bebe y habla, charla y suelta disparates a tal grado que al Largo le corren las lágrimas de risa por las mejillas, y convierte así su noche en una auténtica fiesta. Pero finalmente llega el final cuando Crisje, que a pesar de sus propósitos se había adormilado, se despierta con un sobresalto y pregunta:

—¿Qué hora es, Hendrik?

Gerrit se larga. Le contará todo a Hanneke. Hendrik se acuesta al lado de Crisje. Es de noche. Ahora Crisje y el Largo descansan del día ajetreado. Crisje y el Largo: dos personas con su gran felicidad que casi no pueden abarcar y con aquello que ahora está plácidamente dormido en la caja para limones. Este tiene algo de lo que solo Nuestro Señor conoce el secreto. Pero ya saldrá a la luz, Crisje, no tienes que hacer nada para lograrlo.

—¡Nada, ya vendrá solo!

—¡Buenas noches, Crisje! Ahora mejor me voy, ¡ya llegó Jeus!

Crisje, estuve en un cielo

El Largo se levantó temprano. Su desbordante euforia colma de felicidad a Crisje. Hoy, día ocupado. Emmerik le importa un bledo. El Largo le coloca brevemente a Crisje una pequeña corona en la cabeza que él mismo le trenzó. Lo mira con gratitud. Hendrik se muere de impaciencia por que llegue el día de registrar a Jeus. Claro que también ese día lo convertirá en una gran fiesta. Le supondrá invitarles algo a los amigos, porque lo aprecian mucho y no se despegan nunca de él. Ya llegó Trui para poner orden en la casa. Ahora los chicos pueden ver a Jeus.

—Y bien, Johan, ¿qué dices de tu hermanito?

Johan mira a Jeus, pero no contesta. Aunque sí informa con mucho interés si la cigüeña no le mordió la pierna a mamá. Crisje lo tranquiliza, negando con la cabeza. Esta vez no había tenido tanto tiempo, porque obviamente la nieve la había atrasado. Johan reflexiona, al parecer le resulta grandioso, y entonces le echa una flor a Crisje.

—Podrá morder a otras madres, pero a ti no, ¿verdad, mamá? Tú no le hiciste nada. Eres demasiado buena para que te muerdan.

Ahora también dice lo que opina del nuevo bebé, que para su gusto está demasiado gordo. Cuando se le interroga a Bernard al respecto, manosea un poco el lindo vestidito. Jeus se le hace un niño un poco raro y no le gusta mucho.

Cuando llega Mina, los chicos tienen que desaparecer. Se encarga de todo en poco tiempo y luego vuelve a irse. Tiene más cosas que hacer. Mina está dotada de un par de fuertes brazos y de un carácter noble y sensato. Al igual que Crisje, siempre está ocupada. Ahora que Mina ha terminado y que Jeus también ha recibido sus cuidados, Crisje puede volver a pensar y rezar por un momento, darle gracias a Nuestro Señor por todo, y porque otra vez haya ido tan bien. ¡Qué niño que es! Mina otra vez no se cansaba de decir cosas de él. El pueblo entero ya está enterado de que Crisje tuvo un hijo tan especial. La gente habla al respecto y le desea de corazón su felicidad a Crisje, porque todos los que la tratan llegan a valorarla y empiezan a quererla. Crisje cierra los ojos. Los huevitos con coñac la fortalecerán y ahora sus pensamientos pueden volver a tomar vuelo. 'Qué extraño', piensa, ahora su pensar es diferente. Ahora que ha llegado el niño se siente muy diferente interiormente. Las cosas que puede obrar un niño así, un nene, una criatura así. Crisje vuelve a sentirse a sí misma, aunque no pueda penetrar hasta la profundidad que desea y quiere de la concentración de pensamientos. ¡No puede! Y por más que le dé vueltas y por mucho que se esfuerce, este acontecimiento ha conclu-

ido. Ahora las cosas son diferentes por dentro. La vida ha nacido y con este nacimiento han desaparecido sus sentimientos imponentes y bellos. Sin duda que vale la pena meditarlo seria y profundamente, con más razón porque le viene tan bien justo ahora que tiene tiempo para hacerlo. También tiene que prepararse, porque seguramente vendrá el señor párroco, y entonces tendrá que confesarse. Mintió, contagiándose a sí misma, y es una vergüenza para Nuestro Señor, que no le regala más que felicidad.

Poco a poco, Crisje empieza a sentir y a comprender que su pensar está allí, en esa camita. Su volar por el espacio está allí en esa cuna improvisada. Allí está el niño de su vida. Ahora también ha desaparecido de ella ese imponente silencio y mucho más, muchísimo más que no puede expresar en palabras, pero que para ella poseía una seguridad que no es de este mundo y que sin duda pertenece a los poderes y las leyes de Nuestro Señor. A Crisje le falta algo y esa falta es impresionante; es más de lo que un ser humano pueda asimilar. Es algo, piensa y sospecha, para lo que otra persona quizá tenga que trabajar su vida entera si quiere hacerse con aquello que pertenece a la vida. Es fuerza, personalidad y sentimientos, y Crisje sabe que esa seguridad ha desaparecido ahora de su vida. Se sigue a ella misma y vuelve a esos sentimientos. Quiere saber dónde se ha quedado. Está parada encima, pero aun así no tiene seguridad de que viva debajo de sus pies. ¿Dónde han quedado estos fundamentos?

Jeus está dormido. Jeus descansa y es ese descanso, ese silencio con el que Crisje fue una sola durante nueve meses. Era una sola sangre circulando, un solo latir del corazón, una sola respiración, un solo tictac; eran uno solo en pensamientos y sentimientos. Cuando Trui la mira, pregunta:

—Pero ¿qué tienes, Cris? ¿Qué pasa?

Crisje no puede contestar. Trui ya está pensando otra vez en el Largo, pero él no es.

—¿Entonces qué te pasa, Cris, otra vez ha hecho de las tuyas?

Crisje le hace un ademán con la mano a Trui de que no es el Largo. Ya se lo contará en un momento. Pero le toma tiempo. Trui no entiende y sigue pensando que el Largo es la explicación, que ha echado a perder su felicidad. Trui está viendo claramente que los niños no traen felicidad. Cuando Crisje oye lo que piensa su hermana, siente que para Trui esta tiene que ser la respuesta y que de todos modos no podrá entender nada de la causa real. Por fin Trui oye la razón:

—Ay, Trui, ¿qué te puedo decir? No es Hendrik; para mí, Hendrik es lo mejor que Nuestro Señor pudiera desear. No, es diferente. Creo que son los entuertos.

A Trui le parece comprensible.

—Claro, normal, es muy natural.

Eso lo entiende de inmediato. Les pasa a todas las madres, cuando es así primero tienen que volver en sí. Pero algo también tendrá que ver el Largo, opina Trui, y Crisje la deja que crea eso.

Ahora Crisje tiene otra vez un poco de tiempo para reflexionar sobre qué es lo que ha perdido y que la hizo tan feliz todo este tiempo. Tan intensamente feliz que ahora la hace llorar. Pero finalmente sabe que tiene que ser fuerte. Ya ve las ideas extrañas que suscita y si no tiene mucho cuidado, incluso hablarán de ella en la calle y le echarán la bronca al Largo. Porque su hermana es muy parlanchina. Pero han desaparecido esos bellos sentimientos. Ya se encargará ella misma de contárselo a su Largo, pero ¿la entenderá? Es algo tan frágil, tan etéreo, algo tan inmaculado. Para esto tienes que postrarte e inclinar profundamente la cabeza hacia la naturaleza y el espacio, entonces los pensamientos se convierten en un vuelo elevado. Fuera, entre el centeno, cuando hace sol y el día está hermoso y hace la temperatura exacta, cuando te sientes tan fresco y más que glorioso, sentado allí nada más, puede ocurrir que de repente te llegue. Pero entonces no puedes pronunciar palabra, no puedes soltar tonterías ni bromear, o tirarse el uno al otro en el centeno, porque entonces no lo sientes. Entonces no está allí y no puedes hacer ese viaje. Ahora estás ocupada contigo misma y no sientes ni lo más mínimo de eso; así estás con ambas piernas en el suelo, en la pobreza de esta sociedad podrida, de este mundo frío, desagradable, miserable, ¿donde no hay más que odio, envidia y chismes! Para eso te tienes que abrir. Tienes que amarlo; sí, querer dar todo lo de ti misma, ¿entonces sí que llega!

Y ahora, ¿ahora ya no está! ¡Ahora está allí y se llama “Jeus”! Crisje estaría destrozada si no fuera tan fuerte por dentro. Además, la haría llorar día y noche, pero no le da la gana. No hay que hacer eso, pues es mezquino, y no quiere tener nada que ver con mezquindad. Pero ha desaparecido de ella.

Exactamente, Crisje, allí vive, allí está acostado y allí duerme. Anoche, siete minutos antes de las diez, se te arrancó de la vida por el proceso al que se le llama “nacimiento”. Ni un segundo pronto o tarde, exactamente a tiempo y exacto en el espacio. ¡Si supieras que has dado a luz a un príncipe espiritual, un príncipe del Espacio, Crisje! Lo que eso significa, tal vez solo te lo contará este niño en cuarenta años, posiblemente un poco antes. Si me metiera para seguir el acontecimiento, podría decírtelo con precisión hasta el segundo, pero esa no es la intención. ¿Por qué te daría yo esta sabiduría? Si lo único que hace es cansarte. Pero ¿cómo recibirías entonces esta vida? Si el Largo tan solo lo supiera, Crisje, entonces ya no sería un ser humano; reventaría. Pero eso ¡no debe ocurrir! Las estrellas y los planetas, Crisje, saben de esta vida. ¡Esta vida es “WAYTI”, Crisje! ¡Luego oirás lo que significa esta palabra! Pero te digo, los ojos de Jeus irradian los soles, estrellas y planetas, irradian este Universo. En verdad, ese Gerrit chiflado lo vio y lo sintió. Muchos más

lo sentirán. Los primeros días después del nacimiento; luego desaparecerá y Jeus será un niño de lo más normal. Pero esta vida está en manos de aquellos, Crisje, que ya no pertenecen a esta vida, y que sin embargo tuvieron una vida material en su momento. Aunque esto no lo aprendas de tu immaculado y buen amigo, tu mejor amigo, el señor párroco, él tampoco conoce los detalles. Esto vive en otra parte y aún no se ha construido una universidad para ello. ¡Eso lo hará Jeus! Lo más probable es que lo sientas, Crisje. Hablo como un loco o como un omnisciente, pero esa omnisciencia ¡vive en tu Jeus! Y fueron los sentimientos, tu planear, tu ser una con el niño, esta vida, lo que has sentido todo este tiempo y por lo que eras tan feliz y tan elevada. Reflexiónalo, Crisje, es bueno para luego, cuando despierte y ¡quiera hablar contigo! Pero entonces seguramente saldrás corriendo en alguna ocasión, Crisje. Entonces no sabrás qué hacer, porque este te hará preguntas hasta que ni puedas verlas y que nadie en el mundo puede contestarle a un niño, porque no es posible. Exactamente, Crisje, tienes que reflexionar, observar todo, es un volver a vivir que también Jeus tendrá que hacer algún día si quiere darle cuerpo a las leyes de Nuestro Señor, si quiere asimilarlas y darles un lugar en esta sociedad tan podrida. ¡Continúa, Crisje, nosotros velaremos!

Llega una visita. La señora De Man le trae sopa a Crisje, pero no la quiere. Le sentaría mal comerla y eso no debe ser. No debe alterarse, es malo para el niño. Crisje le vuelve a dar una sabia lección. Con la señora De Man, la mentira está frente a su alma y su corazón. Se propone firmemente decirle todo al respecto al señor párroco. Crisje martillea esa alma humana en la que viven tantas cosas malas. No puede evitarlo, siempre que se encuentra con personas malas, Crisje baja el purgatorio como por arte de magia y aviva esos fuegos tanto que a la gente no le queda más que sentir miedo. Trui dice:

—A esa vieja no le importa en lo más mínimo ningún purgatorio; mejor échenla directamente al infierno. Es una maestra para estas cosas, es... —Y mucho más, que tenía que bastarle a Crisje y de lo que Trui sabe lo suyo.

Pero Crisje nunca se rinde y la gente sabe que cuando pasas por su casa, te despacha sabiduría vital al por mayor, o te toca un hermoso sermón que deja las cosas más claras que el agua, incluso para el más torpe. Chúpate esa. ¡Esta manzanita viene directamente desde el Edén! ¿Está rica? Ustedes tienen (vosotros tenéis) los bolsillos llenos y su casa parece nido de urraca. Así que irán rodando directamente al purgatorio, o peor incluso, les esperan los infiernos. Pero la señora De Man dice:

—Me encargaré, Crisje. Voy a mejorar mi vida, pero necesito tiempo.

Y esto es justamente algo para Crisje.

—¿Qué quiere decir? ¿Tiempo? Usted ya echó a perder su tiempo y lo ahogó en alcohol. Es duro que lo tenga que decir, pero así es. ¡Tiene que empezar una vida mejor aquí! Aquí hay que inclinar la cabeza ante Nuestro

Señor. ¿Lo entendió, señora De Man? ¿Y qué hizo con mi marco? ¡Dígame! Fue la última vez, ¡más vale que lo sepa! Es una vergüenza, sí usó ese dinero para emborracharse, ¿verdad?

Crisje le lee la cartilla a la viejita fea como a esta no se le habían leído nunca antes. Pero es que es terrible. Es tan monstruoso que a Crisje no le alcanzan las palabras. ¡Tan malo! La señora De Man ya está otra vez en el purgatorio y Trui, que lo sigue todo cuidadosamente por más bajo que hable Crisje, acecha a la que acaba de dar a luz con mirada de águila. Ahora a tener cuidado de que esa vieja maldita no vuelva a agarrar dinero. ¡Porque eso sería servirle al diablo! Y no lo quiere Trui, ese le importa un comino. Pero bueno, esta Trui de todos modos tampoco está abierta a Nuestro Señor. Crisje lo ha notado ya miles de veces. Trui es avara. Su corazón se niega cuando tiene que echar mano del monedero. Ahora le echa todavía más ganas para sacar a esa vieja por la puerta. Que ella misma se sorba su sopa. Cuando Trui dice:

—La vi pasar tres veces, señora De Man. —Crisje sabe que la vieja la ha vuelto a engañar terriblemente. Tres veces a Hent Klink, y eso en este tiempo. Con tres copas de mala ginebra no pasa nada, pero esta gente se la toma por litros. Ahora sí, la señora De Man queda impresionada por tantos reproches y se angustia visiblemente. A Crisje le entra compasión por la ogresa, y para desviar la atención le pregunta por su marido, su hijo y por las cosas cotidianas. Crisje siente que ahora Trui está fuera de combate, esta es capaz de desollar a una persona, y, ay, qué tonta es Crisje en el fondo por darle la oportunidad de destrozarse esta vida por completo. No se lo puede perdonar. ¡Las cosas en las que se mete! ¿Qué asuntos tan miserables traen consigo las personas, cargándolos y arrastrándolos por allí? Las preocupaciones son miseria, son pésimas para el corazón y el alma, y Crisje no quiere tener nada que ver con eso. Trui, se ve ahora a la legua, se sienta tras las cortinitas para espiar a la gente. Todavía no se rinde y quiere tener razón. Trui quiere darle una reprimenda a Crisje, si no luego habrá perdido su prestigio en este vecindario.

—¿Y? ¿No puede contestarme, señora De Man? ¿No fue a comprar esa bazofia de ginebra tres veces?

La señora De Man siente que el martirio vuelve a empezar. Cuando se enoja puede jurar como un carretero y se vuelve diabólica. Entonces se le pone tan dura la expresión de la cara, tan como de bruja y demonio, que da miedo. Hay personas que la evitan porque piensan que es el mismísimo diablo, así de demoniaca es la influencia que rodea entonces a esta mujer.

La mujer se mueve un poco en su asiento y luego se dirige a Trui:

—¿Sabes lo que deberías hacer, amargada tiesa, maldita hiedra? ¿Qué quieres de mí, malnacida?

‘Allí viene la pelea, se va a armar la gorda’, piensa Crisje, ‘y eso no debe ser’. Le ordena a Trui callarse y luego le dice tranquilamente a la señora De

Man que necesita descansar y le pide que se vaya. Y ahora la fea mujer sí que es cortés, a pesar de todo. Puede serlo para Crisje y sabe ahora que no debe pelearse. Pero la fuerza de su único ojo golpea a Trui y la tira al suelo. Crisje recibe un adiós, Trui es aire para ella. La persona insignificante alza las faldas, alza la cabeza, y sale por la puerta. Pero Trui la alcanza justo antes de que salga, y la obliga:

—Por atrás, por la puerta de la calle solo pasan personas.

La señora De Man escupe al suelo. Crisje se da la vuelta. Esta tardará en volver. ‘De verdad que es una vergüenza’, piensa Crisje. Y eso hoy.

—¡No vaya a ser mala suerte!

Hablan que da gusto. Las hermanas tienen cosas que decirse. Finalmente, Crisje gana, porque se blinda y le pide a Trui que se calle. Antes, Trui era incapaz de eso, fue la razón por la que dejó de venir tanto tiempo. No sabe olvidar y siempre quiere tener la última palabra. Trui se niega a aceptar las cosas. Pero ahora se queda callada, y es una ganancia para su carácter.

Crisje tiene que recuperarse un momento. ¡Qué cosas! Y eso en ayunas. Bendito sea Dios que Hendrik no estuviera en casa. Entonces se habría armado la de San Quintín. Los demás siempre te meten en problemas y te amargan la vida. ¿Qué buscará esa mujer aquí? ¿Quién quiere tener que ver con esa vieja? Pero ¿se le puede cerrar la puerta a un ser humano? ‘Borrón y cuenta nueva’, piensa Trui. Lo que sí le dice a Crisje es que no hay que buscar los piojos, esos ya los hay por sí solos. Que no intente tocarle la puerta a Trui. Pero —Crisje lo sabe— a los malos los buscan los buenos. A veces puedes vivir la felicidad por medio de la gente y entonces de pronto otra vez la has perdido. Y Cristo dijo: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas”. ¡Nunca des un portazo en sus narices a Sus hijos o Él a ti te mantendrá cerradas las puertas de Su Reino! Y eso es algo por lo que Crisje tiene un respeto sagrado. Son los primeros fundamentos de todos para ejercer el amor al prójimo. Pero con todo, Crisje siente que la gente le ha vuelto a tomar el pelo, y mucho. Los malos la han burlado taimadamente y además otra vez de manera tan dura que ni siquiera se atreve a decírselo a Hendrik. Y todo eso, Trui lo sabe. Lo ha vivido desde hace años y sabe además que fue ella misma quien a Hendrik le había echado a perder a fondo los primeros meses de su matrimonio, contándole todo lo que hiciera Crisje. Pero ¡eso solo fue el comienzo! Fue cuando le tocó su reprimenda a Hendrik, y Crisje echó sus propias sólidas bases para su felicidad, paz y sosiego. Su matrimonio descansa ahora sobre una roca. ¡Son fundamentos que ningún ser humano puede deteriorar! Pero ¿cómo fue la vida de Crisje al principio de su matrimonio?

¡Miserable! Trui se chivaba de ella y se metía entre ella y Hendrik. Trui veía todo mal. Y aun así a Crisje le parecía bien que siguiera visitándolos. Pero Crisje tenía sus planes y pensaba que todavía no debía hacer nada; eso

le daría el derecho a hablar luego y podría contarle la verdad a su Largo, con todo su rollo y sus pensamientos equivocados. Un año duró. Pero entonces le tocó tal reprimenda al Largo y tal paliza a Trui que incluso el tío Gradus se enojó, lo que con todo era un gran milagro, y tuvo que defender a su mujer, o el Largo la habría matado. Chillaba como un cerdo al que se está matando, tanto había calado Hendrik su carácter falso. Finalmente, Crisje tuvo que apoyar a su hermana. ¡Y cómo se arrepintió! Aun así, había repasado las cosas de principio a fin. Crisje se lo tenía que decir a su marido, porque la montaña de quejas se estaba convirtiendo en un coloso tal que casi la hacía sucumbir. Y todo eso solo por Trui, porque no podía aguantar que Crisje hiciera el bien, estuviera abierta a quien fuera e incluso regalara lo que podía de sus pocas pertenencias. A Trui esto le parecían “unas locuras” y no las soportaba. Fue muy difícil para el Largo darse cuenta del engaño. Pero no para Crisje, y cuando caló por completo a su hermana, supo cómo hacerse cargo si quería evitar ver destrozadas su felicidad y su familia a causa de las celosas habladurías de su hermana. Y cuando el Largo entendió por fin que Trui mancillaba y trataba con vileza a su Crisje, su felicidad y su amor con tal de colocarse ella misma en un bello lugar y para darse una luz, este la dejó en el piso de una sola bofetada. El tío Gradus, en otras circunstancias un tonto, se enojó, se puso frente al Largo y le dijo lo que pensaba. ¡El Largo se tenía que largar! Y se fue. Durante meses hubo fricciones, se quedaban callados y no se miraban. Si bien Trui y Crisje vivían en pie de guerra, esta sabía: tenía razón. No tenía por qué avergonzarse. También el señor párroco lo sabía todo al respecto, y le daba toda la razón a Crisje. Sí, el señor párroco vivió todo junto con ella, porque Crisje confesaba cada uno de sus pecados, por lo que su confesor lo entendía todo de su vida. Cuando Hendrik pensó que a Crisje le hacía falta que le leyera la cartilla, el señor párroco intervino, diciéndole al Largo:

—¿Será que por fin tienes los ojos abiertos, Hendrik? ¿Quieres hacerme creer que es tu Crisje?

El señor párroco no podía saltarse el secreto de confesión. Pero Hendrik, el señor párroco no es tan imponentemente grande como tú piensas, él no sabe de antemano por sí mismo cómo fueron las cosas. Crisje deshebró todo y luego lo confesó honestamente. Así, al señor párroco le nació respeto por esta vida inmaculada, esta hija de Dios, esta pequeña alma única. “No toques a Crisje”, le había dicho el señor párroco al Largo, “o ¡te las verás conmigo! Y si se te va la mano con Trui, ya no quiero que vengas a verme, Largo. ¡Porque todos somos pecadores e hijos de un solo Padre! Pero a Crisje ¡no la tocas! ¡Crisje es de todos nosotros, Hendrik, porque es una bendición para la iglesia!”.

El señor párroco se encargó de que Trui les volviera a hablar. Porque se

podía decir que era deseable. Y es que vivían una al lado de la otra. Si Crisje tenía que ver a sus cerdos o sus gallinas y Trui estaba ocupada detrás de su casa, como ella, la primera se sentía como si la estuvieran apuñalando. Crisje lloró por eso muchas noches y elevaba sus oraciones hacia arriba hora tras hora, durante meses. Finalmente sus oraciones fueron oídas. Cuando Trui cedió, a Crisje se le abrió el cielo. Trui siempre había sido una persona difícil, con un carácter complicado, pero uno justamente tenía que poner algo de su parte y ayudarla lo más que se pudiera. Aunque Trui hubiera aprendido algunas cosas, vivir en armonía con ella era una tarea pesada tanto para el Largo como para Crisje. El Largo ya no hacía mucho caso de su cuñada. ¡Que alguien se atreviera ahora a decir algo negativo sobre su mujer! De rodillas le daba Hendrik las gracias a Dios por que hubiera conservado a su Cris. Por toda esa miseria, él se había creado un cielo con su Cris que absolutamente nadie podría ya quitarles. Si se le antojaba, a Trui se le concedía echar un vistazo y, si quería, pasar un trapo por el suelo. No había más que hacer para ella en ese cielo. A Trui no le interesaba el resto de ese paraíso, y mucho menos lo entendía. Eso se había convertido en la psicología vital de dos personas, que se había originado solo por el amor y la justicia.

Y ahora ya no había persona en este mundo, por más inteligente que fuera, que pudiera meterse entre el Largo y Crisje. Trui se había estrellado. En todo el vecindario y en todos los alrededores se sabía de la felicidad y la sabiduría que reinaban en esta familia. Incluso el patrón en Emmerik se enteró e invitó a Crisje a que fuera a visitarlo. Bien quería él también conocer a este milagro de sabiduría y amor del que tanto se podía aprender. Así que Crisje se puso su vestido nuevo y se fue con Hendrik a Emmerik, a visitar a su amo y señor, el comerciante de vinos. Todo un día festivo para ella. Pronto el patrón se dio cuenta de que la mujer de su criado era de buena cuna, y cuando en el transcurso de la conversación ella contó con qué familias había tenido trato antes, el patrón y su esposa escucharon con la boca abierta y miradas de sorpresa. Al Largo si que le había tocado la lotería, más le valía tenerlo presente. Crisje era una “lady”. No se cansaban de comentarlo y luego le pidieron varias veces que volviera a visitarlos. Pero no tenía tiempo para eso. Finalmente, tenía su propia vida y quehaceres domésticos, y tenía demasiadas ocupaciones para dedicar su tiempo a hacer visitas con frecuencia.

Ahora Crisje deja que Trui piense lo que quiera. Conoce a su hermana y sabe que el fuego en ella se incendia muy rápido. Se le irían acumulando las complicaciones si se llegaran a poner la proa una a la otra. Crisje posee una intuición infalible para dejar que esta vida siga chapuceando tranquilamente hasta el momento de su despertar espiritual. Ve que a su hermana la mala hierba le llega hasta la nuca. Ahora Crisje deja que ella se las arregle sola e, inteligente como siempre, prefiere darle la razón a Trui y sigue por

el único camino que señala Nuestro Señor: el del “amor”. Pero finalmente, Trui quiere, por ser vida, mujer y persona, poseer también su trocito y una migaja de lo que hace tan feliz a estos dos. Para ella es un hijo sano tras otro. Probablemente, Crisje tenga razón: tal vez sea demasiado estricta, demasiado rígida y dura con ella misma. Quién sabe. Aun así, Trui ha aprendido algo. Se controla más fácilmente y ya no abre la boca tan rápidamente. Ya prefiere salir por la puerta en vez de empezar con el Largo, retándolo como antes, como para un duelo. ¿Y el Largo? Bueno, ya no la ve para nada. Para él, Trui ha perdido toda importancia, y si aun así de vez en cuando vuelve a hacer su aparición, solo ve a una persona que viene de paso, pero con la que quiere tener el menor trato posible. También por eso no quería que Trui tocara esa botella de vino. En ningún caso deja que la mancille. Claro que Crisje se asustó, porque sentía a Trui y entendía al Largo. Trui se mordía los labios hasta rompérselos, pero evitaba a su cuñado y no dejaba que el fuego se avivara. En silencio, Crisje le echó una flor. Ahora su hermana resistía a Hendrik maravillosamente. Eran síntomas de despertar y deshielo, aunque para Nuestro Señor todavía no significaran mucho. Pero si Trui tenía a otras personas delante, de inmediato volvía a estar lista para el ataque. A pesar de todo esto, estaba echando un cimientito. Sin duda; quedaba claro que todavía era solo para el propio “yo” y para su propia gloria, y por lo visto con la intención de conquistarse un lugar entre todas estas personas que a fin de cuentas habían estado inmersas todas en su propia injusticia. Según Trui, ¡todo apestaba! Y cuando una persona ya no llevaba ropa, ¡no era nada! A Crisje le parecían demasiado baratas, transparentes y pobres de espíritu las expresiones que solía emplear su hermana. No eran otra cosa que el intento por salvar su propio “yo”, que sin embargo ninguna persona en el pueblo reconocía abierta y conscientemente. Pensaban que no era más que una persona normal, un espárrago con boca y unos cuantos pelos. Trui del tío Gradus era una figura fría y distante, y sin duda que para Crisje no era como rezar el rosario. Sus ensayos generales para ir a comulgar y otras costumbres religiosas rebotaban contra las paredes de la iglesia y la gente veía que eran vacuas. La gente sabía lo que valía una oración suya de esas. No, si les hacía falta ayuda, le pedían rezar por su felicidad y gloria a Crisje, que se encargaba con gusto. Pero llegaban tantos. Por lo tanto, cuando veía que no lo valían ni hacían nada ellos mismos para lograrlo, ya no seguía rezando. Y es que Nuestro Señor no era un marchante. Las oraciones de Trui colgaban atrás en el patio como la ropa recién lavada, sin vida, cuando el aire no era seco y día y noche había niebla. Lo sabían todos, incluida ella. Su carácter no quería cascarse ni agrietarse, y sus sentimientos no podían desarrollarse. Le faltaba el fuego que inspira. El señor párroco también lo sabía, porque conocía su rebaño. Los cálidos sentimientos maternos, la necesidad de acariciar y conso-

lar, de amar todo lo que vive, nunca llegaban ni a la altura de la banca en que se sentaba. La gente no aceptaba la sumisión de la que hacía alarde. Nadie se tomaba esto en serio. Habían nacido y crecido juntos, en la misma región, y por tanto conocían hasta el fondo el carácter de los demás. Sabían en lo que el otro pensaba, lo que sentía y lo que vivía por dentro. Las oraciones de Trui, decía el Largo, eran como una gallina que clocaba, pero que nunca te ponía un huevo. Claro que entonces terminaba en la olla, porque ¡a los gorriones hay que sacrificarlos!

Crisje ve hoy que, aunque Trui siga recayendo con frecuencia en su propio mundo duro, esta ha aprendido algo, y sin duda vale la pena agradecersele a Nuestro Señor. Crisje reza, y sus oraciones por el bienestar de los suyos y todos los demás congéneres vuelan hacia el espacio. Crisje vivió la satisfacción al menos cincuenta veces. La misma gente llegaba a contarle que los líos habían desaparecido. Era por ella, sus oraciones podían obrar milagros. Y también lo sabía el señor párroco, por lo que ningún hijo de su parroquia podía señalarla con el dedo, o se las vería con él. Ella había asimilado este poderoso respeto, para provecho del Largo, que podía permitirse decir: “¡Soy el hombre más feliz del mundo!”. Trui lo ha perdido y ya no sigue intentando desvenecjar este matrimonio, pues se rompería el cuello en los fundamentos echados, bendecidos por Nuestro Señor mismo.

Y ahora: las cosas funcionan. Trui busca un camino. Crisje deja que su hermana descubra ese camino por sí misma. La ayuda no solicitada entorpecería el desarrollo del carácter de Trui. Claro que Crisje está dispuesta a asistirle y acogerla día y noche con su gran amor.

Lo importante es que Trui esté de vuelta, y a Crisje le parece una gracia sobrenatural. Cuando vuelve, después de hacerle ver a la señora De Man que mejor se iba, Crisje dice:

—Tienes razón, Trui. La gente así es la perdición de los demás.

A Trui le viene de perlas. Ya viene su respuesta:

—Te lo podría haber dicho y enseñado antes, pero piensas que no tengo corazón.

Sí, Trui, ahora tienes razón. Darle dinero a la señora De Man es servir al diablo.

Trui les echa la sopa a los cerdos, lo que le cuesta otra jaculatoria a Crisje, porque hay tantos pobres que podrían haberse reconfortado con ella. A Crisje le parece un pecado y se propone que, cuando se mate al primer cerdo en otoño, le dará una porción al primer mendigo que toque su puerta. Tampoco olvidará entonces a la señora De Man. Pues qué día, otra vez tiene muchas cosas para pensar y reflexionar antes de poder actuar, por lo menos si no quiere estropear las cosas y evitar que Trui llegue a tener la sartén por el mango.

Llegan las vecinas; ni a Crisje ni a Trui les gustan particularmente estas visitas. Y es que no es un interés sincero, sino satisfacer la curiosidad de ver cómo está otra vez allí en la cama Cris, esa santa. Por lo demás, nuevamente no será otra cosa que contar chismes de y sobre todas las personas del vecindario.

—¿Y, Crisje, tuviste mucho dolor?

—Pues qué le diré, señora Ruikes, todo salió solo.

—¿Y, Crisje, fue muy duro?

—Bah, señora Kniep, qué le diré. Había terminado antes de darme cuenta.

Crisje empieza a estar hasta la coronilla de su machaconería. Trui ya está mirando el reloj con mirada elocuente y dice que va siendo hora de descansar.

Pero las mujeres no tienen pensado irse ya de inmediato al primer aviso. Una tarde así hay que aprovecharla a fondo. El hueso es demasiado sabroso para abandonarlo así como así. Por suerte no llegaron demasiadas “interesadas”. Aun así, hay entre ellas personas que en otras circunstancias casi nunca llegan a ver y a las que solo conoces muy superficialmente. Pero estas también se fuerzan una entrada en tu vida y es muy difícil mantenerles la puerta cerrada. Crisje no sentía más que un escaso aprecio por los huevos que las visitas le habían traído. Cuánta gente no habrá a la que les hacen mucha más falta. Nunca antes Crisje le había tenido una manía tan profunda a este rollo, estos chismes y esta curiosidad enfermiza. La de veces que las mujeres se han arrastrado unas a otras por el lodo con sus chismes. No era rara la ocasión en que también esos chismes llegaban hasta la taberna de Hent Klink. Entonces, más de una vez resultaba en encarnizadas riñas entre los hombres. No, a Crisje no le importa en lo más mínimo cómo estén las cosas en otras casas o lo que hagan los demás. En su casa no hay más que sencillez y orden. Trui tiene un poco más de juego, porque el tío Gradus gana más y en su casa no hay niños, aunque, por lo que atañe a ese sueldo, ya empieza a haber cambios, pues el Largo se inventa mil cosas para aumentar sus ingresos. A Trui le gustaba tanto hacerle sentir a su hermana que su posición era bastante más acomodada y que su vida era tanto mejor. Pero eso ahora ya no lo hace. Cuando en una ocasión volvió a tener necesidad de expresarse de manera despectiva acerca de la situación económica menos favorable de su hermana, Crisje le despedazó su felicidad de un solo tajo.

—Esa riqueza tuya, Trui, no la comen los cerdos. A ellos también les da nauseas.

Trui se asustó, se puso roja como un tomate, pero tuvo la sensatez de no entrar más en el asunto. No, Trui, esa felicidad tuya no vale mucho. Muy prudente de tu parte, que hayas decidido no ahondar más en la opinión de Crisje y no seguir metiéndote con su felicidad. Esa felicidad dorada de Crisje es inquebrantable. No permitirá que nadie, y por lo tanto tampoco tú, la

mancille.

Trui ha hecho una rica sopa. Todos están de excelente humor y los corazones brillan de alegría y felicidad. Cuando Johan y Bernard le aseguran a mamá que por poco se desmayan de hambre, se les manda donde la tía Trui. Johan sabe adular hasta deshacerlo a uno. Pero lo que se consideran adulaciones sale muchas veces desde el corazón sensible y dorado del niño. A Trui tampoco se le escapa y una vez tras otra le conmueve la sinceridad de este pequeño carácter. También sabe, sin duda, que Bernard le es mucho menos simpático y, por más joven que sea, capta su carácter y sus actos. Sabe que Bernard tolera su presencia por necesidad, pero que por lo demás prefiere no ver a su tía.

Entra el Largo y con él vuelve a entrar la autoridad a la casa. Ahora otra vez hay que estar alerta y cuidar las palabras, pues Trui y su cuñado se siguen llevando como perro y gato. Solo que el Largo ya no le da mucha importancia a su cuñada, y a ella no le queda más que aceptarlo. Hendrik no la trata con descortesía, pero más que eso tampoco hay.

—Hola, Trui.

—Hola, Hendrik.

—Hola, Cris. ¿Quiénes vinieron?

Crisje saluda a su marido, pero pasa por encima de su pregunta.

—Pues nadie en particular, Hendrik. Ya sabes, no me gustan las visitas. ¿Sí fuiste a ver al señor párroco?

—Claro, Cris.

—¿Y bien, Hendrik?

—Tomamos un buen vaso de vino y estuvimos charlando a gusto. Tan buen hombre que es, Cris. Y sabe de todo.

—Sí, es cierto. Nuestro párroco es una buena persona. Y debemos alegrarnos mucho de que nos hayan vuelto a mandar a otro tan bueno. Por esto no podemos darle las gracias lo suficiente a Nuestro Señor.

—Ya está bien, Cris, todavía no es un santo.

El Largo modera un poco a su mujer; de lo contrario, su alma se elevará demasiado hablando del señor párroco.

—¿Vendrá todavía el señor párroco, Hendrik?

—Sí, creo que mañana, Cris.

—Oh, ¡qué bien!

El Largo come con apetito. También se tomó unos cuantos tragos, pero sabe cuándo parar. Otra característica suya que Crisje le agradece. Hendrik tiene mucho que hacer. Mira un momento a Jeus y a los chicos, y entonces vuelve a salir corriendo para lo de sus retratos y vuelve ya tarde. Claro que Crisje habría preferido mantenerlo en casa, pero no le quedaba más remedio que resignarse. Finalmente había vuelto a tener un pedido y es innegable que

el dinero les hace demasiada falta.

Tarde por la noche llega otra visita, y de pronto tienen a uno de sus mejores amigos ante sus narices. Casje, el vendedor ambulante. Casje mide casi tanto como el Largo, pero es discapacitado, le faltan los antebrazos. Al igual que Gerrit Noesthede, es un bromista excepcional, aunque a su vez de otra manera. Viaja y va a todas partes, y dio la gran coincidencia de que justo estaba en el pueblo. La mayoría del tiempo anda por otros lares. Como ya se ha dicho, el vendedor es un cómico nato y como siempre, a Crisje ya le da risa solo verlo. El Largo lo saluda diciendo:

—La gente mejor siempre llega de noche.

—Hola, Crisje.

Casje no puede estrechar la mano y lo compensa haciendo muecas. Pone una cara graciosa y entonces ya te da risa, y eso a veces es más valioso que un apretón de manos, que muchas veces no resulta en otra cosa que una sensación pegajosa y desagradable. Casje posee una buena inteligencia, otra cosa que tiene en común con Gerrit Noesthede, además de una letra que ni en el ayuntamiento podrían mejorar. Cuando se sabe que ha vuelto al pueblo, la gente llega a él con cartas en las que dice alguna cosa que no pueden entender. Casje es muy instruido y escribe con unas volutas que al Largo le dan celos. Sus difuntos padres tenían dinero y le dieron una buena educación. El que ahora sea vendedor ambulante y que viaje por todo el país con su mercancía es por su propia voluntad. Seguramente, él tampoco se casará y seguirá solo, aunque finja que ya ha tenido infinidad de mujeres y ahora esté más que hartito.

Casje y Crisje se conocen desde la niñez y siempre se han llevado bien. También al Largo le cae bien, porque el vendedor se ha convertido en uno de los suyos, con el que puedes hablar bien. En realidad había sido Casje quien puso en contacto al Largo con el hombre de los retratos. Allí en Didam, donde Casje andaba paseándose, conoció a ese retratista.

—Me quedo solo un momento, Crisje. Ya sé que llego tarde, pero supe de tu Jeus y eso no me lo quita nadie, pensé, además ¡que tú nunca me lo perdonarías!

Hendrik y Casje hablan un rato más sobre cómo van las cosas con los retratos. Casje asegura que Hendrik puede ganar dinero a puñados con eso si de vez en cuando hace una breve salida de casa. Él mismo ya no puede sumar estos negocios a los que ya tiene. Hendrik sabe que realmente no le hace falta todo este lío, porque Casje tiene guardado un dinerito por si las cosas se ponen feas. Eso está tranquilamente en algún lugar debajo de los pies de la gente y Casje sabe con absoluta seguridad que nadie es capaz de sacarle ese dinero. Tan despabilado y vivo sí que es. Con él está en buenas manos. Se toman otra copa. Este es un día memorable.

La caja de Casje está en el rincón de la cocina. No puede venir sin que de ella salga algo para Crisje. Ahora también la alegrará con un regalo. Abre su caja con la mercancía y rebusca un poco. Entonces encuentra lo que buscaba y se lo muestra al Largo. El viajante es un diplomático y conocedor de las personas nato, que posee un buen corazón y que es de buena ley. Casje le muestra a Hendrik su regalo para Crisje y es imposible que la conciencia de este tenga objeción alguna. Porque con este regalo de su amistad, desde luego que Casje muestra muy claramente que no piensa pisar un terreno que no le pertenece. Claro, Casje no es más que una persona sencilla y un comerciante común y corriente, pero con una grandeza de alma interior que le impide perjudicar aquellas cosas y verdades que un esposo exige para sí mismo. Nada ni nadie puede ni debe meterse en estos asuntos. Son asuntos sagrados, de los que solo el esposo está autorizado encargarse para su propia esposa. Casje sabe: una crucecita la tiene que recibir una mujer de su propio esposo, y de nadie más.

El Largo teme que Casje no conozca a su Crisje. 'Qué pena', piensa, porque ahora tiene que lastimar a su amigo. Cómo podrá intervenir tan rápidamente que no se le ofrezca algo a Crisje que no pueda aceptar, ahorrándole así un doloroso rechazo a Casje. El Largo parece un perro apaleado, la personificación de la más profunda calamidad, porque hace tanto que Crisje desea tener una crucecita, y hace mucho debía haberse encargado él, vergonzoso perro muerto, apático pedazo de inútil. Precisamente hoy habría sido casi el colmo de la gloria para ella y otra vez se le olvidó. ¡Siempre le pasa lo mismo! ¡Pareciera que no debe ser!

Pero el Largo se preocupó sin que hiciera falta. Y es que los sentimientos interiores de Casje ya lo alertaron. Seguramente seguirá siendo un misterio para ambos cómo fue. Desde el lecho Crisje podía observarlos a esos dos, allí en la cocina, y vio lo que el visitante quiso sacar de su caja primero. Pero ¡no la llevaría nunca! Nunca una crucecita de un hombre que no te pertenece. Sería una trampa para ti misma, ante Nuestro Señor. Una oración que elevarías siempre estaría relacionada con el hombre que te hubiera regalado la crucecita. Eso toca el alma, el espíritu, la vida y la felicidad. Lo único que Crisje conseguiría así es contagiarse y mancillarse. ¡No, nunca podría llevar esa cosa, eso solo puede regalárselo el Largo, y entonces será una bendición!

Casje no regala una crucecita. El Largo debería alegrarse de que es tan sensible. Hace exactamente lo que la madre de Jees quiere que haga; toma un lindo trajecito y se acerca a ella. Mira aquí, Crisje, para Jees. Y este es un hermoso regalo. La seda le irradia su brillo.

—¡Casje, muchísimas gracias! ¡Y también de parte de los ángeles aquí, Casje, que no puedes ver, pero que te regalaron esta sensibilidad y lo cual también para ti quiere decir que hay más entre el cielo y la tierra de lo que la

gente no sabe nada! Pero te aseguramos: Nuestro Señor aprobó tu decisión.

Es curioso ver a Casje, con sus brazos de palo, manejando el tenedor y el cuchillo. Cuando va a escribir, se pone sobre los muñones los brazos y las manos de madera, se recuesta con los codos en la mesa y adorna su letra con unas volutas que suscitarían celos en los departamentos y otras oficinas administrativas. Por cierto, Casje fue escribiente en una secretaría y pasó un tiempo escribiendo en un ayuntamiento, pero su amor por la naturaleza era tal que un buen día dejó su empleo con las palabras:

—Por mí que se busquen a otro, estar sobre mi trasero no es lo mío.

Fue el final de la carrera administrativa de Casje, y empezó a trapichear por los caminos, viviendo en la gloriosa naturaleza de Dios. Hasta en Zwolle conocen ahora al vendedor ambulante con sus bromas y su alegría, su bondad humana y la grandeza de su espíritu y su alma. A pesar de sus payasadas, Casje siempre era y seguía siendo un caballero, a pesar de su humor a veces eufórico, cuando brincaba como loco de remate alrededor de su caja de mercancía como un torero en el ruedo alrededor de un toro herido, porque eso le traía suerte. Le traía tanta suerte que a veces no sabía qué hacer con ella. ¿De qué le servía a uno ese maldito dinero? ¿De qué le servía el dinero a una persona si no disponía de brazos y un cuerpo normales? ¿Acaso no era entonces un ser humano? Ay, no, no hay que hablarle a Casje de Nuestro Señor que ama a todos Sus hijos. Eso no. Crisje conoce a Casje, y Casje conoce a Crisje. Juntos han comentado varias veces sus curiosidades, y aun así empezaron a tenerse una gran deferencia y un gran respeto. Uno sabe que la gran fe en su Señor Nuestro es inquebrantable y no se puede aplastar, mientras que la otra sabe que tiene que dejar en paz a esta alma. Aquí no le era posible ayudar. El par de brazos defectuosos se interpone aquí y no se pueden quitar del camino. Pero Casje es una buena persona, no un pordiosero.

Eran buenos amigos y lo seguían siendo. Crisje nunca más intentó administrarle al deforme los sagrados sacramentos. Eso se lo dejaba al señor párroco.

En esos días, Hendrik se había divertido tanto que nunca lo olvidaría. Los dos peleaban una misma ley, un mismo Señor Nuestro. Una, una mujer devota; el otro, un hombre con muñones en los brazos.

Casje siempre era bienvenido y Crisje siempre estaba lista para ayudarlo, le hacía café y le servía como lo hacía con el Largo. Hace no tanto, Casje llegó inesperadamente y tocó los vidrios a su manera a las tres y media de la madrugada. Crisje, que se despertó de inmediato, salió con un brinco de su cama caliente, atizó el fuego, hizo huevos, le dio un jergón al visitante y luego se volvió a meter en el sobre. Hendrik se despertó un momento, dijo:

—Hola, Casje. —Y luego se volvió a quedar dormido. ¡Esa es Crisje! Lo hacía para él como lo hacía también para otros. Aunque este amigo tenía su

corazón y su cariño porque era un caballero y había tenido tan buena influencia en el Largo. Pero Crisje iba hasta el infierno por todos sus amigos, todos podían contar con su ayuda y asistencia. Nunca jamás se tocaba en vano en su corazón o en su vivienda.

Casje siempre tocaba los vidrios de una manera particular. Entonces, el Largo murmuraba entre sueños:

—Cris, aquí está Casje.

Casje lo sabía, aquí vivían sus amigos. Crisje le era como una madre. Los dos se tenían un sagrado respeto, pero tampoco le cedían al otro un palmo. Pero estas fuertes personalidades entendían el arte de vivir relativo a cómo actuar en ciertas circunstancias. Ahora Casje se largaba. Todavía lo esperaban en otra parte. El Largo se metió entonces en la cama, prometiéndole a Crisje acordarse de la crucecita. Crisje conocía a su Largo, pero nunca se la pediría. ¡Nunca! Entonces no se le podría ver ni sentir gloria a la crucecita. Tan hondo eran los sentimientos de Crisje por este regalo y tan hondo era su significado para la vida de su alma. No permitía que lo mancillaran, ni siquiera por una crucecita con diamantes. ¡Aunque sí quería tener una crucecita del Largo! Pero ¿quién se lo podría hacer saber al Largo? ¿Quién le regalaría esta sensibilidad? Los sentimientos a golpes no entran a mazazos. Se notaba en Trui, en la señora De Man y en casi cualquier persona. A veces hacía falta toda una larga vida para adquirir un poco de sensibilidad. Una y otra vez tenías que estar dispuesta a poder acoger y a querer entender a una persona, de lo contrario no eras como lo deseaba de ti Nuestro Señor. Crisje descansa y Hendrik ya está roncando. Pero, oh milagro, sus ronquidos son mucho menos penetrantes. Ahora duerme muy decentemente, con el hocico cerrado. Si solo pudiera vencerse ese detalle, sería su rey con una corona de cartón, pero aun así ¡de verdadera nobleza!

Esta noche, Crisje tiene mucho por que rezar, mucho que agradecer y muchísimo para ser feliz. Hoy se ocupó de muchos asuntos e hizo tabla rasa. Ahora no vaya a meterse en nuevos problemas, entonces la vida volverá a ser milagrosa y Crisje les dará su bendición a los vecinos y a todo en los alrededores. Jeus sueña con los angelitos. El niño es más sano que una manzana. Todo marcha bien y se siente capaz de levantarse ya mañana si hace falta. Hendrik le dio tres besos a su mujer y se volvió a ir a su trabajo. Como una hora después, también entra Mina. Se parlotea que da gusto. Ahora no hace falta sopesar cuidadosamente la palabra adecuada, porque Mina capta todo y Crisje no tiene que preocuparse ahora de que Trui vuelva a hacer algo malo. La mañana pasa volando y ya es el mediodía cuando Crisje vive su gran alegría. La viene a visitar el señor párroco.

—Hola, Crisje, ¿cómo estás?

—Muy bien, señor párroco, gracias.

—¿Y dónde está Jeus entonces? Vaya, ¿ese es Jeus? Crisje mía, qué ojos tan bonitos tiene.

—Por comer, señor párroco, pues le acabo de dar de comer.

—No, nada de eso, Crisje, su aspecto no es como el de los otros dos. Es verdad. ¡Sí que puedes darle las gracias a Nuestro Señor, Crisje!

—Lo hago, señor párroco, y supongo que el señor párroco lo sabrá, ¿no? Pero tengo que confesar algo, señor párroco.

—¿Tienes algo que confesar, Crisje? ¡Eso ya te lo perdonaré!

—No, señor párroco, lo digo en serio.

Crisje cuenta lo que en realidad está pasando. Estuvo mintiendo severamente y eso la agobia. Ya se echó a perder la comida del niño por eso. Es demasiado para el párroco Luninkhof. Es muy grave. Le dice a Crisje lo que debía haber hecho.

—Te digo una cosa, Crisje, tú mejor sigue siendo como eres y a través de Nuestro Señor, te perdono todo. Pero ahora sí que quiero echarle un vistazo a Jeus.

El buen hombre mira al niño. Jeus ya cerró los ojos, la pequeña vida joven duerme. El párroco sigue la joven vida y llega al pensar y sentir. Crisje se da cuenta de que está por ocurrir algo especial. El señor párroco está soñando. Crisje siente que le ha entrado el silencio. ¿Sería el mismo glorioso silencio y tranquilidad que habían descendido en ella tantas veces mientras estaba embarazada de Jeus? Sí, Crisje, los mismos sentimientos invadieron ahora al señor párroco al mirar y sondear al niño. Este pequeño ser irradia algo. Reconfortó el espíritu del anciano, llevándolo a otro mundo. Dura mucho tiempo. Han pasado ya por lo menos diez minutos, y el señor párroco sigue allí sin moverse. Ahora posee alas y se encuentra en otro mundo, en el del espacio. Oye cánticos y ve flores. Se siente aupado y siente que ha llegado a la unión con Dios. Crisje espera respetuosamente. Luego vuelve a moverse el señor párroco. Se frota los ojos y luego dice:

—Sí, Crisje, ¡estuve en un cielo! Hija mía, qué agradecida deberías estar. Es un niño hermoso. ¡Pensaré en él y lo incluiré en mis oraciones!

Es sin duda el regalo más bello que Crisje puede recibir. El señor párroco vuelve a su iglesia y se arrodilla allí. ¿Qué significaba todo esto? Le da las gracias a Dios por haber podido ver Sus cielos. A través de Jeus, estuvo en contacto con los cielos. Un milagro grande y poderoso. Algún día, ese hijo de Crisje dará que hablar. Jeus es un niño celestial y en esa alma vive una fuerza que no es de este mundo. Eso lo siente cualquiera. El Largo no ha dicho ni una palabra de más, al contrario. Pero ¿qué es? ¿Qué es? El señor párroco solo puede estar agradecido a Dios, esta vida no ve ni siente más. Aun así, esta alma llegó a estar bajo la influencia del niño e inclinó la cabeza. Le salieron alas a este párroco. Viajó del mismo modo como había podido hacerlo

Crisje durante nueve meses, aunque ese don ya no lo posea más. Una gran pena, aunque tal vez lleguen otros tiempos y más niños. Pero de una cosa está segura. No tendrá dos rayos como este. Ya hablará con el Largo al respecto.

El señor párroco dijo exactamente lo que ella misma pensaba. No se puede apoyar a los borrachos ni ayudar a fomentar lo malo en una persona. Está mal. También tiene razón Trui, Crisje, aunque por supuesto que eso es algo completamente distinto.

Cuando el Largo llega a casa, la cara de Crisje irradia felicidad, y también se le puede ver a Hendrik que es un hombre feliz. Donde hay tanta bendición, donde se vive tanta compasión, el ojo humano adquiere una irradiación brillante, se conmueven el corazón y el carácter. Le da una nueva figura al espíritu y a la personalidad, hechiza al ser humano, aligera su paso y, aunque él mismo no lo crea, le da la vuelta por completo, convirtiéndolo en otra persona. No importa cuánto tiempo dura una cosa así. A cualquiera le tocará vivir una hora o un día así, porque es para lo que uno finalmente es humano.

—Hola, Trui.

—Hola, Hendrik.

Crisje escucha con alegría. ¿Está oyendo un tono mejor y más agudo, o qué es?

—Vamos, Cris, cuéntame todo lo que te ha pasado hoy.

Cuenta todo con precisión, con todas las particularidades y sin olvidar nada, tampoco que se ha confesado. Al Largo le da la risa. Se parte de la risa. Volvió a traer algo rico y también hay que descorchar esa botella. Trui tiene que acompañarlos, aunque diga ahora que no le gusta el vino. No se aceptan sus protestas. Tendrá que tomar una copa de vino por la salud de la madre y del niño. Salud, Crisje, por ti.

—Por todos los cielos, Hendrik, ¡es buenísimo!

—¡Vaya coincidencia! —grita el Largo—, este me dejaron escogerlo a mí. Uno de parte del patrón y otro de parte de la señora. Mira, Cris. Este es.

Crisje mira la botellita de vino fino, sangre pura según el Largo, y solo para ella. Por si algún día se le antoja. Trui está un poco más comunicativa, aunque se va a casa pronto. Y de verdad: el Largo pregunta si no pasará un momento el tío Gradus. Trui le dará el mensaje. Luego les vuelve la unión. La puerta de su templo está cerrada, de nuevo están solos.

Hendrik sabe que Crisje solo discute con él sus problemas más sagrados cuando siente que tanto ella como Hendrik están en la sintonización de los sentimientos correcta para hacerlo. Trui vuelve un momento para decir que Gradus no viene, porque fue a una reunión. 'Mejor aún', piensa el Largo, así puede dedicarse por completo a Cris, y seguramente se enterará de alguna cosa.

Cuando el Largo se pone frente a Jeus, y a Crisje le parece que toma demasiado tiempo antes de que él diga algo, ella teme que él pierda sus pensamientos para este mundo, como le pasó al señor párroco, y por eso lo llama de vuelta:

—Estás haciendo exactamente como el señor párroco, Hendrik. ¡Él tampoco se hartaba y creía estar pensando en un cielo!

—Puedes pensar de mí lo que quieras, Cris, pero ¡algo tiene! No me creo a mí mismo, mañana probablemente se me habrá olvidado, ahora no puedo entenderlo.

—¿Te digo algo, Hendrik?

—¿Qué quieres decirme?

—Me hizo llorar. Lloré porque ahora estoy sola, ahora ya no puedo volar, lo sé, ya no puedo escuchar. Ahora ya no volveré a sentir ese silencio, ahora soy una pobre diabla.

‘Eso sí que es demencial’, piensa Hendrik. Nunca había oído a Crisje así.

—¿Qué dices? —pregunta—. ¿Qué eres?

—Sí, Hendrik —continúa Crisje—, durante nueve meses sentí y cargué lo que sintió el señor párroco. ¡Hace tanto tiempo que vuelo! Llevo tanto tiempo en ese silencio, en esos cielos. Todavía no sé lo que todo esto significa, pero ¡promete! Eso es completamente seguro, Hendrik. Y él tiene algo que decir.

Sí, Hendrik, ¿cómo lo tiene que expresar en palabras Crisje? Lo siente. Lo ha vivido, formaba parte de su corazón. Aunque toda madre sienta algo parecido, ¡esto es diferente! Tiene un significado universal. Es puro oro espiritual, ¡te conecta con toda la vida de Dios! Cuando el Largo ha escuchado todo y ve que para Crisje es de una seriedad sagrada, otra vez más vuelve a seguir la tranquila respiración del niño. Solo un momento, entonces se suelta con fuerza, como si tuviera miedo de empezar a planear también él, ¡y no quiere perderse!

El coro viene a cantar

Los días pasan volando. Los días, uno tras otro, parecen una verdadera fiesta. Crisje se siente fuerte de nuevo, pero Mina quiere que disfrute de su tranquilidad hasta el último día y la última hora. Esta noche vienen los cantantes y vivirán el arte del Largo. Jeus ya tiene siete días. Grita bien y el Largo piensa que seguramente se convertirá en una voz que podrá aprovechar. Pero Crisje se burla de él. El Largo no tiene que exagerar. Se ha vuelto a recostar, los hombres pueden llegar en cualquier momento. Gerrit llega primero. Infla los acontecimientos de la vida como si fueran globos de feria, hasta que explotan y los jirones caen al suelo revoloteando. Y así como los globos, también las historias se ponen a disposición del público, en muchos colores vivos. Y la diversión y la juerga de los espectadores muchas veces no son menos que un auténtico jolgorio de feria. Además, después de tomarse su quinto o sexto trago, le entran los nervios a su complejo lingüístico francés e italiano y este pide con insistencia ser aireado. Pero los amigos, cuyo fuerte tampoco es la lingüística, como le pasa al mismo Gerrit, creen que se las arreglaría bastante bien si se encontrara en el país en cuestión. Solo el Largo sabe que no es así, pero obviamente no dice nada. Así como Crisje, piensa que Gerrit es un tipo estupendo para tratar y además sabe que su bajo también tiene sus momentos serios y que entonces también sabe decir muy bien las cosas.

Como si acabara de entrar, aunque ya lleva algún tiempo sentado en la mesa, de pronto se levanta y vuelve a empezar:

—Primero hay que saludar a Crisje, y luego a tu corazón y riñones, Hendrik. A fin de cuentas tú eres el escultor de esa carne y esos huesos. ¿No es cierto, Cris? (—pregunta.)

¿Qué puede contestar a eso? Crisje se ríe un poco para sus adentros. Gerrit no espera una respuesta y ya se está sentando otra vez en la mesa. Esperan a los demás.

—Maldición —se oye entonces de repente—, ¡y ahora se me olvidó Jeus! ¿Cómo va el niño, Crisje?

—Bien, Gerrit.

—Ahora le voy a enseñar lo bien que sé cantar, Crisje. Quiere dormir, ¿no es así? Pero puede decirnos lo que quiera. Ya le enseñaré cómo sabemos cantar aquí. O si no, que regrese al lugar de donde haya venido. Cuando tenga más años, Largo, puede pedirme que lo deje cantar de primer tenor.

Mientras tanto, Peter y Jan también han llegado. El otro dúo, que cantará la parte del bajo, y el segundo tenor, Jantje van Stien, todavía faltan. Peter recibió una petición para ir a cantar a Wezel. Y sin duda lo harán. Conocen

Wezel, ya han tenido varios éxitos allí, y en Meiderich se hicieron tan famosos que les llegaron invitaciones de lugares muy hacia el interior de Alemania. Peter y Hendrik son los ases del coro.

La voz de Jan no es de las más potentes, pero la de Gerrit puede crecer tanto en volumen que él solo se encarga de toda la parte del bajo. Peter es sajón, nunca aprenderá a hablar holandés ni dialecto. La jerga compuesta de alemán y dialecto con la que intenta darse a entender te pone una presión sobre el estómago, te da cosquillas y, como los disparates de Gerrit, resulta inevitablemente en que te den ganas de reír. Pero Peter tiene una hermosa voz y todos están de acuerdo en que cantando podría ganarse muy bien el pan.

Por fin están todos completos.

Empiezan a sintonizar unos con otros. Incluso esto ya le parece muy bien a Crisje y para ella tiene su propio encanto. Los hombres se aclaran la voz. Crisje sabe distinguir bien cada sonido, las voces agudas, el bajo de Gerrit y el tenor de su Largo.

Sumándolo todo, un sonido para volverse loco. En la calle, la gente ya está a la expectativa de lo que oirán. Les atrae bastante una función de canto gratuita. Y seguro que aplaudirán.

—Ahora tenemos que empezar —oyen los hombres que dice Peter—, para contar chismes ya habrá tiempo después.

Crisje sonríe.

—Sí, Peter, para los chismes sí que son buenos. Gerrit no hace otra cosa toda la noche, toda la semana, incluso todo el año.

Los hombres se colocan. Y mira, justo lo que pensaba. Crisje ya sospechaba que el Largo andaba con alguna ocurrencia. El Largo entra a la habitación y saca a Johan de su camita. Pero Crisje no aprecia esa tontería, así que de inmediato dice lo que piensa al respecto. ¡Qué tiene que ver este niño con su canto! Pero Hendrik pretende no oír nada y se pone frente a Peter con su hijo mayor.

—Mira, Peter, mira a este niño. Johan sabe cantar. La semana pasada lo oí cantando. Vamos —le dice a Johan—, deja que oigan tu voz un momento. Canta la de ‘Noche de paz, noche de amor’.

Johan, a quien se le ha sacado de la cama inesperadamente y probablemente no de la manera más delicada, está temblando y tiritando sobre sus piernitas que se tambalean de sueño. Gimotea un momento y luego empieza a llorar. El Largo termina metiendo al niño otra vez en la cama. Los hombres saben que pueden esperarse cualquier cosa del Largo, pero les alivia que el niño vuelva a estar en su cama.

—Entonces —pregunta Peter—, ¿listos? Primera estrofa. ‘Im schönsten Wiesengrunde’ (‘En el prado más bello’).

Siempre es la primera canción que cantan los hombres. Ahora se van

soltando las voces y la cosa se pone seria. El Largo está frente a sus hombres. Alza los brazos. En este momento ya no hay nada que pueda sacarlos de su concentración. Ahora a los hombres les ha entrado una seriedad sagrada. Ni al guasón de Gerrit se le ocurrirá ahora soltar tonterías. Antes llegaba a pasar alguna vez, pero el Largo los mantiene alineados con sus ojos. Ahora echa chispas por los ojos. Por su preponderancia y su hermosa voz nace el contacto y la unión del cuarteto, y el deseo general de dar lo mejor que haya en ellos. ¡Ya empezaron!

Esto es hermoso. Crisje acompaña a los hombres tarareando. Pero entonces de pronto se detiene. Cambia de idea. El Largo lo detesta y ya se lo dijo muchísimas veces.

—Entonces —decía—, mejor únete a nosotros.

De esta manera no podía mantener el orden. Y ese tarareo sonaba como el chillido de un ratón en la ratonera, y que además tuviera la cola atrapada en el cepo. Eso le tenía que bastar a Crisje. ‘Im schönsten Wiesengrunde’. Cómo suena. La baja voz de Gerrit retumba que es una maravilla. Si Crisje mirara a Jan Maandag, le daría risa. Por lo que, sabiamente, mejor no lo hace. Jan alza todo su raquíptico cuerpo y baila como una gallina sobre zancos. Es cuando canta con los pies. Canta con todo el cuerpo, poniendo una cara como si quisiera empezar a repartir regalos, pero se da cuenta de que no queda ni un solo bizcochito en la bolsa.

También el Largo cambia como la hoja de un árbol. Se convierte en otro, se podría casi decir que en un ser humano más bello. Peter apaga su voz y Hendrik lo sigue. ‘En el fondo, estas dos voces sostienen todo el coro’, piensa Crisje. Casi te haría llorar, tan conmovedora es su belleza. Pero cómo canta el Largo. Tienen la voz de los dioses en la garganta y poseen mil veces más que los demás. Cuando oyes a estos dos, desde luego que no te hace falta ir a la ciudad para oír un canto aún más bello. Se acabó la canción. Ahora van a hablar de cómo les salió.

—Tú —ya empieza Peter—, tú hiciste que desapareciera esa última estrofa. Eso sí que es “Kugelhupf”. —Lo que eso significa no lo sabe nadie—. Y tú, Gerrit, tu bajo, tu acompañamiento fue demasiado grave. ¿Tú que piensas, Hendrik?

El Largo también dice lo que piensa. Gerrit se imponía demasiado con su bajo, de modo que los demás tenían que cantar más fuerte que él si querían brindar aquel brillo que le corresponde a las proporciones y el carácter del conjunto.

—Otra vez más —dice Peter—, y ahora a conectarse, y ahora a sentir hacia dónde va. Así que a cerrar bien afinados.

Esto está en manos de Peter. Claro, el Largo es el director y se para frente a todos, pero esto lo trata Peter con él. Si siente que Peter se equivoca, aunque

pase muy rara vez, ya se lo dice. Peter, que tuvo un coro propio con el que en Alemania cosechó grandes triunfos, conoce las voces y sabe cómo la gente se tiene que entregar. Y Crisje vuelve a oír ‘Im schönsten Wiesengrunde’ (‘En el prado más bello’). Pero ahora hay otro cantando el sexto tenor, sin preocuparse por el compás o el ritmo, y ni siquiera el Largo es capaz de hacer callar esa voz. Jeus se despertó y empieza a llorar. Crisje le manda sus pensamientos al niño y como si la pequeña vida la sintiera y el niño tuviera conciencia de que se canta en honor suyo, guarda silencio y ahora está mirando tranquilamente. Gerrit no puede evitar decir rápidamente, antes de que vuelvan a abrir las bocas:

—¡Y más le vale, Cris!

Vuelven a cantar. Ahora Jeus no dice ni pío. Pero Crisje está con el alma en un hilo, porque mientras tanto también se despertaron Johan y Bernard, y miran a su madre como si quisieran decir: “Ahora ¿qué se le ha metido a papá en la cabeza, y qué quiere? En esta casa no hay un momento de tranquilidad. Ni siquiera se puede dormir como Dios manda”. Ahora incluso parece que canta todo un coro de la ópera, así de potente y lleno suena. Hasta Jan Maandag es diferente y no está tan inquieto. Y hay una fuerza que desde el Largo y sus hombres fluye hacia Crisje y recorre la casa entera, que les da animación a las vidas presentes, que acelera los corazones y que fuerza incluso a los niños a escuchar con atención. Los sonidos etéreos, presentes en esas fuerzas, y las voces que se encuentran dentro de ellas abren un boquete en tu vida y escarban en tu personalidad; incluso te provocan un nudo en la garganta, porque poseen una nitidez y una sonoridad de las que oyes inconscientemente, por más poco musical e insensible que seas para la pureza de ese canto, que se acercan a lo inmaculado.

Llega la admiración desde la habitación, particularmente de Johan:

—Diablos, papá, ¡qué bello es eso, eh!

Con un salto, Hendrik ya está junto a Crisje.

—Vaya cumplido, ¿no, Cris? Gracias, Johan, gracias.

Ahora Johan puede decir algo así, y eso también lo percibe el niño. Pero que no se atreva cuando su padre no está de buen humor o cuando toca el violín. El Largo no permite que los niños juzguen si algo es o no es bello, eso les atañe solo a los mayores. Johan tiene suerte de que su padre está de humor para un poco de alegría y diversión y que están los hombres y que su padre también es muy consciente de que él mismo ha sacado a los niños de su sueño.

—¿Cómo estuvo, Cris? —pregunta Hendrik.

—Hermoso, Hendrik, estuvo bello.

—¿Lo oyen, hombres? Ahora estuvo mejor.

Peter ríe para sus adentros, y dice:

—Y ahora nuestra canción nueva, para Crisje.

El Largo ya va volando a la habitación otra vez. En unos cuantos pasos está junto a Crisje, porque colindando con la gran cocina, que es la sala de estar y el salón y muchas cosas más, está la pequeña pieza en la que duermen.

—Ahora sí que vas a oír algo, Cris. Tienes que escuchar bien y decirnos lo que piensas.

—Sí, Hendrik —dice Crisje—. Escucharé bien y les diré con honestidad lo que pienso.

¿Cómo se llama la nueva canción? Peter ya está juntando los papeles. Ahora todavía lo tienen que hacer así, pero obviamente, pronto la cantarán de memoria.

‘Zum Stolzenfels am Rhein’, se llama. Una canción hermosa. Crisje ve que el Largo tiembla. Pareciera que sus largas piernas la saludan por la izquierda y por la derecha, aunque no puede ser así, pero es un hecho que cuando se trata de algo nuevo, el Largo siempre es un poco diferente. Entonces sus nervios le hacen una mala jugada. Alza los brazos. Ya se les dio un golpecito a los corazones masculinos. Invisible para alguien de fuera, pero muy perceptible para aquellos a quienes iba destinado. Ya van sonando por la casa las primeras voces de timbre un poco contenido. Peter canta como un ángel; Crisje no sabe si también en los cielos habrá voces así, pero esto es espléndido. El Largo está imparable. Su voz suena bella. Es una canción gloriosa. A Crisje se le atenaza la garganta, y cree que incluso Jeus está escuchando. Johan y Bernard cuelgan fuera de la cama, temerosos de que se les vaya a perder algo del canto. Piensan que su padre es todo un as, que ahora sabe hacer literalmente todo lo que quiera. ‘Esta bella canción les traerá éxito a los hombres’, piensa Crisje.

Pero no solo en la casa se está disfrutando el concierto, también fuera sigue escuchando la gente. No les es posible pasar de largo sin más. Se quedan escuchando, fascinados, las piezas que se están interpretando allí en casa del Largo. Vaya que es bello esto. Esto es arte. Te da un calor debajo del corazón con el que te puedes reconfortar deliciosamente. Amas este canto porque lo puedes entender y percibir a fondo. Oyes que aquí se está dando más que un simple canto de aficionados. Por cierto, tanto el Largo como Peter ya se han ganado sus galardones hace mucho. Terminó la canción. Los hombres se miran. Ellos mismos no saben cómo habrá estado. Pero entonces oyen fuera unas palmas entusiasmadas. En el aire etéreo y frío atraviesa las paredes casi sin perder en fuerza. Allí fuera quieren oír más. Cuando el Largo espía por entre las cortinas, ve que hay más de veinte personas, que gritan por más.

—¡Vamos, Hendrik, otra vez!

—¿Y, Cris?

—Debo decir, Hendrik: algo así no te había oído aún. Eso es canto, mis cumplidos para todos ustedes.

El Largo no puede evitar abrazar un momento a Crisje. Entonces se lo dice a los hombres. Gerrit no puede con su felicidad y obviamente tiene que decir algo al respecto.

—¿No es un canto, Cris, que podría escuchar Nuestro Señor? Cuando me metan al ataúd, más tarde, todavía tendré mi voz conmigo y podré hacer allá lo que quiera. ¿O no?

Crisje no deja las cosas así. Gerrit debe dejar a Nuestro Señor fuera de esto. Gerrit siempre la molesta con ese Nuestro Señor de ella, y él opina que no le queda más que aceptarlo. Pero eso no lo hace Crisje nunca jamás.

—Dime, ¿qué tiene que ver Nuestro Señor con tus gritos, Gerrit?

—¿Qué? Pero ¿qué dices? ¿Nos quieres tomar el pelo, Cris?

Sí, Gerrit, a Nuestro Señor no hay que tocarlo. Nada que ver con tu canto, ¡es demasiado sagrado! El Largo conoce a su Cris, pero también a Gerrit, que con toda intención le tira de la lengua a su mujer. Crisje vuelve a caer una vez tras otra, porque siempre está lista, día y noche, para defender a Nuestro Señor. Pero el canto fue bonito.

—De verdad, Hendrik, fue bonito —dice Crisje por lo tanto.

—¿Lo dices en serio, Cris?

—¡De verdad, Hendrik! Eso sí que se llama cantar.

Otro par de abrazos cariñosos, porque el Largo sabe que ella tiene una sensibilidad por la música y el canto que solo algunas personas más pueden considerar suya. Muchas veces el Largo también comenta con ella los diferentes matices de las voces. Y también ahora hay que oírla hablar. Le da una paliza a la voz grave de Gerrit y a Jan también le toca su parte, incluso tanto que el Largo casi se deshace de la risa. Pero sabe que los comentarios de Crisje son acertados y que además les dice qué otras cosas hacen falta.

—¿Por qué, Cris, te parece tan bello esto?

—Ahora las voces son una, Hendrik. Una porta a la otra. Ya sabes lo que quiero decir. Todavía no me sé expresar así, pero algún día te lo diré.

Es la verdad. Porque justamente en esto insistieron siempre el Largo y Peter. Las voces tienen que ser una sola, una por completo, un sonido, solo entonces se puede hablar de un conjunto armonioso y también solo entonces es un placer escucharlas. Los hombres en la calle vuelven a aplaudir tan fuerte que parece que están con ellos, dentro, y vuelven a pedir que se repita la canción una vez más.

—Sí —dice el Largo—, les daremos otra tanda, por lo menos si pueden tener un poco de paciencia.

‘Ese bullicio entre todos’, piensa Crisje, ‘ya es una alegría y una felicidad. Parecen niños chiquitos’, sigue pensando un poco, ‘a los que les metes un pedazo de regaliz en la boca para que lo vayan chupeteando’. Pero ni así les quita el aprecio por lo que logran los hombres. A fin de cuentas, no es

jocosidad lo que oye aquí, no es el canto de los arenques en un palito que chillan cuando se les ahúma, como me dijo hace poco ese hombre, asegurando que todavía estaban buenos, pues seguían chillando, y que se los podía servir al Largo sin problema. Con todo, era una agradable reunión que no te daba piojos. Ahora en varias casas están abiertas las puertas para poder escuchar el canto y disfrutarlo también. Y toda esta fiesta se da en su casa, justo delante de ella. Una felicidad que sin duda no les toca a todos. Es que hay que verlo. Peter está rojo como un tomate, las mejillas de Gerrit están a punto de estallar y Jan casi se ha hecho tan grande como el Largo. Incluso hay unos que están pálidos como un muerto. Solo falta envolverlos en una sábana para meterlos al ataúd. No sabe por qué es así. Pero así cada uno tiene algo diferente. Johan, que sabe que su madre le perdona lo que sea, piensa tener que aumentar todavía un poco más la diversión, y empieza a silbar una musiquilla en la cama. Pero así, sin embargo, rebasó el límite de lo que está permitido, y mucho. Ya no es la tarde, por lo menos ya son las diez y cuarto, y entonces tiene que estar callado, incluso si quiere silbar. Pero piensa que no debe privarlo de una palabra de aprecio.

—Qué voz la que tiene papá, ¿no es así, mamá? —Se oye todavía desde ese rincón. Pero entonces sí que le dan, aunque sea figuradamente, una buena tunda con el palo de escoba o con el látigo, y se le da a entender que todavía no es demasiado tarde para que le den unos buenos azotes con el de verdad, que está allí en el rincón, debajo del reloj. Un regalito del Largo al que Johan le tiene un respeto sagrado.

—Tú te callas, Johan. Sabes que papá no lo quiere, no entiendes de eso y tampoco quiero oír tus silbidos ya.

Pueden escuchar, pero no decir palabra; pretender disfrutar o irse a dormir. Sacarle brillo al mundo con betún o, como lo llama Crisje, sentarse debajo de un árbol, a la sombra veraniega de Nuestro Señor, y agradecerle todo tipo de cosas. Pero ya no tiene mucho tiempo para refunfuñar. Los hombres ya están otra vez en fila y las cabezas se enderezan. A Peter le lagrimea el ojo izquierdo, siempre le llama la atención a Crisje, pero no logra entender por qué será. Así es una y otra vez, y será por la tensión. Pero cuando a Peter le lagrimea y le llora el ojo, el hombre tiene una voz que no desprecian los ángeles.

—Si Peter le cantara a Nuestro Señor, Éste no se alejaría de él.

En su sencillez, Crisje casi se atreve a poner en duda si los ángeles en el cielo sí tendrán una voz así en su coro. Se hinchan las venas, también las del Largo ya están coloradas. Se nota de inmediato que ni a Peter ni a Hendrik les cuesta mucho trabajo hincharse como si fueran pavos para sacar de sus cuerdas vocales todo lo que hay en ellas. Se nota, sale como si nada. Otra vez suena ‘Stolzenfels am Rhein’, que podrían incluso cantar en la iglesia, así de bello suena ahora. Qué dirá el señor párroco si le cantan esta canción. Qué

feliz se vuelve a sentir. Y qué semana se le concedió volver a vivir.

Mientras cantan, se abre la puerta y el tío Gradus entra en la cocina. Del todo inesperadamente, también él pasa para una visita rápida. Se cuela hasta donde está Crisje, le toma la mano, saludándola amablemente con la cabeza y dirigiéndole una mirada de entendimiento. Él también oyó la nueva canción y con su visita quiere decir que eso vale la pena. Y a la vez aprovecha la oportunidad para ver otra vez al niño y enterarse de cómo está su cuñada. El coro termina, el bajo de Gerrit suena un momento más, muy a lo lejos, para luego extinguirse con un suspiro como de una persona que expira.

—Eso sí que se llama cantar, Hendrik, caray.

Los hombres rebosan de orgullo. El cumplido los hace felices. La alegría y sus ojos irradian satisfacción. El tío Gradus no es el único que llegó a darles las gracias, también algunos oyentes de la calle tocan la puerta, agradeciendo ellos también el bello canto que han disfrutado. Tuvo tal impacto que incluso donde Hent Klink los hombres salieron de la taberna. Para Hent no estuvo tan bien, porque obviamente entonces no se consume. Aun así, Hent no intenta mantener a su gente allí, porque a fin de cuentas sabe: cuando canta el cuarteto, todos escuchan. ¿Habrá más? No, ya van a terminar, pero todavía no se puede, ¿no? Quieren oír más. Cantan un pequeño extra. Oyen algunos sonidos breves; ya te hace reír la manera tan loca en que salen de las bocas. Gerrit los llama bocetos o pretextos. Una mezcla de sonidos que siempre te hacen reír, porque siempre van acompañados de guasa. A Gerrit no se le oye cantar más que bam... bam... bam... bam... Saca esos sonidos con el hocico inflado y el morro abombado. El Largo y Peter siguen el reflejo que así se crea, captan el que produce el otro y hacen que el conjunto se vuelva a fundir. El chasquido de la lengua entre los labios produce un sonido tan risible que en su cama Crisje se parte de la risa. En este número es donde Gerrit más se luce. A veces parecen como instrumentos de viento que intentan tapar el sonido de los demás y que sin embargo están exactamente a la misma altura, pero que ni así quieren tirar la toalla. Un poco después se tranquilizan y parece que se han dormido, reina un silencio casi absoluto, para luego de pronto volver a revivir como un fuego intenso y hacer que la historia vuelva a empezar desde el principio. Crisje no entiende nada. Peter lo llama Zusammenbruch von Notenspielererei y Gerrit lo llama “feria en Stokkum”. Jan Maandag no lo llama de ninguna manera, sino que le da su risita, las sacudidas de sus hombros y sus pies nerviosos. Jan nunca es capaz de mantener los pies quietos, y mucho menos de no levantarse; “ese tiene ‘aftas’ en las glándulas”, dice Gerrit, “y una parte del cerebro debajo de la planta de los pies”, de modo que Jan siempre tiene picor allí. También tiene tres pulmones, dos para respirar y uno para prender su puro, que siempre está chupando. Gerrit siempre lleva encima algunos puros de los más baratos, especialmente

para Jan. No vale más. Jan siempre se come la mitad de sus puros. Los hombres sacan tres de esos exitazos. Son canciones sentimentales alemanas, piezas cortas y ruidosas, pero aun así con sentido. Crisje se agarra la panza de tanta risa que le dan estas canciones, aunque prefiera las canciones más tranquilas. Puede escuchar el 'Ave María' una y otra vez, también cuando el Largo lo toca en su violín, solo. Siempre la vuelve a conmovir y hechizar, también le gusta escuchar siempre a Händel y su 'Largo', o como se llame. Con todo, la música sagrada siempre tiene para ella el mayor encanto. Esta noche de domingo volvió a ser una para no olvidar pronto. Pero ahora de verdad se acabó. A fin de cuentas también hay niños en casa. El Largo mira a Crisje y esta le indica con los ojos que ya basta por hoy.

—Sí, Cris —dice—, ya paramos. —Y entonces también los demás saben que “sanseacabó”. El cuarteto se separa. Si vuelven a venir, llegado el caso pueden seguir cantando hasta las cuatro de la madrugada, si hace falta. Pero ya basta por hoy. Mañana será otro día y hay un niño de siete días. Es asombroso, pero no hay nada que despierte a este niño. Los chicos también se quedaron dormidos, escucharon hasta cansarse y Crisje siente que tampoco ella es capaz de oír nada ya. Adiós, Peter; adiós, Gerrit y Jan, y también adiós a los demás. Muchas gracias a todos. De verdad valió la pena mantenerse despierta y escucharlo.

También se va el tío Gradus. Qué bien, tío Gradus, que hayas venido. El Largo también siente lo cansado que está. Tiene ganas de acostarse y cerrar los ojos. Mañana nuevamente será un largo día para él y para Crisje. Mañana Crisje quiere volver a hacer valer sus derechos, como de costumbre, y marcar el rumbo. Entonces volverá a estar al timón con el barco en la rompiente y le harán falta todas sus fuerzas para que el barquito la atravesara sin peligro.

Aun así, el Largo no puede ir a dormir enseguida. Se sienta en el borde de la cama y habla un poco sobre lo ocurrido con Crisje. Solo ahora se entera bien de lo que le pareció y cómo lo disfrutó. Le gusta, porque esto es nuevamente su unión. Esto les vuelve a dar una fuerza multiplicada por mil contra la que todo se estrella y también le da a una persona la posibilidad, si lo quiere y si posee los sentimientos necesarios, de crear y producir arte del nivel más elevado. Entonces, en pensamientos el Largo se vuelve a ver a sí mismo en el escenario en Wezel. Otra vez no se cansa de hablar del tema. En el caso de Crisje los sentimientos se manifiestan de manera diferente. Repasa lo que ha sentido y vivido en todos esos meses. Ahora se le cierra un periodo tan poderoso que nunca podrá olvidarlo, aunque cumpliera cien años. Cuando luego esté nuevamente en pie, perderá esos bellos sentimientos, porque la vida cotidiana, con su trajín, le volverá a exigir toda su atención. Aunque lleve solo una hora levantada y haya prendido la estufa, los perderá irremediablemente. Pero a pesar de todo, en sus pensamientos vivirán debajo de

su corazón, porque se han convertido en parte de su personalidad. Es una sensación tan imponente y respetable que no le queda más remedio que comunicársela a su Largo.

—Lo ves, Hendrik, ¡eso es! Ahora soy otra vez yo misma. Pero esto ¡nunca lo olvidaré! Y por eso disfruté tanto esta noche, Hendrik. Qué bellas eran las voces. Qué lejos has llegado. Es increíble.

Hendrik vuelve a ser como un niño. Ahora el larguirucho mira a Crisje como mira el espacio azul una paloma en vuelo. Ahora es su reina en un carruaje dorado. Allí está con ella como si solo conociera todavía una hora de su vida, y ahora la admira como si fuera una noble. Y eso es lo que es en cuanto a su carácter. Es gloriosa esta satisfacción, estos momentos son deliciosos; clic, clic, Crisje —¿oyes su mua, clac, clac?— atrapa todos estos besos, estos besos de amor. Pero cuidado, que no te deje moretones a mordiscos en el morro, porque entonces la gracia habrá acabado de golpe. Ese Largo.

Hendrik se sirve otro trago y está bien a gusto chupando junto a Crisje. Pero lo que más le gustaría sería largarse un momento corriendo, para saber qué les pareció donde Hent. Pero no llega a hacerlo. Para él, esta hora es de una belleza imponente. Ya se enterará mañana. Y entonces también puede estar contento.

Media hora más tarde, está acostado al lado de su Cris. Ronca un momento, aunque no mucho. Entonces llegan los sueños, y el Largo está nuevamente frente a sus hombres; en su sueño balbucea imitando a Peter, hablando una mezcla de alemán y dialecto. Si Crisje no fuera capaz de forzarse a sí misma a dormirse, volvería a vivir todo con él. Pero por suerte se queda dormida, porque en un rato Jeus volverá a jugársela. Otro eco la despertará entonces de golpe. Esa también es una canción, a saber la canción del espacio. Si puedes escucharla, Crisje, no solo volverás a verte a ti misma, sino también a aquel que depositó esa canción del espacio y del silencio en ti y que te dio aquella otra vida, que igual que el Largo deja oír ese pequeño clic.

—Toma un poco más, niño mío, mamá tiene suficiente, lo que le agradezco a Nuestro Señor. Que lo sepas.

En el nombre del Padre... y del Hijo... y por los siglos de los siglos, ¡amén!

No vi ni una salpicadura en este vestidito blanco, ni tampoco los ángeles que habían oído cantar al Largo. ¡Créanlo, ellos también disfrutaron de las voces de Peter y del Largo!

Pero ¡Nuestro Señor sabe exactamente lo que quiere! Señora De Man, ¡ay, señora De Man! ¿No ve el purgatorio? Crisje reza mientras duerme.

No me creerás, Hendrik, pero estaba pensando en brujas

Que la gente hable todo lo que quiera, que de vez en cuando pongan todo patas arriba, que se quejen y refunfuñen por todo, que pongan caras amargadas de descontento por algo que no puedan alcanzar, pero una cosa saben, y es que ni todo su refunfuñar ni sus quejas pueden detener el tiempo aunque sea un solo segundo. A pesar de su descontento, aquel sigue su curso sin perturbarse. Ese imponente reloj lo regula Nuestro Señor y no lo podemos tocar, ni siquiera entenderlo en algo o abarcarlo.

Aquello que sí está en manos de uno son la mayoría de las veces torpeza humana y actitudes mezquinas. Si alguna vez sobresaes, ya te detendrá algún desconocido y puedes decir “sí y amén”, o apurarte para llegar a tu casa. Crisje sabe que eso cualquiera ya lo ha vivido. Hendrik y Gerrit son los que más pueden hablar sobre eso. Peter y Jan van por otro camino. Pero a quien se rebele, a quien quiera ser o tener más de lo que Nuestro Señor le haya asignado, se le pone un freno y tiene que aceptar lo inalcanzable de sus peticiones y deseos. Se puede aprender algo de las vivencias más insignificantes. Pero las grandes solo te ponen sobre aviso, aunque entonces tengas que escoger y se tenga que inclinar la cabeza humana.

El Largo y Crisje ya lo aprendieron y también Trui empieza a sentir algo de eso, aunque muchos otros a su alrededor se siguen oponiendo. Pero tienen que aprender, pues solo hay un camino, todos tienen que pasar por ese único puentecito y ¡no es posible rodearlo ni sortear los hechos!

Así, pues, pasaron a trompicones por este severo invierno. Todos tenían que pasar por él y ahora otra vez hace tanto calor que por poco todo se asfixia. Crisje está gloriosamente frente a la ventana, haciendo sus cosas. Acaba de pelar las papas (patatas) y ahora está zurciendo los calcetines de Hendrik. Tranquilamente en la sombra de la cocina, la cortina amarilla un poco hacia abajo, y cerca de ella, en el centro de la cocina, está Jeus. Los chicos juegan fuera. Los dos tienen calor. Jeus está dormido. Todo está tranquilo y los alrededores están grávidos de una gloriosa sensación amorosa. También hay un frescor, pero viene desde dentro de su vida y se va directamente hacia la cuna de Jeus. Crisje no quita ojo a la cuna ni un solo segundo. No tanto por temor a que las moscas vayan a picar a Jeus, ni tampoco por temor de que el calor influya negativamente en la salud de su hijo menor, no, todo eso está bien. Pero Crisje piensa en ayer. Se presentó un extraño caso; ciertamente pensó que su Jeus había quedado hechizado. Y por más que el Largo hablara y los disparates que Crisje le contaba lo hicieran encogerse de hombros, no servía

de nada. Se sabe casi desde que existe la humanidad: el diablo acecha a los niños bellos y buenos. Y sigue habiendo diablos. ¿Cuántas personas, adultos, a veces tipos como robles, no se encuentran en las manos de Satanás? Y luego las brujas. No sabe muy bien qué tipo de gente con aspecto animal es esa. Pero ¡las hay! Sin embargo, cuando lo dijo, el Largo soltó una carcajada tal que a Crisje le dio miedo porque pensó que ya no saldría de ella.

—No me creerás, Hendrik, pero estaba pensando en brujas —dijo Crisje—. Qué cosas.

Habría que intentar hacer cambiar de parecer a Crisje y quitarle esta idea. Y es que ella misma estuvo allí. Que lo vio, lo vio. Se lo había dicho al Largo y le había mostrado la coronita que había aparecido de manera tan inexplicable en la cuna. ¿Acaso uno puede creer en estas cosas? ¿Si ya no vivimos en tiempos en que las brujas tejan coronitas para depositarlas en las cunas ni asesinen a niños! Tal vez era así hace tiempo, pero ahora se ha convertido en mera superstición y ¡la iglesia la desterró como tal! Pero por más que hablara Hendrik, no había manera de quitárselo de la cabeza. No lograba deshacerse del temor por el bienestar de su hijo que, según ella, peligraba por esa maldita cosa, esa sencillísima coronita de florecitas de centeno y de amapolas rojas y moradas. Son cosas de brujas y hay que tener cuidado con eso.

¿Qué era lo que había pasado exactamente? Crisje estaba frente a la ventana, pelando las papas (patatas). Jeus estaba en la cuna. El niño estaba mirando y reía un poco, haciendo gorgoritos, y tenía un aspecto bueno y sano. Al parecer no había nada de qué preocuparse. De pronto vio que había una coronita encima de la cabecita de Jeus. Y no había habido nadie en la casa. Maldita sea, ¿no se estaría imaginando cosas? Reflexiona: no, no había nadie en la casa. Los chicos estaban fuera. Lo sabe con absoluta seguridad: estaba sola allí con Jeus. Y luego esa coronita de flores de repente estaba encima de la cabecita del niño. Crisje casi se muere del susto. Casi le da un patatús y se quedó temblando como una caña.

Agarró al niño, lo besó con fervor y lo miró, pero gracias a Dios no se le notaba nada particular.

Mira la cosa natural. Se ve como si lo hubieran trenzado unos niños.

Pero ¿de dónde había aparecido esta coronita tan de pronto? La cara que pondrá Hendrik. Pero el Largo no puso ninguna cara del todo. Se rió de esas bobadas y de la superstición de Crisje. No acepta esas cosas, sino que pisa firme con dos piernas sanas, fuertes y conscientes. Nadie en el mundo le puede quitar eso. Ni Crisje, ni ningún maestro brujo. El Largo no sabe de estas cosas y le parece una mentecatez.

—No, Cris —dice Hendrik—, a mí no me vas a hacer creer eso.

Cuando siente que para Crisje es de una seriedad sagrada, hace de todo para quitárselo de la cabeza. No tenía ni idea de que Cris fuera tan supersti-

ciosa. Puede entender que Cris tema por sus hijos y ahora más en especial por Jeus, pero aun así, para él todo eso no quita que todo este asunto no sea más que un disparate. ¡Esto es tan ridículo! Es burlarse de todo lo que posees. Y si acaso Crisje piensa que tiene que hablar del asunto con el señor párroco, porque siempre le cuenta todo, que lo haga. Entonces ya dirá el señor párroco, cuando se entere: “¡Esto es demasiado!”. Y ahora, por su temor y su superstición, Crisje recibe una mancha negra en su sombrero blanco, lo que tampoco es exactamente una sensación muy agradable.

—Déjalo ya, Cris —arremetió el Largo—, actúas como si estuviéramos poseídos por diablos... No me hagas reír... Ahora estás loca de remate.

Duro, ¿no es así, Crisje? Sí, porque ¿quién te creará? ¿Quién? ¡Y aun así tienes razón! De verdad, Crisje, ¡tienes razón! Esa coronita no estaba allí. No la puso allí nadie del mundo material, aunque lo hayan trenzado niños materiales. Esto es otra cosa.

¿Quieres saber, Crisje, lo que pasó en realidad? Fuera, las niñas están haciendo trenzas. Y nosotros... —solo después de tu muerte llegarás a saber quiénes somos “nosotros”, pero algún día lo sabrás— tomamos una de esas coronitas y la pusimos en la cuna encima de la cabecita de Jeus. ¡No es más que eso! Pensábamos que teníamos que regalarle algo a Jeus. Solo eso no tiene significado para nosotros. Así que esta coronita la trenzaron las niñas del vecindario. Pusimos nuestras manos encima y así lo llevamos “entre la vida y la muerte”. Así perdió las leyes materiales de la gravedad y se hizo más ligero incluso que una pelusita a la que una leve brisa de verano habría podido levantar. Pero no fue esa leve brisa veraniega la que desplazó esa coronita, sino que lo hicimos “nosotros”. La levantamos y la depositamos donde tú la encontraste, lo cual te asustó tanto cuando lo descubriste. Y sabemos hacer muchas más cosas, Crisje, lo vivirás pronto y entonces el Largo preguntará: “¿Y ahora de dónde ha salido esto?”. No son brujas, Crisje, aunque para sus conceptos terrenales lo parezca. Pero si te aclaráramos estas leyes, no las entenderías a pesar de todo. Sin embargo, tienen que ver con Jeus.

Ahora hemos tocado un momento a Jeus, pero más adelante, cuando haya crecido hasta ser una personalidad, le daremos otro nombre y entonces el mundo recibirá una explicación. Este fue, pues, uno de esos milagrosos fundamentos que echamos para construir un templo encima de esta vida y dentro de ella. Porque vamos a tomar su vida en nuestras manos, pues es posible por las fuerzas que viven en él y los sentimientos que tiene. ¡A través de esos sentimientos, por los que podías por así decirlo planear por el espacio mientras estabas embarazada del niño, tenemos su vida en nuestras manos! ¡Crisje, no tienes que temernos, porque somos ángeles y sus protectores! Traemos sabiduría, felicidad, tranquilidad y satisfacción a la tierra. Más adelante le regalaremos a la humanidad la sabiduría de la vida del espacio a través de estas

cosas que todavía te son incomprensibles. Sabiduría de Nuestro Señor, para la que Jeus servirá más adelante. Solo es un pequeño fundamento, Crisje; seguirán otros más y llevarán la reflexión y el cambio a esta vida, hasta que esté apta para aceptar la tarea que le tenemos que imponer. Porque iremos todavía mucho más lejos. Todavía vivirás muchas, muchísimas cosas con Jeus. Estará a tu lado como no podrá estarlo ninguno de tus otros chicos. Sentirás un amor y vivirás una sacralidad de los que ahora aún no sabes nada. Más adelante tendrás que entregarlo y tendrás que inclinar la cabeza ante ello. También el Largo estará estupefacto si descubre el bien espiritual, puro y verdadero, que se le regala a su vida.

¡No hace falta que temas, Crisje! Tampoco hay manera de que Hendrik pudiera entender estas cosas. Ni todo este mundo occidental. Para eso hay que ir a Oriente, a los templos del Antiguo Egipto, por ejemplo. Otro niño poseería arte. Otro niño ya estaría dando toques en una trompetita desde chico. Pero Jeus tiene dentro de él sentimientos y sabiduría, y esos también son regalos de Nuestro Señor, que sin embargo no podrán ser entendidos en el entorno de uno. Hendrik se opone a esto y es que tiene razón en hacerlo. Pero ¡presta un momento atención, Crisje! Por ejemplo, ¿qué pensarías de esto? Chas... ¿Hay algo traqueteando allí? Crisje oye un sonido en la cuna. Se acerca como un rayo al niño y saca de la cuna una sonaja (un sonajero) común y corriente que hace un momento todavía no estaba allí. Crisje vuelve a sentir temor. Y ahora ¿esto qué es? ¿Están embrujando a mi niño! ¡Jeus está en manos de brujas!

—Dios mío, ¿qué debo hacer?

Pero ¿qué se hace cuando uno es creyente y vive una cosa parecida? ¡Rezará! Crisje rezará! Le mostrará a su Hendrik que no está loca. Es un objeto vulgar y corriente. “Una sonajita de Nuestro Señor, no está tan mal”, ya oye decir a Gerrit. “Y caray, bien que te servirá, ¡sin que tengas que gastar dinero!”.

Crisje reza con Jeus en brazos. No se atreve a ir adonde Trui, esa no hará más que refunfuñar y así empeorará aún más las cosas. Así pasa todo este día. Rezando y mirando al niño, que ahora está otra vez tranquilamente en la cuna sin hacer caso de nada. Allí está el Largo en la cocina. Lo primero que pregunta es:

—¿Todavía hay brujas, Cris? ¿Volvieron a visitarnos? ¿Tienen la cara bonita o son tan feas esas viejas como creemos? ¿O...?

Cuando ve que Crisje empieza a llorar, se detiene. La sienta en sus piernas. Tiene que confesar lo que pasó. Pero el Largo no piensa en un nuevo hechizo, de inmediato vuelve a pensar en Trui. Pero no es eso, constata mientras Crisje llora. ¿Qué pasa, Cris? Entonces Crisje le muestra la sonaja al Largo. Este juega con el cacharro. Es de madera, con pequeños rizos por fuera. Los niños la usan para producir ruiditos, una baratija común y corriente. No puede réir,

para eso los hechos son demasiado serios. Pero ¿qué tiene que hacer él con las historias de Crisje sobre esta cosa de diez centavos? Él, que se partió el lomo todo el día, que sirvió una gran cantidad de botellas del barril de vino para luego ponerles la tapa, que tuvo que aguantar el calor, sudando como miles de otros. Mira a Crisje a los ojos. Besarla y darle un buen abrazo no servirá, eso sí lo siente. Pero entonces ¿qué tiene que hacer?

—Estuve rezando todo el día, Hendrik. No lo sé, pero es tan terrible. Dios mío, ahora qué voy a hacer. ¿Si quieren hechizar a mi Jeus?

Al Largo se le ocurre una buena idea. Pensándolo bien, la cosa en realidad es más que sencilla. A personas así hay que combatir las con sus propias armas. Le señala a Crisje su enorme fe, su gran amor y que su alma y su gracia se encuentran en las manos de Nuestro Señor. Pero ¿qué quiere entonces? Tendría que avergonzarse y no preguntar por el diablo, si sabe que Nuestro Señor lo puede hacer todo, lo es todo y lo hace todo. Cuando su fe y su convicción en Nuestro Señor es tan limitada, su fe en Él tampoco es más grande que la conocida semilla de mostaza. Entonces no sirve de nada. Pero ¿es Crisje o no lo es? ¿Qué quiere? ¿Permitir que su vida y la de los niños y del Largo sean destruidas por sus brujas? ¿Quiere Crisje ridiculizarlo a él, a ella misma y su fe? Ahora sí que de verdad debería avergonzarse. Pero ¿quién lo hizo? A ese ser lo mato, Cris. Esto ya no es divertido. Le romperé el cuello a esa vieja o a ese tipo.

Pero entonces ya está bien, le parece a Crisje. Ahora a ella también le queda algo por decir y entonces Hendrik tiene que volver a darle la razón, y vuelve a perder.

—¿Tú... —empieza— quieres vengar odio con odio? ¿Quieres asesinar? Yo no quiero tener nada que ver con un asesino, Hendrik. ¡Lo estás haciendo peor de lo que ya es! Pero a mí no me vas a hacer creer que yo misma haya comprado ese cacharro y lo haya dejado en la cuna. ¡Eso no me ocurrirá, tú...!

El Largo le tapa la boca con la mano, cortando con cuidado el flujo de palabras. Siente aquí hay que intervenir con cautela.

Aun así, Crisje logra emitir rápidamente:

—Tienes razón, Hendrik, Nuestro Señor lo tiene todo en Sus manos.

‘Será que es así’, piensa el Largo, ‘puedes pasar el día rezando’, pero aquí lo que hace falta es usar la cabeza, y eso no tiene nada que ver con Nuestro Señor. Finalmente, también se te dio una cabeza para pensar. Y esa cosa de diez centavos le importa un comino. La pisotea. ¿Ya se fue? Crisje lo mira como si esperara que en cualquier momento se pudiera desplomar la casa. El Largo lo entiende y dice:

—¡Tampoco tienen tanta fuerza, Cris! Yo en tu caso mejor enterraría todo este asunto. ¡Lo pasado pasado está!

Qué pena, Largo, que hayas destrozado con un pisotón esta bella cosa.

¿Por qué no puedes verla como un regalo? ¿No son bienvenidos nuestros regalos en esta forma? ¿Tiene que ser entonces sin falta una cosa celestial de luz y colores? También vendrán, pero entonces solo las podrá ver Jeus, solo él. Entonces lo verás jugando y no sabrás con qué se está divirtiendo. Entonces podrás sonarte la nariz o tomar una ciruela fresca, y por demás decir sí y amén y quedarte donde estás. Pero Jeus vuela por encima de ti, y con él ¡Crisje!

¡Lo que la gente no puede explicar con la razón es brujería! Lo que no entienden es “diversión diabólica” y lo pisotean con sus pies planos. ¡Qué tipo eres, Largo! Qué fuerza, ¿verdad? Qué grandioso haber hecho añicos la sonaja con un pisotón. Y aun así, Crisje vuelve a tener razón. No fueron manos humanas las que dejaron este juguetito en la cuna. ¡De nuevo fuimos nosotros! Y volveremos, y otra vez y otra vez más, y siempre iremos más lejos y también a ti te enseñaremos a inclinar el coco. No puedes creer en las leyes por las que naciste y que dominan el universo. Todavía no sabes nada al respecto, y por eso, en tu ignorancia, tomas este inocente juguete por una bala de cañón o una granada que podría destruir o hacer explotar todo. Qué persona tan torpe eres todavía, Largo. Pero bueno, llénate la panza. Por hoy ya te has ganado el pan, y muy bien. Pero volveremos.

No se volvió a hablar sobre eso. Crisje pone en marcha su razón. Jeus es un chico sano y crece como lo hacían los otros dos. Hoy ni siquiera se cayó ninguna teja tampoco. Ni un mirlo blanco que se haya posado en la chimenea. Así que vete a dormir sin preocuparte, Crisje. Pero el sueño se mantiene lejos de ella. Está reflexionando en la cama y se pasa toda la noche mirando a Jeus. Pero el niño está tranquilo. Una y otra vez piensa oír algo, pero solo son los ratones que atraviesan la habitación, juegan persiguiéndose y se disputan las migajas. Pero eso no le da miedo. En pensamientos, sin embargo, ve a una terrible vieja que va volando por la noche, chillando, sobre un palo de escoba con su Jeus detrás de ella. Uf, los sueños que tiene ahora. Y es que es una historia tan miserable. Pero todo su “yo” sensato se ha visto afectado. Finalmente, la conciencia inmaculada termina ganándole a esa diabólica bruja. Finalmente, su enorme fe, su amor por Nuestro Señor, triunfa sobre el infierno y las tinieblas, blindando por completo su vida de esa bruja chillona. Poco antes del amanecer se queda dormida y a pesar de los temores que tuvo que soportar se siente descansada y lista para ayudar a Hendrik a que se vaya. El Largo todavía le dirige una breve reprimenda, la besa, por supuesto que la tiene que volver a hacer volar un momento y luego desaparece con su “¡Chao, Cris, te veo en la noche!”.

Vuelve a ser el mediodía, y Crisje está de nuevo junto a la ventana. Zurce calcetines y remienda ropa, porque siempre tiene mucho que hacer. Está por así decirlo desafiando a la bruja, porque llegado el caso no le teme a nada ni a nadie, más les vale tenerlo presente. La rodea un ambiente de tranqui-

lidad que no ha sentido en un largo rato. Afortunadamente, hace un poco más fresco que los días pasados. Otra vez se siente invadida por una gloriosa sensación de satisfacción. Aun así, e inconscientemente, está pendiente de la cuna. De vez en cuando alza la mirada y entonces se siente por completo tranquila. Sigue con su trabajo, porque los niños tienen que ir bien arreglados. Le gustaría que llevaran ropa mejor, pero es que no hay dinero para costearla. De pronto vuelve a suceder algo que la sobresalta mucho y que perturba su corazón sensible. ¿Y eso qué será ahora? ¿Se equivocó? Era como si la cuna se meciera. Pero eso no era posible, ¿o sí? Claro que la cuna puede mecerse, porque está sobre dos pedazos de madera de un viejo trineo. Así la fabricó el Largo, porque según él, una cuna que no puedas mecer no tiene gracia alguna. Pero entonces debe de haber alguien, sin embargo, que haga que la cosa se meza. Seguramente, se lo volvió a imaginar. Jeus está dormido y no hay cómo despertarlo. Pero cuando vuelve a constatar que la cuna se mece con vigor, y esta vez muy claramente, sale disparada hacia allí, mira a los lados y debajo, pero sin descubrir nada que la podría haber puesto en movimiento. Qué cosa tan horrenda que es esa, ahora de verdad está empezando a creer otra vez en la brujería. Los nervios hacen gemir a Crisje y se queda tan atónita que no sabe qué hacer. Se apresura hacia la habitación, vuelve con un trapo y lo echa por encima de la cuna. Pero ni ella misma sabe lo que piensa lograr con esto. Entonces Crisje se sienta en su silla y espera. Vi que la cuna se mecía y alguien está embrujando a mi hijo. Un padrenuestro tras otro se va elevando hacia Nuestro Señor. Pasa un cuarto de hora. No ocurre nada. Se vuelve a tranquilizar. Claro que se lo ha imaginado otra vez. Es el calor que hace últimamente, la atontó. Ahora esa madera antigua se seca y entonces la oyes crujir. Pero no, es que no puede ser, porque tal vez sí podría crujir, pero no empezar a mecerse, ¿o sí? Estoy loca hoy, o todavía me lo volveré. Pero no pasará nada de eso. Si acaso son los planes de ellos, Crisje puede asegurarles que en ningún caso lo lograrán. Todavía queda Nuestro Señor también, y contra Él no pueden brujas ni ninguna otra cosa. ‘A rezar’, piensa Crisje, ‘¡a rezar!’. ¡Ni una bruja ni un diablo puede contra una oración! Habrá que rezar, no pasa nada, nada. Mejor derríbalos y tú mantente en pie. ¡En tu propia casa, tú mandas!

Crisje vuelve a seguir con su trabajo y luego, después de algún tiempo, ve que la cuna nuevamente se está meciendo. Se apresura hacia ella y mira al niño. Ahora Jeus se despierta, pero por lo demás está lo más tranquilo posible. Crisje lo saca de su camita y abraza con fervor a la pequeña vida.

—No es cierto, ¿verdad Jeus, no quieren hechizarte, ¿no? No pueden hacerlo, ¿verdad, Jeus?

El niño le ríe a su madre. Crisje empieza a llorar y luego el Largo puede intentar convencerla de lo que quiera, pero esta es la realidad para su vida.

Reza, y así, en plena oración, sale volando de casa para ir a casa de Trui, porque ya no sabe dónde meterse. Al entrar, con el niño firmemente apretado contra ella, no puede decir palabra. Hace un rato estaba tranquila. Ahora la vuelve a asaltar el temor por la brujería. Suda por todo el cuerpo, tiembla de arriba abajo y le late el corazón como si fuera una máquina fuera de control. Quiere proteger a Jeus contra esos poderes y fuerzas invisibles.

—Qué nerviosa estás —dice Trui con asombro—. Parece como si te anduvieran persiguiendo. ¿Qué pasa, Cris?

Crisje cuenta lo que ha vivido y Trui la deja tranquilamente que termine, pero luego empieza.

—Eso te pasa por tratar a viejas borrachas. Por supuesto que fue ella quien embrujó a tu hijo.

Esto es duro para Crisje y quiere defenderse diciendo que no ha visto a la vieja ni ha hablado con ella en meses ya. Pero Trui se mantiene imperturbable. Es esa vieja, y todo es culpa de la propia Cris. Por más que Crisje hable también de bondad, que al final siempre le gana al odio y a la violencia, a Trui le parecen tonterías ridículas. Es la “vieja borracha”. Pero Crisje sigue. Una persona tiene que saber distinguir entre el mal y el bien, ¿no?, entre elevar incredulidad u oraciones. Donde Nuestro Señor no es ninguna carpa de feria, ¿verdad?, ningún... bueno, lo que sea. Después de todo, Trui no es tan fuerte como piensa para estas cosas, y ya está empezando a balbucear. ¿No ves además, Trui, que estás matando a Crisje? ¿No te compadeces acaso de tu hermana y su hijo? Jeus está cómodamente en los brazos de su madre. Se ríe y hace gorgoritos y no hace caso de nada. Jeus es un muchacho fornido y cuando su tía lo mira a los ojos, en realidad le parece que toda esa historia es ridícula. Pero no le es fácil dejar pasar sin más la oportunidad de darle peso a su propia postura y de venderle a Cris plomo por oro. Y es que Trui no ha llegado todavía hasta ese punto, y Crisje todavía tiene que soportar:

—Siempre te lo he dicho, Cris, ¡te estás pasando! Pero no quieres hacer caso.

‘¿Me estoy pasando?’, se pregunta Crisje con seriedad. ‘Pero con qué entonces. Qué es lo que hago, pues. Qué clase de tonterías son estas’. Crisje se arrepiente terriblemente por haber sido tan tonta de buscar consuelo donde Trui. Esa simplemente está allí, sola con su pobre “yo”, del que no puede regalar ni una florecita porque en su vida interior todavía no pueden crecer. Pero Trui puede contarle lo que quiera, no le concede al niño y eso es todo. Es una pena, pero es así. Ahora Trui tenía la oportunidad de regalar un poco de sus sentimientos, pero desgraciadamente aún poseía demasiado poco. ¿Y entonces ella querrá contarle a Crisje lo que tiene que hacer y dejar de hacer? Si Trui ni siquiera es capaz de pensar un momento en lo bueno que tiene el ser humano; todo lo que según su criterio está mal o se hace mal se tiene que

destruir y nunca le da a nadie la oportunidad de mejorar su vida.

Crisje sigue sentada y juega con Jeus. Es como si Trui, con sus pensamientos que le destruyen el espíritu, de pronto se hubiera disuelto. Ahora Crisje se encuentra en un mundo del que Trui debe quedar excluida. Un alto muro la separa de esta vida en la que se encuentran ahora Crisje y Jeus. Crisje ya va nuevamente trotando por el brezal, cortando florecitas para su hijo con las que trenzará coronitas, si hace falta, para retar a esas brujas. Qué hermoso día hace hoy, cosita mía. ¡Este Jeus! Mira cómo ríe ese niño. Mira los ojitos radiantes que tiene y mira esas pequeñas manitas. ¿Qué será lo que quieren hacerle a esta criatura? Pero ahora está empezando a hacer frío aquí, Jeus, qué raro. Hace un momento estábamos tan gloriosamente calientes y tan felices los dos juntos. Pero ahora hay de nuevo un invierno entre nuestras vidas. Qué extraño es. Ahora está empezando a hacer tanto frío aquí como en una noche de invierno helada.

—Tenemos que volver a casa. ¿No, Jeus? Dile, “adiós, tía”, anda, dile adiós a la tía.

Pero Trui no puede darle la mano a los niños, le causa aversión. Ni siquiera ve esa manitas, por así decirlo, ni tampoco quiere tener nada que ver con ellas, y cuando lo simula es con una hipocresía y una pobreza espiritual interior que hacen llorar a cualquier niño. Qué raro, Trui, ¿por qué siempre lloran esos pequeñitos cuando te tocan? ¿Tienen tanta sensibilidad esos pequeños seres humanos que incluso te tienen miedo? ¡Vaya, vaya, Trui!

Ya está Crisje de nuevo fuera, llevando de vuelta a casa a su pequeña vida con actitud triunfal, la recuesta con cuidado en su regazo y piensa: Jeus está bien, no le pasa nada al niño.

Entonces vuelve a descender en ella la sensible tranquilidad a la que tuvo que echar en falta durante tanto tiempo y que causa una sensación tan benéfica, ese sosiego que le llega desde el espacio. Reza y le musita palabras dulces al niño. Jeus vive su imponente amor, los ojitos se cierran y los ojitos se vuelven a abrir. Se convierte en una revelación y en un acontecer sagrado. Qué pena por Trui, que no pueda vivir esto, porque Crisje se lo desea a toda mujer, por más inhóspita y gélida que pueda ser una vida así. Esto es un regalo de Nuestro Señor. Jeus se duerme arrullado por los cantos de Crisje, y rodeado de los inmaculados pensamientos amorosos de ella, de sus flores espirituales.

Y aun así, personas y almas incrédulas: ¡la cuna se mecía! Sin duda alguna, se mecía. Si se le pregunta a Crisje por eso más adelante, mucho más adelante, creo que entonces sí lo sabrá. Pero si al rato el Largo otra vez no quiere creerla ni confiar en ella, ¿quién puede entonces asegurarle de que es la verdad? Crisje hace algunas otras cosas antes de que Hendrik llegue a la casa. Claro, sí que se lo contará. A pesar de que en realidad no sabe muy bien por qué, siente que esto es necesario, aunque de inmediato desciende muy en su

interior la seguridad, junto con esa sensación que todavía no logra aclararse, de que este saber luego tendrá que volver a cederle su lugar a un saber que abarca todavía más, que es más profundo y más grandioso. Crisje, algún día este mecer te hará ver los cielos, aunque por ahora solo pienses en brujas y hechizos. Pero ya siente desde ahora que no puede ocurrir nada malo. Sabe que se les protege a ella y a su hijo. No hay nada que tenga que ver con una bruja o un diablo, ni por asomo. Sea lo que sea, a ella le queda claro para su vida: a su hijo no le pasarán accidentes. Jeus está de lo más tranquilo y sano, y los niños hechizados —ha oído bastante sobre eso— gritan y chillan tanto que alborotan a todo el vecindario. No, no hay nada particular, lo siente. Pero no deja de ser extraño.

Y ahora, Crisje, veamos lo que le pasó en realidad a Jeus. Queremos llevarte brevemente hasta su sueño, y en él te mostraremos lo que pasó.

Mira, Crisje, Jeus está dormido. Pero ¿ves cómo se pone Jeus de pálido? Mira esa palidez alrededor de esa linda naricita respingona de Jeus. Crisje, podrías llamar esto un sueño profundo. Les pasa bastante a menudo a los niños, por cierto, pero aun así, esto es algo totalmente distinto. ¡Velo por ti misma! ¿Qué ves ahora? Jeus ha salido de su pequeño cuerpecito y se ha “desdoblado”, como lo llamamos nosotros. Ahora vive entre la vida y la muerte, y es mucho mayor. Jeus se siente como si tuviera por lo menos siete años y ahora, mira, Crisje, ve una gran luz, y en ella, una aparición. Esa aparición es un ángel, Crisje. Y ese ángel está conectado con Jeus y le dice que sin ningún problema puede intentar hacer que se meza la cuna; sin duda que se asustará Crisje, pero también la pondrá a pensar. Y ahora mira, Crisje. Aquí, Jeus está del lado izquierdo de su cuna y ve que es él. Tan solo salió a gatas de ese cuerpecito, aunque a través de las fuerzas y el saber de su ángel guardián que Nuestro Señor le da a todos los seres humanos. Pero este balanceo puede ocurrir porque este ángel guardián es de un tipo particular, Crisje, y tiene que ver algo con la vida de Jeus. Si no fuera el caso, entonces no podría ocurrir nada, porque los ángeles —seguramente podrás aceptarlo, Crisje— no echan margaritas a los cerdos, no malgastan ni mancillan su propia felicidad, ni pierden el tiempo con seres humanos tontos, materiales, que no están todavía abiertos a su desarrollo espiritual, pero tú ya no eres uno de ellos, Crisje. Este balanceo ocurre, pues, porque tenemos la mira puesta en algo, y aunque no lo creas, porque lo quiere Nuestro Señor. Y por lo tanto, Crisje, es Jeus el que te asustó. Jeus tiene ahora siete años y ha vuelto a una vida anterior. ¡Ahora empuja contra la cuna! No puede hacerlo solo, porque el alma, la luz que ha llegado hasta Jeus desde el espacio, lo hace por él y, ¡caramba!, se logra el cometido. La cuna se mece y te asustas. Y eso por tu propio hijo. Jeus mira, ve que te asustas, Crisje. Espera un momento. El ángel piensa que bien puede volver a intentarlo, porque quiere que con estas

cosas se llegue al corazón humano, y por lo tanto eso será lo que sucederá. Se vuelve a mecer la cuna. Ahora te vas deprisa para ir por esa tela delgada. La echas por encima de la cuna. Miras al lado y debajo. Lo ves por ti misma, no hay nada particular.

Por última vez hacemos que Jeus vuelva a mecerse y ahora impacta en tu corazón, y Jeus despierta. Jeus vuelve con tranquilidad en su propia pequeña vestidura y ahora ya no sabe “nada”. Ahora todo esto vuelve a pertenecer al pasado.

Ahora puedes volver a rezar, Crisje. Pero hemos echado nuevos fundamentos para este imponente edificio, que quiere erigir el ángel de Jeus. ¡Y esto, te lo aseguramos, ocurrió por orden de los ángeles más elevados de Nuestro Señor! Esto no es un juego ni un disparate. Esto es necesario para Jeus, y con urgencia, porque esta vida, Crisje, —eso lo verás luego y lo tendrás que aceptar— es el instrumento de maestros, de ángeles. ¡Esta vida ha sido enviada a la tierra para llevar a cabo una tarea imponente! Y ahora ya estamos preparándolo para eso. Ya te lo dije, Crisje, ya estábamos echando los fundamentos cuando Jeus todavía vivía en ti. Entonces te hacía soñar, podías planear y sentir el silencio del espacio; el silencio de estos ángeles y de Jeus, ¡en el que vive esta vida! ¿No es sencillo, Crisje? No, no lo es, porque la gente sin esos sentimientos jamás podrá entenderlo. Quisieran destruirlo. Lo llamarán diabólico, porque esa gente sigue perteneciendo ella misma a los muertos en vida y no entienden ni saben nada de estas leyes. Pero es la verdad. Pronto lo verás. Jeus no sabe nada de todo esto —y cómo iba a poder?—, pero lo que ocurría le dio sensibilidad. Y eso es lo que nos importa. Así abrimos esta vida interior y la hacemos despertar. Te digo, Crisje, que esto solamente ocurre porque Jeus tiene que llevar a cabo una tarea. ¡El balanceo de la cuna es un rayito de luz, es saber!

Pero con el paso de los años, este rayito se irá haciendo cada vez más grande y potente, hasta que se haya convertido en un haz de luz reluciente que será un indicador hacia una vida espiritual más elevada para el sendero vital de millones de almas que buscan la verdad. Y entonces verás a Jeus de otra manera. Fíjate en su vida espiritual, si no dejará de lado tu vida. Esta vida tiene sintonización con tu personalidad y con tus sentimientos. Llegará el día, Crisje, en que veas lo que ocurrirá. Jeus no aprenderá nada de este mundo, pero ¡poseerá dones divinos! ¡Y también por eso debes estarle agradecida a Nuestro Señor!

Cuando entra Hendrik, su primera pregunta es:

—¿Y hoy qué pasó, Cris?

Crisje lo mira, ¿qué puede decirle ahora? Entonces el Largo oye la historia increíble, y también que Crisje estuvo donde Trui. El Largo piensa. Crisje espera con paciencia. Por fin él le da su opinión.

—Déjame decirte una cosa, Cris. A veces, y lo sabes, soy todo un estuche. En otras palabras, a veces estoy loco de remate. Pero lo que tú me quieres hacer creer hoy, ¡de verdad que es demasiado! Demasiado, Cris. Por el amor de Dios, no se lo cuentes a nadie.

—¿Acaso pensabas, Hendrik, que estoy tan loca?

—Depende, Cris, ya se encargará Trui de eso.

Crisje se da por vencida con sinceridad y se lo admite al Largo:

—Y en eso tienes razón, Hendrik. No me lo puedo perdonar. Ya me arrepiento. No puedo expresarlo en palabras, espero que lo sepas. Pero ya le hice sentir a Trui que no se debe imaginar cosas.

El Largo estaba detrás de la mesa, en su rincón, fumando su pipa inmerso en pensamientos. Todo este asunto le parece infantil. Y quién no pensaría lo mismo. De pronto le da mucha risa. Agarra a Crisje, la sienta a la fuerza en sus rodillas, aprieta sus labios en su morro, recorre su honesta carita cual Orlando furioso y se ríe tan fuerte que se llega a oír sin duda hasta fuera. ¿Pensabas, Largo, que esto puede embelesar a Crisje? ¿De verdad pensabas hacer bien así y ser generoso? ¿Pensabas de verdad que esta era la solución para estas cosas raras, ese balanceo de la cuna? Hombre, hombre, ¡qué tonto sigues siendo!

Para el Largo con esto el asunto queda concluido y Crisje se ha vuelto a tranquilizar. El Largo no volverá a decir una palabra dura, pero no piensa en las consecuencias por un momento, ni por un segundo. Pero serás derribado de un golpe contra el suelo, Largo. Llegará el día en que te arrepientas de tu incredulidad por lo que vivía Crisje. Y puedes darte por contento de que tu Crisje te puede volver a acoger, o la mitad de ella ya la habrías perdido. Pero hay una sola cosa de la que ahora sí quedarás fuera. Y esto se convertirá en un abismo, Largo, que ya nunca más podrás librar. Tú mismo te lanzas en un terrible abismo y ni siquiera te das cuenta. En esta vida nunca podrás “vivir” la profundidad del alma de Crisje. Te has blindado por completo para eso cuando pisoteaste sus vivencias hasta destruirlas, llamándolas una locura. Y es que en efecto era lo más fácil. En eso sí que tienes razón. Pero también hubieras podido alzar un momento los hombros con cuidado, o decir con cautela “sí y amén”. Entonces esa alma no se habría blindado de inmediato. Con esto te damos tan solo una imagen de cómo también habría podido ser, pero que no hiciste. Habría significado entonces la aceptación de la vida, del deseo de llegar a unión con el otro. Para cualquier persona, el matrimonio es esto. El hombre desciende en la mujer y ella en su creador. ¡Ahora están construyendo un puente de belleza desconocida! ¡Son uno en todo y el amor se eleva por encima de todo!

¿Qué más da, Largo, aunque con tu Crisje algún día también dieras una voltereta así? Las cosas que te podría regalar si también tú tan solo crey-

eras esos disparates. Si hubieras podido aceptar. Pero ¡estás parado! Ahora ya no superarás nunca esta felicidad. ¡Es para ti, Largo, el freno humano! Pero ¿pensabas que Nuestro Señor no poseía otras alturas para el amor humano? Conocemos el amor humano. Ese amor es material, y puedes aceptarlo, porque tus sentimientos también lo son. Pero tenemos un amor espiritual, espacial y universal, y es ese amor el que también siente Nuestro Señor por Crisje y que puede dar a todos Sus hijos. Pero esto otra vez ¡no lo crees! ¡Y aquí reside precisamente tu abismo, lo que te desnuda, tu freno, Largo!

Ahora asfixias tu unión con Crisje. ¡Te detienes a ti mismo! Y porque la dejaste sola, esta vida bien *tiene* que blindarse. Porque aunque esté abierta, tú dejas de lado esta vida del alma sin verla. ¿No tengo razón, Largo? Así el ser humano se dispersa a sí mismo. No solo tritura su carácter, derribando la otra vida al suelo, sino que no da amor. Por qué no vuelves ahora conmigo hasta el suceso. Imagínate un momento que aceptas que Nuestro Señor hubiera regalado esas cosas, poniendo esta coronita y esa sonaja en la cuna. Cómo habrías actuado entonces y qué grande habría sido entonces la felicidad de ambos. Sí, ahora te rascas la cabeza y empiezas a entender hacia dónde voy. Pisoteaste esas cosas, reduciéndolas a añicos. Pero aun así venían de Nuestro Señor.

Y te vuelvo a decir ahora, Largo, ¡estas cosas llegaron a tu Jees por Nuestro Señor! Estas cosas llegaron desde Su mundo y por Su empuje como un regalo para tu hijo. No era tan grave que Crisje no sintiera ni entendiera estas verdades al instante, lo cual sigue sin hacer. Pero tú, sin más, echas todo por la borda, mientras que Crisje por lo menos siente que tiene algo que ver con su hijo. Hace un tiempo, Largo, lo viste en los ojos del niño. Y sigue allí, aunque ya no lo veas. Ahora se ha convertido en empuje. Y ese empuje fue el que sintió Crisje. Y es contra lo que ahora te estás blindando. Pero esa risa es como la de los miles de personas que estaban riendo cuando clavaron a Cristo en la cruz. Ellas tampoco podían creer que era Nuestro Señor mismo. Esas personas no eran conscientes de que Él poseyera las fuerzas para herirlos a todos con ceguera, aunque no lo hiciera. Así te ríes tú también, aunque no sepas por qué, y eso lo siente Crisje.

Ahora estás ante tu torpeza espiritual y sigues siendo quien eres. Obviamente, así restringes tú mismo tu ascenso. Solo por tus tonterías. Por no poder entender lo que este balanceo tiene que decirte. Así se te acercarán todavía más cosas, pero tú mismo te mantienes fuera de estas vidas y sigues siendo el mismo Hendrik el Largo. Sí que seguirás manteniendo tu bella voz, pero Crisje poseerá más e irá más lejos y más alto. Ella vivirá cada vez más fenómenos. Otra vez no lo crearás y lanzarás esas cosas lejos de ti. Serás fuerte y te mantendrás sobre ambas piernas, pero ¡no sentirás nunca la claridad inmaculada de Nuestro Señor, nunca podrás planear, nunca, porque te bur-

las de Crisje! Nosotros, Largo, conocemos las leyes. Hemos experimentado cómo se tiene que vivir para lograr que el alma humana viva su imponente amor. Es la unión, Largo, la unión de unos sentimientos con otros, que hace que se fundan los corazones y que se transformen los pensamientos en palabras que adquieren su significado, desatando al hombre y a la mujer de la materia en la que viven, lo que es finalmente la intención. ¿O acaso no crees en una vida después de esta? ¡Crisje sí! ¡Crisje cree en un cielo después de la muerte! También lo cree todo católico, Largo, de lo contrario no tendrían significado esta vida material ni la religión. ¡La gente vuelve a Dios!

No tengo la intención, Hendrik, de darte un sermón. Solo te cuento lo que deberías haber hecho para vivir esta imponente unión con tu Crisje, para hacerla más profunda y más bella, para que se pudiera manifestar su cielo espiritual. Te predigo que llegará el momento en que te arrepentirás, porque entonces tendrás que aceptarme, porque entonces sabrás dónde diste el primer paso en falso. Al final de tu vida te lo volveré a contar, Largo. ¡Entonces estaré frente a ti como la luz de este mundo! ”¡Yo!” ¡Y a mi lado, Jeus! Y entonces tú inclinarás la cabeza. ¡Por todo, por Crisje y Jeus! ¿Me entiendes, Largo? No, ¿verdad?, porque ni siquiera me sientes, aunque esté muy cerca de ti. Llegará un día en que para Crisje quisieras tocar hasta diez violines, hasta romperlos. Pero entonces ella ya no te oirá. Lo que sentirás entonces es tremendo. ¡Es extraño, Largo, pero también eso lo veo! Vive en mis manos. Yo soy quien puede darte el perdón. Hasta luego, Largo. De hecho, lo que quiero decir es: hasta dentro de un rato. ¡Volverás a saber de mí!

El hombre dice no, y entonces es no y sigue siendo no... Hasta que por fin ve a Nuestro Señor y solo entonces se convierte en sí... Sí... ¡Sí!

Entonces gime: “¡Me esforzaré y me inclinaré!”.

Pero ¿viste esas briznitas? ¿Y esas quieren convertirse en briznas de hierba? Habrías podido poseer alas, Largo, y contigo todos esos otros que se sienten como tú.

Ven, Crisje, ¡seguimos! ¡Adiós, Largo!

Hendrik, cuánto respeto te tengo ahora

En ocasiones, una persona puede sentirse tan grande y poderosa que le da a otra la impresión de que en efecto posee esas fuerzas interiores. Normalmente, se percibe después de un tiempo no demasiado largo que esa grandeza era solo apariencia y se ve cómo el personaje se cae rodando de su pedestal.

Pero llegará el día en que uno deba asimilar esa fuerza del espíritu y entonces recibirá su primera flor, destinada para el otro corazón. Entonces habrás echado un fundamento para ti mismo, no solo para tu pedestal social, sino sobre todo para tu personalidad. Hay personas que aseguran “puedo hacer esto, puedo hacer aquello, y no me cuesta ningún esfuerzo del todo. Quiero, si hace falta, poner en juego mi vida por ti y estoy contigo en las buenas y en las malas. Soy capaz de eso”. No lo creas con demasiada facilidad, pero espera hasta que hayan dado las pruebas. A diestro y siniestro te encuentras con esta gente en tu vida. Esta jactancia se encuentra por todas partes y ya ha destruido muchas cosas bellas en la vida. Cuando de verdad importaba, solo quedaban trozos y pedazos de una pequeña personalidad así. La consecuencia conocida: un florero roto, caído y hecho añicos, que tiró un perro furioso. Entonces descubrirías la pobreza espiritual deteriorada. No te habían regalado una orquídea, sino un ramito de flores de diez centavos. Y aun así te aseguraban que te daban en manos una orquídea, de la que probablemente creían ellos mismos que su vida natural no se marchitaría nunca. Nunca jamás. Eran imponentemente fuertes en el momento de ofrecer su fe.

También el Largo le dio una orquídea a Crisje. Y blanca, además, al dejar pasar su oportunidad de poder ir a cantar en la ópera, quedándose con su mujer y sus hijos, prefiriendo la tranquilidad y el amor inmaculado por encima de la riqueza y la admiración, y una bella vida social. Pero Crisje sabía que al Largo todavía le faltaba mucho para vencer a ese diablito; ciertamente, se había rechazado el primer ataque, pero ¿era tan seguro que no seguiría un segundo? ¿Y entonces? Entonces esa orquídea era una flor cultivada en un estercolero. Una cosa maloliente, de la que apartabas la cabeza y que irradiaba un olor que te aturdí, que te ponía mal, y que solo había llegado a la vida gracias a disgustos. Pero Crisje no quería tener una flor así, destruiría su vida.

‘¿Por qué la gente se regala orquídeas?’, se pregunta Crisje. ‘¿Por qué directamente esas flores caras con las que se regala tanta belleza?’. Una orquídea es una flor de tu corazón, que quiere representar amor, deferencia, confianza, respeto y verdad. Eso es esa flor para Crisje. ¡Una orquídea representa a Nuestro Señor, cielos, luz y justicia, todo lo que es bello, también el matrimonio! Una orquídea no puede servir para mentir, engañar, destruir, contagiar y

mancillar, esta flor es demasiado inmaculada para eso, demasiado espiritual. ‘¿O’, piensa Crisje, ‘estaré equivocada?’.

Crisje es una personalidad excepcional. No solo porque casi todas las mañanas comulga y reza para todo el mundo, sino que también vive según su fe y actúa de acuerdo a ella, aunque no quiere ser engañada por otros. En ningún caso por su Hendrik el Largo. También lo sabe el señor párroco, lo saben en los alrededores, incluso hasta en los cielos.

Pero ¿qué piensa el Largo al respecto? Si Crisje supiera con seguridad que el Largo pudiera regalarle una orquídea así, este —que de todos modos no puede con todo el amor de ella— viviría una felicidad que lo haría sucumbir. Pero Crisje siente que no puede alegrarse antes de que el Largo haya probado que ha rechazado el ataque del diablo por el resto de su vida. ¡Solo entonces aceptará Crisje su orquídea!

Aunque para ella misma sea de manera inconsciente, Crisje tiene un carácter con una tendencia psicológica. Es tan natural y fuerte que ninguna ciencia está a su altura. Por eso su psicología, nacida del respeto y del amor, le da una comprensión correcta de todas las cosas que tienen que ver con el alma y los sentimientos. Y Crisje no permite que se enturbie esa nítida comprensión.

¡En este punto tiene mucho cuidado!

Crisje no se deja engañar fácilmente, tampoco por Hendrik. Puede intentar hacerle creer lo que quiera; muy dentro en la vida de los sentimientos de ella hay una puerta, custodiada por un par de centinelas que observan cuidadosamente que todo lo que pretenda entrar sea verdad pura y con intenciones sinceras, de lo contrario volverá a haber líos y eso hay que evitarlo a toda costa. Su psicología le dice: mantén tu felicidad pura e inmaculada y no permitas que se mancille. La morada de tu corazón pertenece a Nuestro Señor y quien quiera ser admitido en ella tiene que dar primero las pruebas de que pueda entrar allí. No se toleran los chismes. ¿Acaso pensaba Hendrik que podía prenderle en el pecho un “botón de oro”, haciéndolo pasar por una orquídea? Si quisiera intentarlo, le lloverían los golpes. Esos centinelas son también para él, más bien precisamente para él, a quien ella se ha unido, por quien quiere vivir y morir. Algo así no puede carecer de significado, ¿o sí? Crisje no sabe cómo piensan al respecto las personas que viven en la ciudad, pero para ella lo principal es que la orquídea ofrecida sea pura e inmaculada y que se den las pruebas de ello.

Crisje espera pacientemente. El Largo le dijo que se ha despedido de la propuesta de ser cantante de ópera. Pero ella también sabe que la orquídea que se le ha ofrecido a ella como regalo todavía no ha florecido del todo.

Crisje sabe, sin embargo, que el Largo no ha superado por completo su deseo. Cuando hace algún tiempo volvió de Wezel, donde el cuarteto había

tenido un rotundo éxito, el Largo se volvía a ver en el escenario, volvía a tener dinero y riqueza para su mujer, y flores que podía ponerle en los brazos todas las noches. Crisje lo escuchó solo un momento. Entonces supo bastante. Si bien la orquídea había sido regalada, ya se había marchitado y podrido antes de que hubiera podido desarrollarse plenamente. Por más que Hendrik le asegurara con énfasis que le importaba un rábano, Crisje sentía que todavía había gato encerrado. Su afirmación del año pasado, de que había acabado con sus deseos de la ópera, eran mera apariencia. Todavía no los había vencido.

No, Largo, Crisje se burlaba de ti interiormente. Todavía no te cree, todavía no podía creerte, porque sabía que el mismo diablo volvería a aparecer. ¿De verdad creías que no acometería más que una vez? ¿Y pensabas que rechazando ese único ataque habías probado lo que sabes hacer y lo que quieres? No, Largo, no puedes hacerle creer eso a Crisje.

Pasan meses. Crisje espera y todos los días viven como en un paraíso. No puede con su felicidad. Pero está alerta y espera a que llegue el ataque. Si queda rechazado, ella recibirá una orquídea nueva que podrá prender en su abrigo. Entonces lo besará hasta que él sienta su sangre vital. Ahora ya puedes darme tu vida, Largo, así le regalaremos una nueva vida a un alma. Pero la prueba del Largo no llega. Todavía tiene que esperar, y la espera es larga, aunque no para el concepto de la eternidad. Aunque espera a que el Largo le dé pruebas, pero entonces que vengan por completo de él mismo, no impuestas por una súplica, eso no, sino por voluntad propia y amor.

Crisje mira el reloj, la comida ya se estaba cocinando demasiado. Hendrik no llega. ¿Dónde andaría tanto tiempo? Johan y Bernard tiran de sus faldas. Tienen hambre y quieren comer. ¿Dónde se habrá metido Hendrik? ¿Pasaría algo? No está preocupada, al contrario, una sensación de alegría la va llenando por dentro. No sabría decir de dónde viene, pero le alegra el corazón. Hace que empiece a tararear. Les da algo rico a los chicos. Hoy se puede, porque va a ser un día especial. Crisje no sabría decir por qué, pero sabe que tiene que ver con su Largo. Es Hendrik. Su sensibilidad y la unión que siente con esta burbujeante vida, que es su marido y el padre de sus chicos. Son sus sentimientos espaciales. Le llega a su vida directamente desde Emmerik. Crisje daría su vida por eso. Tan segura está de su sentir y pensar. Y eso, lo sabe también, lo tiene todo el mundo. Todos sienten a veces algo del ser al que se ama. Te entra entonces algo para lo que no puedes encontrar palabras. Pero ¡allí está! Aun así, todavía no se involucra directamente.

Primero quiere estar segura. Pues bien, esa seguridad va llegando a la casa, oye como cruje la grava. Los chicos salen disparados a la puerta, gritando:

—¡Ya llegó papá, mamá, ya llegó papá!

Los chicos se cuelgan de su abrigo y se dejan arrastrar. Luego, ya lo saben,

le toca a mamá. Ahora carga a Crisje y esta planea entre cielo y tierra, y el Largo le da el tratamiento completo. Johan y Bernard miran la escena riendo.

—Cómo sabe besar papá, ¿cierto, Bernard? —dice Johan. El Largo ríe. Lo oye y pone a Crisje en el suelo. Lo devolvió un momento a la realidad.

—¿Tienes algo que confesar, Cris?

—No, nada, Hendrik, nada.

—¿Y los chicos?

—Ellos, Hendrik...

Johan y Bernard ya miran a sus padres. Saben que esta es la pregunta de cada noche. Y la respuesta puede ser la orden para una buena tunda.

—Mamá, mamá, haz la vista gorda. Voy a portarme mejor.

Pero Crisje no sabe mentir. Aunque ahora de verdad no hay nada.

—No, Hendrik, ninguna queja sobre ellos.

Bernard y Johan están felices. Ya se les puso en la balanza, y por hoy dieron la talla. Ay de los chicos, ay de ellos si hacen travesuras con las que ya se pasan de la raya. Entonces les da el Largo, que quiere convertir a sus hijos en hombres, y fomentar en ellos el respeto por su padre y madre y por la humanidad entera.

El Largo vuelve a empezar su jugueteo con Crisje y con un tirón la sienta sobre sus rodillas. Ella grita:

—¡Suéltame, loco, estás demente! ¿No tienes tú mismo nada que confesar? Hendrik se queda callado. Crisje piensa: ‘Allí está’.

—¿Qué pasa, Hendrik?

Pero este sigue sin poder hablar. Ahora lo que quiere es por una vez contar esta felicidad en palabras bellas y claras. Quiere acentuarlo y darle una bella figura a esta gran felicidad, con la que Crisje será muy feliz. Pero aunque ella lo haya sentido desde hace un buen rato, quiere oír todo de su boca. No le quitará nada a su Largo. Tiene un criterio tan amplio. Él también recibe su orquídea.

—¿Qué pasa, Hendrik?

—Tranquila, Cris, ya estoy aquí. Ahora tienes que escuchar bien. ¿Recuerdas que fuimos a Wezel para cantar?

—Claro, Hendrik.

—Ahora viene, Cris. Esta tarde hubo dos hombres en el negocio. Y me preguntaron...

Crisje ya está brillando, y mira sus ojos sacándoles la luz. Disfruta. La orquídea ha llegado...

—Si no quería estar en el escenario a pesar de todo.

Lo ha sacado. El Largo hace un ruido con la boca y la mira. Crisje espera, ya puedes sacarlo a relucir, Largo. Se le acerca.

—¿Y, Hendrik?

—Cris..., te vas a alegrar mucho. Le dije: “Púdrase con su escenario. Quédese con su dinero y sus tonterías. Puede...”. Por Dios, Cris... ¡Cómo me enojé!

Ya lo ha sacado. El Largo le acaricia el pecho y el rostro a Crisje. Su delantal vuela por encima de su cabeza. Le revuelve la melena negra, lo sacude y lo aprieta contra el pecho. Simplemente, no termina nunca.

No están solos, los chicos están allí. Hendrik, oh ese Hendrik.

—Hendrik, ¡cuánto respeto te tengo ahora!

—Rechacé todo, Cris. Y soy feliz ahora.

El Largo hasta suspira. Crisje llora. Qué día, por Dios. ¿Cómo tiene que agradecerle esto a Nuestro Señor? La vida es una bendición, la vida es un cielo en la tierra, si tan solo quieres verlo. Crisje se da una vuelta por donde Hent Klink. Quiere tres copitas. Quiere invitar a su Hendrik a algo. Luego van a cenar. Más tarde se sientan tranquilamente para hablar un rato. Los chicos se han ido a la cama. Hendrik toma su violín, aunque cuando apenas lo tiene en las manos, entra Gerrit.

—Qué suerte la mía —dice Gerrit—. Qué bien le va a uno cuando tiene buena nariz. Y licor de hierbas, además. Alivia el dolor de panza y llevo un par de días con molestias, Cris.

Crisje lo conoce y sabe muy bien lo que hay de esta molestia. Va a ser otra noche muy buena.

¿Ya lo sabe Gerrit? No, ¿verdad? Entonces ya le dirá algo ella.

—Por la salud de Hendrik, Gerrit.

Allí se entera Gerrit del brinco que dio el Largo.

—Eso sí que vale la pena, Hendrik. Vaya diablo. Qué bien que en nuestra familia tengamos a personas tan fuertes. ¿Qué nos importa el dinero, una casa linda, qué nos dice un millón? ¡Nada! El mundo nos importa un bledo.

¡Salud, Hendrik!

Y para adentro se fue el licor de hierbas. Gerrit suspira, sube la barriga y empieza a hablar italiano y francés. Así, la vida es buena. Los chicos pueden cantar en la cama. Johan ya está silbando, se contagian y tienen que participar. Ahora se puede, un momento, la vida es para todos, y también la felicidad. No tienes que compartir el malestar con los niños, son demasiado jóvenes para eso. ¡Salud! También viene llegando Jan Maandag. Jan también piensa que es toda una proeza. Conoce al Largo y piensa que no es cualquier cosa. Y otra vez, aunque ahora diferente, en su imaginación, vuelan de verdad por encima del escenario, viajan por Italia y Francia, y besan el mundo como si nada. Están en Londres y París, porque allí también el Largo sale al escenario. También llegan a Nueva York, miran a todas esas otras personas y llegan a casa con carretadas de flores para Crisje. Habitaciones repletas. Toma, Crisje, bellos regalos para ti y los niños. Toma, esto es de parte mía.

Fanny, el perro de Johan y Bernard, que empezó a vivir con ellos un poco después de que naciera Jeus, olfatea el pantalón de Gerrit y piensa que trae olor a perro. Gerrit nunca trae a su preferido. Sabe que eso resultaría en una pelea. Fanny no tolera a otro perro en casa. El animal ya se ha hecho muy amigo de Jeus, aunque sean Johan y Bernard quienes juguetean con él fuera.

—Tú vete, Fanny —le dice al perro—, si detestas a mi Nico, yo tampoco te soporto.

Gerrit toma carrera, traga saliva un par de veces y chasca la lengua. Eso sigue así durante un rato y siempre ocurre con algunas variaciones. A Gerrit le gusta tomarse una buena copa. Lo hace con una actitud particular y todos siempre miran cuando se pone el vasito en los labios para tomar un traguito. Cuando un día Johan lo vio, le dijo a su madre:

—Es simplemente, mamá, como si el alcalde se tomara su trago. —Al no entender Crisje lo que Johan quería decir realmente, prosiguió—: Bueno, míralo, mamá, cuando sea grande, me tomaré mi trago así también.

Ese Johan. Cuando Crisje se lo contó al Largo, este se partió de risa. Johan y un trago no pegaban ni con cola. Gerrit también lo sabe y se rio con ellos. Sabe que todas estas cosas aumentan la tensión y que entonces su pequeña historia tendrá éxito.

—Primero... —se oye—, empiezo contigo, Cris. Si yo también quiero alegrarte, ¿no me crees? Pensé para mis adentros: ‘Qué tal si alegro a esa Cris’. Siempre estás aquí empinando el codo. ¿Qué pensarías, Cris, de Francisco y de Fasís?

Crisje no permite que alguien mancille los nombres sagrados. De inmediato está encima y corrige a Gerrit.

—Se llama de Asís, Gerrit.

—Ya te diré yo algo, Cris. Conozco a todos esos santos y ellos me conocen a mí. Ayer mismo me dijo uno: “Gerrit, tienes que concederte un poco más de descanso, trabajas demasiado duro”. Pues Cris, hubieras visto la mirada que me dio ese niño santo. Pero ya lo sé, tú quieres tener a Nuestro Señor en la cruz. ¿Tengo razón o no?

Crisje está en el séptimo cielo. Este es un regalito.

—¿Si quieres hacer eso, Gerrit?

—Claro, Cris, de lo contrario no lo mencionaría.

A veces Gerrit cuenta chismes, pero siempre cumple su palabra. Puede tardar un poco, pero llega. Un buen día, Crisje recibirá su Nuestro Señor tallado en madera. Pero Gerrit todavía no acaba. Tiene la palabra, los demás escuchan. ¿Y ahora qué irán a oír? Hendrik ya está riendo entre dientes, por supuesto que vendrá otro cuento chino lleno de mentiras. Crisje ya recibió algo. Ahora siguen los demás. Primero, Gerrit mira la fila. Quiere tomarles el pelo a los amigos de Crisje y empieza a reírse entre dientes.

—¿Oíste, Hendrik, lo que Casje ha hecho esta vez?

Las miradas se dirigen a Crisje. Gerrit sigue:

—Me lo contó Hent.

—Ese perro traicionero —reacciona Crisje ya—. ¿Él?

—Espera un poco ahora, Cris. No lo sabes todo de tu Casje. Le crees a la gente con demasiada facilidad. A ti también te tengo que avisar, Hendrik.

—Dices mentiras, Gerrit.

—Nada de eso, Cris, ¡espérame un momento! La semana pasada, Casje llega detrás del Kom. Quiere venderle algo al cazador furtivo de conejos. Ya sabes quién es, ese ratero, que no deja nada donde está, que usa lo que sea. En la fábrica de escobas robó miles de florines, también lo sabes, ¡y es él! Esa mujer está en casa, pero no tiene un centavo para comprar algo. ¿Qué pasó entonces? A Casje le da un ataque y se tira al piso. Sabes tan bien como yo que a veces le da un ataque (—dice).

Esto ya es demasiado. El Largo tiene que hacer callar un momento a Crisje; él sí quiere oír los disparates que Gerrit va a soltar esta vez. Pero Crisje ya no quiere escuchar.

—Eso es deshonar a la gente, Gerrit.

—No sabes lo que sigue, Cris. ¡Espérame un momento! Incluso me darás la razón.

—Ya quisieras.

—Y ahora viene, Cris.

Gerrit los deja en suspenso un momento. Primero un traguito, que dura una eternidad. Crisje cae en la trampa, dice:

—¿Y qué pasó, Gerrit?

—Ves, Cris, ahora sí que te está empezando a interesar, ¿verdad? Y es lo que quería, o no tiene gracia. Pues Casje se tira al piso y le grita a esa mujer...: “Mire ahora en mi manzano!”

—¡Santo cielo —Crisje se parte de la risa—, qué montón de mentiras!

Hendrik y Jan casi se mueren de la risa. El Largo no puede parar, Crisje no sabe qué decir y Gerrit siente su victoria. Exagera otro poco más.

—Y ahora, Cris, viene lo peor.

—¡Ya no quiero oír nada de eso, Gerrit, nada del todo! ¡Son mentiras!

—¿Mentiras? Hendrik, tú pregúntaselo a Hent, ya te dirá. En ese momento llega a casa el marido, Cris. Casje está en el suelo y esa vieja se parte de la risa. El ratero mira un instante, agarra a Casje del pescuezo y lo tira a la calle. Casje se va, no sabe ni dónde ir tan de pronto y olvida su caja de mercancía. Hent todavía me dijo, y eso le parece a Hent lo peor, que ahora ese bandido anda vendiendo la mercancía de Casje. Hent dijo: tenemos que impedirlo entre todos. Que no pueda vender nada. Así que si ahora viene aquí, Cris, ya estás avisada. ¡Eso es todo!

—Estás más loco que el peor loco en un manicomio, Gerrit.

—¡Vaya ingratitud, Hendrik! ¿Te lo habrías imaginado? Te digo, ¡estén al pendiente de ese tipo!

Al Largo le parece una broma excelente y le sirve otra vez a Gerrit. Pero a Crisje todavía no le cuadra. Gerrit continúa:

—Ya ves, Cris, tú siempre quieres proteger todo, pero no se puede. Tienes que saber distinguir el bien del mal. Y no es tan fácil. Quieres proteger todo, pero, eso también me lo dijo el santo, ¡está mal! Pero ahora otra cosa. ¡Dios mío, los líos que tuve esta semana con Hanneke!

Ya se vuelven a acomodar, viene nuevamente una cosa bella. Crisje también escucha, cuando Gerrit mete a Hanneke, se arma la feria.

—Crisje, conoces a esa Hanneke, ¿no es cierto? No es culpa de ella que sea un poco seca. Y que todavía no tenga hombre es exactamente lo mismo, y tampoco es culpa de ella, porque Hanneke no es cualquiera. También lo sabes. ¿Cierto o no, Cris?

Crisje no dice nada y aguarda; Gerrit sigue:

—Me estoy cambiando y tenía una cita en Emmerik con un hombre de la iglesia, para cambiar algunas cosas del ornamento. Pero cuando me estaba mirando allí a mí mismo, Cris, pensé: ‘Gerrit, Gerrit, buen hombre, ¡qué guapo que eres!’. Qué pena tan grande que no tengas una bella mujer’. Le pregunté a Hanneke: “¿Cómo estoy?”.

“¿Te quieres casar, Gerrit?”, preguntó. Y no había pensado en eso todavía yo mismo, Cris. ¿Y qué crees ahora que me preguntó Hanneke? No lo sabes, ¿verdad? Ni tampoco lo podrás adivinar. Hanneke me dijo: “Gerrit, cuando estés otra vez en Italia, fíjate si no encuentras a un buen hombre para mí”. Y resulta, Cris, que no soy el tipo de persona para mandar a Hanneke otros hombres, y encima hombres extraños. Pensé: ‘Si todavía nos queda Jan Maandag!’.

Jan no contaba con esto y se pone colorado como un tomate. Ahora Gerrit empieza con Jan, y le dice al Largo:

—¿Sabes, Hendrik, lo que es eso? ¿Por qué a Jan siempre se le ponen así de rojas las orejas cuando hablamos de mujeres? ¿No lo soporta Jan?

Jan ríe como si tuviera dolor de muelas. No sabe dónde meterse. Su timidez les da risa a Gerrit y al Largo. También a Crisje le parece una broma bastante buena. Qué gente tan rara vive en el mundo, esto no es más que muy normal. Gerrit apuró su copa y quiere que le sirvan otra. Ya tiene listo otro buen pretexto para lograrlo. Mira su vasito y empieza otra historia nueva.

—La semana pasada tuve un sueño, Hendrik, que no fue cualquier cosa. En ese sueño, volé para llegar donde Pedro. Pedro es el que hace guardia donde Nuestro Señor, Cris. Y de vez en cuando tiene que examinar a las personas, también cuando todavía viven aquí en la tierra. Me dijo, Cris: “Gerrit,

tienes mal aspecto. ¡Tómate de vez en cuando un buen licor de hierbas! ¡Es bueno para todo!”. Le digo: “Vaya, hombre, tú sí que sabes lo que le hace falta a uno”.

El Largo mira su vasito, ríe tanto que casi se cae de la silla y le llena el vaso. Gerrit lo toma y sin perder tiempo sigue:

—Sin esto, Cris, no puedes contar, ¿verdad? Pero ahora, ¡Dios mío, cómo no lo pensé antes!

Ahora incluso Gerrit se ríe y entienden que vendrán más disparates aun.

—¡Óyeme, Hendrik, el drama que viví esta semana! Hanneke se pasó toda la semana con dolor de dientes. Cuando llegaba a casa de noche, allí estaba con un trapo amarrado en la cabeza, maullando. Yo ya no lo soportaba, entienden. Le pregunté: “¿Por qué no vas a ver al dentista?”. Pero se cagaría de miedo. No se atreve, esa lela miedosa, no quiere saber nada de eso. Pensé, ‘pues tú misma’. Pero cada noche me sacaba de la cama. Le di un trago, pensando que solo a mí me gustaba. Y cuando se hubo tomado tres, Hendrik, estaba perdidamente borracha. Entonces se quedó dormida, pero al otro día, tres cuartos de lo mismo. Cuando dije: “Ve donde Manus”. Conoces a Manus. “Ve adonde Manus”, dije, “él te puede ayudar”. Pensé: ‘Ya veremos qué pasa con esos dos’. Me preguntó: “¿Y él qué hace, Gerrit?”. Le digo: “Sabe magnetizar. Lo hace con el pulgar. ¡Así!”. Le enseñé, porque sé cómo lo hace Manus. Debo decir, por más que beba como un cosaco, sí que sabe magnetizar, Manus. Y es lo que es, Hendrik, aunque ahora te dé risa, puedes burlarte, puedes decir: “tonterías, imaginación”, o lo que quieras, pero Manus sabe magnetizar. Sí, caray, si lo piensas bien, Hendrik, es algo muy particular, ¿no crees?

—¿Y fue, Gerrit? —pregunta Crisje tensa.

—¿Me crees, Cris? ¿En serio crees que digo la verdad?

—¿Si dijiste ya hace mucho tiempo que tenía problemas con los dientes?

—Gracias a Dios, Cris, que te acuerdes. Sí, fue. Pero me tuve que esforzar, ¿sabes? Fue, pero tuvo que volver por la tarde, Manus tenía que herrar tres caballos. Y por la tarde: Hanneke otra vez camino a Manus. Hombre, ¡me parto de la risa! Todavía lo veo ante mí. Manus dijo: “Siéntate aquí”. Hanneke mira a Manus. Entonces le toca la cara con el pulgar, haciendo sus crucecitas. Primero le preguntó: “¿Sabes rezar, Hanneke?”. Dijo que obviamente. Yo también voy a la iglesia, ¿o no? Comulgo cada semana. “Mejor”, dijo, “porque entonces se va a quitar solo”. Manus empieza a rezar. Hanneke cierra los ojos un momento; se le hace que Manus la roza demasiado tiempo y lo mira un segundo. Le pregunta: “Dura mucho, ¿no, Manus?”. Dijo, me contó Hanneke, Cris: “Este es muy grave, Hanneke. Hay que tratarlo bien”. Manus sigue rezando, con el pulgar hace el resto. Pero cuando Hanneke cierra los ojos, Manus la agarra de la ropa y la está manoseando. Hanneke se quita a

Manus de encima de un empujón y se va volando.

Cuando llegué a casa en la noche, Hanneke estaba llorando. Ni siquiera había entrado cuando ya empezó: “Tú también eres un fresco. ¿Cómo puedes mandarme a ver a un tipo tan asqueroso?”.

Le pregunto: “¿Qué pasó?”.

“Ese tipo asqueroso me estaba manoseando. ¡Qué vergüenza! Me puso de los nervios. ¡Cómo puedes hacerme eso, Gerrit!”.

Y ahora, Hendrik, por más raro que parezca, Hanneke se ha liberado de su dolor de dientes. Al otro día me dijo: “¿Sí me habrá ayudado ese tipo entonces, a pesar de todo?”.

“Si te lo había dicho”, le dije. El dolor de dientes se había ido y puedes pensar lo que quieras, pues, recuperaré la tranquilidad en casa. Pero es para volverse loco. Todavía le dije a Hanneke: “Manus siempre busca dónde están los nervios. Y no siempre están en el mismo lugar, no siempre están debajo de los dientes, sino que a veces también en la panza o incluso en otra parte”. Y luego dijo Hanneke: “Al diablo contigo y tu Manus. Menuda pandilla de borrachos, tú y tu Manus, están (estáis) locos de remate. Tú y tu Manus...”. Pero entonces, Cris, pues ya mejor me fui, porque eso no lo aguanta nadie.

Dejaron que Gerrit terminara su historia tranquilamente y otra vez se desternillan de risa. Crisje piensa que en efecto ocurrió así. Crisje cree sinceramente que es la verdad.

—¿De verdad estuvo donde Manus, Gerrit?

—Sí, Cris, tanto como yo estoy sentado aquí, ella estuvo allí.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Jan.

—Si ya lo dije. Puedes pensar lo que quieras, pero Manus sí que tiene algo en las manos. Por más negras que estén, ¡sabe curar el dolor de dientes! ¿A cuántas personas no habrá ayudado ya? Incontables. Y con eso se toma un buen trago. Ni dos minutos después ya lo puedes ver donde Hent Klink. Pero bromas aparte: Hanneke se quitó de encima su dolor de dientes. Y de eso ya hace un par de días. ¿Acaso será brujería eso, Hendrik?

No lo saben. Pero sin duda que Manus puede quitar el dolor de dientes. Manus Reusel tiene algo y así hay más gente, que sabe sanar. No sabrían decir lo que es todo eso, pero en cualquier caso pasaron un buen rato con la historia que Gerrit contó. Qué pena que no esté Peter. Entonces podrían reírse de su chistosa jerga, y él podría participar también. Estas veladas son de las pocas cosas que tienen para divertirse. Todos los días trabajan hasta partirse el lomo y de vez en cuando un poco de distracción como esta.

Gerrit, Peter y Jan son los mejores amigos del Largo. Claro que tiene otros, pero la amistad de estos cuatro es sin duda mucho más grande y profunda. Forman el “cuarteto” y se encargan de que una semana de dura labor no dure demasiado tiempo.

Sin Gerrit, esta vida ya no tendría mucho valor. Jan pasa con frecuencia. Juegan a las cartas, mascan tabaco, fuman, tocan música, se toman un trago de vez en cuando y no saben nada sobre la vida en la ciudad. Ni tampoco quieren tener nada que ver con ella, y aun así son felices. Al Largo siempre se le ocurre algo nuevo, trabaja duro, siempre con ideas para ganar más dinero. A Crisje le gusta cuando se juntan los hombres. Los conoce y también son sus amigos. Si no los tuviera, la vida valdría mucho menos, por más que se apoyen entre ellos, y esa no es la intención de Nuestro Señor.

Gerrit siente que tienen que irse. Se despiden. Cuando se han ido, Crisje le dice al Largo:

—¡Qué pena, de verdad, Hendrik, que ese Gerrit no tenga una buena mujer! De Jan lo entiendo, es tímido como un niño, pero ¿Gerrit?

—Pues allá ellos, Cris. ¡No saben lo que es besar!

El Largo vuelve a abrazar a su mujer hasta casi ahogarla. Pero ella es feliz a más no poder y está orgullosa de él, y no se cansa de decir que ahora el Largo ha vencido a su diablo y que este ya no tendrá oportunidad de destruirles la vida. Porque ¿en qué habría terminado y qué debía haber hecho ella? ¿Ir a vivir a la ciudad, seguirlo? ¿Andar volando por este mugriento mundo? Crisje nunca podría acostumbrarse a la ciudad, se moriría de la nostalgia. Le son totalmente ajenas las costumbres de vida de esta gente. Viven a la buena de Dios, y les da igual Nuestro Señor. No, eso no es nada para Crisje. ¡Y es que el Largo sabe que habría asesinado conscientemente esta vida!

Así, Crisje, las cosas están bien. Ya no hace falta que hables más de esto. Esto es. El Largo no quiere saber nada de escenarios. No se puede comprar la felicidad por dinero ni joyas, por lo menos no la felicidad que posees ahora. Lo que hace feliz a la gente en la ciudad es algo muy distinto que aquí en el campo, aunque “los ratones se mueran de hambre en la alacena”. Además, aquí no le falta nada a Crisje. Si pudieras mirar detrás de todo eso hermoso y bello, las casas grandes, el bullicio y la supuesta alegría de esa gente de ciudad, verías que no solo los ratones, sino también las ratas están muertas en la alacena. Ahora, Crisje recibió su “orquídea” del Largo. Ahora la casa está en silencio. Sienten que los va invadiendo una tranquilidad y es como si el cielo les sonriera. No se pronuncia una sola palabra. De pronto les llegó y es como si los hubiera abducido de este mundo. Hendrik y Crisje están en el paraíso, sentados allí debajo de un árbol. Mira, Crisje, ese pájaro que viene volando hacia nosotros. Veo que el animalito lleva un papelito en el pico.

¿Qué mensaje contendría? Deja caer el papelito delante del Largo. Hendrik lo recoge y lee:

“Ya no tengo preocupaciones por ustedes dos. Pero ¡cuídense! ¡Saludos de Nuestro Señor!”

Crisje sabe ahora que el siguiente niño se llamará Gerrit. No por este Ger-

rit, sino por su propio hermano.

—¿O ya tienes otro nombre para él? —le pregunta al Largo.

¡Donde sea que miren crecen las orquídeas! No las tocan, solo miran. Crisje mira al espacio. Empieza a volar, el Largo la sigue, pero ahora se le van cerrando los ojos, se cierra la rejilla del paraíso. Nuestro Señor vela. ¡Siempre vela, día y noche, por la gente de buena voluntad!

Gerrit y Jan no entienden de estas cosas. ¡Tienen que volver a nacer otra vez!

—Pero gracias, Señor Nuestro, gracias de verdad. ¡Tú lo hiciste! ¡Lo sé! ¡Te estoy tan agradecida, espero que lo sepas! Seguiré esforzándome. ¡Te lo prometo!

En estos alrededores nadie entiende lo que es. ¡Eso vive aquí! Y cualquiera también se lo puede dar a los demás... No cuesta nada. Solo hay que hacer algo para eso. ¡Eso es todo!

—Y un gorrión muerto también tiene un poco de eso, ¡y no es más que un gorrión! ¡Y nosotros somos personas! ¡Personas! ¡Hombres y mujeres! ¡El Largo es un rey!

Si no te burlas de mí, Hendrik, te contaré un milagro

Jeus va creciendo bien y ya empieza a decir de todo, lo que a Crisje, siendo su madre, hace muy feliz. Su hijo menor es un niño especial. A su parecer, tiene algo particular. Día y noche está ocupándose de él, lo sigue y vive todo a su lado. Se puede aclarar a sí misma: “Sí, Señor Nuestro, te doy las gracias y soy feliz. No necesito nada más”. Pero aun así, a veces puede hacerse la pregunta: “¿Qué será lo que tiene Jeus?”. A veces, el niño puede mirar a algo cuya realidad Crisje no ve. Entonces mira fijamente algo que Crisje no puede ver. Y sin embargo debe haber algo, porque el niño mira y ríe y por lo visto se siente feliz. En efecto, Jeus está ocupado con algo que está en el aire, pero no tiene nada que ver con este mundo.

Eso sí que le da un poco de miedo a Crisje. ¿Qué irá a resultar de allí? Jeus empieza a entender las cosas materiales que ve. Empieza a usar sus pequeñas manos y piernas. Gatea por la cocina, luego de pronto mira hacia arriba y empieza a hacer gorgoritos. Crisje está fuera de eso, ya lo sabe desde hace mucho tiempo. Sabe desde hace tanto tiempo que Jeus posee algo que ella no puede captar. El Largo no ve nada y se ríe de ella. Así que es algo de lo que no puede hablar con él. Todavía oye las palabras de Mina. “Jeus es especial, este niño tiene unos ojos como cielos”. Y ahora esos ojos empiezan a mirar en un mundo que ni Crisje ni otros pueden percibir, pero que sin embargo debe de estar allí. Ya quisiera estar más informada, pero no puede enterarse.

Esta mañana se asustó mucho. De manera totalmente inesperada, Jeus dijo:

—Largo, Crisje.

Lo alzó, apretándolo contra su corazón.

—¡Dios mío, Jeus! —exclamó—. ¡Qué feliz me haces!

El niño se deja mimar un rato, pero cuando dura demasiado, quiere que se lo vuelva a dejar en el suelo. Quiere gatear y mirar todo lo bello que percibe. Cuando Crisje le cuenta a Trui de ese milagro, a ella no le parece nada particular. Pero Crisje sabe: ¡Quien no tenga hijos propios, no conoce esos sentimientos! Claro que Trui no puede comprender lo que algo así significa para una madre. Y es que cuando los niños logran pronunciar con esos delgados labios los nombres de sus padres, parece como si te hablara Nuestro Señor. Y esto salió, además, de manera tan milagrosa, que pensaba enloquecer de felicidad. Pero cuando le dice a Trui que es como si esto hubiera venido de Nuestro Señor, de inmediato esta la desengaña por completo. Entonces mejor se calla y ya no habla más sobre su felicidad.

—Por más que lo digas —según Trui—, también puedes hacértelo creer a ti misma, no siempre es cierto.

Qué frío y duro suena eso. Y es que Trui nunca puede ser afectuosa. ‘Si algún día tuviera niños’, piensa Crisje, ‘los pobrecitos no serían tan felices’. Luego sigue una historia de Trui que Crisje ya ha tenido que escuchar tantas veces y en la que principalmente arguye que tener hijos tampoco lo es todo.

—Lo recordarás, ¿no, Cris? Esa muchacha de Klink, también estaba tan feliz cuando el niño pronunció su nombre, pero ¿en qué terminó? No me hagas reír.

Crisje sigue observando el comportamiento de su hijo. A veces está en el centro de la cocina, y entonces se queda dormido de una manera particular. Cuando lo vio por primera vez, pensó: ‘¿Dónde más he visto ese dormir así?’. ¡Duerme con los ojos abiertos! Si Crisje quiere alzarlo en esos momentos, el niño empieza a soltar unos gritos y chillidos tan horribles que le entra miedo. Entonces pensaba para sus adentros, ‘Ya sabe lo que quiere’.

Eso de dormir en el suelo no era normal. Sin duda tenía algún significado.

A Hendrik le daba risa y le decía que no tenía que contarle disparates, dormir y dormir era... dormir. Al Largo solo se le hacía extraño que a ella le pareciera bien. Por más que Crisje hablara, el Largo no lograba entenderlo. Pero entonces ¿por qué no lo pones en la cama? Pero no se podía, Jeus quería estar echado en el suelo. Pues bien, eso entonces ya quería verlo el Largo. Alzó al pequeño, lo acostó en el suelo y quería forzar al niño a que se durmiera. Jeus puso el grito en el cielo. Entonces el Largo pudo decir:

—Ya ves, Cris, tú también sabes exagerar. No vengas con chismes de viejitas, quédate con ambas piernas en el suelo y sé feliz. Nada de cotorreo.

Así, el Largo se excluía a sí mismo. Crisje siguió observando con mucha atención al niño y el Largo ya no oyó nada más sobre el asunto. Crisje tenía los pies sobre la tierra y no se imaginaba nada. Pero Jeus tenía algo, veía algo que sobrepasaba la capacidad de comprensión de ella, algo que ella no veía y en lo que el Largo no podía creer.

En la cocina hay un calorcito agradable. Ha vuelto a pasar el invierno y Jeus ya empieza a ser todo un muchachote. Es primavera y viene en camino el nuevo verano. No podían quejarse del invierno pasado. Había sido un invierno verdaderamente inestable. Mucha lluvia, mucho viento, poca nieve y nada de hielo, lo que había alegrado mucho a la gente. Un invierno crudo acarrea muchas complicaciones.

Hoy Jeus se acostó otra vez en el suelo y quiso volver a dormirse. Ella le puso un cojín debajo de la cabecita, pero entonces el niño empezó a gritar otra vez. Lo alzó, pero eso le pareció todavía peor. Quería dormir y Crisje tenía que dejarlo en paz. Finalmente, decidió volver a ponerlo en el suelo, aunque siguió sin quitarle ojo. ‘¿Qué quiere?’, pensó. ‘¿Qué será lo que quiere

hacer?’.

Jeus se quedó dormido y allí en el suelo estaba tan tranquilo como si durmiera en su camita. Crisje vio que, aunque respirara normal, sí que era un poco extraña la manera de dormir. Pero no lograba comprenderlo. Se sienta al lado de la gran estufa y sigue mirando. Poco a poco siente que le va entrando la pereza, se le van cerrando los ojos y en pleno día se hunde en un profundo sueño. Le parece como si Jeus la hiciera soñar. Sigue al niño, se libera y planeando entra al espacio. Jeus también está en ese espacio. Por todos los cielos, ¿qué vivirá ahora? Crisje siente que le va entrando el mismo silencio sagrado que tenía cuando todavía estaba embarazada de Jeus, y que nunca olvidará. La tierra se va hundiendo debajo de sus pies. Se encuentra en otro mundo y de inmediato se acuerda del “Atrio de Nuestro Señor”.

El silencio que Crisje siente ahora a su alrededor es como el —¿se atrevería a decirlo...?— como el del Tabernáculo cuando el señor párroco toma en sus manos la Hostia Sagrada. Lo ha dicho, y por lo visto sigue viva. Habría podido morir, piensa. Jeus la precede volando y va tirando de ella. De pronto se asusta, porque tocan a la puerta. Es un mendigo. Crisje toma cualquier cosa, se lo pone al hombre en las manos y vuelve a sentarse en su rincón. De inmediato vuelve al mismo estado y prosigue su sueño. Ahora ve hermosos árboles y cientos de flores diferentes en un mundo radiante, que solo puede ser de Nuestro Señor. Crisje mira a su alrededor para buscar a Jeus, porque no lo ve, aunque siente su cercanía. Cuanto más camina, más bella se va haciendo la naturaleza, con las flores y la luz. De repente se acuerda de sus zuecos y su delantal, y se asusta al pensar que de ninguna manera puede seguir así. Llega a un arroyo con el agua de un bello color azul. Nuevamente algo tan hermoso, que sin duda solo se puede encontrar en el atrio de Nuestro Señor. Cuando Crisje mira en el agua, se sobresalta. ‘¿Esa soy yo?’, piensa al ver qué hermosa vestidura lleva. La perturba por completo y casi no lo puede procesar. Es una bella túnica azul, en los pies lleva unas bellas zapatillas plateadas. Tiene el cabello rubio y en el pecho le brilla una pequeña cruz de luz dorada. Una cruz que anhela desde hace ya tanto tiempo, pero que el Largo todavía no le ha regalado. La cruz incluso parece de oro macizo, lo que está viviendo es un milagro sagrado. ¡También parece un poco más alta que normalmente! ‘¡Sí!’, se oye dentro de ella con júbilo, ‘¡Estoy en el atrio de Nuestro Señor!’.

El señor párroco ya le ha contado tanto sobre esto y también le ha dicho que a veces ciertas personas pueden verlo brevemente cuando todavía viven en la tierra, porque para Nuestro Señor todo es posible. Entonces atrae brevemente a Él a los buenos de corazón, a las personas buenas y sencillas, mostrándoles el “atrio”. Una gran felicidad y una gracia imponente. Allí no entra cualquiera. Para eso hay que vivir como un santo. No hace falta ni decirlo, porque aquí es donde vive Nuestro Señor. Este es Su mundo, Su cielo y Él ve cualquier

pensamiento erróneo, y entonces tienes que salir. Por eso hay solo pocas personas a las que se les concede admirar Su atrio mientras todavía viven en la tierra. La gente tampoco se esfuerza por ello, ni siquiera quiere esa gracia. Y aun así, Crisje sabe, pues se lo contó el señor párroco: si el ser humano trabaja en sí mismo y ama la vida de Nuestro Señor, ese milagro está al alcance de todos. Y es que Él es un Padre de Amor y le complace darles algo a Sus hijos de lo que ya se han ganado.

Qué árboles tan hermosos. Estos son mucho, muchísimo más bellos que los de la tierra. Es asombroso. Se ve a sí misma como una mujer bella. Oh, Señor Nuestro, si tan solo Hendrik la viera así y pudiera admirarla. Qué felicidad sería. ¿Cómo sería entonces el Largo? No cabría en sí de felicidad.

Pero el Largo no quiere esto, Crisje. Al “larguirucho” le da risa. ¡Tiene los pies en la tierra y se cree todo un hombre! ¿O será que esto no está al alcance de los hombres? Claro que sí, Crisje, pero también un hombre se lo tiene que ganar. Y eso, normalmente, un hombre no lo quiere. Un hombre no es como una mujer. Cuando Crisje piensa en el Largo, se le llenan los ojos de lágrimas. ¡No le puede regalar esto a su Largo! Pero qué velocidad le daría esto, y qué altura. Ella siente que entonces su voz sería todavía más bella. Pero ¿qué puede hacer? ¡Nada! Con Jeus tiene un contacto sagrado, es Jeus. “¡Jeus se aleja de este mundo volando! ¡Puede salir caminando de su cuerpo e ir hacia los cielos!”. Qué cosas esas, ¿no es así, Crisje? Jeus tiene alas. Puede salir del mundo y permanecer aquí; aquí, donde la vida es divinamente bella y con la que tiene sintonización. Es decir, donde viven sus ángeles, porque ellos son los que lo hacen planear. Y ahora, Crisje, el ángel quería que lo acompañaras. ¿No es un milagro y una gracia?

Y mira ahora por unos instantes las catedrales. ¿No son imponentes? Nuestro Señor no vive aquí, sino que este es solo un mundo de los millones que creó para nosotros, los humanos. De verdad que es la antesala del paraíso. Créelo, Crisje, es la sagrada verdad, ¡aquí ya no se dicen tonterías ni mentiras! ¿Y pensabas que Jeus podía hacer esto por sus propias fuerzas? ¿De verdad pensabas que no todas las personas quisieran vivir esto? ¿Y también pensabas que no sabemos lo que queremos y lo que se nos concede hacer y lo que somos capaces de hacer? Eso también pertenece a lo que ya has vivido y a lo que todavía falta por venir. Lo que ves en ti misma ahora, Crisje, es tu posesión espiritual, así serás cuando luego dejes la tierra para siempre, para entrar a la vida eterna a través de “la muerte” y tu ataúd. Este es tu cuerpo eterno, pero te irás haciendo todavía más bella. Esta vestidura, que de todos modos ya es tan bella, lo será todavía más. Serás como una reina en este paraíso, estarás radiante y tu felicidad será tanta que no podrás vivirla toda. ¿Oyes cómo te cantan los pájaros? Todo para ti. Te lo has ganado, Crisje. Y sigue así, sigue a Jeus y Nuestro Señor te dará todavía más, siempre más y más, porque sabe-

mos lo que podemos darte. Pero ahora pon atención. Crisje despierta. Jeus también, el niño está allí en el suelo, alzando la mirada hacia ella. Lo alza y se lo aprieta contra el corazón.

—Vaya, mi Jeus, ¿puedes mirar dentro de los cielos? ¿Te sabes soltar de este maldito mundo? ¿Tienes fuerzas de Nuestro Señor en tu cuerpo? Dios mío, ¡qué feliz soy contigo!

Besa a su hijo por todo su cuerpo. Luego cambia de opinión. Esto ya va siendo demasiado. No puedo besar al niño así. Jeus recibe comida, Crisje lo sigue; no puede creerlo, pero es la sagrada verdad. Jeus es particular. Puede mirar en el “atrio” de Nuestro Señor y jugar y caminar allí, hablar con los pájaros y las flores. ¡Y así es como juega Jeus! Se acuesta en el suelo y juega. Crisje no ha oído ni visto algo así en toda su vida. ‘Jeus’, piensa Crisje, ‘bien se ha ganado su comida’. Le da de comer muy bien, observa el milagro. Ahora habla para sus adentros, que nadie lo oiga. La gente solo se burla de ella y para eso es demasiado sagrado. Pero lo tiene que saber el señor párroco. Si por una vez Hendrik llegara a casa más temprano. Mejor sí se lo va a contar. Pues que el Largo diga lo que piense del asunto, ¡ella sí se lo contará! Y si el Largo se vuelve a reír, ya verá lo que hace. Pero sin duda ¡es un milagro! Y eso nadie se lo podrá quitar. Nadie en este mundo. Es un regalo de Nuestro Señor.

Crisje alza su delantal y mira los zuecos y la ropa que lleva ahora.

—¡Dios mío, qué bella era allí! —sale de su boca, y ya piensa que eso está mal. Imagina tan solo que lo hubiera oído Trui. Entonces se arma la de Dios y tal vez toda la calle hable de ella. Trui quisiera quitarle esas ideas de la cabeza, no se lo desearía y hablaría tanto hasta que Crisje dijera: “Las cosas que me imaginé, ¿verdad, Trui?”. Solo entonces Trui quedará contenta. Pero eso le va a salir caro. Esta vez mantendrá la boca cerrada. Crisje sabe para ella misma: ninguna madre de todos los alrededores vivirá algo parecido por medio de sus hijos. Qué brillante había sido la pequeña cruz. Y luego esa magnífica vestidura azul. Pone a Jeus en su camita. Ya está dormido. Eso también es un milagro para ella. Este sueño y aquel otro dormir son diferentes. ‘Lo puedes ver fácilmente’, piensa Crisje. Ojalá viniera ya el Largo. Tarda mucho, pero allí oye sus pasos. La puerta se abre como un vendaval y el Largo ya la tiene agarrada. Crisje vuelve a planear entre el cielo y la tierra. Piensa como en un rayo que ahora también este planear por medio de su Largo es diferente que el planear de esta tarde, por medio de Jeus. El Largo la sienta en sus rodillas y luego siguen las preguntas:

—¿Cómo se portaron los chicos, Cris?

—Ninguna queja, Hendrik.

—¿Algo más, Cris?

El Largo la mira a los ojos y ve algo. ‘Esos ojos brillan de alegría’, piensa el Largo. ‘Algo vive en esos ojos. Pero ¿cuál es la causa?’.

—Algo te pasa, ¿no es cierto, Cris?

—Sí, Hendrik, algo me pasa.

—¿Qué es, Cris?

—En primer lugar, Hendrik, seguramente te alegrarás, hoy Jeus dijo “Crisje” y “Largo”.

—¿Qué dices, Cris? ¿Es cierto? ¿Ya ha dicho mi nombre? Qué pronto, hay que decirlo: qué listo, Cris.

—Sí, Hendrik, y tan claro como podemos decirlo tú y yo. Sonó como si fuera un adulto. Ya podrás entender lo feliz que me puse. Claro que Trui se burló de mí, no le pareció nada especial, pero ya la conocemos.

—Entonces ¿por qué fuiste a verla, Cris?

—Ay, Hendrik, cuando se es feliz, también se quiere ver felices a los demás, pero ellos no quieren ser felices. Volví a casa pronto. Pero ahora otra cosa, Hendrik.

—¿Tienes más entonces, Cris?

—Falto lo más hermoso. Si no te burlas de mí, Hendrik, te hablaré sobre un milagro.

Al Largo le entra curiosidad. Ya le pide que empiece. Primero, Crisje tiene que pensar un momento, pero entonces viene la historia:

—Empezó aquí en la cocina, Hendrik. Jeus estaba aquí, dormido. Y no importa lo que yo haga, él quiere dormir en el suelo. Lo alcé y empezó a llorar. Pensé: ‘¿Qué será lo que quiere?’. Entonces me senté en este rincón y me quedé dormida, pero empecé a soñar. Jeus también estaba dormido. Y luego volé, con él, alejándonos de este mundo. Te lo juro, Hendrik, no sé mentir y no estoy loca, pero vi el atrio de Nuestro Señor. Estuvimos donde no va casi nadie. Jeus estaba cerca de mí, lo sentía en todas partes, Hendrik.

El Largo se tiene que esforzar para no reír, pero logra mantenerse serio. ¿Sería verdad?

—No te habrás imaginado nada, ¿verdad, Cris?

—Nada, Hendrik, nada; oh, Hendrik, allí era tan bella, de veras. Si me hubieras visto, Hendrik.

Pero el Largo piensa que esto sí que va un poco demasiado lejos. Cuando pregunta:

—Cris, sigues en tu sano juicio, ¿verdad? —Esta ya siente que el Largo se está burlando de ella y vaya caída que es. Ya llora en su corazón y algo se rompe allí. Ay, si tan solo el Largo fuera como ella. ¿Si pudiera creer, por un momento, solo una fracción de todo esto? Dios mío, gime Crisje, si, si... Si él fuera así, entonces ¿qué? Sí, entonces ¿qué? Entonces... Sí, entonces... planearían los dos y la felicidad sería más fuerte aún, el amor más profundo. Ahora el Largo se tiene que quedar atrás. Pero no sería Crisje si no supiera controlarse. Le dice al Largo:

—Lo ves, Hendrik, ya me lo temía. Piensa lo que quieras. Te digo, ¡estuve allí!

A Crisje se el olvidó decir que le dio algo a un mendigo, pero ya no piensa en eso. Aunque ella lo verá más tarde, o mañana, en su monedero, porque le dio un marco, y es demasiado para un vago así. Aun así, el Largo se le vuelve a acercar, y pregunta:

—¿Eso lo sientes, Cris? ¿Eso es sentir? ¿Sentir te puede hacer mirar dentro del cielo?

—Sí, Hendrik —dice, y para salvar lo que se pueda—, sí, sintiendo recibes todo.

—Entonces voy a buscarlo, Cris.

Y antes de que Crisje pueda hacer algo para impedirlo, el Largo ya está con el niño, y saca a la pequeña vida de su cuna. El Largo le habla a Jeus. Bien que a este le gusta. Ni siquiera llora, sino que le sonrío un poco a su padre.

—¿Ahora también a mí puedes hacerme sentir algo, Jeus? Ven, mira a tu padre. Vamos. Yo también quiero sentir algo.

Jeus mira a su alrededor y quiere agarrar todo. El Largo espera, Crisje mira al padre y al niño. De pronto el Largo se empieza a reír tanto que sin duda pueden oírlo hasta fuera. No se tranquiliza. Crisje no sabe lo que pasa, aunque se siente un poco ofendida. ¿Por qué se le ocurrió contárselo al Largo? Pudo haberlo sabido, esto no es nada para él. Hendrik sigue riendo. Hasta que por fin ella le pregunta:

—¿Por qué es que te ríes, Hendrik? ¿Hay tanto de qué reír entonces?

—Cris... —dice el Largo—, ¡ya basta...! Me matarás de risa. ¡Me hizo sentir algo, Cris! Mira tú misma, ¡me meó todo el pantalón! ¿No es suficiente todavía, Cris?

Eso sí que es algo en lo que tampoco Crisje ha pensado. Esto también le llega al corazón. También le da risa y le suaviza un poco su tristeza. Agarra a Jeus. Le pone un pañal limpio. El Largo se puede encargar de sí mismo. ‘Los dramas que vivimos’, piensa el Largo. Cada día hay algo nuevo. Pero no vio el atrio. Lo que sin embargo hizo reír a Crisje fueron las palabras del Largo, que le gritó a Jeus:

—¡Por más que sientas, por más que seas lo que eres, por más que hagas lo que quieras, también sabes mear, solo te lo quería... decir!

‘Ese Largo’, piensa Crisje, ‘además te hace reír, lo quieras o no, ¡nunca te puedes enojar con él!’.

A la mañana siguiente, Crisje está en la iglesia ya temprano. Ahora el señor párroco escucha toda su historia. Pero él no se ríe. El señor párroco escucha con plena atención y cuando ella ha contado su experiencia, el pastor de almas dice:

—Crisje, eso es una gracia de Nuestro Señor. Oh, Crisje, qué feliz me

haces, por hacerme saber que tengo feligreses que recibieron esta gracia. Oh, Crisje, esto es especial. Pero por todos los cielos, no se lo cuentes a nadie más. Solo te va a causar disgustos. Y eso sí que es una locura, para eso es demasiado sagrado. ¿Qué te dijo Hendrik entonces, Crisje?

—Se rió, señor párroco.

—Ya me imagino, no es nada para él. Pero tú sí puedes comprenderlo, ¿no es cierto, Crisje?

—¡Sí, señor párroco, obviamente!

—Pues mira, Crisje, no es tan obvio como tú piensas. Otros no pueden hacerlo y entonces no queda nada de todo esto sagrado. Mejor enciérralo en tu corazón, ya no lo vuelvas a mencionar, Crisje, y dale las gracias a Nuestro Señor por todo. Ya me lo imaginaba, Crisje, cuando vi a Jeus por primera vez, ya sentí algo yo también. Sentí ese silencio y ahora tú has visto lo que es. ¿Qué más nos esperará con ese niño? Rezaré por él y se lo encargaré a los ángeles. Lo tienen que proteger. Ahora reza cinco ‘Ave Marías’, o ¿quieres que sean más? A mí me parece bien, ¡Nuestro Señor te bendijo!

Cuando el Largo se entera de que Crisje se lo contó al señor párroco, pregunta:

—¿Qué dijo, Cris?

Pues entonces que Hendrik escuche un momento. Crisje no añade nada, le da la plena y pura verdad. Pero ¿cómo escucha el Largo ahora? ¿Qué te parece, Cris?

—Si él lo puede entender, Cris, yo ya no digo nada. Yo no puedo entenderlo porque todavía me encuentro lejos de Nuestro Señor. Soy alto, Cris, me llaman Largo, pero esto no me ayuda ni de broma. Ya lo ves por ti misma. Pero ¡tú sí que lo has vivido!

Un niño de solo unos pocos meses mira... en el paraíso. Cuando un niño gatea hacia una trompeta y sabe tocarla fuerte, se puede oír y ver. ¡Lo crees! Había más niños en este mundo que veían algo antes de que empezaran a mirar de verdad, pero esos niños eran apáticos. La mayoría de las veces, se los pone tras las rejas o estaban embrujados. Ahora Crisje sabe que tiene que callarse, o ese será el camino de su Jeus. ¡Callará! ¡Será una tumba!

Pero sabe ahora que podría haberle regalado al Largo una pequeña orquídea de belleza desconocida. ¡Habría podido darle un beso de belleza desconocida! Y el Largo habría podido ver a una reina. Ahora no ve ni oye nada. ¡Otra vez falló, y mucho! ‘Qué pena’, piensa Crisje, ‘¡habría podido ser tan imponentemente bello!’. No, su Largo todavía no recibirá ese beso. Aunque ese beso viva en ella. Puede dárselo enseguida, pero el Largo todavía no lo siente... Aunque el “mua” se oiga desde fuera, en la calle. ¡No siente ese beso! Y eso también se puede sentir, se puede oír. Pero ¿existe, ese beso? El Largo dice:

—No, no me hagas reír.

¿Qué te dije, Largo? ¡Aquí estás ya! ¿No recibirás nada de esto! Nada. Tal vez más adelante, pero ¡todavía falta un poco!

Crisje piensa en su pequeña cruz... ¿Podría...? Tal vez... nunca se sabe.

Siente cosquillas en el corazón... Y ve las mismas cosquillas en los ojos de Jeus... Ahora, uno más uno equivale a seis. Pero estos son millones de ojitos, ¡ojitos y besos!

Cuando termine el día, ¡llega otro! ¡Quiere mirar en ese, y nunca hacia atrás! ¡Nunca! ¡Seguimos! ¡Aunque ande con zuecos, hasta su andar ha cambiado ahora!

No me quites eso, Hendrik, o ya no podré vivir

Ahora Jeus anda corriendo por la casa, igual que Johan y Bernard. Está jugando y retozando con Fanny. Para él, la vida empieza a ensancharse. Se va haciendo más bonita. Cada hora, la vida cambia para Jeus y para Crisje. Lo que Crisje acaba de descubrir en el niño es igual de extraño que lo demás. Jeus vuelve a ver algo y lo que ve planea por la cocina, aunque sea invisible para Crisje. Incluso Johan se había percatado y preguntó:

—Qué raros los brincos que da, ¿no, mamá? ¿Qué quiere buscar, y qué será lo que está haciendo?

‘Sí, Johan’, pensó Crisje, ‘si tan solo lo supiéramos’. Tal vez entonces también empezaríamos a dar brincos por la casa, ¡para encontrar cosas que no podemos comprar aquí!

Johan escuchó solo un segundo. Bernard ni siquiera dijo nada del asunto. Bernard piensa rápida y ágilmente, como su padre. Qué cosas, como si con sus brincos los niños pudieran cambiar algo en la cocina que luego le llamaría la atención a una anciana. Pero Crisje no es vieja. Acaba de cumplir treinta. Fue una fiesta maravillosa. Nunca se le va a olvidar. ¡Cómo se desmadró Gerrit, y qué divertido estuvo el Largo! Estuvieron cantando, toda esa velada, hasta bien entrada la noche, porque coincidió con una buena ganancia del Largo. Un buen dinero, pura ganancia. Los retratos, y además el dinero que había ganado cantando y atendiendo mesas en el Broezia. Sí que le va al Largo eso de ser camarero, atender a las personas que allí en el Broezia en Emmerik disfrutan de estar fuera, tomando sus limonadas y sus copas. Dice que la gente más rica va allí. Sí que se lo pensó un poco, al igual que Crisje, porque verás, no quedó nada de su domingo, el único día de la semana que disfrutaban los dos juntos. Pero ¿qué hace uno? El invierno dura tanto tiempo. Y llegó otro más. ¡Llegó Gerrit! Los chicos necesitan algunas cosas. El dinero se va como agua. No sabes adónde va. Y todo está igual de caro. Entonces el Largo hizo lo que le pareció mejor. Fue a hacer de camarero y ganaba un buen sobresueldo. Y cuando fue el cumpleaños de Crisje, en los días sagrados de Nuestro Señor, exactamente el día de Navidad, en su casa hubo una fiesta inolvidable. Y esos días de por sí ya tenían algo particular. Era como si Nuestro Señor le hubiera dado a Crisje la gracia de nacer en Su día, el Largo lo admite de buena gana. Sí, eso sí que era algo particular. Crisje honra a Nuestro Señor. Vive según sus enseñanzas y eso la hace feliz. Lo que sí sabe el Largo: con eso no se gana un centavo. Si quieres tener dinero, tienes que trabajar tú mismo por él. Tienes que pensar y no esperar demasiado para

tomar una decisión porque entonces ya hubo otros que justo te ganaron y te quedas mirando tras las rejas con la boca abierta. Crisje había sido ahorrativa. Había podido ahorrar dinero, y era para el pedacito de tierra que se habían propuesto comprar o alquilar. En cualquier caso, estaba allí en el armario. Todavía no era suficiente, pero ya vendría también el resto. Hacía algo de trabajo para los granjeros. Así el barco seguía navegando. Estas dos personas, fuertes y conscientes, aguantan cualquier tipo de tormenta. Aquí, el barco jamás había llegado a estar en una situación como para decir que se fuera a estrellar. Que se dirigiera directamente hacia las rocas. Eso no existía donde Crisje y el Largo. ¡No era posible! Tenían suficientes ejemplos que les decían: “No hay que hacerlo así,... así, ¡eso es mejor y más prudente!”.

Cuando hubo suficiente dinero, Crisje podía ir a la tierra. Tierra propia, además. Pero primero había que ararla. También para eso hacía falta dinero. Se lo hizo Gerrit van Hosman, rápido, y sin cobrarle mucho. Crisje andaba brincando por el terreno de pura felicidad, cantando su canción más elevada para Nuestro Señor, por gratitud por esta felicidad desconocida. El abono y el estiércol líquido para las papas (patatas) los acarreoó la misma Crisje. No, no se atrevería a decirle eso al Largo, pues esto era trabajo de hombres. Un barril así, lleno de estiércol líquido, pesaba mucho. Y lo tenía que llevar un buen tramo en la carretilla. Un caballo con un carro costaba puñados de dinero y eso de tanto alquilar cosas era un cuento de nunca acabar. Tenía que echar por lo menos quince barriles si quería poder disfrutar sus propias papas. Y si querías comer rico, tenías que estar dispuesto a sacrificarte. ¿Y ahora? ¡Ahora el sótano estaba lleno! Con solo bajar cuatro o cinco peldaños, ya estaba pisando las papas. Tantas había sacado Crisje de su propia tierra. Pero ¡cuánto trabajo era! Seguía sin entender que no se hubiera roto la columna. Incluso hasta el último minuto antes de que naciera Gerrit, Crisje seguía bregando en la tierra. No es que a la gente le pareciera una vergüenza, pero sí que le parecía un poco exagerado. ¡Cómo hacía trabajar a su mujer ese Hendrik! ¡Era una esclava, esa Crisje!

Pero Crisje no tiene tiempo de pensar en eso. Tiene que preparar la tierra y llevar allí todos sus bártulos. Acarrear y acarrear, media hora con todas esas cosas. Luego meter las papas, una por una. En fin, la gente bien sabía lo que había que hacer antes de verlas en la mesa, hervidas y todo. Pero solo si era tu propio trabajo y tú las habías cultivado, apreciabas bien lo ricas que eran. Entonces son tus propias papas. Johan y Bernard siempre querían más. Johan y Bernard ya tenían que ayudar. Crisje hacía los hoyitos y entonces Johan podía echar una papa en ellos. Luego venía Bernard, con el estiércol líquido. A veces se invertían los papeles. Así que tenía que decir honestamente que los chicos se habían esforzado y se habían ganado su papa. Les daba cuantas quisieran. A veces el Largo preguntaba:

—¿No es demasiado, Cris?

Pero entonces siempre le contestaba:

—No, Hendrik, me gusta demasiado, de mí no te preocupes.

Crisje tenía algunos planes propios. De los que el Largo no sabía todo. Cada semana llegaban mendigos que pasaban por su ración de comida, y Crisje les tenía papas. Claro, sabía bien que habría podido ganar dinero vendiendo unas cuantas, pero no lo hacía; las que les sobraban a ellos eran para los pobres. Estos mendigos le contaban que nunca habían comido tan rico y esa era la satisfacción de Crisje. Eran estos agradecimientos por los que se había matado trabajando todo el año.

Todas estas cosas a Crisje le daban vueltas por la cabeza mientras estaba atizando la estufa. Jeus gritaba como no lo había hecho nunca antes. ¿Qué estaría viendo Jeus esta vez? Aquí en la cocina, Crisje seguía su propio corazón. Jeus veía lucecitas: en todas partes veía lucecitas de colores. Quería agarrarlas, le parecía a Crisje, pero por lo visto no las alcanzaba. Y esas lucecitas otra vez eran invisibles para otros. Solo Jeus las veía. ‘¡Mira ese niño!’, piensa Crisje. Jurarías que juega en los cielos. ¿Qué será lo que está persiguiendo Jeus?

Jeus ve globos luminosos y niños que juegan con él. También esos niños son invisibles para Crisje. ‘Pero hay que oírlo, hay que verlo’, piensa, ‘es celestial’. Entonces Jeus reía y se divertía de lo lindo. Cuando alguna vez estaban allí Johan y Bernard, mirando, Crisje solo oía: “Loco de remate que está...”. Demasiado fuerte en la boca de un niño, pero lo oían de los grandes. En este mundo, ¡Jeus vivía solo! ¡Y ese mundo era solo suyo! Se trepa a las sillas y quiere atrapar las bolas luminosas, Crisje se da cuenta de que se vuelven a alejar. Sí, si ves todo eso, se te olvida estar pendiente de la estufa, y tienes que volver a empezar de cero.

Jeus ni siquiera mira los juguetes. Esas cosas de madera no le dicen nada. Necesita juguetes vivos. Por lo tanto, Fanny se ha hecho amigo de Jeus; el perro no se despega de él por nada del mundo. Lo que les da celos a Johan y Bernard. En vano; los corazones hay que conquistarlos y desde hace mucho que Jeus es el dueño del de Fanny. El perro lo adora tanto que a la misma Crisje le da gusto, porque ve que después de todo el amor inmaculado siempre sale victorioso. Y es que Jeus está loco por Fanny; comparte con él su comida, de modo que Crisje tiene que estar pendiente de él o el niño ya no come nada, sino que se lo da todo a él. Johan y Bernard ya están que se los lleva el diablo, porque no pueden sacar a Fanny de la casa. Y cuando a veces el perro quiere ir un momento afuera para jugar con Bernard y este se divierte que da gusto, cinco minutos después el animal ya ha vuelto a desaparecer, y lo encuentra donde Jeus. En una ocasión, Crisje le preguntó a Bernard:

—¿Qué buscas aquí, Bernard?

—¡Es el maldito perro, mamá! Ya no puedes tenerlo fuera ni un minuto.

Pero ¡todavía tengo algo que decir!

‘Así es Bernard’, piensa Crisje. Ella también sabe que Fanny ha encontrado su amo en Jeus. Le hace bien a Crisje, pues quiere un buen camarada para Jeus.

Jeus ve los globos luminosos que vuelan por la cocina. Grita:

—Baló, baló, mamá.

Y eso también es algo nuevo. Normalmente, Jeus dice como los otros chicos, “mamá”. Pero ahora que está jugando con el espacio, por llamarlo así, dice “mamá”, que suena muy holandés. Aquí, ningún niño dice eso. En un rincón de la cocina, Jeus ve a un hombre apuesto. Pero también es invisible para Crisje. Ese hombre es muy amable con Jeus. Le ríe a Jeus y habla con él. Jeus lo llama el “Largo”, porque es igual de alto que su padre. Y en la barbilla, ese hombre tiene una perilla exactamente igual. Exactamente como papá. Este Largo le trae esas pelotas a Jeus, y también esos niños con los que puede jugar. Y este hombre, visible solo para Jeus, le hace una señal con la cabeza. También él quitó esa maldita coronita de fuera, y la trajo adentro. Él también le regaló a Jeus esa sonaja e hizo que Crisje viviera todo eso. Ella no se arrepiente, porque este hombre los llevó a Jeus y a ella al atrio de Nuestro Señor. Si este hombre, querida Crisje, es capaz de desatarte a ti y a Jeus de este mundo tan firme, poniéndote una vestidura azul celeste, si te puede mostrar lo bella que eres en realidad, imagínate entonces las cosas que verás si puede trabajar con sus propias fuerzas. Solo una vez que empiece a avanzar a toda máquina vivirás verdaderos milagros. Todo esto solo son juegos de niños comparado con lo que te espera.

Jeus da palmadas de felicidad. Crisje no se cansa de verlo. Oye que dice “Largo”. Jeus mira hacia un rincón de la cocina donde está ese apuesto hombre y vuelve a dar palmaditas. ¿Qué es eso? Allí se acercan volando unas hermosas aves. Sin más entran en la cocina. Jeus baila de alegría. Crisje se quema los dedos en la estufa. Hoy es como si estuvieran de visita los ángeles. Es celestial. Pero ¿quién lo cree? Nadie en el mundo entero, pero eso no significa nada, basta que tú lo veas y que Jeus lo viva. ¡El resto de este mundo no tiene nada que ver con esto! ¡Sino que viene de Nuestro Señor!

De pronto, Jeus se va. El niño corre a la parte de atrás y allí se pone a chapucear con algo. Crisje quiere saber lo que está tramando. Cuando se le acerca, Jeus tira de ella hacia las conejeras. Quiere un conejito. Por fin Crisje entiende lo que quiere. Toma dos conejos y se los da. Ahora Jeus corre lo más rápido que pueda hacia la cocina. ¿Qué quiere ahora? Crisje ve que Jeus quiere tirar los conejos al aire. ‘Qué extraño’, piensa, pero sigue observando tranquilamente al niño.

Los amigos de Jeus le han traído juguetes vivos y no quiere quedarse atrás. Entonces que vengan a admirar sus conejos. Lo que pasa ahora también es

tan celestial y tan imponentemente hermoso; si pudieras verlo, Crisje, te haría llorar. También el Largo tiene que admirarlos y los niñitos invisibles disfrutan más de lo que hicieron con las pelotas. Sí, sí conocen esos animalitos, pero hace mucho tiempo y ya está muy lejos. Algunos de los niños sí siguen conociendo esos animalitos, allí los llaman: conejos. Pero ¿qué es un conejo terrenal en comparación con una de esas pelotas resplandecientes de Nuestro Señor? ¡Nada! Crisje ve que algo de decepción va invadiendo a Jeus. Lo sentiste bien, Crisje, pues los conejos no alumbran. Por más que Jeus tira los conejos hacia lo alto, vuelven a caer en la tierra, donde pertenecen. A los conejos les incomoda su carne y sangre, y esos globos celestiales, Crisje, son de una materia más etérea, ni siquiera los globos de la feria pueden con ellos. Esas cosas son bastas. En aquellos otros podrías otra vez verte reflejada, como en el agua cristalina del atrio de Nuestro Señor.

Crisje quiere levantar a Jeus y apretarlo contra su corazón, porque siente que este juego es desigual. Pero recibe una ducha de agua fría. Jeus está inabordable.

‘Sí que es raro’, piensa, ‘¡tampoco quiere que se le tenga pena! ¡Es exactamente como yo! Si no se puede, bueno, entonces no queda más que esperar, o se acabó. Muy bien, Jeus, no te des por vencido. Qué mal, verdad, ¡tú eres un chico valiente!’.

Aun así no puede evitar darle un beso rápido. Jeus mira primero a Crisje, luego a ese hombre alto. Y lo que Crisje nunca pudo soñar, lo vive ahora. Jeus mira al hombre alto y luego otra vez a Crisje. Crisje tiene que recibir un gran beso. El hombre alto lo ve, ¡y le hace una señal de que le dé otro! Que le dé también uno a Crisje de su parte. Jeus vuelve a mirar y cuando Crisje lo ve, se deja caer en una silla, con palpitaciones, llorando de una felicidad que nunca podrá explicarle a nadie. ¡Tampoco a Hendrik! ¡Y eso es terrible! Pero ¿qué quieres, Largo? ¿Recibir besos desde los cielos? ¡Crisje recibió un beso angelical! ¿Qué te pareció, Crisje?

Cuando Jeus ve que sus conejos no siguen planeando en el aire, el hombre acude en su ayuda. Jeus oye que dice:

—No pienses, Jeus, que los niños no te entienden, ¿vale? Sí te entienden, pero no pueden hacer nada más, Jeus. ¿No lo ves?

Sí, claro que lo veía. Pero todavía tiene a Fanny. ¿Qué irán a decir de eso?

Jeus ve que los niños miran a Fanny. Crisje oye que Jeus dice:

—Agárralo un momento, no hay problema. De todos modos no muerde, cuando yo estoy con él no hace nada.

Y ahora Jeus ve que los niños le acarician la espalda a Fanny, pero él —eso también lo nota— ni siquiera lo siente y todos esos niños no le importan en lo más mínimo. Y aun así Jeus sabe que Fanny tiene unos buenos ojos. Ahora el animal mira a su alrededor y empieza a ladrar. Cuando Jeus sujeta a Fanny,

el perro también ve lo que su amo puede observar y ahora los niños están empezando a molestarlo. Así pasa la tarde, hasta que Jeus ya no puede mantener los ojos abiertos y se queda dormido. Crisje ve que el niño está muerto de cansancio. 'Y es que no es cualquier cosa', piensa. Ni siquiera un adulto puede procesarlo. Jeus está dormido; los otros chicos están fuera retozando, pero ¡a Crisje se le ha abierto una puerta nueva del paraíso de Nuestro Señor, en el que puedes vivir y morir, y del que recibes besos de los ángeles, que tienen buenas intenciones contigo!

'Pero adónde conducirá todo esto', se pregunta Crisje, 'no lo sé... Aunque ¡no tengo miedo de nada!'.

Jeus está soñando. Ya está que tiene ganas de darse contra la pared. Por más pequeño que sea, Crisje siente que el niño también ya piensa mientras duerme. Pero Jeus ya otra vez está más que despierto.

—¿Por qué no le mostré los niños a Gerrit?

Le parece buena idea por si algún día vuelven.

Crisje ya ha vivido bastantes cosas curiosas con él. Cuando el niño apenas sabía pronunciar algunas palabras, Jeus le preguntó de repente:

—¿Te duele la barriga, mamá?

Jeus mira a Crisje y el niño le mira la barriga. No puede creerlo, pues le parece imposible. Ni siquiera Johan y Bernard lo han visto, pero este niño que mide cuarenta y dos centímetros mira a través de tu delantal multicolor y luego dice algo que como madre te pone a pensar y que casi te hace sonrojar. Hay una cosa que Crisje sabe y de la que está segura: ella y Jeus comparten un solo pensamiento, un solo sentimiento, en el fondo son lo mismo en todo. Es por eso que Crisje entiende a su hijo, a esta vidita, y que el Largo no puede sentir. El Largo está fuera de estas vidas. Cuando la abatieron los dolores cuando estaba embarazada de Gerrit, y ya no sabía cómo asimilar la vida diaria, Jeus estaba más cerca de ella que el Largo con toda su palabrería y sus buenos cuidados. El niño le daba una de sus manitas y quien quiera reírse, pues que lo haga, pero Crisje sentía cómo desaparecía el dolor en su barriga. Y se decía a sí misma: '¡Lo hizo él!'. Y Jeus no lo sabe, pero es ese Largo quien, por medio de Jeus, llevó a Crisje de vuelta al sendero material. También cuando se preocupaba el Largo, Crisje podía decirle:

—Tú no te preocupes, Largo, en unos días estoy como nueva.

Gerrit le había succionado un trozo de vida del que Mina decía:

—Si tienes otros dos así, ya te podrán poner en el ataúd.

Pero Crisje ya confiaba en Jeus. Le daba vida y sentimientos, y desde ese espacio imponente y espléndido en el que vivía el Largo de Jeus llegaban a su vida las fuerzas, y Crisje las iba succionando. Crisje también sabía: Nuestro Señor no jugaba con Sus fuerzas. Primero tenías que consumir tus propias fuerzas si querías que Nuestro Señor te diera nuevas. No sabía quién se lo

había contado. Para ella era una ley. Y así funcionaba con todo. Nuestro Señor no estaba loco, era amor, pero ante todo: “Haz el bien con las cosas que Yo te di. Usa tus fuerzas, trabaja, sirve. Si entonces te falta algo, Yo te ayudaré. Para eso tengo a Mis enviados. Mis ángeles”. Y esos ángeles andaban por la cocina de Crisje, jugaban con Jeus, miraban a Fanny y la besaban. Sí, Nuestro Señor, casi estallo de felicidad y se lo juro, ¡me seguiré esforzando!

En esos días, cuando el Largo está cerca de Crisje, mimándola, y cuando Jeus sigue a sus padres, el Largo oye que el niño dice:

—Papá, ¡le tienes que comprar una crucecita a mamá!

Esto es demasiado para Crisje. Estalla en llanto y ¡ahora le puede contar a su Largo de la bella crucecita que llevaba allí y de su deseo de poder tener una! ¡Porque aún le falta una! ¿Y acaso es tan difícil? Ya no sabe ni qué pensar, pero es extraño. No se puede tener todo.

Cuando por la noche el Largo se entera de lo que volvió a pasar y de que hoy tiene que volver a sentarle la mano a Bernard, que está frente al oscuro sótano para mostrarle lo que le espera si no tiene mucho cuidado, cuando le dicen que su hijo juega con globos celestiales y que a Crisje la besaron Jeus y un ángel guardián, porque finalmente Crisje no pudo callárselo, entonces al Largo le hace falta un licor de hierbas, ¡y uno bien servido! No puede procesarlo de golpe, entonces para colmo también empieza a soñar, ¿es que aquí todo el mundo está de brazos cruzados? Pero es una mentira, Largo, Crisje incluso trabaja demasiado. Pero ¡ya te enterarás de eso!

El Largo llega donde Hent Klink en diez pasos y se pide un licor de hierbas fuerte. Hent le pregunta:

—¿Te duele la barriga, Hendrik, para querer uno tan fuerte?

—Eso no, aunque me falta poco para eso, Hent, pero a veces hay una gota que colma el vaso.

Hent mira al Largo. Se conocen muy bien, es como si hubieran crecido juntos.

—¿Cómo se te puede colmar el vaso si se trata de cosas buenas, Hendrik?

El Largo siempre le habla con franqueza a Hent, porque es de los que saben de todo y cualquier cosa. Pero el Largo ya se conoce eso. Sabe que son cuentos de posadero. Esa gente siempre quiere saberlo todo. Así atraen a la clientela. Pero es una superioridad que al Largo no le vale de nada. Las cosas que Hent trama e intenta con sus clientes, mejor que no las intente con el Largo. Hent sabe que el Largo no es un cualquiera. De modo que oye:

—De todos modos no entenderías de lo que estoy hasta aquí, Hent.

Ahora hay que ver la mirada que pone Hent. Tiene la cabezota roja de ira. ‘Hent..., Hent...’, piensa el Largo, ‘qué gracioso, a mí me dicen Hendrik y a él Hent, y es exactamente lo mismo’. Qué raro, ¿no? ¿Por qué la gente lo llama Hendrik? ‘Pero con todo, suena mejor’, piensa el Largo. ¿Qué es Hent, por fa-

vor? ¡Nada! Pero a ese Hent no se le puede impresionar tan fácilmente, Largo. Sobre todo ahora no, que lo contrariaste, sabe alguna que otra cosa. Día tras día llega gente aquí, y Hent tiene un álbum propio de todas esas personas, con una buena cantidad de cosas en él. Hent ya empieza:

—Tienes que saber, Hendrik, aquí llega de todo. De hecho, empiezas a comprender un poco de todo.

—Pero de esto, lo sé, Hent, ¡no entiendes nada!

—Entonces ¿qué es, Hendrik?

—Sí, sí, si tan solo lo supieras, ¿verdad? No se puede decir así nada más en unas cuantas palabras, Hent.

El Largo lo quiere convertir en un drama y hace que a Hent se le suba la sangre a la cabeza. Hent ya se lo hará pagar. Pero el Largo sigue:

—Hay quienes no entienden nada en toda su vida, Hent; ni aunque traten a miles de personas lo entenderán.

—Estás raro esta noche, Hendrik, lo sabes, ¿verdad?

—¿Extraño? ¿Extraño, yo? ¡Qué cosas! ¡Nunca he estado menos raro que ahora, Hent!

—Tú mismo serás el que mejor lo sepa, Hendrik, es cierto, pero ¡también deberías alguna vez escuchar a los demás! Pero qué me contaron, ¿Gerrit vuelve a viajar a Italia?

Al Largo le da risa. Gerrit volvió a engañarlos. De inmediato, el Largo agarra a Hent:

—Pensaba, Hent, que conocías muy bien la naturaleza humana.

—Así es, pero verás, Gerrit siempre me resulta más complicado. Es demasiado listo para mí.

—En eso tienes razón, Hent, pero es gordo como un puerco, no me digas que no puedes controlarlo.

Hent ya anda perdido. Ahora el Largo lo tiene arrinconado; Hent no logra calar al Largo y ahora dirige la conversación hacia otro lado. ¡Cómo se va a divertir el Largo! Hendrik se toma otro. Hent está escogiendo sus palabras y a punto de dar su golpe. Le carcome la cabezota que el Largo lo sepa dominar, y ahora Hent se vuelve ruin.

—¿Quieres otro, Hendrik? A mí también el licor de hierbas siempre me cae bien. A Alie también, pero ella no puede tocarlo, siempre le pasa algo con la panza, sabes, ¡y es miseria hasta que dé su último suspiro!

El Largo deja que el dueño del bar hable; Hendrik vuelve donde Crisje y Jeus, que lo han llevado a otro mundo. Pero Hent también vuelve, con mucha cautela tensa el martillo y apunta. Sigilosamente, como una serpiente, esta vida se arrastra hacia el Largo para morderlo donde el Largo no se dé cuenta. Por más que el Largo conozca a su gente, por más que esté alerta para cualquier cosa, Hent dispara y también atina; incluso va a envenenar

al Largo.

—¿Cómo está tu Jeus, Hendrik? (—pregunta.)

Quién no se dejaría atrapar así. Ahora pasa a Crisje. Justo algo para el Largo. De esto está repleto. Quien le da ahora incluso recibe un trago. Hent continúa:

—¿Es cierto todo eso, Hendrik, lo que dijo Mina de tu Jeus? Cuando hayan crecido tus chicos, Hendrik, podrás descansar sobre tus laureles. Y Cris también, porque sin duda que trabaja demasiado (—dice).

El Largo aguza los oídos. Aquí ya está sonando la primera palabra que le da. Alguien habla de su Cris. ¿Qué será lo que quiere de Crisje? Hent sigue:

—Ya tienes cuatro, ¿no es así? Cuando empiecen a ganar dinero todos, Hendrik. Cris está ocupada y hace el trabajo de cuatro a la vez; aquello último, Hendrik, no estuvo bien, ¡no lo hubiera hecho!

¡Ya está! El Largo reflexiona y luego viene la reacción. El Largo está que arde, de repente se ha convertido en otra persona. ¿Qué acaba de decir ese Hent? ¿Qué quiere ese Hent, adónde quiere llegar? ¿Qué quiere de su Cris? ¿Qué curiosidad es esa y qué significa esto? ¿Sabe algo de su Cris? ¿Sabe un extraño más que él? El Largo tiene que saber hasta el último detalle de eso. Hent da en el blanco. Esta serpiente se arrastra por encima de su cuerpo larguirucho y lo muerde, en el centro del corazón, se le sube la sangre a la cabeza, ya le retumba el corazón. Ahora el Largo tiene que tener cuidado. No debe mostrar que no sabe nada, porque eso lo dejaría en ridículo. Otros tipos nunca saben en lo que están metidas sus mujeres. El Largo sí, y es del saber de todos. Si no supiera a lo que se refiere ahora Hent, Hent le daría en plena cara y encima se reiría, ese perro traicionero. ¿Qué es lo que Crisje no debió haber hecho? ¿Qué cosa? ¿Qué? Sí, ¿qué no debió haber hecho? El Largo debe intentar llegar al punto con un rodeo.

—Sí, Hent, cuando estén grandes, ya sabré qué hacer —empieza el Largo—. Entonces voy a tocar el violín todo el día y me voy a comprar uno que te haga llorar tanto que ya no sabrás ni qué hacer.

Hent se aferra, vuelve a morder:

—Sí, Hendrik, cuando hayan crecido, ya sabrás qué hacer, ¿no? ¡Entonces podrá descansar Cris! Cris trabaja demasiado, pero ¿qué se le va a hacer? Pero no le hace falta, ¿o sí? Tú te encargas de todo, de todo en absoluto. ¡No hay muchos como tú!

‘Qué perro tan traicionero será’, piensa el Largo. ¡Hent es bueno para engatusar! Todos esos posaderos engatusan, se enriquecen a costa de los demás, comen y beben gracias a la gente y luego los arrastran por la mierda. El Largo sigue sin saber nada. Hace que por poco se asfixie. ¿Qué le importa a él el trabajo de Cris? El Largo mira a Hent y tiene unas ganas tremendas de arrastrarlo por encima del mostrador o de darle una paliza como no ha recibido

en años. ¡Hent se inclina un poco más por encima del mostrador y echa sus redes!

—Pero es cierto, Hendrik, ¡no nos hicimos a nosotros mismos, verdad! Pero a pesar de todo ¡tenemos que actuar! ¡Hay más que suficientes gorriones en la calle! La semana pasada estuvo aquí Bad van Gelder con su carro. Bad le pidió a un canalla de esos cuidar el caballo un momento. Y ya conoces a Bad, no quiere nada gratis, pero a ese holgazán no le pareció nada. ¡Ahora tú, Hendrik! (—concluye.)

El Largo casi explota. ¿Quiere comparar a Crisje con un vagabundo? ¿Quiere Hent poner a Crisje a la altura de un holgazán? ¿Qué tienen que ver esos gorriones con Crisje? ¿Y adónde es que quiere llegar Hent? ¿Y qué es lo que Crisje debe evitar hacer? Hent sigue al Largo y percibe algo.

—Estás enfermo, Hendrik. Mejor tómate otro, así te lavas el frío de las costillas.

Hendrik le contesta con una mueca, pero no es de corazón. El Largo dice que también piensa que tiene un resfriado entre las costillas, y que bien podría ser que Hent tuviera razón. El Largo pide otro y le pregunta a Hent:

—Me acabas de decir que Bad tuvo un asunto con unos vagabundos, pero lo que te quería preguntar en realidad, Hent, es esto: ¿acaso hay tantos vagabundos en este pueblo perdido?

El Largo piensa que ahora Hent ya empezará y que enseguida se enterará de la verdad, pero todavía falta un poco, Largo.

—¿Acaso no lo sabes entonces, Hendrik? Pero lo entiendo, siempre estás en Emmerik y no sabes lo que pasa por aquí todos los días. Es comprensible, Hendrik. Pero yo, Hendrik, estoy a diario aquí detrás de la barra. Yo me veo ante esta pandilla. Todos los días vivo algo. A Cris va a verla demasiada gente, pero, claro, que eso es asunto tuyo y de nadie más. Pero ¡es demasiado, Hendrik, y no entiendo que no le pongas un alto!

¿En serio? ¿No dan ganas de hacerle algo? ¿No le romperías el cuello? El Largo también se inclina por encima de la barra, con los puños cerrados, cuánto le gustaría enseñarle a Hent lo fuerte que es. Qué pedazo de basura que es ese Hent. Pero sigue sin saber nada.

‘¿De qué me hablas, por el amor de Dios?’, piensa el Largo. ¿Qué quiere de mí y de Cris ese malparido?

Se abre la puerta. En el resquicio aparece Jan, el relojero. Es un tipo de primera, trabaja duro y pasa dificultades con su familia. La mujer de Jan no es fuerte. Pero Jan es bueno en su oficio y gana un dinerito extra donde pueda, tiene una buena tienda, de lo contrario, también tendría que ir a la fábrica de escobas o a Emmerik para ganarse algo más, pues tiene todo un establo lleno de niños a quienes cuidar.

—Buenas noches a todos. ¡Hola, Hendrik!

—Buenas... Jan, ¿cómo te va?

—Bueno, Hendrik, siempre buscando para juntar los cabos. En cuanto a mí, los relojes funcionan demasiado tiempo, Hendrik. Los arreglo demasiado bien, tienen que descomponerse antes, ¿no?, entonces algún día estaré en un castillo y ¡podré hacer alguna otra cosa más que estar todo el día mirando esos tornillitos y manecillas! Hent, para mí también un licor de hierbas.

Ahora el Largo tiene que tener un poco más de paciencia. Jan se echa su licor por la garganta en un solo trago, y quiere otro. ¡El Largo está reflexionando! 'Aunque se haga de noche, quiero saber lo que Hent sabe de Crisje'. Jan le ha hecho un trabajito a Hent y de eso están hablando.

—Maldición, Hent, cuánto tiempo tuve que trabajar en esa porquería. De haberlo sabido, te habría recomendado que compraras otro. ¡Por dentro todo el cacharro está desgastado!

El Largo se acuerda de algo. Jan vende crucecitas. Ni él mismo sabe cómo es que se acuerda de eso hasta ahora. No puede pensar en esas cosas. Siempre se le olvida. Es chistoso, pero tampoco es la culpa del Largo. Pero ¿sí se habrá ganado Crisje su crucecita? Oye noticias tan extrañas sobre Crisje que primero tiene que pensarlo. Pero ahora ya no lo suelta; el hombre que vende las crucecitas está a su lado. Hendrik lo piensa y luego dice:

—¿Vendes crucecitas, Jan?

—Sí, Hendrik. Hoy me llegaron unas muy hermosas, Hendrik. ¿Querrías una? Entonces acompáñame un momento y le puedes escoger una a Crisje.

No, el Largo no quiere eso. Le queda algo por hablar con Hent. Jan va por las crucecitas, y el Largo espera. Jan va volando. Tampoco es de ley, según Hent, también de él tiene algo que decir. El Largo sabe que así es cómo se habla de la gente en la calle. Y luego para colmo, ese maldito posadero incluso come de eso. Al Largo le surge un sentimiento de odio cuando oye:

—¡Nunca es suficiente para él! ¡Nunca! Es avaro a más no poder y siempre saca el mismo pretexto. Ni debí haber empezado. Pero es para vender una. ¿No es muy obvio, Hendrik?

—Pero ¿de verdad que tú tampoco quieres vender nada, Hent? ¿Crees que esa es manera de hablar de tu gente?

Ahora Hent se asfixia en su veneno. Siente que ha metido la pata y no quería hacerlo. Hent pensó que el Largo y él estaban a la misma y que no había problema si decía algo sobre otra persona. El Largo sabe que esa es la amistad del posadero. Ayudar a unos y humillar a otros. El Largo piensa que es una jugada vil y baja. Mejor que se olvide de pretender hacerlo con él también. Cuando Hent dice:

—Regatéale un poco, Hendrik, de cualquier manera cobra demasiado. — Al Largo se le sube la sangre a la cabeza. Y cuando después todavía sigue—: Pero ¿sabrás hacerlo tú solo, serás suficientemente hombre para eso? —El

Largo percibe con aún más nitidez el carácter mezquino de Hent. Y como si todavía no fuera suficiente, por lo que el Largo siente que a Hent no le cae bien el hombre, se oye también:

—Y también sabe emborracharse y faltarle a su mujer, cosa que yo siempre impido, Hendrik, porque eso no lo quiero. Mi padre era exactamente igual, tú por cierto lo sabes bien. Y luego ocho niños. No me alcanza la razón para entenderlo.

Solo ahora el Largo comprende bien lo rastrero que es ese Hent. Y a ese mamarracho lo conoce desde hace tanto tiempo. Es una vergüenza, es deplorable, terrible.

—Vive de su gente, come de ellos y para colmo los arrastra por la mierda. ¡Es, por decirlo así, demoniaco!

Hent vuelve con el Largo. ‘Por fin’, piensa este, ‘ahora lo sabré’.

—Si te digo, Hendrik, que andan tantos vagabundos por aquí, puedes creerme. Y bien que les gusta ir a tocarle la puerta a Crisje. Aunque lo diga yo mismo, yo también siempre les doy algo, porque conozco a mi clientela. Pero también hay unos que son unos cabrones y hay que estar pendiente de ellos. Y eso, la mayoría de la gente no lo sabe.

Ahora, el Largo se enfila en línea recta hacia su objetivo, y quiere una pelea en campo abierto. Le resulta demasiado peligroso, y también toma demasiado tiempo.

—¿Quieres decirme, Hent, que Cris hace demasiado por los borrachos?

Hent mira al Largo, que espera, y pregunta:

—¿Entonces, Hent?

—Si te digo cosas, Hendrik, es por tu propio bien, no tienes que enojarte por eso. Cris hace demasiado por esos borrachos y pordioseros, Hendrik. ¡Demasiado! Ya Cris hará el trabajo ella misma. Las personas como ella son contadísimas, pero que fría sótanos llenos de papas (patatas) para esos canallas, y encima les ponga marcos en las manos, eso es demasiado, ¿no crees, Hendrik? Es demasiado para una persona como Cris, eso afecta a los niños. ¿Es cierto o no? ¡Dilo tú mismo!

¡Ya salió! Ese disparo de Hent le cortó un ala al Largo. Allí está, le dieron a su larguirucho. El Largo está perdiendo sangre. Ojalá no lo tengan que llevar al hospital. Hay serpientes mordiendo al Largo. Son mordidas venenosas, que le hacen brotar el sudor rojo. La calle Grintweg se va a pique. El mundo hace cosas raras y da vueltas. La gente es mala, ¡está podrida! Le tiemblan las piernas; el Largo está viendo todo doble. Ya está gimiendo. Le dieron en el blanco. El Largo no había contado con esto. ¡Una serpiente asquerosa y vil habla de su Crisje! Una persona podrida, que apesta de miseria, le está quitando a Crisje la corona. Largo, Hendrik, no te molestes por esa basura desgraciada. ¡Mejor deja a ese hombre y no vuelvas nunca! No te ensucies

las manos, no le rompas la nuca. No lo vale esa basura. Lo que hace Crisje es bueno, lo sabes, ¡Crisje no te calla nada! Jan salva al Largo. Vuelve con las crucecitas. ¿Todavía compraría el Largo una para su Cris? Pero ¿quién está ahora por encima de quién? ¿Cris o Hent? ¿Este apestoso posadero o la santidad de ella? Ya se relajan los puños del Largo, Jan es su salvador, sin su llegada, el Largo no habría sabido qué hacer. ¡Aun así, Cris tendrá ahora una crucecita!

—¿Tienes las crucecitas, Jan? ¡Quiero una bonita! No me importa lo que cueste, una muy linda para Cris.

El Largo mira a Hent de reojo. Tiene que oírlo. Jan desempaca, el Largo mira las crucecitas. Jan recomienda su mercancía. Hendrik mira.

—¿Entonces, Hendrik? ¿Están bonitas o qué? Mira qué luz irradian estas. Esta, Hendrik, está hecha con la madera en la que crucificaron a Nuestro Señor. No me crees, ¿verdad, Hendrik?, pero el mismo vendedor ambulante me lo dijo. Y sabes, Hendrik: no me burlo de asuntos sagrados. Justo algo para Crisje, Hendrik.

—No quiero que sea de madera, Jan. Quiero que sea de oro. Cris debe tener una crucecita como nadie más lleve.

Ahora Hent sabe que su palabrería vil no ha hecho mella en el Largo. En el Largo, su veneno de serpiente funciona en la dirección diametralmente opuesta. ¡El Largo lo mata al comprender, a través del dominio de sí mismo, la amistad, la confianza y el amor! Si no fuera así, el Largo ni siquiera valdría un perdigonazo, lo siente él mismo y lo acepta, de lo contrario no se lo perdonaría en lo que le quedaba de vida. Jan sigue, su hablar también contagia al Largo. Pero ahora Hent ha quedado completamente fuera. Si fuera por el Largo: que le den los “drudels”, ahora no le dedica siquiera una mirada. ¡Que reviente Hent Klink, que se pudra, que se vaya al carajo! Que le dé una fiebre álgida. ¡Ahora el Largo sabe lo suficiente!

—¿Esta entonces, Hendrik? —le pregunta Jan—. Tiene la luz de Santa Verónica y puedes ver cómo la irradia a cien metros de distancia. Déjame ver, Hendrik, cuánto cuestan.

Jan saca los papeles. Miran los precios. Jan hasta se asusta.

—¿Será demasiado supongo, no, Hendrik? Esta es de siete florines y treinta centavos. Pero sí que esta es una que va a disfrutar de verdad. Demasiado, ¿no es así? Dilo, Hendrik, sin problema. Tengo de todos los precios. Y si no puedes pagar todo a la vez, ¡ya me conoces! Esperaré. Para Crisje, ¡lo que sea! Si no anduviera tan justo de dinero, Hendrik, ¡te aseguro que desde hace tiempo que le habríamos regalado una a Crisje! Pero es cierto, estas cosas las tiene que recibir la mujer de su propio hombre. Son pensamientos sagrados, y no hay que dejar que otro meta las narices. Y bien que se entiende. Honestamente, Hendrik, no dejaría que Crisje anduviera por allí con una de esas

baratijas. ¡Crisje es demasiado buena para eso! ¿Qué te parece, Hendrik?

El Largo mira las crucecitas. Está indeciso.

—Sabes qué, Jan, ¡vayamos juntos a ver a Cris! Que Cris escoja una ella misma, más seguro, ¿no?

El Largo paga, le da un “buenas noches” a Hent. Luego, desaparece con Jan. Un momento después, está frente a la puerta, abriéndola con demasiada fuerza. Hace que se asuste Crisje. ¿Qué le pasa a Hendrik?

—Ya regresé, Cris. Y ahora, Cris, quiero hacerte muy feliz. Jan trajo unas crucecitas muy bellas. Anda, escógete una. La más bella para ti.

—Por todos los santos, Hendrik, qué sorpresa... Honestamente, no pensé en eso.

Jan pone sus tesoros en la mesa. Crisje ya está mirando, no hay quien la quite de allí. Ahora por fin podrá llevar una crucecita de su potente Hendrik.

—Mira, Crisje —dice Jan—, ¿son hermosas o qué?

Crisje junta las manos. ¡No lo puede creer! Con orgullo mira al Largo. Pero este está poniendo muy mala cara. No es timidez. ¡Algo le pasa al Largo! ¿Está impresionado? Crisje no lo sabe. Pero Hendrik no es él mismo. ¡Algo pasa! Crisje pregunta cómo están la mujer y los hijos de Jan.

—¿Cómo está Mieneke, Jan?

—Algo mejor, Crisje, pero siempre está achacosa. Siempre quejándose de la barriga, ¿sabes? No, Crisje, la parte inferior de su cuerpo no sirve. Esas entrañas de Mieneke no aguantan nada.

—Luego preparo unas hierbas para Mieneke, Jan.

—¿Lo harías, Crisje? Mandaré a Kaatje, Crisje. Sé que sabes hacerlo.

Crisje escoge una crucecita. ¿No es demasiado para ella? Hendrik dice que no. Puede escoger la que quiera y la que más le guste. Entonces, Crisje se decide. Es una cuyos destellos no se ven desde la distancia. Es una que casi se parece a la otra crucecita que llevó Crisje allí, en el atrio de Nuestro Señor. ¡Esa es, y no otra!

Jan se fue. El Largo está en la mesa y no dice ni palabra. Algo tiene. ¿Es así entonces cómo se mancilla un regalo? ¿Hay que llenarlo y empapararlo de porquería? ¿Será? ¿Cómo pudo habérselo imaginado? ¿Es esta una gracia o es un golpe en la cabeza? ¿Qué estaría pasando?

—¿Qué está pasando, Hendrik, te pasa algo?

El Largo levanta la mirada.

—Sí, Cris, me pasa algo. ¡Ven, ven conmigo! Tú ven conmigo y cuéntame lo que has hecho a lo largo de todo el año.

Crisje está sobre sus rodillas, y ahora el Largo tiene que saberlo.

—¿Quieres decirme, Cris, por qué siempre tienes que tener borrachos en la casa cuando no estoy, y darles de comer? Ya sé que siempre les has dado algo a los pobres, pero tanto... ¿Quieres darles marcos a los borrachos para que

puedan emborracharse, Cris?

Crisje ya ve lo que está pasando.

—Lo tienes de Hent. Siempre tiene algún chisme. Siempre tiene que pasar a la gente por el lodo. Pero mejor debería cuidarse a sí mismo. Hent es una basura rastrera, Hendrik, ¿acaso no lo sabes? Mete cizaña entre sus clientes, y ¡eso es peligroso! ¡Si ya no deberíamos ir donde él! No, nada de eso. Déjame terminar, Hendrik. No sabes todo, pero ¡ahora lo sabrás!

Le pone una mano delante de la boca al Largo, y tiene que callar.

—Soy todo para ti, Hendrik, y tú para mí. ¡Nada se puede meter entre nosotros! Tú tienes tu propia vida, yo la mía. Y si da el caso que yo quiero darles algo a los pobres, Hendrik, para lo que yo misma trabajé y en lo que nadie me ayudó, entonces ¡es asunto mío! Tenemos que entendernos, Hendrik. Y no le quito nada a nadie. ¡Tampoco a ti ni a los chicos! Y si piensa que me derrumbo, no es asunto suyo. ¡No se puede uno derrumbar por lo que tú y yo y todas las personas hagamos por amor, Hendrik! Y que le haya dado un marco a un mendigo por estar emocionada, de lo que no me di cuenta hasta el otro día, o lo habría agarrado por su abrigo, es otra cosa totalmente distinta, Hendrik, y Hent no tiene nada que ver con eso. Los chismes que te habrá dicho, ¿y tú además le creíste a ese marrano gordo? ¿Dejas que te engañen?

Ahora viene el Largo. Él también tiene algo que decir.

—Será muy cierto todo eso, Cris. No digo nada de eso. Pero ¿por qué quieres partirme el lomo por los borrachos?

—Ah, eso pensabas, Hendrik. Pero si no son todos borrachos. Hay pobres entre ellos. Es verdaderamente escandaloso. Obviamente, ese hombre usó mi marco para ir a emborracharse donde Hent, y se fue de la lengua. Qué hombre tan tonto es, Hendrik. Porque evidentemente, yo ya no le daré nada. Por el resto de mi vida. ¡Aunque vea que reviente! No pienso dejar que me engañen, Hendrik. Todavía me quedan mis propios ojos. Pero fue justo en el momento en que estaba soñando y estaba con Jeus en el atrio de Nuestro Señor. Le di algo y luego vi que había perdido mi marco. ¿Y él es tan tonto para irse de la lengua sobre eso? Muerde la mano que le da de comer, Hendrik. Y te digo: ¡no volverá a pasar nunca, Hendrik, nunca jamás! Pero si quieres prohibirme que haga de comer para los pobres, Hendrik, entonces, no me quites eso, porque entonces ya no tengo vida. ¡Entonces ya no podré vivir! Y ahora me puedes decir algo tú (—concluye).

Hay poco que Hendrik pueda decir. Crisje prosigue todavía:

—Hendrik, si quiero freír papas que crecen gratis y de las que tengo lleno el sótano, eso es de verdad barato, ¡y no es asunto de nadie aquí! (—exclama.)

El Largo tiene ganas de darse con la cabeza en la pared. Podría morderse los labios hasta despedazárselos, pues esta es una lección como no le han dado en mucho tiempo. Él mismo piensa que esa basura de Hent lo ha en-

gañado, picado, infectado. ¡Todo lo que está podrido! Y cuando Crisje ve cómo el Largo se come las uñas, este sigue escuchando, reventando de calidez y felicidad, le arden las rodillas, y entonces la vida que tiene sobre el regazo es celestial. Casi le parece que lo está besando un ángel, pero eso lo sabe el Largo desde hace tanto tiempo. De vez en cuando el larguirucho pierde el norte, pero entonces es una costumbre y ya no lo ve.

—Y ahora, Hendrik —oye el Largo—, porque te conozco, ya quisieras sacarlo de detrás del mostrador, ¿no es así? Pero entonces también tengo algo más que decir, Hendrik. Si haces eso, Hendrik, vas a andar en boca de todos. ¡Y entonces tendrá exactamente lo que quiere! Créeme, Hendrik, a la gente así hay que tratarla de otra manera. A la gente así, no hay que darle la oportunidad de mirar a través de tus cortinas, a la gente así hay que pegarle con menosprecio, y ¡eso siempre da en el blanco, pues, y entonces tú eres superior!

¿Estás molesto conmigo ahora, Hendrik? ¿Y podrás perdonármelo todo, Hendrik? (—pregunta.)

El Largo quiere abrazar a Crisje, pero primero viene otra cosa:

—Tienes que aprender de mí una cosa, Hendrik. Ya no escuches esos chismes nunca más, no lo vuelvas a hacer nunca, Hendrik, porque el que dice chismes de otros es diabólico. Ese es el diablo, Hendrik, y no aquel del que tanto hablan y que quieren pasar por el lodo. ¿No tenía nada que decir de Jan también? Conozco a Hent mejor que tú, Hendrik. Y se puede resumir en unas cuantas palabras: apesta, ¡por delante y por detrás! ¡Y hay que tener cuidado con eso!

Ahora el Largo puede besar a Crisje. Se la come a besos, pero ahora el Largo ha recobrado la calma. A Crisje no hay que apretarla hasta asfixiarla cuando no hay armonía, ¡y se siente! No te tienes que engañar. Hay algo entre tú y ese amor. ¡Algo no funciona por dentro! ¡Qué cosa tan rara es el ser humano! Pero la máquina está bien, el Largo también lo siente. Y ahora ese beso no sabe tan poderoso como el del día anterior, ahora solo es el lamer de un perro, ¡Fanny lo hace mejor!

Esto se tiene que matar solo, ¡lo siente el Largo! Esto tiene que olvidarse y haberse perdonado, lo sabe, si no quiere mancillar esta imponente felicidad ni quitarle con sus propias manos la corona de la cabeza. El Largo reflexiona, Crisje pone otra taza de rico café. Cuando Crisje mira la crucecita, le dan ganas de llorar. Mira a su Larguirucho. Tan solo hay que verlo sentado allí. Hay que ver ahora a ese mismo Largo. Es manso como un cordero, ¡parece un niño pequeño!

El Largo busca su pañuelo rojo. Crisje no aguanta ver eso y se apresura hacia él. Entonces Hendrik oye:

—¡Pero mi Hendrik! Qué buen hombre eres, Hendrik. Dios mío, qué agradecida te estoy.

Y ahora se le devuelven al Largo sus besos. Saben como si se los dieran los ángeles. ¡Estos están bendecidos por Nuestro Señor! ¡Hendrik solloza! Crisje está viendo lo que no había pasado nunca. Ya quisieras tener cada noche este tipo de problemas, pero ¡eso es peligroso! Quisiera oír ese tipo de conversaciones a diario, pero ¡entonces te detienes! ¡Y eso no debe ser! Puede haber fiesta todos los días, pero ¡eso a veces es demasiado! Y son habladorías, corrige Crisje. No es cierto, un ser humano soporta mucho, pero ¡ten cuidado! Cuidate a ti mismo, ten cuidado con el animal peligroso con por lo menos veinte cabezas. Ten cuidado con la “costumbre”, pues es el mismísimo diablo. ¡Es el demonio! Y Crisje sabe que esto destruyó el mundo. ¡El Largo también lo sabe! Ahora sigue, para Crisje:

—No, Cris, eso nunca te lo quitaré, nunca jamás, ¡más vale que lo sepas!

Y Crisje todavía tiene que decir:

—Yo, Hendrik, recibo fuerzas de Nuestro Señor, más vale que nunca lo olvides. ¿Y lo demás, Hendrik? ¡Ya puedes volver a borrarlo con un beso!

Crisje está soñando. Vuelve con Jeus al “atrio”... En su corazón vive ahora una felicidad imponente. Hace un nuevo viaje con Jeus. Crisje vuelve a seguir todo lo que Nuestro Señor le regaló en este día. Vuelve a sentir el beso de los ángeles, de Jeus. Manda hacia el espacio una enardecida oración inmaculada. Nadie en absoluto puede detener sus pensamientos, ¡nadie en el mundo! Acoge todo este mundo en la oración. También a los pobres, y que Dios le dé las fuerzas para aún poder hacer mucho por ellos. Ve los globos de Jeus y los conejitos. Ahora oye el cantar de vocécitas finas, finas como la filigrana. Huele algo, parece como si otra vez estuviera allí fuera. ¡Qué olor es ese! ¡Había sido un día imponente, con muchos regalos! ¡Y finalmente los llantos del Largo! Eran flores, ¡orquídeas, más bien! Todas para Nuestro Señor. ¡Van directamente al altar...! Con todo, ¡qué imponentemente bella es la vida! Ya está dormida, nada le molesta, nada. ¡Los ángeles velan!

¡Jeus está donde las palomas, mamá!

Cuando has crecido y quieres ampliar tu vida y las cosas cotidianas te dan un impulso para que dejes el nido, piensas, ‘Para eso soy un ser humano, para eso soy adulto’. Pero cuando piensas en tu niñez, sientes que empezaste ya desde allí. Y cuando un niño bate las alitas para dejar el nido es mucho más bello que cuando lo hace un adulto. ¡El niño lo hace sin apresurarse, se desliza solo hacia esas novedades! Pasa a ellas así como así. Las cosas hablan, tienen algo que decir que entonces hace soñar a un niño así y, cuando es muy sensible, encima eso le causa sonambulismo, cosa que al adulto, a su vez, le da miedo, pero de todas formas no puede intervenir porque entonces las cosas se caen a pedazos. ‘Puedes dejar el nido, Jeus’, piensa Crisje, ‘contempla el mundo, no hay problema, nosotros también lo hicimos’.

Y en verdad, Jeus no solo se descubrió a sí mismo, sino también sus alrededores. Ya conoció las gallinas y los conejos. Son animales muy agradables, pero no sabe por qué son animales. De vez en cuando le da vueltas por la cabeza y entonces van surgiendo las preguntas. Son cosas que no entiende y de las que más adelante le contará algo a Crisje. Fanny está a su lado. Conoce a Fanny como se conoce a sí mismo, y él conoce a Jeus. Hace tiempo, la vida era diferente para Jeus. Y sea cual sea su significado, revolotea por todo su cuerpecito, hace que se le tambaleen las rápidas piernitas y su nariz respingona gane otra gracia, porque entonces Jeus piensa, y las cavilaciones desencajan semejante cabeza humana, entonces ves rayas, “cavilar” lo llama mamá, y papá dice: “Eso hay que hacerlo cuando estés en el ataúd”. ¡Ahora no tienen tiempo para eso!

—¿Por qué cambió el mundo? —le pregunta Jeus a Bernard. Bernard mira a su hermanito, para ver si no quiere engañarlo. Pero cuando Bernard nota que es curiosidad pura, dice:

—Pues lógico, Jeus, ya pasó el invierno.

—Ah —sale de Jeus—, ah, ¿es por eso? Pero ¿qué es un invierno, Bernard?

Vaya, menuda pregunta. ¿Lo que es un invierno? A Bernard le sale una risa burlona.

—Eso también es lógico... Jeus, el invierno tiene nieve, ¿sabes?, y el verano tiene días bonitos, entonces hace sol.

—Pero ¿por qué no puede haber sol en invierno, entonces?

’Esto ya es el colmo’, piensa Bernard. Él no es una persona de esas del ayuntamiento. Bernard mira a su alrededor, luego a Jeus y ahora ve que solo lo están distrayendo de su trabajo. Se deshace de todo ese pregunteo. Y lo hace bien, sin duda. Lo ha pensado muy bien.

—Allí está Johan, es mayor que yo, pregúntale a él mejor. Como si yo no tuviera otras cosas que hacer.

Ya viene Johan. Jeus mira a Johan, pero entonces a él mismo se le ocurre algo, toma impulso, sale corriendo con Fanny detrás de los setos para entrar al jardín, pero entonces Bernard grita:

—No vayas a entrar allí, ¿oíste?, o se va a enojar mamá.

Son celos, Jeus lo siente. A Bernard solo se lo lleva el demonio porque Fanny viene tras él. Jeus mira a su alrededor, descubre un nuevo paraíso. Y está justo en el centro. ¿Dónde están ahora los pájaros y dónde están esos hermosos árboles? Agua no hay. Primero hay que pensar. Aquel otro país era más hermoso. Esta hoja es dura. Aquella otra hoja, que aquí llaman verdura y que se come, allá sirve de adorno. Mira las lechugas, los rodrigones, todo lo que se encuentra viviendo y que se ha sembrado aquí. Jeus mira los tallos y quiere saber todo al respecto. Allí ya viene Crisje, pues ella lo sigue, más incluso que a los otros dos, que conocen su reino y ya hacen como si fueran sus dueños y señores. Jeus se va arrastrando entre verdor y col y quiere saber por qué se ha plantado esto aquí. Cuando Crisje llama:

—¿Por qué te arrastras por la tierra en lugar de usar tus piernas? —Ni siquiera la oye. Así, esas cosas se van aferrando a su vida, es como si succionaran su almita, que también ahora habla a la vida. Jeus mira dentro de los corazoncitos de las flores, las besa y se lleva unas muy bellas para su madre. Y cuando Crisje entra en el jardín la ayuda, pero su ayuda es contraproducente, pues saca de la tierra las cosas buenas, de modo que Crisje siempre tiene que refunfuñar contra su Jeus. Crisje lo sigue. Constata que a Jeus le faltan ojos para absorber todo. ‘Qué amor le tiene ese niño a la naturaleza’, piensa, ‘no vaya a resultar granjero’, porque eso no es nada bueno, ¡eso es pasar pobreza! Vez tras vez, Jeus oye: “No hagas eso, Jeus, ¡se va a enojar Nuestro Señor! No le gusta que saques sus cosas de la tierra, ¡es un pecado!”

Pero eso, Crisje, todavía no lo conoce, aunque vendrá luego. ‘¿Qué estará haciendo?’, piensa Crisje. Jeus saca las cosas de la tierra y luego las lanza al aire. Eso lo conoce Crisje. Ya lo ha visto antes. Jeus quiere hacer globos. Qué niño. Saca de la tierra todo lo que sea redondo, para tirarlo hacia arriba. Pero porque vuelve a la tierra tan pronto le empieza a aburrir y él mismo deja de hacerlo. Cuando el niño también se eleva, sabe que ya lo agarró Crisje y que luego siguen unos azotes, pero eso no duele. Solo es molesto, y entonces tienes que inventarte otra cosa.

Crisje está arrancando la mala hierba de la tierra y está muy ocupada. Jeus se entretiene buscando otra cosa, hay aquí tanto que capta su interés y que le resulta nuevo. Sin embargo, vuelve a los jardines. No a los de Crisje, sino al de la tía Trui, ¡bien difícil que le será a Crisje encontrarlo! Y allí se recuesta y duerme. No tarda mucho en llegar su amiguito, el más grande de aquellos

otros que a veces juegan con él. Pero Jeus quiere saber cómo se llama. Cuando el niño está frente a él, Jeus pregunta:

—Y ¿cómo te llamas?

—Me llamo José.

—Qué hermoso nombre.

Cuando Jeus está fuera de sí mismo por el sueño, es mayor y puede preguntar lo que quiera, y también puede pensar mejor. Entiende todo. Jeus no sabe que es obra de ese Largo, y que le da exactamente la cantidad de cosas para pensar que pueda soportar y procesar. Por decirlo así, se calcula completamente y es para más adelante. Ese Largo sabe que algún día Crisje sentirá las complicaciones de eso. Pero también eso se eludirá. Hay una sola cosa que requiere toda la atención del Largo: Jeus tiene que aprender a pensar. Y los nervios tienen que procesar ese pensar, de modo que más adelante “puedan procesar”... aguantar lo que va pasando así por el cerebro humano.

José le dijo a Jeus que mejor se acostara boca arriba. Así podrá ver dónde vive José. Y ahora que Jeus se ha quedado dormido y vive en el mundo de José, también ve al hombre Largo, que lo mira amablemente y que habla dialecto como si lo hubiera hecho toda su vida, al igual que sabe hacerlo papá. Por eso ese hombre le es tan familiar a Jeus. Ese hombre entiende al niño y se mete por completo en ese corazoncito, y Jeus lo ama exactamente como a Fanny y a Crisje. Sabe con precisión cuánto ama ya a su padre, pero eso no tiene comparación con lo que siente por Crisje y por este Largo, que es aún más que un padre para él. Al Largo nunca se le ha pasado por la cabeza todavía traerle pelotas. ¡Y luego esas lucecitas! Ahora que Jeus entra al mundo de su amiguito, corre hacia José para colgarse de su nuca. Qué rápido sabe correr Jeus aquí, de veras, casi vuela. Y José le dice a Jeus que aquí también puede volar, pero que no lo vaya a intentar allá, porque entonces se caerá al suelo, y habrá accidentes. ¿No lo olvidará nunca Jeus?

—No, claro que no, lo entiendo —oye José, y allá se sabe que a Jeus no se le pasará por la cabeza brincar desde el techo porque crea saber volar. Eso debe evitarlo ese Largo. Y eso se deposita con mucha fuerza en la vida de Jeus, de hecho ya se está herrando en ella. Y es que este Largo no quiere complicaciones, en ningún caso para Crisje, porque no es la intención. Jeus está en manos de ángeles, y los ángeles no traen disgustos, ¡saben exactamente lo que hacen!

—¿Dónde vives en realidad, José? ¿Es en el cielo?

—No, Jeus, eso no tiene nada que ver con el cielo, aunque bien sea una pequeña parte de él, del que siempre te habla tu madre.

—¿Y allí también está Nuestro Señor?

—No, allí no, Él está en otra parte.

—¿No podría verlo entonces alguna vez?

—Tal vez más adelante, pero yo tampoco lo sé, Jeus, si te esfuerzas.

—¿Puede llegar al cielo esa vieja borracha? ¿No es posible, verdad?

—Ella también puede llegar al cielo, Jeus, pero tiene que mejorar su propia vida.

—Es exactamente lo que dijo mamá, José.

—Tu madre lo sabe, Jeus.

—¿Y Gerrit Noesthede, que no hace más que decir tonterías?

—Él también puede llegar al cielo, Jeus, todo el mundo puede entrar aquí si tan solo quieren vivir correctamente.

Jeus detiene a su amiguito y le pregunta:

—¿Dónde está ahora el Largo, José, que es exactamente como papá?

—Tiene otra cosa que hacer ahora, Jeus, pero en un ratito estará de vuelta.

Cada paso en este mundo lo pone a pensar. Jeus ve algo y grita:

—¡Mira, José, qué hermosos son!

Jeus mira los bellos pájaros que viven aquí, los llama y, en verdad, vienen a posarse en su mano. Para él es una vivencia que debe disfrutar. Cuando le pregunta a José si puede llevarse unos cuantos, José lo debe decepcionar, porque no se puede ni está permitido; ya tuvieron sus vidas allí y ahora su lugar está cerca de Nuestro Señor.

—Puedes contárselo todo a Crisje —dice José—. Entonces tu madre será feliz. Sin duda que Crisje no querrá poseer más si le cuentas todo.

Y Jeus lo entiende; lo que al parecer es tan antinatural le queda claro como el agua. Lo capta al instante, y de eso Bernard no sabe ni jota. Pero José tiene algo muy diferente para Jeus. ¡Mira!

Lo que Jeus ve son hermosas peras, melocotones, ciruelas, como no se conocen en la tierra. Los prueba y dice:

—Por Dios, ¡qué ricos son! Aquí no hay que comer nada más, ¿verdad? Es de lo más lógico. Lo que debo comer allá a veces es tan grasiento como fango, y me asfixia. Pero la tía Trui y mamá dicen que te hace falta para el cuerpo, de lo contrario me enfermo y estarán peor aún. Pero ¿a ti no te hace falta nada, José? Y eso también se entiende. ¿Conoce la gente esta vida, José?

—No, Jeus, bueno, poco. Pero ya te contarán ellos de eso.

—Te lo prometo, José, les diré esto, a mis padres, a Trui, al vecindario entero, a Bernard y Johan y Gerrit, lo sabrán de mí. ¿Y también se canta aquí? ¿Saben cantar aquí como lo hacen papá y Peter y Gerrit Noesthede y Jan Maandag?

—Sé que cantan muy bien, Jeus, pero aun así cantan mejor aquí. No lo olvides, aquí cantan para Nuestro Señor, y es otra cosa muy distinta.

—Es cierto, José, puedo entenderlo. Se lo diré a mi padre.

—Pero ahora tienes que volver a casa, Jeus.

Jeus ve que se viene acercando el Largo. Los amiguitos se abrazan y se

estrechan al otro contra el pecho. La despedida es difícil, pero si Jeus tiene mucho cuidado, oye, José de verdad volverá con él. Pero entonces el Largo toma impulso, toma a Jeus en los brazos y lo lleva de vuelta a la lechuga, el terreno de la tía Trui, la tierra. Jeus mira a los bellos ojos de su amigo y besa al Largo. Jeus oye:

—Tú eres mi chico, Jeus... —Lo que Jeus sigue oyendo al despertar. Se frota los ojos y se levanta de un brinco. Ya lo están buscando, su madre no puede encontrarlo y Johan grita:

—J...e...u...s, J...e...u...s, ¿dónde estás?

Entran a la casa corriendo. Su padre ya está. ¿Dónde ha estado este niño? Tiene que presentarse ante el Largo. Crisje ya está cocinando.

—¿Dónde estuviste tanto tiempo?, cuéntamelo ya, ¿quieres?

Johan cuenta que vio a Jeus acostado en el terreno de la tía Trui.

—Estaba roncando allí, papá.

El Largo mira a su hijo. No lo recibe con amabilidad, los ojos de todos están puestos en Jeus, Crisje no sabe qué debe pensar de todo esto.

—Por qué no vienes aquí conmigo.

El Largo lo alza sentándolo en sus piernas, y vuelve a preguntar:

—¿Dónde estabas? ¿Por qué mamá debe andar buscándote?

Jeus mira al Largo directo a los ojos. El niño se mantiene impasible; aquí algo le habla al Largo de lo que tendrá que entender si es infantil o más bien humano. Tiene que percibir a esta vida como padre, como persona adulta, y no es tan sencillo, Largo. Para esto hace falta más que una palabra severa, para esto hace falta unión, el descenso en el alma, seguir este mundo de los pensamientos, de lo contrario estás muy equivocado. Y Crisje ya sabe que el Largo se equivoca, de esta manera no le sacará una sola palabra al niño. ¡Jeus calla! El Largo llama al orden al niño, él es y nadie más. Sus hijos contestarán a cada pregunta, y debidamente, además. Jóvenes o mayores, Johan o Bernard, da igual: si su padre tiene algo que preguntar, tienen que saberlo, pueden decir sí y amén, y nada más. Crisje ya piensa que esta disciplina es demasiado estricta, ¡todavía son niños!

—¿Dónde estabas? ¿Qué andas buscando allí entre las plantas? Es lo que quiero saber —repite el Largo. Pero de la boquita del niño no sale una sola palabra. Mira a Crisje, a Johan y Bernard. Y mira, la irradiación de sus ojos dice... “Mamá, ¿por qué debo hablar? ¿Por qué papá es tan duro conmigo? ¿Por qué tan estricto? Yo no hice nada, ¿o sí, mamá?”

Parece como si el niño sintiera lo que Crisje quiere. Jeus mira al Largo. Aquí está trabajando un mundo del que el Largo no conoce ni siente ni ve nada. Sin ser vistos, los pensamientos vuelan hacia el otro corazón. Allí se anidan, se perciben, se procesan y se vuelven a enviar. Son infalibles este percibir y sintonizar, así como el comprender. No hace falta encontrar palabras

para ello. No hace falta despegar los labios, todo va solo, no cuesta nada. Para esto no hay que ser erudito, vive en la naturaleza. Crisje sabe que también es una característica, vive en cada persona, si tienes la sensibilidad necesaria y has recibido ese emitir y percibir como una gracia de Nuestro Señor. Pero ¡el Largo no tiene nada de eso! ¡Nada! ¡Crisje lo sabe! Y ahora aparece una leve sonrisa en esa carita, la sensación de “¿qué es entonces lo que quieres de mí?”. Cuando el Largo vuelve a preguntar:

—¿Dónde estabas? —Le cae al Largo con decisión desde esta vida, dejándolo sin saber qué hacer:

—¡Me encontraba en el cielo, papá!

—¿Qué...?

Lo ves, Largo, no contabas con eso. ¡Crisje está radiante! Considera este pregunteo un martirio para ella misma y para Jeus. Johan y Bernard empiezan a reír. Pero pronto cambian de parecer; ya cae para los dos:

—¡Cierren (Cerrad) el pico...! ¿Entendido? Aquí no hay nada de qué reír.

¿Ahora qué? El Largo no sabe qué decir. Esto es algo nuevo para él. Un niño de dos años y medio le dice que estuvo en el cielo. El Largo no tarda en decir:

—Vaya, ¿de modo que estuviste en el cielo?

Johan y Bernard no pueden evitar reír, a pesar de todo, y lo pagan con un azote. Jeus también mira. Les manda a los chicos que lo mejor es que no hagan caso. Y también ahora, porque Johan tiene sensibilidad para eso, es como si su hermanito mayor percibiera a Jeus y captara sus pensamientos para su compasión. Johan cambia de golpe, se siente y se ve, pero el Largo no se ha percatado. Crisje, sí, Crisje, ella lo percibió y lo entendió. Crisje piensa: ‘¿Cómo es posible?’.

—Y ¿qué hiciste allí, si me permites preguntar, Jeus?

Lo ves, Largo, ahora el niño está animándose. Este es otro tono, esto toca la vida y le cuenta algo al alma. Jeus mira al Largo radiante de felicidad, y dice:

—Comí manzanas y peras allí, y ciruelas, ¡y albaricoques!

Bernard casi se parte de la risa, pero un azote lo tira de su silla.

—Lo vuelves a hacer y te mando al sótano, ¿entendido? ¿Quién es el que manda aquí, tú o yo?

—Pero Hendrik —dice Crisje. Pero el Largo le dice a Crisje:

—Cuando yo hablo, tienen que escuchar, Cris.

Este se precisamente el problema. ¿Comer manzanas y peras en un cielo? Para el Largo está demasiado lejos, ni entiende tampoco de esas cosas. Sigue preguntando:

—¿Y qué más, Jeus?

—Se me olvidó —dice Jeus deprisa. El Largo le pregunta a Crisje:

—¿Desde cuándo tiene tanta labia, Cris?

—Habla todo el día, Hendrik. De dónde lo saca, no lo sé, pero ya desde ahora pregunta hasta volverte loco.

—O sea que quieres convertirte en erudito, porque si ya empiezas a hablar ahora, no me sorprendería que así fuera. Pero todavía estoy yo. Ya lo decidiré yo por ti, ¿está bien? ¿Y qué hiciste allí, Jeus?

—¡Se me olvidó...!

El Largo no entiende en lo más mínimo. Pero lo que sí sabe es que la comida está lista y que ahora también aquí hay que comer. Crisje le pone su comida a Jeus. ¡Es comida! Jeus dice:

—¡No quiero comer, mamá!

—¿Qué? —dice el Largo— ¿No quieres comer? ¿Todavía tenemos algo que decir aquí? ¡Come, y rápido! Aquí todavía no decides nada, y ¡la comida de mamá es igual de rica!

Y le dice a Crisje:

—¿Dónde estuviste con él, Cris?

—Atrás en el jardín, Hendrik, pero me estaba arrancando todo de la tierra. Y luego de repente desapareció y ya no lo veía. Seguramente se fue a jugar entonces en el jardín de Trui. Lanza al aire todo lo que tenga color.

—Hasta pintor nos va a salir, Cris, créeme, esos empiezan desde pequeños. Pero en mi familia no hay pintores de arte. ¡Entonces tendrá que pasar pobreza! Como si no tuviera yo nada mejor que hacer que pintar con palitos y untar pintura. Se paga bien, Cris, si saben hacer un buen retrato. Pero él va a cantar. Cantará y punto. ¿Y tú qué dices, Johan?

Ahora Johan puede opinar, su padre lo involucra en la conversación y el niño dice muy cortésmente:

—¡Sí, papá!

Nada más, y justo lo que hacía falta, muy bien hecho, Johan, ¡así se hace! Al Largo le empieza a divertir, a él mismo le da risa, hasta se convertirá en una divertida fiestecita. Bernard aprovecha esa oportunidad y ya está de payaso, está tan alocado que no sabe cómo hacerse el interesante, pero apenas rebasa la línea y ya está allí el Largo. El Largo sienta a Bernard derecho en su silla. Otra vez sentado, un poco demasiado duro para Crisje, pero ¿qué puede hacer? Y ahora, ¡a comer!

—Y tú, cabeza dura, ¡a comer...! A comer, te digo, y ¡no tengo nada que ver con habladurías!

El Largo fuerza los labiecitos hasta que se abran, el niño se niega a comer. Pero no es tan difícil, papá sabe hacer lo que sea. Y Crisje ve que el Largo tumba a Jeus en su rodilla para darle al niño una paliza, y eso le tendrá que bastar. Jeus está al lado del Largo; mientras tanto, Bernard se atraganta y por poco se asfixia en una papa (patata) que se le atascó en la garganta. Bernard

también termina tumbado sobre la rodilla de su padre. En cosa de nada, el pedazo de papa (patata) se cae al suelo, y Bernard puede seguir comiendo. A Crisje le parece una feria. ¿A eso lo llaman tranquilidad? ¿A eso lo llaman comer? ¿Para eso se estuvo partiendo el lomo? Pero ahora más vale que Crisje no diga nada, entonces solo empeorará las cosas. Se traga sus sentimientos, ni una palabra sale de su boca. De vez en cuando dice algo para recordarle al Largo que están comiendo. El Largo hace todo a la vez, habla y está más que ocupado con los chicos. Uno está en sus piernas, se le cambia a una silla, vuelve a ser cargado y sentado en su regazo. Un poco después, el niño está otra vez en la sillita. Se habla, se actúa, se reparten bofetadas. No tiene nada de gracia, siente Crisje. Esto ya no es comer, es una feria. Pero ya se enterará el Largo más adelante, ahora mismo, Crisje no dirá nada, porque los niños están con ellos y entonces le quita su autoridad al Largo.

Ahora otra vez le toca a Jeus.

—¡Come! —ordena el Largo—, ¡vas a comer!

Crisje mezcla las papas (patatas) con las verduras, ¡qué rico está! Pero Jeus se ha olvidado de Crisje, se ha interrumpido el lazo de hace un momento, ¡desapareció el contacto de sentimiento a sentimiento! Jeus ignora a Crisje. Mamá no puede lograr nada, aunque le ruegue a Jeus a que coma. Todo se fue, ¿ahora qué? El Largo no puede aguantarlo. ¿Tampoco hay respeto para mamá? Ahora que el Largo quiere forzar al niño a que coma con fuerza bruta, el niño suelta:

—No quiero comida, ¡esta comida hasta me hace echar las tripas!

—¡Demonios —oye Crisje—, esto sí que es demasiado!

El Largo agarra el platito con comida, carga un tenedor con un bocado y se lo lanza al niño, pero la boquita se mantiene cerrada. Hendrik fuerza la boquita hasta abrirla y mete la comida. Jeus la rechaza, pero aun así el Largo logra lo que quería y le sonrío al niño con actitud de triunfo.

—Esto es uno, y ahora todos los demás, ¿entendido? ¡Y luego te metes en la cama como un relámpago!

¿Eso pensabas, Largo? Espera solo un momentito, y verás lo que pasará. Jeus vomita la comida. El niño tiene que devolver. El Largo se asusta. Crisje se apresura hacia el niño y lo arranca de las manos del Largo.

—Es que tú, con tus tonterías, ¿no ves acaso que el niño no puede comer? Hendrik vuelve en sí.

—¿Le pasa algo, Cris?

—¿Acaso no lo ves por ti mismo, Hendrik?

—Creo que de verdad comió manzanas y peras, Cris, ya no le entra nada más, ¿verdad?

Crisje acuesta a Jeus en su cama. Un poco después, Hendrik oye que Jeus dice “Largo”..., pero aun así, si el Largo quisiera saberlo, no tiene nada que

ver con él. Jeus está viendo al otro Largo, y es muy diferente, diferente que este, su padre. Porque este no le entiende. Hendrik oye que el niño sueña. Oye un nombre, ¿es José!

—¿Qué es eso, Cris?

—No lo sé, Hendrik, pero no es la primera vez que menciona ese nombre.

—Por Dios, Cris, habla pronto, ¿no?

—Este niño, Hendrik, piensa más que Johan y Bernard y yo y tú juntos. ¡Aún te tocará vivir más de esto! Pero ahora, otra cosa. Si fuera tú, trataría a los niños de otra manera. Les pegas hasta quitarles todo el respeto, ¿eso ya no es educar, Hendrik!

Crisje oye que por supuesto nadie le tiene que decir al Largo cómo tiene que enseñarles a los niños. Si esos niños aprenden ahora, ya no tendrán que hacerlo más adelante, cuando sean más grandes. Y el Largo no tiene la idea de convertirlos en unos gorriones. Obedecer, eso es lo que tienen que hacer.

Pero Crisje dice:

—Pero esto sí que fue un teatro; te digo. No tiene principio ni final, toda esa educación tuya, Hendrik.

Esto le tiene que bastar al Largo. Sin embargo, Crisje sí tiene razón, siente el Largo. Ya no había tranquilidad, ya no había orden. De hecho, ya se estaban burlando de él, aunque su golpe en la mesa acabe con las risas. Se callan un momento, reflexionan al respecto y ambos saben: educar hijos no es tan sencillo.

—Es lo peor que hay, pero sí sé hacerlo —oye Crisje—, ¡yo mismo estoy allí!

—Y lo sé —todavía añade Crisje—, ¡lo sé!

—¿Qué sabes, Cris?

El Largo no quiere quedarse con la ganas de saberlo.

Crisje tiene que reflexionar. Y para eso, necesita tiempo. Pero entonces contesta:

—Mira lo que te voy a decir, Hendrik. Si sigues así, ¡vas a dejar lo mejor de él hecho añicos! ¡Eso es lo que te digo! ¡Y algún día ya verás cómo te arrepentirás! ¿Acaso no veías, Hendrik, que Jeus no era él mismo?

—Pero entonces —monta en cólera el Largo— ¿incluso tengo que fijarme en si mis hijos están a gusto? ¡Las cosas que hay que oír, caray! ¿Estás loca, Cris? Eso mejor déjame a mí. Yo sé lo que puedo hacer, y ellos tienen que obedecer. ¡Eso es todo! ¡Y ahora ya no quiero oír nada más! (—concluye.)

“¡Y ahora se acabó! Ya no quiero oír nada más”. Pero si solo pudieras entenderlo, Largo. ¡Es la perdición de este mundo! ¡Son habladurías! ¿Es este el contacto con los hijos? ¡Tonterías, Largo! ¡Lo sabes! Crisje está más que equivocada. ¡Tú conoces a tus hijos! Eres un psicólogo nato. Sabes todo, y es por eso precisamente que eres Hendrik el Largo, un fenómeno es lo que

eres. ¡Aunque lo poderosamente hermoso ya no existe! Pero supón, Largo, que lo hubieras podido aceptar. Las cosas tan imponentemente hermosas que Jeus te habría podido contar. ¿No oyes algo, Largo? ¡Escucha, pues, Jeus está soñando! Las palabras pasan volando por esos pequeños labios, como si nada. En los cielos cantan mejor que papá. Peter, que sin embargo tiene una voz hermosa, Largo, no tiene nada que ver con esto. En los cielos cantan de tal manera que esto de aquí, por lo que armas tanto alboroto, no es más que el chillar de un cerdo. ¿O no crees, Largo, que los ángeles sepan cantar? Ojalá hubieras escuchado, Hendrik. Pero solo espera, todavía no hemos llegado. Una cosa puedo decírtela, ¡de esto no tienes nada! ¡Nada, no conoces a tu hijo! ¡Crisje, sí!

—¡Escucha eso, Cris!

Crisje no le contesta. Ella sabe lo que había escuchado, pero Hendrik no le deja espacio. Hendrik oye otra vez que el niño dice “Largo”. Ahora está engatusando al Largo, se le está ablandando el alma. ¡Es una sensación muy bella! ¡Ahora él mismo lo oye! Suena hermoso, ese “Largo”. Incluso más bonito que “papá”, eso no tiene gracia alguna. Pero ¡no pueden decir “Largo”! ¡Nunca! ¿Y bueno? Eso, allí, suena tan suave, tan comprensible, tan cerca.

A la mañana siguiente, nadie puede quitar a Jeus del lado de Crisje. Está pegado a sus faldas. Donde esté ella, está Jeus. Crisje habla con él y sabe: Jeus escucha, procesa todo, cada palabra.

—¿Tienes que agarrarte de mis faldas hoy, Jeus? Qué mal, ¿no?, cuando puedes mirar dentro del cielo y nosotros no te podemos entender. ¡Sí, es duro, Jeus! Pero ¡todavía estoy aquí yo también!

Crisje siente lo que ocupa al niño. En esa pequeña cabeza se procesan ahora los problemas más grandes. Son problemas de los que los mayores no tienen ni la más mínima idea. La gente mayor los convierte en bromas, chismes, disparates de niños. Una persona decente y trabajadora, una persona que tiene ambos pies bien colocados sobre el suelo, no es una vida para enfrascarse en eso... Que Dios me libre, como si no tuviéramos otras cosas que hacer. Pero Crisje conoce a su Jeus, empieza a comprender que aquí habla Nuestro Señor, del que puede aprender. Qué nítidos eran los pensamientos cuando Jeus alzó la mirada hacia ella, anoche en la mesa. ¡Lo oía por dentro! Había allí una voz que pedía: “Mamá, ¡me tienes que ayudar!”. Es que es un mundo tan hermoso. Era tranquilidad, oh, ese silencio. Pero qué difícil le será todo a Jeus. Querido Señor Nuestro, si eso ya empieza desde ahora.

Otra vez más, Jeus está en el jardín. Prosigue su camino. Sigue aquello que quería vivir ayer, pero ve que este jardín no es como el que pudo ver allí donde José. Esto es pobreza, no es nada, todo está muerto, no tiene vida. Donde José crecen manzanas y peras, aquí no se ven. Y los colores de aquí dan asco. Cuánto tiene que contarle a Crisje. Pero no se puede, todavía no puede pen-

sar y aun así, su cabecita quiere, por dentro también quiere. Hay algo por lo que se ve a sí mismo pobremente. ¿Qué es, Jeus? Allí eres mayor, aquí eres como los demás niños. Pero puedes pensar. Solo faltan las palabras, y luego puedes empezar. Pero te ayudaremos un poco, Jeus. Te ayudaremos como se le ayuda a un niño prodigio que gatea hacia un piano y luego lo toca. Lo tuyo es diferente, esto es más difícil, pero, Jeus, ¿quieres que lo intentemos? ¿Quieres que depongamos nuestras palabras en ti? ¿Las captarás? ¿Las vivirás entonces? Sí se puede, ¿verdad? Lo que puede hacer otro niño así, tú también puedes hacerlo. Ahora son solo pensamientos, y para eso hacen falta palabras. Las oraciones hay que hacerlas. Entonces auparemos tu vida dentro de aquella otra. Y ahora, Jeus, aprendes cada día, eres diferente cada día y estás creciendo hasta ser más alto que Bernard y Johan. Pronto, Jeus, lo verá Crisje, y el Largo podrá decir sí y amén, quiera o no, Jeus. ¡Eso es lo que viene ahora! Ahora va a empezar, y ¡solo es posible porque estuviste en el mundo de José!

Y Jeus lo sabe. Es extraño, pero cuando está allá, hablar le es muy fácil. Allá lo hace sin esfuerzo, aquí es más difícil. ¿Qué está viendo Crisje ahora? Jeus encontró un palo y con él se está dando en la cabeza. Crisje grita:

—¿Te volviste loco, Jeus?

¡Jeus dice que tiene que pensar! ¿Lo sientes, Crisje?

Pero Jeus no está loco, Crisje. Jeus quiere que su cabeza piense mejor. Le está dando una paliza a su cabeza. Pero ¿sientes, Crisje, lo terrible que es? Jeus es capaz de molerse a sí mismo a palos. Esa cabeza está tarada y la golpea para acercársela. Él está más allá de lo que su cabeza puede procesar. El cerebro todavía no quiere funcionar como él lo quiere. A Crisje le da risa. Pero Jeus no se ríe. ¡Qué gloria es la que está viviendo Crisje y qué bella es la vida! Pero también eso, Crisje, son solo unos momentos. ¿No oyes ni sientes nada?

Trui está delante de Crisje, despotricando. ¡Le han asesinado todo su jardín! ¿Es un escándalo? Lo hicieron los chicos, dice Trui. Y ahora tiene que volver a empezar desde cero. Es una vergüenza. Han arrancado todo de la tierra.

—¿Por qué no cuidas mejor de tus pillos —le reprocha a Crisje—. No van a terminar en nada bueno, nada, son granujas de primera, ¡no se te olvide!

¿Cómo le puede hacer entender Crisje a Trui que como madre de sus hijos no puede andar todo el día tras ellos? De todas formas, Trui no lo entendería. Claro, es terrible, y Crisje la ayudará y Trui tiene razón, pero rufianes, ¡no!

—Eso son tonterías. Mis hijos no son así, Trui, ¡eso es pasarse!

Para Trui todavía no es suficiente.

—¿Ahora qué, Cris?

—Nada, Trui, nos aseguraremos de que no vuelva a pasar, ¡es todo! —Y Trui, que obviamente no puede asesinar a Crisje, que no sabe qué decir de eso, se queda desarmada, porque siguen siendo niños. Trui está furiosa, pero

lo mejor que puede hacer es salir de allí lo antes posible. Crisje justo se lo estaba pasando tan bien con Jeus, y ahora todo desaparece de golpe. Y Jeus no arrancó tanto de la tierra, ¿no? Trui hace una montaña de un grano de arena. Conoce a Trui. Todo se le hace pesado e importante. En el fondo, darían ganas de reírse. A Jeus le importa un comino la tía Trui, Jeus ya le pregunta si no quiere irse, ahora no puede pensar. La tía Trui va caminando paso a pasito, desaparece del terreno de Crisje. Pasa por su portoncito arrastrando los pies, y ya no se la ve. Pero Crisje la sigue oyendo. Se le vienen encima los pensamientos de Trui, y son incluso peores, mucho, muchísimo peores, que las palabrerías materiales de su hermana, cuando tiene a Crisje allí frente a sus narices, para aguantar una tunda así.

—¿Eres un granuja, Jeus?

Ahora Crisje no habla tan fuerte, imagina tan solo que la oiga Trui. Pero los granujas son muy diferentes. Roban todo lo que pueden. ¡Eso no lo hacen los hijos de Crisje! “Granujas”, que expresión tan fea es, ¿no? ¡Es porque Trui no tiene hijos! ¿”Un granuja”? Crisje no se puede liberar de ellas, las palabras le flagelaron la vida y el corazón. ¡Qué mal! Bernard, sí, a veces Crisje siente temor por Bernard, porque siempre toca todo. Pero por eso Crisje siempre lo está vigilando, y si hace algo malo, lo manda al sótano, ¡y eso es muy terrible! Prefiere con mucho ir al sótano ella misma, pero el Largo se lo toma en serio. La educación de los niños está en manos del Largo. Y a ver quién va a mentirle, Crisje. Eres incapaz de hacerlo. Pero para Crisje es como si se le partiera el corazón cuando le tiene que decir al Largo que Bernard hizo travesuras. Entonces surge en ella una queja, un fuerte dolor, y le dan ganas de llorar. Esto preocupa a Crisje, pues Bernard todavía no conoce las preocupaciones de ella. Bernard recorre una vida propia y vive en su propio mundo. ¡Bernard es el más vehemente, el más rápido y el más desatado! Bernard siempre toca todo y piensa, ‘lo tuyo es mío’. Crisje sabe que sobre todo las manzanas y las peras. ¿Adónde irá a parar? Crisje también sabe que Bernard le va a traer problemas, cosas desagradables con Hendrik. Cuanto más crece Bernard, más explorará ese niño sus alrededores y empezará a dominarlos. Y reza todo el tiempo por mantener a Bernard en el sendero correcto. No sirve de nada, pero Crisje no se rinde. Algún día, su oración será oída, ¿no? Y también sabe que un carácter firme se defiende a patadas, siente las oraciones, ella ha tenido las pruebas de eso. Y entonces la vida no es tan bella. Ahora la vida es difícil, sobre todo cuando Trui se mete. Pero granujas, no, ¡eso es demasiado!

—¿Estuviste en el jardín, Jeus? ¿Y arrancaste todo de la tierra allí?

El niño mira a Crisje a los ojos. Reflexiona, pero también dirá algo:

—¿No se puede entonces, mamá? ¡Estaba jugando!

—¿No sientes entonces, Jeus, que le causas tristeza a mamá?

—Sí, mamá—oye Crisje. Ya puede llevar una conversación con Jeus. Este le promete:

—¡No lo volveré a hacer, mamá!

Crisje está feliz, fíjate cómo el niño entiende de inmediato lo que ella quiere. Y ella sabe cómo tiene que acercarse a la vida.

—Muy bien hecho, Jeus, qué feliz me haces, a pesar de todo. Pero ¿no quieres comer? Estarás muriéndote de hambre, ¿no? ¡No comiste nada anoche!

Es cierto, Crisje, Jeus está hambriento, dale algo rico, una rebanada de pan con tocino, este cuerpo necesita buena comida, piensa demasiado. Crisje le prepara algo. Ve que Jeus paladea su pan y que juega al mismo tiempo. Pareciera que Crisje tuviera ojos en la espalda. Ve todo. Y eso a Jeus no le gusta para nada. Ya anda otra vez investigando. Necesita algo nuevo. Piensa que las gallinas se dedican solo a cacarear, y no entiende por qué un perro ladra, ni por qué ladran tanto aquellos de allí. No sabe cómo explicarlo. Aunque esos pensamientos vivan en el niño, esa cabeza suya todavía no quiere. Los conejitos, esos son animales bonitos. Pero Jeus ya no puede agarrarlos; el Largo les puso una cerradura a las jaulas. Crisje ya no podía hacer otra cosa que no fuera agarrar a los conejos, que ahora podían comer a gusto, veía Jeus, y había suficiente alimento. Hasta la parte de atrás del jardín tenía que perseguir los conejos. Johan y Bernard tenían que ayudarla. A uno de los conejos no lo lograban encontrar, pero Johan no se rendía. Aunque ese estaba en el jardín de la tía Trui, y salió de allí con la panza bien redonda. Y, nuevamente, Trui tenía que decir algo de eso también. “No volverá a pasar, Trui”, fue la última palabra de Crisje. Pero esta vivía un disgusto tras otro por los chicos de Crisje y ya estaba más que harta. No quería ni pensar en lo que le faltaba por vivir por ellos. Terminarían en prisión. Para Trui, ya estaba descrito en los anales. Además podías sacar la cuenta con los dedos. Conocía a los retoños de Crisje, pero no le gustaban. ¿Niños? Pff... solo traían problemas. Se sentía feliz. Estaba contenta de que Nuestro Señor no se los hubiera dado a ella. Se veía que los niños no causaban más que miseria. Estaban toqueteando todo con los dedos y ni una gallina dejaban en paz. Molestar a los cerdos, para poner nerviosos a los animales. Contra bastantes cosas podía despotricar. Y luego esa mierda de todas esas palomas en su tejado. Simplemente vivías detrás del vecindario, allí donde vivían los vagos. Ya no quedaba nada de la decente calle Grintweg. Gracias a Dios no tenían las agallas para entrar sin más a su casa. Ya se encargaba Trui de mantener a los señoritos de Cris a una distancia. A ella la respetaban. Allí no sabían educar niños, ese larguirucho bastante lío tenía, pero ¿eso? En fin, lo único que sabía hacer era armar alboroto. Cantar. Sí, pero ¿eso también algún día terminaría!

Los niños le revolvían a Trui el estómago. Si solo pudiera tener otra casa,

entonces saldría corriendo de allí. Qué pena que Gradus se hubiera dejado engañar, de lo contrario habría vivido en la colina, bien a gusto. Deliciosamente libres, solos, pero eso también se le escapaba. Crisje sabía que Trui estaba todo el día sola en la casa, malhumorada, y si alguna vez salía para trabajar un momento en el jardín, de inmediato se peleaba con Cris por los chicos. Trui se burlaba de Crisje con ganas. Para Trui, ese repugnante engorro de Crisje con esos pobres no significaba nada; ¡era puro faroleo! Si no podía llegar a un cielo a su manera, entonces Trui prefería quedarse fuera. A fin de cuentas podías vivir como quisieras. Con que tuvieras dinero, ¡y por suerte lo tenía! ¡Gradus ganaba bien!

Cuando Trui veía que Crisje hablaba con la señora De Man, y es que esa mujer era vecina de Crisje y claro que no podías eternamente pasarla de largo e ignorarla, pues eso era lo más terrible que existía en esta tierra y lo que más lastimaba a la gente, entonces Trui escupía su veneno hasta aniquilar a Crisje con la mirada. Y por raro que parezca, ¡la vieja borracha lo veía y sentía! Así que esa vieja borracha tampoco era tan insensible. A eso se sumaba que la misma vieja borracha podía decir palabras duras y atinadas que salían volando de su boca como si las pronunciara un juez, y por lo general con ellas se las tenía que arreglar Trui. Trui no podía con la viejita borracha, aunque siempre tuviera listas sus palabras. Era demasiado escurridiza y aguda para ella. Una vez, cuando Trui pensó poder atrapar a la mujercita, oyó:

—Vamos a construir un mundo solo para ti, entonces podrás retorcerle el pescuezo a toda la gente y tendrás tu reino para ti sola, ¿te parece?

Luego siguieron algunas otras cosas, y Trui oyó:

—¡Mejor deberían de legarteeeee...!

Y quien entendía eso, en efecto se asustaba, pues ¡tenía que ver con tener hijos!

Trui grito:

—¡Por mí, revienta; al diablo contigo, vieja de mierda!

De no haberse apresurado Trui para salir de allí, la señora De Man le habría mandado su perro negro, temido por todo el vecindario. Héctor no se andaba con chiquitas. El perro siempre estaba encadenado porque mordía todo lo habido y por haber. Muchas pantorrillas humanas ya habían tenido que pagarlo caro, y se había tenido que llamar al médico. Era tan traicionero que incluso Bernard le tenía respeto. Pero lo más asombroso era que Jeus podía retozar con Héctor cuanto quisiera. El perro no le hacía nada, ¡al contrario! Héctor ya aullaba cuando Jeus salía de casa por la mañana. Y lo primero que hacía Jeus era saludar a Héctor. La señora De Man no perdía de vista ni a Héctor ni a Jeus, porque no confiaba en su perro. Hoy se portaba bien, mañana te mordía, y así la metería en líos a ella también. La señora De Man no quería tener que ver con nadie, solo con Crisje. De vez en

cuando llegaban a tener una conversación. Pero Crisje no entendía de dónde esa mujer sacaba esas palabras. Nunca en la vida, por más años que tuviera, Crisje había escuchado hablar de “legrar hasta vaciar”. ¡Las cosas en las que pensaba esta vieja! Trui reventaba de veneno, le afectaba tanto que pasaba días enteros llorando, y Gradus tenía que dar con los puños en la mesa para tranquilizarla. Pero Gradus nunca se llegaba a enterar de lo que le pasaba en realidad. Trui era lo suficientemente inteligente como para no decir nada, y tal vez Gradus entendió que la señora De Man había dado en el blanco.

Pero Héctor seguía meneando la cola, y la señora De Man seguía mirando. Desde entonces, ¡Trui vivía en pie de guerra con la vieja borracha! Crisje pensó, ‘yo prefiero a esa vieja borracha’. Trui no tiene vida. Aquella nunca está contenta, con nada. Trui tenía líos con todo el mundo. También con Crisje, y ahora además con los granujas, a los que no se le veía fin, y que bien podría durar toda la larga vida. La vida no era más que una gran porquería, la vida era desagradable. No tenía nada de gracia, nada. A Trui la vida le importaba un comino. ¡Estaba harta! ¡Hasta las narices! ¡Le daba nauseas!

Jeus ha descubierto otra cosa. ¿Por qué Crisje no se lo contó antes? Cómo él no había pensado en esto. Ve las palomas volando. Están sentadas encima del tejado, pero bueno, eso es demasiado alto, y se lo advirtieron. Pero allí hay unas escaleras. Si subes con cuidado, ya vas llegando cada vez más arriba, y pronto asomará la nariz respingona por el ático, donde viven esas palomas y donde revolotean en su propio mundo. ¡Donde zurean y se aparean, ponen huevos y crían pollitos! Jeus va trepando las escaleras. Encuentra el palomar, mira ese mundo, manipula la pequeña puerta hasta abrirla y ahora está en un mundo de Nuestro Señor. De inmediato puede agarrar algunas palomas jóvenes, y las besa. Qué hermosos animales son, no cabe duda. Las vio en aquel otro mundo. ¿Por qué no salen volando? ¿Por qué no van a posarse en los árboles? No las va a ahuyentar, quiere jugar con las palomas. Ojalá estuvieran aquí José y los niños. Ahora Jeus puede mostrarles algo. Ahora él también tiene algo y no se queda con las manos vacías. Y como si tuviera que ser así ve a su amiguito un poco después. José admira las palomas. Jeus tiene largas conversaciones con su amiguito.

—¿Entonces? ¿Qué dices de mis palomas, José? ¿No son bonitas? ¿No tiene esta de aquí lo que tienen allá contigo? Solo mira este fino cuello. ¡Y estas alitas, estos ojitos! Y este piquito. ¿Esto azul, alrededor de su cuello? ¿No te llevarías algunas, José, para dejar que vuelen allí?

Jeus empieza a cansarse. Se acuesta y duerme. Ahora vuela entrando al espacio, siguiendo a las palomas en su vuelo. ¿Qué clase de mundo es este? Imposible hartarse de él. José ha desaparecido. De pronto ya no está. Pero todavía están allí las palomas, aclamándole para que las siga, y solo puede hacerlo cuando duerme. Jeus quiere elevarse mucho, hasta lo azul de allí. Da

una voltereta. Exactamente como las palomas, aquellas de allí, con su crestita en la nuca. Son unos animales hermosos. Y aquella de allí, con su bella cola, se parece a una de esas que gorjean. Un animal que vio y oyó, allí, donde ese granjero, que tiene dos de esos. Johan les dio un nombre. Jeus ya no se acuerda de cómo se llaman. Pero entonces, de repente, le vuelve la palabra. Alguien lo está diciendo. “Son pavos, Jeus...”, pavos... pavos... Muy bien, así no lo volverá a olvidar nunca más. Y esta noche, Jeus habla de pavos... Le parecerá divertido al Largo. Si se acuerda, de lo contrario será más tarde, probablemente mañana, y entonces será para Crisje.

Jeus vuela por el espacio y al mismo tiempo duerme. Volar en el espacio pasa solo, sin hacer nada... Jeus se va a dormir, se acuesta y... ¡Aúpa, allí ya va! Come con las palomas el alimento de la tierra, anda picoteando un poco, a gusto, siente cómo han asimilado eso. Todo es diferente. Las gallinas son exactamente igual, pero no saben volar. Los conejos comen de otra manera. Los perros también, ¡Fanny también! Fanny, que lo busca en todas partes y que lo encuentra arriba, ya está aullando. Pero eso no despierta a Jeus. Crisje se da cuenta de que en estos últimos días no le ha hecho caso al perro. El niño tiene ahora tantas cosas en qué pensar y primero tiene que asimilarlas. Aun así, Fanny no le quita ojo ni un segundo a su amo. Pero Bernard reclama esa vida para sí y a Johan no le importa, porque Bernard piensa que es él quien hace e inventa juegos; Johan puede seguirlo. Bernard ya dijo: Jeus puede hacer con Fanny lo que quiera. Pero él tiene otras cosas de qué preocuparse. Y hay más cosas que ver en el mundo que solo perros. No puedes dar un paso sin encontrarte con un perro así. Lo que le llama la atención a Crisje es que Fanny ahora ya no se acuesta frente a la cuna. Gerrit no significa nada para Fanny. Qué raro es, ¿no? Todo es diferente, los niños, el perro, lo que hacen y deshacen, todo, está allí o no está. Pero van creciendo, ¡y la vida sigue!

Crisje no sabe cuánto tiempo estuvo dormido Jeus en el palomar, pero ahora ya está allí nuevamente el Largo y pide la atención de los niños. Se da el toque para pasar lista. Falta uno. Cómo se pone el capitán. Se tiene que volver a dar el toque, otra vez falta Jeus. ¿Dónde está Jeus, Cris? Crisje tiene que pensar. Sí, estuvo ocupada. No puede pasarse el día persiguiendo a Jeus. Tiene bastantes cosas que hacer. Por el nombre de Dios, Hendrik, no se vaya a repetir el drama de anoche, le quita el sueño a Crisje. Ahora a buscar a Jeus. Espera un momento, Johan lo vio merodeando por allí y por allá. Cuando Johan estaba aquí, y fue alrededor de tal hora, Jeus estaba aquí en la parte de atrás... ¿Y dónde si no? Ni Crisje ni Johan lo vio fuera. Johan ya sabe.

—Mejor ven, mamá, ¡ya lo sé!

Y en efecto, Jeus está dormido en medio del palomar. Solo ahora entienden a Fanny. Fanny iba y venía corriendo, de la parte de atrás hacia delante. Pensaban que Fanny quería ayudar a buscar, pero el animal quería mandar

a la familia arriba, aunque no entendieran al perro. Tampoco es tan sencillo. Para eso debes tener un cerebro de perro, o saber percibir exactamente lo que quiere ese perro. Jeus sabe hacerlo ya, y es por eso que puede hablar con Fanny.

Crisje levanta al niño, Jeus se asusta. ¿Eso es asustarse, Hendrik?

—Duerme con los ojos abiertos —dice el Largo, sorprendido. Y Johan no ha visto algo así en toda su vida. Para él es un milagro. Jeus mira a su alrededor, confundido, y empieza a gritar. No quiere irse de donde están las palomas. Está mejor aquí que en ningún otro lado. Jeus patatea, se siente arrancado de su mundo hermoso, pero no puede resistir la violencia del Largo.

—¿Cómo llegó allí, Cris?

—Creo que esta tarde, Hendrik. ¡No lo había visto allí antes!

Jeus grita:

—¡Déjenme, rayos, déjenme! Suéltenme, pavos..., pavos... ¡Suéltenme...!

El Largo por poco se muere de la risa, Crisje no entiende de dónde saca Jeus eso de “pavos”. Pero entonces les dice Johan que vio los pavos de Hakfoort. Pero hace mucho tiempo, por lo menos hace cuatro días... El niño come a gusto. Crisje se siente feliz, siempre que quieran comer, todo está bien. El resto ya viene solo. Y saben hacerlo, solo Jeus le causa problemas a veces, sueña y piensa demasiado. Cuando el Largo se entera de que Jeus se pegaba en la cabeza porque no podía pensar, no puede evitar sonreír, a pesar de todo. Eso sí que es materia de reflexión. ¿Qué tipo de niño es? ¿Qué quiere hacer un niño así desde ahora? ¿Alguna vez en la vida lo has visto? No, nunca jamás, pero en ningún caso son tonterías, eso lo siente el Largo y lo sabe Crisje. Este tiene demasiada sensibilidad, sabe pensar demasiado fuerte; lo que le sobra a este les hace falta a miles de niños. Lo tienes o te falta un pelo para tenerlo. ¡Jeus lo tiene!

Jeus está acostado en su camita, pensando. Solo, qué gusto. Le da igual lo que tengan que decir allí en la cocina. Hendrik le dice a Crisje:

—¿No va siendo demasiado mayor, Cris? ¿No será hora de que duerma en otro lado? ¿Es demasiado despierto para mi gusto, Cris!

—Vamos a esperar un poco más con eso, Hendrik.

Y cuando siguieron conversando otro rato, casi media hora, ya se habían encontrado con otro problema nuevo, y Crisje supo “que todavía no puede dormir solo, porque dormido baja de la cama para salir por la puerta de la cocina e irse en línea recta al ático”.

El Largo dice:

—Cris, es sonámbulo. Sube al ático con los ojos abiertos. ¿Puedes creerlo?

El Largo quiso agarrar al niño, pero Crisje lo detuvo.

—No lo toques, Hendrik, pueden asustarse tanto que se mueren. Déjalo un rato a su aire. Si levantas a un sonámbulo, Hendrik, le afecta los nervios y

puede darle mil cosas, me lo dijo mi madre y ya me han hablado tanto de eso.

Crisje y el Largo siguen al niño. Subiendo las escaleras, con mucho cuidado. Muy tranquilamente, más y más hacia arriba. Jeus está arriba. El niño no ve a nadie. Tampoco al Largo. Jeus lo pasa rozándolo, abre el palomar y se acuesta. ¡El niño está dormido! Lo miran por un momento, siguiéndolo en este extraño sueño. El niño dice algo entre dientes, habla con los animales. Oyen:

—¡José, Largo...!

De pronto, Crisje dice:

—Ahora puedes levantarlo, Hendrik.

—¿Cómo lo sabes con tanta seguridad, Cris...? —pregunta el Largo.

—No lo sé, pero lo siento.

El Largo levanta a Jeus, el niño sigue durmiendo tranquilamente. Lo deja en su camita. La vida sigue durmiendo. El Largo no entiende nada. Sí le dice a Crisje:

—Eso lo tiene de mí, ¿verdad, Cris?

—¿De ti? Por todos los cielos, Hendrik, solo te falta andar de sonámbulo.

Es demasiado para Crisje, pero ríen de buena gana. Eso no, no, eso no. Entonces, el Largo poseería demasiados dones, y entonces ya no tendrían fin. Crisje todavía añade:

—Si también vas a empezar a andar de sonámbulo, Hendrik, más me vale prenderle fuego a la casa, porque entonces no quedará nada de ella de todos modos.

Es una gloria, Crisje. El Largo ríe. Hace mucho que no se ha reído así. ¡Esa Cris! En comparación con ella, las tonterías cotidianas de Gerrit no son nada. Esto vive y sale directamente de esa camita. ‘No, no tiene nada mío’, piensa el Largo, ‘nada, pero ¡tal vez sepa cantar!’.

Crisje, que ahora también se ha acostado para descansar, repasa en pensamientos lo que se le concedió nuevamente recibir hoy. El Largo ya está dormido. Gerrit y Jeus duermen justo frente a ella, los otros dos están en el lecho en la otra habitación. La mejor habitación, donde nunca entra nadie y donde están las estatuillas sagradas de María, Nuestro Señor y José. La Sagrada Familia, un conjunto hermoso, por el que pagó muchísimo dinero. Pero ¿quién no tiene a la Sagrada Familia en su casa? Esos no son seres humanos, no son creyentes, no tienen nada. Todavía no puede dejar solo a Jeus. Pero cuando haga falta, Hendrik tendrá que construir una pequeña habitación de madera en el ático. Entonces, Johan y Bernard pueden mudarse a arriba. No hay lugar en otra parte. Crisje siente que aun así será peligroso. Jeus ya mira a Crisje como si el niño viera ¡más que personas adultas. ¡Y eso da miedo! ¡Es horrible! Pero ¿ella qué quiere? Crisje siente que el niño llega a las personas desde los animales. Cuando los animales han contado todo sobre ellos mismos, siguen las personas, ¿y luego? Sí, ¿luego qué, Crisje? Crisje se graba en

el cerebro que entonces Jeus tiene que salir lo antes posible de la habitación. ¡Lo antes posible! Le sabe preguntar ya cosas en las que Johan ni siquiera piensa todavía. Bernard es diferente, él sí ve muchas cosas, pero no pregunta nada, él tiene un mundo suyo propio, se ayuda a sí mismo. Crisje piensa que más vale que pregunten todo. Entonces no andan merodeando así, solos, y puedes ayudarlos un poco. ¡Así van creciendo los chicos! Se van haciendo más grandes y ágiles, andan de una parranda en otra, miran toda clase de cosas y hacen travesuras. Bernard ya estuvo tres veces frente al sótano. Aun así todavía no ha tenido que bajar. Sí, están asustados, pero los chicos se van haciendo mayores, y los males peores. Esos cerebritos se extenuan para saber todo y más acerca de la vida. Esta vida, repleta de colores, que Trui ya no ve, pero que según ella ya no vale un centavo.

Pero ¡eso es tentar a Dios! ¡Esto va demasiado lejos! La vida es imponentemente hermosa si tan solo puedes convertirla en eso, si tan solo quieres ver esa belleza, de lo contrario tú mismo serás una de esas gallinas desplumadas. ¡Una que no quiere poner huevos, que no puede ponerlos! Que está gastada y se irá a la cazuela. Por cierto, es verdad, se acuerda de pronto, esa blanca come que da gusto, pero ya no da huevos. Es para el domingo. Me tengo que acordar, mañana, entonces Hendrik puede desplumarla. Muy cierto, entonces tampoco tengo que comprar carne para la sopa, ¡así tengo de todo!

Ahora Crisje no podrá volar, la gallina la mantiene en la tierra, las cuestiones materiales reclaman su completa atención. Pero un sueño sano también es una gracia, ¡y la recibe! Allí fuera, algo sigue silbando, pero está lejos... Pareciera como si la pocilga estuviera abierta, pero no puede ser, ella misma la cerró. De lo contrario, ya no queda nada.

Las palomas siguen zureando, es un mundo raro. Nunca se cansan de aparearse. ¡Es el mundo de Jeus! ¿Por cuánto tiempo más? ¡Luego será Crisje! ¿Y después? Dios santo, ya ve y oye al niño. Mamá, mamá, mamá... ¿Qué es eso? Y ¿por qué hiciste...?

En el nombre de todos los ángeles, socorro, socorro. ‘No puedo con esto’, reza Crisje, ‘pero también entonces ¡seguramente recibiré ayuda!’.

Hoy es jueves... es perfecto... el domingo comeremos caldo de gallina.

¿Es cierto que robas?

Una vez a la semana, en un día fijo, los mendigos se acercan a la casa de Crisje para recoger su sencilla comida, que Crisje prepara entonces para los pobres y que sirve festivamente. ¡El Largo lo sabe! Todo el mundo lo ve, para muchos es una locura, pero, a fin de cuentas, es cosa de ella. No hay nadie más en este vecindario que quiera hacer el esfuerzo, por más que hagan creer a otros que se rascan el bolsillo para ayudar y apoyar a ese mundillo de mendigos. Al otro lado de la calle, donde sin embargo vive un granjero rico, nunca se les da nada, ni un centavo. Por cierto, Crisje ya lo sabe desde hace mucho, es tacaño como él solo. Y en efecto podría hacer más que ella por esos infelices, que no habían pedido tener que andar gorroneando así por las calles. Siempre a la intemperie, en invierno y en verano. Allí están, y están sentados en la mesa de Crisje. Pero son personas honestas, ella no se ocupa de canallas, ¡eso es apoyar al diablo! Entonces igual podría estar confesándose día y noche, y el señor párroco podría decir: “Crisje, tienes que evitar esos pecados, exageras! Si ya conoces a tu gente”.

Crisje opina que por los pobres se hace muy poco. Claro que entre ellos hay viciosos, personas que te engañan y que solo lo hacen por la rica comida. Por lo demás les importas un carajo. Por más que le doliera, a algunos de esos tipos los puso con los pies en la calle y ya no vuelven a entrar. Los que vienen ahora son gente buena, según ella, que se han adaptado y que saben exactamente cómo quiere Crisje que se hagan las cosas. Rezar antes de comer, comer decentemente y darle las gracias a Nuestro Señor por todo. Si no quieren hacerlo, deben darse media vuelta y largarse. “Allí está el resquicio de la puerta... ¿entendido?”.

Tampoco ve ya al hombre que se acaparó de su marco. Hace algunos días, cuando tenía que pasar donde Theet para comprar algo de comida, lo vio, pero se fue corriendo. A Crisje le dio risa, qué cagón. De una vez para siempre, ¡ya no le daría ni un centavo! Pero ¿qué son? ¡Cucarachas! A Crisje solo podías tomarle el pelo una sola vez, después ya no. No vuelvas nunca. Entonces no conocía la misericordia, los engaños le parecen terribles, y los robos todavía más. Y es que sabías que quitabas cosas que le pertenecían a otro. Entonces que los encerraran, tenían que estar en prisión. ¡En eso tenía razón Trui!

Aquí en el vecindario, la gente daba muy poco. No había que buscarlo lejos de ti mismo. Lo que vivía aquí iba a la fábrica de escobas o a Emmerik, y los que eran ricos se sentaban encima. Todos esos tenderos, que se forraban con lo que gastaban los pobres, los obreros de las fábricas, ¡vaya gente, no daban

nada! Pero ellos mismos comían bien con eso. ¡También de los obreros de las fábricas! Esa gente vivía en casas hermosas, tenían cositas y chucherías para ellos mismos, iban a (la comarca de) Montferland los domingos para beber y comer allí. ¿De qué? ¿De los pobres! ¡No había que dejar que esa gente ganara un centavo más! Te pasaban por el lodo detrás de tus espaldas. Con solo salir de su puerta, por ellos podías reventar; ni una de esas personas verías detrás de tu ataúd; no podían, no tenían ni el tiempo ni los sentimientos para eso. No tenían nada, solo sus posesiones terrenales. ¡Y aun así en la iglesia se sentaban en la primera fila!

Sí, eso sí que era algo, pero no era asunto de ella. Sabes, esto es en lo que Crisje anda pensando de vez en cuando. Los ricos estaban con las narices encima de Nuestro Señor. Los pobres podían buscarse un lugar detrás de uno de esos gruesos pilares. Era más barato. Pero para Crisje, Nuestro Señor estaba en todas partes, aunque muchos otros, a su vez, no lo entendieran, y entonces culpaban a la iglesia. Y eso no era cierto, ¿qué culpa tenía la iglesia de eso, de que unos fueran ricos y otros no poseyeran nada? Se lo debía la gente a ella misma. Entonces más valía que se encargaran de ganar más y de no ser tan perezosos y... de aprender a pensar mejor. Y luego había otra cosa imposible, no todos podían poseer una taberna, ¿no? Entonces habría más tabernas que casitas, y sería un caos total.

Tenías que estar contento con aquello que poseías. Si podías hacer eso, entonces la vida era pura alegría. Cada día, cada hora, fuera noche o día, no había cambio. Porque estabas encima, ¡eras tú mismo! Vivía en ti y no fuera de ti. No estaba a la venta y uno de esos lugares ricos y bellos en la iglesia no tenía nada que ver con eso, nada. Solo es imaginación y por eso no tenían por qué mirar con cara amargada al señor párroco.

Las barbas de varios días y las espaldas encorvadas han ocupado sus lugares. Crisje ha llenado los platos; ha empezado el banquete. Fuera hace frío, porque ya es otoño otra vez. Jeus mira a los tipos, mira las pústulas, esos pelos de barba y los labios colgados. No llevan zapatos, ni siquiera zuecos decentes. “Los ratones están muertos frente a la alacena”. Pero bien que hacen ruido al comer. Y que se manchan. Tan solo mira bien esos hocicos grasientos.

Crisje corre de aquí para allá. Reparte tocino grasoso. Las papas (patatas) de cultivo propio entran que da gusto. Jeus piensa, ‘¿no ven esos hombres que hoy comen una papa (patata) de las mejores que hay?’. Oyó que son rojas, pero no se logra enterar de lo que significa, y por eso le pregunta a Crisje:

—¿Qué tipo de papas son estas, mamá?

—¿Qué quieres saber?

—¿Que qué tipo de papas son, mamá?

Jeus recorre la fila con la mirada. Crisje no le contesta. Jactarse de cosas

que regala es algo que ella no hace. Agradece demasiado que esas personas vengan a comer a su casa.

—Oh —suelta Jeus de repente—, ya lo sé. Hoy están comiendo papas Eigenheimer.

A los hombres les da risa, y miran a Jeus amablemente. Uno de ellos mira a Jeus con más detenimiento y luego dice para gran alegría de Crisje:

—¡Qué ojos tan bonitos tiene, Crisje!

—Sí —dice Crisje—, es cierto, mi Jeus tiene bonitos ojos.

Pero los hombres todavía disfrutarán esos bonitos ojos. Jeus repasa toda la pandilla con la mirada. Los sigue uno por uno. ¡Es como si esta vida mirara a través de las paredes de un cuerpo así, y como si viera entonces lo que está a la venta allí dentro y si el propietario ocultó en algún rinconcito algo que no soporta la luz del día! A Jeus le gusta mecerse, pero este mecerse dentro de las personas sí que es algo particular. Sabe hacerlo con mamá también, aunque Crisje no lo haya vivido todavía, o por lo menos no lo haya comentado abiertamente con él. Jeus ve de todo en Crisje. Sabe hacerlo con quien sea, también con su padre, con Johan, Bernard y la tía Trui. Con quien sea. Últimamente da un salto y entonces está en el centro de esa tienda humana. Es enorme lo que ves entonces. No es tan fácil de imaginar. Primero debes saber todo al respecto. No se puede poner nombre a estas cosas. Pero Jeus sabe lo que es mangar. Y uno de esos hombres manga... Es exactamente lo mismo, según mamá por lo menos; quitarle cosas a otro, que por lo tanto no te pertenecen. ¡Eso es mangar!

Jeus le acaricia la espalda a Fanny y mira. Allí está, apoyado en la jamba de la puerta. ¡Sigue a los hombres! Sale de una tienda para volver a entrar a otra. Esas puertas no causan problemas. Ninguna puerta de esas tienditas está con llave. Por qué lo hace esa gente, parece muy peligroso, pues por la noche mamá cierra con llave todas las puertas. Incluso a la pocilga y al gallinero les toca su turno, y eso también es por aquello de que mangan; por la gente que es de manos largas. ¡Eso es robar!

Ahora la gente tiene abiertas sus puertas de par en par. Y tampoco hay oscuridad. Siempre hay alguna lucecita, a veces muy tenue, pero nadie está en la oscuridad. Los hombres comen. Crisje los mira complacida. Le alegra que la gente pueda comer con tantas ganas. Cuando Bernard llega a casa, anda despoticando. Bernard no aguanta a esos pordioseros. Lo que más le gustaría al chaval es sacar a toda esa chusma de una patada. Pero Bernard no tiene suficiente edad para cambiar algo en esto. Son asuntos de sus padres. Pero ¡si pudiera...! A Johan no le importa, pero ninguno de los dos está en casa cuando se acerca el momento, y la cocina de madre Crisje es una feria de pulgas que da gusto. Así lo llama Trui entonces, y tal vez incluso tenga razón. Los chicos mayores van y vienen. La mayoría de las veces no paran por allí.

Jeus está allí y piensa que es una verdadera fiesta, porque puede trepar a esos corazoncitos, mirar lucecitas y salir y entrar cuando quiera, y sin que nadie lo pueda ver. ¡Porque el propietario está más ciego que un topo!

Jeus ve que un ser humano es como una casa, como un topo debajo de la tierra, esos bellos animalitos negros, de los que Bernard atrapó uno poniendo una pala en la tierra, poniéndole así un alto al animalito. Pero al mismo tiempo también estaba casi muerto.

—Esos —le dice Bernard a Jeus— si tan solo los puedes agarrar un momento de la nariz, ya quedan molidos. Mira tú mismo, ¡este ya incluso se destruyó!

A Jeus le pareció espantoso. Sentía el calor del animalito, se lo ponía contra la mejilla, muy a gusto. Por dentro todavía se sentía tic... tic... tic... Luego se detuvo. Y enseguida esa deliciosa lanita se puso fría como el hielo. No, no era eso, no era como hielo, esa pielecita se mantuvo caliente. Bernard dijo que valía quince centavos, y una hora después andaba masticando dulces. No le habían dado quince centavos por él, sino siete y medio. Y esos dulces eran ricos, los podías chupar, o bien cacahuetses. Dos por un centavo, bien fritos en azúcar blanca y dura. Con cacahuetses por dentro, no te hartabas nunca de eso. ¡Las cosas que ya sabía Bernard de la vida! ¡Él, Jeus, se quedaba boquiabierto ante eso! Pero de topos había aprendido todo, ¡todo! ¿Por qué esos animales vivían debajo de la tierra? Así era la gente también. También vivían en la oscuridad. Estos de aquí no veían que entraba a su casita con una pala y que podía hacer lo que quisiera. ¿No lo sabían, entonces?

Luego estas reflexiones y la comida se interrumpieron bruscamente. De pronto ese tipo oyó:

—¡Ya no debes robar!

Los hombres dejan de comer. Todos al mismo tiempo miran a Jeus.

—¡Este es, mamá, este que pensaba que tenía unos ojos tan bonitos!

Crisje no duda un segundo de la verdad. Está temblando. A Johan y Bernard no los habría podido creer nunca, pero esto es otra cosa, ¡es Jeus! El anciano empalidece. Casi se atraganta con su papa y se niega a seguir comiendo. Dentro de él algo revienta y ahora hay cosas cayéndose. Se hace ruidoso, la casa en su interior está patas arriba. Crisje le pregunta sin rodeos:

—¿Es cierto? ¿Robas? Si es así, ¡mejor te largas! No queremos tener nada que ver con rateros.

¿Será que el hombre quiere de pronto mejorar su vida, o que siente que se acerca su final? Puede ser que sea un dictamen para Nuestro Señor, porque hay un niño involucrado. También puede ser que este mismo hombre, si lo sorprenden in flagranti, posea la sensibilidad y la razón correcta para reconocer su culpa, porque sienta que de lo contrario las cosas empeorarán todavía más, y que ahora quiera salvar lo que se pueda. El hombre dice con

honestidad:

—Sí, tía Crisje, pero no lo volveré a hacer, ¡nunca más!

Crisje siente un respeto sagrado por esto. Esto es tan imponente para ella y para su Señor, la iglesia y su personalidad, que puede perdonarle a este mismo hombre todo, absolutamente todo. Así que lo oye de inmediato, se escucha:

—Que Dios te bendiga si dices la verdad honestamente y hablas en serio. Te digo que nuestra puerta no está abierta para mentiras y borrachos y rateros, de lo contrario, mi esposo me insultaría, y con razón. Pero ¡todavía estoy yo aquí! Y además, puedes terminar en prisión y encima todavía está el purgatorio. Allí ardes toda tu vida. ¿No habría que pensar en eso un momento?

Crisje oye:

—Sí, tía Crisje... Sí y sí...

El hombre contesta a todo... “sí y amén”, porque sí que lo han agarrado. Lo está apretando la tuerca. Hace calor aquí, el sudor le va goteando de la cabeza.

—¡Mucha vergüenza le debe dar! ¿Acaso también habías robado las manzanas y los huevos que me regalaste cuando tuve que guardar cama para tener a Gerrit? ¿Me hiciste comer bienes robados? ¡Dime! ¡Qué vergüenza me parecería! ¿Entonces? ¡Di algo!

El hombre no puede pronunciar palabra, Crisje.

—Lo hubiera tenido que saber, hombre, pero gracias a Dios. Le volví a regalar esos huevos a otro pobre. Es que nosotros tenemos nuestras gallinas. Si me vuelves a hacer esa mala jugada, ya no podrás venir aquí. ¿Lo entendiste?

—Sí, tía Crisje, ¡claro!

Ese maldito mocoso. Jeus sigue a otro y pregunta por qué ese hombre no trae su perro algún día, entonces podría jugar con Fanny. Crisje siente que Jeus se ha hecho con otra víctima. Mira a través de esas personas, sabe cómo piensan y sienten, las conoce.

—¿Tienes un perro? —pregunta Crisje con curiosidad.

—Sí, tía Crisje, y hermoso, además.

—Entonces es cierto, ¿verdad? ¿Lo traerás algún día?

—Sí, tía Crisje, con gusto, ¿si se puede?

Jeus ve que cuando ese hombre se ríe, dura una eternidad hasta que la cara vuelve a su normalidad. A Jeus le cae bien, pues tiene lo mismo que él. A Crisje también, es buena persona. Entre los otros siete hay unos sinvergüenzas. Se comen su comida haciendo ruidos y no se atreven a mirar a Crisje ni a Jeus. Algo les pesa en la conciencia. Jeus mira, le pregunta a un hombre si le pegaron y si su mujer empina el codo como una hereje. Cuando Crisje le pregunta al hombre si es cierto, la vida confiesa que no le va tan bien y que

prefiere salir de su casa. Porque allí siempre hay pelea, siempre hay miseria. Ya no puede vivir allí, y por eso este hombre vagabundea. Y luego Crisje oye:

—Sí, tía Crisje, ¡me largué!

—¿De tu propia mujer?

—Sí, tía Crisje.

—¿Tan mal estaban las cosas?

—Sí, ya no aguantaba más.

—¿Y ya nunca vuelves a tu casa?

—No, tía Crisje, ya no me atrevo a ir allí. Me saca a patadas y me arroja de todo a la cabeza. Ya no tengo vida allí.

—Eso es malo, es terrible, y más en la vejez, ¿no? ¿Sabes rezar?

—No, no lo aprendí.

—Pero tienes que rezar, hombre, a pesar de todo; sin rezar no vas a lograr nada, entonces los cielos se te mantendrán cerrados.

—¿Y cómo lo hago entonces?

—Lo puedes hacer como hablas conmigo ahora, eh, eso sale solo. Nuestro Señor te va a oír, sin duda, y entonces es una oración, y siempre son oídas. Pero lo ayudaré, mejor empezamos de una buena vez.

A los mendigos no les queda otra que secundar a Crisje, aunque no tengan muchas ganas, ya hace mucho tiempo desde que juntaron las manos para dar gracias. La vida ruda los ha alejado violentamente de eso. ¿Y qué es lo que quiere hacer esa mujer con sus almas? La comida es buena aquí, no cuesta un centavo, pero ¿encima rezar? Uno mira el suelo, otro se pregunta cuánto faltará mientras juega con los dedos. Crisje mira a los hombres. Pero esto no funciona así. De rodillas, de rodillas, y deprisa.

—¿Así quieres darle gracias a Nuestro Señor? Eso Él no lo acepta. ¿Y tu respeto? ¿Cómo no sufrió Él por nosotros! La gente lo crucificó, por eso este mundo es tan miserable, ¡esos tontos!

Crisje preside la oración para los hombres. Reza, suplica por esa persona, por que ese hombre pueda volver a su casa y por que su mujer se arrepienta. Crisje piensa en todo, es una oración más que sencilla, pero sale desde muy dentro de su corazón. También es inmaculada, el señor párroco no sabría hacerlo mejor; su confesor lo sabe desde hace ya mucho tiempo. Crisje también dice en la oración que no quiere echar margaritas a los puercos, que siempre, como pasó ahora por medio de Jues, se le conceda ayudar a los que de verdad son pobres, y que no entren a su casa rateros, borrachos o gentuza. Que no quiere ayudar a ningún diablo, a ningún satanás, por más que la visiten semejantes “reyes de pulgas”, eso no le importa nada, mientras sean buenos y honestos. ¡No quiere tener nada que ver con ladrones de cárcel! Este hombre sufre de epilepsia y eso es grave, Señor Nuestro, ¡es grave! Si es posible, Tú puedes quitársela, ¡para ti todo es posible! Y entonces se escucha el

amén, y los hombres se pueden levantar. Ya pueden volver a respirar, pueden volver si no quieren engañarse a ellos mismos ni a este mundo. De lo contrario, más vale que se larguen. Crisje no cocina para un mundo de hampas.

Los hombres desaparecen uno por uno, dando las gracias a Crisje de corazón. Crisje recoge todo. Cuando entra el Largo, todo está otra vez perfectamente en orden. El Largo nunca oye nada de esto, ¡porque es parte de su propia vida, su alma y su mundo! El Largo puede cantar y tocar el violín, Crisje cocina para los pobres y es todo lo que tiene en su vida, nada más, nada del todo. Pero esto es su gran felicidad. Sus ojos irradian alegría. Levanta por un momento a Jeus, qué rico. Él le da la vida. Vive debajo de su corazón. Donde esté Crisje, encuentra a su Jeus. Cuando el niño la sigue, a veces sus pequeños labios dicen:

—¿Estás contenta, mamá?

¡Entonces es como si fuera el mismo Señor Nuestro que ve cómo ella se sabe alegrar porque otras personas puedan olvidar un momento su miseria gracias a lo que ella hace y deshace!

—Bien que lo viste, ¿no es así, Jeus?

El niño responde:

—Sí, mamá.

No viene nada más. El chico no tiene conciencia de lo que es, no siente que esto sea algo particular. Todo es tan normal, pero Crisje sabe que eso no es así. Es oro, es luz, es más incluso que mil florines. Esto no está a la venta, no se puede aprender, es de Nuestro Señor y una enorme gracia. ¡Crisje sabe que por él no se tiene que preocupar en esta vida! Ve un camino abierto para él. Es seguridad. ¡No hay oscuridad que tumbará ni aplastará a esta vida! Esto es luz. Es vida, sosiego, amor, y no es misterioso en nada. ¡Basta que uno mismo quiera el bien! Y eso Crisje lo sintió en ella misma. Entonces, cuando vivía esa unión, cuando podían hablarse de corazón a corazón, cuando podía planear, vivir el silencio, rezar y agradecer a la vez, de modo que la vida podía llamarse bella. Para nada había dureza, incomprensión, malos pensamientos acerca de una persona. ¡Solo sentía un amor que lo abarcaba todo!

Cuando Bernard y Johan irrumpen en la casa, todo está en orden. Bernard ya está riñendo, pero cuando Crisje lo mira y le dice algo al niño, incluso Bernard inclina la cabeza y dice:

—Sí, mamá... Lo recordaré.

Crisje ve que Bernard no tarda en aceptar. Johan, que no sabe juzgar, lo percibe de otra manera. Crisje compara a los niños a través de cada acto. Los niños ya están teniendo una opinión propia, se muestran como son, así que Crisje ve que su vida habla.

—Mira, Bernard, esa gente es pobre.

—¡Sí, mamá!

—¿Puedes entender, Bernard, si fueras viejo y no tuvieras qué comer, que tú también serías feliz si hubiera gente que te diera algo de comer?

—¡Claro, mamá!

—Y sobre todo, Bernard, si te sacaran a patadas, si te engañaran delante de tus narices, si te fastidiaran, tanto que no te quedaría otra que huir, entonces le agradecerías a Nuestro Señor que alguien te sirviera una cucharada de comida.

—Sí, mamá, es horrible, ¿no?

—¡Así es, Bernard! Y así siempre tenemos que pensar las personas. ¿Pensabas, Bernard, que teníamos tanta seguridad acerca de nosotros mismos?

—¡Claro que no, mamá!

—¿Pensabas, Bernard, que podíamos vivir sin la oración?

—No, mamá, eso sí que no tiene un carajo de bueno, ¿verdad? ¡Está muy mal, mamá!

Crisje habría querido decirle a Bernard que por el nombre de Dios no pronunciara esas palabras estando Jeus presente, pero a Bernard ya se le volvió a olvidar, y Jeus no oyó nada. Crisje se rinde, Bernard puede decir lo que quiera. A Crisje y él los separa el sótano, y no le gusta nada a Bernard, ¡nada, Madre Crisje, nada!

—¿Qué hiciste, Bernard, todo este día?

—Estuve jugando un poco, mamá.

—¿A qué, Bernard?

—Un poco de todo, mamá. No sé decirlo así como así. Jugué a las canicas. ¡Y bien que gané, además, mamá! ¡Nada más!

A nada más, aparte de eso, a nada, Crisje. Bernard juega bien, Johan también. Pero nunca sabes lo que hicieron. Johan sí, porque se delata a sí mismo. No está mal, van bien las cosas, no tienes de qué quejarte. Pero cada día están más grandes. Aprenden mucho, adoptan mucho de la gente, ven cosas ricas que no puedes darles y que sin embargo desean tener. No roban, solo hacen travesuras, ¡nada más que eso, más que eso nada!

Cuando llega el Largo, están todos juntos. La comida está rica, comen con apetito. El Largo tiene que ir con su cuarteto. Crisje tiene toda esta noche para reflexionar gloriosamente. Una cosa todavía la desconoce, que la próxima semana podrá darles a los cerdos todas esas ricas papas. La mayor parte ya no volverá. Su estómago rechaza aquello por lo que debes rezar y lo que debes agradecer. ¡Todo! Para la mayoría, es demasiado difícil.

Dos vendrán, y luego ya vendrá otro más. ¡Los demás sucumbieron!

Y también ahora los ángeles velan por que a Crisje no se le engañe descaradamente. Jeus miró a través de los ojos de otro y ese otro tenía la misma perilla que el Largo... Solo que este llevaba una bella melena larga y se le llamaba de otra manera, por lo menos de otra manera entonces, cuando él tam-

bién era todavía una persona de verdad. Donde vive ahora no hay personas, por lo menos no como la gente se las imagina y de las que sabe que un triangulito se hacía cuadrado o esférico. Pero aquí, ¿quién entiende de las leyes dimensionales? Algún día, Jeus se las aclarará a Crisje, e incluso entonces seguirá siendo la sabiduría de otro, de este. El que... es solo luz y que quiere el bien para todos. ¡El hombre con la bella perilla y los hermosos bucles largos!

Las palomas también lo saben... porque vuelan, y todo lo que sabe volar se acerca mucho... Sube más, mira a tu alrededor. Cada paso cuesta un esfuerzo, Crisje. Pero ¡vale la pena! Ten el valor de seguir avanzando... Jeus está allí siempre, siempre. Ya nunca estarás sola, ¡nunca! ¡Lo verás por ti misma!

Oh, Bernard, ¡qué agradecida te estoy!

Cuando por la mañana el Largo y Crisje comentan algunas cosas antes de que Hendrik se vaya, Jeus siempre mira desde su rinconcito de la habitación a esos dos allí en la cocina, porque siempre hay algo adicional que se puede ver y oír, y para él es una verdadera fiesta. Las bromas que sabe gastar papá. Nunca ve a su padre con actitud seria; enseguida, cuando esté listo para partir, alzará a mamá por las alturas y esta recibirá tres besos, ya lo sabe Jeus. ¡Siempre es así! Cada mañana, papá no lo olvidará nunca. Y entonces Jeus oye que Crisje lanza pequeños chillidos, parecen unas risitas tontas... Claro que le hace bien a mamá y más adelante también lo va a intentar, solo que primero tendrá que ser más grande y fuerte. Le parece que debe valer la pena y lo hará también cuando luego esté casado con su propia mujer, porque para él todo eso es imponentemente hermoso. Cuando Jeus habló de estos asuntos con Bernard, diciéndole que le parecía tan imponente y tan bello, convencido de que Bernard seguramente no veía ni sabía nada de todo eso, en realidad Jeus se sorprendió bastante cuando resultó que Bernard ya lo sabía todo, y que incluso lo entendía mejor. Cuando Bernard dijo:

—Ya lo he estado mirando toda mi vida, ya lo he olvidado... —Qué cráter hizo en el mundo de sus pensamientos, tenía que reflexionar un momento sobre esto. A Johan no tenía que preguntarle nada sobre el tema, siempre se reía. Pero Bernard respondía a lo que fuera; para él, Bernard era el gran hombre que lo sabía todo y que le podía dar una respuesta clara a todo. ‘Tan solo mira a papá’, piensa Jeus. Esta mañana, papá está de un humor excelente, probablemente le parezca bien que se vaya a asomar allí un momento. Gerrit, que duerme al lado de Jeus, está quejumbroso, porque este, al colgarse tanto fuera de la cama, le quita todas las mantas y el calor, lo que a ese chiquillo engreído y de prontas reacciones le parece absolutamente innecesario. Gerrit también le pega de inmediato, por más pequeño que sea todavía, pues no lo tolera. Crisje ya sabe que Gerrit no se deja avasallar; está listo enseguida, y patea y pega donde pueda darle a su adversario.

Jeus le perdona mucho a Gerrit, porque ¿qué va a poder hacerles ese lelo? Es buen amigo de Bernard, a Johan lo tienes ganado de entrada, a él lo tienes siempre, se parece un poco a mamá. A Johan puedes hacerle lo que sea, si lo dejas en la oscuridad día y noche, en el sótano, por ejemplo, el niño se sienta tranquilamente a esperar. Aunque Crisje no quiera de ninguna manera que los niños estén enojados, le preguntó un día a Johan:

—¿Será que nunca te enojas, Johan?

—No, mamá... —salió por esos pequeños labios—, ¿por qué me enojaría?

Y allí dejó a Crisje. ‘Ese niño es demasiado bueno’, pensó, ‘y conocerá muchísimas dificultades en esta vida. Este niño es tranquilidad, agua quieta, nunca te dice una palabra dura. Nunca llega a perder los estribos; ¡una diferencia con Bernard como el día y la noche!’. El Largo también lo sabe, lo sabe de sobra, y le irrita enormemente, porque Johan no tiene nada de él y si quieres cantar, también tienes que tener algo más por dentro o te aplastarán contra el escenario.

Hace ya algún tiempo, Crisje le dio a entender al Largo:

—Mejor sácate eso de la cabeza, ese solo es capaz de agarrarse de mis faldas. ¡Aunque sea uno de los mejores que tenemos!

Y no había nada que el Largo pudiera oponer a eso, porque Crisje decía la sagrada verdad. A esto no había nada que oponer ni era posible cambiarlo. Era como si el interior siguiera durmiendo y no despertara nunca. Y es que el Largo molestaba demasiado al niño, según Crisje, pero ni eso servía. Johan seguía siendo tranquilo y siempre él mismo. El niño no reaccionaba a nada. ¿Y ese era precisamente su hijo mayor? Pero había otros tres, y ya venía otro más en camino, del que Crisje sabía, por los sentimientos que le daban y que nunca la habían engañado, que sería otro varón; más en particular de la horma de su Hendrik. ¡Sí, exactamente igual!

—Entonces mejor lo dejamos así —se resignó el Largo.

—Seguro habrá un cantante de ópera entre ellos, ¿no, Cris? ¿Tú qué piensas?

A Crisje le importaban un comino esos cantantes del Largo. Un buen oficio era mejor. Pero sabía que lo que el Largo no había podido realizar para sí mismo lo veía en sus muchachos e intentaba moldear algo de esos chicos que, pensaba él, seguramente estaría en sus manos hacer. ¿Cantantes?

—Son muertos de hambre —dijo Crisje—, hoy tienen algo que gritar, ¡mañana se pueden largar!

¿Y no era cierto, Largo? Lo que Jeus tenía, lo que vivía en Jeus, ¡eso sí que era algo! Pero eso no estaba a la venta y solo pocos niños lo tenían. Era lo más imponente que podía poseer un ser humano. Qué raro, eso sí que no lo veía el Largo, ni tampoco tenía el menor interés por él. No le llamaba la atención, pues colgaba entre el cielo y la tierra, y para el Largo era demasiado difícil y estaba demasiado alejado de su vida. No lo controlaba ni podía mirarlo. ¡Para Crisje era lo más elevado que un ser humano pudiera recibir de Nuestro Señor! Y a eso se sumaba además el carácter cariñoso del niño, esa deliciosa suavidad, los sentimientos cordiales, el pensar puro como de un adulto y el contacto con uno, que penetraba directamente dentro de la vida de uno, y ¡todo eso se le escapaba al Largo! No veía nada de eso, ¡estaba ciego como un topo!

Esta mañana, el Largo estaba cuchicheando con Crisje ¡como dos palomas

en el palomar, que día y noche estaban zureando! ¡El Largo ríe! Crisje suelta grititos. Jeus piensa, ahora puede suceder. Ya le gustaría estar un momento sentado junto al Largo. Una rica taza de café de mamá, allí entre los dos para absorber esas cosas tan de adultos, exactamente como papá, a quien le molesta su gran bigote.

—¿Puedo estar contigo, papá? Me quedaré muy quieto. Es tan acogedor allí contigo, ¿sabes?

—¿Lo oyes, Cris? ¿Desde cuándo ha crecido tanto?

—Las cosas que te faltan por vivir con él, Hendrik. Si yo fuera tú, me fijaría un poco más en su interior, en lugar de tanto escuchar las voces, ¡esto es algo muy distinto!

—¿En serio, Cris?

—Ya entiende todo, Hendrik. Puedes hablar con él como si fuera un adulto.

Jeus ya está en la mesa con su padre. Se toma su rica taza de café. Crisje le prepara una rebanada de pan. Se siente grande, en armonía con sus padres, y piensa en cuando llegue el momento en que él también tendrá que ir a trabajar. El niño desciende profundamente en esa vida y está allí sentado, ve al Largo como si el cielo y la tierra descansaran en su tejado. El Largo sigue al niño, pero no hay mucho tiempo, casi se tiene que ir. Jeus solo quiere saborear lo que se siente estando con sus padres en la mesa tan temprano. Quiere saber lo que siente el Largo, ahora que está a punto de marcharse. Como jefe de esta casita, con todos esos chicos, una mujer que pone café y que habla contigo; todo sabe tan imponentemente rico, ni siquiera el delicioso caldo de gallina de mamá puede con eso. En esto siente y ve de todo. El Largo disfruta su café, empuja su bigote hacia arriba y tampoco quiere ensuciar su perilla. Jeus lo ve y lo imita por un momento, poniéndose las manitas en los labios y agarrándose la barbilla, aunque no pueda terminar de hacerlo sin quemarse. El café corre por la mesa y Crisje ya se levantó de un salto para recogerlo todo.

—¡Por todos los demonios... —sale de la boca de Jeus—, qué cabrón seré...!

El Largo casi revienta de la risa. No se levanta brincando de su silla, sino que tiene algo rico para Crisje. Cuando él ha terminado de reír, Crisje oye:

—Ahora creo, Cris, que es especial. Sabe jurar exactamente como yo. Debo decir, ¡aprendió a rezar!

El Largo le permite a Jeus quedarse sentado. Crisje mira a Jeus como si tuviera que tirar de él para sacarlo del lodo, como si detrás de la casa, en medio de la pocilga, se hubiera hundido en la mierda hasta el cuello y ahora le tocara a ella sacarlo de allí. Es un golpe para Crisje, ¡es mucho más todavía! ¿Dónde aprendió Jeus todo esto tan de pronto? Ya hizo que Crisje se ruborizara, es un golpe, es un agujero en el que por poco se ahoga. Pero Jeus ya pide más café.

Todavía no ha absorbido en él todo lo de esta mañana. Gracias a Dios, papá no está enojado. No sabe lo que esto puede significar. E hizo reír a papá, ¡así que tampoco es grave! Pero ante Crisje, Jeus echó a perder todo. Para salvar lo que se pueda, y evitar que el niño se imagine cosas, le da a Jeus media taza, así podrá seguir disfrutando. El niño está ahora absorbiendo traguito tras traguito, gota tras gota. Pero el Largo ha terminado. Ahora Jeus ve, pues está muy cerca, que Crisje es arrojada por las alturas. Ahora mamá está suspendida entre el cielo y la tierra. Crisje recibe sus besos de papá y es tan imponente, algo tan especial, que Jeus no se harta de verlo. ¡Ya se fue el Largo!

Ahora que están a solas, Jeus oye:

—¿Por qué dices esas palabras tan asquerosas, Jeus?

El niño reflexiona, alza la mirada hacia mamá y pregunta:

—¿Son palabras asquerosas, mamá?

—Sí, claro, Jeus, está mal.

—Ah —se oye—, ¿está mal eso?

Pero Jeus aprendió un montón de palabras así. Si tan solo oyeras a Bernard, Crisje, le enseña de todo a su hermanito. Hay un momento de silencio, pero entonces sucede.

—¡Cómo sabe besar papá, verdad, mamá!

A Crisje le dan ganas de pegarse en la cabeza. Qué ideas las tuyas, de dejar al niño con ellos en la cocina, tan temprano por la mañana. Jeus reflexiona y Crisje también sigue cavilando hasta que Jeus la interrumpe.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué la gente dice “demonios”?

Crisje por poco se cae hacia atrás del susto, en pensamientos se persigna como un rayo diez veces y no sabe qué decir.

—Esa también es una palabra fea, Jeus, y ya no debes decirla, porque entonces haces felices a los diablos y más adelante irás derechito al infierno.

—¿Qué es el infierno, mamá?

—El infierno, bueno, es adonde llegan a estar todos los niños malos, ¡es como el sótano!

Jeus reflexiona un largo rato, Crisje también. Qué cosas, las seis y media de la mañana y ya hay alguien que quiere saber lo que es un infierno. Y luego además jurar así, es terrible. Jeus lo entiende, en el infierno hay oscuridad, una oscuridad tremenda. Y ahora sigue más acerca de lo que Crisje no debe formarse un pensamiento sagrado ni ilusión alguna. Ella también sabe que los niños aprenden precisamente las palabras que justamente no deben conocer. Pero esto ya es así desde que existe el mundo, y de todos modos es algo imposible de cambiar. Solo que ella nunca pudo, aunque de vez en cuando tengas que usar una palabra dura, pero eso no es jurar, es que el dialecto

es así.

—¿Por qué la gente dice “por mí, revienta”, mamá?

Por todos los cielos, ¿ahora qué? Esto sí que es muy grave. Crisje está indignada, ¿dónde aprendió el niño todo esto?

—Pero mi Jeus, ¡eso es jurar! ¡Es lo peor que hay!

Y como si Jeus sintiera que ahora pronto habrán terminado y ya no podrá preguntar nada más, sale rápido de su boca esto último:

—¿Y por qué la gente dice “vete a la mierda”, mamá?

Crisje está desesperada. Tendrá que confesarse por lo menos diez veces si quiere enmendar esto.

—Ahora mejor calla, parlanchín. Tengo otras cosas que hacer.

‘Qué raro, de todas maneras’, piensa Jeus, ‘que los adultos nunca puedan encontrar el momento de hablar contigo tranquilamente’. Se burlan de ti o no tienen tiempo. Bernard ya le dijo: “Son pretextos, claro, entonces se dan cuenta de que ya sabes todo sobre eso y se quedan con la boca abierta”. Y ahora su madre se quedó con la boca abierta. El montón de cosas que ya sabe Bernard de esta vida. Bernard sabe incluso más que Crisje, también más que papá, más que todas las personas. Ahora Jeus también lo sabe, no tiene que contar con Crisje, mamá no le contesta. Bernard todavía se lo había dicho:

—Ten mucho cuidado, Jeus. Si les preguntas algo que no quieren decirte, por qué, no lo sé... me falta enterarme, entonces ¡se quedan con la boca abierta o se alejan!

Y Crisje se había alejado. Ahora mamá no tiene tiempo para él, Crisje tiene un montón de cosas que hacer, pero ¡son cuentos chinos y una gran mentira! Ahora que aparecen Johan y Bernard están bien a gusto los tres y otra vez pueden charlar. Crisje oye que los otros dos saben todavía mucho más, y que se han apropiado de muchas otras cosas aparte de jurar, y no le queda más que admitir que ya no puede cambiar esto en nada. Pero este mundo está podrido, más podrido que el abono apestoso, quien trajo estas palabras al mundo es una mala persona. ¡Irá directo al infierno!

—Vaya —le dice Bernard a Jeus—, ¿quieres saberlo todo? Entonces hoy te daré una vuelta por la ciudad.

¿Cómo lo ves?

—¿Lo dices en serio, Bernard?

—Claro, si te digo algo, ¡puedes contar con que te voy a cumplir también!

Ves, así es Bernard. Jeus ya está listo, al rato se irán. Bernard primero tiene algunas cosas que hacer para sí mismo. Bernard ya se fue, Johan junta sus cosas y se va a la escuela. Alrededor de las diez, Bernard está listo para Jeus y se van a escondidas, pues mamá obviamente no lo aprobará, tienen que quedarse cerca. Bernard empieza a aclararle los alrededores a Jeus. Ahora están en medio de la calle Grintweg. ‘También vale la pena, sin duda’, piensa

Bernard.

—Este camino, Jeus, va desde aquí hasta el lejano Zeddam, y luego todavía más lejos. Si recorres esta camino, llegas a Aarem, y esa es una gran ciudad. Allí viven por lo menos mil personas. Allí es muy diferente que aquí.

—¿Cómo sabes todo eso, Bernard? —pregunta Jeus.

—Obvio, ¿no soy varios años mayor que tú?

—Es cierto. ¿Y te lo contaron a ti, entonces, como tú me lo vas a contar a mí?

—Esa es la cosa más sencilla del mundo, ¿no?, la gente aprende de los demás.

—Eso se entiende.

—Bueno, aquí en realidad no hay nada que ver. Esta es la casa de Hosman. Tienen vacas y caballos. De todo, es granjero. También tienen gallinas y un perro que puedes montar, pero es peligroso. Y no quiero tener nada que ver con él. Esa gente, Jeus, es más avara que nada. El queso más rico se lo comen solos.

—¿Cómo sabes todo eso, Bernard?

—Ya lo verás más adelante, cuando tengas que ir por leche, como Johan y yo. ¡Si pueden tomarte el pelo con la leche, lo hacen! Pero a mí no me lo hacen. A Johan sí, siempre lo engañan.

Tomados de la mano se dan una vuelta por la Grintweg. Bernard tiene algo en mente, y ya se lo mostrará a Jeus. Está un poco lejos de la casa, pero sin duda vale la pena. Bernard espera una admiración respetuosa por todo lo que ya sabe, no pide más.

—¿Ya has escuchado hablar, Jeus, como yo lo sé, de la “Cabaña de Sint de Tien”?

—¿Qué es, Bernard?

—Es más que tus búsquedas por Nuestro Señor, más todavía que todo tu jugueteo con esas pelotas, de lo que por cierto no creo lo más mínimo.

Jeus alza la mirada hacia su hermano. Ah, vaya, celos, Bernard está que no cabe en sí. Bernard persigue a Jeus y no lo ha olvidado. Oye y ve todo y sabe muy bien que mamá es creyente y que Jeus le ha robado el corazón, aunque sepa que ella no distingue entre sus chicos. Jeus se lo tiene que tragar.

—¿Dónde está Fanny?

Jeus se asusta.

—Qué bueno que no lo trajimos, Bernard.

—Déjalo... —le espeta Bernard—, ya es hora de que se cuide solo. Nos portamos como locos de remate con ese perro, ¿no tiene que vivirlo todo!

A Jeus le parece una pena. Piensa en Fanny. También habría podido vivir un hermoso viaje. ¡Él no hace nada sin su amiguito! Fanny tiene que estar presente en todo. El animal es su vida, su pensar, su amor. Pero cuando

Bernard le quiere aclarar a Jeus lo que sabe de esta cabaña, Fanny viene a su encuentro meneando la cola, y a Jeus le parece de lo más divertido. A Bernard no, ya tiene que decir algo sobre esto:

—Si ya no escuchas por estar mirando al perro, me voy a casa.

Jeus suelta a Fanny, es consciente de que tiene que escuchar. Ahora los chicos están en (la calle) Zwartekolkseweg. Y están en medio del bosque, hay árboles hermosos por todas partes, la naturaleza está resplandeciente. Allí a lo lejos hay una cabaña y Bernard le quiere contar todo sobre ella. Ahora Jeus se siente como en el paraíso. Estos sí que son árboles. Exactamente como allá, donde José. ¡Cómo es posible! Jeus palpa la gruesa corteza. Bernard lo sigue. Cuando Jeus pregunta:

—¿Qué gruesa piel llevan estos! —Bernard no puede evitar reír. ¿Piel? ¿A eso lo llamas una piel? La gente y los animales tienen piel, los árboles no.

—¡Es madera —dice Bernard—, no es piel!

—Pero... —se le sale a Jeus...

—¡Nada de peros! ¡Me quieres escuchar o lo sabes mejor que yo? Si no ¡me voy a casa!

Ahora Jeus entiende que Bernard es de armas tomar. Tiene que seguir a su hermanito, o se larga, dejándolo aquí a solas. Se sintoniza con Bernard. Pero a Jeus le gustaría sentarse un momento. Es tan deliciosamente suave aquí, nunca ha visto todo esto. Pero a Bernard no le apetece para nada. Para él, no significa nada. Bernard le promete que más adelante podrá ir a sentarse en el bosque ¡todo lo que quiera!

—Mira, Jeus, te presento la cabaña de Sint de Tien.

Jeus ve una cabaña, y alrededor una pequeña cerca. Esa cabañita está protegida. Pero ¿por qué? Ahora Bernard está susurrando.

—Dicen, Jeus, que aquí adentro yace un hombre que se suicidó. Ese hombre tiene que haberse ahorcado. Y a la gente que se haya ahorcado, se lo puedes preguntar a mamá, no se les puede enterrar en otro camposanto, o contagian a los demás.

Jeus ya está ebrio de sabiduría. Las cosas que sabe ese Bernard. Pero ¿qué significará todo esto?

—¿Qué es ahorcarse, Bernard?

Eso sí que hace reír a Bernard.

—¡Qué cosas! —Se ríe con unas carcajadas temerarias—. ¡Qué cosas! ¿No sabes lo que es ahorcarse?

Jeus tiene que confesar que no sabe ni entiende ni torta de eso, y Bernard puede reír todo lo que quiera. La verdad es la verdad, no lo sabe. Y ahora Bernard se siente importante. Lo sabe, ha ahorcado por lo menos diez ratones ya, porque quería saber lo que significa ahorcar.

—Ahorcar, Jeus. —Ahora viene la aclaración, con aire de importancia—.

Es matar algo. Y, pues, cuando lo hace una persona y se pone un pedazo de cuerda alrededor de la nuca, entonces es ahorcarse. Se muere, claro, ¿no? Y entonces no te pueden enterrar en el otro cementerio.

—¿Lo hace mucha gente, Bernard?

—No, claro que no. ¿Quién va a querer matarse?

—Eso se entiende, queda claro. Yo tampoco lo haría. ¿Tú, Bernard?

—Claro que no. Mi vida me parece demasiado bella. ¡Ni loco se me pasaría por la cabeza!

—Pero ¿por qué se le llama la cabaña de Sint de Tien, Bernard?

—No lo sé, y eso no lo sabe nadie, ves.

—Y ¿por qué lo enterraron aquí, Bernard?

—Si ya te lo dije. Mamá dice que no se les puede enterrar en tierra sagrada. Jeus a mira la cabaña.

—¿Por qué le pusieron llave a la cabaña, Bernard? ¿Tienen miedo de que vaya a salir corriendo?

Bernard sigue caminando, arrastrando los pies, ya no le contesta a Jeus. Hay mucho que ver.

—Mira aquí, ven, Jeus, ¿es el cementerio judío!

—¿El cementerio judío, Bernard? ¿Qué es un cementerio judío?

—Tendrías que haberme preguntado qué es un judío, ¿no? Pero todavía no sabes pensar.

¡Te dieron, Jeus! Bernard es tu superior, de esto no sabes nada. Pero ya se lo preguntará a José, ese lo sabe todo. ¡O al Largo!

—Ven, Jeus. —Sigue su camino Bernard—. Vamos al molino, eso también es bonito, ¿no?

Caminan tranquilamente por el bosque y llegan donde está un molino. Jeus todavía no ha visto una cosa así. El molino gira, las aspas dan vueltas rápidamente, es una cosa extraña.

—¿Por qué, por qué será que esa cosa tiene que girar, y por qué aquí, en medio del bosque y a una cierta altura?

Bernard no lo sabe. Jeus sabe ahora que Bernard tampoco sabe todo. Pensaba que su hermano le contaría más. Bernard ya se desinfló, el enorme coloso se va haciendo más pequeño para Jeus. Ya lo sabe, dentro de unas semanas Bernard podrá contarle lo que quiera, y entonces él le enseñará algo a Bernard y podrá aclarar las cosas. Ahora tiene que aceptar que Bernard repita cada vez:

—No lo sé, pero ya vendrá.

Es falta de sentido común. Bernard no piensa. ¡Bernard solo sabe decir chorradas!

Cuando Bernard siente que Jeus está mirándolo incrédulo, todavía añade:

—Aquí muelen el pan, ves. ¡Aquí hacen harina y por eso tienen que girar

las aspas!

—Eso es otra cosa, Bernard.

—¿Qué es otra cosa? ¿De qué hablas ahora?

—Ahora sé por qué esas cosas dan vueltas.

—Oh, pero eso lo puedes entender por ti mismo. —Oye Jeus, y con eso Bernard quiere decir que tiene que pensar. Jeus ya siente ‘¿me equivoqué allí un poco?’. Bernard sí sabe mucho más de lo que él pensaba.

—Ven, vamos al Wetering, es un canal ancho.

—¿Dónde es eso, Bernard?

—Es cerca de la frontera (alemana), ¡entonces sí que te mostraré agua como nunca en la vida has visto!

Bernard va tirando a Jeus por el caminito hacia la frontera. Cuando ven el imponente convento donde viven los padres, no termina de asombrarse.

—¿Qué casa tan grande es esta, Bernard?

—Es el convento. Aquí viven los padres. Ya sabes, esos tipos que siempre andan arrastrando los pies por la Grintweg hacia el bosque, con esos trajes negros.

Eso está claro, Jeus ya ha visto a esos hombres muchas veces. Ah, ¿ese es el convento?

—¿Qué hacen esos tipos, Bernard?

—Pues obvio, todos son párrocos... ¡O van a serlo!

—¿Lo mismo que nuestro párroco, el párroco de mamá?

—Es lo mismo, y ¡estos no son otra cosa!

‘Qué hermoso es y qué bella casa que es’, piensa Jeus.

—¿Y les hace falta entonces una casa tan grande, Bernard?

—¡Pues supongo...! —dice Bernard escuetamente—. ¡Supongo!

Jeus lo procesa. Pero... ¿Bernard?

—Son ricos, ¿no es así, Bernard?

—Son ricos a reventar, ¿no te queda claro viendo la casa?

—Claro, lo puedo entender. ¿Y la hicieron ellos mismos, Bernard?

—Será... No lo sé, pero se entiende.

Un poco después, están frente a la pequeña estación Zutphen-Emmerik. A Jeus se le caen los ojos de la cabeza, y ya pregunta:

—¿Qué es esto, Bernard?

—¡Es el tranvía!

—¿El tranvía? ¿El tranvía...?

Y luego surge una efervescencia en él y pregunta:

—¿Es el tranvía en el que se va papá?

—Ese mismo, aquí es donde debe venir papá cuando tiene que ir a Emmerik todos los días.

—¿Y es cierto eso, Bernard?

—¿Que si es cierto? ¿No están allí los vagones?

—Tienes razón, Bernard.

Pero Bernard ve más cosas. Le indica a Jeus dónde está el guardia. Pero eso no le interesa al mismo Bernard, y ya prosigue su camino. Ahora llegan a la frontera, al canal. Están en el puente y miran la corriente. Jeus ve agua hasta donde le alcanza la vista. Dios mío, ¡cuánta agua!

—¡Aquí te puedes ahogar, Bernard!

—Lógico, ten mucho cuidado. Yo no sé nadar, ¿vale?

—¿Nadar, Bernard? ¿Qué es nadar?

—Hay gente, también hay chicos que saben hacerlo, y quiero aprenderlo más tarde, que no se dejan ahogar. Que se quedan flotando encima del agua, pues. ¡Y eso es nadar! (—explica.)

Jeus lo entiende de inmediato.

—Y aquí —prosigue Bernard—, ya tienes la frontera. Si pones los pies allí, estás en Alemania. Y allí, que es un buen tramo de camino, está Emmerik, y ¡allí fue a trabajar papá!

Jeus mira, todo es imponente. Reflexiona y tiene algo que preguntar. ¿Qué era lo que decían los adultos?

—¿Sabes cómo se llama esa gente, Bernard?

—¿Que cómo se llama esa gente? ¿Qué gente?

—¡Los que viven aquí!

Bernard lo mira. Sí, ya sabe lo que quiere decir Jeus, un momento. Ya lo tiene. Aparece un rayo de felicidad en su morrito cuando le puede contar a Jeus lo que siente y sabe:

—Ya sé lo que piensas y quieres saber, Jeus. ¡A esa gente se les llama “boches”!

¡Eso es! Gerrit Noesthede y también Jan Maandag y papá hablan de ellos.

—Pero ¿qué son boches, Bernard?

—Boches, boches... Sí, ¿qué son los boches? Yo tampoco lo sé, Jeus. Mejor pregúntale a mamá o a papá, ¡ellos lo sabrán!

¡Y eso es todo! Con toda calma, Bernard va de regreso. Ahora están frente al edificio de la policía, hace un rato también pasaron por allí.

—¿Ves eso, Jeus?

—Sí, Bernard.

—Pues esta es la casa de los gendarmes. Aquí está la prisión. Aquí meten a los borrachos, a la gente que se pelea, a los navajeros. Sí conoces a los gendarmes, siempre pasan con sus caballos por la Grintweg, ¿verdad?

Sí, eso lo entiende Jeus. Cuántas cosas está aprendiendo hoy, ¿cómo debe asimilar todo eso?

—¿Aquí están los borrachos? —Oye Bernard que se dice a sí mismo.

—Entonces ¿por qué no metieron a la señora De Man en prisión, Bernard?

¡Esa bebe como un cosaco!

A Bernard se le asoma una sonrisa. Jeus todavía es demasiado mocososo para saber que la señora De Man no anda con una navaja encima, porque solo a los navajeros y a los rateros se les encierra en el “bote”. Y cuando Bernard le aclara eso, Jeus le está muy agradecido, porque queda claro y se puede entender. Ahora están frente a la escuela y oyen el murmullo que hay dentro. Bernard ya está explicando:

—Mira, Jeus, esta es la escuela. Johan ya está aquí, tiene cosas que aprender, pero pronto nosotros también tendremos que ir a la escuela. ¡Aquí están los maestros!

A Jeus no le faltan ganas de llamar a Johan. Pero Bernard dice que no debe hacerlo, porque los maestros no lo quieren y entonces les irá mal cuando ellos también estén en los pupitres.

—Escucha cómo cantan, Jeus. Los maestros los obligan...

—¿Son buenas personas esos maestros, Bernard?

—Johan dice que la maestra es como un gato. Viene de la ciudad y no tiene pelos en la lengua. Y no la quieren para nada.

—¿Castigan, Bernard?

—¡Que si lo hacen! O te dejan en el rincón y si te pasas mucho, te mandan al trastero, dijo Johan.

Jeus no quiere quedarse aquí más tiempo, quiere seguir, este vecindario apesta. Cuántas cosas hay por ver en el mundo. Ahora, Bernard va tirando de él a través de la villa.

—Aquí —dice Bernard—, está el Bar Ernst, aquí vienen los futbolistas. Y aquí está Jaspe, el que repara bicicletas. Tiene bicicletas de sobra, ya lo ves. Y esas bicicletas puedes alquilarlas. Los chicos de más edad las alquilan.

—Lo haremos nosotros también, ¿no?

—Claro, y entonces vamos a andar en bicicleta por las murallas, qué gusto.

—¿Es peligroso, Bernard?

—Nada de eso, es muy fácil.

—¿Y no puedes partirte la nuca?

—Eso ya es cosa tuya.

‘Es cierto’, piensa Jeus, ‘es una verdad como un templo’. Bernard es un as, pues sabe todo, no lo había pensado ni jamás lo habría podido soñar.

—Y aquí, Jeus, vive Anneke Klaredaal, donde mamá siempre consigue esa rica carne.

La mirada de Jeus descubre una tienda preciosa. Hay grandes cantidades de carne colgada. Vaya, ¿así que este es el carnicero de ellos? Bernard dice:

—Los que viven aquí son todos matarifes, Jeus. Y toda esa gente trae en la bolsa unos cuchillos largos con los que como si nada matan los cerdos, las vacas y las ovejas, exactamente como lo hace Gradus Derksche, sabes, y ¡a él

sí lo conoces!

Jeus saca a Bernard de este vecindario a rastras. No le gusta para nada, toda esa sangre lo oprime y se le sube a la garganta. Cuando lo ve Bernard, dice en tono triunfal:

—¿Te dan miedo esos matarifes, Jeus?

—¿Acaso a ti no, Bernard?

—No, a mí no, porque no le hacen nada a la gente, ¿o sí?

—Es cierto, cómo no pensé en eso, ¿verdad? Qué tonto.

Cuando avanzan otro poco están frente a una casa grande.

—¿Qué es esa casa tan grande, Bernard?

—No es una casa, es la iglesia.

—¿Es esta la iglesia, Bernard? ¿Donde mamá siempre viene a rezar?

—Lo adivinaste bien. Sí, aquí siempre viene a rezar mamá.

—Pero ¿tienen que construir una casa así de grande para rezar?

—Sí, claro, tienen que entrar unas mil personas, ¿no?

—Pues ¿son tantas mil personas entonces, Bernard?

—Si tienes mil canicas, puedes jugar a las canicas toda la vida, tanto es mil.

Jeus asiente con la cabeza, entiende a Bernard. Luego alza la mirada. Esa torre le dice algo.

—¿También hay personas allí dentro, Bernard?

—Creo que sí, mejor pregúntale a mamá. Ella sabe todo acerca de la iglesia.

—¿Ya has entrado allí, Bernard?

—Sí, con mamá, hay mucho que ver allí y es muy diferente de cómo es por fuera.

—¿Y aquí está Nuestro Señor, Bernard?

—Sí, es aquí.

—¿Y también se le puede ver?

—Mejor pregúntale a mamá. No te lo sé decir.

‘Ya nos estamos pasando’, piensa Bernard. Empieza a tener mucha hambre; fue justo lo suficiente por hoy. A pesar de eso todavía lleva a Jeus al ayuntamiento, y allí también le cuenta algunas cosas.

—Y detrás de esto —sigue Bernard—, está el agua, y allí van a patinar sobre hielo. Y allá lejos vive el Barón de Hügepoot. Mamá sabe todo esto, y papá también. Y el alcalde vive allí, donde Jaspese, pero viene aquí para ayudar a la gente. Y ese es el ayuntamiento. ¿Ya lo sabes ahora?

—Lo sé, Bernard.

Bernard avanza tirando de él, siguen su camino tomados de la mano.

—Aquí vive el médico, Jeus, cuando estés enfermo, tienen que venir por él aquí.

—Oh —responde—, me queda claro.

Jeus no quiere saber más del asunto. Solo la iglesia lo viene persiguiendo, de ella sí quisiera saber más, pero sin duda todavía vendrá.

—Y aquí, Jeus, vive Hanne Schuurman, aquí vienen los chicos grandes a andar en bicicleta. Lo hacen en la sala grande, me dijo Johan, y son unas bicicletas pequeñas pero resistentes que nunca se rompen, porque Johan vio que estaban subidos encima de una seis hombres a la vez.

—¿Se puede entrar allí, Bernard?

—Claro que no, eso es lógico, no les hacemos falta. Y aquí —sigue Bernard—, tienes el edificio del Casino. Aquí se hace la feria, aquí también disparan y es para los adultos. Entonces le disparan al gallo para bajarlo de un poste y les dan un premio y ¡por la noche bailan y se toman sus tragos!

Jeus lo procesa, tiene la cabeza a punto de reventar. En el fondo ya tuvo suficiente. El niño está muerto de cansancio y Bernard también está hecho polvo. Aun así sigue.

—Este es Jan Hieltjes, Jeus. Aquí están los hombres, empujan el codo y juegan al billar, una vez lo vi donde Hent Klink, ¿sabes? Papá también sabe. Es como... Es como... una tabla... No, tampoco es eso, es una mesa larga, con bolas. Y esas bolas lo tienen que hacer y para eso tienen un palo. Ya me gustaría intentarlo.

Ahora van camino de casa. Bernard pasa por la fábrica de escobas y también eso se lo cuenta rápidamente a su hermano, y entonces Jeus conoce toda la localidad de 's-Heerenberg... Toda esta comarca, todo acerca de su propia ciudad.

—Sí —dice Bernard, cuando Jeus quiere saber si en esa fábrica trabajan muchos hombres.

—Pero entonces, ¿por qué papá no viene a trabajar aquí? Es cerca de mamá, ¿no? Si pasa algo, pueden llamar a papá rápidamente, entonces está bien cerca de casa.

Bernard se ríe entre dientes, diciéndole a Jeus:

—¿Acaso papá está loco para venir a trabajar aquí, en esta peste? ¿En la pez? Eso no es nada para papá. ¡Todas esas personas no valen para nada más!

Ahora le quedó claro a Jeus. Él tampoco quiere trabajar allí. No le atrae para nada. El hedor te da en la cara. Pero, Jeus, ¿quién puede quitarte eso? ¿Cómo puedes saber con tanta seguridad que más adelante no terminarás en esta terrible pestilencia? ¡Preocupaciones para luego! Bernard ya está de nuevo en la Grintweg y aclara algunas cosas más. Jeus ve donde vive Manus Reuzel y mira la reja a la que atan los caballos para ponerles herraduras nuevas. Oye que allí vive el Zorro, un apodo insultante que le pusieron a un hombre. Ve a otro matarife que se llama Hendriks. Se acercan más a casa, y entonces de pronto Jeus dice:

—Bernard, ¡cómo te lo agradezco!

Y Bernard lo cree. Jeus lo dice con todo su amor. Bernard puede estar contento. Jeus aprendió montones de cosas hoy. El niño ha crecido diez años. Los chicos están exhaustos. Lo primero que oye Crisje es:

—Mamá, ¿por qué pusieron una cosa tan grande encima de la iglesia? ¿Es para trepar hasta el cielo, mamá?

Crisje ríe. Es difícil contestar a eso. Dice:

—No, pero es para honrar a Nuestro Señor.

‘Eso puede ser’, piensa Jeus, ‘cuanto más alto, más cerca de Nuestro Señor. Claro que es así de grande Nuestro Señor’. Pero tiene otra cosa:

—¿Por qué tienes que rezar allí, mamá?

—Pues lógico, Jeus, porque allí está Nuestro Señor.

—¿Y no está en ninguna otra parte, mamá?

¿Ahora qué tiene que decir Crisje? Jeus se lo está poniendo difícil. Entonces dice:

—Nuestro Señor está en todas partes, pero en la iglesia está siempre, allí puedes rezar como en ninguna otra parte.

Eso es aceptable. Pero cuando Jeus quiere saber todavía más, oye a Crisje diciéndole que tiene que esperar un poco más. Más adelante, será mejor que entonces lo viva él mismo, así lo sabrá de una vez. Pero a Jeus se le reventaba la cabeza, y fue a echarse una deliciosa siesta. Crisje oye que entre sueños le hace preguntas a Bernard. También está la cabaña de Sint de Tien. ¿Qué querrá preguntarle al rato? Jeus sueña de día y también eso es otra cosa, porque esto tiene que ver con su propia vida. Esto es lo más normal del mundo. De vez en cuando, todas las personas sueñan durante el día, y ven torres altas y carniceros con cuchillos largos, pero entonces ¡salen de la cama de un brinco y parecen haber enloquecido de miedo, porque la vida es tan bella! Si ves el lado bueno de eso, sin embargo, sigue sin haber problema alguno, y ¡estás de nuevo ante la hermosa vida de Jeus y de ti mismo!

No duerme durante mucho tiempo, y sale de la cama de un salto. ¿Dónde está mamá? Está atrás, en el jardín. No, allí estaba ella aún hace un momento. Mamá está donde Theet. Fue a hacer la compra. Jeus no puede aguantar y corre hacia el otro lado de la calle. ¿Está aquí mamá? Sí, allí está Crisje. Mamá está lista. Fanny también está allí. Jeus tiene ganas de tirarse de los pelos. Durante todo este tiempo olvidó a Fanny. Fanny, ven aquí, tengo un montón de cosas que decirte. En la calle, Crisje ya oye:

—Mamá, ¿por qué la gente se ahorca? ¿Por qué lo hace?

—¿Quién te metió esas ideas?

—¿Ideas, mamá? Lo vi con mis propios ojos.

Crisje se detiene en la calle, en medio de la Grintweg mira a Jeus y le pregunta atemorizada al niño:

—¿Viste cómo se ahorcaba alguien, Jeus?

¿Será que mamá no lo entiende? Es la cabaña de Sint de Tien, Crisje. Cuando Jeus le dice:

—Estuve con Bernard donde la cabaña de Sint de Tien, mamá —Crisje da un paso y entra tranquilamente en la casa. ¡Qué susto! Por todos los cielos, el susto que se llevó. Es que esos chicos. ¿Ahora qué?

—¿No sabes suficientes cosas todavía por hoy?

—Quiero saberlo, mamá.

—Vaya, y ¿no habrá nada más?

—Sí, mamá, ¿por qué hay judíos en el mundo?

—¿Qué?

—Judíos, mamá.

Crisje piensa, ‘¿Judíos? ¿Ya quiere saber el niño lo que son los judíos?’. Eso es algo para Hendrik. Pero no puede permitir que llegue a ese punto. Hendrik se morirá de la risa y le dará una respuesta equivocada al niño. Crisje reflexiona, y luego lo sabe.

—Sí, Jeus, claro, son personas que tienen otra religión y esa gente tiene un cementerio propio, lo habrás visto, ¿no?

—Sí, mamá.

—Y si te ahorcas, mamá, te entierran allí, ¿no?

—Sí, Jeus, porque entonces no puedes estar en tierra bendita. No puedes quitarte la vida, supongo que lo entenderás, ¿no?

—Sí, mamá.

‘Y ahora mejor lárgate’, piensa Crisje, ‘esto ya es demasiado. No son cosas para niños’. Y cuando le da a entender a Jeus que tiene mucho que hacer, todavía le dice:

—Es una mentira, mamá. Son majaderías, no sabes lo que tienes que decir.

Crisje mira al niño y pregunta:

—¿Eso también lo tienes de Bernard, Jeus?

—¡Sí, mamá! Bernard dice que si te quiero preguntar algo y no es asunto mío, entonces ya no tienes tiempo.

Ahora sí que le da risa. Crisje lo levanta y lo besa.

—Por qué no vienes aquí, Jeus. ¡Mira! ¿Te gusta, Jeus?

Jeus va mordisqueando su galleta, y Crisje le da un buen abrazo.

—Ahora mejor ve a jugar fuera un rato, Jeus, así puedo trabajar. Ya no tarda en venir papá.

Ahora Jeus sabe una cosa: Bernard tiene razón. Si preguntas algo y no quieren contestarte, no tienen tiempo para ti. Y esta galleta está más seca que nada, y es de las más baratas. No le parece nada especial. Así Jeus termina su día con desgana.

El Largo ha llegado a casa y Jeus está en la cama. No está despierto mucho

tiempo, sino que de inmediato se hunde en un dormir sin sueños. El cuerpo y las pequeñas piernas están exhaustos. Pero mañana, ya casi, entonces seguirá, adentrándose en la vida, en todo lo que ha recibido.

Le dio la mitad de la galleta a Bernard, pero este fue por otra él mismo, y tuvo así una y media. Son casi dos. Bernard siempre toma el camino más seguro, así nunca te falta nada, y la vida es espléndida. Es bella. Muy hermosa, ¡entonces ves torres!

Y cuanto más envejece la gente, más inteligente se va haciendo, es lo que dicen; ¡ya investigará Jeus si es cierto! ¡Y ahora tampoco le tomarán el pelo!

¡Y entonces hablará con esos judíos! ¡José sabe todo de esto! Muy por encima de su cabeza va volando un mosquito, si sube más, se convertirá en una mosca, y más arriba todavía, ese animalito es todo, porque ahora ve a Nuestro Señor y puede ser lo que quiera. ¡Eso también quiere saberlo! Y una noche no es nada. Nada. ¡Vuelves a despertar enseguida y sigues adelante!

Y el (camino) Zwartekolkseweg, ¡ya lo conocerá más adelante! ¡Y esos árboles! También ese suave pasto. ¡Todo!

Deut, el domingo te daré un centavo si ahora quieres jugar un momento con Jeus

Bernard y Jeus se hicieron amigos. Bernard siente que ahora significa algo para su hermanito. Su vida está abierta a muchas cosas y eso se lo puede transmitir a Jeus. ¡Ahora lo respeta! Algo de lo que posee papá y es igual de fuerte, ahora tienes en tus propias manos la luz y la oscuridad, pero para Bernard, ¡eso es el sótano!

Bernard ama a Jeus porque es amable y agradecido. Sabe que puedes invitar a Jeus a muchas cosas y entonces su alegría te hará bien. Es la alegría que siente mamá cuando cocina para esos tipos pulgosos, esos vagabundos que siempre vienen a verla, semana tras semana. Bernard entiende ahora que esa alegría te entra al corazón, y luego empieza. Por supuesto que todo lo que entonces habla a tu vida es a su vez algo muy diferente, pero allí está.

Cada mañana salen a hacer sus exploraciones. A Crisje le parece glorioso, ahora puede hacer su trabajo y se ha liberado de tanto pregunteo. Ahora Bernard le enseña de todo a Jeus. Cada cosa adquiere un significado para Jeus, y de todo quiere saber algo. Ayer estuvieron en el otro camposanto. Miraron las tumbas humanas y esas lápidas. Le venía de perlas a Jeus. Todavía no se ha liberado de eso, lo sigue acechando y anoche apareció en sus sueños. Pero sin duda que va a estar bien, tarde o temprano hará sus preguntas y entonces Crisje se enterará de lo que ha oído en todos esos días. Cuando Bernard le preguntó cómo se sentía, ahora que le iba pasando su sabiduría, le contestó:

—Tengo que reflexionar sobre esto, Bernard. No es cualquier cosa.

‘Es cierto’, pensó Bernard, pero se sentía tan orgulloso como un buchón, sacó el pecho y se sentía de rechupete. Le permitía a Jeus vivir brevemente algo que no era cualquier cosa. Pero el guardia del cementerio los ahuyentó, no tenían nada que buscar en este lugar sagrado. Pero el hombre no sabía de qué se trataba, de lo contrario no habría espantado a la pareja. Luego miraron a través del pequeño seto todos esos Nuestros Señores y Vírgenes y los ángeles en las estatuillas de piedra encima de una tumba, de los que Jeus quería saber todo. ¿Por qué no salen volando esos ángeles? Bernard dijo: “Los ángeles de piedra no saben volar”. Bernard se sentía importante. No era un miedica. Johan sí. No quería tener que ver con esos muertos. Te causaban sueños y entonces empezaba a haber fantasmas, y Johan no quería saber nada de fantasmas.

—Pero —le preguntó Jeus ahora a Bernard— los fantasmas, ¿qué son?

—Sí, ¿qué son? Los fantasmas son fantasmas.

—¿No lo sabes?

Bernard tenía que sacar a lucir sus conocimientos, pero, en efecto, no lo sabía. Estaba haciendo el ridículo. Pero ¿qué son los fantasmas? ¿Qué quiere saber Jeus de ellos? ¿Significan algo, los fantasmas? Bernard empezó a pensar, no le quedaba más remedio, de lo contrario, a su hermanito le saltaría a la vista que no lo sabía y perdería su respeto. Sí era una palabra para recordar. Mamá sí lo sabía. Pero ¿por qué la gente quería tener ángeles en su camposanto? Camposanto. Una hermosa palabra, con algo de los santos y del campo. Los santos y el “CAMPO” eran cosas de Nuestro Señor. ¿También lo sabía Bernard? Jeus sí que lo siente. Está cerca de esas cosas. Bernard no lo siente.

Luego fueron a las “murallas” y después de eso a la Vissche Wei, una extensión de tierra baldía atravesada por acequias, donde en invierno los chicos y las chicas patinan haciendo círculos. Y detrás de eso está la Plantación. Es un buen lugar para jugar a esconderse. Nadie puede encontrarte allí. Cuando Bernard quiso mostrárselo a Jeus en un santiamén, ya no encontraba después el camino de regreso, y tuvo que admitir que se había perdido en la Plantación. Si no hubiera habido otra gente en la Plantación, habrían tenido que pasar esa noche al sereno. Naturalmente, en casa les esperaba una buena tunda, y eso hacía a Bernard echarse para atrás. El sótano en la casa ¡era lo peor que había! Crisje lo regañó y le prometió que, si no volvía a pasar, no le diría nada a papá, aunque para cosas más serias no podía mentir. Crisje creía a los chicos. No tenía nada que ver con diabluras, porque ¿de lo contrario?

Hoy se le ocurrió algo muy divertido a Bernard. ¡La cara que pondrá Jeus! Quiere ponerlo en contacto con Deut Messing. Está medio loco, de él te puedes reír. Deut tiene unos treinta y cuatro años, y es un tipo gigantesco. Pero simplón. Deut pasa la mayor parte del tiempo sentado en la gran piedra en la esquina del callejón Dassensteegje cerca del bar Klink, pensando, es decir, si a eso se le puede llamar pensar. Entonces babea, y la saliva se le cae de la boca. Pero en esos momentos, Deut es peligroso. Entonces Deut, que normalmente no mata ni una mosca, da golpes a diestro y siniestro. Muerde y pega, y entonces todos saben, hasta los niños, que con Deut hay que tener cuidado. La mayor parte de las veces, Deut ha tenido en momentos así algún contratiempo con su padre; que es parálítico, aunque no por dentro; por dentro, Deut es capaz de insultar a su padre como un salvaje y a veces incluso le pega. Lo que a Deut le hace falta en la cabeza, o lo que sea la causa por la que es así, a su padre le hace falta en las piernas. Pero entonces eso se llama parálisis. Al mal de Deut aún no se le ha puesto nombre, ¡ni el médico lo sabe! Lo llaman: simplón, pero ¿querrías decir que Deut está loco? Entonces tú mismo no eres mucho mejor. ¡Deut no está loco! Piensa como un niño, y es como se siente una pequeña vida de ese tipo. Por eso, los niños quieren jugar con Deut. Es cierto, ambos son inválidos y necesitan ayuda humana, pero el viejo Messing no tolera que nadie se le acerque. ¿Que qué aspecto

tiene ese entorno? Mejor ni pensar en eso.

A estas dos personas sus vidas no les sirven para nada, ¡para nada! Para lo que viven, eso es algo que nadie sabe. Deut está otra vez en su piedra. Hay marcha para los niños. Y eso también atrae a Bernard, y se lo quiere mostrar a Jeus, porque será algo especial. ¿Está normal Deut? Sí... Lo ves al instante. Ahora Deut también sabe hasta dónde puede ir con los niños, a los que les tiene que hacer cosquillas. Pero ¿intentarlo cuando babea? Entonces te aprieta hasta matarte. Cuando Deut está tranquilamente sentado, no hay peligro para los niños. Los padres primero se fijan meticulosamente, porque ya conocen la historia. Cuando se encuentra bien, el simplón sabe trabajar como un burro. La gente también se preguntaba qué sería lo que hacían esos dos inválidos en el campo. Cuando fueron a enterarse de ello, vieron que el viejo Messing le ordenaba a su Deut seguirlo. Entonces el simplón recogía las papas (patatas) y las tiraba en una canastita; ¡parecía de verdad! Ambos pasaban entonces el día entero en el campo. Hasta que de pronto se peleaban, y entonces había de qué reírse. Pero quien lo pensara bien lloraba hasta quedarse seco, tan lastimosos eran los insultos del padre hacia su hijo retardado, ese carácter enfermizo de Deut. De vez en cuando ocurría un drama. El viejo Messing le pegaba y entonces le daba una paliza a Deut, obligándolo a que se le acercara, hasta que le tocaba la vida interior y Deut se largaba. Sobra decir que el viejo Messing pasaba más de una noche fuera, a la intemperie, porque nadie sabía que Deut ponía pies en polvorosa. La gente no entiende que el viejo Messing siga vivo. Una persona fuerte habría sucumbido desde hace ya mucho tiempo, pero no así el viejo Messing; esa vida era fuerte como el acero, y también así de duro con Deut. Hacía que al oírlo y verlo, uno se estremeciera y se pusiera a temblar, y entonces uno sería capaz de darle al viejo Messing, con parálisis y todo, una paliza, y ¡una paliza buena!, por fastidiar así. Una sanguijuela. ¡Un asqueroso descarado!

Porque el viejo siempre le está gritando a Deut y no siente que esos gritos son inútiles con él, directamente le pega, y aunque sea raro, al simplón no se le olvida. Eso también lo han notado las personas. Es algo muy diferente, o sea que no es normal, porque han observado que el viejo Messing puede pegar y fastidiar durante un rato. Pero de pronto hay algo en Deut que se rebela, y entonces las cosas van mal. Ahora más vale que el viejo Messing se prepare para recibir una buena tunda. Deut lo hace a su propia manera, por medio de su pensar, y entonces el viejo Messing se cae de su carretilla, exactamente donde rueda tres o cuatro metros hacia abajo por la Grintweg, a gran riesgo de romperse la nuca. Aun así, el viejo Messing todavía no se ha partido el cuello. Es como si Nuestro Señor pensara: todavía no ha llegado ese momento, dejemos a esos dos que sigan molestándose otro rato, así “YO” no sufro tantas molestias con esas vidas. Ya no recuerdan dónde quedó la

señora Messing. Deut tuvo, en todo caso, una madre, antes; se sospecha que murió. Solo los mayores aquí pueden saberlo, los más jóvenes solo conocen a Deut y al viejo, al simplón y al paralítico. ¡Es un manicomio! Y ahora mira un momento. Una niña de cuatro años le pide a Deut que la haga cosquillas a Anneke. Deut, por qué no le haces cosquillas a Anneke, entonces al rato te doy un centavo. Con ese dinero que gana, Deut compra su purito, es un amante del tabaco. Y Deut sabe fumar, no hay hombre que se lo pueda corregir. Jeus también va a conocer eso.

Duumke es el amigo de Deut, son casi inseparables. Casi todos los días puedes verlos juntos, aunque a veces, Duumke sale corriendo dejando a Deut, buscándose la vida en otra parte. La gente y los niños también lo saben, porque ahora, Duumke se cuida solo. Hace la compra de la gente y entonces le dan algo de comer. La gente dice: Duumke tiene una tenia. Nadie sabe si es verdad, pero es cierto que Duumke sigue siendo flaco, bajo y endeble, no crece aunque coma lo que diez cerdos no se pueden terminar. Es el más pequeño y endeble de la camada, pero al ver a sus hermanitos te preguntas: ¿cómo es posible? Uno lo tiene todo, el otro no tiene nada, ni siquiera un cuerpo sano, porque una tenia así, pues es de lo más desagradable. ¿Está aquí Duumke? Sí, ahora sí que te puedes reír. Bernard y Jeus exploran el escenario. Duumke está comiendo, otra vez acaban de darle algo rico de comer. Cuando ves a Duumke y sientes su vida interior, llegarás automáticamente hasta Deut. Y aun así, son diferentes los dos; Duumke es ingenuo como un niño, Deut inhumanamente simplón. Estos fenómenos, se preguntan los adultos, ¿tienen algo que ver? Bernard ya lo ve, se están divirtiendo con Deut, y Duumke está al lado de su poderoso amigo. Se divierten con el charloteo de Deut; oír ese torrente trastocado de palabras hace que uno se estremezca y tiemble, pues ¿qué es una persona que no sepa hablar? Las palabras de Deut no viven el paso por su garganta, se niegan a seguir el pensamiento humano allí. Así como gruñe un perro, Deut ladra las palabras a través de su garganta, y eso hace reír a los niños. Y sin embargo saben exactamente lo que dice. Así son los niños, los mayores preguntan ahora: ¿qué dijo Deut? ¿Qué quiere? ¿Me dijo algo Deut?

Bernard señala a Deut. Lo conoce desde hace tanto y ya ha hablado mucho con él. Deut le ha hecho cosquillas más de una vez. Ahora Jeus oye:

—¿Quieres que te haga cosquillas Deut, Jeus?

Este primero quiere explorar un poco el vecindario. ¡Qué cosas! Lleva viviendo aquí toda la vida, pero todavía no sabía nada de un tal Deut. Cómo será posible. Cerca de casa se encuentran los mayores milagros. ¿Por qué Bernard no le contó esto antes? Deut fuma su purito, y Jeus ya lo está viendo. Deut sabe fumar. Su padre no lo podría corregir. Ahora Bernard oye, y eso lo hace feliz:

—¡Ese sí que sabe fumar, Bernard!

Bernard ni siquiera lo oye, le pregunta a Deut:

—¿Deut...? ¿Deut...?

Hay que hacerlo algunas veces, de lo contrario, Deut no te oye, pero finalmente reacciona y mira a Bernard a los ojos.

—¿Qué pasa, Bernard?

—Deut, te daré un centavo el domingo si ahora quieres jugar un momento con Jeus.

Ahora siguen las preguntas, y Deut ya empieza:

—¿Dónde está tu Jeus, Bernard?

—Aquí, Deut, aquí conmigo, este es Jeus.

Y ahora Jeus conoce a Deut Messing. Deut ya se está preparando para hacerle cosquillas a Jeus. Este está parado entre sus piernas, ahora el gigante puede aplastarlo hasta matarlo. Pero ¡no pasa nada! Deut no es peligroso ahora. ¿No es increíble? Los niños ya sueltan risitas, y Jeus también. Es una sensación rara, ahora todos los niños bailan de lo divertidos que están. Saben exactamente lo que Jeus está sintiendo ahora. Pero cuando Deut le hace cosquillas demasiado fuerte, Jeus huye como un rayo de entre sus garras. Ya se hartó. Ahora le toca el turno a otro niño. Deut sigue haciendo cosquillas hasta que a él mismo le empieza a aburrir. También esa inteligencia la tiene todavía. El simplón se ha vuelto juguetero, su razón humana sigue funcionando, pero ¿y si te acercas a Deut cuando el viejo Messing le ha dado una paliza? Entonces algo no funciona y ese algo está ahora rebelándose y además ¡incluso es capaz de matarte! Ahora ha salido a fuerza de golpes todo sentimiento humano normal que signifique algo para la conciencia normal, o ¿qué es? Los niños buscan a otra víctima. Duumke ríe, siempre le tiene una sorpresa nueva a Deut. Le pone a Deut un pedacito de salchicha delante de las narices; bien que le gusta al simplón. Son como una pareja, este enano y el gigante Deut. Jeus pregunta:

—¿Y ese es Duumke, Bernard?

—Sí, ese de allí es Duumke.

—¿Por qué se llama Duumke? ¿Qué significa Duumke?

—Qué será... —se oye, Bernard no sabe...—, Duumke es Duumke. Lo puedes ver con tus propios ojos.

Y ahora Bernard tiene razón, se ve: Duumke, cuyo apodo significa en neerlandés Pulgarcito, es como un enano flaco, y luego en cambio no es un enano. Es difícil, porque un enano es diferente.

Pero Bernard todavía dice:

—Es un chiquilín.

Pero ¿qué es un chiquilín, Bernard? En realidad, Duumke es más alto que un enano. Recibe exactamente la misma atención que Deut. Es una pareja de

maravilla. Uno está loco y el otro siempre está hambriento. Duumke tiene dieciocho años y se ve como una persona arrugada. Aunque fume como una chimenea cuando hay algo que fumar. No puedes hacer más felices a estas dos personas, ¡un purito lo es todo! Un cigarro no dice nada, una cosa de esas desaparece en unas pocas caladas y luego otra vez están sin nada. Ellos saben: un purito de esos dura más. ¿Quieres fumar, Duumke? Y luego oyes aquello por lo que los niños hacen lo que sea y le roban puros a su padre para Duumke:

—Por favor, me encantaría.

Y es que eso suena divertido, cuando oyes eso, robas lo que sea para Duumke. Ahora Duumke está fumando y Deut no tiene nada para chupar. Eso es grave para el simplón, hasta se ha callado. Y ahora los niños no podrán convencerlo, Deut siente dolor por dentro. Duumke fuma y él no tiene nada. Deut mira de soslayo a Duumke y los niños los espían; de pronto —así de loco está Deut ahora— le arrebata a Duumke el resto de puro que le queda de entre los dedos y chupa tanto de él hasta apenas dejar nada. ¿No puede tener una calada Deut, Duumke? Los niños lo preguntan por Deut. Vamos, Duumke, deja que Deut le dé una caladita. Y mira, esto hay que presenciarlo, es para partirte de la risa, aunque tampoco llegue a eso; estás allí mirándolo y te hace bien. Te parece lastimoso y torpe, por más divertido que sea. A ti ¿qué te parece, Jeus? Ahora todos están trabajando en Duumke. Está ahora solo frente a diez niños. Con tres años o tres y medio, le piden a Duumke que a Deut le deje dar una chupadita. Pero no está loco, prefiere regalar su vida que ese cabito de puro, tanto le gusta fumar. Tanto significa fumar para esta alma. Pero Duumke dice:

—¡No!

Deut tampoco le da nada. Ya vio que Deut estaba fumando ayer y ¿acaso se acordó entonces de él? Es lo que ahora están viviendo los niños. La tensión parece haber vuelto loco a Jeus y Bernard lo ve; él también disfruta a través de Jeus. Una criatura de tres años corre a su casa para pedirle a su madre un purito para Deut. Los niños ya no pueden aguantarlo más, Deut empieza a babear y entonces es grave el asunto. Anneke Knies, también una criatura de tres, dice que ella le va a traer algo a Deut. Pero Duumke no está loco, Anneke oye ahora:

—Ya me lo has dicho a mí también, pero ¡no llega nada!

Duumke no está tan loco. Ya les han pegado a los niños en sus casas, porque los padres echan en falta sus puritos. Todas esas cuestiones se trasladan hasta Deut; por nada y por algo Duumke dice: “Por favor, me encantaría”, y ¡es por eso! Deut siempre mira las manitas para ver si hay algo en ellas. Está aquí para mendigar, lo sabe la gente, pero se trata de un purito, de una puntita de salchicha y estar mirando a la gente. ¿Qué ve Deut? Duumke es recalcitrante,

dicen los niños; no saben lo que es, pero es algo que te hace reír un rato. Sí, entonces se divierten y ¡habla en voz alta la tenia de Duumke! Y eso es desde luego lo más raro de todo. Cuando Duumke está recalcitrante, los niños le hacen preguntas, y luego se oye:

—Y tienes hermanos, para colmo, ¿no es cierto, Duumke?

—Sí, tres.

—¿Y son igual que tú, Duumke?

—No, soy el único. —Es la respuesta a la pregunta que hizo una criatura de tres años a un chico de dieciséis; el niño mayor contesta hasta que la vida interior piense: ‘Púdranse’ (Pudríos), o ‘Váyanse (Id) al diablo’.

—¿Sabes, Duumke, que tienes una tenia?

—Sí, lo sé.

—¿Qué es eso, Duumke?

¿Siguen sin traerme otro purito? ¿Que no? Entonces que se queden hechos un lázaro. Por medio purito le puedes preguntar a Duumke lo que sea y también contestará a todo. Si, en cambio, no tienes nada que apostar, un poco más tarde ya te mandará a que te pudras. Y eso sale de su boca muy de repente. Pero ahora Deut tiene que fumar. Y finalmente, los niños lo lograron. Deut no lo logra, porque Duumke está al pendiente cuándo le ofrecerá una calada voluntariamente. Él mismo agarra la colilla; no se fía de su amigo por nada y un cabo así vale como mil. Deut quiere otra caladita, pero a Duumke no le da la gana. Un chico lo ve, señala la chaqueta de Duumke, la tenia mira y ¡zum!, Duumke ha perdido su purito. Tan solo mira esa cara de pobre. Le saltan las lágrimas, causa lástima el pobre diablo, pero Deut chupa el cabo de puro y casi en una sola calada lo convierte en historia. Ahora la cosa va y viene, los niños siguen a Deut y ahora hacen lo que sea por Duumke, pues aquel no tiene conciencia de que la colilla es de su amigo. ¿Qué hacer ahora, chicos? Jeus mira, puede entender que se diviertan los niños. Todo la Grintweg está repleta de niños. También los adultos llegan a mirar, se oyen sus gritos hasta la parte baja de la Grintweg. Ahora sucede un milagro para Deut. Le dan un puro nuevo y le devuelve a Duumke su cabito de nada, todo babeado. Duumke ya está dando una calada, están contentos; un poco después, este quiere una calada de Deut, y la diversión vuelve a empezar.

—¿Quién te regaló tu puro, Duumke? —Quieren saber los niños.

Ahora Duumke les cuenta todo. Los niños lo sonsacan y se enteran de inmediato para qué se le usa a Duumke. A veces los adultos se acercan y entonces oyen: “Dejen (Dejad) a Duumke en paz”. Duumke cuenta todo, desconoce la diferencia entre el bien y el mal, entre el padre y la madre. Cuenta todo lo que pasa en su casa, los niños se enteran de todo lo que hacen. Y eso es lo que sus hermanos sanos y fuertes querían evitar. Entonces hubo víctimas, y también corrió la sangre, porque esto estaba yendo demasiado lejos. Pero

los niños son niños, y una tenia sigue siendo una tenia, por un pedacito de salchicha haces lo que sea. A muchos de los de mayor edad les tocó una paliza de los hermanitos de Duumke, y tenían razón, porque ¿por qué se metían? Exprimen a Duumke por una rebanada de pan con salchicha, y si sigues esa lógica, tienes que admitir que un chico así aún puede hacer bastante trabajo. Lo llamaban trabajitos ligeros, pero a veces Duumke hacía el trabajo de un tipo fuerte y eso era abusar de esta vida.

Hoy, Jeus está disfrutando. Agradece a Bernard desde el fondo de su corazón. A cada momento, Bernard oye lo milagroso que le parece. Entiende este juego con Deut y Duumke. Y cuando Duumke sorprendió de repente a Deut, arrebatándole el purito de entre los dedos, se oyeron los gritos hasta Emmerik. Cómo se divierten los niños, pero ahora Deut está babeando, y eso es grave. Jeus se ha acostado junto a la reja de la señora Peters y lo sigue todo. Quiere saber cómo se siente Deut ahora, ahora eso tiene significado para él. Quiere saber por qué Deut está loco. ¿Qué es eso? Quiere palpar a Deut, pero entiende que no es tan sencillo. Duumke todavía tiene el puro en las manos, y Deut está a punto de llorar. Ahora se acerca Bad Klink, que había estado mirando lo que hacían y deshacían los niños desde una distancia, y le da otro purito a Deut.

—Y ahora ya nada de peleas, ¿entendiste, Duumke?

—Entendido, Bad.

—¿Tú también quieres otro, Duumke?

—Por favor, me encantaría, Bad.

A Duumke también le dan otro purito. Es cierto, jóvenes y viejos anhelan oír a Duumke decir eso, así de divertido y educado suena. Eso a uno le hace bien. El peligro ha pasado, ahora están fumando y su lucha ha quedado olvidada. 'Mira cómo fuma ese Deut', piensa Jeus. Papá no sabe hacerlo así. Ni la gente, los hombres lo saben, Deut fuma como un alcalde. ¿De quién lo heredó el simplón? Deut es ahora riquísimo por dentro, y se nota. A veces llegan hombres a regalarle algo que fumar a Deut, tan solo para verlo fumar, así de divertido es, pero también así de rico. De vez en cuando le gritan para que se acerque y entonces Deut se fuma su purito, lo tienes que ver por ti mismo o no lo crees. Bad Klink echó a perder el día para los niños. Ahora Deut ya no les sirve de nada. Cuando fuma ya no está allí, entonces ¡es otro! Entonces el resto del mundo puede reventar. Así de loco está Deut, ¡nadie sabe lo que es en realidad! Ese fumar de Deut no te deja en paz ni un instante, ¡te hace soñar! Te persigue, se te mete en la cabeza, lo quieras o no, sientes ese encanto humano. ¡Parece propio de un barón! ¿Deut ya fue barón alguna vez?

—No —le sale a Jeus de la boca ante Bernard—, ¡así no sabe hacerlo papá! Tendría que haberlo sabido antes.

Bernard siente lo que quiere decir. Pero entonces, Jeus debe saber primero

que justo hoy llegó al mundo, y eso gracias a él. A fin de cuentas, él también sigue siendo un crío a los ojos de Bernard. Y luego hay palabras duras, entonces Bernard no le entiende y Jeus se siente demasiado grande y demasiado mayor. Ahora vuelven a sentir una distancia entre ellos y se sienten como extraños, sobre todo cuando Bernard dice que está muy equivocado y que no entiende ni jota de Deut y Duumke. Pero ¿qué oye Bernard ahora?

—¿Te digo una cosa, Bernard? ¡Tú quédate con tu mundo de mierda, yo me quedo con el mío! —Y para Bernard es como un golpe en plena cara. Ahora Jeus es un perro malagradecido. ¿Mundo de mierda dijo este malparido? ¿Es este un mundo de mierda? ¿Deut, Duumke y todo lo que se puede vivir aquí son mierda? Ves, eso le parece incomprendible a Bernard. Jeus reflexiona y a Bernard ya se le volvió a olvidar, pero es la culpa del propio Bernard, ¿por qué se exalta tanto? ¿Ha estado en un cielo alguna vez Bernard? No, no sabe cómo son las cosas allí. Jeus sí, y es algo muy distinto que el alboroto de Deut y Duumke, las risas de los niños, hasta Fanny lo entiende, pero Bernard no.

Hoy, Jeus ha aprendido a pensar. Lo que a su hermanito le parece tan milagroso es como nada... y ¡nada es nada! Lo tienes que descubrir por tu cuenta y lo hace, pero Bernard no lo sabe. Jeus sigue a Deut de otra manera. Se pregunta por qué Deut se sienta allí, precisamente en esa piedra. Duumke se sienta en la calle al lado de Deut y fuma, los niños ya no están allí para Duumke; está fumando. Hace algo. Jeus sigue a estos dos amigos, desciende en esos órganos, en el cuerpo de Deut, porque allí dentro está vivo y con eso puede hablar. Ahora que está allí dentro, siente el silencio, y conoce ese silencio. Pero ese otro silencio que va a vivir a veces es diferente. Cuando se le acercan los niñitos para jugar, entonces también hay silencio, pero ese silencio no tiene nada que ver con el de Deut, pues ¡es diferente! Y de eso ¡Deut no tiene nada! Pero ¡es Deut mismo! Lo siente y lo ve. Puede pensar en eso, y Bernard no. Y ¡ese es un mundo de mierda! Pero su mundo es otro y la gente no tiene nada de eso, ningún niño aquí, ¡nadie en absoluto! El mundo de mierda de Deut es todo lo que poseen. ¡Todo!

Jeus se mete como un taladro en los ojos de Deut. Y luego desciende, vez tras vez intenta lo mismo, en la vida de Deut, para sentir y ver en ella. Ahora que está empezando a sentir al Deut verdadero, puede hablar con él. Llama al simplón:

—¿Deut? ¿Me oyes? ¿Deut? —A intentarlo otra vez—. ¿Deut? ¿Me oyes, Deut?

Y mira, Deut dirige la mirada a Jeus. ¡Qué cosa! Bernard no sabe hacer eso. Aun así, es muy sencillo. Lo puede hacer cualquiera, si tan solo quiere sentir y pensar, entonces se puede. Y Jeus siente ahora que Deut también tiene algo de eso. Deut está loco, dice la gente, pero no es cierto. Lo que hay dentro de Deut está todavía dormido, y eso es todo. Jeus siente que Deut solo tiene tres

años. Ahora que puede palpar a Deut, Jeus también se ha hecho mayor. Este sentir cambia su vida interior.

Vuelve a descender en Deut, y para Jeus estos son los primeros fundamentos para aprender a pensar de manera científica espiritual. No, Deut no está loco, pero tampoco está despierto. Pero ¿qué significa eso para este mundo? ¿Por qué, Jeus, Nuestro Señor te da a ti estos sentimientos y a Deut nada? ¿Por qué Nuestro Señor le dejó a Duumke una tenia y a otro niño la felicidad? ¿Por qué Nuestro Señor te dio a ti todo, toda esta belleza? Nuestro Señor sabe todo sobre esto, Jeus, ¡todo! Y no estrecha a un niño contra “Su” corazón para matar a otro estrujándolo, todo eso es por la propia gente, Jeus. Y eso ya lo aprenderás en esta vida. Bernard no lo entiende, ni ninguna otra persona. Habla otro poco con Deut, y lo oirás hablando en ti mismo.

Ahora Jeus habla con Deut a distancia. Nadie lo oye, de su boca no sale una palabra, y aun así, habla con Deut. Deut ríe por dentro, y al mismo tiempo llora. Es como el aullido de un animal golpeado. El aullar de un alma, un ser torturado. Esa vida, allí dentro, está aullando ahora. Esa vida quiere vivir, pero no puede, esa vida llora. Vive bajo un gran peso, sobre esa vida pesan por lo menos mil kilos, es como si se le hubiera pegado hasta matarla, pero ¿qué le ha pegado? Jeus ve que Deut es incapaz de alejarse por sí mismo, por sus propias fuerzas. El lugar en el que vive Deut es un gran desastre.

Más tarde, Jeus, mucho más tarde, conocerás las leyes del estado de Deut, y escribirás libros. Le contarás a la gente en qué vive Deut ahora y en qué viven todas esas otras personas, que, al igual que Deut, se han perdido, como quedará patente, aunque eso, a su vez, tampoco sea cierto. En efecto, Deut está despierto, aunque no viva en la conciencia diurna, sino justo debajo del ordinario sentir y pensar social de una persona normal. Ahora que Jeus mira a los otros niños, siguiendo también a Bernard, sabe que todos esos niños no poseen nada de eso. Pero dentro de Deut también brilla un sol y se puede ver vida, aunque necesite un poco de tiempo para brotar, y entonces también Deut sabrá hablar. Donde Duumke llueve, donde Deut se puede sentir calor. ¡Deut es un ser humano de verdad! Ahora que ha vivido esto, se levanta de un brinco para correr hasta Deut, y le pregunta a la vida simplona:

—Deut, ¿nos hacemos amigos?

A los niños les parece raro. Pero todos los niños se lo piden, todos se aseguran de su amistad, entonces tampoco serás apretado hasta la muerte ya, ni podrá pasarte nada. Para Jeus, esta amistad es algo muy distinto, a través de ella puede ayudar a Deut. Conoce a Deut Messing como no lo conoce nadie.

Los niños gritan:

—¡Jeus Roelofse se ha hecho camarada de Deut!

Hay fiesta, diversión de verdad. Deut se ha ganado otro amigo más, todos que viven en la Grintweg lo saben. Todos los niños lo acechan, quieren pose-

er la amistad de Deut, pues él es poderoso. Un gigante así es de armas tomar; tener amistad con Deut es un billete de lotería, es más que eso. Y Deut, por más loco que esté, no acepta cualquier amistad. Algunos niños tienen que rogársela y nadie sabe por qué Deut es así. Se niega con determinación a aceptar a algunos niños y es un misterio no solo para estos, sino también para los mayores.

Quien conozca todo esto y lo haya seguido mueve la cabeza, pero además se pregunta: ¿Qué será lo que vive en una cabeza así de simplona? Es una psicología de la que nadie ve ni por asomo un fundamento, ni un hombre de ciudad la conoce. Ahora Jeus conoce el secreto de Deut, se lo ha echado al bolsillo, puede hacer con él lo que quiera. Pronto Bernard tendrá que confirmarlo, además de que se quedará con los ojos cuadrados.

—Sí —dice el gigante—, de ti sí que quiero ser amigo.

Y rápidamente, Deut ciñe con su garra la manita de Jeus, que desaparece por completo, lo que sin embargo no atemoriza a Jeus. Por un momento, son completamente uno, los niños ya están celosos y también Bernard quedó alterado. Jeus oye:

—¿Qué te crees?

Sabe que le ha hurtado a Bernard el día más bello de su vida. Bernard ha anhelado esto desde hace mucho, pero ha tenido que tragar caerle bien a Deut hoy, aunque mañana este no quiera saber nada de él. Entonces Bernard puede reventar otra vez; ¿qué será lo que tiene Deut? ¿Por qué esos dos de repente se han hecho buenos amigos? ‘Eso’, piensa Bernard, ‘lo ha logrado Jeus solo por engatusarlo’.

—¡Eso es engatusar! —le lanza a Jeus a la cara. Debió haberlo sabido, entonces Jeus no habría tenido esta oportunidad. Jeus está allí junto a Deut, sosteniendo todavía su garra, y por lo visto al simplón le parece agradable. Por todas partes se oye:

—¡Qué asqueroso, cómo engatusas! Engatusar, eso sí sabes hacerlo, ¿no? ¡Engañar a Deut!

A Jeus ya no le parece nada divertido, mira a Deut a los ojos, y el simplón lo mira a él.

—Parecen perros traicioneros, ¿no, Deut?

—Sí —es la respuesta—. ¡Sí!

Y así es, Bernard. Bernard es el que más salvaje se pone y los celos casi le hacen perder los estribos. No lo soporta, ¡qué cosas!, y vuelven a empezar a echar pestes.

—¡Espérate, lelo estúpido, te vas a arrepentir!

Y a Deut:

—Deut, ¿por qué ahora no le haces cosquillas hasta reventarlo? Ahora sí, ¡aplástalo, Deut! ¡Haz que se muera por un momento! Te engaña frente a tus

ojos y es empalagoso como el regaliz dulce. Deut, ¡esto ya es el colmo! Deut, tuvo sarampión y escarlatina. Deut, está a reventar por los piojos. Deut...

Las maldiciones de Bernard no tienen final, pero Deut no oye nada y Jeus sabe que esta amistad es indestructible. Deut lo sintió por dentro, nadie es capaz de tirar de él hasta sacarlo de estas manos. Ahora que Bernard intenta arrancar a Jeus de las manos de Deut, este quiere atrapar a Bernard, y lo habría apretado hasta matarlo. Ahora ya no hay quien lo detenga, Bernard está enganchado.

—De mí ya no me vuelves a saber. ¡Cabrón hipócrita! ¡Malparido! ¿Para esto anduve cargando contigo días y días? ¡Perro ingrato! ¡Piojoso! ¡Mojacamas!

Ese es un golpe bajo, Bernard. Ahora los niños saben que de vez en cuando, tu hermanito se orina en la cama. Pero tú también lo haces, Bernard. Y otra vez pasa algo raro, los niños no reaccionan, no les da risa, lo saben: todos están un poco sueltos allí abajo cuando duermen, eso no es ninguna novedad. Miran a Bernard como si quisieran decir: “¡Tú también lo haces!”. No, no lo logras, Bernard, no puedes sacar a Jeus de esas manos, pero aquí hay alguien más que sí sabe hacerlo. De pronto, y eso también es un milagro y un gran misterio, el Largo está delante de Jeus.

—Ven aquí un momento (—le dice).

Deut lo libera.

—¿Qué haces allí con ese loco?

—¡Deut no está loco, papá!

—Ya veo, Deut no está loco. Pero es peligroso, ¿lo sabías?

—¡No es peligroso, papá!

—¿Qué me estás diciendo? ¡Más te vale callarte la boca!

Bernard está que revienta de gusto, ahora a Jeus le está cayendo una buena, pero el Largo se va a casa. Ni un minuto después, Deut desaparece y para colmo le dice adiós con la mano. Duumke sigue a Deut, se acabó la diversión por hoy. Pero ahora Deut se ha hecho su amigo. El Largo le pregunta:

—¿Cómo sabes con tanta seguridad que Deut no está loco?

—¡Lo sé, papá!

—Pero tú no tienes que saber nada, ¿sabías?

—Sí, papá.

Largo, qué pena. Así nunca vas a lograr el contacto con tus hijos. Así no lo conocerás y sin duda que vale la pena, Largo. ‘Qué pena, por qué no puedo hablar con papá sobre Deut’, piensa Jeus. ¿Por qué no? Papá tampoco sabe nada sobre Deut, ¡nada! ¡Deut no está loco! ¡Deut no está loco, no! Nadie le quita esto, ni su padre ni su madre. Pero al Largo le da risa la sabiduría de los niños. ¿Esos mocosos? Los niños piensan saberlo todo acerca de las cosas de las que los adultos no tienen ni idea. Los cerebritos infantiles pretenden que

la ciencia no existe.

—Santo cielo. —Oye que dice papá mientras están en la cocina—. ¡Cómo has llegado a conocer la naturaleza humana!

El Largo le cuenta a Crisje lo que pasó y esta quiere saber por qué llegó a casa tan temprano.

—¿Pasa algo, Hendrik?

—No, Cris, no pasa nada. ¡Nada de nada! Tuve que llevarle vino al barón. Y lo hice rápido, pues. Pensé, entonces me queda un poco para mí, ¡qué bien! Así que aquí estoy, Cris.

—¿Para quién dijiste que era ese vino, Hendrik?

—Para el barón, ya te lo dije. Toma del mejor, Cris. Pero ¡mira lo que tengo aquí!

El Largo saca una botella del mejor vino.

—Y el barón me dijo, Cris, esta se la tienes que dar a Crisje.

—¿Eso dijo, Hendrik?

—Así como estoy aquí sentado, Cris.

—Entonces es un cumplido para ti, Hendrik. Qué gusto me da por ti.

—Y el barón me dijo “Largo”, Cris.

—Otro cumplido para ti, Hendrik, cuando gente así te dice eso.

—Y cuando estábamos en su bodega, Cris, también me dijo, además, ahora escógete una para ti mismo, Largo, pero para Crisje, ¿entendido?

Y luego de hacer eso, Cris, empecé a cantar. Y al oírme, Cris, me dijo que tenía que estudiar. “Largo”, me dijo, “es una hermosa voz. Es una pena, Largo, que te la quedes para ti solo, tienes que abrirte camino en el mundo”.

—¿Eso dijo, Hendrik?

—Sí, pero me dio risa, Cris.

Crisje devora a su Largo, sí que se lo ha ganado ahora. Y lo sabe, al Largo ya no le duele esto, lo ha vencido. Y es un regalo para su vida.

—Creo —dice el Largo—, que canté como nunca antes. Un aria tras otra, Cris. Le di duro. Pensé, ¿qué me quieres hacer creer? ¿Me falta estudiar? Me dio risa, ¿sabes? ¡Entonces supe, Cris, que no entiende de voces! Lo habría oído al instante, ¿no?

—Sí, Hendrik, es cierto, sin duda —dice Crisje, pero nadie le tiene que contar al Largo que todavía le hacen falta clases, así de seguro de sí mismo es el Largo, sabe exactamente lo que puede hacer y lo que quiere.

—Todos estaban escuchando, Cris. Y cuando terminé de cantar, me volvió a decir que tenía que estudiar y la verdad me cayó pesado. Y si no fuera barón, le habría dicho unas cosas muy diferentes, ¿me crees, verdad? Pero ven, ahora nos toca a nosotros tomarnos una copa.

El Largo sirve, hace un pequeño ruido con la boca y luego le dice a Crisje:

—¡Es de los mejores, Cris! Sí que es bueno, caray. Viene de Francia. No-

sotros también tenemos de este tipo y solo lo compran los ricachones. Es mercancía fina, y buena para los piojos. ¡Salud, Cris!

Aparecen los chicos. ¡A quitarse la gorra! Sí, las gorritas ya salen volando, Largo. Más vale que los chicos no intenten dejarse las gorras puestas. Es el respeto por los padres. ¡Es el respeto por el Largo! Johan tira su gorra de inmediato al rincón, pero a Bernard a veces se le olvida. Y es que simplemente es incapaz de recordarlo. También ahora el Largo ve que se deja la gorrita puesta demasiado tiempo, y ya se oye:

—Ven aquí conmigo, por favor, Bernard.

Jeus ya está mirando, sabe lo que va a pasar. Eso le pasa por haberlo fastidiado. Aun así, no puede soportar que le den una paliza, mira a su hermanito a los ojos y le da su compasión, pero el sentimiento que Bernard le lanza de regreso significa: “¡No te necesito!”. Bernard no le tiene miedo a papá.

—¿Por qué se te olvida siempre, Bernard?

—No lo pensé, papá.

—Y quiero, Bernard, que siempre lo recuerdes, ¿entendido?

—Sí, papá.

—Y es la última vez, Bernard, o te pego y luego te mando al sótano. ¿Algo más, Bernard?

—No, papá, ¡nada!

—¿Estás seguro, Bernard?

—Sí, papá, no hice nada.

—Mejor déjame ver.

El Largo mira al niño a los ojos. Pero Bernard devuelve la mirada al Largo sin pestañear. Ahora falta Crisje.

—Cris, ven aquí, por favor. ¿Te hizo algo hoy?

—No, Hendrik, no tengo de qué quejarme.

—¿Y Johan?

—Ese no sabe siquiera lo que son las travesuras.

—¿Y Jeus?

—Tampoco.

—¿Y Gerrit?

—Ya déjalo. ¿O también se tienen que quitar la gorra los demás chicos que todavía no han nacido?

El Largo siente que Crisje tiene razón, pero el orden es el orden. Bernard se salva con solo una reprimenda, pero sabe: si se le vuelve a olvidar ahora, le tocará una paliza. Pobre Johan, pobre Bernard, todos los chicos, si no quieren obedecerle a papá, la que les puede caer. Los mira a los ojos uno por uno. Luego la comida es servida. Para el Largo, siempre es una fiesta. Entonces disfruta de sus chicos y está que no cabe en sí de felicidad. Se van haciendo grandes y hermosos, crecen como coles, aprenden bien y de todo. Ahora que

los chicos están acostados y piensa que están dormidos, le pregunta a Crisje: —¿Desde cuándo entiende de adultos, Cris? Me dijo que Deut Messing no está loco. Pero eso es peligroso.

—No tienes que preocuparte por él, Hendrik. Ya conoce a Deut. Johan ya me lo contó todo.

Ahora se baja el violín del armario por un momento, el Largo toca y Crisje disfruta. Y hay otro más que disfruta, no porque toque el Largo, sino por la amistad de Deut. ¿Hay algo más? Sí, aquí va a llegar otro niño. Mamá ha engordado. Todavía no sabe cómo será que funcionan esas cosas, pero ¡lo ve! Los niños lo estaban comentando. Lo oyó mientras jugaba con Deut. ¡Duumke también lo dijo! Pero de Duumke no puedes sacar mucho en limpio. Los niños vieron a una mujer con la panza gorda y luego dijeron... ¿Qué era lo que habían dicho? Y entonces Deut empezó a babear, pero mañana se lo preguntará a Bernard, sabe todo. Qué pena, ahora Bernard está enojado con él.

—¿Deut? ¿Deut...? Nos hicimos amigos.

Jeus conoce al simplón por dentro y por fuera. Papá sabe cantar y tocar música, pero él sabe pensar. Lo de las gorras lo hace reír. Pero sin duda que es típico de papá. ¿Deut? ¿Duumke? ¿Ya estás dormido? ¿Dónde estás ahora? ¿Cómo duermes? ¿También compartes la habitación con tu hermanito y con tus papás?

Cuando Crisje y el Largo se acuestan, sigue despierto. El niño pretende estar dormido, pero Jeus sigue a esos dos allí, duermen a dos metros de donde está él. ¿Por qué mamá está tan gorda? Su cerebro queda exhausto de pensar, su vida también necesita sueño. Pero ¿lo sabe Crisje? Ahora pareciera que entraran en Crisje sentimientos; son pensamientos que le estimulan el alma y que ella absorbe en sí, y eso pasa solo. El niño manda esos pensamientos y sentimientos a mamá. Aunque la personalidad no piense conscientemente y la conciencia diurna haya quedado desactivada, un contacto interno tal funciona a pesar de todo y no puede ser interrumpido por nada, ¡incluso los animales lo tienen! Ahora, una vida puede poner sobre aviso a otra. ¡Y quien posea esa sensibilidad, vive ahora esa unión interior! Y es algo glorioso. Crisje todavía tiene que vivir si también resulta glorioso para ella. Y entonces, Jeus tiene que salir de la habitación de ellos. Es duro, Jeus; aunque te parezca glorioso estar con tus papás, tú mismo te estás echando. ¡Míralo y lo sabrás! Crisje ya piensa mientras duerme —he allí lo que es soñar—, pero esos pensamientos se los da Jeus. Y entonces sabe: Jeus se tiene que ir de aquí o pasarán accidentes.

Johan y Bernard se mudan arriba, él y Gerrit reciben la cama empotrada y así por ahora aguantarán otro rato. Mañana se lo dirá al Largo. ¡Nuestro Señor también lo sabe! Tener hijos es una gracia. Pero ¿por qué una madre tiene tantos y otra ni uno? ¿No es extraño? Tener hijos es una bendición.

¿Es cierto, Crisje? Pero ¿por qué? Crisje, algún día Jeus te contestará todas estas preguntas. Y entonces, esa respuesta será para este mundo, para toda la gente. ¡Sobre todo para quienes quieren saber para qué viven en la tierra y por qué son “madres”! Y eso sí que es algo especial, ¿cierto o no, Crisje? El Largo no está abierto a esto, pero él también llegará algún día a hacerse estas preguntas. No importa dónde vivirá entonces, llegará el día, Crisje. Pero hay mucho más. ¿Por qué Nuestro Señor no les da hijos a las madres que anhelan tenerlos? Cuántas madres no hay, Crisje, que quisieran ser madres, pero hay algo que las priva de esta gracia. Y ¿por qué hay madres, Crisje, que aplastan a sus propios hijos hasta matarlos, porque se hayan convertido en madres y no quieran serlo? ¡Esas preguntas también las contestará Jeus algún día! A través de mí y de otro, Crisje, yo, ¡a quien conoció como José! Soy un amigo de Jeus, Crisje, pero uno invisible, más adelante el mundo nos conocerá también a nosotros.

Soy viejo y joven, Crisje. Jeus me ve como José, pero para ti soy muy viejo y entiendo de todo. Vivo en ese sagrado silencio y conozco muy bien el “atrio” de Nuestro Señor. Pero espero el momento en que se me conceda empezar. De hecho, Crisje querida, ya hemos empezado, también aquello de Deut es algo por lo que tocamos su vida. Solo mira su “Arpa” y sabrás lo que somos capaces de hacer y lo que él tendrá que hacer más adelante para Nuestro Señor.

Ahora aléjalo de tu entorno, Crisje, ese sonambulismo es ahora parte del pasado, ¡de eso también nos encargamos nosotros! ¡Ahora duerme! Mañana el día volverá a empezar temprano... y tú necesitarás todas tus fuerzas. Pero tienes razón, otra vez será un niño, pero también tendrás una hija y esa niña se llamará entonces Maria... por tu abuela, ¿no es así?

¡Adiós, Crisje! ¡La vida sigue! Mañana volverás a ver a Jeus de otra manera. En una semana, Crisje, aprende lo de años, y ¡no pasa nada!

¿Quieres que te magnetice Manus, Jeus?

El gallo, atrás en el gallinero, despierta a Jeus, y de inmediato empieza con el día anterior, poniendo manos a la obra con las cosas y asuntos que aprendió. Hasta que ya no queda nada. Así lo hace siempre y ha aprendido muchas cosas gracias a eso. No puede olvidar nada, porque el que haga eso no será nada. Si uno no piensa, no alcanza nada en el mundo, ya lo ha decidido para sí mismo. Y no quiere eso, ¿es peor que reventar!

—¿Puedo salir de la cama, mamá? ¿Y puedo preguntarte algo?

Crisje ya se asusta. Cada mañana trae algo nuevo. ¿Y qué irá a vivir ahora? Y entonces Jeus pregunta:

—Mamá, ¿por qué la gente piensa que Deut está loco? No lo está.

—Obvio, Jeus, sí está loco.

—Es una gran mentira, mamá. Deut no está loco. Solo que no sabe pensar. Está en su pescuezo, mamá.

—Vaya, ¿eso lo descubriste tú?

—Sí, mamá.

—Qué listo, pero yo no entiendo de esas cosas.

Jeus reflexiona. De pronto llega una pregunta por la que Crisje se lleva un susto tremendo.

—¿Mamá?

—¿Qué pasa?

—¿Por qué estás tan gorda?

‘Ya me lo imaginaba’, piensa Crisje. ‘¡Qué cosas! ¡Por Dios! Nuestro Señor, ayuuudaaa, ¡ayúuudameee... por favor!’.

Crisje sabe que es un momento peligroso. ¿Ahora qué tiene que decir? Y ahora Crisje cuenta, como quien oye llover, que la comida le sabe rica y que últimamente le da por comer más que de costumbre. Pero entonces Jeus dice:

—Pero a mí también me parece rica, mamá. ¡Y sigo chupado como un fideo!

Crisje le aclara que la comida hace que unos crezcan hacia arriba y otros hacia los lados. En eso Jeus está de acuerdo. Pero sigue cavilando. Seguramente que Bernard lo sabrá otra vez.

—¿Mamá?

—Y ahora ¿qué es lo que quieres?

—¿Por qué...? ¿Por qué, mamá... ponen ángeles en las tumbas que de todos modos no saben volar?

Gracias al cielo, siente, se le ha olvidado. A eso puede contestar:

—Pues lógico, Jeus. Lo hacen para traer a los ángeles hacia la gente. Es,

por decirlo así, el contacto con los cielos. Pero Jeus no se conforma con eso.

—¿Acaso pensabas, mamá, que no sé que no me puedes entender?

—Sí te entiendo, pero es algo muy diferente.

—¿Qué es algo muy diferente, mamá?

‘Crisje parlotea’, piensa. Mamá dice cualquier cosa y quiere que se le olvide aquello otro. Y Crisje piensa, ‘mejor que no hable de sus cosas, de lo contrario hablarán de él en la calle y eso no debe ser, entonces los niños lo van a fastidiar. Y entonces ya no tendrá vida’.

—¿Mamá?

—¿Qué quieres, pues?

—¿Me tienes miedo? Bernard se peleó conmigo. Quiere hacerse el importante con su mundo de mierda. Y le dije la verdad, pues, mamá.

‘Vaya’, piensa Crisje, ‘llegó el momento’. Ahora siente que le contesta exactamente aquello en lo que está pensando. Y se cuida a sí mismo, pues ella lo entiende, el de Bernard es un mundo de mierda en comparación con las cosas que él siempre ha podido vivir. Y es cierto, es algo muy distinto. Siente que no es necesario preocuparse por eso. Cuando entran Bernard y Johan se detiene la retahíla de preguntas y Crisje tiene un poco de sosiego. Y después de que hayan desayunado, reciben su espacio. Johan tiene que ir a la escuela, Jeus y Bernard empiezan detrás de la casa, pero Bernard está intratable. Jeus ya le pregunta:

—¿Qué te hice, Bernard?

—Vete a la mierda —contesta Bernard con dureza.

—Eso es malo, Bernard. Si yo no te hice nada, ¿o sí? ¿Acaso es culpa mía que Deut me quiera?

—Es porque eres un maldito engatusador. O crees que no lo sé.

—Tonterías, Bernard. Es una mentira, lo sabes tan bien como yo.

Bernard no quiere tener nada que ver con él. Pero Jeus siente que lo que dijo aquel eran idioteces. Lo de Bernard es un berrinche, pero no quiere perderlo. Hace las paces al decir:

—Oh, Bernard, te estoy tan agradecido por todo.

—Cuéntaselo a tu abuela, de todos modos no te creo.

—Bernard, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué quieres saber de mí?

Y ahora viene:

—Bernard, ¿sabes por qué mamá está tan gorda?

Bernard lo mira y se ríe de él en su cara.

—Asqueroso mocoso, tendrás que esperar con eso, ¿entiendes?

Bernard siente que este es su poder sobre Jeus. Aunque ahora Jeus le cuente lo que dijo Crisje, le da risa, pero, ¡bah!, no dice nada. Bernard se va, tiene cosas más importantes que hacer. Se marcha al brezal, a las pilas de leña de

los panaderos, donde juegan y retozan. ‘Hoy tendrá que arreglárselas él solo’, piensa Bernard. Cuando Crisje llega a la parte de atrás, ve que está observando donde las gallinas, con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Dónde está Bernard?

—Se largó, mamá. Creo que se fue al brezal.

—Vaya. —Es todo lo que dice Crisje. De pronto siente que la sigue, que la observa por dentro y por fuera. ¿Cómo podría privarlo de eso? Crisje desaparece, primero tendrá que reflexionar seriamente sobre eso. Jeus se entretiene detrás de la casa, pero no hay rastro de Deut ni de Duumke. ¿Fue ingrato? Haber conocido a Deut tenía para él un valor añadido de primera. Ojalá estuviera aquí Bernard. Ojalá pudiera enmendarlo. Bernard también tiene parte de la culpa. Cuando este se haya arreglado, pensará de otra manera. Sigue pensando en Bernard y una hora después lo tiene delante de sus narices. ¿Lo llamó?

—¿Qué haces, Bernard?

—¡Nada!

Sigue sentado con la cabeza apoyada en las manos y mira a Bernard. ‘¿Le pasará algo?’, piensa Bernard.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele una muela?

—Creo que sí, Bernard.

—¿Sabes que Manus Runsel te puede magnetizar si te duele la muela?

—¿Qué es eso, Bernard?

—Manus lo hace con el pulgar, y entonces te deja de doler la muela.

—¿Lo hace con el pulgar?

—Sí, pero cuesta dinero, claro.

—¿Cuánto, Bernard?

—Por lo menos cinco centavos.

—¿Y no podremos conseguir ese dinero entonces? Me duele la muela.

Menos de cinco minutos después están donde Manus, sentados en la valla del potrero. Bernard le cuenta:

—Aquí es donde se hierran los caballos, supongo que lo sabes.

—Sí, lo sé.

Miran cómo trajina Manus, miran los grandes fuegos dentro y luego a Bernard se le ocurre algo, ya lo sabe.

—Ven, vamos a ver si la tía Trui tiene algún trabajito para nosotros.

Un poco después, están frente a la tía Trui.

—Tía Trui, ¿podemos hacer algo por ti?

Y sí, pueden hacer la compra. Cuando vuelven, les da un centavo a cada uno. ¿Ahora qué? A Bernard le gusta comer dulces, pero allí está también el dolor de muela. Le dice a Jeus:

—Si al rato me lo devuelves, te presto ahora mi centavo para que te mag-

netice los dientes. Pero si me engañas, te parto la cabeza.

Ya quedaron de acuerdo. Y ahora otra vez adonde Manus. Es curioso, pero ahora de verdad le empezó a doler la muela. Primero necesitan un pedazo de tela, y pronto lo encuentran. Allí están de nuevo donde Manus, les cae una lluvia de chispas, pero Manus no les hace caso a los chicos. A Bernard se le vuelve a ocurrir una idea:

—Se me olvidaba, Jeus. Para que te magnetice tenemos que tocar la puerta en la parte de atrás de la casa.

Corriendo dan la vuelta a la fábrica de escobas y ahora entran al pequeño jardín trasero de Manus. Bernard mira un momento los bonitos arbolitos que hay aquí, y cuando Jeus se da cuenta, pregunta:

—¿Los árboles tienen que ver con eso de magnetizar, Bernard?

Bernard se ríe en voz alta, pero no le muestra por qué ríe, para eso es todavía demasiado mocososo. Hace un tiempo, en estos mismos árboles colgaban unas ricas peras y fueron para Bernard. Si Manus lo supiera. Pero no sabe nada. Aunque no entiende que Jeus no lo comprenda. Jeus le replica:

—Entonces ¿ya no puedo preguntar nada, Bernard?

—Y entonces yo ya no puedo mirar nada... —Van y vienen las palabras, pero así no van a avanzar. Bernard reflexiona y siente: Jeus tiene razón.

—Es cierto, tienes razón, Jeus, pero ahora mejor voy a llamar a la puerta.

Allí está Manus.

—¿Qué pasa, chicos?

—Manus, Jeus tiene dolor de muelas. Toda la noche estuvo gritando, no pegamos el ojo, Manus.

—Entonces lo miraremos un momento, Bernard. Tú eres de Hendrik el Largo, ¿no?

—Sí, Manus, es nuestro padre.

Ahora Jeus gime:

—¿Quieres ayudarme, Manus?

—Claro, pero cuesta, ¿entiendes? ¿Cuánto dinero traes?

—Dos centavos, Manus —contesta Bernard.

—Es poco, Bernard, es muy poco, caray. ¿Te mandó tu madre?

—Sí, Manus, pero no tenía más.

—Vaya, ¿no tenía más? Pero es poco.

Jeus llora y eso ayuda. Manus magnetiza.

—¿Tan mal estás, chico?

—Sí, Manus, es para reventar.

—Son palabras mayores, pero lo puedo entender.

Bernard todavía le promete a Manus:

—Si volvemos, Manus, seguro que traeremos más dinero, tú también tienes que vivir.

—Bien pensado, Bernard. Se mete los dos centavos al bolsillo y le pregunta a Jeus:

—¿Sabes rezar?

—Sí, Manus.

—Entonces empieza ahora. Tienes que rezar tres padrenuestros.

Jeus siente que Manus le magnetiza la mejilla con el pulgar. Ahora oye:

—Ya lo veo, allí está esa cosa maldita. Claro, eso debe causarte dolor de muelas.

Manus también reza, un padrenuestro tras otro sale volando al espacio y a Nuestro Señor. Allí, los ángeles ríen, pero Manus no tiene nada que ver con eso, él magnetiza, y sabe hacerlo. Es un hombre milagroso y Jeus lo ve y lo siente, porque el dolor de muela desaparece. Un poco después ya queda listo. Tiene que rezar un padrenuestro más, y otro antes de acostarse esta noche. Y luego pueden irse, pero Manus pone tres centavos más y se da una escapada adonde Hendriks, al otro lado de la calle, para tomarse un trago. Qué rico, un trago reconforta después de un trabajo así. Qué risa les da a los chicos. Jeus no tiene que intentar convencer a Bernard de que de verdad le dolía la muela, Bernard no está tan loco. Pero ahora que van saliendo de donde Manus, de pronto a Jeus de verdad le duele la muela y gime como un perro apaleado. Ahora Bernard ríe aún más fuerte. Es para volverse loco, si lo reconoces tú mismo, pero eso obviamente no te parece bien.

—Maldición, ahora me duele el diente de verdad, Bernard.

—Lógico —dice este—, es porque quisiste engañar a Manus. ¡Es el castigo!

—¿Lo dices en serio, Bernard?

—Claro que lo digo en serio. ¿Pensabas que Manus no sabe magnetizar? Manus sabe magnetizar el dolor de dientes, más vale que lo sepas.

Y Jeus ya sabe eso, aprendió mucho, es un milagro. El dolor se hizo tan intenso que Crisje tuvo que mirarle la boca, pero no vio nada particular y media hora después Jeus ya no sentía nada y pudo olvidar su dolor de muela. Pero ¡Manus sabe magnetizar!

Lo crea uno o no, Manus sí que sabe magnetizar. Hay más gente que posee algo particular y es que entonces lo recibieron de Nuestro Señor. Manus recibió este don primero de parte de su padre y ese a su vez del suyo, pero el primer padre lo recibió desde arriba. Manus ya está pensando quién recibirá el don de él, más adelante, cuando estire la pata. Lo investiga él mismo, porque es cosa de mucha responsabilidad. No se lo puedes dar así nada más a cualquiera. Después lo tendrás que justificar ante Nuestro Señor. Y a pesar de todo, no suena tan raro. Desde todas partes llega la gente a ver a Manus. Se le ha concedido sanar en cinco minutos a personas que rugían. ¡Manus supo sanar cosas que tenían desesperados a los médicos! ¿Y se reiría uno de

eso, tachándolo de disparatado, si se sabe lo grave que es todo? Hay quienes pueden mirar hacia adelante y predecir cosas, pero no saben de dónde reciben esos saberes. Es demasiado y no les cabe en la cabeza, pero son capaces de hacerlo. En el caso de Manus, lo tiene en el organismo, ¡en el pulgar! Y no tiene nada que ver si ese pulgar también huele a sudor de caballo, ¡el dolor de muela desaparece! Manus es redondo como un barril. Le gusta tomarse un trago, pero por lo demás es sumamente serio. Y es buena persona, de lo contrario su padre no le habría dado ese don. Entonces Nuestro Señor se habría disgustado otra vez con su padre, y eso ¡te lo ahorras!

¿Algo más, Jeus? Bien que lo recibió de Bernard, otra vez. Y Bernard tiene otra cosa más; ya pronto va a ser Martes de carnaval... y se van a disfrazar. Entonces te divertirás, Jeus, como nunca antes. Pero lo más miserable de todo es que ahora está en deuda con Bernard, y eso es muy grave. Pero pronto llegará el Martes de carnaval y entonces podrán ganar dinero. Y en esto también fue bueno Nuestro Señor, con grandes y pequeños, ¡ahora todos van a festejar el Martes de carnaval! Crisje también, porque siempre hay algo de que reírse.

¿Bad, te queda una vejiga para nosotros?

Ahora que tienen tan cerca el Martes de carnaval, Bernard se pregunta por qué la tía Trui ya no hace obras de caridad. Pero ella no les cree para nada. Nuevamente, han metido la pata allí y Trui no está loca. Pues entonces que Bernard no la hubiera engañado tan abiertamente, porque de eso se trata. Y mejor tampoco le piden favores a mamá ahora, ella misma no tiene nada. Manus picó, la tía Trui no. Pero les hace falta dinero para disfrazarse, de lo contrario no tiene gracia alguna. El Martes de carnaval hace falta un bonito traje de diablo o un disfraz de esos, de bruja, en realidad no importa mientras asuste. Solo entonces sirve para juntar centavos y ese dinero, a su vez, es para la feria. Bernard le leyó la cartilla, diciéndole que lo que aprendió por Deut Messing y Duumke no es nada en comparación con lo otro, lo que vivirá ahora: el Martes de carnaval. Es algo tan imponente, nadie lo cree si no lo ha visto por sí mismo. Si supieras, Jeus, lo que está por pasar ahora, te tirabas desde el tejado, tanto te pica el Martes de carnaval entre las costillas. Y no te cansarás, pero solo dura tres días y tres noches. En el fondo, no hay nada en el mundo que pueda con el Martes de carnaval, ¡nada! Ahora Bernard siente que otra vez tiene algo que contar, y a Jeus más le vale escuchar y ser muy educado con su hermano. O... lo deja aquí solo y pasa la fiesta de Martes de carnaval con otros. ¿Qué quieres hacer ahora, Jeus?

—Claro, Bernard, te lo agradezco mucho.

Ya ves, eso le gusta a Bernard. Le impone respeto a Jeus, algo que podría enseñarle al Largo. Pero para festejar el Carnaval, tienes que aprender algo. Bernard está con él detrás de la casa, pero porque allí hace demasiado frío, trepan hasta el ático. Primero, Jeus tiene que aprender la canción del Martes de carnaval. Bernard se la cantará para enseñársela, porque cantándole esta canción a la gente es como consiguen sus centavitos.

—Y ahora escucha y te la canto.

Bernard empieza:

—”Más vale una gruesa que una salchicha

Pirurirurí bum bum

Más vale una gruesa que una salchicha

Pirurirurí bum bum

Gloria victoria, bien revuelto todo

Gloria victoria, pirurirurí bum bum sa sa...

Gloria victoria, pirurirurí bum bum”.

¿Qué te parece, Jeus?

—Parece un milagro, Bernard. ¿Conoces más canciones de estas?

—Sí, hay otra, mira, escucha.

Bernard empieza y sigue:

—”La zambomba, la zambomba

Dame un centavo y paso de largo

Ando con la zambomba por doquier

Pero soy demasiado pobre para comprar qué comer

La zambomba, la zambomba, dame un centavo y paso de largo”.

Y entonces lo cantan diez veces seguidas, bailando y saltando, e intentan hacer reír a la gente. Jeus se aprende la canción, ya se la conoce bastante bien, pero cuando tarda Bernard ya viene con otra cosa. Tienen que encargarse de la ropa para el Carnaval. Aquí y allá seguramente se podrá encontrar algo. Bernard busca entre los viejos delantales abandonados y los trapos rojos y verdes de Crisje, pero la tía Trui también tendrá colgado por allí algo viejo y desechado. Una hora más tarde, los chicos pueden decir: no estamos tan mal preparados para mañana. Se va toda la tarde, pero tienen un traje para el Martes de carnaval, Crisje. Mañana ganará dinero a espuestas, y podrá pagarle su centavo a Bernard. Crisje hace la vista gorda. Les da cinco centavos a cada uno para una máscara, y un cacharro de esos se compra donde Hanne Schuurman. Un poco después entran a su tienda a toda prisa.

—Hanne, ¿cuánto cuesta esta?

—Cinco centavos, Bernard.

—Qué espantajo, parece un demonio, y esa la quiero. Aquí está tu dinero, Hanne.

Ahora Jeus.

—¿A cuánto esta, Hanne?

—Exactamente lo mismo, Jeus.

—Entonces necesito una de cuatro centavos, Hanne.

—Eso se puede, Jeus. Toma, esta es un espantajo.

Jeus se pone una bruja.

—¿Me tienes miedo, Bernard?

Le paga a Hanne, y cuando están fuera, Bernard oye:

—Toma, Bernard, tu centavo.

—Vaya cabrón despabilado que es este —se le escapa a Bernard.

Lo habría podido hacer él también, pero Bernard no piensa. Tiene que admitir que de Jeus también puede aprender algo. ¿Será cierto, Bernard? Y ahora a casa, para espantar a mamá y mirar cómo les queda un cacharro de estos. A pesar de todo, Bernard admira a Jeus. Cómo no lo pensó, y en realidad la de Jeus es más fea que la suya. A Bernard le dan ganas de pegarse con la cabeza contra la pared, pero ya es tarde. Y otra vez están en el ático, improvisan un poco con la ropa vieja, se la prueban y cambian algunas cosas, hasta que Bernard se vuelve a acordar de algo que se le había olvidado por completo.

—Maldita sea, Jeus, ¿dónde tengo la cabeza hoy?

—¿Ahora qué, Bernard?

—Pues que se nos olvidó la zambomba.

—¿Qué es eso?

—Pues ven conmigo, ya te lo explicaré en el camino. Tenemos que ir de inmediato a ver a Bad Klink.

Ahora están donde Bad, Bernard pregunta:

—Bad, ¿te queda una vejiga para nosotros?

—No, Bernard, se acabaron.

—¿Estás bien seguro, Bad?

—Sí, Bernard, no me queda ni una.

—Y ¿dónde quedaron entonces, Bad?

Ahora sí que al gran Bad Klink le da risa, y sin duda lo lamenta, pero ya no le queda ni una.

—Se te adelantaron, Bernard. Ya desde la semana pasada tendrías que haber apartado una vejiga de esas, ¿no?

Sí, ¿ahora qué? Allí están, pero Bernard no lo piensa mucho tiempo, los chicos se les adelantaron, quiere remendarlo. Ahora primero hay que ir a ver a Theet Hendriks.

—¿Tienes todavía una vejiga para nosotros, Theet?

—No, Bernard, se acabaron todas.

Ahora adonde Straus. Ya no hay nada, Bernard. Luego toca ir adonde Mieneke Klarendaal. Seguramente que donde Mieneke le darán una. Pero nada de eso, las vejigas de cerdo ya se agotaron, Bernard. Qué pena, pero no hay nada que se le pueda hacer, los chicos te ganaron, llegas tarde. Luego adonde Cohen. No queda nada, Bernard, se acabaron las vejigas de cerdo. Finalmente, adonde Zwaap, pero Jeus ya lo sabe. Ahora Bernard se ha dejado engañar por sí mismo y a Jeus le da pena, aunque tampoco sepa todavía qué será lo que quiere hacer Bernard con una vejiga de esas. Pero ahora que se encuentran con un chico que tiene un cacharro de esos y le da a la zambomba, y que Jeus oye ese “wu, wu”, tiene que admitir que sí que es una gran pena. Y Bernard le da la razón, porque es precisamente por la zambomba que sablean el dinero. Un último intento donde Mozes, pero tampoco el matarife de cabras tiene vejigas de cerdo. ¿Ahora qué? Pero Bernard tiene mucha materia gris. Entonces tendrán que ser cazuelas y sartenes viejas, un montón de ruido sin duda también valdrá la pena. Pronto las han encontrado. En el brezal hay montones. Cuando están listos, Bernard se vuelve a acordar de algo; ¿cómo es posible que hoy se le olvide casi todo?

—Todavía nos faltan los gorros, Jeus. Entenderás que no podemos usar nuestras gorras, ¿no? Entonces nos reconocen enseguida.

Se les acabó el dinero y no hay manera de conseguir un gorro. Tienen

aspecto un poco pobre, y la gente no da su dinero a dos guasones medio disfrazados. Tal vez todavía pase algo hoy, a pesar de todo. Mejor confían en eso, nunca se puede saber de antemano. Llegan abajo medio congelados, pero Crisje no quiere darles un gorro. Jeus le hace falta a Crisje, le hacen falta su pregunteo y parloteo sobre los cielos, pero que José y su Largo le cuenten a Jeus lo que quieran. Lo que oyen ahora suena así:

—Y ahora ¡fuera de aquí!

Y es lo que hacen, ven que Jeus tiene que vivir su propia vida y también la de Bernard es bastante divertida. Los mayores se buscan ahora un camino propio, y aunque los más pequeños sigan pegados a sus faldas, sabe que más adelante ellos también saldrán volando de casa. Y ¿más adelante? Así es la vida. Le hacen falta los pequeños placeres y los de Jeus le daban verdadera felicidad. ¡Era celestial!

El año pasado, Bernard festejó el Martes de carnaval con Johan, ahora lo hace con Jeus. Crisje sigue a los chicos. Lo que no soporta es que lleguen a casa con esas palabras duras y que no aprendan más que palabras groseras. Jeus duerme en la cama empotrada con Gerrit, Johan y Bernard se han cambiado al ático. El Largo les construyó allí una agradable habitación de madera, y es un buen lugar para ellos. Es terrible lo que Crisje oye a veces. Pero es la culpa de los mayores, hablan por los codos y los niños lo copian. Se asusta cuando los chicos se ponen a parir unos a otros, entonces oye de todo. ¿De dónde lo habrán sacado? Siente que Jeus ya no piensa en que ella está embarazada. Ahora tiene metido en la cabeza el Martes de carnaval, y es mejor así. Incluso habló de eso con el señor párroco. Dijo: “Despréndete de ello, Crisje, de cualquier manera no podrás evitarlo”. Pero es horrendo. De vez en cuando te sobresaltas, tan duro suena, el corazón te da un vuelco cuando lo oyes. Y cada vez oyes algo nuevo. Y el Largo solo se ríe. Ese lo entiende bien. Tienen que aprender a hablar, ¿no, Crisje? ¿Qué quieres? ¿Quisieras convertirnos en unos holandeses (que no hablan dialecto)? ¿Quisieras proteger a los niños de las palabras groseras? El Largo no ahonda en el asunto, y seguramente tiene razón. Pero Crisje no se ensucia la boca cuando no hace falta y hay otra manera de decirlo. Los niños son niños, Cris. Por qué no lo intentas alguna vez, Largo, cuando tus hijos estén en la mesa. Entonces Crisje siempre tiene algo que decir, pero el Largo no se inmuta por nada y habla como le venga bien.

Ahora, Crisje se da cuenta de que está fuera de la vida de Jeus. Ya no oye nada sobre aquel otro Largo.

—Pero —le dijo Crisje una noche al Largo—, si uno de nuestros hijos quisiera alguna vez ser monaguillo, el señor párroco ni siquiera podría usarlo.

Y entonces el Largo dijo:

—Si alguno de los míos quiere ser monaguillo, primero le retuerzo el pescuezo. De los míos ni uno va a ser monaguillo, Cris. Tengo otros planes en la

cabeza para mis chicos, y tú lo sabes bien. ¿Acaso tengo que tirar a la basura para los muchachos lo que también tiré a la basura para mí mismo?

Entonces Crisje rápidamente se calló la boca. Lo sabe, el Largo sacrificó todo y los chicos tienen buenas voces, serán cantantes. No educa a los chicos para que sean monaguillos. El señor párroco ya tiene suficientes de esas bestias blasfemas, o ¿qué pensabas, Crisje? ¿Que no juran como carreteros? ¿Será que esos chavales de verdad no se enojan nunca? Entonces no son muchachos, entonces son unas ancianas y el Largo no quiere tener nada que ver con alguien así.

—Los que leen la misa para el señor párroco son granujas tanto como los míos. —Es lo que todavía tuvo que tragarse Crisje. Y un poco después se oye además:

—Y para eso tampoco les hacen falta ángeles, es trabajo infantil, Crisje.

Aunque el Largo cante en el coro y sea buen amigo del señor párroco, tiene su propia vida y opinión, y no se deja influenciar. Sí, Crisje, se va haciendo difícil. Yo que tú mejor me desprendía de eso, el mundo es grande y un niño crece, más adelante encontrarán todavía más palabras duras, lo saben ellos mismos. Lo tienes o no lo tienes, Crisje, y no puedes desacostumbrar a nadie de eso si la vida no posee esos sentimientos. Y tampoco se puede cambiar la vida. Siempre sucede alguna cosa nueva, Crisje. Ya lo has visto antes. Alie, la mujer del Borracho, siempre tenía miedo de que su marido la fuera a matar. Y ¿qué pasó? El hombre da un paso en falso y se rompe la nuca. ¿Tú te lo esperabas? Eso es lo que quiero decir y no está en manos de la gente. Y en cuanto a tu propia jerga, Crisje, si supieras lo encantador que suena tu rudo dialecto popular a los oídos de la gente que no tiene nada más que escuchar que el educado palabrerío, que los tiene más que hartos. No te avergüences para nada, Crisje. Más adelante, cuando se escriba el libro de tu vida, echaré allí todo lo que aquí conoces y te pertenece, de lo contrario el trabajo de toda tu vida y el de Jeus serían tan secos como una torta vieja y eso lo vamos a evitar. Créeme, entonces dejaré por escrito todo lo que dicen los chicos y todo lo que imaginan, Crisje, y a mí se me ordenó ya desde ahora: recuérdalo todo. No se te olvide ni una palabra y aprende el dialecto, para que más adelante estés preparado para describir la vida de Crisje y de su Jeus. ¿Qué dices de esto, Crisje? El mundo todavía te conocerá a ti, a tu querido Largo y a Jeus, y también a los otros chicos.

Los niños están en la cama y duermen como rosas. Estaban muertos de cansancio. Pero alrededor de las ocho entran a la casa dos tipos extraños, y hacen un bullicio que da gusto. Durante un tiempo se hospedarán en casa de Trui. Son italianos. Cuando Trui pensó poder hacerse la interesante hablándoles a los italianos de su hermana y del Largo y aquellos se enteraron de que el Largo tocaba el violín y cantaba bien, fueron a echar un vistazo allí. Trui

hizo un berrinche, pero bueno, ¿conociendo a Chang y Carlo?

No habían pasado ni cinco minutos cuando donde Crisje toda la casa ya estaba patas arriba. Los chicos tuvieron que presentarse uno por uno. Chang y Carlo contaron que eran pizarreros y que les harían falta meses para volver a arreglar la iglesia, con lo que se ganaban un buen dinero. Luego, el Largo presentó a su familia.

—Ese es Johan. Ese es Bernard. Ese es Jeus. Ese es Gerrit y aquel, ya ven ustedes mismos, todavía no puedo mostrarlo, ¿verdad?, pero él también llegará pronto y entonces ya lo presentaré.

De inmediato, Chang está loco por Jeus. ¿Por qué? Chang acaba de perder a un chico así, y el médico le dijo que su mujer ya no podrá tener más hijos; su organismo quedó perturbado. Jeus tiene exactamente la misma mirada que su pequeño Chang, ¿cierto o no, Carlo?, pero a Jeus, se lo explican rápidamente a Chang, no se lo pueden dar ni por cien mil florines, aunque Chang quisiera y pudiera hacer lo que fuera por Jeus. Chang dice que quiere darle una educación espléndida a Jeus, tiene dinero y un viñedo propio, ¿qué quieres, Crisje? Pero cuando resulta que Jeus no está a la venta, se divierten. El Largo toca el violín, Carlo toca su guitarra de la manera más hermosa. Ahora solo falta Gerritje Noesthede, y todo encaja. Y como por obra del diablo, Gerrit entra a la casa. Pueden empezar. Gerrit estuvo en Italia, siempre se ufana mucho de eso, ahora puede probar si en efecto habla italiano.

Pero Carlo y Chang pronto oyen que Gerrit dice disparates y ahora se pueden reír, Gerritje perdió una pequeña corona y descendió un escalón, pero sí que hay diversión. Para los chicos ha ocurrido un milagro, Chang les dio una moneda de diez centavos. ¡Ya está el gorro, Crisje! Ahora hay que rezar, tienen que agradecer a Nuestro Señor, ¿cierto o no, Bernard? Chang sigue como enamorado de Jeus, está como loco por esa vida, de pronto se lo dijo al Largo así nada más, que Jeus sabe pensar. ¿No lo sabía el Largo? Crisje disfruta de cómo Chang se lo hace entender al Largo con su alemán y dialecto captados por allí, y Gerrit también tiene que asentir: es cierto, sabe pensar. Pero Roma se convirtió en Napolitano... y Napolitano fue cambiando a Lafresco y la Ssssssst; Gerrit solo sabía sisear, por lo demás Gerritje Noesthede no sabía nada, absolutamente nada. Durante todos estos años, Gerrit solo estuvo tomándoles el pelo, como si el Largo no supiera quién era Gerritje. Te da risa y entonces se te olvida todo, pero la Capilla Sixtina está en alguna parte entre Roma y Francisca. Gerrit no sabe qué cosa es esa y a Carlo y Chang les dio tanta risa que vaciaron cinco botellas de vino fino, una tras otra, ¡tanta fue la diversión! Naturalmente, un poco después sonó el 'Ave María' del Largo, así, sin más, como de pasada, y, honor a quien honor merece, no estuvo mal, incluso a Crisje le pareció que el Largo no había tocado tan bien en meses. De modo que Chang y Carlo ya no tuvieron más tiempo para Gerrit.

Ahora se trata del Largo y de Crisje. ¿Me das a Jeus, Crisje? Vamos, dame a Jeus, Largo. Cuidaré bien de él, en esta casa ya hay suficientes niños. Cómo es posible, a Chang se le llenaban los ojos de lágrimas, y no solo por su vino; también por el deseo verdadero y por el alma de Jeus, porque ese niño, decía Chang, tiene algo por dentro. ¿Qué piensas, Crisje? Pero eso Crisje no tiene que pensarlo. ¡Ella no va a dar a Jeus a nadie en absoluto! Hasta bien entrada la noche hay fiesta y luego van a dormir, pero por todos los santos, qué golpe de suerte, ¿no, Cris? Qué bueno es Nuestro Señor con un pobre humano. ¿Viste a Gerrit?

—Por Dios, Cris, ¡cómo lo atrapamos!

Y luego también el Largo se quedó dormido y un poco más tarde, ya había vuelto a despertar, para tomar café y asegurarse de estar en Emmerik a tiempo. Los chicos también están despiertos, ¡es Martes de carnaval, Bernard! Y ahora, a prepararse y de juerga. Alrededor de las diez ya están en la calle. Allí está el gorro, y tienen muy buen aspecto. Y ahora van gritando:

—La zambomba, la zambomba, dame un centavo y paso de largo... —Pero la gente no da con tanta facilidad. También la tía Trui ya los dejó colgados. Sí, otra vez un pedacito de esa salchicha seca, cuando se trata de un centavo. Otros les cierran la puerta de golpe en la cara.

—Vaya, ¿tan rápido tuviste que correr? Pero vamos, ¡eso no es una zambomba!

Entonces Bernard da un paso al frente. No es tarde ni para hablar ni para dar pretextos: por los baches, la zambomba terminó debajo de un carro, y ¿ahora qué? Miren por ustedes mismos, ¿no es música deliciosa? ¿Nos dan un centavo? ¿Solo un centavito?

Naturalmente, se visita primero a las mejores personas. Jeus grita hasta quedarse ronco y Bernard no se queda atrás; él se sabe las canciones. Ninguno le gana al otro. Pero anda un montón de chicos por allí. Naturalmente, Bad Klink les da dos centavos. Donde Mieneke Klarendaal, no lo vas a creer, cinco centavos. Pero donde Hosman les cerraron la puerta en las narices y encima se pusieron a lanzar maldiciones. Y cuando Bernard quiso empezar también, Jeus se lo llevó a rastras, porque si dejas que se oiga tu propia voz, la gente te reconoce, ¿o no? Y Bernard tuvo que admitir que tenía razón, así era, pero ¡esas chinches nunca daban nada! Pero no los reconocen, si no ya lo habrían dicho desde un rato. Ya están que revientan de los dulces y los ricos regalices. En algunas casan les dan salchicha, eso también es parte del juego, porque cantan: ¡una gruesa es mejor! Esa salchicha siempre te la puedes comer. Pero los adultos son avaros, y aun así cuando van a dar las cinco cada uno ha echado mano de casi veinticinco centavos. Exhaustos y medio congelados llegan a casa, se caen de hambre. ¿Qué te parece, Jeus? Primero tiene que pensarlo, Bernard. Pero ¿mañana? Dura tres días, Jeus.

Crisje oye todo; comen sopa rica y luego pueden ir a dormir. Ahora ha llegado el Martes de carnaval para los mayores. Y en efecto, ahora puedes ver a Crisje bailando con su Largo, un vals delicioso. ¿Quién no tendría ganas eso? Salen un rato con Chang y Carlo, Johan cuida a los niños —es algo para lo que se puede confiar en él—, aunque Crisje sabe que no debe ser demasiado tiempo.

En una sala de estas se ve de todo. Carlo y Chang no se imaginaban que los olandeses pudieran divertirse tanto. Crisje piensa, ‘Se ve de todo’. Príncipes y reyes, gnomos y revoltijos extraños, ¡de todo! Barones y condes. Los rateros y asesinos también se mandaron hacer un trajecito de esos y durante tres días hacen como si fueran los clientes ricos. Y lo saben muy bien, entre esa realeza están los rateros y los navajeros. Cada año se vive otra cosa aquí. De vez en cuando, cinco o seis terminan en el hospital por los navajazos. Entonces lo normal es que de pronto termine la diversión. Cuando llegan los de Didam, más vale esconderse. Son cazadores furtivos y rateros, que ahora andan disfrazados de barones y condes, reyes y emperadores. ¿Ya viste esos capachones, Hendrik?

—Se llaman... capuchones, Cris.

Los hay verdes, amarillos, rojos, negros y níveos, esos capachones, no, así no es... Se llaman capuchones. Crisje está disfrutando. Los rateros y toda la peor chusma de Nuestro Señor se divierten que da gusto. Un obrero no puede permitirse esas cosas caras. Pero el cielo baila, aunque no lo creas, incluso hay ángeles debajo de las máscaras. ¡Solo mira a esa zorra! Es esa zorra de las colinas, ¿sí o no? ¿Qué te parece, Crisje? ¡Y ese Dien pelirrojo! ¡La cosa que se puso! Ese es Jan. Se ve por sus pasos, camina exactamente así. Ese capuchón es Gerrit. Lo reconoces por cómo toma su cerveza. Sabes exactamente cómo levanta su vaso. Ya se han delatado, no se les va a dar premio, porque de eso se trata. Se le da un premio a quien no sea reconocido. Por lo menos doscientos florines. Pero uno tras otro es desenmascarado, a pesar de haberse ataviado con los trapos más extraños. Basta con que bailes con esa princesa y la reconocerás por los brinquitos que no puede evitar. Y sí, allí está Anneke del Borracho. Esa de allí es Mieneke. Esa es Alie y aquella..., maldición, ese sí que me está haciendo sufrir, no, me equivoqué. ‘Así se oye de todo’, piensa Crisje, pero tiene que ir a ver a los niños; el Largo se queda otro rato para mirar, con Chang y Carlo. Pero pronto él también está harto. Carlo y Chang quieren charlar otro poco, pero ¿mañana? ¿Lo oíste? Ya está uno en el hospital. Los gendarmes tienen trabajo a manos llenas y es una pena, ¡siempre por esos bravucones de Didam! Deberían andarse con cuidado, pero sus peleas se resuelven el Martes de carnaval, con los puños. Nada los detiene, así es como son estas cosas, y dilo tú mismo: de lo contrario, esa gente no llega a vengarse, y ahora ¡sí!

Unos días después hay dos niños en cama, enfermos. ‘No, esto no está bien’, piensa Jeus, ‘no, te hace trabajar demasiado duro y luego para colmo terminas enfermo. ¡Yo por mí prefiero la feria!’. De la diversión deslizan hacia los líos y tienen que aguantar esa miseria, a Crisje también le dan mucha lata, pero había sido divertido, según Bernard.

Luego Bernard oyó:

—Tú te quedas tu mundo de mierda y yo el mío. Ya no quiero tener nada que ver con él.

‘Eso fue una vez y nunca más!’, pensó Bernard. Ahora falta patinar sobre el hielo unas cuantas veces, pero esa diversión también dura poco. El invierno pasa volando, ya se acerca la primavera. Chang y Carlo les mandan un delicioso vino, cumpliendo su palabra, pero el alcalde está considerando seriamente prohibir el Martes de carnaval; hubo víctimas. ¿Por qué esos adultos siempre tienen que echar a perder una diversión así? Eso también da que pensar. Esos reyes y condes se pelearon como bestias salvajes. Y para colmo, uno de esos tipos había ganado el premio; ahora ya no recibió nada. Y como todavía está allí ese dinero, el alcalde no puede prohibir el Martes de carnaval; Nuestro Señor, dilo Tú mismo, eso no se puede, ¿o sí? Pero la verdad es que...

Al día siguiente, podías encontrar los trapos por la calle. Y la gente sabía exactamente quién los había llevado. ¡Cómo habían hecho el bestia! Crisje piensa que el Carnaval solo sirve para hacer malas a las personas. Es hacerle el juego al diablo, contra lo que Nuestro Señor lucha desde hace años. Así piensa también el señor párroco. Ya hablan desde hace años de tachar el Martes de carnaval en el calendario de diversiones, pero no sucede, es demasiado divertido, es, por decirlo así, algo diferente. Entonces puedes sentirte rico tú también durante unos días; todo el año te están devorando tu sangre y tu sudor. Y hay aquí demasiada gente que tiene que sudar y por eso se volverá a festejar el Martes de carnaval el próximo año. ¿Que qué piensa Jeus de esto?

Pronto Bernard tendrá que ir a la escuela, pero entonces todavía queda Gerrit, aunque Jeus no tiene contacto con él. No le quedará otra que buscarse la vida él solo, y tal vez ahora sus otros amiguitos tendrán nuevamente la oportunidad de jugar y hablar con él durante un tiempo, Crisje. A Deut tampoco se le ve; Duumke recorre el vecindario como un perro salvaje y muerto de hambre. Constata para sí mismo que en realidad la vida está detenida ahora que Bernard se prepara para subir de escalafón.

Así es, Crisje, los niños se van haciendo mayores, y tú ¿estás un poco tiesa? No, otra vez estás hinchándote, ¿otro niño más, Crisje? O ¿qué es? La diversión ya está olvidada, la vida diaria te exige todo lo que tienes, pero una cosa es segura, una cosa la tienen que aceptar todos: sabes para qué vives, y quien no lo sepa lo tiene que asimilar todavía; pero si sí lo hay, dice Crisje, se te da algo nuevo que vivir todos los días, también a los niños; eso Jeus lo

sabe bien.

¿Ahora qué? ¡Espera un momento y lo sabrás! Pero entonces Bernard se había calzado sus zuecos nuevos, y ¡él también estaba frente a algo diferente! Anda, ¡a cerrar la puerta detrás de ti!

Jeus, algo le pasa a Deut, ¿puedes ir a verlo?

Deut lleva ya dos días en su piedra y al parecer las cosas no pintan bien para él. Los adultos están impotentes frente a esta situación y no lo pueden ayudar. Es miserable verlo allí sentado así. El gigante se desplomó como una ruina y su vida, su alma y su espíritu están rotos. Ni Duumke puede alejarlo de su piedra. Se cuenta por allí que el viejo Messing le propinó una terrible paliza a su hijo. Duumke anda de aquí para allá cerca de su amigo, pero ya tampoco sabe qué hacer. Si se le pregunta: “¿De verdad no hay nada que puedas hacer por Deut?”, contesta:

“Ya tengo conmigo mismo”.

El estado de Deut puede durar semanas, tan hecho polvo se le ve. Es insoportable verlo, así en la Grintweg. Día y noche hay gente pasando por aquí, ni un purito ni un resto de salchicha traen alivio; su vida se niega con determinación, ¡está muerta! El interior de Deut tiene un aspecto triste, en aquel interior ya no se puede ver ni una pequeña luz. Hace frío allí, es antipático e inhumano. Hay profundas tinieblas dentro del simplón. ¿Que dentro de qué vive Deut? La gente habla de esto, claro. Pero nadie es capaz de sacar al simplón de su estado angustioso; ningún médico sabe cómo tratar a este deshecho humano para darle unas pocas fuerzas nuevas y diferentes; para volver a encarrilar a Deut en su vida diaria. También el Largo le habla a Crisje sobre Deut, tampoco ellos lo entienden. No se logra nada con violencia, porque entonces la vida interior de Deut reacciona de inmediato, y pega y patea a su alrededor como un animal salvaje. Entonces empeora todavía más. Por eso Deut tiene que quedarse tranquilamente sentado allí, y no hay quien pueda alejarlo de su piedra. El Largo dijo:

—Es que hay cosas, Cris, que nosotros como humanos no podemos entender y en las que no tenemos que meter la mano, ¿cierto o no?

Al decir esto, el Largo admitía sin rodeos que él tampoco sabía cómo resolverlo. Crisje dijo:

—Hay ayuda para todo, Hendrik. ¡Para todo! Si la gente solo quisiera rezar.

—Bien, ¿por qué no empiezas a rezar entonces, tan buena que eres para eso? —replicó el Largo luego.

Con sarcasmo y un poco de burla tampoco se logrará, bien que lo siente el Largo, pero entonces que se las arregle solo ese loco. A Hendrik todo el asunto le parecía una cosa pobre. Crisje todavía oyó:

—Si el de allí arriba sabe hacer lo que sea, Cris, entonces ¿por qué no ayuda a quitar a Deut de su piedra?

Crisje contestó indignada:

—Vamos, Hendrik, espero que no quieras burlarte, ¿no?

—¿Acaso eso es burlarse, Cris? ¿Será que ya no puedo tener mis propios pensamientos?

‘Aunque sigas y sigas’, pensó Crisje, ‘de todos modos no vas a avanzar’, pero aun así, una cosa la sabe con seguridad: la gente no debe tocar las cosas que tengan que ver con Nuestro Señor. Aun así, el Largo todavía no se rinde, y Crisje oyó todavía muchas más cosas, pero tampoco ella supo las respuestas. A pesar de todo Crisje siguió rezando por Deut, al igual que el señor párroco rezaba por el simplón. Muchos avemarías fueron ascendiendo, pero ¿ayudaría?

El Largo y mucha gente se preguntan: ¿Por qué “Él” no manda más que locos a la tierra? Porque de esos hay de sobra en este mundo. Más que los conscientes, incluso, si es que a cada persona normal se la puede llamar consciente. Otra cosa más de la que no tienen ni el más remoto fundamento. ¿Por qué Nuestro Señor manda a tantos enfermos a la tierra? A fin de cuentas, Deut tiene una porquería de vida. ¿No es increíblemente injusto, Crisje? ¿Por qué “Él” manda a este mundo personas con la cabeza enferma? Pero entonces el Largo oye que no tiene que tocar los asuntos de Nuestro Señor, y que todas esas cosas no son asunto suyo; Nuestro Señor sabe muy bien por qué todo esto es así. La repuesta que le da Crisje sí que le parece muy barata. Así se puede justificar cualquier cosa, pero no se avanza. ¿Puede uno como ser humano aceptar eso? ¡No, es imposible! Todo ese palabrerío solo lo marea a uno. Aun así, intentaron quitar a Deut de su piedra con violencia, pero ¡por todos los santos, cómo se puso! Ahora había enloquecido de verdad. El médico dijo que más valía dejarlo tranquilo, a fin de cuentas todo ese asunto tendría que sufrir algún cambio, siempre estaba la Madre Naturaleza también. Claro que sí, el señor médico puede decir lo que quiera, pero mira ahora. Deut no hacía caso de nada, siguió con problemas durante semanas y aun así, una buena mañana había desaparecido. Nadie supo si a Deut lo habían metido en un manicomio, pero había desaparecido, para volver después de unos meses. Al igual que antes, Deut era como un niño, y ¿qué hacer con niños en un manicomio de verdad? Nada, ¿verdad? Se dice que había vuelto con un papelito que decía: “Déjenlo en paz; si se vuelve a colapsar, entonces déjenlo en paz, ¡su interior se restablecerá solo!”. Pero puede durar mucho tiempo y miren por ustedes mismos: menudo espectáculo; hace que los extranjeros salgan corriendo del pueblo —o de la pequeña ciudad, si se prefiere—, temiendo que este niño alto y fuerte los vaya a contagiar, eso sí que da risa. ¿Así es, entonces, la gente de la ciudad? Uno pensaría que esta gente no teme a los locos. A algunas damas se las veía simplemente temblando cuando miraban un momento a Deut; ya no se alejaban de (la región de) Montferland. Allí

en 's-Heerenberg se juraba en plena calle, era una vergüenza. ¿A quién se le ocurría dejar allí a una persona así, babeando? ¿No había nada, entonces, para volver a encarrilar en la sociedad a esa vida? No, señora, no hay nada, lo sabemos muy bien, pero ¿qué quiere? ¡Quite las manos de Deut, señora!

Cuando esta gente está tranquila hay que dejarla que haga sus cosas, y cuando está alterada, dejarla en paz con todavía más razón, dejarla aún más que se las arreglen sola, hay que pretender que ya no es una persona. A veces se hace lo que sea por un perro sarnoso, entonces ¿por qué no por Deut?

Ahora bien, ¿Deut es realmente un loco? Un pobre diablo, eso es lo que es, torturado por la vida, y eso es mucho peor que cualquier otra cosa. Esto es muy malo, mucho peor que ser ciego, peor que alguna deformación. Si eres como Deut, ya no tienes nada, ¡nada!

¿Qué enfermedad es? No lo saben. Pero salen cubetas llenas de baba por los labios de Deut y de su corazón humano, porque eso es lo que pasa, ¿no? Ya no sirven tus pretextos. Ni los puritos ricos, aunque costaran cincuenta centavos. Su alma y su felicidad ya no reaccionan, ahora Deut está muerto o sordomudo, aunque podría vivir mil veces mejor lo primero, pero La Parca todavía no tiene ganas de sacarlo del juego de este mundo, porque para ella es un juego, ¿verdad? Piensa, 'revienta... Deut, me sirve más uno sano. Qué bien, un niño así, de siete años; un hombre así, de cuarenta o de treinta años, en la flor de la vida, quitarlo de golpe de allí, ¡me parece buena idea! Pero ¿de qué me sirve un caso así de loco?'. Eso es lo que dice o piensa La Parca, Crisje... ¿Verdad, Largo? Así pintan las cosas. Porque las cosas nunca cambian. Deut seguirá vivo; los sanos en cuerpo y alma desaparecerán, como suele pasar. Hay familias despedazadas por La Parca, pero ¡Deut se queda! ¿O será que Nuestro Señor no quiere saber nada de esto, y es que "ÉL" hizo en verdad un trato con La Parca? Primero este y aquel.

Y entonces uno se pregunta automáticamente... ¿Para qué se vive entonces, en el fondo? ¿Qué es, pues, de Nuestro Señor mismo, y qué le pertenece a La Parca? ¿Le complace a "ÉL" dar ingenio humano a miserias de ese tipo? Se nota a ojos vistas, hay allí un pequeño problema, hay algo en esto que en realidad no va con Nuestro Señor, pero Largo, Crisje, ¿quién lo sabe? Nadie en el mundo conoce estas leyes, pero allí están, ¡por lo menos los fenómenos de los que Deut es solo uno!

¡Lo que hay dentro de Deut está muerto ahora! Ya no hay vida ni sentimientos, no hay oído y no ve nada. La vida se ha vuelto callada, hay algo en la máquina humana que se rompió por dentro. Pero ¿qué?

Cuando uno está frente a Deut y siente algo de su alma, o la vida, como uno mismo quiera sentirlo, entonces a uno le viene encima algo desagradable que lo hace temblar y estremecerse. Entonces de inmediato se ve uno ante todas sus preguntas, de las que la más inhumana es: ¿Por qué Nuestro Señor

manda al mundo a ese tipo de personas? Otro dice: por dentro, Deut ha cerrado sus puertas con clavos, pero ¿tiene un ser humano puertas? Dicen que dentro de Deut está como boca de lobo, y pareciera que llorando se vaciara allí por completo como ser humano, y eso es lo más miserable de todo. Entonces ¿uno ya no tiene sentimientos como ser humano? ¿Puedes tú mirarlo con los ojos secos? O pensabas que todos estos hombres y mujeres, que sin excepción alguna van a la iglesia —ya sea a la protestante o a la católica, no importa—, no se preguntaban: ¿Cómo puede aprobarlo Nuestro Señor? ¿Pensabas que se tragaban cualquier cosa que dijera el párroco o el pastor? Nada de eso. Piensan, al verse afectados, que bien podría tocarle algún día a sus propios hijos. ¿De verdad es satánico Nuestro Señor? Dios mío, Crisje, ¿eso lo preguntó el Largo? ¿Y qué contestaste?

Ojalá Deut pudiera llorar bien alguna vez, dice la gente, eso trae alivio. Si llora, pero no hacia afuera. Y si pudiera pasar, habríamos avanzado bastante. Sería el relajamiento natural para Deut. ¿Quién es capaz de hacer llorar al loco? ¿No hay medicinas? ¿No se han inventado aún esas cosas por las que se puede hacer llorar de manera natural a una persona? ¿Piensan que es lo único para Deut! Pero solo está babeando, eso es lo que pasa, nada más. Y lo más raro es que no se puede morir a causa de eso, bien que lo vieron. Eso es tan malo que ni siquiera lo hace reventar a uno. ¿Es duro? ¿Eso es duro? Entonces está uno frente a La Parca y frente a Nuestro Señor, frente a estos dos poderes y fuerzas. ¿Cuál de estos dos tiene finalmente la razón o se complace quebrando y maltratando de esta manera esta pobre conciencia de Deut? ¿Quién es? ¿Acaso no es cierto, entonces, que la gente de buena voluntad recibe los golpes, una y otra vez, y es la que es despedazada? De improviso, personas que hacen mucha falta reciben un golpe vil de esos, en el centro del corazón humano. ¿Entonces está La Parca frente a ellas! ¿Pensabas que tanto clamor por ayuda y tantas súplicas ayudaban en lo más mínimo? Que ahora mujeres y niños intenten mantenerse en la vida. Ves los estados más miserables, solo por esa maldita Parca y por Nuestro Señor, que no hace nada, que no mueve un dedo. ¡"ÉL" deja que sus hijos revienten! Esas palabras son las que se oyen y dicen, no en la barra después de diez tragos, no, así, a la mitad del día, con plena conciencia, tras reflexión humana, no solo respecto de Deut, sino también ¡de ti mismo, tu amor, tus ingresos, tu mujer e hijos! ¿Qué dices? ¿Qué pensabas de esto? ¿Acaso son sinsentidos? Y mira, el que se estaba riendo de repente se fue. La Parca también lo había agarrado. Adiós, ¡ahora que tu mujer y diez hijos se las arreglen! ¿También adiós a Nuestro Señor? Te voy a decir una cosa. La vida es un gran caos, una sucia porquería, pero aquí arriba ¡hay algo que no cuadra! ¿Están equivocados este hombre y todas esas mujeres? ¿No deben hacer estas preguntas? Si fuera por Crisje, no, no metes la mano en lo que pertenece a Nuestro Señor, porque entonces ¡ya no quedaría nada

del todo! ¿Piensas que Crisje no tiene razón?

Crisje y el señor párroco rezan toda oración habida y por haber, pero ni así sirve de algo. Pero a pesar de todo, dice Crisje, llegará ayuda, ¡solo tienes que perseverar! ¡Y Crisje persevera, Largo!

Cuando Hendrik llega a casa por la noche, subiendo a la Grintweg por el callejón, lo primero que hace es mirar si Deut sigue allí. Es lo que más le interesa. Y sí, allí sigue, Largo. Es vergonzoso. ¡Y esa vergüenza se va derecho hacia Nuestro Señor! ¡Eso es fastidiar al ser humano! Es torturar al ser humano, pegándole por todas partes, como si la vida no le pegara lo suficiente aún. ¿Qué dicen los ángeles, Crisje? ¿Nada? ¿Han perdido su espacio y su seguridad todas esos poderes y fuerzas? Eso parece. ¿Cómo es que Nuestro Señor aprueba esto? No se pueden encontrar palabras, ¡así de deplorable es!

¿O no es cierto? Un ratero, un cazador furtivo, un maleante y un asesino, ellos se mantienen con vida y tienen salud. Es duro, claro que sí, y no debería ser, pero a veces aquí hay gente que envía hacia arriba: ¡los “drudels”! Y, fíjate, eso va dirigido a Nuestro Señor y Su equipo. ¡Los “drudels”! ¿Y pensabas que eso los hace reaccionar? La cualidad de callar —porque así es, ¿no?— que se manda desde los cielos hacia la tierra dice: ¡Adelante, revienten! Claro, eso no hay que decirselo ni a Crisje ni al señor párroco, entonces eres un hereje. Pero ¿qué quieres? Además no es sensato que uno se deje llevar tanto, porque significa maldecirse a uno mismo, y eso, a su vez, también es grave. Una cosa te lleva a otra y de todos modos no llegará respuesta a todas estas preguntas. Cuando el Largo le dio a conocer a Crisje su opinión de que arriba existía algo terrible, se le dio en respuesta:

—Vamos, Hendrik, eso es infame, ¿acaso no lo sabes?

—¿Qué es más infame, Cris? ¿Entonces Deut solo recibió media alma, Cris?

¿Qué contestar a esto, Crisje? ¿A pesar de todo sigues sosteniendo que algo tiene que pasar con Deut? ¿No sabes, Crisje, que todos los días La Parca masacra a niños sanos? ¿Para qué manda Nuestro Señor niños a la tierra si de todos modos “ÉL” los vuelve a llamar consigo unos días después? ¿No se puede preguntar eso, Crisje? ¡La gente lo hace de todas formas! Y ya no se conforman con el pretexto: Nuestro Señor ya lo sabrá. Esas lágrimas, la pena y el dolor de las madres, Crisje, de todos esos millones de madres, pues, que tuvieron que perder a sus hijos, debería haber oscurecido desde hace mucho la luz del espacio, allí donde vive Nuestro Señor, ¿no? Pero allí no cambia nada. Siguen viviendo allí como si nada, los domingos reciben sus pastelillos frescos, comen de fuentes de oro con cucharas de oro, los hombres fuman sus puros de un florín, pero nadie en absoluto piensa en estas madres, el dolor humano no significa nada, Crisje. ¡Nada! ¿No hay entonces ni un solo ángel, Crisje, al que se pueda llegar a través de las lágrimas y el dolor humanos?

Libertinos, rateros y viles maleantes siguen vivos y poseen todo, ignoran lo que es la enfermedad. A los mejores se les pega y pisotea a muerte. ¿Es eso algo para Nuestro Señor, Crisje? La gente puede decir sí y amén, pero está harta de eso, eso es viejo y se arruga; de vez en cuando no estaría mal que uno supiera algo más y dijera alguna vez su opinión, si no ¿para qué se es un ser humano? Y luego se oye: haces bien en llorar, aunque no te sirva un comino. Por más que vociferes, solo empeoras las cosas. Da igual que mañana estés en la calle, ya puedes darte por satisfecho de que seas un ser humano. Cómo puede ser, son gloriosos estos regalos de Nuestro Señor, pero ni siquiera los cerdos quieren recibirlos. ¡Somos personas! ¡A los ojos de Nuestro Señor no eres nada! ¿No lo sabías? ¿Rezar? Te doblas de la risa por esa gente, han perdido la razón, no son personas con una voluntad propia. Cuéntame lo que quieras, ¿pensabas que lograba olvidar a mi buen Nico? Y ¿cómo era Nico? ¿Acaso no se confesaba cada semana? ¿No iba siempre a la iglesia? ¿Alguna vez te hizo una mala jugada? No era capaz. Y ¿qué pasó? De golpe se fue al ataúd, mi Nico. Parado en la tumba se oían risas. Lloré hasta quedarme seco, pero había alguien que se burlaba de mí y de toda mi familia, ¡y era esa odiosa Parca maldita! ¿Nunca has oído cómo ríe esa desgraciada? Entonces sigue algunos entierros y escucha bien, y también lo oirás.

¿Qué pasará dentro de Deut cuando está así? Dicen que Deut volvió a llevarse otra vez al viejo en la carretilla por la Grintweg para propinarle un batacazo tirándolo ocho metros hacia abajo. Allí se volvió a encontrar el viejo Messing. Debí haberse desnucado, pero cuando lo sacaron de allí no le había pasado nada. Deut, que se quedó de pie allí, llevaba a su terreno a su viejo padre en la carretilla cuando pasó. Y eso también es raro, si quieres dedicarle un breve pensamiento humano. Deut ya no tiene conciencia de nada. El viejo Messing, en cambio, tiene un pedazo de madera en las manos y llama a Deut para que se le acerque. Quién haría eso con sus hijos, siendo padre. Pues bien, ¿qué hace tu hijo sano e inteligente, aunque solo tenga tres años? Si son todavía mayores, claro que actúan de manera aún más consciente..., ese hijo tuyo siente lo que estás tramando y ahora está temeroso; tu hijo ve que recibirá una paliza y está reaccionando. Cierto como eso. Deut no. Deut se acerca a su padre. No ve que este tiene un garrote en las manos para darle una buena paliza, esta pobre ruina humana hace exactamente lo que el viejo quiere. El viejo le dice:

—Agáchate, de rodillas, Deut. —Porque él es paralítico, y Deut obedece. No sabe qué está por suceder. Si el viejo Messing no le hubiera soltado ese bufido a Deut —pues este por lo visto no soporta los bufidos ni los gritos—, entonces Deut tampoco lo habría tirado desde la Grintweg. Cuando Deut se agacha y está de rodillas, el viejo Messing le pega a esta vida donde la alcance, hasta que a fuerza de golpes despierta algo por dentro a lo que finalmente

reacciona Deut, y sale huyendo. Es todo, pero por eso Deut ya lleva días sentado en su piedra. ¿Qué hacen con el viejo? ¿Qué tienen que hacer? No lo saben.

O sea que dentro de Deut sigue habiendo algo, a pesar de todo, que puede ser llevado hacia una decisión propia. Tenemos que aceptar irremediablemente que esta vida no posee ni conoce la maldad. Esta vida no es consciente del peligro. Y aun así, si le das una buena paliza, llega a reaccionar por su propia cuenta. El viejo despertó a golpes al niño sordomudo dentro de Deut. ¿Cuánta profundidad tienen la vida y la conciencia de Deut? ¿Qué te puede decir un psicólogo sobre esto? ¡Nada! Hace ya mucho se desligaron de Deut; ¡no lo saben! Claro, lo mejor para Deut era alejarlo de ese entorno, pero entonces bien podrían llenar todas las casas para este tipo de enfermos, ¡toda la sociedad está enferma! ¡Toda esta sociedad está loca de remate! En otras palabras: uno se queda impotente. Deut debe de haber estado tirado frente a su padre como un mosquito frente a las patas de un elefante. Otros saben que el viejo primero le pidió que le buscara un palo, y que el mismo Deut le puso en las manos a su padre el objeto para apalearlo. Más decente y dócil, ¡imposible! Pero ¿qué quieres?

Ahora Jeus tiene que ir allí. ¿No le parece raro a la gente? Jeus sabe que su amigo está metido en problemas y aun así deja a Deut allí. Eso no es propio de Jeus, Crisje lo sabe. Así que cuando Crisje le preguntó:

“¿No sería bueno que fueras a echarle un vistazo a Deut...?”, oyó en respuesta:

“Primero lo tengo que pensar, mamá”.

Sonó bastante sabio, ¿no, Largo? Después de unas horas, Jeus oye de nuevo que Crisje le dice:

“Jeus, ve a ver a Deut, está muy afectado...”. Entonces empezó a pensar, pero no pasó nada, se fue a dormir bien a gusto y dejó solo a su amigo con su horrendo problema. Crisje no lo entiende, pero sigue rezando y confiando: ¡Deut se va a curar! Aunque el Largo casi se deshaga de la risa, porque es un trabajo imposible. Crisje sigue poseyendo la confianza. Reza y piensa lo suyo al respecto. Hace un momento, Jeus salió por la puerta con Fanny para ir a ver a Deut. Contempla desde la distancia el engendro allí en esa piedra, del que sabe todo. Aunque no lo creas, Crisje, aunque tú puedes entenderlo, en Jeus entró el sentimiento, el sentimiento puramente humano y bien reflexionado de que solo ahora puede ayudar a Deut. Ayer todavía no era posible, solo hoy ha llegado el momento. Ahora es capaz de hacer algo por su amigo grande. Otra vez algo de niños, dirás seguramente, Largo, pero esto tiene un significado profundamente humano, incluso sobrenatural, y ya lo conocerá Jeus más adelante, y entonces lo describirá en sus libros. ¿No te reirías también un poco por eso, Largo? No pronunciaré jamás estas palabras en tu

presencia, entonces se convertirán en margaritas para los puercos. Ay, Largo, eso ya está muy visto, es viejo, eso de las margaritas para los puercos ahora ya no significa nada, lo intuyo con mucha más sencillez y también es mucho más humano si dices: ahora te diriges a sordomudos, y ¡es cierto, además!

Jeus va directamente hacia Deut, y es increíblemente peligroso, pero no quiere saber nada de peligro. Hablar no ayuda, lo hace de manera muy distinta. Los adultos ya se han vaciado hablando. Jeus toca a Deut brevemente, luego se da la vuelta, se apoya en la cerca de la señora Peters y se queda ensimismado, y llega ahora a reflexionar profundamente. Lo primero que piensas ahora y que surge en ti es: se nos ha mandado otro psicópata. Pero eso no lo sabe Jeus, esos son entonces tus propios pensamientos. Este niño hace algo de lo que tú como persona vieja no sabes nada; así que mejor cállate la boca otro poco. Por suerte el Largo no está cerca, Crisje, porque entonces ¿qué habría pasado? El Largo habría agarrado a Jeus por el cogote para alejarlo de donde está Deut. Pero entonces, dentro de quince días, Deut todavía habría seguido allí. Ahora Jeus saca a su amigo de los apuros en que está. Ve que dentro de Deut las ventanas se han cerrado de golpe. Por más que grites, “Deut, sal, por favor”, ahora mismo Deut no sabe encontrar una salida. El rostro de Jeus se queda impasible. Los niños lo miran. Los hay que piensan que también está afectado. Ya lo ves, Deut puede contagiarte, mamá. Ahora que Jeus está allí llega la ayuda para él, Fanny ya está meneando la cola, ¡ve a José!

Ahora Jeus empieza una conversación universal. El otro Largo también está allí y le dice:

—Primero tienes que observarlo por dentro, Jeus.

—Sí —recibe ese otro Largo como respuesta suya—, ya empecé a hacerlo.

Jeus desciende en Deut. Lo hace en pensamientos y pasa solo si te sabes el camino, de lo contrario te pierdes allí. Y es que un laberinto así no lo conoces. El mundo humano por dentro es un mundo de profundidad desconocida, si quieres saberlo. Tal vez entonces cambies de parecer acerca del caso de Deut y el descenso en su casita, o sea, en su personalidad. Jeus lo hace como está acostumbrado a hacerlo con Crisje, y de lo que ella siempre sabe captar los sentimientos. Ahora también llega a la unión con Deut. Deut ya no vive solo en su propia casa. Deut ha recibido la visita de Jeus y es él quien abrirá ahora las puertas de su alma, de modo que al rato aquel podrá volver a ver que la gran puerta está abierta. Y si Jeus puede lograrlo ahora, Deut empezará a llorar de felicidad y de plena alegría humana. Cuando eso pase, será su curación. Deut ya está empezando a pensar por dentro y siente que alguien está allí. Ya no está solo. Ahora Jeus dice, para llamar la atención de Deut de que él sin duda está allí:

—¿Deut, es que no sabes que estoy aquí? ¿Pensabas que me había olvidado de ti, Deut?

Lo ves, eso pasa desde allí, pues, desde ese pequeño punto de sosiego, allí desde la cerca de la señora Peters hasta la vida interior de Deut. Enseguida hace falta para eso la escoba material, y solo entonces Jeus abre con violencia las puertas a golpes y patadas, y Deut recupera sus lucecitas en los ojos. ¿Hay algo más?

—Claro que sí, Deut, ¡aquí estoy...! —Y otra vez más...—, ¡Aquí estoy, Deut!

Y luego todavía se oye:

—Estamos aquí en el mundo, Deut, para ayudarnos. Lo sabes, ¿no, Deut?

Los niños están allí, abucheando a Jeus porque no hace nada por Deut; Jeus oye que según ellos esta es una amistad de poca monta, pero los deja que sigan echando pestes. Está, por así decirlo, masajeando el alma de Deut, y cuando siente que puede intentarlo ahora a la luz del día, es decir, que debe seguir ahora el contacto material, se va de allí, vuelve en línea recta adonde Deut y con decisión toma su garra entra las manitas, y soba esa humanidad petrificada y encallecida. La charla de hace un rato ocurrió en la oscuridad, fue para el alma y la vida, ahora ocurre para los sistemas materiales. La vida ha despertado por dentro. Los niños ya sienten que esto es de una seriedad sagrada. Jeus oye que dicen:

—¡Demonios, es incluso peligroso lo que hace!

Pero el peligro no lo detiene. No hace caso de todos esos mocosos, hay entre ellos quienes tienen quince o veinte años. El Largo y José lo ayudan. Jeus tampoco podría lograr nada sin ese Largo y su José. Todos esos mocosos allí todavía se mojan los pantalones. Se quedan con los ojos cuadrados, hoy sí que están pasando cosas. Jeus continúa:

—Deut, ¿me oyes? ¿Me oyes, Deut?

¡Ese preguntar se va haciendo más serio y más apremiante! Se vuelve exigente para Deut. Jeus sigue acariciando las garras de Deut. Fanny también lo ayuda. Fanny le da un buen lamido a Deut y ahora es de enorme ayuda. Deut siente que le va entrando un delicioso calor. La vida vuelve, va corriendo detrás de ella. Ya casi no se le puede frenar a Deut, tan potente es la fuerza que toca su vida interior y material desde Jeus. Los niños piensan, ‘esto es algo, parece un milagro’.

—Ven, Deut, no nos quedemos aquí de pelagatos. No puede ser. —Oye Deut.

—Deut, ¿quieres que te regale una canica de vidrio? ¡Mira! ¿No es perfecta para ti?

¿No lo oye Deut? Luego Jeus recibirá las pruebas y entonces toda esta humanidad entenderá que Deut piensa, ¡aunque parezca que no es así! Pero su vida todavía no puede actuar, la voluntad humana todavía se resiste. Jeus sigue acariciándole las manos, y se quita cubos y cubos de baba de las man-

itas. Siente que dentro de Deut algo revienta, estalla, se desgarrar. Y cómo es posible, de pronto Deut empieza a llorar. Los niños ya gritan:

—Vamos, Jeus, dale duro, se está despertando.

Jeus sigue.

—Vamos, Deut, mira esto. Allí está Graatje, la de Dien Meadas en la Cuneta. ¿No la conoces? Siempre mea donde le entran ganas. Pero ahora sale corriendo, Deut. La de allí es Anneke Knies, ya sabes, Deut, la hermana de Mathie, Pukky y Hendrik, los que juegan tan bien al fútbol. La de allí es Hanne Caca, ¿todavía no te da risa, Deut? Son todos unos miedicas. Quieren que les hagas cosquillas, Deut..., pero no les vale ni un centavo. ¿Cierto o no, Deut? Y la de allí es una hermana del Chiflado, viven detrás del hoyo, allí te puedes ahogar si no te sabes el camino, lo sabes, ¿verdad, Deut?

Deut todavía no dice nada, pero ahora ya no falta mucho. La cabeza todavía le cuelga entre los hombros fuertes, pero pronto se erguirá y entonces, Deut volverá a estar con la gente.

—Mira a aquel, Deut, compraron fiado por más de mil florines... Pero Theet Egging no está tan loco, ya se lo hará pagar. Al propio Theet ese dinero le supone demasiado trabajo, Deut, lo entenderás, ¿no? Y el padre de aquella de allí, Deut, ya estuvo cuatro veces donde los gendarmes por robar conejos. ¿De veras no te da risa eso, Deut?

Y en efecto, Deut hace una leve mueca, se le mueven los labios, quiere decir algo. Y otra vez viene de donde están los niños:

—Vamos, Jeus, ¡ya lo encontraste! Deut está llorando.

Los niños corren a sus madres para decirles que Deut está llorando. Lo saben: Jeus sacará a Deut de su estado angustioso. Los niños lo incitan, hoy le dan todo lo que vale. Solo ahora de verdad empiezan a correrle las lágrimas por las mejillas y es la curación natural para Deut. Ahora Jeus lo agarra por el cogote y tira de él hacia arriba. Pero cuando resulta que Deut no quiere, oye:

—Si no quieres conmigo, Deut, entonces ¡púdrete! Ven, vamos a ver mis palomas, Deut.

Fanny tira de Deut mordiéndole el pantalón y sí señor, logran alejarlo de su pedazo de piedra. Los adultos miran y sienten respeto ante un pedazo de trabajo tan imponente. Deut se levanta, hace palanca para estirar sus rodillas débiles, ahora está de pie y al mismo tiempo Jeus entra a la (callejuela) Dassenstraatje, directamente hacia sus palomas. Fanny ya corre hacia Crisje.

Cuando Crisje ve que es su Jeus el que viene acercándose con Deut, de inmediato salen volando diez padrenuestros hacia Nuestro Señor para darle las gracias porque “ÉL” haya escuchado las oraciones. Bien sabía que llegaría la ayuda. Pero que fuera a ser su Jeus, en eso ni a Crisje se le ocurrió pensar. Pero ahora lo ve, ¡siempre queda Nuestro Señor “Largo”! ¡Las oraciones sí sirven! Quien no sepa rezar está perdido. ¡Refunfuñar y echar pestes no son la

solución! 'Qué gusto le dará al señor párroco', piensa Crisje. Para ella es una gran gracia. Y así es, Crisje, pero con la ayuda del Largo de Jeus y de José, si no, ¡Deut todavía estaría allí! Son ellos, Crisje, quienes sacaron a Deut de esas tinieblas. Pero ¡por medio de Jeus! Fíjate qué bien lo arreglaron los ángeles de Nuestro Señor, Crisje. Y ahora también has de creer que Nuestro Señor no sabe nada del estado de Deut, si no ya no tendría nada más que hacer. Entonces Nuestro Señor tendría que estar por lo menos en diez millones de lugares en este mismo instante, Crisje, y ¿eso se puede? Para ti sí, lo sabemos, pero, Crisje, ¡esto también es verdad! Por lo tanto, te puedo asegurar con la mano en el corazón: todos estos miserables asuntos humanos, todos esos porqués y para qué que preocupan a la gente y por los que se quejan a más no poder ¡no tienen nada que ver con Nuestro Señor! ¡Nada, Crisje! Ellos mismos crearon esos problemas y esa miseria. ¡Y lo sabes! No es nada nuevo para ti, pero ¡hacen sufrir a la gente y la destruyen! Ahora se le echa la culpa a La Parca, pero ¿ella también tiene algo que ver? No, te digo, ¡nada!

Un poco después, Jeus está con Deut donde las palomas.

—¿No son unos animales hermosos, Deut? ¿Te gustaría sostener una en la mano, Deut?

—Sí, por favor, Jeus.

—Cuando hayan crecido, Deut, voy a guardarte una.

Están charlando durante horas. Deut ya tuvo diez palomas en las manos, ni una de ellas ha pulverizado. Con cuidado carga los animalitos en sus garras, murmurando algo, el pobre diablo es como un niño pequeño. Al verlo, es un momento para llorar hasta quedarte sin lágrimas, tan imponentemente bello y sobrenatural es. El gigante con un niño, el gigante es un niño, pero el niño es viejo. Adivina adivinador, ¿qué será? Pero Crisje ve que todo va bien. Ha preparado pan para Deut y cuando este lo ve, agarra con ambas manos las rebanadas de pan, a las que Crisje les ha puesto mucho fiambre, y come hasta saciarse. Crisje no aguanta el ritmo, tanta es el hambre de Deut. No ha comido nada en días. Cuando ha pasado y por dentro posee una cierta base y Jeus se prepara para llevarlo a su casa, el simplón dice algo y pregunta:

—¿Dónde está mi canica, Jeus?

¿Pensabas que Deut está loco? ¿Pensabas que no había oído nada? Deut no está tan loco como para no tener conciencia de que poseer semejante canica de vidrio es algo asombroso. Se mete la canica al bolsillo. Ahora baja las escaleras y se va a casa. Al llegar a la puerta del viejo Messing, Jeus ve que esta se abre. El viejo también ha cambiado, sin duda alguna. Jeus empuja a Deut hacia adentro. Escucha otro momento más y oye cómo suenan las tazas. La comida y bebida están esperando a Deut. Qué rara es la gente, qué seres tan extraños son, Jeus lo aprendió y no se le volverá a olvidar el resto de su vida.

Entonces se va. Desde el espacio se le sonrío. Ve que desaparecen su Largo

y José. Van a contárselo a Nuestro Señor. Y tal vez, “Largo”, ahora que lo han vivido ellos mismos, que Nuestro Señor piense sobre esto y entonces tal vez pronto ya no vendrán locos a la tierra. O bien “Él” sigue mandando más, porque ahora sabe cómo se los puede sanar. Si lo sabe hacer incluso un niño, entonces ¿por qué los adultos no quieren poseer estas fuerzas? Los adultos lo llaman: ¡disparates! ¿Lo ves, Largo? Son disparates, ¿o no? Pero ¡el amor cura, Largo! ¡Las fuerzas humanas pueden sanar! Y es exactamente lo mismo que lo que hace Manus, la voluntad de vida y el aura vital de un ser humano pueden lograrlo. Pero ya lo oirás más adelante, aunque entonces primero tendrá que pasarte algo, Largo. ¡Detrás de tu ataúd estarás frente a estos milagros! Pero, por Dios, qué potente es la vida, qué bella que es. Sí, Largo, ¡si la ves como es!

Deut cambió por los pensamientos de Jeus. Volvió a la conciencia diurna porque Jeus lo ayudó a pensar. ¡No hay más, Largo! ¿No dijo Cristo: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, entonces...”? Y la fe de Crisje es tan fuerte y alta como tu (colina) Hunzeleberg, desde donde se alcanza a ver el “Stolzenfels am Rhein”, Largo, por lo que le pasan estos milagros a Deut. Jeus mira a Crisje a los ojos y lo saben. Si le dice ahora que lo hicieron su Largo y José, a Crisje se le desbordará el corazón y apretará a su gran Jeus contra el corazón. Ya lo ves, es lo que saben hacer los ángeles, ¿no es así, Jeus?

—¡Sí, mamá!

El Largo mira: en efecto, Deut se levantó de su piedra. Quién se la habrá jugado. Y cuando ahora oye de Crisje lo que hizo su Jeus, entonces el Largo le echa a este una hermosa flor. Hendrik irrumpe en la casa preguntando:

—¿Sabes, Cris, quién lo ha conseguido?

—Sí, Hendrik, lo sé.

—Bueno, pues, dímelo. ¿El médico?

—¿El médico, preguntas? ¿Acaso sabe de asuntos celestiales?

—¿Entonces volvió a ocurrir algo, Cris?

—Sí, Hendrik.

Crisje lo fastidia que da gusto, tampoco tiene que saber todo a la vez, así también penetrará mejor en su vida. Pero el Largo todavía dice:

—Chapó al que haya hecho eso, Cris.

Y ahora viene algo que asustará al Largo. Crisje ríe, el Largo lo ve y pregunta:

—¿Por qué te ríes por dentro, Cris?

—Qué cosas, Hendrik. Entonces hoy tendrás que decirle chapó a tu Jeus.

—¿Qué dices, Cris?

—Sí, Hendrik, mejor dile chapó a Jeus, él fue quien curó a Deut y lo arancó de su piedra.

Jeus tiene que venir a papá, el Largo quiere tocar el violín y cantar solo para él. Entonces el Largo pregunta:

—¿Cómo te las arreglaste, Jeus?

Jeus reflexiona un momento. Y quién sabe cómo, de repente lo supo, las palabras se le ponían simplemente en los labios, y el Largo oyó:

—Toqué un poco mi propio violín, papá, para Deut.

—Carajo... —se le escapa al Largo. Si un adulto se hubiera atrevido a contarle algo parecido, el Largo le habría dado a esa misma persona un bofetón en plena cara. Lo deja boquiabierto. Crisje se ríe por dentro, no dice nada, pero disfruta y sabe: ¡A Nuestro Señor también! Pero el Largo, ¡qué buenazo!

Hay que ser justos: inmediatamente después del susto, el Largo casi se des-
cose de la risa. Y eso en cambio le pareció demasiado barato a Crisje, no hay que reírse de cosas serias. Jeus habría querido decirle todavía más a su padre, pero para su Largo ya bastaba, ¡este no les habla a bromistas y sordomudos! Jeus ya no dijo ni una palabra más, su vida se blindó contra su propio padre. Qué pena, Largo. Así seguimos, siempre estamos ante ese “qué pena”... Qué pena, qué pena, caray, pero no se te puede alcanzar, solo ríes. ¿Cuándo por fin serás serio para Crisje y tus chicos? ¿Se te olvidó lo que Chang dijo sobre Jeus? Lo serás, pero lo que tienes en la cabeza, Largo, ¿es conocimiento verdadero? Hay quienes ríen ahora, pero ni siquiera lo oyes. Pero ¡algún día lo oirás!

No se logra nada rezando, Largo, pero rezando sí te sintonizas con regiones más elevadas, no es posible entonces sintonizarse con la soberbia, porque la oración te lleva a la sencillez humana. Para poder aclararte todo esto, más adelante te escribiremos un grueso libro, Largo. ¡Y lo hará Jeus! ¿Algo más, Largo?

Y eso sucederá entonces a través de los mismos ángeles que ahora auparon a Deut hasta la conciencia diurna. Pero es que tú no sabes lo que es la conciencia diurna. ¡Jeus sí que lo sabe! Tiró de Deut hasta devolverlo a su propia conciencia y entonces Deut volvió a estar entre la gente. Que Deut no lo tendrá, ¿eso es lo que crees? Te digo, ha sido el mismo Deut quien ha atraído estos líos. Pero eso fue en otra parte, Largo. Y ahora está con su propio lío, pero también encontrará la salida. Deut se está recuperando, Largo, y una sola vida humana no significa nada para estos asuntos. ¡Uno necesita vivir varias vidas! ¿Lo entiendes, Largo? No, ¡claro que no! Nuestro Señor trabaja a través de “SUS” ángeles, Largo. Ahora es el “Largo” de Jeus y soy yo, y otros, que también son humanos, Largo, que vivieron todos en la tierra y ahora representan un reino celestial, porque ¡no hay muerte! ¿Todavía no sientes nada? ¿Todavía no te da risa? ¿Todavía no te revienta la barriga de la risa, como ocurre todos los días? Que sepas que nos cerramos para tu vida; en ese instante podríamos haberte contado algo muy distinto. Pero —por más bueno que seas, porque no tenemos quejas de ti, ni tampoco Nuestro Señor—, el que te rías de Sus cosas y asuntos, eso es decisión tuya. Y es que algún día se

elevará hasta ti la seriedad sagrada. Y solo entonces serás capaz de escuchar, de seguir y aceptar a tu Crisje y a tu Jeus. Ahora todo eso se pierde para tu vida; te repito, Largo: no eres malo, pero ¡para este y otros asuntos sagrados eres seco como lengua de loro, además de sordomudo!

Tú no sientes ni ves nada. Al contrario, quieres tocar el violín. Pero Jeus tenía razón. Su Largo pensó, ‘Si dejo a Jeus que hable de cosas que interesen al Largo material, probablemente lo despierte de golpe’. No, no se pudo, tú te reíste tranquilamente, y entonces le pareció mejor irse. A ti como padre, Jeus te dio un bofetón doloroso, ¿no es así? Su vida, Largo, es como un arpa, y ¡los ángeles de Nuestro Señor puntean en esa pequeña arpa! ¿No es divertido? ¿Tan incomprendible es? Todavía no llegamos, seguimos. Ya volverás a saber de nosotros. ¿Tu pobre violín de quince marcos vale lo mismo que el violín que es Jeus? Por favor, no hagas reír a Nuestro Señor. Zapatero, a tus zapatos. Largo, eres capaz de muchas cosas, pero ahora admítelo: ¿cuánto tiempo más? ¿O cumplirás los ochenta años? Entonces todavía te queda tiempo, alrededor de los sesenta la gente suele empezar a pensar en la dirección de Nuestro Señor. Nosotros, Largo, hablamos ahora desde un mundo que tú crees irreal y en el que no puedes creer. Le hablamos a tu vida y a tu ser, pero no te das cuenta. Y tal como eres tú, Largo, hay millones de personas más. Aun así, ¡toda esa gente tiene que volver donde Nuestro Señor! ¿No has pensado nunca en eso? Pero la vida es bella, la vida está llena de milagros, ¿por qué le harías caso tú a La Parca?

Crisje y el Largo hablan hasta altas horas de la noche. Hablan de Deut y de Jeus, y de las leyes desconocidas de Nuestro Señor.

—Qué difícil es la vida a veces —suspira el Largo. Pero es extraño; lo que no saben hacer los médicos está al alcance de un niño. Crisje le dijo al Largo que bien podría comprarle un purito a Deut, así Jeus le podría dar ese detalle a su amigo. Pero al Largo le pareció infantil y tampoco entró en el asunto. Aunque el Largo tampoco está loco. No cava una tumba para otro, eso no llega hasta su vida. Seguro que sabe cómo es su Crisje y le da todo. Pero le falta muchísimo para tener el deseo de recorrer ese camino espiritual interior, todos juntos; para Hendrik eso tampoco ha despertado todavía y si pudiera escuchar un momento, ¡eso lo llevaría donde Deut! Él, a pesar de estar bien de la cabeza, vive justo encima de la conciencia de Deut y así es la gran mayoría de este mundo, ¡lo saben Crisje y Jeus! Cuando oyes hablar a una persona de sí misma y luego reírse con tanto gusto de los asuntos sobrenaturales, y cuando a veces tienes que vivir que una persona se ría de ti en tu cara, entonces te parecerá mejor no preocuparte de esa gente, porque esos son los locos, los locos de remate. Deut y los de su género son los vivos en esta tierra y los conscientes en el alma por excelencia. Alguna vez lo dijo alguien para quien esta humanidad ha construido una catedral, y ¡así es! El

loco de verdad llora para y a causa de la realidad. Las personas normales no saben llorar, pues se consideran demasiado razonables, pero ¡hay que mirarles los zapatos! ¡Viven en su propia pobreza, dijo en alguna otra ocasión una gran persona! Pero ¡no ven ni oyen nada! Y ese pequeño mundo viene de visita esta noche. Y entonces aquello entra corriendo a la habitación más bella que uno tenga, se sienta allí y ¡para colmo tiene comentarios! Largo, podría matarte a golpes con palabras y pruebas, pero ¡no se te puede alcanzar! ¡Nos esperamos otro poco! Pero ¿entonces? ¡Entonces tú destruyes un montón de violines! ¿Para qué y a causa de qué? Eso averígualo tú mismo, a un niño se le ayuda en la escuela, pero todo el resto lo tienes que aprender por ti mismo, Largo, esa es la sagrada verdad.

Crisje le dio su opinión:

—La gente está en su propio lodo hasta los tobillos, Hendrik, y aun así tiene comentarios sobre los demás, no huele su propia mierda... —Eso era lo que ella sacaba de un mundo, Largo, del que yo hablaba, y significa: ábrete a eso... Si ese amor está en ti, ¡hablas todos los idiomas del mundo!

El Largo lo sabe, no es capaz de quitarle su fe a Crisje. ¡Su fe es “a prueba de bomba”! De hecho entran a un solo mundo, tienen una sola fe, pero el Largo lo hace de otro modo, y según su propia manera de pensar y sentir. Los separa Nuestro Señor. En efecto, y Crisje lo sabe: si hace falta, el Largo se tira sobre la tumba de Nuestro Señor como un perro fiel para velar por la vida, pero todavía no se le ha concedido. ¡Y Crisje también sabe que todo llega en su momento y en el instante correcto! Por hoy ascienden una buena cantidad de padrenuestros desde Crisje. Jeus también los ha elevado. Los ha ganado por Deut. Algunos lo hacen con unas flores y un poco de cordialidad, un poco de amor también, claro, todo eso se puede; otros observando la justicia y otros más con sus actos. ¡Por medio de los actos materiales y espirituales se cultivan verdaderas pequeñas “Orquídeas”!

Cuando es el amor el que las lleva hasta la vida de uno mismo —créelo, esas prueban existen—, uno podrá depositarlas en el Gólgota y Nuestro Señor las aceptará gustosamente, es lo que a “ÉL” más le gusta. Esas también “ÉL” las ama de verdad y con sinceridad, y eso lo cambia todo. Cultiva una por el alma, la vida y el espíritu, y podrás tener la seguridad de que las cosas te irán mejor y de que siempre te irá bien en la vida, y ten presente entonces que esas fuerzas te cargan.

En la cama empotrada, alguien está soñando en una profunda tranquilidad. Ahora Jeus va caminando en un jardín donde solo crecen y florecen esas “Orquídeas”. Y Crisje lo va siguiendo. Sus corazones han sido abiertos y han alcanzado la unión universal. Se ve allí una gran luz y allí es donde van, tomados de la mano. Tienen el corazón colmado de felicidad. El Largo no pudo acompañarlos por reírse demasiado. En este mundo también vive

la risa, pero solo cuando también llevas dentro de ti la seriedad sagrada de y para él, antes no tienes el derecho de reír. Si ríes antes de tener esa seguridad, ¡eres un loco! Y no quieren ver a los locos allí. ¡Los locos humanos perturban allí la tranquilidad y la paz! Porque aquí, créelo, Largo, ¡Nuestro Señor es el que decide todo!

Aprende a pensar, Hendrik. Ponemos una piedra encima de otra para Jeus, y vamos construyendo una “Universidad”! Y es una verdad como una catedral, Largo: ahora, a través de tu manera de actuar, el mundo verá cómo hay que hacer las cosas y cómo precisamente no hay que hacerlas, por lo que más adelante la obra vital adquirirá valor, y naturalmente la lee ahora esa gente que está abierta a la vida y la muerte, y que no le teme a La Parca; es decir: que la ha conocido.

¿Por qué tienes que morir, Largo? Porque debes continuar. ¡En una sola vida no se puede lograr nada!

¿Qué es la locura? Es la inconsciencia, Largo. A fuerza de golpes, durante un momento tú mismo te pusiste fuera de lo Divino y Armonioso.

¿Cómo se cultivan las pequeñas “Orquídeas” Divinas, Largo? ¡Entregando todo tu amor por la vida de Dios! Hazlo con alegría en el corazón, Largo, y tendrás el derecho de llamarte humano a ti mismo! Pues hasta aquí llegamos hoy. Mañana seguiremos nuevamente. Y saluda a Fanny, Largo, porque Fanny también se ganó su pequeña orquídea hoy. Cómo es posible, un perro tiene más razón que un ser humano de la tierra sano, fuerte, dotado de arte y animado. Y aun así, un perro solo es un perro, ¡una persona es algo muy distinto..., Largo! Pero el ser humano no puede mover un dedo. El perro Fanny pensó, ‘Mi lengüita me la dio Nuestro Señor’, y daba su propio amor de manera insignificante pero deliberada. ¡A Deut! Esto también es un beso de verdad, Largo. Si sabes besar así, también cultivas de estas cosas vivas en blanco, morado y suave azul, todos esos colores celestiales, o ¿no te gustan esas flores, Largo?

Solo estoy empezando a aburrirte, tienes sueño. Descansa, Largo. A Crisje no hace falta que se lo desee. Ella está allá, con su Jeus; Nuestro Señor dijo: “Esta noche sí que dormirán tranquilamente”. Y entonces, Largo, les salieron alas. ¡Y algún día podrás gozar de eso también!

¡Ay, qué corazón el de ese perro! ¡Ese Fanny!

Ni siquiera quisiste comprarle un purito a Deut, y eso es, nuevamente, una pena.

Sí, mamá, tengo exactamente lo mismo

Crisje ve que Jeus no está bien, está callado y ensimismado, es como si llevara cargando el mundo entero. Habló con el Largo sobre esto, pero este suele decir, “Uno no se puede fiar de los niños, Cris”. A los niños siempre les pasa algo nuevo, hoy están sanos, mañana enfermos, pero un poco después tienes que aguantar que se burlen de ti a tus espaldas. No, son pretextos. Claro que les dieron demasiadas golosinas, pero Crisje no les da tantos dulces como para alterarles el estómago, esto es algo muy distinto, Hendrik, pero el Largo no quiere saber nada de esto y arremete contra Crisje:

—Actúas como si no tuviéramos otros hijos aparte de él, Cris.

‘Esa no es una respuesta’, piensa Crisje; el Largo no quiere comprenderla y eso está mal. Sus palabras carecen de sentido, ahora están hablando sin escuchar al otro, y finalmente una termina enfrentando todo a solas. ¿Que si es una pena? Aunque el Largo esté completamente abierto a los líos domésticos, no hay que llegarle a su personalidad con patrañas, porque no entra en esos asuntos. ‘Que seres tan raros son los hombres’, piensa Crisje. Precisamente cuando se trata de los asuntos más sagrados, reaccionan al revés y se equivocan. El Largo también posee esta característica, por más bueno y preocupado que se muestre para lo demás. A menudo esto entristece a Crisje.

Una mañana, cuando el Largo estaba en la mesa desayunando, Jeus entró a la cocina, tomó una silla y se sentó con papá, con una cara, según el Largo, como una camiseta sucia. Crisje casi se desmayó al mirar al niño a los ojos. Más vale que los chicos no perturben esta media hora tan preciada, suya y de su Cris; cuando él se haya ido ya pueden salir de sus camas, antes no; por la mañana tienen que hablar de muchas cosas que no son incumbencia de los niños. ¿No verá papá que algo pasa? Jeus no ve nada, está sentado en su silla de cualquier manera, dejando también sin tocar el rico café de mamá y esa es una mala señal. Pero eso no le parece nada al Largo y ya de inmediato le espetó a Jeus:

—Oye, ¿estás aquí para hacer berrinches?

—No, papá—salió tristemente de la boca de Jeus.

—Pero entonces, ¿qué haces aquí tan temprano? No quiero tener nada que ver con eso.

—No quiero hacer un berrinche, papá. No quiero tener nada que ver con eso.

Al Largo le da risa por dentro. El mocoso está usando sus palabras. Pero eso no se vale. Y nuevamente arremete:

—Vaya, no quieres tener nada que ver con hacer berrinches. Pero entonces

¿por qué tienes esa cara? Le sobra malhumor, más de lo que quiero ver.

—Vamos, Hendrik —intenta apaciguar Crisje. Pero el Largo no lo acepta, los niños no tienen que montarle una comedia. Y si no, a la cama. No tienen nada que buscar aquí. ¿Desde cuándo los niños tienen el derecho de salirse de la cama por la mañana sin pedir permiso, Cris? ¿De dónde saca tantas agallas ese chiquillo? Crisje le pregunta a Jeus qué le pasa, y entonces se oye inesperadamente, lo que asusta también al Largo:

—Que ahora vamos a tener una niña, mamá.

El Largo por poco se cae de su silla. ¿Qué está diciendo esa criatura? ‘Y esto ¿qué es?’, piensa el Largo. Su mirada vuela hacia el niño, pasa un momento antes de que el Largo sea capaz de decir algo, pero entonces grita furioso:

—¡Esos son asuntos míos y de mamá, mocoso!

—Sí, papá —cecea Jeus. Y luego el Largo ordena:

—¡A la cama, y rapidito! ¿Entendido? ¿Quieres ir al sótano?

Y Jeus desaparece. Crisje tiembla, esta no es manera de tratar a tu hijo, es pegarle de modo equivocado, pero bueno, no es cualquier cosa. Aun así, el Largo no queda contento, llama al niño para que vuelva.

—¿Qué es lo que quieres con eso? ¿Qué quieres?

Jeus mira a su severo padre a los ojos. El niño no dice nada, el Largo ve que la vida piensa, qué curioso es, pero sobre todo tiene miedo. Nada para el Largo. No sabe cómo acercarse a este niño. El Largo ya oyó muchas cosas raras de su parte, y una y otra vez tiene que aceptar: allí te tiene, ¿cómo actuar ahora, siendo su padre? Se aleja, pensando y haciéndose preguntas. Cavila. El niño de pronto te coloca ante misterios, ante algo que no tiene nada que ver con la vida cotidiana, ni con su pensar y sentir, pero lo recuerdas, quieras o no, y sientes resquemor. Pero nada de bromas con él, nada de distracciones a su alrededor, la vida ya te da suficientes preocupaciones.

Crisje, en cambio, lo ve de otra manera; cuando el Largo actúa así, ella siente tristeza. Hendrik actúa a la ligera y los niños se quejan de que su padre sea tan severo y de que nunca pueden hablar un momento con él. Entonces el Largo piensa: ‘¿Qué quieren esas criaturas?’. Y aun así, Largo, acabas de destruir las orquídeas más bellas. Sin razón, sin pensarlo, pulverizaste los pensamientos más sagrados, que tienen que ver con Dios y con Nuestro Señor. Conscientemente pasaste por encima de la vida de tu propia sangre y pegaste al alma y al espíritu. Ahora ese pequeño corazón se ha cerrado ante tu vida y tu personalidad. ¿No te parece una pena? No, para ti la pena no existe. Pero todavía no llegamos. Un padre razonable no actúa así. Es cierto que aquí Jeus tocó un mundo tuyo y de tu Crisje, pero Largo, ¿será que otra vez eso no te dice nada? De verdad no te pone a pensar un momento: ‘¿Cómo es posible?’. ¿De dónde saca ese niño semejantes pensamientos y predicciones? Porque esto es una predicción, Largo. A ti no te dicen nada esos pensamientos, pero

de alguna parte deben haber salido, y ¿qué pasará ahora si tu Jeus vuelve a tener razón?

A Crisje le causa dolor por dentro. El Largo debería doblar las manos de felicidad, pero todavía no es consciente de eso. Vive en el corazón de ella y es significativo, es una cuerda sensible a la que ahora se la pone a vibrar y de la que el Largo no siente el timbre, porque no está abierto a él. ¡Y eso es realmente una pena! Es una carencia potente. Le das la espalda, pero entonces también estarás solo. De repente tienes delante de ti la incompreensión, y eso a las seis de la mañana. Está mal para cualquier pensamiento. Y aun así, para miles de cosas Crisje puede contar con su Largo. La va cargando por la vida por medio de su carácter, ahora falta esto, ¿y luego? Sí, entonces se puede decir que la vida y su felicidad estarán completas.

Crisje está a solas con él y pregunta:

—¿Quieres tu café ahora, Jeus?

—Sí, mamá.

Lo sigue, es su misma sangre, pero el alma y el espíritu de esta vida le hablan más, y más profundamente. ¿Qué será? Tiene que intentar convencerlo de que hable, siempre alivia y entonces ella podrá ayudarlo a soportarlo. Hay algo, lo ves y lo sientes. Jeus no es un niño apático, no es latoso, siempre está de buen humor, posee un carácter fuerte, esto es diferente. Incluso pareciera que cargara miles de kilos y se hubiera blindado ante todo. Son las diez y todavía está allí, pensando. Pero ¿en qué y para qué?

—¿No tienes que ir a ver a las palomas, Jeus?

—¡No, mamá!

—¿No tienes que ir a ver a los conejos, Jeus?

—¡No, mamá!

—¿Entonces las palomas ya no significan nada para ti, Jeus?

—¡No, mamá!

‘Qué cosas’, piensa Crisje. Ella empieza a contarle bellas historias, al niño la Biblia siempre le interesa, está abierto a los ángeles y a Nuestro Señor. Empieza, pero ¿sí tendrá interés?

—Sí, Jeus, en el cielo todo es muy bello. Allí los ángeles cantan hermosas canciones..., y esos sí que saben cantar, mejor incluso que tu propio padre.

Jeus admite:

—¡Es cierto!

Crisje se sorprende y sigue.

—También tienen preciosos árboles allí, Jeus. Y encantadoras flores. Y allí puedes caminar durante horas sin que nadie te haga daño.

—¡Es cierto! —le vuelve a salir escuetamente de la boca.

—Y antes de que quieras ir allí, Jeus, primero tienes que morir.

—¡Tonterías!

—¿Qué? —pregunta Crisje—. No quiero decir tonterías.

—Lo sé, mamá, pero ¡son tonterías!

Vaya, vaya, menudo crío. Lo mira, pero no lo sabe. Sí, Crisje, para él dices mentiras. Ya ha estado allí tantas veces. Sabe todo sobre esto y es que tú eso también lo sabes. ¿Y acaso él ya murió? ¿No está vivo? ¿Está muerto? Si le das unas cuantas vueltas más, Crisje, lo sabrás. No es tan sencillo, pero puedes saberlo. Ella continúa:

—Pero ¿acaso quieres decir, Jeus, que la gente llega directamente a los cielos? Para eso hay que hacer bastantes cosas, y muchas, además. Pero allí es muy bello y cantan los pájaros y comen de tu mano como si nada. Y allí tienes que comer con cucharas de oro, Jeus. ¿Piensas que allí no tienen que comer?

Y otra vez interrumpe Jeus:

—Eso también son tonterías, mamá.

—Pero, ¡Jeus!

—¡Esta comida nuestra allí los hace vomitar! Y no quieren tener que ver nada con cucharas ni tenedores de oro, ¡nada de nada!

Crisje se atasca, prefiere hablar de otra cosa. De esta manera no sabrá qué es lo que le preocupa.

—¿Sabes, Jeus, que Nuestro Señor está en todas partes y que “ÉL” puede mostrarse a toda la gente? Y todos los santos están con “ÉL”, cuidando a Nuestro Señor, y tienen que mantener todo bello en los cielos, Jeus, como yo lo tengo que hacer para nosotros.

Jeus reflexiona, pero le da risa. Como si la vida fuera exactamente igual allí como en esta pocilga. Mira a mamá y siente lástima por ella. Y aun así, cuando Crisje habla con él de estos asuntos, a Jeus de golpe se le abre la vida, y le salen alas. Entonces es como un sabio. Pero estuvo allí con José. Y ¿acaso Crisje no ve que José y su Largo están ahora aquí? El Largo escucha y le guiña el ojo, devuelve su pensar y sentir. Crisje dice:

—¿Otra taza de café, Jeus?

—No, mamá.

Ahora tiene algo que preguntar. Pregunta a Crisje, dejándola en jaque mate:

—¿Los ángeles son como niños pequeños, mamá?

De inmediato mira a José a los ojos, como queriendo decir: “Ahora a poner atención, ¡las cosas que se van a oír!”. Crisje no sabe que está en conexión con ángeles como niños, y dice:

—No, Jeus, los ángeles son gente mayor, como yo, son adultos, ¿lo entiendes?

Habría querido decir: “Más tonterías, ¿no ves que aquí hay un niño como un ángel? ¿No ves y no oyes que hablo con un ángel así, que juego con esos

ángeles?”. Crisje oye:

—Pero entonces no sabes nada de esto, mamá. ¡Nada!

¿Es duro, Crisje? Jeus te está dando toda la verdad. Al Largo no se la habría dado, se blinda por completo contra tu Largo. Ese se ríe demasiado y entonces Jeus no se entrega. Cómo iba a poder hablar con su padre, Crisje. Hendrik piensa, ‘No dejo que se burlen de mí mis hijos, se cree listo, pero no es cierto’, ahora está al lado de su hijo. Tú tienes que intentar abrir su interior, solo entonces oirás lo que le preocupa ahora y te quedarás con los ojos cuadrados, Crisje. Jeus vuelve a caer en su silencio y Crisje quiere evitarlo cueste lo que cueste. Ella continúa y se acerca un poco más al problema que lo ocupa.

—Sé más aún, Jeus, y algo muy distinto. Hace mucho tiempo, Nuestro Señor vivió en este mundo. Y entonces, Nuestro Señor trajo su Sagrado Evangelio a la gente. Y entonces la gente lo crucificó, lo colgó.

Mira, Crisje, esto es algo sobre lo que ya ha reflexionado mucho. De inmediato se oye:

—Pero entonces deberían haberlo enterrado en el cementerio judío, ¿no?

¿Qué está diciendo? Crisje reflexiona y luego dice:

—Estás confundido, Jeus. Pero ¿qué dices? Nuestro Señor no era judío, ¿no? Lo pusieron en el Santo Sepulcro. Y ahora siempre hay una pequeña luz allí, es la llama eterna. ¡Y allí también está Getsemaní! Y también todos aquellos otros lugares sagrados, porque Nuestro Señor andaba por allí día y noche. Pero los seres humanos son malos, Jeus, y entonces crucificaron a Nuestro Señor, lo colgaron.

Crisje siente que ya basta, de lo contrario volverá a ser demasiado. Jeus tiene el aspecto de un muerto y sale corriendo, no le dice ni sí ni no. ¿No debió haberle dado esta historia? Pero entonces ¿qué? Pero qué difícil es un niño así. Ahora Jeus está en todas partes, tiene que reflexionar, lo de mamá es extraño, y tampoco es cierto, porque si te cuelgan, te tienen que enterrar donde Sint de Tien. Nada puede ayudarlo, su vida está muerta, pero ¿a causa de qué? Ahora no le interesan las bromas. Para él, Deut y Duumke se han convertido en problemas menores, ahora no quiere saber nada de cómo babean. Los lugares sagrados lo oprimen a muerte. Tiene los ojos en la parte de atrás de la cabeza, pero está reflexionando; su vida es pesadísima, apesta, pero ¿de dónde llegaron hasta él ese alboroto y esos líos? Crisje se pregunta si sería cierto que Deut contagié su propia vida. ¿Sería por Deut...? Pero es imposible. Cuando vuelve hasta ella, se lo lleva para hacer la compra. Está pegado a sus faldas, como antes, aunque se podía decir que eso ya había pasado desde hacía tiempo. Ahora es demasiado grande e inteligente para eso y aun así: habría que seguirlo ahora.

—¿Una galleta, Jeus?

—¡No!

—¿Qué dices?

—¡No!

—¿Qué le pasa, Cris? —pregunta Theet Egging—. ¿Le pasa algo, Cris? ¿Alguna otra cosa, Jeus?

—¡No! ¡No quiero golosinas!

—¿Lo entiendes? Yo no. Eso a mí jamás me ha pasado, Crisje. Un niño que no quiera dulces.

—¿No quieres ir adonde Anneke, Jeus?

—¡No! No quiero tener nada que ver con Anneke —le responde a Crisje.

—¿Tampoco donde Theet y Mathie, tus amiguitos?

—¡No! ¡No quiero ver a mis amigos!

Crisje intenta de todo. ¿Será que se va a enfermar?

—¿No quieres ir al molino, Jeus?

—¡No!

—¿Ni al cementerio judío?

—No, hoy no quiero tener nada que ver con el cementerio judío.

Crisje siente que Jeus está enfermo y no sabe lo que es. Va a su lado arrastrando los pies, pero no dice nada. Ni el molino ni lo que sea le dice ya nada. La vida fue golpeada a muerte, pero ¿qué le pegó? Y pasa lo que no ha ocurrido nunca: Crisje se va con él a caminar, se relaja un momento, deja sus bártulos cómo están. Tal vez eso ayude. Por tus hijos haces lo que sea, por lo menos por esta vida. Y ahora anda con él por el camino Montferlandseweg, contándole unas cuantas cosas. Pero Jeus no dice ni pío.

—Pero mira, Jeus. ¿No es hermoso aquí donde vivimos? ¿Cuánta gente de la ciudad no viene a mirar (la región de) Montferland? Que algún día te lleve Bernard, te puede contar todavía más cosas. En Montferland se vienen de vacaciones los ricos, Jeus. Y esa gente descansa de su pesado trabajo. Y luego van de nuevo a casa y también tienen que volver a la dura labor. ¿Por qué no dices nada? ¿No podrías decirme algo? (—pregunta.)

No le da una sola palabra. Aun así, Crisje sigue.

—Hay que ver este hermoso musgo, Jeus. Qué suave, ¿no? Ahora no puedes sentir tus propios pies. Es como si ahora camináramos en el cielo. ¿No crees? Así Nuestro Señor nos tiene algo diferente a todos.

Lo mira, camina sin ganas a su lado, pero sigue sin decir nada.

—¿Ves a esa mujer de allí, Jeus? Es la señora Garridse. Tiene casi ochenta años, pero trabaja como si tuviera veinte. Es una buena persona, Jeus. El día que se muera no deberá preocuparse de sí misma. Se va directo al cielo. Y eso no es cualquier cosa, ¿no crees?

Profundo silencio de parte de Jeus.

—¿Quieres que te muestre nuestra propia tierra, Jeus? ¿Sabes que tendremos un pedazo de tierra más? Entonces podremos plantar papas (patatas)

para nosotros mismos y para los pobres, ya sabes, los que siempre vienen a visitarnos y que te gustan tanto, ¿cierto o no?

Todavía sin respuesta. Habrá que seguir, Crisje.

—Allí a lo lejos está (la colina) Hunzelenberg, Jeus. Desde allí alcanzas a ver hasta Emmerik. Cuando estás allí, también puedes ver la colina Elterberg, donde estuve con papá. Allí bailamos, Jeus, acababa de conocer a papá, pero cómo nos divertimos allí. —¿Todavía no dices nada? ¿Ni siquiera una pequeña sonrisa puedes regalarme? ¿No?—. Y allá lejos vive el Barón. Ya sabes, el del castillo, por Dios, Jeus, el dinero que tendrá esa gente. Allí papá tuvo que llevar su vino. ¿Ya lo olvidaste? ¿No, verdad? Pero ¿por qué ya no puedes decirme nada ahora? ¿Por qué no quieres contestarme, Jeus? ¿Estás enfermo por dentro?

Solo ahora ella ve que ha enganchado con la vida y que en la carita de Jeus va apareciendo una tenue sonrisa. ¿Tiene que seguir Crisje la vida interior? De cualquier manera no puede alcanzarla. Entonces mejor vayamos de vuelta, Jeus, me queda tanto por hacer. Los niños la necesitan y hasta parece que está loca. La gente se encogerá de hombros. La mira a los ojos, pero no dice nada. Crisje siente profundo dolor, desde esos ojitos llega miseria hasta su ser. Que el Largo le cuente lo que quiera. Esto es de una seriedad sagrada. La comida no le sabe, no toca las cosas ricas, comer golosinas ya es cosa del pasado, hay algo, pero Crisje no sabe qué. El amor no ayuda, ¿acaso aquí no se hace nada con amor? Los afectos no significan nada. ¡Nada! Es para volverse loca.

Cuando el Largo llega a casa, se entera de cómo se ha desvivido Crisje para hacer hablar a Jeus. También oye ahora que el estómago de Jeus está bien y que la causa de su peculiar actitud y comportamiento callado no es un berrinche infantil. Entiende por fin que su hijo tiene que asimilar un gran problema interior y ahora empieza a mirar esta vida con otra mirada. Ahora está empezando a sentir respeto por este problema y por la vida de su hijo. Quiere intentar ahora acercarse un poco más a esa alma y también quiere regalar algo. Pregunta animadamente:

—¿Quieres entonces que te toque algo, Jeus?

Si cree que esta vida aceptará su regalo con los brazos abiertos, le espera una gran decepción, porque Jeus contesta concisamente:

—No, papá.

¿Oíste, Cris? Y luego el niño oye:

—Pero ¿te das cuenta de lo que dices? Sabes que todo el vecindario se pondría de rodillas para oírme tocar, ¿verdad? ¿Entonces quieres que te cante?

—No, papá, ¡mejor ahora no!

—Maldita sea, ¿qué quieres de mí entonces? ¿Nada?

Desgraciadamente, el Largo no tiene la paciencia de Crisje. Crisje piensa, ‘diciendo ‘maldita sea’, no vas a conseguir nada’. Otra vez es demasiado duro,

es actuar sin pensar, es demasiado tosco. Y entonces Jeus vuelve a oír:

—Solo porque estás enfermo, si no ya te contaría otra cosa. Ya habrías estado en el sótano desde hace rato. Aquí solo nos molestas. Ya tenemos preocupaciones de sobra. A ver si quieres comprenderlo. Ya hasta nos quitan el sueño a mamá y a mí. ¿Puedes dejar de chinchar? Ya estoy hasta las narices. Tienes un aspecto como si se estuviera derrumbando la casa. ¿Ya no puedes sonreírnos del todo? Esto me está volviendo loco, que lo sepas.

El Largo no logra nada. Entonces que venga el médico. Esto no va bien. Pero Crisje le da otras medicinas a Jeus. El médico también dice, “No tiene nada, Largo, nada. ¡Es porque está creciendo!”. Pero, que si está creciendo o no, esto tiene que terminar. El Largo sabe, sin embargo, que ahora no tiene que burlarse, esto va en serio. Aunque ¿qué es en realidad?

—¿Nunca ha oído hablar de esta enfermedad, doctor?

—No, Largo, los niños son lo más difícil que hay.

Crisje reza y sigue. Lo que siente cuando piensa en él es que algo diferente sale desde su vida, un sentimiento que dice que tiene que cargar con algo terrible. Y quiere ayudarlo en eso. Lo rodea de su amor, no por fuera, sino por dentro, entonces algo en él se abre por lo que ella a su vez siente que si le da sus sentimientos, las cavilaciones cambian y él se vuelve un poco más liviano; puede sentir claramente el peso de su vida. Pero también es algo extraño, algo nuevo para ella y para Jeus, y quizá para todo este mundo.

No ha vivido nada parecido con ningún otro hijo suyo. ¿No podrá ayudarla entonces Nuestro Señor? Continúa sondando y siguiendo su vida.

Siente ahora que es lo único por lo que lo puede ayudar. Y desde Jeus la alcanzan los mismos pensamientos. De vez en cuando la mira a los ojos y entonces es como si Crisje contemplara los cielos, así es la aureola de luz verdadera que la ilumina. Piensa que el Gólgota no puede ser tan malo como esos sentimientos suyos de ahora. Y ahora que sus pensamientos van hacia allá, también recibe de vuelta esos sentimientos de él, que la sobresaltan, mientras que al mismo tiempo vive su empuje y peso. ¿Todo eso sale de su Jeus? ¿Está viviendo él los problemas más pesados de todos? Pero eso no es posible, ¿no? No obstante, cuando piensa en eso, entra luz en su hijo, en su Jeus, y es como si le pidiera: ayúdame, ayúdame, por favor, mamá.

Los sentimientos puros; como una petición llega a su vida: Por favor, no me dejes solo, mamá. No puedo cargarlo solo.

Una tarde, cuando otra vez están juntos en la cocina y el niño no quiere salir, Crisje tiene una visión. ‘Es mi imaginación’, piensa, porque no es posible. Ve que va pasando una masa de personas y todas ellas ascienden una alta montaña. Y también conoce esa montaña, sabe exactamente adónde se dirige esa gente. También ella y Jeus están allí, también ella y Jeus siguen a la gente y van subiendo esa montaña. Crisje ve que todas esas personas lloran

de tristeza. ¿Lo sabría Jeus? ¿Sabría que juntos están siguiendo a todas esas personas? ¿Sentiría algo de esa gran tristeza, de la tristeza de todas ellas? Pero eso no es posible, ¿no? Si es así, entonces sí puede ayudarlo a cargar. Todavía no quiere preguntar por qué y para qué él tiene que vivir en esto, aunque sea un gran problema, lo que le importa a Crisje es ayudar a Jeus. Y ahora de pronto sabe cómo alcanzarlo. Crisje empieza ahora:

—Es raro, Jeus, pero yo también estoy muy callada últimamente, ¿verdad? Y está en mí, por dentro. Y si me fijo, Jeus, hay como mil personas conmigo y todas ellas están afligidas, igual que yo. ¿A ti también te incomoda tanto eso, Jeus?

Y ahora Crisje oye:

—¡Sí, mamá! ¡Tengo exactamente lo mismo!

‘Gracias a Dios’, piensa Crisje, ‘ya está’, ahora puede seguir. ¿Lo ves, Largo? Jeus lleva cargando algo tremendo. Carga el sufrimiento de este mundo. Jeus vive los dolores de este mundo. ¡Son grandes montañas de miseria! Es increíble, pero aun así ¡es cierto! Yo misma lo vi, Hendrik. Ahora está entrando en contacto con su hijo. También ve que le dirigió una breve mirada y que las lucecitas le han vuelto a los ojos. Durante un buen rato no dicen nada. Ahora ella tiene que reflexionar seriamente. Siente dolor por dentro, y Jeus lo ha estado sintiendo desde hace días ya. El sentimiento te parte el alma. Le parece mucho peor que tener hijos.

—¿También sientes ese dolor, Jeus?

—¡Sí, mamá!

—Duele mucho, ¿no, Jeus?

—Sí, mamá, me asfixia.

—Y lo tienes justo debajo del corazón, ¿verdad, Jeus?

—Sí, mamá, allí está.

‘¡Por todos los santos, eso no puede ser...!’, manda Crisje al espacio y hacia Nuestro Señor, ‘¡Eso no puede ser!’.

—¿Y también viste a todas esas personas, Jeus?

—Sí, mamá.

—¿En serio?

—Sí, mamá, y se mueren de dolor.

‘Ya ves’, piensa Crisje, lo que ella veía viene de la vida de él y la lleva a Jerusalén, hacia aquello de lo que ella hablaba. Cómo es posible, Señor Nuestro, para qué servirá esto. Crisje lo aprieta contra su corazón, pero también lo hace por dentro, no ha de saber todo de ella. Lo animará, le dará por dentro todo lo que necesite e intentará que tanto ella como él puedan salir bien parados de esto. Pero no es tan sencillo. No vive nada en la superficie del alma de él, y solo se siente ese dolor, pero allí en esa profundidad grita un ser humano, que sigue siendo un niño, y esa vida carga este mundo. ¿Por qué será? ¿Cómo

puede aprobarlo Nuestro Señor? Y ella necesita una respuesta a eso.

—No hay nada más que eso, ¿verdad, Jeus?

—No, mamá. ¡No tengo nada más! (—dice.)

‘Pero es más que suficiente’, piensa ella.

—Solo que duele tanto —oye ella todavía.

—Lo entiendo, Jeus, lo sé, claro que sí, y te ayudaré a cargar.

Cuando lo sigue, ella se ahoga en un pozo de miseria. ¿Qué piensa el señor párroco de esto? ¿Cómo ve este problema? Algo así, Crisje, no lo hemos vivido nunca. No lo entiendo. No entiendo que Nuestro Señor quiera que un niño cargue eso, pero sí es posible, Crisje. Pero entonces, tu Jeus será un mártir. No, no, señor párroco, no convierta a mis hijos en mártires, por el amor de Dios, no, no queremos hablar de eso. Pero ¿la iglesia no puede hacer algo? ¿Qué dice el señor párroco? Rezo desde hace tanto tiempo, rezo siempre, lo sabrá el señor párroco, ¿verdad? Y ¿acaso se le ha olvidado al señor párroco que cuando nació Jeus lo miró a los ojos y que experimentó ese mismo silencio? A mí no. A nosotros no, señor párroco. Claro, Crisje, había niños de esos en la tierra, naturalmente, pero ¿qué quieres? Luego acababan en malos pasos. ¿No lo sabías, Crisje?

Pasan semanas. Jeus sigue callado, pero mamá lo ayuda a cargar. Ahora que sabe todo, también el Largo reconoce que es de una seriedad sagrada. El médico no vuelve y no lo comentan con nadie más, ni Anneke ni Theet de la señora De Man llegan a verlo. Se acerca el Viernes Santo. Jeus está más callado que nunca. En la cama lo pasa mal, ese calor lo destroza. Ya arde por dentro, ahora encima eso. Por la noche, el niño sale de la cama para acostarse en el suelo delante de la cama empotrada. Es extraño, nunca lo encuentran allí, no le dice nada a Gerrit y cuando llega el momento en que se levanta su padre, vuelve a trepar a la cama. ¡Es un drama imponente, Crisje! Pero aunque el Largo guarda la calma, no se detiene a pensarlo; deja que Crisje y su chico hagan sus cosas, sigue a esas vidas, pero nada más. ¿Y aun así? También el Largo tiene un corazón y piensa.

Cuando dice:

—Pareciera, Cris, que nos fueran a enterrar a todos. —Crisje sabe qué está viviendo de todo esto, pero ya se siente feliz ahora que ya no oye el duro “Maldita sea”.

No obstante, cuando Jeus quiere reconfortarse un momento junto a sus padres en la cocina, porque ahora es uno solo con mamá, el Largo le espeta:

—Por qué no te vas con tu cara larga, no consigo ni tragarme mi pan.

Entonces Crisje se sobresalta por dentro y le parece terrible, y además se oye todavía:

—Hasta parece que estás con mocos... —Entonces le pega al Largo entre las costillas y él entiende que esto no cuesta nada y que solo resulta en más

disgustos nuevos. ¡El Largo asfixia todo! Rechaza cualquier acercamiento infantil si se trata de ideas estrechas, de cotorreo infantil. Quiere convertir a sus chicos en hombretones y eso no se logra con esa miserable estrechez de miras. Y eso es justamente lo único que lo expulsa una y otra vez de estas vidas, porque no posee sensibilidad para eso, y eso siempre vuelve a ubicarlo fuera de estos problemas sobrenaturales. ‘Qué seres tan raros son los hombres’, piensa Crisje, ‘con sus actitudes infantiles’. Pero al Largo esas tonterías le importan un comino. Tiene suficiente en que pensar. Ahora le da risa el señor párroco. ¿Cómo puedes hablar de asuntos semejantes con un hombre así? El Largo lo sabe mejor que los demás, por lo menos es lo que él mismo piensa; se toma sus licores de hierbas, no uno, sino unos cinco, así podrá aguantar por ahora. Esos gimoteos en casa vuelven loca de remate a una persona decente. Y no hacen falta más locos, con lo loco que está él, ya basta. Pero entonces, a pesar de todo, se da cuenta de algo más, algo que lo pone a pensar, y entonces le dice a Crisje:

—El niño gime, gime por dentro, ¿verdad, Crisje?

—¿Es que tienes los ojos cerrados, Hendrik? ¿Acaso solo sirves para traernos de comer y beber? ¿Será que ya no te queda razón?

Por ahora, el Largo se tiene que dar por servido con esto. ¿Algo más, Largo? ¿Qué piensas ahora del asunto? El Largo piensa, ‘Urge que llegue la feria, esto no tiene gracia alguna. Aquí, las cosas tienen que cambiar, si no habrá accidentes’.

Agarra a Jeus y sienta al niño en sus piernas.

—Jeus, por qué no me miras, vamos, mírame a los ojos.

El Largo mira al niño a los ojos, pero no ve nada particular. Jeus lo perfora, descende en su padre, hace como si mirara los pequeños ojos de las hermosas palomas y de los conejos; atraviesa al Largo con la mirada. Luego el Largo vuelve a decir algo raro, por lo menos para Crisje.

—Está mirando (la colina de) Hunzeleberg, Cris. Ya no puede mirar a las personas. —Y a Jeus—: ¿Quieres leerme la cartilla?

Ahora sigue una respuesta que el Largo no habría aceptado de ningún adulto, y mucho menos de un niño:

—¡Sí, papá!

—Pero ¿tú de verdad sabes lo que me estás diciendo?

—¡Sí, papá!

Ahora seguiría: ”Pero, maldición”; Crisje, sin embargo, quiere adelantarse y alejar al niño de su padre. Pero el Largo no lo suelta.

—Nada de eso, Cris, estamos conversando. ¿Tú qué dices, Jeus? ¿Cierto o no?

A Crisje le da risa, el Largo zarandea al niño; lo intenta a su manera. Jeus está montando a caballo, pero no quiere tener que ver con esas tonterías y

se retuerce hasta soltarse. Antes de lograrlo, el Largo todavía pregunta, pero mejor que nadie crea que vaya a recibir respuesta:

—¿Quieres perdonárselo a papá, Jeus?

—Sí, papá.

—¿Y quieres volver a hablarnos?

—Sí, papá.

—¿Lo oyes, Cris? Va a volver a hablar. ¿Lo dices en serio, Jeus?

—Sí, papá, en serio.

Ahora sí que el Largo es feliz. Ya lo ves, Crisje, así hay que hacer eso. El Largo se va, como quien no quiere la cosa se van acercando al Viernes Santo. Cristo ha sido crucificado, ese día hay silencio, tiene que haberlo en el corazón humano, pero Crisje sabe que Jeus ya lleva cuatro semanas con estos disgustos y tal vez entonces este disgusto se acabe. Pero cuando sea Viernes Santo, verás que el mundo se queda en tinieblas. Jeus ve que los adultos no se dan cuenta en absoluto, y sin embargo las tinieblas se van echando sobre el mundo. Lo ve desde hace tanto tiempo. Pero la gente no. Solo mamá, pero ella tampoco sabe todo. Ni una sola persona piensa en el Hombre en Jerusalén; aunque toda esa gente piense vivir algo del acontecimiento, no ven que las tinieblas van envolviendo el sol. Lo que Jeus ve y vive de eso, Crisje, es que el mundo se va quedando en tinieblas y eso fue lo que le ocasionó esos dolores en el corazón.

Así está bien, Jeus. Casi llegamos. Aunque al señor párroco le parezca extraño y a mucha gente le parezca igual de improbable, ¡era necesario! ¡Iba a suceder! Tenía que suceder, para el resto de tu vida. Tu propio “Largo”, es decir: tu ángel guardián..., ha conectado tu vida con el Gólgota porque se te dará a cumplir una tarea excepcional para este mundo. ¡Y esto, Crisje, tenía que suceder para ampliar de manera vigorizante el sistema nervioso y para influir en él, y para aupar la vida interior hasta la personalidad, preparándola para la tarea para la que sirven Jeus y su Largo! En verdad, hasta ahora tu Jeus ha vivido una pasión, aunque todavía no hayamos llegado. En unos días esto también será parte del pasado y entonces Jeus recuperará el control de su propia vida. Entonces recuperará todo lo suyo, pero ahora, querida Crisje, vive por medio de otras fuerzas y poderes, ¡aunque no hay peligro!

El sol brilla para los seres humanos; para él ya no. Ha desaparecido para Jeus, y unas profundas tinieblas han cubierto la tierra y las personas. Solo las personas de buena voluntad alcanzan esta unión, pero en ese caso según las leyes del espacio y no como la gente piensa que ha ocurrido. Todo cambiará, Crisje, si quieres seguir y aceptar lo que esto tiene por dentro. ¿O Jeus podría suggestionarse todo esto? ¿Puede un niño hacerse creer a sí mismo todo esto? ¿Un niño puede vivir el Gólgota y atraerlo hasta él? Eso no existe ahora, Crisje, pero de lo que se trata es sagrado; lo que Jeus vive es espacialmente

verdadero, solo lo gente en la tierra vive su pasado por medio de eso: nada, de verdad que nada más. No se sintonizan con aquello otro, basta mirar al Largo.

Desde hace semanas, Jeus deambula por un mundo tenebroso. El sol brilla, pero ya no alumbra. En todas partes se da con la cabeza. Ahora la tía Trui le da miedo. La señora De Man, lo estás viendo, ¿no?, le da tranquilidad. ¿No es extraño? Pero por qué no sigues esto, Crisje. Lo atraen los miserables, está abierto a la miseria y la conciencia, los infelices pueden ayudarlo a cargar, pero nadie en el mundo lo sabe. ¿Y qué hizo “ÉL” en “Su” época, Crisje? Si uno quiere vivir estas cosas, hace la transición a “Su” vida sin proponérselo. Y entonces la tía Trui hace que uno ponga pies en polvorosa, ¡entonces los “Largos” no tienen que decirle a la vida de uno: “Ahora estás ante algo de seriedad sagrada”! Los niños terminarán en malos pasos, ¡Jeus no! Los niños han visto cosas sagradas y a pesar de ello eran malos; Jeus no, Crisje, nació para su tarea, solo más tarde te quedará claro. Pero casi estamos.

El perro traicionero de la señora De Man lame a Jeus, enloquece de alegría cuando este se le va acercando, porque el animal grande siente su amor. A uno le entran ganas de llorar cuando lo ve. El animal traicionero siente algo. El Largo no. Un animal sabe lo que está ocurriendo. Fanny también lo sabe. Ahora habría que seguir a Fanny. Y quien también recibe respuestas es Fanny. Pero Fanny tuvo que aceptar que no tiene que hacer preguntas a cada momento. Jeus se lo dijo claramente. Ahora esta vida no es capaz de dar brincos contra él, apremiándole: “¿Todavía no nos vamos, aún seguirás triste después de hoy?”. Fanny lo va siguiendo y la cola, ya lo ves, le cuelga entre las patas. También le cuelga la cabeza. Si hay un ser que lo ayuda a cargar, es Fanny. No ladra, y cuando aun así pasa de vez en cuando, la vida canina lo mira como si quisiera decir: no me quedaba más que ladrar un poco, si no esos perros mocosos pensarían que ya no estamos aquí. Jeus lo ve y absorbe ese amor. Gracias, Fanny, nunca lo olvidaré, que lo sepas.

—Pero, Fanny, tengo que pensar. Tienes que esperar otro poquito, pero luego volveremos a jugar, tú y yo.

Fanny ya está quejándose. Crisje lo oye. También Fanny oye muchas cosas de boca de ella. El animal es como una persona. Puede hablar con Fanny, este se sienta allí y escucha, es como si fuera el número uno. Jeus siente que se va tranquilizando conforme se acerca el Viernes Santo. Cuando más adelante entre con su “Ángel” al Gólgota, aunque entonces como el instrumento del maestro —hay que creerlo—, volverá la mirada a esta época y sabrá para qué sirvió aquello entonces.

El Viernes Santo, el Largo tiene que trabajar. Esta noche Jeus volvió a acostarse en el suelo, y al llegar la mañana se dirige a la cocina dando trompicones. Mira a Crisje y luego al Largo, se queda junto a la puerta y espera hasta

que oye “Entra” de boca de su padre. Y al instante está en la mesa. Ahora el Largo piensa sentir otra cosa. Pregunta:

—Me prometiste que volverías a hablar, pero ¿también después de hoy?

Ahora sigue:

—No, papá.

—¿Quieres decir con eso que hoy volverás a hablar?

—Sí, papá.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, papá.

—¿Lo oyes, Cris?

Se miran con alivio. Pero el Largo todavía no está tan convencido y vuelve a preguntar:

—¿De verdad estás seguro de lo que te acabo de preguntar, Jeus?

—Sí, papá, lo estoy.

—¿Qué te parece eso, Cris? Ahora se acabará este embrollo.

Y a Jeus:

—Cuando llegue a casa esta noche, ¿hablarás de nuevo?

—Sí, papá.

—¿Y quieres ir por mí entonces, con mamá?

—Claro, papá.

Jeus mira a Crisje. Crisje asiente con la cabeza, eso harán.

—¿Y ahora quieres que te regalemos algo rico papá y yo?

—Me encantaría, papá.

Jeus come algo y toma un tazón de café. El Largo ya no entiende nada. ‘Qué cosas, maldita sea’, piensa para sus adentros. Pero algo sí que aprendió. Aunque también ve que Jeus tiene el aspecto de un perro flaco. El Largo se va, Crisje no dice nada: sabe que hoy es cuando va a suceder, reza, una hora tras otra; de veras que Nuestro Señor no está solo hoy. Hoy rezarán millones de personas en la tierra; Crisje sabe que no hay nadie que lo hará como lo hacen y lo viven ellos. Y eso por su Jeus. Hay silencio; a pesar de que otros niños armen un revuelo, se mantiene el silencio. Este silencio se siente a través de todo. Alrededor de las once agarra unos cuantos mendrugos de pan, se los mete al bolsillo y toma mucha agua. Y luego sale de la casa corriendo. Crisje no se asusta, pero el corazón se le estalla de dolor. Sus pensamientos se alejan mucho de casa. Ella... ¿cómo es posible? Sigue a otra madre y ahora puede entender los indecibles dolores de aquella madre. ¡Y también conoce aquello que acaba de salir corriendo de casa! Es increíble. Y es que es tan sagrado y verdadero que sin pensarlo estaría dispuesta a dar su vida por ello, si quisieran aceptarla de ella misma. Ay, Largo, Hendrik, cuántas cosas te estás perdiendo. Qué indiferente eres, con todo, pero también eso lo puede entender Crisje, él aún no ha llegado a ese punto, y tampoco se le puede meter a

golpes: para lograrlo hace falta muchísimo tiempo. Crisje sigue persiguiendo a Jeus, sabe que corrió al bosque, ¡allí se desarrollará hoy el drama y vivirá él la consecuencia de lo que pasó en el Gólgota! ¡Eso es! Pero Dios mío, no, ¡ya no me quejaré, todo está bien!

Fanny y Jeus están acostados muy en el interior del bosque. Ahora ve que el mundo se va haciendo oscuro como boca de lobo. Se tira entre los arbustos y entierra la cabeza, llora como no lo ha hecho nunca antes. Se resquebraja por dentro. Ya no hay carne en sus flacas piernas, pero llora hasta quedarse sin lágrimas. ¿Por qué ahora lo dejan solo tanto tiempo? ¿Dónde estarán José y su “Largo”? ¿Se olvidaron de él? ¿Y esos son ángeles? Nada más empezó a formularse las preguntas, sintió el primer contacto con el otro Largo.

Mira al espacio a través de los arbustos y cree que se va haciendo algo más de luz. ¿Ya pasó lo peor? Sí, Jeus, acaba de morir Cristo allá, aunque hace dos mil años, claro, pero en este momento. ¿Viste, Jeus, que el “Universo” de verdad se cubrió de tinieblas? Ya no hay nadie que te quite eso, y esto, Jeus, será para siempre tu imponente animación, que se te dio también para concluir en esta vida tu tarea sobrenatural. Aunque este mundo tan imponente choque a diario contigo, ¡tú te mantendrás entero! No importa lo que pueda pasar más adelante, Jeus, esto de aquí, esta miseria, este contacto divino te mantiene en equilibrio, se encarga de que nadie pueda contigo, aunque se te apuñale el corazón por todos lados; entonces serás capaz de ayudarlo a “ÉL” a cargar.

De pronto aparece el rostro de su Largo. Se lanza a los brazos de su ángel guardián, tarda mucho hasta que vuelva a ser capaz de mantenerse en pie por sus propias fuerzas. Entonces también ve a José. Ahora todo ha quedado olvidado. No pregunta por qué vivió esta miseria, no hace falta, ahora lo sabe. Le pertenece. El monte Calvario se le disuelve ante los ojos, el “Largo” se encarga de lo que le hace falta y lo vuelve a depositar en el suelo transitable de la tierra. Sabe que se le concedió echar un poderoso fundamento para más adelante. Jeus no se le opuso. Al contrario, ¡aceptó todo!

—¿Dolió mucho, Jeus?

—Sí, claro, pero ahora sí que llegué, ¿cierto o no?

—Sí, Jeus, ya estamos. ¿Ahora quieres que veamos quién de nosotros corre más rápido?

—Sí, lo quiero saber.

Su “Largo” gana. Y ahora Jeus oye que más tarde, él también podrá hacerlo. El Largo le enseña a planear. Ahora Jeus está planeando, continúa siguiendo a su Largo, si algún día hace falta, podrá mostrar lo que aprendió. Esto es un toma y daca.

—Sí —dice Jeus, entiende todo. Ahora ha olvidado su miseria. Regresan donde Crisje. Nadie más que Fanny ve que Jeus camina entre dos seres. El perro no sabe dónde tiene que caminar ahora. El animal le ladra a Jeus en

medio de la cara, también al Largo. Y entonces se despiden de Jeus y este vuelve corriendo adonde Crisje. Ahora puede decir:

—Mira, mamá, ya estoy aquí.

Crisje lo toma entre los brazos. Besa a su Jeus, y luego tiene que comer. Se abalanza sobre la comida como un lobo hambriento. Crisje lo calculó todo. Sí, no sin razón confió en los ángeles guardianes, y llegará el día, Crisje, en que esos compartirán una misma mesa contigo y en que seguirán todo de principio a fin, para ver lo que se hizo bien y lo que se hizo mal. El Largo sabe que no comete errores, pero entonces comemos y bebemos por la gracia de Nuestro Señor, estamos en la mesa con “ÉL”, aunque nuevamente de otra forma que lo que se imagina la gente de hoy, pero lo que es llegar, ¡llegará! ¡Jeus está más sano que una manzana! ¡No estaba enfermo! ¡Vivía el Gólgota! Sintió un momentito qué pesada es la cruz de Cristo. ¡No había más que eso!

—Adiós, José, por favor, ya no vuelvas a dejarme solo tanto tiempo... —Es lo último que siente al respecto, y luego están preparados para ir a recoger al otro Largo. Crisje está intensamente agradecida. Jeus no siente nada. Tampoco los otros niños se dieron cuenta de nada. Sí, Bernard pensaba que sí que estaba de mal humor, y también a Johan le daba risa, ya era hora de que se acabara esa machaconería. Es extraño y curioso: todo lo que no puede sentir ni vivir un ser humano tampoco penetra en su vida interior, y eso vuelve a ser sencillo si uno sigue al Largo. Hendrik sabía que algo pasaba, pero no entendía ni jota, no recibía nada de todo lo ocurrido, él y todos esos otros estaban completamente fuera. Tanto Jeus como Crisje lo saben, esto es para sus vidas y no hay nadie que lo entienda. Más tarde, cuando los chicos hayan crecido y lean la historia de sus vidas y la vuelvan a leer, solo entonces se preguntarán: ¿qué sé de eso? Entonces de los cielos vendrá: ¡nada! ¡Nada, Johan! ¡Nada, Bernard! Nada, ¡pasabas corriendo al lado de lo que ocurría, junto con tus hermanos! No podías vivirlo ni ellos tampoco, porque esto no iba dirigido a tu vida o la de ellos. ¡Incluso tu padre sano y fuerte estaba totalmente fuera! Más adelante, todos conocerán (conoceréis) la vida interior de Jeus por los fenómenos. Y entonces cada uno podrá preguntarse: ¿Por qué tiene ese tipo de cosas, y por qué yo no? Por qué no intentas entonces remedar a Jeus, intenta escribir libros también, dar conferencias para la gente, porque eso va a ocurrir, pinta y escribe, haz también uno de estos “Arpas”... No podrás, ni podrán tus hermanos. ¡Jeus tampoco sabe hacerlo, todo eso pertenece a los ángeles, a los maestros a los que Jeus tiene que servir! Algún día, mi querida Crisje, tenlo por seguro, el mundo te llevará en hombros, a ti y a Jeus. Llegará el día en que la humanidad te lave y bese los pies, porque solo entonces estos millones de hijos de Nuestro Señor sabrán para lo que sirvieron ustedes dos. ¡Eso también sucederá, Crisje!

Cuando llega la hora, el tren Zutphen-Emmerik entra soltando vapor, el

pequeño cacharro se balancea para pasar el Wetering, y se baja el Largo. Jeus se lanza hacia su padre, ya está colgando entre sus fuertes brazos. El Largo no lo muestra, ya les gustaría, pero Crisje lo ve: está llorando por dentro. Y también eso es, pues, una pequeña orquídea para la vida de ella. ¡Ay, ese querido Largo, ese hombre tan bueno!

—Deja que te mire un momento, Jeus. Sí, te creo, ya eres otra vez uno de nosotros.

En medio de la calle, lo que en otras circunstancias no va con el Largo en absoluto, abraza a Crisje, alza a Jeus por encima de la cabeza y se entrega un momento a esta felicidad. Y luego de regreso a casa. El Largo le dio algo divertido a Jeus. Lo sorprende; también los otros chicos recibirán golosinas hoy. Cuando los muchachos están en la cama —Jeus también está dormido como un lirón—, el Largo pregunta:

—Y bien, Cris, ¿qué fue eso entonces?

Nuevamente, el Largo tiene que esperar un momento, aunque ahora, Crisje siente que no debe durar demasiado, pero quiere preparar la vida de él para algo.

—Sí, Hendrik... —se oye entonces...— esto fue sagrado y se va a complicar.

Y eso asusta al Largo. Reacciona de inmediato, preguntando:

—¿No querrás decir, Cris, que tienes secretos para mí?

—Sabes que no es cierto, Hendrik, pero sí que es complicado.

Ahora el Largo ya tiene que camelársela para que se le conceda compartir la vida de su fantástica Crisje. Crisje piensa. Porque ahora ella tiene que enseñarle algo a él. Lo que estuvo haciendo todas estas semanas causó dolor y no debe repetirse. Quiere regalarle todo, pero siente que no tiene afinidad con él para todo lo suyo y lo de Jeus. Y esa es, a la vez, el límite del amor humano. Basta un gruñido de un hombre para hacer añicos el amor. Un gruñido y un bufido semejantes matan los fundamentos para el amor. Ahora estás impotente y no puedes seguir. Aunque te rompa el corazón, no puedes compartir ahora precisamente aquello que te encantaría tanto poder dar. ¡Y de inmediato sabe que millones de personas pisotean su felicidad adrede! Sí, eso lo aprendió gracias a esto. Jeus le enseñó a verlo y le permitió vivirlo. Ahora ya puede rogar por una limosna el alto y fuerte Largo, tan seguro de sí mismo. Y aunque no lo quieras, ahora podrías esquivarlo, pero ella no quiere engañarse a sí misma ni a su Dios, es que estás ante los caprichos de aquel otro que es tu amor, tu felicidad y tu vida, pero esa vida no quiere ascender ni llegar más lejos. El Largo vuelve a preguntar:

—¿Me tienes algún secreto, Cris? Entonces termino con mi vida, que lo sepas.

Crisje se asusta. Ya lo ves, una cosa lleva a otra. ¡Los seres humanos no se

quieren inclinar! ¡Se llevan la contraria! ¡Siguen hablando de lo mismo! No quieren admitir que son ellos mismos, no, ahora además terminan con su vida. ¡Son niños grandes! Y entonces por fin el Largo recibe la gran historia para su vida. Vaya, ¿de eso se trataba? Eso yo no lo sabía, Cris. No, obviamente que no. Crisje tampoco lo sabía, pero ella lo buscaba, Hendrik, y ¡lo encontró! Pero ¿no quisieras ahora rezar un solo ‘Ave María’ extra para Nuestro Señor? ¿Para mostrar gratitud porque se te concediera vivir esto?

—Sí, claro —dice el Largo—, pero ¡no en voz alta, Cris!

Crisje no se enoja. Abraza efusivamente a su larguirucho y lo besa tanto que este por poco se asfixia. Y es que a él no hay quien le pueda seguir el paso, en el ataúd seguirá riéndose y ese es otro motivo más para que esté agradecida. Para su Crisje, ¡Hendrik es y sigue siendo impagable!

Se acuestan. Crisje toma su mano en la de ella. Y así se quedan dormidos. Es como si planeara por el espacio, pero gracias a Dios también está allí el Largo, y Jeus mira, sigue a sus padres y a la distancia los saluda con la mano. Por él que vayan en un viaje así adonde Nuestro Señor, sabe todo sobre eso. ¿Cómo te fue, papá? Jeus y Fanny despiertan alrededor de las doce. Se les pegaron las sábanas, y eso también lo entiende Crisje. Lo de ayer ya es pasado. Pero ahora también está allí. Cuando Jeus volvió a pisar el suelo material se asustó un momento, porque desde hacía tiempo no había sentido la tierra. Pero eso también ya pasó, Crisje. Ahora la vida de Jeus está abierta a otra cosa, pero hacen falta otras vivencias más para liberarlo por completo. Pero de eso se encargará su Largo. ¡Hasta pronto, Jeus!

Hay que reconocerlo, ¡el sol ha vuelto y la vida sigue! No hay vuelta atrás, ¡ni la hubo nunca! Crisje, ¿no estaba el Largo muy pequeñito? Eso también es la felicidad, por eso pudiste volver a entregarle el beso de tu corazón, ¿cierto o no? Pero estas “Orquídeas”, Crisje, están en la mesa de Nuestro Señor. Créelo, si miras detrás de La Parca, las ves. Incluso a La Parca le parecen de una belleza singular; o llamativa, mejor dicho.

Vamos, chicos, juguemos ahora en las nubes

Crisje piensa que las personalidades fuertes siempre logran su meta, porque son ellas las que prueban de lo que son capaces si se trata de procesar y olvidar las cosas que reciben los seres humanos. Y eso ahora se lo volvió a demostrar a Jeus, no es un debilucho, no es un pesado, nunca lo fue. Ve que ahora quiere desquitarse. También eso lo puede entender y la vuelve a hacer feliz. Ahora está día y noche donde Hosman, ayudando a Piet, el criado, y también los animales allí tienen su pleno interés. Ahora Crisje no lo ve ni siquiera un segundo. Para Jeus, lo que vivió es ahora más viejo que Musalén y ya es pasado; ve que su alma y espíritu están ahora otra vez abiertos a otras cosas.

Los niños yacen en el brezal, están cansados de tanto jugar. Ahora ya no es posible tener aventuras con Bernard, va a la escuela, tiene sus propios amiguitos y amiguitas. Anda vagando por el vecindario con Anneke, Theet de la señora De Man, Mathie y algunos otros niños de su edad. El brezal, allí donde los panaderos tienen almacenada su leña, es el mejor lugar para retozar. Allí pueden esconderse, tienen mucho espacio y nada los molesta. Cuando están muertos de cansancio de tanto correr, el cerebro infantil busca otra cosa, y empiezan a chincharse, empiezan a buscar cómo pegar y herir a los otros. Y es que es algo que las chicas y los chicos, al igual que los adultos, no pueden evitar. Anneke le pregunta a Jeus:

—¿Estabas enfermo, Jeus?

—No —contesta—. ¿A quién le gustaría estar enfermo?

—Claro —sigue de boca de la ágil Anneke Hosman—. Eso lo puedo entender, pero entonces ¿dónde estuviste todo este tiempo?

Lo ves, Jeus, sí que te extrañaron. Anneke vuelve a preguntar:

—Pero cualquiera se puede enfermar de vez en cuando, ¿no, Jeus?

—Yo no —asegura Jeus, pero ella no lo acepta.

—Vaya, vaya. ¿Es que no tuviste sarampión? ¿Quieres hacerme creer que no te has enfermado nunca? ¿No te tuviste sarampión, pues? ¿Ni la tos ferina ni escarlatina?

—No —dice—, aunque te pongas de cabeza, no tengo nada que ver con tu escarlatina ni con tu sarampión. ¡No quiero tener esas enfermedades!

Cómo sabe mentir Jeus. A todos les dio sarampión, también la tos ferina, solo les falta la escarlatina. Ahora que ve que Anneke está realmente enfadada y que lo tacha de mentiroso, cambia de idea y mejor cede, porque está más que seguro de que cada niño se enferma o se ha enfermado, y de que de todos modos no le creerán.

—Bueno, sí —le sale titubeando—, claro, pero escarlatina, ¡no! —De eso

no saben nada en su casa, y mamá tampoco quiere tener nada que ver. Pero ¿qué será eso en realidad, escarlatina? Todos han tosido, claro, Anneke. Pero entretanto esta ya pensó en algo más. Le pregunta a Mathie:

—¿Qué quieres ser tú, Mathie, cuando seas grande?

Mathie todavía no lo sabe. Primero tiene que crecer otro poco para poder contestar a eso, no es tan sencillo.

—¿Y tú, Theet?

—¿Yo? Me iré a la ciudad. Quiero ser conductor de trenes. Ya sabes, como nuestro tranvía de vapor, pero uno de esos grandes.

—Pero para eso tienes que aprender mucho, Theet.

—Claro, pero no tengo problemas en aprenderlo.

—¿Y tú, Jeus?

Jeus tiene que pensarlo un momento. Sí, ¿qué hará, cuando sea grande? De pronto lo sabe, y con tanta seguridad como cuando estuvo frente a Deut y supo al mismo tiempo que este no estaba loco. Con tanta seguridad como sabe que puede hablar de vez en cuando con un “José” y un “Ángel”, con tanta seguridad, también, como hay un Señor Nuestro. Pero Anneke ya grita:

—¿Tienes que rumiarlo tanto, Jeus?

—Claro, no es cualquier cosa. —Oye primero, y luego sigue su respuesta—: ¡Cuando sea grande voy a escribir libros!

Eso los toma por sorpresa. Anneke le grita:

—¿Qué quieres, Jeus? ¿Quieres hacerme creer que quieres escribir libros? Qué cosas, para eso hay que aprender un montón, ¿lo sabrás, no? Y también cuesta mucho dinero.

—No me importa: ¡yo voy a escribir libros!

Jeus no conoce dificultades, porque lo sabe. Otra vez, estos pensamientos llegaron de repente a su vida y a su personalidad. Siente que una pueblerina así de todas formas no lo entenderá. Esa Anneke siempre tiene que agarrarlo y siempre lo irrita. Solo quiere inflarse con sus vacas y sus caballos, y hacerle sentir que sus padres son ricos y los de él pobres como las ratas, por eso siempre andan a la greña. Y aun así quiere mucho a Anneke. Es espabilada, siempre lleva la voz cantante y sabe decir cosas acertadas. Anneke no es tonta. Siempre están discutiendo, pero a pesar de eso, más vale que los demás no intenten atacarla, entonces sí que está del lado de Anneke para ayudarla. Que Anneke siempre use sus posesiones para arremeter contra la pobreza de él lo anima para volver a darle una paliza una y otra vez, y eso, obviamente, resulta en riñas entre los dos, echando a perder a menudo el bello y tierno mundo infantil. A veces se pelean y él la pega, entonces echa mano de los zuecos, pero Anneke también es de armas tomar. Les devuelve la pelea a los chicos cuando ellos empiezan y no deja que le den una paliza así como así. Y eso es para él, a su vez, lo único y lo bello, la inspiración, lo que hace que se

sienta atraído por esta joven vida. Piensa muchas veces, como ahora, ‘Ya me la pagarás’; no olvida nada: en el momento oportuno tomará su revancha y entonces le dará una tunda a Anneke. ¿Todavía no reacciona? No, todavía no, Anneke, pero eso ya vendrá.

—Escribir libros —masculla Anneke con sarcasmo—, eso sí que es para volverse loco.

Lo oye, pero no reacciona. Sabe que eso es parte del mundo, Anneke, donde viven todas esas bellas flores. Donde están todos esos bellos pájaros y que es el “atrio” de Nuestro Señor, pero de eso no sabes ni jota, ¡nada! Pertenece a sus amigos, que tú no conoces, pobrecita, y es bastante más bello que cerdos, gallinas, caballos, vacas, estiércol mugriento, asqueroso y apestoso, si te interesa saberlo. Y cuando Anneke sigue insistiendo rotundamente, queriendo quitarle aquello de escribir libros, oye:

—No entenderás nada de todos modos, ¡para eso eres demasiado mocosa! Entonces le entra un berrinche y le arroja a la cara su riqueza:

—Más vale entonces que sepas que para eso hace falta dinero y tú eres pobre como las ratas, tu padre no tiene nada (—dice).

¿No ves? Siempre tiene que esgrimir su riqueza. Los padres de él no tienen un duro, los de ella tienen todo. Es cierto, pero ¡él va a escribir libros! Pero Anneke todavía no ha terminado, sigue:

—¿Sabes para lo que eres bueno? Para remedar a mamá. Son palabras de mamá.

—Vaya —le responde Jeus—, y ¿tú dónde has aprendido a hablar entonces?

Los niños ríen. Claro, de sus padres. Sigue la riña. Anneke se defiende y él pega donde pueda alcanzarla, hasta que eso también empieza a aburrir y Anneke, vivaracha, pregunta:

—¿Ahora a qué jugaremos, Jeus? Y tú, ¿no sabes nada, Mathie?

Mathie no sabe nada. Theet tampoco, y a Alie y Mieneke es mejor ni siquiera preguntárselo. Cuando Anneke vuelve a hacer como que lo sabe todo, Jeus todavía tiene algo pendiente con ella.

—¿Te digo una cosa, Anneke?

—¿Se te ocurrió algo, Jeus?

—Sí, se me ocurrió algo, ¡tú solo entiendes de mierda de vaca!

Toma. Es una bofetada en pleno hocico. Pero así no van a llegar nunca. Jeus reflexiona: no se puede esperar nada especial de Anneke ni de los demás. Y luego de pronto le vuelven a llegar esos pensamientos y lo sabe. ¿Será buena idea? Se levanta de un brinco y dice:

—Vamos, chicos, a jugar encima de las nubes.

—¿Qué quieres hacer, Jeus? —pregunta Anneke.

—O sea, ¿no oíste lo que acabo de decir? Vamos a jugar encima de las

nubes.

Señala las nubes.

—Allí es donde vamos a ir. A esas de allí, esas hermosas y tupidas nubes blancas.

—¿Quieres jugar encima de las nubes, Jeus? —preguntan ahora también los otros niños con asombro.

—Sí, vamos a jugar encima de las nubes. Tú tienes que echarte aquí. Y tienes que hacer lo que yo te diga. ¡Acuéstate ya! Tú aquí, Anneke. Theet allí. Mathie aquí y Alie allá y tú, Mieneke, aquí, y yo me voy a echar aquí. Y ahora, ¡a dormir! ¡A dormir, simplemente! ¡Con las piernas juntas, y a dormir! ¡A dormir, Theet! ¡A dormir, Mathie! ¡A dormir, Anneke! ¡Vamos, con los ojos cerrados!

Ve que los niños ya están dormidos. Se acuesta, toma las manos de Anneke y de Theet en las suyas y también se queda dormido. Todo pasa como si nada, no cuesta nada, pero quien lo viera se preguntaría, ‘¿qué estarán haciendo esos niños?’. ¿Qué juego será ese? ¿Están locos? ¿Están enfermos? Qué niños. Pero ¡Jeus lo sabe! Esos sentimientos le surgieron solos. Salieron de la fuente que dijo que escribirá libros, la fuente que lo conectó con el Gólgota y de la que sabe todo. Qué pálidos están los niños. Es una escena extraña, pero no para los niños. En efecto, Jeus sabe lo que quiere. Los niños se vuelven a ver ellos mismos fuera de los pequeños cuerpos. Y también ahora, Jeus sabe lo que tiene que ocurrir.

—Bien agarradas las manos. ¡Y ahora vamos a volar!

Ran... siente... Va ganando velocidad y al instante ya están entre las nubes. Y ahora todo va solo. Sabe que ahora tienen que decidir un momento quién tiene que buscar. Allí está la base. Le toca a Theet, tiene que buscar a los demás.

—Por qué no vienes conmigo, Anneke, y te enseñe una cosa.

Theet cuenta, los otros se esconden, también él y Anneke. Entonces Theet oye:

—¡Puedes veniiiiir! Theet, ¡puedes veniiiiir!

Ven que Theet anda buscando cerca de donde están ellos. Se va acercando más, y ahora Jeus tiene que actuar.

—Ahora nos tenemos que largar, Anneke. Ven, dame la mano.

Jeus aprendió a volar así. Como un torbellino dejan atrás a Theet. Se los queda mirando a estos dos; fue como un fognazo. Anneke no puede con su asombro.

—Caray, Jeus, esto ya no es correr, ¡esto es volar!

Jeus solo sonríe. Pues esto es lo que sabe hacer, Anneke. Theet tampoco alcanza a entenderlo. Otra vez tiene que buscar. Están en una buena y tupida nube blanca. Puede ver a Theet, que también es capaz de seguir la silueta de

su sombra. De repente tiene que actuar, pues Theet los ha visto. Jeus ya está corriendo. Jeus lanza a Anneke lejos de él y vuela por el espacio, de modo que Theet vuelve a quedarse con un palmo de narices.

—Qué cosas son esas, Jeus. ¿Quién podrá ganarte corriendo? ¿Cómo aprendiste eso? ¿Por qué nosotros no sabemos hacerlo, Jeus? —Así suenan las preguntas.

Vuelven a esconderse. Jeus ve que mientras tanto está oscureciendo aquí. Una nube parda entra flotando en su espacio, pareciera que se está haciendo de noche. Ahora tampoco pueden verlo. Mathie busca; él y Anneke miran dónde está este y de verdad, Mathie ya va corriendo. Vuelve a volar dejando esta vida atrás, no pueden aguantarle el ritmo. Jeus disfruta, los niños no lo entienden. ¡Este es su espacio, Anneke! Y ya te enterarás luego. Allí a lo lejos, pero tampoco lo ve Jeus, hay dos seres que observan todo. También están allí su Largo y José. Qué pena que no esté Fanny con ellos. Fanny no quiso dormir y se quedó allí abajo, cuidándolos. Pero Jeus sabe que, si lo hubiera querido, Fanny también habría dormido y también el perro habría podido vivir este milagro con ellos. Ahora que Anneke quiere saber todo sobre esto, Jeus tiene su oportunidad y le dice, con cierto orgullo:

—Pues ¡eso es mío! Y eso vale más que vacas y caballos. Más incluso que toda una granja.

En eso le tienen que dar la razón, ella y los demás. Sin embargo, Jeus no entiende que los niños no piensen ni tengan miedo. Pero él sabe que si les dijera que podrían desplomarse como ladrillos si él no lo evitara, se mojarían los pantalones de miedo. Allí abajo está la tierra. Siente que los niños lo saben y aun así no tienen conciencia de ello. No se dan cuenta. Aun así, saben que jugaron en las nubes. Todo va solo, no hay nada para lo que tengas que tener miedo. Eres tú mismo el que juega y también sabes que allí abajo te está esperando algo que tiene que ver contigo. Tienen que volver porque ha oscurecido mucho. Ya está lloviendo. Y ahora Jeus ordena:

—Sin soltar las manos.

Los niños obedecen y, vamos, regresan al brezal. Miran sus propios pequeños cuerpos. Jeus dice:

—Es hora de volver a meternos en nuestros cuerpos.

Y lo hacen, y despiertan al mismo tiempo. Terminó el viaje, el suceso milagroso, pero el agua les cubre hasta el cuello. Un buen aguacero les hizo una mala jugada.

—Caray, Jeus, estamos hechos una sopa.

Él también, pero ahora corren hacia su casa lo más rápido que pueden. ¿No sería un milagro? ¿O sí es un milagro? Jugaron encima de las nubes. Todos llegan a casa chorreando.

—¿Dónde te fuiste a meter? ¿No podías haber vuelto a casa antes del chu-

basco? ¿Dónde estabas?

—Estábamos jugando en las nubes con Jeus, mamá.

—¿Que hiciste qué, dices?

—Con Jeus, el de madre Crisje, estábamos jugando en las nubes, mamá.

A los viejos no les da la cabeza para eso. ¿Lo oíste, Crisje? La mía llegó a casa, chorreando agua, y me dijo que habían jugado en las nubes con Jeus. ¿Lo oíste, Crisje? Alie dijo que había estado en las nubes con Jeus.

—Oh, sí, señora Hosman, a los niños siempre se les ocurre algo nuevo. Lo sabes, ¿no?

Crisje también se ha preguntado cuánto de eso será cierto y qué pertenecerá a la fantasía infantil. A Jeus le cambiaron la ropa y supo que este había sido un regalo enorme. ¡Gracias, Largo!

—¡De verdad, te lo agradezco!

Los niños son niños y seguirán siéndolo. A Jeus se le dijo que podía volar para los niños, pero los adultos no lo creyeron. Volvieron a encogerse de hombros, al Largo también lo trae sin cuidado. Y sin embargo, Largo, también esto vuelve a ser muy sencillo. A través de su Largo, ¡Jeus en realidad inducía a los niños a la hipnosis humana! Pero ¡a través del “Largo”! Su “Largo” pensó, ‘Jeus necesita algo que haga desaparecer por completo ese “Gólgota”’. ¿No hizo unas carreras con su Largo, para ver quién corría más rápido? Y eso fue volar, Largo. Eso también fue concentración... la concentración en el avance; la voluntad humana puede obrar lo que sea cuando uno está libre de los sistemas materiales. Algún día, Jeus describirá en sus libros también estas leyes poderosas y sin embargo tan sencillas, y las volverá a vivir más adelante, porque entonces se le darán a vivir grandes viajes con su maestro que conducen directamente a Nuestro Señor.

Los niños no significaban nada en esto, Largo. Pero debido a que un niño se puede entregar por completo y no posee una reflexión ni un sentimiento propio frente a algo nuevo —como este jugar encima de las nubes—, es posible liberar una vida así de los sistemas materiales. ¿No sientes, Largo, que es exactamente lo mismo que cuando Jeus se desdobra para hacer un viaje celestial de aquellos con su Largo, del que tú no sabes nada? Ahora los niños pudieron acompañarlo, por ser niños. Conviértete en un niño así, Largo, y Nuestro Señor te aupará de la tierra también a ti y a cualquiera que pueda sentirse como si fuera un niño. Te dará entonces las capacidades voladoras para mirar dentro de “SU” vida, de la que también tú recibiste tu alma y espíritu, y estos saben volar. Es posible liberarlos del organismo material, Largo, y entonces se producen estos milagros. No, no son milagros, claro que no, son características que pertenecen a la vida interior del ser humano.

Pero ahora, Jeus está más que hartó de esas criaturas. Y Anneke, esa miedica —Jeus sí que lo sabe de antemano—, de todos modos se aferrará a sus

vacas y caballos. Pero eso es cosa de ella. Aun así, Anneke y también los otros niños saben: ¡estuvieron allí, jugaron en las nubes! Dentro de treinta años, y probablemente incluso más, todavía se acordarán. Nadie se lo podrá quitar a los niños y entonces, Anneke le dirá a Jeus:

—¿Recuerdas, Jeus?

—Claro, Anneke.

—Bien que tengo ahora cinco hijos, Jeus, pero ¿puedes creerme si te digo que nunca se me ha quitado de la cabeza? Por Dios, Jeus, cómo nos divertíamos jugando. Eso yo no se lo puedo dar a mis hijos.

Y será entonces cuando Anneke leerá los libros de Jeus. Lo que no podía creer de niña se habrá entonces convertido en realidad: ¡Jeus se ha hecho escritor!

¿Entonces ese era Nuestro Señor, mamá?

Los ángeles guardianes saben todo de la gente y sobre todo cuando día tras día tratan a las mismas personas. Pero Crisje sabe que cuando uno hace el bien, también recibirá el sentimiento armonioso correspondiente; claro, cae en la cueva el que otro lleva a ella; es decir, cosechamos lo que sembramos, y de esto Nuestro Señor sabe todo. Y “ÉL” les dice a su vez a los ángeles: por favor, vete a asomar allí, intuye bien, pero con mucho cuidado si a pesar de todo no hay algo que perturbe “MI” vida o algo que mantenga despierta el alma. Si es así, entonces intenta materializar esos sentimientos y pensamientos, para que el ser humano pueda sacarle ventaja. El Largo diría: ya me las arreglo yo solo, para eso no me hacen falta ángeles. Agarro mi violín o canto un aria, y si ni eso ayuda, me tomo unos ricos licores de hierbas, y ¡el bien y el mal, los pensamientos desagradables o sobrenaturales ya se disolverán solos! Y entonces otra vez Crisje no puede decir nada, pero significa: ahora tienes tus propios pies bien firmes sobre tu propia tierra y tampoco se puede pensar en aquel volar por el espacio.

Los ángeles son capaces de sopesar el alma humana en la balanza —claro, la balanza de Nuestro Señor—, para poder ver si una cosa tiene más peso que la otra; es decir, si la vida interior va adquiriendo superioridad sobre la material, porque eso no debe ser, pues esto ocasiona que entonces el interior empiece a resquebrajarse, puesto que ese sachar en la materia es tremendamente malo para los nervios. Ahora el alma no puede disfrutar de su tranquilidad, que es la que finalmente importa para que una persona pueda decir: ¡yo estoy perfectamente!

Y eso lo veía el Largo en Jeus... Nuestro Señor le dijo a “SU” ángel:

—Por qué no te asomas un momento. Y si hace falta —ahora escucha bien—, entonces haz como que “YO” esté allí en persona, represéntame bien y no olvides nada, porque ¡“YO” sé con certeza que Jeus el de madre Crisje quiere servirme a “MÍ”!

Cuando llegó esa orden, Jeus ya estaba empezando a cavilar, los primeros rayos de sol de ese mensaje ya habían alcanzado su alma y la cama empotrada; desde ese momento empezó todo. Y Crisje volvió a preguntar:

—Y ahora ¿de qué estás hablando, Jeus?

Es la felicidad, Crisje, tiene algo, aunque todavía no lo sabe.

Oyó de su boca:

—Tengo que pensar, mamá.

Crisje ya está rezando. ‘Que Dios me libre’, piensa, ‘cuando ese empieza a pensar, nos espera la felicidad o un tremendo embrollo desagradable’. To-

avía pregunta:

—Y ahora ¿en qué tienes que pensar, por todos los cielos?

—Todavía no lo sé, mamá.

—Pero si no sabes en qué tienes que pensar, entonces será mejor que tampoco empieces a hacerlo, ¿no? —opina Crisje, pues siente que se le vuelve a colocar frente a asuntos incomprensibles. Y cuando luego no dice ni pío, ella dice sin pensarlo:

—Pero entonces no hace falta que estés pensando con la cabeza en las manos, ¿o sí? ¿No te pesa demasiado eso?

—Claro que no, mamá, si así puedo apoyarme a mí mismo, ¿no?

‘Más vale que me detenga’, piensa, ‘de todos modos no puedo con esto’. En cualquier caso, esto es mil veces mejor que todas esas travesuras. En qué se mete mamá. ¿Acaso ya no se le permite a uno pensar? ¿No puede pensar como debe ser? Pero está ocupado en algo. Espera algo. Todavía no sabe lo que va a ser en realidad. En todo caso, aquello lo manda una y otra vez en pensamientos a la Hunzeleberg. Ve montañas y va trepando en ellas. Gerrit ya le dio una patada. En pleno sueño se levantó y quiso escalar esa montaña, pero le dio una patada a Gerrit, de lleno en la cara, y obviamente, entonces empezaron a pelear. ¡Y eso es! No pasa una sola noche sin que suba montañas. Y ese escalar montañas es ahora lo único que quedó de su gran viaje a Jerusalén. O sea, resulta que no salió sin salpicarse, a pesar de todo: su alma tiene ahora el delicado rasguño, la cicatriz espiritual, y tiene que salir, tiene que ser sanado con una pomada de Nuestro Señor, de lo contrario lo seguirá corroyendo y eso es muy peligroso.

Pero entonces de repente volvía a aparecer otra cosa, sacándolo también brevemente de sus cavilaciones. Ahora tiene que pensar en otra cosa, sí, todo el vecindario ya está cavilando sobre eso, mucha gente lo ayuda. El Largo cavila y Crisje también, porque a Crisje le dio ese asqueroso panadizo. Le va consumiendo el tejido interior del pulgar derecho, y eso causa un dolor enloquecedor.

El Largo ya no sabe qué hacer. Le preguntó a la gente si no conocían algo contra el panadizo. Y por supuesto, todos conocen algo, a todos también les ha dado panadizo en alguna ocasión, pero si les preguntas: ¿qué tiene que hacer Crisje para combatirlo?, se quedan con la boca abierta y resulta que todo no fue más que cotorreo humano. Por más que cavilara, no lo ayudaba: Crisje seguía sintiendo el dolor en el pulgar, nada funcionaba y si duraba mucho más, bien que lo veía el Largo, no quedaría nada del pulgar. Y eso con una casa llena de chicos, perder la mano derecha es muy grave. El Largo, desesperado, le preguntó a Crisje:

—Eres tan buena para rezar, Cris, ¿no podrías intentar pedírselo a Nuestro Señor?

Las cosas claras, Largo: tú ahora te refieres a algo muy distinto. Quieres poner a prueba su fe, también su imponente confianza en Nuestro Señor, porque de eso se trata. Crisje gemía de dolor, pero sí que sentía lo que quería decir el Largo, para eso no lo necesitaba. Ya sabía desde el principio eso va a ser ese asqueroso panadizo. Ahora la tiene que ayudar Nuestro Señor; la gente no entiende de estas cosas. Un médico no puede ayudarte, sus pomadas no funcionan. Y luego —ocurrió una noche mientras dormía—, Crisje oyó a Nuestro Señor diciéndole:

—Me llamaste, Crisje, ¿pasa algo?

—Sí, Señor Nuestro, reviento de dolor. Me dio panadizo, Señor Nuestro, y ya no puedo hacer nada con la mano.

—Lo veo... —le dijo entonces Nuestro Señor a Crisje—, ya lo veo, Crisje, es grave, pero te tengo algo. Ahora te voy a pedir que me escuches bien, Crisje.

—Sí, Señor Nuestro, claro.

—Aquí, donde Hosman, tienen vacas, ¿verdad, Crisje?

—Sí, Señor Nuestro.

—Pues bien, Crisje, si te encargas de que te regalen estiércol de vaca fresco todas las mañanas, no solo se quitará el dolor; también se te mejorará el pulgar.

—Oh, lo puedo conseguir, Señor Nuestro. Te lo agradezco mucho.

—De nada, Crisje.

—Mil gracias, Señor Nuestro.

—Sabes que siempre estoy allí, ¿verdad, Crisje?

—Sí, Señor Nuestro, no lo dudaré nunca, ya lo sabes.

—Claro, Crisje. Y ahora me tengo que ir.

Esa misma mañana, Johan se fue sin muchas ganas adonde Hosman a buscar estiércol de vaca fresco. Para eso le hacía falta una pala, y cuando alguna de las vacas iba a hacer sus necesidades, Johan se apresuraba hacia ella para interceptar esa flamante medicina, envolverla en un trapito y llevársela a Crisje. Johan no podía tocarla, la medicina no podía entrar en contacto con nada, porque entonces se perdía la fuerza, había dicho Nuestro Señor. Cada mañana hay fiesta allí donde Hosman. Claro que les parece algo especial. Johan casi se rompe la nuca por caer hacia atrás por lo resbaloso de la codiciada medicina. Entonces Crisje tuvo que raspar su medicina de su chaqueta. Tampoco se le podía pedir que hiciera nada. Una vez en la escuela, Johan tuvo que contar por qué había llegado tan tarde. Y cuando contó que Crisje tenía panadizo y que él tenía que recoger estiércol de vaca, todo el grupo se rio de él con ganas. Ahora el panadizo de Crisje y las medicinas están en boca de todos, pero no saben que Crisje obtuvo su receta del mismo Señor Nuestro. Ni el Largo lo sabe todavía, pero ya se enterará.

Ahora Bernard y Jeus se ponen detrás de las vacas. Relevaron a Johan de la tarea y ahora Crisje puede contar con su estiércol de vaca. Bernard casi que sabe de antemano qué vaca tiene ganas de ayudar a Crisje. Ya hacen apuestas, tan seguro está Bernard de estar en lo cierto. Jeus ya perdió diez canicas en el juego. Bernard casi siempre acierta, tanto se ha sintonizado con el estiércol.

Hace un momento, Bernard le dijo a Jeus:

—Creo, Jeus, que esa blanca con negro va a ser la primera.

Habrán unas diez vacas alineadas, a una no le da la gana o acaba de echar a perder la cosa, porque así es, justo antes de que llegaran, pero otra está controlada y a esa la están vigilando ahora. Las primeras mañanas siempre llegaban tarde. Algunas vacas, lo ha notado Bernard, lo hacen de pronto y entonces justo llegas tarde. Otras lo hacen dando algo de vez en cuando, pero entonces la situación se pone peligrosa. Bernard les dice las regaderas, porque una de esas vacas pintas le echó un chorro justo en la cara y eso sí que fue algo que inspiró respeto. Ahora Bernard ya ni siquiera mira esas vacas, esas no sirven y sin duda también significará algo, a su vez; una vaca te da mejor medicina que la otra, aunque finalmente todas coman lo mismo. Bernard dice que la cosa está en el acabado, porque ¿por qué hay vacas que echan un chorro y otras más que te dejan caer la materia sanadora con una gloriosa tranquilidad y llenas de comprensión? Bernard ya reflexionó sobre esto y Jeus lo admite de buena gana: Bernard sabe pensar.

A Johan la escuela le está cayendo pesada: los niños lo insultan llamándolo “caca de vaca”. Bernard les pegaría a la primera, más vale que no lo intenten con él. Y funciona. Desde el primer momento en que Crisje presionó el estiércol contra su pulgar, este empezó a mejorar, los fuertes dolores fueron disminuyendo y Crisje pudo decirle al Largo:

—¡Ya lo hemos conseguido, Hendrik!

Todo el vecindario ríe y habla de la caca de vaca, las bestias sanadoras de Hosman, esas vacas valen oro. A Jeus ya se lo han dicho. Anneke dijo:

—¿Y entonces, Jeus? ¿Qué me quieres decir ahora de nuestras vacas? Si no fuera por ellas, tu madre pronto se habría quedado sin pulgar.

Ahora Jeus tenía que inclinar la cabeza ante Anneke, lo que por tanto hizo, diciendo:

—Claro, Anneke, tienes razón.

Pero en realidad, solo le daba razón porque Crisje necesitaba su estiércol; todavía no quería hablar de que todo apestara tanto y de que detrás de esas vacas tu vida corría un serio peligro, aunque sin duda quitaba gran parte de toda esa grandeza. ¿O no lo sabía Anneke? Los chicos están de ambos lados de la fila de vacas. Jeus del lado derecho, Bernard del izquierdo, de modo que desde ambos lados puedan abalanzarse de inmediato sobre una vaca sin estorbarse el uno al otro. Dividieron equitativamente el trabajo y la tarea

para mamá, y Crisje puede contar con los muchachos. Ahora ella también sabe que con el estiércol se pueden conseguir muchas más cosas y que esta es la única medicina de este mundo para muchas enfermedades, aunque la gente no lo sepa. Crisje dice: la gente busca las medicinas donde no están. Las medicinas de Nuestro Señor se encuentran cerca de tu casa y a veces estás encima, pero la gente no lo ve. Para eso hacen falta ojos interiores, y Crisje los tiene.

Tres semanas después, el pulgar de Crisje ya estaba sanado. Y entonces el Largo preguntó:

—Ahora cuéntame, por favor, Cris, cómo se te ocurrió usar la caca de vaca.

—Lógico, Hendrik.

—¿Lógico, dices? Pero no lo sé.

—¿Acaso no me preguntaste si no podía ayudarme entonces Nuestro Señor? Y luego Nuestro Señor vino a verme.

—¿Quieres decirme, Cris, que Él se ocupa de caca de vaca?

—Sí, Hendrik, era Nuestro Señor en persona. Si uno se atreve a mirarlo a la cara con franqueza, entonces Él no lo deja solo, Hendrik. Y eso sí que deberías saberlo.

Pero el Largo no lo sabía. Esto tampoco le cabía en la cabeza. Imagínate, el “Redentor” que se mete con estiércol de vaca, y ¿aun así? Eso sanó a Crisje. Qué será lo cierto. ¿Había sido Nuestro Señor en persona? Como sea, Largo, el pulgar mejoró, y sanseacabó el horrible panadizo. Crisje lo soñó y en su sueño, ¡Nuestro Señor en persona le habló! ¿Todavía no es suficiente? ¿Ya no hablas dialecto, Largo? Lo que el Largo pensaba del asunto era, ‘¡Esa Cris!’. Pero muy por dentro, y es la verdad, el Largo se quita el sombrero para su Cris, aunque lo debía haber sabido, Crisje sabe hacer tantas cosas... Ha demostrado ya antes que sabe hacer medicinas con un poco de verde y algunas hierbas. Lo tiene y no importa de dónde viene, podría ser curandera, pero no quiere. Todavía no conocía el remedio para el panadizo, pero también eso le había sido dado a su vida y por eso le está agradecida a su Señor Nuestro.

Cuando el Largo quiso saber por qué el estiércol de vaca, y precisamente el fresco, poseía poderes sanadores, Crisje dijo escuetamente:

—Si piensas un poco más, Hendrik, puedes saberlo.

El Largo empieza a pensar, pero no encuentra manera de asimilarlo ni averiguarlo. ¿Y sin embargo? Crisje dijo:

—Todo lo que ha sido procesado en el interior de un animal, Hendrik, pero no perros ni gatos, las vacas son lo mejor, ha pasado por una fábrica. Y una fábrica de estas, Hendrik, tiene por dentro muchos poderes que son inmaculados como el vidrio y que contienen de todo para curar.

Al Largo no le cabía en la cabeza, seguía sin saber nada. ¿Una vaca es una fábrica? ¿Y esa fábrica tiene poderes sanadores? Crisje lo vio, y ella también

lo supo: cuando Nuestro Señor se lo dio, ella vio esa fábrica dentro de la vaca y pudo entenderlo. Y una fábrica química de esas, Largo, está abierta y lista para matar cualquier bacilo y para animar esa materia, precisamente mediante aquello por lo que Nuestro Señor hizo crecer y florecer toda la vida. Si siguiéramos este proceso, Largo, escribiríamos un grueso libro sobre él, pero entonces todavía no habrías llegado, así de complicado se pone, pero además también se hace tan natural que un piojo puede entenderlo, porque significa la evolución natural. ¿Sabías, Largo, que todas estas cosas verdes que come una vaca así poseen poder y fuerza espaciales? Lo que recibió Crisje no es tan raro, de verdad. Pero todavía lo viviremos más adelante, si entonces estás abierto a ello y sigues aquí, volverás a vivir un milagro natural semejante y entenderás que las vacas son animales útiles. Claro, dan leche y con esta se puede hacer queso, pero lo que ahora nos importa sobre todo: estas medicinas provienen de la fuente natural y ¡la gente aún no sabe nada de eso tampoco! Aunque sea raro, ¡la caca de vaca cura el panadizo humano! ¡Recuérdalo!

Cuando el señor párroco lo oyó de Crisje, pues él sabe todo de la vida de ella, le dijo a Crisje con conciencia y decisión:

—Lo creo sin dudarle, Crisje. Claro, tú eres sin duda una santa. Y para eso claro ciertamente se puede rezar, sin duda.

¿No lo crees? El señor párroco le besó el pulgar a Crisje, precisamente el pulgar enfermo que estuvo cubierto de estiércol de vaca durante semanas, porque este buen hombre sentía y entendía que allí vivían la voluntad y el amor, la sabiduría y la fuerza de Nuestro Señor, y bien que quería que le entrara esa dulzura a través de su beso. Con la conciencia tranquila, Crisje le acercó pulgar y mano al señor párroco, y entonces este le dejó su sello; Crisje sabía que de lo contrario se habría condenado a sí misma para siempre. ¿No era cierto? Sobra decir que si Nuestro Señor no le hubiera hablado a su vida y a su “yo”, entonces Crisje se habría echado a perder por una baja y vil mentira, y ella misma se habría arrojado al purgatorio. Pero que Dios me libre, eso mejor no lo digas donde esté presente el Largo. ¡Es un milagro! El señor párroco bien sabe que Crisje es capaz de hablar con Nuestro Señor día y noche; sin embargo también sabe que ella no lo hace. Ambos saben que primero te has de vivir mil veces a ti mismo y ¡solo entonces, cuando ya no posees nada, y tus fuerzas fueron consumidas por completo, hace su aparición Nuestro Señor! Y a “ÉL” no se le puede engañar. Puedes gritar todo lo que quieras, si ÉL ve —y lo hará...— que todavía no has usado tus propias fuerzas, “ÉL” ni siquiera se asomará, aunque llores todo lo que quieras, entran en juego tu alma y tu gloria, y ¡de eso se trata!

Pero todo esto, y se puede entender, sacó a Jeus de golpe de sus pensamientos. Inmediatamente después de que se curara el pulgar y también ese apuro se hubiera convertido en parte del pasado, Crisje lo encontró detrás de la

casa. Está mirando las gallinas y le pregunta:

—¿Qué tienes que pensar, Jeus?

—Lógico, mamá. ¿Acaso tuve cinco minutos para mí, para pensar?

Ya estaba pensando, ‘Gracias a Dios, ha vuelto a salir de sus cavilaciones, pero ahora continúa, durante un tiempo los líos materiales lo dominaron; ahora esas montañas vuelven y lo va a analizar, si no algo ocurrirá’. Esta mañana tiene su sueño en su interior, es algo vivo y consciente: aquello que experimentó anoche. Durante semanas aquello le mantuvo la cabeza ocupada, ahora está allí, sabe que lo vivirá hoy, no es una montaña, ¡es Nuestro Señor en persona!

Está con Fanny en la orilla del brezal, cerca del molino, y espera. Hay una tremenda tensión en él. Pero lo sabe: Nuestro Señor vendrá. No sabe que Crisje está a su manera en conexión con los asuntos más sagrados para los hombres, los animales y la naturaleza, él vive para sí mismo y Crisje sigue un camino propio. Esto de Crisje no tiene nada que ver con el sentir y pensar de él, él ya vivía en estos sentimientos cuando el panadizo lo echó a él a patadas, y de todos modos sentía que no lo había abandonado ni un momento. Ahora yace aquí y espera. Fanny a su lado. Comparten el pan equitativamente y esperan con paciencia. Pero la tensión se va volviendo horrorosa. Es igual que entonces, aunque sí es algo diferente. Esto te dará alegría, lo de aquella vez te dio tristeza. Ahora no siente dolor, sino felicidad. Tiene que llegar hasta él desde las colinas. Sabe que viene en línea recta desde Zeddám. No sabe lo que eso tiene que hacer allí primero, pero vendrá. Va pasando hora tras hora. Habría podido calcularlo por completo para sí mismo, pero ante algo así se siente respeto. Para algo así, horas de espera a uno le merecen la pena; ahora se puede hablar de recibir. Los niños ya lo están buscando, pero no está, está escondido entre los arbustos. Poco antes de las cuatro a rastras se acerca un poco más hacia la Grintweg. Siente: se está cansando, pero es por la tensión, obviamente. Qué pesadas están esas piernas, se acuesta cómodamente. No sabe que ya se ha quedado dormido, está velando, y Fanny también está allí, él también descansa a gusto a su lado y esperará.

De pronto se va haciendo más claro arriba en la Grintweg. Ya verás ahora. Y mira por dónde, se le acerca una aparición resplandeciente. Jeus no tiene miedo. La aparición le pregunta:

—¿Tuviste que esperar mucho, Jeus?

—No, acabo de llegar.

—Pero aquí estoy, pues, en persona. ¿No me tienes miedo?

—No, claro que no. No, Señor Nuestro, no te tengo miedo.

—Ahora veamos, Jeus, dónde están todos nuestros niños.

Ahora va caminando por la Grintweg, de la mano de Nuestro Señor. Cuando están muy cerca de casa, Nuestro Señor dice:

—Aquí está tu casa, Jeus.

—Sí, mamá está allí.

—Lo sé, Jeus. Y bien que se liberó del panadizo, ¿verdad? Sí, mamá se curó de eso.

—Sí, Señor Nuestro.

—Sirvió bien, ¿verdad, Jeus?

—Sí, es buen material, Señor Nuestro.

—Ya lo sé, Jeus, eso es obvio.

Va pasando puerta por puerta, de la mano de Nuestro Señor va dando trompicones, pero no ve a ninguna persona.

—¿Ya te tienen miedo?

—Lo veo, Jeus. Me tienen miedo. Pero es porque no me conocen. Pero ¿me dejas preguntarte algo, Jeus?

—Claro, si para eso vine.

—Ahora lo ves por ti mismo. Y qué vamos a hacer ahora con esos niños. No saben cómo soy. Y deben saberlo, Jeus. Lo que quiero preguntarte es: ¿quieres ayudarme?

—Claro, solo dime qué tengo que hacer. Puedes contar conmigo.

—Lo sé. Empezaremos cuando seas adulto, Jeus. Y será solo entonces cuando ya les contaremos lo que sabemos.

—Claro.

—¿Dolió mucho, Jeus? Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, claro, me dio bien fuerte. Pero ya se me olvidó.

—Lo sé, Jeus.

—¿Puedo decirle a mamá que hablé contigo?

—Claro, puedes contarle todo a tu madre, ¿no?

Atraviesan el pueblo caminando, vuelven a pasar por la Grintweg y una vez en el brezal se despiden. Jeus piensa, ‘algo tiene Nuestro Señor de mi propio Largo, pero es que eso no puede ser y tal vez sí puede ser, algún día, toda la gente se parecerá a Nuestro Señor’.

—Puedes contar conmigo. —Todavía oye Nuestro Señor de su boca, y luego esta aparición imponentemente bella se disuelve ante su vida.

De pronto sale del bosque de un brinco.

—Maldita sea, Fanny, ¿dónde te habías metido? ¿Dormiste? ¿Ahora que podrías haber visto a Nuestro Señor, te vas a dormir? ¿Es que te has vuelto completamente loco? ¿Ya debo darte una tunda, Fanny? Qué cosas contigo, caray. Bien avergonzado que deberías estar (—dice).

Un poco después, Fanny oye:

—Pero no me lo puedo imaginar, Fanny. Claro, tú no tienes nada que ver con Nuestro Señor. No, no es cierto. Quiero decir: el tuyo es diferente, pero ahora me contradigo a mí mismo. Pero tenemos que irnos a casa, mamá no

nos ha visto en todo el día.

Una vez en casa, vuelve a darle un gran abrazo a Crisje. Ella lo mira, ¿qué pasa? ¿Ya pasaron las cavilaciones? Esto no duró tanto, y qué bien que haya sido así. Jeus le cuenta lo que vio.

—Vaya, Jeus, así que ¿caminaste con Nuestro Señor por la ciudad?

—Sí, mamá. Y ¿crees que esos medicas se atrevían a dar la cara?

—No, claro que no, esa cuenta la puedes sacar tú mismo, Él sí que les mete miedo.

—¿Y ese fue entonces Nuestro Señor en persona, mamá?

—Sí, ese fue Nuestro Señor, Jeus.

—Sabía todo sobre la caca de vaca, mamá.

—No lo dudo.

—También sabía dónde vivíamos, mamá. Si no hubiera estado tan ocupado, habría pasado un instante a verte. Pero no tenía tiempo, mamá.

—Lo entiendo, Jeus.

Crisje tiene que pensar, pero Jeus ya pronto oye de su boca:

—Y ahora quiero que tú me escuches a mí, Jeus.

—Sí, mamá, claro.

—¿No se lo dirás a nadie?

—No, mamá, ¿o crees que estoy loco de remate?

—Claro que no lo pienso, Jeus. Esto no lo entenderán, Jeus. Nadie en el mundo debe saberlo.

—Pero ¿no tengo que decírselo a papá?

—Ya me encargo yo de eso. Tú solo encárgate de mantener la boca cerrada. Porque la gente, Jeus, se reirá de ti, y eso no debe pasar.

—Lo sé, mamá. ¡No se lo diré a nadie!

El Largo de Jeus sabe que esta noche no soñará con montañas ni tampoco las escalará, eso ha ido sumergiéndose más. Hasta unas profundidades donde vive todo lo de ayer, de la semana pasada y de hace años, sí, incluso aquello de lo que el ser humano ya no lleva nada dentro, pero que aun así está allí. Y eso se llama, Largo, por lo menos para un erudito, el subconsciente, pero eso de todos modos no lo entiendes y ahora tampoco hace falta. Pero te digo, llegará el día en que toda persona conocerá esto que es tan imponente, porque entonces estarás detrás y dentro de tu propio ataúd, pero lo más bello de todo es: ¡estarás vivo!

Son las nueve, los niños están en la cama, el Largo y Crisje se cuentan cosas de peso. Ahora el Largo oye lo que ocurrió. Y luego oye de boca de Crisje:

—Hendrik, somos personas bendecidas. Es imposible estar suficientemente agradecidos a Nuestro Señor por nuestros hijos.

Un golpe por el que el Largo se cayó redondo de su silla. Y luego todavía siguió:

—¿Te digo algo, Hendrik?

—Dime, Cris.

—Algún día, nuestro Jeus trabajará para Nuestro Señor. Nunca será cantante, Hendrik, eso ya mejor quítatelo de la cabeza (—dice).

Ahora tiene que pensar el Largo.

—No sé, Hendrik, pero Jeus “LO” ha visto. Habló con “ÉL” y fue a ver a la gente tomado de Su mano. Pero ¿es que no sabes nada entonces, Hendrik? ¿O no puedes entenderlo? Si cae por su propio peso. ¡Esto significa algo, Hendrik!

El Largo calla, y es lo mejor. No dice ni pío, pero es grave: entenderá que existe más de lo que él sabe, aunque ese momento todavía no ha llegado. Quiere decir sinceramente, Crisje, que todavía está, que en todo caso tiene algo que decir aquí. Los niños tienen unas espléndidas voces, ¿no es así? Bueno, llegado el momento seguiremos hablando. El Largo pregunta:

—¿Quieres decirselo al señor párroco, Cris?

—Todavía no lo sé, Hendrik.

—¿Entonces te digo una cosa, Cris?

—¿Pues?

—Si yo fuera tú, ni a él se lo decía. No sé por qué, Cris, pero creo que él pensará que nos volvimos locos.

Crisje ríe. Hendrik piensa en sí mismo. Pero está bien. Se van a dormir.

Jeus se levanta temprano, puede sentarse en la mesa con su padre y el Largo constata para sí mismo: es un niño común y corriente.

—¿Quieres que te sirva café, Jeus?

—Sí, papá, por favor, papá.

‘Ya lo ves’, piensa el Largo, ‘esa es la buena educación’. No tiene de qué quejarse, todo va bien, la vida es espléndida.

Una hora después, Jeus ya sale corriendo a la calle. Hay algo en él que le recuerda alguna cosa, pero también podrían ser pensamientos, también podría ser por las bellas historias que oyó de mamá. Pero ahora tiene que ganar dinero. Va a venir la feria y ha perdido todo su dinero en el juego. Pero ¿qué tiene que hacer? ¿Cómo hacerse con centavos? ¿La tía Trui no necesitaría ayuda con la compra?

¡La caca de vaca cura! El panadizo y el estiércol dan sabiduría vital. Si puedes mirar detrás de tu propio mundo, verás además a Nuestro Señor. Pero este es el que mejor conoce a Crisje y a Jeus. Este está casi a diario sentado en la cocina, y habla dialecto. Este se llama “Largo”, Crisje, y también con él puedes estar contenta. Lo viviste, te dio una medicina infalible para ese maldito panadizo.

Y este estaría abierto a todo lo que vive si solo la gente pudiera aceptarlo. Créelo, Nuestro Señor tiene por lo menos cien mil como Él. Pero ni siquiera

diez en este mundo como es tu Jeus, Crisje. De verdad, Crisje, trabajaré para Nuestro Señor. Y eso ya empezó. Todos estos acontecimientos sobrenaturales, Crisje, tendrán un lugar en tu propio libro y en el de Jeus.

¿No será sencillo?

Esta es la verdad y ya tienes esas pruebas, pero todavía vendrá mucho más, querida Crisje.

Los ángeles son sagrados, los ángeles no roban nunca

Lo que Jeus está pensando ahora es: ‘¿Cómo me hago con dinero?’. Le dan ganas de arrancarse los pelos, porque se gastó todo el dinero del Martes de carnaval y ahora la feria está a la vuelta de la esquina. Se esfumó el dinero que ganó. Pensó: ‘Ya me las arreglaré con mis canicas’, pero lo dejaron sin camisa, porque ahora para colmo las perdió todas. Y no había contado con eso ni un segundo. Ese dinero del carnaval tan caro, ganado a duras penas, por el que estuvieron enfermos durante días, doblándose de la tos, por el que Bernard y él se quedaron sin voz después de cantar y tocar la zambomba... no quiere ni pensarlo, pero ya se acabó. Nunca le ha pasado algo semejante.

Pero ¿qué haces si no tienes dinero y sabes que la feria está de camino? Entonces intentas lo que sea para ganar algo. Pero tuvieron mala suerte, Bernard también es pobre como las ratas ahora. Y mejor se olvida de pedirle a Crisje, ella tampoco tiene nada. La tía Trui les pone un pedacito de salchicha en las manos. Ahora hay que oír cómo blasfema Bernard. Bernard le dijo a Jeus:

—Ya vendrá el día en que a esa le diré cuatro cosas.

Jeus no sabe lo que le dirá a la tía Trui, porque conoce muy bien a Bernard: lo que dice, lo cumple. Y todo eso se oye muy bonito, Bernard, pero ¿cómo vamos a hacernos con dinero? Ahora se está desviendo para ganar algo, pero no es tan sencillo. No entiende por qué esos adultos no puedan entenderlo. Aunque sea un asunto tan sencillo: un niño quiere ir a la feria, ¿será que nunca fueron jóvenes? ¿Es tan malo esto? ¿Ya no tienen sentimientos todos esos adultos? Se estruja los sesos, es algo que lo hace temblar, la gente no te entiende. Pero ¡maldición!, cómo no pensó en eso. Qué tonto, si el dinero está esperando a ser recogido en la calle. Y en realidad te puedes quedar con él a cambio de nada. La buena educación lo puede todo en la vida. ¿Puedes pedir dinero por unas palomas? También siguió estos pensamientos, aunque solo un momento, pero no se atreve a hacer eso, las palomas son de todos y entonces tendrá consecuencias, lo mandarán al sótano.

Pero sí que sabe algo. Trabajaré fiado para mamá. No hay problema si está en deuda con él. Puede confiar en ella, mamá no lo engañará.

—¿No tienes algo que pueda hacer por ti, mamá?

—¿Qué quieres?

—Que si no puedo hacer algo por ti, mamá.

—Sí, claro. Puedes ir por café adonde Theet. Él ya sabe de qué marca tomamos.

—Entonces ya me encargo yo de eso, mamá.

—Pero ¿no puedes jugar con algo ahora, Jeus?

—Siempre tendré tiempo para jugar, mamá.

Crisje sabe muy bien adónde quiere llegar. Hace como que está ciega y sorda, pero piensa, ‘Ese Jeus’. Le parece glorioso que haya olvidado sus dramas y que haya vuelto a ser un niño normal, pero darle dinero, eso es algo muy distinto. Es tan fácil mimarlos. Jeus se fue. Mira a la gente, la mira a los ojos y en el alma, pero no reaccionan. ¿Seguro que no pueden darle ni un centavito? ¿No hay nada que ganar aquí, pues? Tampoco donde Theet Egging puede invertir su energía trabajando.

—Aquí tienes, mamá.

—Muchas gracias, Jeus.

—No hay de qué, mamá.

—Lo sé, Jeus.

—Lo hago con demasiado gusto por ti, mamá.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, Jeus.

‘Entonces está bien’, piensa, ‘pero esta es una deuda de un centavo’. Lo apuntará. Mamá va a figurar en su lista de deudores. Esta es una deuda justa. Bernard le diría: qué vil eres para lisonjear, pero Bernard puede contarle lo que quiera. Y qué bien, puede dedicarle todo su tiempo a este trabajo. Bernard solo puede trabajar después de la escuela, porque tampoco él deja de pensar en cómo hacerse con dinero. También para él va a llegar la feria. Es un día bonito. Por la Grintweg llega gente rica de Montferland para mirar cómo son las cosas aquí. Esa gente da unos hermosos paseos aquí, entra a la Plantación y no sabe qué hacer con su dinero. ¡Hurra..., Fanny, llegué!

—Caray, qué cosas, Fanny, pero qué tontos somos. Por todos los cielos, ¡el montón de dinero que ganaremos hoy! Y ahora, por favor, préstame mucha atención, Fanny. Me tienes que ayudar. Cuando mire a la gente a los ojos, tú también tienes que estar pendiente de ella. Vamos, Fanny, ya te lo enseñaré. Dicen que papá tiene fuego en los ojos, pero nosotros también podemos hacerlo. La gente le tiene miedo a papá, Fanny, pero nosotros no tenemos que infundirle miedo, nada de eso, lo haremos de otra manera muy distinta.

Ahora mira a Fanny a los ojos. Desciende en su vida, aguda y conscientemente.

—¿Me sentiste, Fanny? Eso entra bien, ¿no? No puedes con estos ojitos míos. Pero lo puedo entender. Y ahora, supongo que ya lo sabes, miraremos a la gente a los ojos. Y es de esa gente rica, Fanny, vive en Montferland y en un rato bajarán la Grintweg a montones. Te prometo, Fanny, que cuando la tía Trui nos vuelva a dar salchicha, no voy a querer nada para mí mismo. Y cuando esté la feria, te dejo que te sientes conmigo en el carrusel. ¿Estás contento, Fanny?

Fanny ladra, entiende a su amo. Pero Jeus siente que ya ha perdido en el

juego un montón de dinero. Habría podido empezar ayer y la semana pasada, pero hoy recuperarán ese retraso. Ahora se han echado frente a la casa, justo en medio de la puerta de Crisje, y esperan. Allí vienen acercándose dos damas. Y las mirará directamente a los ojos, y luego preguntarán algo. Ya están aquí. Perfora los ojos de las damas; cuando estén cerca de él, se detendrán.

—Allí están, Fanny, ahora míralas.

Ve que las damas traen unos bastones delgados. Aquí, las mujeres no tienen bastoncitos. Eso no le va a mamá. Mamá siempre lleva zuecos. Pero allí vienen. Aquí se detendrán, justo frente a sus narices. Y ya está.

—Hola, chiquillo.

—Hola, señora.

—Vaya, ¿estás jugando bien a gusto? ¿Cómo te llamas?

—Jeus, señora.

—Jeus, es un nombre bonito.

—Sí, señora.

—¿Y cómo se llama tu perrito?

—Fanny, señora.

—Otro nombre bonito.

—Sí, señora.

—Qué muchachito tan educado es este, Mary, vaya diferencia con los niños en la ciudad (—dice).

Y luego le dice a Jeus:

—¿Dónde vives, Jeus?

—Aquí, señora, estoy justo frente a nuestra propia casa.

¿Todavía no nos da nada?

—¿Te gustaría comerte una golosina?

—Pues claro, señora.

A la señora le da risa. Jeus no entiende por qué, pero mientras le dé dinero, por él puede reírse todo lo que quiera. Claro, señora, estoy aquí con Fanny para recibir un poco de dinero, ¿todavía no nos da nada? Extiende la mano, cinco centavos caen rodando entre sus dedos, pero al mismo tiempo está Crisje delante de él.

—¿Está Jeus pidiendo dinero, señora? Porque para eso no tiene permiso.

—No, señora, no está pidiendo, pero sí lo dejará comer una golosina, ¿verdad?

—Claro, señora, pero no queremos que mendiguen.

—Lo entiendo, señora.

—Sí, porque no somos vagabundos.

Crisje toma su dinero, puede quedarse con un centavo, pero ay de él si lo vuelve a intentar. Entonces se lo dirá a papá y se va a arrepentir. Piensa, ‘tenemos que hacerlo de otro modo, Fanny’. Mañana nos echamos allí, delante

de la cerca de la tía Trui, y allí mamá no podrá vernos, toma. Pero ¡esto es! Mirar a la gente y obligarla a que te den unos centavos. Hay un centavo en la caja fuerte, hace un rato no tenían nada; va por buen camino. Alrededor de las tres está en posición. Allí vienen acercándose un hombre y una mujer. No puede alcanzar al hombre, pero esa mujer es sensible. Anoche vio cómo puedes alcanzar a las personas incluso mejor.

No estén allí charlado tanto tiempo, vengan con nosotros, los necesitamos.

La mujer no consigue soltarse de él, en el fondo, el señor está solo de apéndice, ese hombre es como un avaro por dentro. No le interesan los niños, solo piensa en sí mismo. Allí vamos. Y vuelve a oír:

—Hola, chiquillo.

—Hola, señora.

—¿Cómo te llamas?

—Jeus, señora. Y este es Fanny.

—Qué bonitos ojos tienes, Jeus.

—Sí, señora, clavados a los de mi padre, señora.

—Vaya, ¿es cierto? ¿Tu padre también tiene los ojos así de bonitos?

—Sí, señora, la gente los teme.

—No me digas.

—Sí, señora.

—Qué chiquillo tan divertido este, marido. Y qué educado. Eso se ve poco.

—¿Está tu madre en casa, muchachito?

—Sí, señora.

—¿Te gustaría que te diera algo?

—Por favor, señora, me encantaría.

La señora abre su bolso y le pone diez centavos en la mano, pero de pronto tiene a su Largo frente a sus narices, que dice:

—Jeus, ¿qué estás haciendo? Eso es mendigar.

Jeus mira al espacio, le tira a la señora sus diez centavos a los pies y sale corriendo.

—¿Comprendes tú esto, marido? Esto no me volverá a pasar nunca. Siempre seguirán siendo granjeros. Es incomprensible. Qué raro, marido. ¿Viste qué actitud tan rara la de ese niño? Es una ofensa.

Jeus ya no está. Está con Fanny al fondo del jardín y no para de maldecir la vida. No sabe qué pensar de esto, pero el “Largo” tuvo algo que ver. Cuando miras a la gente a los ojos, ¿estás mendigando? Pero ahora vuelve a ver a su Largo, y entonces oye:

—Es mendigar, Jeus. Y no quiero que te insulten llamándote mendigo. ¿Me puedes entender?

—Sí, claro, tienes razón. Si no, me mandarán al sótano. Tendré cuidado.

—Quisiera, Jeus, que no mendigaras ni por todo el dinero de este mundo.

—Lo entiendo, ya te lo dije.

El Largo ha vuelto a desaparecer. Jeus anda merodeando por aquí y por allá, ya no se atreve a pensar en dinero. La vida apesta, la vida es pura desgracia, a uno no se le concede nada. Y allí ya vienen llegando los primeros carros. Y Jeus detrás de ellos. Se le hace la boca agua, esta va a ser una feria de poca monta. Los días que están por llegar ahora serán una auténtica fiesta, quiere ver todo de ella. Pero no obtiene dinero. Ahora Anneke puede festejar la feria, él no tiene nada. Van pasando los días. Llega el domingo, y a las once abrirán las carpas. Después de la misa solemne, recibirán su dinero de Crisje.

—¿Johan? Toma, por hoy te doy diez centavos. Bernard, siete centavos. Jeus, cinco centavos. Y ahora, fuera de aquí.

Ahora viene la diversión.

—Ven, Fanny, pero tenemos que cuidar nuestro dinero, lo entiendes, ¿no?

Primero a explorar un poco. Está mirando frente al carrusel, primero quiere saber cómo funciona todo eso. Son unos caballos hermosos; comparados con estos, los de Hosman son solo unos jamelgos. Pero mira esos ángeles y esos paisajes en el carrusel. Y todo aquello que brilla. No se harta. A Fanny ya lo arrollan, Jeus ya ha perdido al animal. Es una pena, pero entonces tendrá que tener cuidado. Reviente de la tensión. Aun así quiere esperar otro poco, si no se le acabará el dinero de golpe y se pasará el resto del día como un tonto, solo mirando. Pero trae cinco centavos en el bolsillo, y eso no es cualquier cosa. De repente la banda lo tiene agarrado, un hombre lo sienta a la fuerza en su caballo blanco, un animal de esos hermosos, y ahora helo allí sentado. ¿No me ves? ¿Dónde están Bernard y Johan? Mira por encima de la gente, hay una multitud aquí, y esta ve ahora que él está en un caballo. Ahora suena la campana, ya está volando. Dios mío, Crisje, ay Largo, ¿no están aquí? José, ¿no ves lo que va a vivir? No cabe en sí. Pero por él, su Largo y José pueden decir misa. Estos momentos son para él mismo. No recibirán nada de este goce. Las cosas van bien, ya ha perdido un centavo, pero eso no dice nada: va volando por encima de los campos; las zanjas y los hoyos no tienen importancia. Ahora va cruzando la llanura, directo hacia Montferland y luego, volando como el viento, de regreso. Y tiene que frenar el caballo, y sí, bien que se detienen. ¿Ahora qué? ¿Tengo que bajarme de mi caballo? Nos acabamos de conocer. Déjenme pensar un momento. Pero bien que no recibirán su caballo blanco, toma otro paseo así, aunque ahora sale volando hacia otro lado, ¿por qué no atravesar la Plantación ahora? Qué pena que no lo vea mamá, qué pena que no estén Anneke y los demás, montar así es para volverse loco. Y allí va de nuevo. Por cierto, nadie va tan rápido. Los que van allí a su lado no tienen nada que decir. Está aquí solo, el espacio le pertenece. ¡Jeus el de madre Crisje está disfrutando! Y otra vez tiene que volver, ya va frenando y

su caballo obedece. Esos caballos de Hosman no son más que unos viejos atontados. ¿Ahora qué? Otra vuelta, pero santo cielo, entonces por poco se queda sin un centavo. De todos modos sigue. Esta vuelta también toca a su fin y entonces de repente siente que lo han puesto en la calle. Maldita sea, montón de malvados, le han sableado tres centavos. Que se vayan al diablo. Mira cómo se ríen esos pobres diablos. Son mala gente. ¿Fanny? Fanny ya no está. Y de él no queda mucho más, ha perdido casi todo su dinero y el día y la larga fiesta ni siquiera han empezado aún. Esto clama a los cielos. Es pobreza, ¿por qué se dejó engañar jugando a las canicas? ¿Le tomó el pelo Mathie? Theet no fue, él también perdió sus canicas. Reventar, eso es lo que pueden hacer, estas ferias son una porquería, solo hay que mirar a esos tipos y chicas locos. ¿Qué hacen esos larguiruchos en un carrusel? Un carrusel es para niños y no para gandules grandes. Le importa un bledo, se larga, pero aun así se le antoja alguna rica golosina. La vida está podrida, pura desgracia es la vida, la vida no vale nada. Y para colmo está allí ese maldito columpio. Es una gloria columpiarse, pero es otra cosa más que es para los chicos grandes. Allí está el martillo de fuerza. Hay que ver esos chicos locos. ¿Dónde está Bernard y dónde está Johan? No ve a nadie. Poco a poco se va haciendo hora de ir a comer. Crisje dijo: alrededor de la una tienen (tenéis) que estar en casa. Con cuidado sube hacia la Grintweg, oye hasta aquí los chillidos de allí lejos, las campanas le resuenan en los oídos, pero esas también que revienten... que les den los “drudels”. Ojalá ahora estuvieran aquí Gerrit Noesthede y Jan Maandag. Pero a esos hombres, cuando te hacen falta no se les ve. Allí está Bernard.

—¿Todavía te queda algo, Bernard?

—Sí, claro, el día todavía es joven. Aún me quedan cinco centavos.

—Yo ya no tengo nada, Bernard, pero ¡cómo me diverte!

Bernard le ve por la jeta que por dentro está llorando, pues entonces que aprenda a no gastar todo a la vez. ¿Johan? A Johan todavía le queda todo. Ves, ¡ya se lo imaginaba!

—¿No quieres comprarme una canica, Johan?

—¿Canicas? Pero quién quiere tener canicas en la feria.

—Entonces vete a la mierda, Johan.

—¿Ya no tienes nada tuyo?

Hoy la comida no le gusta, aunque Crisje haya hecho un rico y grasoso caldo de gallina. A todos les encanta, pero hoy nada le sabe. Un poco después, Bernard y Johan han vuelto a esfumarse. Él no, para él ya no tiene ninguna gracia. Crisje ya no le da un centavo más. Mañana será otro día. ¿Ahora qué? Allí está, se queda remoloneando en el resquicio de la puerta, y ya no sabe qué hacer. Pero todavía está la tía Trui. Ahora tiene que intentarlo todo, la mirará hasta que le salte el corazón de entre las costillas. Crisje ya lo ha visto.

—Qué cara tan larga, ¡y eso en el día de feria! (—dice.)

Siente que es la señal, que es el momento de hacer que se disuelva para él mismo y para Crisje la deuda. Pero entonces oye:

—¿Qué quieres decir? ¿Estoy endeudada contigo?

—Pero ¿es que no fue una deuda justa entonces, mamá?

Santo cielo, ahora sí que Crisje ríe de buena gana. Pero qué bribón tan calculador. Jeus todavía oye:

—Mejor ten cuidado o se lo digo a tu padre. Ojito con él. Él no quiere saber nada de eso de fiar las cosas.

Mejor se larga, y rápido, pero siente que le salieron mal los cálculos. Pues entonces un momento donde la tía Trui.

—¿No tienes que ir a la feria, Jeus?

—Ya fui, tía Trui.

—Las cosas que se pueden hacer allí, ¿verdad?

—Sí, tía Trui.

—Entonces no tienes que ir otra vez, Jeus?

—Me quedé sin dinero, tía Trui, ya no tengo nada.

Pensarías que así las cosas quedan más que claras, pero la tía Trui es sorda e insensible, no le entiende. Y él, qué tonto será, todavía dice:

—Ahora se están emborrachando con mi dinero, tía Trui.

Ya salió, pero le dan ganas de darse de golpes en la cabeza, ahora él mismo se lo está echando a perder por completo. Y ya estamos:

—Es cierto, Jeus. Solo lo usan para emborracharse.

¡Maldita sea! ‘Con esa vieja’, piensa, ‘no se puede hablar nunca decentemente’. Claro, ni un centavo. Que se pudra. Y ¿qué será lo que quiere Bernard? Bernard dijo, ya se las verá conmigo. Pero ¿qué quiere hacerle a la tía Trui, pues? Nada. Lo dice él mismo, ¿qué tiene que hacer? Entonces no queda más que volver adonde Crisje.

—¿No tienes nada que pueda hacer por ti, mamá?

—Sí, puedes traerme una cubeta de agua.

—Claro, mamá.

—Pero más vale que lo sepas: hoy ya no te doy ni un centavo más.

Va a buscar una cubeta (un cubo) de agua y deja más en el camino que lo que lleva a casa, la vida es vil, es calculadora, no es vida, ojalá pudiera venderse a sí mismo. Ojalá estuviera Chang aquí. Podría llevárselo por diez centavos. No, eso es demasiado poco, cuarenta centavos. Pero Chang está en Italia. Y él se asfixia por dentro. Claro que Crisje siente lo que vive, lo que hay debajo de ese pequeño corazón, pero no puede darle más, lo que le sobra son las preocupaciones, y mañana y pasado todavía habrá feria. Se acuesta en la banquita delante de la casa, debajo del saúco. Así, boca arriba, puede mirar el cielo bien a gusto, pero tampoco le atrae ahora. Jeus no sabe que ahora va

a ocurrir un imponente milagro. Está mirando, está mirando directamente en el cielo, vive ese azul asombroso, también esas nubes, y piensa, 'jugar allí no es nada, hoy los centavos lo son todo'. Pero ¿qué es eso? Ve que del cielo cae un cordón blanco plateado que se fija en su cabeza. Ahora ya está dentro, en medio de su cabeza. Y entonces ve que el cordón sale del pequeño jardín, hacia la Grintweg. Y él detrás. Ahora va recorriendo la Zwartekolkseweg, atravesando los bosques, con dirección a la Hunzeleberg. Él corre detrás del cordón y este, que cayó de un cielo, le va indicando el camino. Pero ¿a dónde lo lleva? Cerca de la Hunzeleberg, el cordón dobla a la izquierda. Dios mío, santo cielo, cómo es posible, allí hay dinero en el bosque, así, sin más. Lo cuenta, ahora entiende de todo. Son catorce florines y dieciséis centavos. Quiere recoger el dinero, pero sus rápidas manos lo atraviesan. Claro, es cierto, para esto le hace falta su cuerpo, que está durmiendo allá, en el jardincito. Y entonces podrá recoger el dinero. Jeus va de regreso, llega como en un fognazo, se mete en su organismo, y ahora de vuelta a la Hunzeleberg. Pero ahora no se puede tan rápido. Ahora no puede volar, el cuerpo tiene que correr, y rápidamente además, solo imagínate que llegue alguien más y encuentre el dinero. Corre a más no poder, corriendo está a hora y media. Sudando y jadeando llega al lugar y sí, el dinero todavía está allí. Ahora que lo recoge, aparece el Largo. Mira al Largo a los ojos y oye:

—Es dinero, Jeus.

—Sí, claro, ¿pensaste en mí?

—Claro, Jeus. ¿Pensabas que te dejaría a tu suerte?

—¡Maldición, eso sí que es amistad! Tengo que reconocerlo.

—Ahora quiero que me escuches bien, Jeus. Son catorce florines y dieciséis centavos, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Ahora te puedes quedar para ti mismo veinticinco centavos para la feria. Y otros veinticinco para comprarle un pan dulce a mamá. Ya sabes, uno de esos con ese rico azúcar encima. Y el resto se lo tienes que dar a tu madre.

—Te lo agradezco mucho, Dios mío, cuánto te lo agradezco. Y tampoco se me olvidará nunca. ¿Sabías que había dinero aquí?

—Claro, Jeus, de lo contrario no habría podido ayudarte, ¿no?

—Pero ¿cómo lo sabías entonces? ¿Es porque siempre estás en el bosque?

—Claro.

—Y entonces ¿te sabes el camino aquí?

—Sí, eso también. Ahora guárdate el dinero en el bolsillo, todas las monedas de diez y de veinticinco centavos, los florines y las monedas de dos florines y medio.

Jeus tiene agarrado el dinero. Reflexiona, y entonces todavía pregunta:

—¿Puedo quedarme unos centavos más de esos dieciséis?

Mira al Largo a los ojos y ya siente: está bien.

—Sí, pero no todo ese cambio, Jeus. Digamos: siete centavos, y ahora ya puedes disfrutar de la feria, ¿no?

—Estoy que hasta podría reventar de felicidad, más vale que lo creas.

—Y lo creo, Jeus. Y ahora ve adonde tu madre.

—Sí, ya voy.

El dinero suena en su bolsillo, va donde Crisje saltando y dando brincos. Casi se muere de felicidad. Y entonces está frente a mamá y dice:

—Madre, mamá, encontré dinero.

—¿Que qué?

—Que encontré dinero, mamá.

—¿Y dónde?

—En el bosque, mamá.

—¿Encontraste dinero en el bosque? Pensé que estabas allí dormido.

—Sí, pero luego me fui corriendo, mamá.

Crisje no lo entiende. Claro que otra vez es algo especial. ¿No será que lo robó aquí o allá? No, Jeus no roba. Pero extraño sí que es. Ese dinero tiene que ir adonde Bolder, el guarda rural. Claro que ese dinero se le perdió a gente pobre. Claro, adonde Bolder. Crisje no quiere dinero encontrado. Pero es extraño. Pero ¿qué es lo que hace un chico en el bosque? De verdad pensaba que estaba allí durmiendo. Y ahora esto. Crisje le da otros tres centavos. A él ya no puede pasarle nada, y se calla muy bien que dentro de un rato le dará un rico pan a mamá, pero tampoco siente que así pone las cosas patas arriba. No piensa en eso y ha desaparecido de la vista de ella. Ahora a tener cuidado con Bernard, pues ese obviamente querrá saber cómo se hizo con ese dinero. Jeus va pateándose la feria con Fanny. Primero le da a Fanny su bien merecida salchicha, pero no se lo cuenta al perro, solo imagina que se va del morro y eso no debe ser. Ahora a ver. Un arenque en escabeche de esos sabe rico. No, primero un rico pedazo de ese turrón. Hace mucho desde la última vez que probó turrón. Eso está muy rico, y ahora a seguir revoloteando. Otra vez está frente al carrusel. Ahora está en una gloriosa lancha con Fanny, remar no cuesta esfuerzo alguno. Se dejan arrastrar tres veces seguidas por la acequia, que se convierte en un lago imponentemente grande, y eso da cosquillas por dentro. Después le compra un grasoso arenque ahumado a Fanny, y para él mismo una deliciosa anguila, la grasa le chorrea del hocico mientras está pendiente de si no ve allí a Bernard. No, no está, y ahora a seguir.

¿Qué te parecería, Fanny, un pedazo de ese tieso pan dulce con especias? Fanny se lo come con ganas, no le parece nada del otro mundo, hay muchas otras cosas. Le faltaba un pedazo de turrón en un palito, ahora lo está chupeteando y mira el tumulto de la feria con otros ojos. La vida vuelve a estar llena de milagros, la vida es imponente, y qué feliz es la gente, a fin de cuen-

tas. También él y Fanny son felices y hoy podría darle las gracias a Nuestro Señor hasta mil veces. Ahora llegó el gran momento de comprarle uno de esos panes dulces a mamá.

—Sí, envuélvame, por favor.

Y ahora a buscar a mamá. La cara que pondrá, Fanny. No siente que esto le va a complicar la vida. Pero es precisamente lo que quiere el Largo, complicarle la vida, tiene que hundirse hasta el cuello. Entran volando a casa. También están Gerrit Noesthede y papá. Colmado de felicidad pone el pan dulce en la mesa y dice:

—Toma, mamá, es para ti.

Y en ese mismo instante se arma la de Dios. Crisje casi se cae redonda de asombro.

—¿Un pan dulce para mí, dices? ¿De dónde sacas ese dinero? ¿Te quedaste con parte de ese dinero, Jeus?

El Largo y Gerrit miran y lo entienden. Crisje gime:

—Esto es grave, Jeus. Es peor que el panadizo. Dios mío, qué grave es. Nunca imaginé que hicieras algo así. Me la pegaste. ¿Cierto o no?

Saben lo que fue para Crisje tener panadizo, pero esto es peor. Es mucho peor y no le cabe en la cabeza.

—Podía quedarme con una moneda de veinticinco centavos, mamá, y con ella tenía que comprarte un pan dulce.

—¿Quién te dijo que compraras el pan dulce? —pregunta el Largo severamente. Ahora puede contarle al Largo quién es su “Largo”, pero papá no entiende nada de eso. Es para volverse loco. Está metido hasta el cuello, su Largo lo metió en un montón de problemas. Es una pena, es horrendo. Jeus no ve que su Largo está allí, siguiendo este milagroso acontecimiento, y que precisamente quiere saber cómo reaccionarán ante todo esto su tocayo, y Gerritje Noesthede con él. El Largo sabía que Crisje llevaría el dinero adonde Bolder, la conoce. Pero ¿ahora qué? A ver si esto no se convierte en un drama. El Largo le pregunta:

—Por qué no me cuentas de dónde sacaste ese dinero.

—Estaba dormido, papá, delante de la casa.

—¿Es cierto, Cris?

—Sí, Hendrik, se había quedado dormido.

—¿Y luego qué?

—Luego vi... Vi, papá, que un largo cordón se cayó del cielo y me fui tras él, y esa cosa se metió al bosque, papá.

—¿Y luego encontraste ese dinero?

—Sí, papá.

—¿Estás seguro de que no lo robaste aquí ni en ninguna otra parte?

—Claro que no, papá, ¿me crees capaz de robar, papá?

El Largo siente que este va a ser un problema complicado.

—Gerrit, tomo prestada tu bicicleta un momento, no tardo. ¿Recuerdas el lugar donde estaba el dinero?

—Sí, papá, muy cerca de la Hunzeleberg.

—¿Cómo dices?

—Lo encontré cerca de la Hunzeleberg, papá.

—Pero hasta allá es por lo menos hora y media a pie.

—Sí, papá, pero allí estaba.

Jeus va sentado delante del Largo en la bici, y ahora tiene que decirle a su padre a dónde tienen que ir.

—A la izquierda, papá(—dice).

Durante un tiempo a la izquierda, y ahora:

—A la derecha, papá, y ahora hacia la Hunzeleberg (—indica).

Un poco después:

—A la derecha, papá, todo este sendero, y luego otra vez a la izquierda, y entonces tenemos que rodear un momento ese bosque y entonces ya habremos llegado.

El Largo no lo sabe, no puede pensar, solo puede seguir a Jeus, porque esto es un milagro. Qué pena que Crisje haya entregado ese dinero a Bolder, por fin él y Crisje habrían podido disfrutar un montón en la feria, pero ya conoce a su mujer. Ya no tiene remedio. Y ahora casi llegan al lugar donde estaba el dinero. Sí, el Largo ve que allí hubo florines y monedas de dos florines y medio. De verdad, es para morirse del susto. ¿Y sin embargo? En efecto, Jeus encontró dinero en el bosque. Ya no es necesario que le pregunte por ese cordón, el Largo de todos modos no entiende nada de eso, y así tampoco tiene que seguir pensando en estas cosas.

—Es raro, Cris, pero lo encontró en el bosque.

Ahora a cavilar. Tarda un poco. Gerrit ya sabe otra cosa. Crisje oye:

—Si pongo a trabajar mi cerebro, Cris, entonces parece que hoy comemos nada menos que pan angelical, porque con eso tiene que ver, ¿no es así?

¿Cierto o no, Hendrik? Y no te toca a diario pan angelical. Vamos, Hendrik, hay que brindar por eso, corre, ve por un poco de aguardiente.

El Largo ya se fue. Gerrit y el Largo trastocan sus pensamientos con un aguardiente. Crisje vive el milagro para sí misma. Pero esa pobre gente tiene que recuperar su dinero. Al Largo y a Gerrit les parece divertido. Este día es especial en sus vidas, y eso durante la feria. ¿Por qué no armar entonces otra feria? No queda ni una pizca del milagro. Y Jeus piensa, 'Allá tú, yo voy a disfrutar de la feria'. Desborda de felicidad, Gerrit también le regala diez centavos. Ahora que le cuenten lo que quieran. Pero hay algo. Crisje dice:

—¿No te quedaste con nada para ti mismo, Jeus?

—No, mamá.

Mira a Crisje directo a la cara. Crisje se la devuelve. Ya se cuidará de hacerle sentir ahora a mamá que trae dinero en el bolsillo, no se enterará de eso. Pero luego todavía llega:

—Sí, porque lo entiendes, ¿verdad, Jeus?, si es así, eso es robar de todos modos.

—¿Qué dices, mamá?

—¿De veras no lo entiendes, Jeus? Eso es robar, ¿no lo ves?

—Sí, mamá, ya te entiendo.

Largarse, y rápido. Pero raro es. ¿Entonces sí que es un ladrón? En la feria se le olvidan todos esos pensamientos pesados. Se lo pasa de lujo con otro chico en un columpio de aire de esos. Cuando se va haciendo de noche tiene que ir a casa, pero todavía tiene dinero de sobra para mañana y pasado. En la cama empotrada se pone a pensar. Crisje lo tapa. Lo besa. Ahora pregunta:

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, ¿qué pasa?

—¿Los ángeles pueden robar?

—Claro que no, Jeus, son sagrados. No roban nunca.

—Oh, entonces ya sé, mamá.

—¿Qué sabes?

—Nada, mamá.

Sí, Crisje, si supieras. ¡Ya lo tiene! Lo que le regalaron vino directamente desde el cielo. Y ahora pueden tacharlo de ladrón, pero entonces su ángel también roba y tú misma dices: los ángeles son sagrados, los ángeles no roban. ¿Qué feria es esta? Santo cielo, Crisje, llegará el día en que todo el mundo lo sepa, y de eso nos encargaremos. Crisje todavía le dice algo, pero entonces se le van cerrando los ojos:

—Estoy orgullosa de ti, espero que lo sepas... —Y entonces ve que su Jeus ya está en los brazos de Morfeo, está bien dormido. Pero Nuestro Señor le dio un milagro de niño.

Sin embargo, sí que lo han metido en un buen lío, es lo primero que piensa al despertar por la mañana. Pero tiene dinero contante y sonante. A fin de cuentas lleva la ganancia en su propio bolsillo. Y esta noche irá al cinematógrafo. Allí hay una presentación de una hora que vale quince centavos, teatro o algo por el estilo, también se lo puede permitir sin problema. Allí hay una gran máquina de vapor echando humo, y lo quiere saber todo de ella. Ahora tiene que inventarse un pretexto, porque se hará tarde. ¿Abrirá esta tarde esa cosa? A ver primero. Sí, de verdad, él irá al cinematógrafo. Reventado por dentro, bizco de tantos destellos, pero rebosante de felicidad porque nadie lo vio se mete en la cama empotrada y sueña, va volando al espacio, recorre por lo menos veinte veces el mismo camino de vuelta al dinero y habla con su Largo durante horas.

—Nunca me dejarás a mi suerte, ¿verdad?

—Claro que no, Jeus.

—Tú también puedes contar conmigo.

—Lo sé, Jeus.

—Y no soy un ladrón, ¿verdad?

—No, claro que no, entonces yo también lo sería.

—Que sigan diciéndome lo que quieran.

¡Los ángeles no roban! Pero según el Largo, el imponente suceso queda enterrado. ¿Acaso nunca te da la sensación, Largo, de que a Jeus se le dan a vivir fenómenos sobrenaturales? Lo dices, pero no te cala. Aun así esto debería haber cambiado todo este mundo, pero este gran mundo piensa y hace igual que tú, Largo. Pero los “drudels” con Nuestro Señor. De cualquier manera, bien que el Largo de Nuestro Señor te ha amarrado al milagro. Hasta fuiste a buscarlo en la bicicleta, eso es lo que pasó. Y algún día, Largo, eso será la prueba para esta humanidad. Ahora piensa un momento en los hechos, Largo. Jeus está allí boca arriba, mirando el cielo. Desde el cielo baja una cuerquita y esta cosa tonta puede pensar y sabe exactamente dónde está el dinero, muy dentro del bosque y lejos de casa. ¿No te dice nada, Largo? ¿No es para reflexionar sobre esto día y noche? ¿No te gustaría contárselo a todo el mundo? ¿Y crees, Largo, que la gente no querría saberlo? Claro, habrá muchos que rían como lo haces tú, pero también habrá quienes piensen: ¡es un milagro! ¿Y pensabas, Largo, que cosas semejantes ocurren sin que tengan sentido? Tú y Crisje lo saben, y es suficiente. Tampoco Gerrit Noesthede lo olvidará jamás, pero lo que les importa a Nuestro Señor y “SU” Largo: puedes olvidarlo ahora, Largo, pero ten por seguro que algún día lo sabrá toda la humanidad y entonces ¡miles de personas serán conscientes de que no hay ninguna Parca!

Pero ¿qué piensas de un Largo así? Hay que ver cómo piensa ese hombre. Y ¿qué ojos le habrá puesto en la cara Nuestro Señor? ¿Todo esto no te dice nada? Te dieron unos ojos resplandecientes, pero no miras a través de ellos, ¡estás y sigues estando más ciego que un topo! Crisje lo sabe, para ella es un milagro imponente, y ¡seguirá siéndolo! Más adelante podrás confirmar todo esto por tu vida, Largo. Y eso será a la vez el sello de Nuestro Señor. Nos volveremos a ver y hablar. Pero debes saber que estás ante un mar de felicidad. Puedes agarrarlo sin más, pero no lo ves. ¡Despierta, por fin!

Algún día estarás frente a tu mar vital, Largo. Y espero por ti que habrá entonces un cordón blanco plateado semejante para ti, para llevarte a lo final. Creo que tendrás que navegar tu imponente mar vital con tus propias fuerzas. Entonces tendrás que remar hasta volverte loco. También gritarás hasta reventar, pero entonces no habrá nadie que te muestre un cordoncito de esos, nunca lo buscaste ni lo quisiste. Crisje puede contar con esto, al final

de la vida de ella y a veces también todavía en esta, su vida humana, recibirá muchos cordoncitos que entonces le mostrarán el camino, y que le darán la sabiduría acerca de cómo actuar. Y entonces, ¡tú te quedarás observando impotente! Y contigo el resto de este mundo, los millones de personas que quieren vivir su propia vida a la que tienen derecho, pero también Nuestro Señor aún tiene otra cosa más. Y eso, Largo, solo lo recibes viendo y viviendo esos cordones y tú deberías inclinar la cabeza ante ello. No te preocupes, ríete, eres un buen tipo, pero todavía no entiendes nada de estas imponentes revelaciones, ¡nada de nada!

Tres meses más tarde, Bolder le devolvió el dinero a Crisje. Claro, llegaba gente, había perdido dinero, pero Bolder tampoco era tonto. Mejor se largaban. Ahora Jeus, Miets (Miets no ha nacido todavía para esta fecha, así que probablemente aquí se refiere a Johan), Bernard y Gerrit llevan nuevas camisas domingueras. Si vieras lo radiantes que son. Irradian una verdadera luz celestial. Y Crisje nunca las tiene que lavar, nunca se ensucian. Son de Nuestro Señor. Para el Largo solo existe una cosa: los chicos tienen buenas voces, ¡sin falta los preparará para el escenario! Algo muy distinto es si eso sucederá. En todo caso, ¡el Largo también cuenta! Entonces lucha contra aquel otro “Largo” y contra Nuestro Señor y ya lo sabemos: el Largo perderá.

¿O será que has empezado a tener otros sentimientos, Largo? Lo esperamos por ti. Pero ¡esta feria fue una joya! Incluso los ángeles estaban al lado de Jeus en el “Carrusel”. Hubo verdadera diversión humana en los cielos. Y Nuestro Señor vio que las cosas iban bien. ¡”ÉL” también estaba complacido, Largo!

En tu cabeza hay aguardiente e incluso eso lo puede entender muy bien Nuestro Señor, ahora solo hay que añadir una pizquita de lo otro y ya habremos llegado.

Pero ¡eso es asunto tuyo! ¡Nadie te obliga!

Mamá, necesito crías

Es cierto, la tía Trui es dueña del gallo más bello del vecindario. Es de los que marcan el tono y tiene una voz que incluso al Largo le da celos. Es un tipo fuerte y consciente de su poder, radiante como un rey. Con sus gritos, el gallo de la tía Trui grita más fuerte que todos los demás del vecindario, así de hacha es. Todas las mañanas, la tía Trui escucha su despertador viviente y no hay día en que se equivoque, así de preciso es el animal. Pero esta mañana no oye nada, ¿le pasa algo al gallo? Está escuchando, Gradus también ya está despierto y el gallo no los ha despertado; se quedaron pegados a las sábanas. Cuando Trui llega a la parte de atrás de la casa, ve un drama.

—¡Gradus, ay, Gradus; corre, rápido, ven a ver!

Ahora ambos están mirando al gallo. Ya no le queda una plumita en el cuerpo a su rey; pareciera que lo hubieran rapado. Anoche hubo algún canalla que le robó su túnica real al gallo, y además de esta manera, es para enloquecer de rabia. ¡Una gran vergüenza, eso es lo que es! ¿Es de extrañar que Trui esté furiosa? ¿Que se muerda los labios hasta reventárselos? Esto es grave, esto es horrible. Diabólico. El gallo está allí, malhumorado. Además, está de un humor increíblemente triste. El animal quedó desvestido, se le quebró la buena voz y la figura real fue reducida a la miseria. El gallo la mira de soslayo y no dice nada. Da miedo.

—Lo hizo ese malnacido de Cris, Gradus.

¿Lo oyes, Crisje? Quieren cargarle este muerto a tu Bernard. Así, de pronto le entraron esos pensamientos a Trui, ‘Fue Bernard, él es ese canalla’. El vecindario está patas arriba, en una hora todo el mundo está enterado. Provo-ca unas risas infernales, pero ¿quién lo hizo? Es una canallada, dicen algunos, a otros les parece increíblemente ridículo, pero de cualquier manera algo para estallar de ira. Menos de cuatro minutos después, Trui y Gradus están frente a Crisje.

—¿No sabes nada, Cris? Fue Bernard. ¡Voy a ver a los gendarmes! —grita Trui. ¿Johan no sabe nada? ¿Dónde está Bernard? Tiene que venir. Pero el niño mira a Trui a los ojos y no fue cosa de él, míralo por ti misma, Trui. Si Bernard lo hubiera hecho, supondrías que por lo menos se delataría, ¿cierto o no, Trui? A ver, reconócelo, Gradus. Pero ¿a quién se le ocurre pensar de inmediato en los gendarmes? No, los chicos no saben nada. Crisje le pregunta a Bernard:

—¿De verdad no tienes nada que ver con esto, Bernard?

—¿Cómo crees que podría desplumar al gallo, mamá? Estaba ricamente dormido.

—¿Es cierto, Johan?

—Sí, mamá, no salió de la cama ni un minuto, mamá. Debería haberlo visto, ¿verdad?

Bernard está allí a un lado, mirando, y piensa, 'Le debo algo rico a Johan'. Pero Bernard no tiene nada que ver, Jeus, ¡nada!

—Si me entero, Cris, de que lo hizo Bernard, haré que lo encierren. Y puedes estar segura de que lo haré, ojalá lo comprendas.

—Eso es lógico, Trui. Sin duda que es horrendo. Y claro que es una chiquilada. Algo así no se puede justificar, Trui, claro que no. ¡Una vergüenza, eso es lo que es! No he visto algo así en toda mi vida, Trui, que lo sepas.

Casualmente, Gerrit Noesthede también está allí, necesita que el Largo le dé música. Gerrit mira el gallo y ríe; es una trastada maravillosa.

—Pero mira esto, Gerrit, ¿no es una vergüenza? Era un gallo tan bello. Me dan ganas hasta de llorar.

Gerrit mira bien, el animal tiene un aspecto miserable. Él también tiene algo que decir:

—Tan solo mira, anda con el culo al aire, Trui. Le quitaron su traje dominguero.

Trui salta y riñe a Gerrit:

—¿Además quieres burlarte, Gerrit?

—Ni se me ocurre, Trui, qué cosas, pero ¿no puedo decir nada entonces?

Trui piensa que es un asunto espinoso. Gerrit desaparece.

—¿Hendrik también lo sabe, Cris?

—No, Gerrit, ya se había ido, pero ya se enterará esta noche y entonces se va a armar una gorda.

—¿Por qué, Cris?

—Pues lógico, aunque tampoco lo sé.

—¿Piensas acaso que lo hizo uno de los chicos, Cris?

—No sé, Gerrit. Trui piensa que fue Bernard, pero Johan dijo que ese estuvo dormido toda la noche, no salió de la cama, Gerrit.

—Bueno, entonces ¿de qué te quejas, Cris?

—Pero ¿qué buscará un ratero de esos entonces donde Trui, Gerrit?

—Pues mira, Crisje, hay gente en el mundo a la que le divierte hacer este tipo de cosas. No creo que Bernard lo haya hecho.

Y esa mala jugada se la hacen a Trui cuando está profundamente dormida. Ella está convencida de que fue Bernard. Y Jeus también cree eso. ¿No dijo Bernard que ella ya se la pagaría? Esto es inhumano, es tener agallas, esto es atrevimiento puro y duro. Pero Gerrit Noesthede casi se parte de la risa. Crisje lo ve y le reprocha:

—¿Y para colmo quieres justificar una cochinateda como esta, Gerrit? ¿Te da risa, encima de todo?

—Si me entero de quién lo hizo, Cris, además le regalo un marco —con-
testa Gerrit, sin embargo, con una mirada pícaro.

Allí está Bernard.

—¿Sabes algo de esto, Bernard?

Bernard mira a Gerrit a los ojos y dice:

—No, no tengo nada que ver.

Gerrit intenta:

—Si tú lo hiciste, Bernard, te regalo un marco.

—No tengo nada que ver, Gerrit.

Gerrit no cree a Bernard. Y de todos modos, te preguntas si un niño es capaz de desplumar un gallo así, y vivo además. Hace falta fuerza. ¡Como si un gallo de esos fuera a consentir eso así, sin más! Pero ¿es que Trui no oyó entonces los gritos? Gerrit va otra vez adonde Trui. Dice que no, no oyó nada y eso es lo peor de todo, podrían asesinarte mientras duermes y no oírías ni verías nada. ¿Es Bernard capaz de eso? Pero ¡cómo va a ser posible! Es trabajo de un adulto, Trui. Para esto hace falta fuerza. Te lo demostraré. En la presencia de Gradus y Trui, Gerrit agarra una gallina. El animal chilla como un condenado. Crisje piensa que otra vez están desplumando a algún animal. También Jeus y Johan llegan volando para verlo.

—¿Entonces, Trui? ¿Se las puede arreglar un niño, como Bernard? Ni siquiera puedo cerrarle el pescuezo sin que chillen. Y esto es solo una gallina, Trui, ese gallo tuyo es todo un animal.

Gradus dice:

—No, Trui, Bernard no lo hizo.

Pero Trui se aferra: es Bernard. Bernard es el bandido.

—¿Tú no lo sabes, Jeus? —pregunta Trui.

—No, tía Trui, cómo iba a saberlo.

—¿No te dijo nada Bernard entonces?

—¿Qué tendría Bernard que decirme? Pero vaya cosas las que pasan. De verdad, es una pena, tía Trui, era un gallo tan bello.

Jeus se larga, tiene que hablar con Bernard. Allí está su hermanito.

—¿Te digo algo, Bernard?

—De ti no quiero saber nada.

—Pero yo te digo, ¡qué faena tan peligrosa es esa! Ya verás cómo te dirán algo. ¡Le quitaste todo su pantalón! ¡Maldición, Bernard, pero qué agallas tienes!

—Ya cállate la boca o te la cierro de un bofetón.

—Ni la camisa le dejaste puesta, Bernard —dice Jeus chinchándolo—, pero hasta a mí me da risa. ¿Cómo te las arreglaste? A Gerrit Noesthede no le cabe en la cabeza y el tío Gradus también dijo que tú no podías haberlo hecho, que para eso hace falta la fuerza de un adulto, Bernard.

- Que cierres el pico o te lo cierro de un sopapo; estás avisado.
—¿Entonces no quieres echar un vistazo?
—No, si tengo otras cosas que hacer. Ya casi tengo que ir a la escuela.
—De todos modos no te tengo miedo, Bernard.

A Bernard no le extraña nada que se sospeche de él, pero está tan tranquilo y tan seguro de sí mismo que incluso Jeus empieza a dudar si será cierto que lo hizo él. Cuando Bernard llega de la escuela vuelven a empezar, y Crisje ve que un poco después están peleando y andan a la greña.

—Los dos, conmigo. Mejor hay que llevar estos bártulos un momento adonde Willemse.

Jeus y Bernard salen para llevar harina adonde Willemse. Con ella se hornea un rico pan y eso les gusta a los chicos. De camino, Jeus lo vuelve a agarrar y Bernard se divierte de lo lindo, ¿quién le va a hacer algo? Bernard anda silbando que da gusto y la tía Trui lo tiene completamente indiferente. Entonces llegan a casa de Willemse, el panadero. Jeus ve que están sacando el toro de Willemse, y que también hay una vaca.

- ¿Qué es eso, Bernard?
—Pues lógico, Hans tiene que cubrir la vaca.
—¿Qué es cubrir, Bernard?
—Míralo tú mismo.

Hans el toro tiene que cubrir una vaca, y eso sucede sin más allí, en ese rincón. Adultos y niños lo miran de cerca y es la cosa más normal del mundo. No hay quien diga nada de esto, nadie piensa nada sobre el asunto, pero para los niños es algo fabuloso. Tampoco Jeus sabe dónde mirar primero. ¡Qué cosas! Ya se olvidó del gallo de la tía Trui.

- ¿Qué hace, Bernard?
—No hace más que saltar.
—¿Eso es saltar?

Jeus mira, pero algo ocurre mientras tanto. Ve la vaca por dentro. Ve que allí por dentro está por ocurrir algo milagroso. Dentro de la vaca ve un gran huevo y ese huevo se abre para él. Y ahora que Hans cubre la vaca, Jeus ve que este huevo recoge todo y se vuelve a cerrar. Ve que dentro del huevo ocurre lo siguiente, y lo pone a pensar. El huevo se va expandiendo, crece más y más, ¡ve que se convierte en un ternero! Entre suspiros sigue este imponente proceso dentro de la vaca; no ve nada de lo que hace Hans. Ahora otra cosa le entra a la vaca. Ya está allí el ternero. Cómo es posible. Bernard oye que dice:

—Dios mío, qué hermoso es esto.

‘¡Já!’, piensa Bernard, ‘ahora te tengo. Tiene los mismos malditos pensamientos que yo y todos los otros niños’. Ya reacciona:

—Vaya, ahora sé la clase de cabrón que eres. ¿Te parece bonito lo que hace Hans?

—Eso no, Bernard, sino lo otro, pero de eso tú no entiendes de todos modos —le contesta, y de inmediato huye. Tiene que reflexionar sobre esto. Es un milagro imponente. Vio cómo crecía el ternero dentro de la vaca, y luego nació. ¿Lo vio la gente también? No, pero los adultos saben cómo va a ocurrir, saben todo al respecto, Jeus, aunque nunca se les haya concedido seguirlo por dentro. Quince minutos después, está echado en el bosque con Fanny, para reflexionar sobre lo que vio. Santo cielo, qué milagro es ese. Y ahora tiene que trabajar en eso, tiene que arreglárselas para saber lo que todo eso significa. ¿Bernard también piensa? No, de otra manera, ya lo sabe. Bernard piensa que le parece hermoso el trabajo de Hans, pero no es cierto. ¿Qué hizo ese Hans allí? Jeus está golpeado por dentro. Su cabeza no le da tregua, casi estalla de tanto pensar. Todavía está viendo cómo Hans apretó su gran cabeza contra la vaca, y luego empezó todo. ¿Qué significa todo esto? ¿No es imponente, Crisje? Le va quedando claro que por Hans nació un ternero. Por Hans, la vaca tuvo una cría. Él también quiere tener crías. Se le ha abierto un gran boquete en el alma, Crisje. Ahora tiene que pensar para cerrar este boquete descomunal, y ¿quién le ayudará a hacerlo? Si no lo logra, ya no tendrá sosiego jamás.

Fanny tiene que ayudarlo. Jeus está ante el problema más imponente creado por Nuestro Señor, gracias al que la gente posee tanto poder, aunque no tenga conciencia de ello. Está ante el Universo de Nuestro Señor y quiere vivirlo y cortar el nudo él mismo, pero probablemente mamá también pueda ayudarlo. ¡Siente que en esto reside todo! Y ya siente que ella puede ayudarlo. Y también se cumplirá que va a desentrañar esto, porque su vida está abierta a la vida. Los primeros días se le van en explorar. Crisje ya nota que otra vez le pasa algo. Pero ¿qué será esta vez? No tendrá que esperar mucho la respuesta y entonces empezará a hacerle preguntas. Vuelve a encontrárselo en el gallinero, con la cabeza apoyada en las manos, pensando, no hay nadie que pueda molestarlo. ‘Si esa vida está sentada así’, piensa Crisje, ‘entonces es que está por llegar algo’.

—¿Ahora qué estás haciendo, Jeus? —pregunta con curiosidad.

—Tengo que pensar, mamá.

—Vaya, tienes que pensar.

—Sí, mamá.

—¿En qué estás pensando, Jeus?

—Mamá, necesito crías.

—¿Que necesitas qué?

—Pero ¿es que no lo puedes comprender, mamá?

Crisje ya se asusta. Tiene que pensar un momento sobre eso. ¿En qué estará metido ahora? Un poco después, Jeus oye:

—Ya, vete de aquí, ¡y rápido!

—¿O sea que no puedo mirar las gallinas, mamá?

—Vete al brezal, a jugar.

‘Qué sospechoso’, piensa. Quizá, los conejos podrán contarle algo más, pero también de allí se le echa. Mamá lo está ahuyentando, pero ¿por qué, en realidad? ¿Acaso no puede hacer nada entonces? Pues en ese caso el rumbo es adonde Hosman. Le cae bien a Gerrit, el criado de más edad, y ya lo ayudará. Ahora trae en la cabeza conejos, cerdos, gallinas y las palomas. Y allí entre todos andan las personas, pero todavía las deja en paz otro poco. Tampoco siquiera se ha apercebido de Fanny, pero eso también vendrá luego. Los conejos y las palomas, todos tienen crías. ¿Cómo nacen? ¿Como pasa con Hans y la vaca? Ya lo sabe. Cuando los animales hacen como Hans, habrá crías. Pero todavía no es todo, hay muchas más cosas que debe saber.

—Hola, Gerrit.

—Hola, Jeus. ¿Vienes a verme otra vez? ¿No buscas a Anneke?

—No, ahora no quiero tener nada que ver con Anneke.

—¿O sea, que ya no hay nada entre Anneke y tú, Jeus?

—Eso no, Gerrit, pero no me irás a decir que las mujeres sirven para todo, ¿no, Gerrit?

—Es cierto, Jeus, claro, no es así.

Le cae bien a Gerrit, porque Jeus habla como una persona sensata. Gerrit siente que ese niño llegará lejos en la vida, más lejos que él. Ese niño tiene una buena cabeza. Comparado con él, los niños mayores no son más que mocosos. Jeus tiene que pensar un momento, tomar un poco de impulso, y luego Gerrit oye:

—¿Puedo preguntarte algo, Gerrit?

—Claro, Jeus, ¿qué quieres saber de mí?

—Gerrit, hay vacas en este mundo, ¿sabes?, y hay vacas que tienen algo muy distinto que hacer que llenarse el buche y dar leche.

Gerrit piensa, ‘¿a dónde querrá llegar esta vez?’, pero ya está sintiendo hacia dónde quiere ir.

—Sí, Jeus, ¡son toros!

—Es lo que quería saber, Gerrit. ¿Hosman también tiene toros, Gerrit?

—Sí, pero el nuestro todavía es joven.

—Tiene que trabajar más adelante, ¿verdad, Gerrit?

—¿Trabajar, dices?

Gerrit ya entiende dónde ha estado, y dice:

—¿Estuviste donde Willemse, Jeus?

—Sí, Gerrit, y vi a Hans trabajando.

—Y entonces seguramente no sabías dónde mirar primero, ¿verdad?

—Sí, claro, pero vi algo muy diferente, Gerrit. ¿Hosman también tiene un caballo como Hans?

—¿Qué dices?

—¿Que si Hosman tiene un caballo como Hans, que tiene que trabajar?

Lo que faltaba. De pronto Gerrit ya no tiene tiempo, eso mejor que se lo pregunte a papá.

—Tengo que trabajar, Jeus, y en un momento tengo que ir a la pradera, seguramente lo entenderás.

‘Cuéntaselo a tu abuela’, piensa Jeus, pero dice resignado:

—Entonces creo que ya me voy, Gerrit, yo también puedo usar mi tiempo para otras cosas. —Por lo que Gerrit comprende que este chiquillo absorbe todo, y que luego también lo procesa.

—Ven, Fanny, ya no tenemos nada que buscar aquí, aquí no vamos a sacar nada en limpio, ¿ya te diste cuenta de eso tú también, Fanny? Vamos al jardín. Primero debemos aprender lo que los adultos no quieren contarnos. Simulan no saber nada, pero saben todo.

Ya está, Gerrit, lo sabe. Allí están, cómodamente echados en la parte de atrás del jardín, gloriosamente cerca el uno del otro, y piensan.

—Acércate más a mí, Fanny, así podré pensar todavía mejor.

Tira de Fanny para acercársela. El perro rueda hasta quedar boca arriba y de repente Jeus ve lo que Fanny es en realidad. Es como si cayera una luz desde el cielo.

—Maldita sea, Fanny, eres como Hans, nunca lo supe. ¿No tienes que encargarte entonces de que te vengan al mundo crías? ¿Solo estás en este mundo para ladrar y comer hasta reventar? Pero eres exactamente como yo, lo sabes bien, ¿verdad? Eres como un buchón, Fanny.

No, esa no es una buena comparación, los buchones son muy distintos. Pero, son como Hans y como Fanny. Pues no es tan mala explicación. Los buchones son como el gallo de la tía Trui y como el nuestro.

—Ven, Fanny, tenemos que ir adonde las gallinas.

Fanny va detrás de él, sin ganas, no lo dejan en paz ni un segundo, el amo no se da el tiempo de una pequeña siesta. Hans es más grande que Fanny y que el buchón, ¿y sin embargo...? Pero allí está mamá.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué tienes que saber de mí esta vez?

Piensa un momento, lo dirá lo más claro que pueda:

—Mamá, cuando llegan los niños...

‘Dios de mi vida’, piensa Crisje, ‘¡uy, ya llegó el momento!’. Crisje echa aire por los labios, pero no logra pronunciar una palabra, y ya se fue. ‘Así es siempre’, piensa Jeus. ‘Cuando le preguntas algo a alguien, no tiene tiempo o sale corriendo. Nunca te dan una respuesta decente. Pero todavía está allí Bernard también’.

—Bernard, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, ¿qué quieres saber de mí?

Bernard lo mira; con que no sea acerca del gallo de la tía Trui, con eso no quiere tener nada que ver.

—¿Qué era entonces lo que Hans estaba haciendo allí?

—¿Quieres saberlo?

—Sí, ¿acaso es tan malo eso, Bernard?

—No pensé que querrías tener que ver con esas malditas cosas. Pero ahora lo sé: eres una mosquita muerta. Tienes los mismos malditos pensamientos que yo.

—Entonces por mí, vete al diablo, Bernard.

—Vaya, ¿eso es todo?

Bernard lo comprende, ha desaparecido ese rollo sobre Nuestro Señor. Es hora de que ya se acabe; ahora sabe que Jeus tiene los mismos pensamientos podridos como todos los demás niños, y su mundo también es podrido. A Bernard todavía no se le ha olvidado. Pero Crisje está alterada. ¿Dónde esta mamá? En el jardín. Entonces puede ayudarla allí y así podrán hablar bien a gusto. Una idea bastante buena. A Bernard no se le ha olvidado nada. El Largo le leyó la cartilla. Él mismo miró a Bernard a los ojos y luego le fue a decir a Trui que tenía que dejar sus calumnias sobre él. Un niño no puede desplumar un gallo así. Gradus le dio razón al Largo, pero Trui, cómo es posible, se obstina en que lo hizo Bernard. El Largo se parte de la risa. Habría dado todo para poder saberlo, pero Bernard dice no; no tiembla, no se asusta, de hecho se le hizo un juicio, pero ningún Largo pudo sonarlo y comprobar que él sea el culpable. No se puede mentir de esta manera, y menos al Largo.

—No —dijo Crisje—, Bernard no lo hizo.

Pero entonces ¿quién? ¿Quién sabía tan bien dónde estaba el gallo? ¿Quién conocía el comportamiento del gallo? Nadie en absoluto.

—Pero Bernard sí —dice la tía Trui, para ella que estuvo mirando demasiado su gallo estos últimos días. Pero bueno, Trui, ¿qué quieres? ¡Los gendarmes no vinieron! Crisje no confiaba en Trui ni un pelo, pero no tiene pruebas. Y hace días que Jeus anda ocupado con sus propios problemas. Bernard hace como que nunca ha existido un gallo de la tía Trui, la vida sigue, pero allí está Crisje.

—Mamá, ¿te ayudo en algo?

—Aquí no puedes ayudar en nada.

—Pero puedo ayudarte a arrancar esas cosas de la tierra, ¿no, mamá? Y entonces de una vez podemos charlar un poco (—dice Jeus).

‘Oh, de eso se trata’, piensa Crisje, no logra zafarse de él.

—Mamá.

—¿Qué pasa?

—Quiero saber, mamá, cuando tú te casas con papá, bueno, que si entonces papá es Hans y tú eres la vaca.

—¿Qué quieres saber...?

Jeus, María, José, ¡ayúdenme! Cómo salgo de la vista de este niño. ¿No lo oírás mamá? Entonces más vale volver a preguntar.

—Quiero saber, mamá, si tú como Hans de Willemse... No, eso no iba en serio, mamá. Quiero saber que si Hans de Willemse debe brincar, si entonces tú eres la vaca, mamá. A ti te toca dar leche, ¿verdad, mamá? No, quiero saber si no tienes nada más que hacer que dar leche. Es todo, mamá, no quiero saber más.

‘En qué me metí’, piensa Crisje. Debí haber salido corriendo a la primera. Este, pues, vio algo donde Willemse’. Ahora sabe de qué va el asunto. Ahora Jeus no espera más y ya sigue preguntando:

—¿Lo sabes, mamá? ¿Podría saber eso, mamá?

Crisje piensa durante un instante y luego se escabulle diciendo:

—Eso mejor pregúntaselo a papá, Jeus.

Qué pena, Crisje. Sabes igual de bien que él que es mejor olvidarse de hacer semejantes preguntas a su padre, lo tirará al suelo a golpes. Y su alma no está abierta para su padre. Ahora tú misma lo tiras al suelo a golpes, y así pierdes al niño. ¿Eso quieres, Crisje? Cuántos millones de madres no habrán perdido a sus hijos, solo por no saber cómo tienen que recibirlos cuando llegan estas situaciones. Y sin duda que este niño va más allá, Crisje. Jeus simplemente tiene que saberlo. Es un problema imponente. Y ¿cómo los viviste tú, Crisje? ¿No piensas? ¿Pensabas que esto era lo mejor? ¿Salir corriendo y desatarte de la vida de él? En fin, no puedes saber todo, no puedes abarcar todo, piensas que estos problemas son sagrados, pero para él también lo son. Jeus ya lo está volviendo a sentir y dice entre suspiros:

—Ya lo sé, mamá. Puras habladurías. Ya me ayudaré yo solo.

Sí lo sabes, ¿verdad Crisje? Lo más bonito de toda tu vida es el contacto con tu hijo. Ahora, tú misma lo estás lanzando lejos de tu vida. Este es el momento más bello, Crisje; si te paras a pensar un momento, tendrás que sentir que un niño observa la creación y luego empieza a hacer preguntas acerca de las cosas de Nuestro Señor. ¡Esto es algo de un significado tan grande! Y es que estas pequeñas almas piensan ahora día y noche. Mientras duermen y durante el día, Crisje. Les impide comer, ¡esto tiene prioridad sobre todo lo demás! Y es muy natural. Por esto aprenden a hablar y pensar, por esto te conocen a ti misma y el espacio divino, por esto, Crisje, tienes a tu hijo o lo pierdes. Y no olvides que ahora lo estás deteniendo en su desarrollo. Pero mejor no te preocupes, Crisje: millones de personas en la ciudad recorren el mismo camino, pero es un camino sin salida y por sí solo muy equivocado, ¡ahora estás llevando a Jeus adonde Jan Rap y su camarada! Llegará, claro que sí, porque nosotros nos encargaremos de eso, tiene que llegar, porque para él es algo muy distinto que para miles de otros niños: vive la parte espacial de

todo esto. ¿Qué tendrán que ver con esto María, José o Jesús? ¿Te parece tan inhumano, Crisje?

Crisje todavía le dice:

—Tengo que ocuparme de papá. —Y luego vuelve a estar solo.

Piensa, ‘Donde Hakfoort tenían un verraco y era como Hans, y ese verraco no hacía otra cosa que lo que tuvo que hacer Hans, y es a su vez exactamente lo mismo con el gallo, aunque sea algo diferente’. Pero ahora el verraco está muerto, lo sacrificaron. Es una pena, pero tiene que seguir.

Jeus admira a Bernard, pero ahora este no lo puede ayudar. Esto también es una pena: siente que Bernard sabe todo sobre esto. Johan también, pero este empieza a reír y entonces ya no se le puede preguntar nada, no siente la seriedad de sus problemas. Pero se ha asado el gallo de la tía Trui. Trui lo puso durante un rato encima de la estufa, primero lo hizo sopa y luego tuvieron una comida para chuparse los dedos. ¿Sigue enfadada la tía Trui? Todavía no tienen que acercarse a ella, la rejilla está cerrada a cal y canto. Trui les cerró el paraíso a los chicos de Crisje. Bernard dice:

—Es asunto suyo, de todos modos no tengo nada que buscar allí.

Pero sabe en sus adentros que salió milagrosamente bien librado de esta. Ni papá se percató de nada. ‘Ni siquiera fue tan difícil’, piensa Bernard. Claro, le costó un poco de trabajo cerrarle la garganta al gallo para que no pudiera gritar. Pero ¿acaso pensabas, Trui, que Bernard está loco? Lo mejor de todo es que Trui no encontró ni una sola plumita. Solo se dio cuenta días después. Nadie se había fijado en eso, hasta que Gradus dijo de pronto: “¿Y dónde habrán quedado las plumas, Trui?”. Tienes mucha razón, Gradus. No hay plumas. Entonces, ¿dónde desplumaron el gallo? Trui no es clarividente. Jeus encontró las plumas en la parte de atrás del jardín, y de golpe supo todo. Cuando le dijo a Bernard dónde el gallo había sido desplumado, este le dijo en tono amenazador:

—Que sepas que te desplumo a ti también si dices algo. Pero no tengo nada que ver, ¡nada!

Bernard recuerda bien que es mejor que Jeus no lo tenga bajo la férula, porque entonces ya no tiene vida. ¡Jeus lo sabe y no lo sabe! Bernard no piensa regalarle su secreto; tarde o temprano Jeus le exigirá manzanas y peras, y entonces estará atado a él. Es lo que piensa Bernard del asunto y nadie puede probárselo.

Crisje siente felicidad porque Bernard no lo haya hecho. Para ella es la fechoría más vil que pueda imaginar un niño. Entonces seguramente habrán sido los ladrones, y también Crisje se quita todo el drama de encima. Ahora está ante dramas mucho más grandes, en los que hace falta Hendrik, pero el Largo dice:

—Que Jeus lo averigüe por su cuenta.

Por suerte está en la cama empotrada, ahora ya no puede seguir a sus padres. ¡Te equivocas, Largo! Eso también está mal de nuevo, Hendrik. Ahora eres exactamente como Crisje, sientes temor ante la verdad sagrada. ¿Eso es educar a tu hijo, Largo? ¿Entonces para qué estás allí en realidad? ¿Para qué están los padres en el mundo, Largo? ¿No tienes nada más que hacer que encargarte de poner el pan en la mesa? ¿A eso le llamas allanarle el camino al niño? ¿Tú le pegas? No solo lo haces mil veces peor de lo que ya es, encima arrastras al niño lejos de tu vida. Ahora le estás sacando todo el respeto a golpes. Para Jeus ya no significas nada, ¡nada! Ya no vales un centavo a los ojos del niño, Largo. Pero haz lo tuyo, no te preocupes, él llegará sin duda adonde tiene que llegar. Pero ¿cómo sería si te dabas un agradable paseo con él y entonces le contabas todo acerca de la vida? Lo más sagrado que existe para unos padres, pero de eso ustedes no entienden nada, tampoco Crisje. Para Crisje es su fe inmaculada, no quiere darle todo al niño demasiado pronto, pero tú habrías podido hacerlo, Largo, esta imponente tarea se te puso en los hombros, pero ¡eres un padre de poca monta! ¡Por lo menos a los ojos de Jeus! ¿Lo entiendes, Largo?

—Ven, Fanny, hoy tenemos que trabajar. —Es lo primero que oye Fanny cuando despiertan por la mañana. Lo de pensar ya ha vuelto a empezar. Y papá habría podido aclararle en unas horas el problema de sus pensamientos. Habría sido un paraíso para Jeus, y también para el Largo, pero es más ciego que un topo. Solo piensa en cantar y tocar el violín, en juerga y diversión corriente y moliente, en nada más.

Jeus recoge flores, primero las sacude bien y luego las mete a la tierra. Tiene que tener crías de todo lo que vive. También siguen la lechuga y las habas, todo lo que según Jeus se puede tomar mínimamente en cuenta para dar crías se mete a la tierra y también tendrá que darle esas crías. Los niños no le salen de la cabeza ni un segundo. Ya siente que en la tierra todo lo que vive está para tener hijos. Y es lo más bello que existe. Acarrea baldes de agua, riega todo lo que metió en la tierra y mañana mirará para ver si han nacido crías. Esa agua es la leche; las flores jóvenes tienen que tomarla y entonces crecerán, para más adelante tener hijos a su vez. Así está bien. Es como para quedarse dormido, pero no debe ser, pero tanto pensar es para volverse loco. Pone a parir a las flores: más vale que no piensen que la vida pasa durmiendo o siendo acomodadas en un florero; hay más cosas que hacer, hay otras cosas que vivir, y sería bueno que se acordaran de eso. Y las judías no tienen que hacerse ilusiones para nada; con cinco centavos ya te dan dos kilos de eso. Una paloma joven vale más y pueden estar contentas de que él se preocupe de su vida. Cuando las saca de la tierra un poco después para ver si acaso sí se quedaron dormidas a pesar de todo, y cuando ve que esas malditas flores no tienen ganas de sacar crías, las vuelve a revolver y meter a la tierra. Darán

crías. Hay que ver cómo despotrica, Crisje y Largo. Ahora todo eso pasará inadvertido para sus (vuestrós) padres. Es algo, Crisje, Largo, que de habérselo contado sin más en la mesa, en la noche, incluso lo habrían (habríaís) podido disfrutar por su (vuestra) cuenta; habrían (habríaís) reconsiderado: Dios mío, ese no tiene que ir al escenario, y mucho menos a una fábrica, deberíamos poder mandarlo a una universidad. Pero borrón y cuenta nueva. De todos modos, Jeus no tendrá ese honor, y tú, Largo, tú solo te ríes, tómate tus licores sin preocuparte, de verdad que él ya llegará.

Estos imponentes problemas no pueden ser sacados de su cerebro ni un segundo a fuerza de golpes. Ya no existen los amiguitos. Olvidó a Anneke. Pero no quiere tener nada que ver con esas asquerosas bayas, pinchan y no cuestan nada. En efecto, esos niños tampoco significan nada. Fanny lo ayuda. Fanny levanta un momento la pata y riega la lechuga. Para Jeus, esta es la comprensión y la colaboración de Fanny.

—Qué cosas las tuyas, maldición, Fanny. Usas la razón y haces trabajar la cabeza. Ojalá lo pudiera ver mamá y lo supiera papá, Fanny. Pero diablos, los dos somos como Hans, ¡nosotros somos hombres, Fanny!

Hoy hay buena suerte, las cosas avanzan. Pero tomó semanas. Y aun así, en realidad va solo. Solo hace falta querer pensar. Está construyendo un fundamento sólido. Más adelante, ya no se hundirá en esta tierra. Su fundamento es como una roca. Puede apoyar un mundo en él. Va colocando piedra tras piedra, y reflexiona. Claro, es cierto, ahora mamá da el pecho a Hendrik. También a los cerditos su madre da el pecho, y también los perros, gatos y conejos. Pero con una paloma eso es muy distinto, y con las gallinas también. Ahora sí está avanzando, ¿verdad? Otra piedra de esas para el fundamento. Hans y las gallinas son diferentes, aquí algo no cuadra. Las gallinas ponen huevos. Y de esos huevos salen las crías. Es algo raro. La gallina se sienta encima y se queda allí hasta que salgan las crías. Qué extraño. ¿Por qué tendrá que seguir sentada tanto tiempo una gallina de esas? No es fácil, pero él tiene que seguir. Ni Bernard ni Johan lo apoyan. Si fuera por ellos, podría irse al demonio. Fanny, vamos a seguir echándole todas las ganas, pero no importa.

Va de jaula en jaula. De establo en establo, de espacio en espacio. Durante horas están acostados donde las gallinas. El gallo y Hans juegan un mismo papel, pero aun así el gallo lo hace de manera diferente; ese mal bicho muerde las gallinas. A esas gallinas no les parece bien, pero no tienen nada que objetar. Caray, Fanny, se me ocurrió algo. Un poco después están arriba en la Grintweg. Donde la familia De West tuvieron cachorritos. Allí quiere ir con Fanny.

—Hendrik, ¿nos dejas ver los cachorritos?

—Mejor pregúntale a Alfred, Jeus, tengo que irme.

A Alfred le parece bien.

—Pero ten cuidado con Fanny, Jeus, encárgate de que no se vayan a pelear.

—Fanny no tiene nada que pelear, Alfred. ¿El tuyo es bravo?

—No, mi perro no hace nada, pero cuando tienen crías, ya sabes lo que pasa.

Jeus entra. Todavía no han llegado hasta la puerta cuando ya están mordiendo a Fanny para ahuyentarlo, y entonces él también se tiene que ir. Qué cosas. Un poco después, Fanny está persiguiendo a un gato y ya ha olvidado a su amo y las crías. Entonces mejor a seguir avanzando.

—Qué miedica, ¿no, Fanny? Esa vieja tiene miedo de que queramos robar las crías. Pero se me ocurre otra cosa. Creo que la señora Ruikes tiene gatitos.

Toca la puerta de la señora Ruikes. Ella abre y le pregunta:

—Hola, Jeus, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿No tuvo gatitos Mientje, señora Ruikes?

—Sí, Jeus.

—Entonces ¿podemos mirarlos un momento, señora Ruikes?

—Anda, vamos adentro, Jeus. ¿Tanto te gustan los gatos entonces, Jeus?

—Claro, señora Ruikes, me gustan mucho los animales.

Cuando la mujer ve que agarra con fuerza a Fanny, dice:

—Tranquilo, no te preocupes por Fanny, Jeus, conoce a Mientje desde hace tanto tiempo, ¿verdad, Fanny?

—Tiene mucha razón, señora Ruikes. Pero acaba de andar persiguiendo un gato.

—Puede ser, Jeus, pero es un gato desconocido. Fanny sabe muy bien cuánto aguanta.

—Es cierto, se conocen desde hace tanto tiempo. Y ¿dónde están entonces los gatitos, señora Ruikes?

—Aquí, Jeus, aquí está Mienieke con las crías.

Jeus toma uno de esos tiernos animalitos en las manos, puede tocarlos brevemente uno a uno. Qué cuerpecitos tan lindos los de esos animales. Los cachorritos son lindos y mucho más cariñosos que la gente.

—¿Ya toman leche, señora Ruikes?

—Sí, Jeus, ya pasa el mismo día en que nacen.

—Lo entiendo. ¿Cuánto tienen ya?

—Déjame ver, tienen ahora unos quince días, Jeus.

—Qué tiernos animales son, de verdad. Les da leche Mientje, ¿verdad, señora Ruikes?

—Sí, claro, Jeus, ¿o pensabas que yo les iba a dar el pecho?

Eso sí que le da mucha risa. Pero la señora Ruikes no es ninguna Crisje, también ríe, qué gloriosas preguntas hace ese mocoso. Un niño de esos sirve de todavía más que un tipo grande. Le da galletas a Jeus y no se olvida de Fanny, de verdad está de visita. Pero quiere saber más.

—¿No está el esposo de Mientje, señora Ruikes?

—No, Jeus, mi esposo no está.

—No quiero decir su esposo, señora Ruikes, quiero decir el esposo de Mientje.

—Ah, eso quieres decir, Jeus. No, no está en casa.

Qué chico. Jeus continúa preguntando:

—Entonces ¿dejó a Mientje sola, señora Ruikes?

—Sí, Jeus.

—Pero maldita sea, eso sí que es malo, señora Ruikes. No se puede confiar ni un poco en esos tipos malos, ¿verdad?

—No, Jeus, no se puede confiar en ellos.

—O ¿fue culpa de la propia Mientje, señora Ruikes?

—¿Qué dices, Jeus?

—Dije, señora Ruikes, que si acaso Mientje le leyó la cartilla.

A la señora Ruikes le da risa, no sabe qué decir.

—Creo que sí —contesta.

Jeus ya está preguntando otra vez:

—Pero entonces ¿no mantuvo usted vigilada a Mientje, señora Ruikes?

—¿Quieres que ande día y noche detrás de Mientje, Jeus?

—No, ni se puede, ¿verdad?, esos gatos andan corriendo día y noche. Lo entiendo, señora Ruikes. Pero ¿los hombres, señora Ruikes? Los hombres son raros. Con que tengan para emborracharse.

La mujer de sesenta y cuatro años ríe. Sabe pensar, y piensa que Jeus es un milagro sagrado. Sabe que este niño es una bendición para Crisje. Y no es de extrañar que no quiera cambiarlo ni por mil otros. Jeus vuelve a preguntar:

—¿Todas estas son gatitas, señora Ruikes?

—Solo podremos verlo más adelante, Jeus.

—¿Por qué no se puede ahora, señora Ruikes?

—Hay que esperar para eso, Jeus. En el caso de las palomas tampoco se puede saber de antemano.

—Es cierto.

También la señora Ruikes tiene cosas que hacer. Cuando Jeus está en la calle, sigue sin saber nada. Pues nada, entonces de vuelta al gallinero. El gallo allí es hombre. Y aquellas de allí, esas son sus mujeres. Mira, el gallo tiene que trabajar, eso estuvo esperando tanto tiempo. Aquí hay un montón de mujeres. ¿Por qué un gallo está rodeado de tantas mujeres? Va a buscar a su madre un momento.

—Mamá, ¿por qué un gallo tiene tantas mujeres?

Otra vez, Crisje tiene demasiado trabajo. No se puede hablar con mamá. Y sus flores y plantas no tienen hijos, se murieron. Le da una patada a Fanny, las cosas no están saliendo bien. Jeus todavía no ha llegado. No funciona, ha es-

tado ocupado en esto durante meses, piensa hasta que los sesos echan humo, pero no avanza mucho. De repente, cómo es posible, ya lo tiene. Cómo no pensó en eso antes. Tenía que haberse acordado de Anneke, pero no sabía cómo era ella. Nadan en el Wetering. Y también está allí Betje de “detrás del Kom”. Betje está desnuda y es una niña bella. Betje ni siquiera sabe que es niña ni que hay niños, y aunque lo supiera, Betje nada como un pez y los niños no existen para ella. Pero Jeus mira su pequeño cielo. De pronto lo siente. ¡Hurra, Fanny, ya lo tengo! Sale del agua volando. Mira a Betje y ahora lo sabe. Parece estar loco, pero aun así no se altera: ahora tiene que pensar tranquilamente sobre esto. Betje es mamá. Cuando crezca, Betje será como mamá y entonces los chicos serán los hombres. Él también está en cueros, allí nadan y retozan gloriosamente, pero la imponente historia de Adán y Eva le da vueltas por la cabeza y ha llegado a una conclusión por sí mismo. Sí, Crisje, esta fue la intención de Nuestro Señor. ¡Ahora todavía existe el paraíso! Los adultos lo han mancillado. ¿Lo sigues creyendo, Largo? No, a ti que no te vengan con esas historias. Pero aquí hay niños en el corazón mismo del paraíso, sin darse cuenta. En el fondo, ahora Jeus es como la serpiente, pero se trata de algo muy distinto. Jeus piensa, ‘Y es que si no hubiera papás ni mamás, tampoco habría niños’. Ay, señor párroco, si tienes algo que contarle sobre el paraíso a este, más adelante, habrá golpes.

Largo, tu hijo ha derribado el Paraíso Divino a patadas. Ocurrió por haber pensado. ¿Cuántos millones de personas no le dan vueltas a estos pensamientos? ¿Cuántas personas no creen que Adán y Eva pecaron? Pero ¿qué pasaría con la procreación divina, Largo, si esto fuera y significara pecado? Mejor echa por la borda todas esas tonterías. Más adelante Jeus ya te contará algo distinto. Betje, ¡esta Betje es sagrada! Hay más Betjes en el mundo, pero ¡esta sigue siendo sagrada, Largo! Y Jeus no es pervertido, no es malo, está pensando de manera sagrada. Y ahora ya no te necesita, ¡lo sabe! Se ha convertido en profesor, las clases universitarias pueden empezar, Largo. Y ¿cómo será Jeus más adelante, cuando haya crecido y se ponga a escribir?

Jeus continúa. Ahora ya solo faltan las gallinas y los conejos. Luego las palomas. Y otra vez lo ve Crisje arriba en el ático, y donde las gallinas y los conejos. Ya vio cómo es con los conejos. Y con las palomas también, no hacen otra cosa todo el día. Pero lo que a mamá le ocurre por dentro, una paloma de esas lo incuba y una gallina igual. Y todo eso solo es posible porque debe ocurrir por dentro. Y también con los pavos y los caballos, pero ese es más bien el mundo de Hans. Hay diferentes clases de animales. Una gallina no es como un perro. Fanny es como papá, pero a Fanny le dan miedo las perras, y más le vale: de lo contrario Jeus ya no querría tener nada que ver con Fanny. Pero ahora mirará a Anneke de otra manera. Que no le venga con historias ni mamá. Si no estuviera papá, mamá no tendría hijos. Y papá es papá para eso.

No hay más, él también es hombre y si más adelante se casa, tiene que tener una mujer como mamá. Anneke gruñe, no, ella no le conviene para nada. Betje es cariñosa. Sí, Betje es cariñosa. Betje es muy diferente, aunque viva detrás del Kom. Todo gira en torno de esto, ya nadie tiene que contarle nada al respecto. Sabe más que Bernard. Las madres son como las vacas, solo que las madres son personas y las vacas son animales. Pero tienen un solo trabajo, y la leche es leche. No podría ser más hermoso. Esto es todo. O ¿hay alguna otra cosa que haya que pensar? Obviamente, no buscará para sí mismo una vaca, sino una persona. Las cigüeñas no tienen nada que ver. Si una madre grita, es porque no aguanta nada. No se les oye gritar a las perras, a las gatas, a los conejos ni a las palomas cuando llegan los hijos. Las personas son más dignas de lástima que los animales. Las personas se alteran, los animales no. Y puede entender que duela cuando nacen los niños.

¿Algo más? Si sus papás quieren tener un bebé, papá tiene que trabajar para ello, de lo contrario no los habrá. Eso se lo mete bien en la cabeza. Las palomas zurean. Los caballos relinchan. Los cerdos gruñen. Las gallinas cloquean, los gorriones trinan, es muy grave. Los gallos cantan y los pavos gluglutean, ¡las serpientes y las ratas que se pudran! Las personas se besan. Más adelante, él no abandonará a su esposa. Tiene que ser fiel y cariñosa, y saber cocinar rico, pero él será el jefe, exactamente como papá, y también será cariñoso con su esposa. Le dará todo. Pero ahora, a buscar a mamá.

—Ya lo tengo, mamá. —Oye Crisje.

—Vaya, ¿ya lo tienes, Jeus?

—Sí, mamá, ahora ya no tienes que decirme nada. Ahora lo sé todo. Cuando nazca Miets, ya no tendrás que venirme con cuentos.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —reza Crisje.
Pregunta:

—Has de estar hambriento de tanto pensar, ¿no, Jeus?

—Sí, mamá, me muero de hambre.

Crisje piensa. El niño se siente aliviado. Pero ella sabe ahora que ella misma se encargará de los que faltan por nacer. No le importa lo que le diga el señor párroco: es demasiado cauto. Cuando eso está dentro, ya lo ves sin más. Tarde o temprano te lo dirán de todos modos, pero entonces estás presente tú misma, o quedas radicalmente excluida y otro te quita la diversión, además de que te arrebatara a tu hijo. Crisje decide que ¡eso no volverá a pasar jamás!

Ahora Jeus puede volver a jugar. Estuvo ocupado durante nueve meses. Todos esos meses, no ha prestado atención a la vida cotidiana. Le importaba un bledo. Vivió otra cosa. Ahora Crisje siente que darle la vida a un hijo no cuesta esfuerzo, pero que lo que uno no siempre sabe hacer es acogerlo y guiarlo. También ella tenía que aprenderlo. Aunque quisiera darles todo a sus hijos no vivió esto, se lo perdió, pasó frente a sus narices. Un niño quiere

saber todo. Exactamente aquello por lo que está preguntando. Y ahora la vida es bella, es imponente, porque tú misma has vuelto a ser niña, pero con la imponente conciencia de tu propio corazón. ¿Algo más, Largo?

Jeus sabe que tener hijos es lo más imponente que existe. Pero tú mismo tienes que hacer todo para eso. Las mamás te dan de beber. Luego, cuando tú mismo has crecido, lo adoptarás de tu mamá o papá, y entonces servirás a Nuestro Señor y trabajarás para Él. Fanny, ahora de vuelta al brezal y a los bosques. Dentro de unos meses él también podrá ir a la escuela. No, todavía falta un poco, Fanny, podremos vivir todavía muchísimas cosas juntos.

Jeus, ahora mejor vete a jugar. Te lo has ganado. Ahora tu alma está abierta a muchísimas cosas. Sigue las leyes de Nuestro Señor, ¡en ellas estás a salvo!

Este año echó los fundamentos para toda su vida, Crisje, y ahora está siglos por delante de Johan y Bernard en estas cosas. No hay quien pueda alcanzarlo ya, pero ustedes no lo comprenderán (vosotros no lo comprenderéis) sino hasta después. Jeus tampoco, pero entonces ¡habrá empezado el otro Largo!

Crisje, le doy mil florines por su secreto

Ahora los chicos de Crisje y cientos de personas pueden ganar algo de dinero. Pueden ir al bosque a recoger arándanos, un trabajito para pequeños y grandes, y además un buen dinero extra que les da Nuestro Señor y que vuelve año tras año. Además, para muchos es la única posibilidad de conseguir salir de los problemas, ¡qué bien! La Madre Naturaleza es buena, benévola y cariñosa, consciente y cuidadosa, pero uno mismo tiene que quitar las bayas de los arbustos, y eso los chicos saben hacerlo. Bernard ha calculado que hoy alcanzarán fácilmente los tres florines y en una semana eso se convierte en el dinero extra de una semana entera, sin que papá tenga que hacer nada. Ahora que están de vacaciones ya entran al bosque a las seis de la mañana. Están listos para irse. Bernard mira afuera un momento para ver cómo está el día. Pero ¿qué es eso?

—Mamá, ven a ver rápido, allí en nuestro jardín anda un tipo asqueroso.

Crisje mira. ¿No es Jan Kniep? Bernard cree que hasta parece uno de los bandidos negros. Basta con mirar ese sombrero negro, y lo sabrás de una vez. Crisje mira y sí, es Jan, pero ¿no estaba en la Indonesia Holandesa? Santo cielo, Jan, por qué no entras. A Bernard no le entra en la cabeza, ahora ¿qué significará esto? Jeus no sabe lo que está pasando. Qué pena, Hendrik se acaba de ir. Pero entra, Jan. ¿Y no quieren los chicos darle los buenos días a Jan? No es tan sencillo, primero quieren echarle un vistazo al peligro moreno. Bernard no quiere saber nada de él. ¿Ese es un amigo de mamá? No tienen que entrar extraños aquí a la casa. Pero malgastar el tiempo cuesta dinero; los chicos se van. ¿Qué busca ese monstruo moreno en nuestra casa, Johan?

—Si no se ha ido para esta noche, Johan, lo echo de casa.

Johan pregunta:

—¿Acaso tú eres el que manda en casa, Bernard?

—Claro que no, pero no quiero extraños en nuestra casa.

Es que Bernard tiene sus propias ideas, y Johan no las entiende. Ya siente que si llegan extraños a la casa, perderá su libertad. Reflexionará sobre el asunto. Entran al bosque. Saben exactamente adónde ir y dónde se pueden encontrar los arándanos más grandes. Es cerca de la Hunzeleberg, a una buena distancia de casa. Es cierto, el año pasado Johan y Bernard se ganaron un buen dinero. Jeus le echaba pocas ganas, pero ahora también él conoce todos los trucos. Ahora están disfrutando. Dejan los arbustos desnudos, uno tendría que verlo con sus propios ojos para comprender qué rápidos son para recoger las bayas. Entonces llega ese glorioso momento, los quince minutos de descanso para el pan y el café. Qué glorioso es estar un poco así, acostado

boca arriba en medio del bosque, es como si uno tuviera alas, y el trinar de los pájaros crea una sensación agradable. Pero vamos, chicos, hay que llenar el cubo, el día pasa volando. Crisje siente que para esto hay que agradecer sinceramente a Nuestro Señor, aunque los chicos lo ven de otra manera: hay que trabajar bastante duro.

—¿Cómo es que viniste de repente, Jan?

Ahora Crisje oye la historia de su amigo de la infancia, Jan Kniep. Vino en línea recta a Holanda porque le entró una tremenda añoranza. En el fondo, Jan volvió para morir aquí. Crisje se da cuenta de que ya no sabe hablar dialecto, aunque lo siga entendiendo. Jan fue a la Indonesia Holandesa como colono, se casó allí y tuvo hijos, pero ahora que estos son adultos, ya no lo necesitan. Y luego una noche oyó que le decían:

—Por qué no regresas, Jan. Vete, regresa, no te quedes aquí más tiempo.

Y entonces se fue. Lo primero que preguntó aquí fue, '¿Sigue viva Crisje?'. Sí, Crisje vive allá. Crisje conoce a la familia de Jan. Ya dice:

—Si no quieren tenerte con ellos, Jan, regresas; Hendrik ya te fabricará una cama en el ático.

—¿Y los niños, Crisje?

—¿Desde cuándo los niños tienen algo que decir, Jan?

—Me esforzaré y no te seré de mucha molestia, Crisje.

—Tenemos que ayudarnos, Jan.

Crisje quiere a esta vida, tenía mucha amistad con Jan. El Largo se sorprenderá. Solían vivir cerca el uno del otro y Jan era una buena persona. El Largo también lo quería mucho. Estuvo fuera unos treinta años y no conoció la riqueza allá. Pero Jan sabe trabajar. Están hablando todo el día. Los pocos florines que Jan trajo no significan mucho. Allá donde su familia se quedarán con los ojos cuadrados. Crisje ve que Jan tiene algo en el cuello que no tiene muy buen aspecto. Un tumor con un pequeño y sucio borde rojo que le dice todo y del que bien prevé ante qué problemas la puede poner. Pero ella no le dice nada. Alrededor de las doce Jan va a visitar a su familia. Cuando un poco después estira las manos alegre y felizmente, saben que Jan está en la misma situación que el gallo de la tía Trui, y además delgado como un palillo, y que ni siquiera sirve para hacer sopa. Así que sus miradas no tardan en echarlo de la casa. El bueno de Jan se siente fatal, pero todavía están Crisje y también el Largo; esos amigos no lo dejan a su suerte. Una hora más tarde, Jan está otra vez donde Crisje en la cocina.

—Ya me lo imaginaba, Jan. Allí no te quieren, pero no importa, que lo sepas. ¿Puedes dejar de llorar ahora, Jan?

—Sí, Crisje, pero es tan terrible, fue un golpe tan duro. No lo esperaba de mis hermanos.

—Esas son habas contadas, Jan. Quieren dinero. Y entiéndelo bien, les

sobran preocupaciones. Pero son bien persignados.

Ahora Jan también lo sabe, pero fue un golpe bajo contra su vida. ¡Nunca se lo habrían imaginado sus papás! Se retorcerían en la tumba. Crisje sabe que eran buenas personas. Jan no para de llorar, está paralizado. No pensaba que la gente, incluso su propia familia, podría ser tan dura. Para tanta gente ha entregado su vida y ahora esto. Ahora tu familia te echa a patadas, no para de hablar de ello y sigue llorando, tanto le afectó. No, Jan, allí no te necesitan, sobre todo cuando vieron que en el cuello traías una cosa repugnante de esas. Adiós, Jan. Búscate la vida. Crisje comprende todo, aunque allí no quieren comprender nada, y eso también es muy humano, pero ella no deja solo a su amigo.

—Si no hubieras sido tan buena persona, Jan, entonces yo tampoco habría sabido qué hacer. ¿Ya puedes terminar con ese llanto? Nuestro Señor sabe muy bien lo que has hecho para “ÉL”. Y siempre estuviste allí para ayudar a la gente, ¿cierto o no?

—¡Sí, Crisje!

Los chicos llegan a casa con un cubo lleno de bayas. ¿Sigue allí ese hombre? ‘Pues sí, pero enseguida llegará papá’, piensa Bernard, ‘y entonces ese tipo se va a la calle’. Vaya hombretones, ¿verdad, Jan? Crisje abraza efusivamente a los muchachos, se esforzaron. Pero entonces primero quieren saber:

—¿Se va a quedar aquí, mamá?

—Primero tengo que hablar con papá de eso, Bernard.

—¿Dónde tiene que dormir entonces, mamá?

—Si hace falta, Bernard, ya fabricaremos algo.

Bernard no se conforma así, sin más. Los tipos extraños en casa no son cosa buena. Meten demasiado la cuchara y entonces habrá perdido su libertad. Johan y Jeus bien quieren hablar con ese hombre un momento. Y Jan les habla de Indonesia, de la jungla y de Batavia, y según Johan es cierto. Aprendió mucho sobre esta ciudad en la escuela. Pero ¿tienen que trabajar para semejante tipejo? ¿Tienen que trabajar para semejante mono? ¡Porque sí que es un mono! ‘¿Por qué ese hombre no va adonde su propia familia?’, piensa Bernard. ‘¿Se ha vuelto loca de remate mamá?’

—¿Dónde está Indonesia? —pregunta Jeus para iniciar su conversación.

—Pues primero vas en barco, Jeus, y te toma semanas llegar. Tan lejos queda.

—¿Con un barco de esos grandes, Jan?

—Sí, Jeus.

—¿Y lleva mucha gente, Jan?

—Sin duda, hasta mil personas, Jeus.

—¿Dónde aprendiste a hablar así, Jan? No es dialecto, ¿no?

—No, Jeus, es holandés.

—Entonces ¿ya no sabes hablar dialecto, Jan?

—Se me ha olvidado un poco, Jeus, pero ya volverá.

—Y más te vale —interviene Bernard, y que Jan se las apañe con eso. A Jan le da risa. Ya sabe que Bernard tiene un carácter particular y Jan sabe muy bien cómo tratarlo. Jan ha visto y aprendido muchísimo en el mundo. Jeus vuelve a preguntar:

—¿Allí no hay invierno, Jan?

—No, Jeus.

—Entonces tampoco me gustaría estar allí. Quiero patinar sobre el hielo. Pero ¿te divertiste allí, Jan?

—Bueno, depende, Jeus, la vida allí es dura. Allí nada se te da de obsequio.

—¿Qué es eso, Jan, “de obsequio”?

—Quiere decir, Jeus, que allí por todo tienes que trabajar duro.

—¿Y aquí no es cierto eso? —le replica Bernard, lo que a su vez le da risa a Jan: el chico le cae bastante bien. Crisje le guiña el ojo a Bernard. Jeus y Johan quieren que Jan les cuente todo. Bernard avisa:

—¿Por qué quieres saber todo de ese tipo? Verás que ya no podremos sacarlo de la casa.

Otra vez las palabras certeras de Bernard le dan risa a Jan. Ese niño lucha por su familia. Pero entonces, de pronto el Largo está en la cocina. Ahora sí que Bernard quiere ver lo que papá piensa de todo esto. Pero Bernard oye que el Largo grita incluso más fuerte de lo que hizo Crisje, y no puede comprenderlo.

—¡No me digas! ¿Estás de vuelta, Jan?

—Sí, Hendrik.

Ahora le cuenta su historia a Hendrik, y después este dice.

—Ven, Jan, vamos arriba a fabricarte algo.

Ahora los chicos ya lo saben. Miran cómo lo hacen papá y Jan, y saben que alguien más se sentará en su mesa; un viejo simio, para colmo. Un poco después ven que sus padres y Jan se toman un trago todos juntos, ahora esto ya no tiene remedio. Ven a un adulto llorando como un niño pequeño, y eso sin duda dice algo. Después de la cena, están maravillosamente juntos en el jardín frente a la casa, y Jan cuenta. Los chicos se entretienen por allí. Jan tiene la palabra.

—Te lo juro, Hendrik, no vuelvo a pisar esa casa. Prefiero morir.

Crisje ve que cuando Jan habla, también lo hace el tumor que tiene en el cuello. Esa cosa ya tiene algo que contar. Ahora que el Largo quiere saber qué cosa es, Crisje toma la palabra, y el Largo entiende que ahora no debe mencionarlo. Pero cuando todos están dormidos, pone al Largo al corriente. Sí, Hendrik, es un tumor asqueroso. Nos lleva al terrible cáncer.

—Pero Cris, sabes que Jan me cae bien. ¿Qué piensas de los niños? ¿No es

peligroso?

—No es nada peligroso, Hendrik. Y todavía no estamos allí.

—Pero cuando reviente esa cosa, ¿entonces qué, Cris?

—Entonces ya veremos, Hendrik. Y nada de lo que hagamos por amor, Hendrik, puede traernos líos.

—Eso es cierto, Cris.

El Largo se resigna, sigue a Crisje. La amistad existe para ellos. Todavía no han olvidado a su amigo. Jan está aquí y aquí se quedará. Jan puede y quiere trabajar. La mañana siguiente, está en el bosque con los chicos. Ahora todo el vecindario conoce la historia de Jan Kniep. Se comadrea, se habla un tiempo de un escándalo, pero entonces también esto pertenece a lo cotidiano y se olvida. Jan no mira a esas personas, se calla. Gracias a su personalidad cordial, se gana el corazón de los chicos. Uno por uno lo van conociendo. En tres semanas, Jan ya se ha hecho imprescindible. Los chicos se dan cuenta de que es un estuche de monerías. Se encarga de la leña, se ha convertido en la mano derecha de Crisje y a todos los chicos les cae bien. Ahora Bernard les habla a los niños de la familia de Jan:

—Estaría bien volver a tenerlo en casa, ¿verdad? Pero no lo vendemos ni por todo el dinero del mundo, eso es seguro.

Escucha bien, es lo que dice Bernard. Chincha a esos niños: Bernard siente ahora que allí no saben qué persona tan fina echaron a la calle, tan bueno que es Jan, y tan amigo de los chicos de Crisje. Nunca han estado así de bien juntos. El monstruo moreno ya no es un monstruo; Jan se ha convertido en uno de los de la Grintweg. Los chicos están empezando a tener un respeto sagrado por él. Ahora Bernard dice:

—Si no lo hubiéramos tenido, nada bueno sería de nosotros, ¿qué deberíamos hacer entonces?

Sin prisa pero sin pausas, Jan vuelve a recuperar sus raíces de la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Ha vencido todos estos corazones. Se ha convertido en su hermano mayor. Y aprenden de todo de él. Mira cómo come y bebe Jan. Siempre es con apetito: si no tienes hambre y ves a Jan comiendo, te entra por sí sola. Bernard sabe que no tiene dinero, pero eso no dice nada. Jan no conoce el cansancio, nada le es demasiado y a diario dice que se siente tan feliz como un rey, pero entonces uno que vive en el paraíso, porque incluso los reyes suelen tener preocupaciones. Aquí hay gente que gracias a una amistad sagrada ha alcanzado la unión. Y cuando esa llegó, la amistad se convirtió en amor universal, porque eso se puede ver y vivir. Según Bernard, para Jan el suelo que pisa se ha vuelto demasiado duro ahora. Hay que oír a Bernard cuando repasa con Jan las cosas del día. ‘Santo cielo’, piensa Crisje, ‘qué buen crío es Bernard, y cómo sabe pensar’. Ciertamente es diferente que Jeus, pero Bernard conoce la vida y Jan come ricas

manzanas y deliciosos albaricoques de Bernard y ¡con la sensación de que son de Nuestro Señor! Porque Jan es tan bueno y sabe entender todo a la primera. Y entonces Jan llora. Bernard preguntó asombrado:

—Pero eso no es para llorar, ¿no, Jan?

—Eres tan bueno conmigo, Bernard, ¿entonces no puedo llorar un poco?

Y alguien así está frente a un muchacho de casi diez años. Jan pasó los cincuenta hace tiempo, pero aquí se siente como un niño y por eso se entienden tan bien. Con Jan viven en un paraíso, pero es él quien abrió la gran puerta y conoce allí parajes que Bernard todavía desconocía, y también esas glorias las comentan juntos. Pero el cuello de Jan se fue hinchando cada vez más, también Bernard ve que esa cosa se va haciendo peligrosa. El Largo y Crisje se preparan, porque en el momento menos esperado estarán ante un montón de problemas. Y así, una mañana esa cosa reventó y entonces Crisje oyó a los chicos gritando:

—Mamá, ven a ver, rápido, Jan está sangrando como un cerdo.

Crisje se asusta. Vendan a Jan y tiene que venir un médico. Vio que el tumor de Jan puede ser peligroso para los chicos. Jan tiene que ir a la ciudad de Arnhem, tal vez puedan operarlo allí, quizá no vuelva nunca, chicos. Pero mamá, eso no puede ser cierto, ¿verdad? ¿Cómo van a quedarse allí a Jan para siempre? Jan se va a Arnhem, pero vuelve: la operación no es posible. Crisje no quiere perder a Jan por nada en el mundo, recibe en casa pedidos de grandes cantidades de vendas y ella ya lo ayudará. El médico tampoco puede hacer nada más. Pero ¡ninguno de ellos quiere perder a Jan el colono! Vuelve a dormir arriba en el ático. Crisje lo cuida, no hay fuerza humana que saque a Jan de este entorno. Al médico, que de vez en cuando viene a verlo, no le apetece nada ensuciarse las manos; para él, ese tumor es como un pantano apestoso, le puede contagiar a uno un montón de cosas y el erudito no tiene ganas algunas de eso. Crisje ve que esa enfermedad le da asco al hombre. Pero eso ya se arreglará. Comenta con Jan la personalidad del médico y ambos saben exactamente cuánta sensibilidad hay en esa vida para el trabajo de Nuestro Señor. ¡Ese hombre no comprende nada de eso! No tiene amor por esto. ¿Acaso son esas las personas que se abren a la humanidad que sufre, Jan?

—No, Jan. Son charlatanes —dice Crisje.

Y todavía le asegura a Jan:

—Ya se lo haré pagar.

Una mañana, el médico pasa para echar un vistazo. Tiene curiosidad por saber cómo está Jan. En ese momento, Crisje está precisamente ocupada con Jan, y anoche habló con Nuestro Señor, pero él no lo sabe. Crisje es fuerte como una montaña, lleva dentro de sí una ciencia que haría temblar y tiritar al erudito y a Jan si lo supieran, pero eso es para luego. El médico lleva un hermoso traje gris a rayas, y Crisje quiere echar a perder rápidamente ese

mismo traje: ya le enseñará a ese hombre algo que lo sorprenderá como para dejarlo patitieso. Cuando saca el tapón de algodón de repente, la sangre salpica por todos lados.

¿No quiere echar un vistazo el señor doctor? Crisje lo invita a que se acerque un poquito más, entonces el señor podrá verlo mejor. El buen hombre cae en la trampa: se acerca, pero al mismo tiempo Crisje saca el tapón de algodón del agujero y, mira, la sangre vital de una persona salpica directamente a chorros ese fino traje rayado del señor doctor.

—Qué pena, señor doctor, qué pena tan grande, pero no sabía que esta mañana tuviera tanta fuerza.

El hombre quiere decir algo, está furioso, pero reflexiona brevemente y toma una decisión. Crisje y Jan ven que tiene la cabeza roja como el fuego y saben lo que esto significa, tan tontos no son.

—No pasa nada, Crisje, no se preocupe por mí, ya es lo suficientemente grave. Lo entiendo, Crisje.

Exactamente lo que necesitaba, Crisje, ya tuvo su merecido. Crisje piensa, ‘Qué pronto sabe inclinar la cabeza’, pero ese hermoso traje ya no vale un centavo. Ahora hablan, la persona está entrando en razón, lo estás presenciando desde la primera fila. Sin darse cuenta, el señor doctor se ha convertido en una pequeña parte de Jan y Crisje, pero es mucho más sencillo, ahora ya no puede soltarse de eso, ese maldito agujero en la garganta de Jan le tiene algo que decir a él también. Y entonces es Crisje quien lo pone frente a los hechos y que tiene algo que dar a su vida.

—¿Me deja decirle algo, doctor?

—Dígame, Crisje.

—Piensa que esto ya no se puede curar, ¿verdad?

—No, Crisje, estamos impotentes.

—Entonces ahora escúcheme bien, doctor. Dentro de tres meses, habré cerrado este agujero.

—¿Qué dice, Crisje?

—¿No me entendió el señor doctor? Entonces se lo vuelvo a decir. En tres meses, habré cerrado este agujero.

—No es posible, Crisje. Quiero verlo.

El hombre se encoge de hombros. Jan le pregunta a Crisje:

—¿Lo dijiste en serio, Crisje?

—Sí, Jan, ¿pensabas que yo decía mentiras?

—Claro que no, Crisje, ¿pero?

—Lo entiendo, Jan. Me lo puedo imaginar. Pero dentro de tres meses, este agujero habrá cerrado.

Jan se siente feliz y se entrega por completo a Crisje. Anoche, Crisje volvió a soñar. Nuestro Señor estuvo con ella y dijo:

—Crisje, estás preocupada. Cavilas sobre Jan. Escuché tus oraciones. Así que aquí estoy. Manda a los chicos adonde Hosman por las mismas medicinas, sanarán momentáneamente el cuello de Jan. Pero no será por mucho tiempo, Crisje. Lo sabes, entonces ya no habrá nada que hacer, ¡nada!

Y luego Crisje todavía le dijo a Nuestro Señor:

—¿Conoces a Jan, Señor Nuestro?

—Claro, Crisje, ¿pensabas que no lo conocía?

—Qué feliz me haces, Señor Nuestro.

—Lo sé, Crisje, pero Jan se lo ha ganado.

Jan vuelve a preguntar:

—¿Lo dices en serio, Crisje?

—Escucha, por favor, Jan. Nuestro Señor me dio este conocimiento. Ahora no te enfades. Puedo cerrar este agujero, pero si vuelve a empezar a sangrar, Jan, ya no podré hacer nada más. Pero te quedan todavía unos años de vida. Y luego tendrás que morir por este mismo agujero, Jan.

Jan puede procesar todo esto. No es un pobre desgraciado. Si aún le quedan unos años de vida, todavía pasarán un buen rato. Y se lo dice a Crisje.

—Contigo puedo hablar, Jan, no eres un miedica.

—Nunca lo he sido, Crisje, lo sabes bien.

Desde ese momento, los chicos de Crisje están otra vez detrás de las vacas de Hosman. Vuelven a recoger el estiércol fresco de las vacas. Ponen la medicina en un trapito y así se pone esa sustancia ahora alrededor del delicado cuello enfermo de Jan.

Aquí, entre todos, están luchando contra el cáncer, y obviamente ¡contra La Parca! Bernard dice:

—Para él estaría uno dispuesto a dar su propia sangre.

Jeus besa a Bernard, le encanta esa vida. Bernard lucha como un toro por la vida de Jan.

—Claro, Bernard, ¿tú también quieres tanto a Jan?

El estiércol sucio no cura, esa medicina no debe tocar la tierra porque entonces habrá contaminación, chicos, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

¡En la Grintweg están luchando contra La Parca! Aunque a veces queden embarrados de estiércol, con un baño en el Wetering están otra vez limpios, y les merece mucho la pena. También el Largo lucha con Crisje y los chicos por la vida de Jan. Les tienen un respeto sagrado a las vacas de Hosman. ¿Cuál de ellas da más medicina, Bernard? Entonces será mejor enmarcarla: ese animal tiene que ir a un museo. Nunca más deben olvidar ese animal, hay que darle de todo a ese animal. En el fondo, todo el vecindario está luchando por la vida de Jan, todos entienden que aquí el contrincante es La Parca, porque esa desgraciada ya está delante de la estufa, sacándole a Jan la vida de entre

las costillas con la mirada. Esa malparida va devorando la vida. Esa bruja la va succionando hasta vaciarla. Cuando llega de visita, más vale redactar el testamento. Pero Jan no tiene nada que dejar. Lo único que le queda es un poco de vida, aunque con este maldito agujero en el cuello y una Parca acechando sus últimas fuerzas. ¿No dan ganas de estrangular a ese fantoche? Aquí entienden que esta es la lucha más bella que se ha librado jamás. No hay cosa mejor para vivir, en esto está la diversión, su realidad le da a uno el pensar diferente y solo entonces estará realmente animado. ¿Qué se puede comprar por dinero? ¡Nada! Aquí se le paga a Nuestro Señor con el amor más inmaculado. Nuestro Señor también sabe que no tiene una pizca de bajeza: este amor aparece desde la circulación de la sangre y ha purificado todas las injusticias del ser humano. Aquí es cosa de todo o nada, y el estiércol vuelve a encargarse de todo eso, que dura solo poco a pesar de lo bello y elevado. Porque ¿qué son unos años, pues, en comparación con la eternidad humana? Nuestro Señor sigue todo esto, porque ÉL tiene atravesada a La Parca desde hace siglos, aunque la gente todavía no lo sepa; esa asquerosa bestia tomó el trabajo de Nuestro Señor en sus propias manos y ¡ya es hora de que lo suelte! ‘¿Qué quiere hacer una muerte así de calva contra las vacas de Hosman?’, piensa Bernard. ‘¡Nada!’. Puede dejar que su guadaña descanse un poco.

El agujero en el cuello de Jan se va haciendo más pequeño. El agujero y ese colorcito rojo se ven mejor. ¡Y los chicos hacen caso de las órdenes de Crisje! Una gota de la pinta vale mil florines, e incluso más. Y es que Crisje y los chicos saben que sobran los ricos dispuestos a dar todas sus posesiones por cinco minutos de vida, pero La Parca es implacable con sus víctimas. Pero aquí esas cosas ocurren a cambio de nada. Crisje sabe que Nuestro Señor no está donde los ricos, por más que quisieran, y el Largo dice:

—Si pudieran comprar eso también, se comerían nuestras vidas, pero ¡no se puede!

Entonces irían comprando todas las lucecitas de los ojos humanos por su dinero, estómagos nuevos y otros corazones, otro par de piernas, pero ¡eso no se puede! ¡Gracias a Dios! De lo contrario, ¡Jan tendría que salir de casa! Lo matarían deliberadamente, pero ahora no se puede, porque todavía está Nuestro Señor. Y entonces otra vez tienen al señor doctor frente a sus narices, y dice:

—Crisje, es un milagro. Es increíble, pero lo estoy viendo. Es urgentemente necesario que la humanidad sepa esto, Crisje: así podremos sanar a miles de personas.

¿El médico puede aceptar el estiércol de vaca? Eso no lo llega a oír. Es el secreto de Crisje. No vende los asuntos sagrados de Nuestro Señor. Y entonces —hay que ver para creer— sale de la boca del señor doctor:

—Crisje, le doy mil florines por su secreto.

Crisje y Jan se ríen de buena gana. Qué tontos que son los eruditos. Crisje dice con decisión:

—¡No!

—¿Por qué no, Crisje?

—¡No, doctor!

—Pero Crisje, no lo puede rechazar. Puede ayudar a miles de personas. ¿Cuánta gente no habrá que padece cáncer?

El hombre sigue chinchando. Crisje le pregunta:

—¿Sabe rezar, doctor?

—No sé, Crisje, pero me esfuerzo.

—¿Pues entonces, doctor? ¿No entiende entonces que si uno ha rezado toda la vida por alguien, por una sola persona, doctor, que nadie más tiene que ver con eso? ¿Lo puede entender? (—pregunta.)

El hombre no lo entiende. Y Crisje sigue:

—Entonces déjeme que le cuente otra cosa, doctor. ¿Tiene que escuchar Nuestro Señor una oración, en este caso, suya, de usted mismo, doctor, por otra persona, pero por la que ha rezado toda su vida y que es su propio hijo?

—¿Qué significa todo esto, Crisje? Lo pensaré. Pero esto es para la ciencia. No puede ocultar su secreto más tiempo, tenemos derecho a eso. Podemos sanar a miles de personas. Dígame, ¿con qué sanó la herida de Jan?

Ahora Jan sabe que Crisje ha rezado por él toda su vida. Ya está llorando, pero Crisje no quiere saber nada de eso. Y el médico se puede quedar sus mil florines, el hombre no entiende nada. Pero él no se puede liberar de eso, día y noche sigue este imponente problema y no entiende el sentido común de Crisje. Jan vuelve a correr como antes, se siente perfectamente, ya no le pasa nada. Sacaron a golpes a La Parca de la casa, se alejó enojada. Los chicos y Crisje, y también el Largo, le dieron una tremenda paliza. Ahora La Parca está acechando a Jan, pero también este se ríe de ella en su cara. Aquí se le manda a La Parca... ¡a los “drudels”! Lárgate de aquí, desgraciada, ya está bien de fastidiar a la gente. Pero Bernard decía que La Parca... estaba delante de la estufa. Estaba exactamente en el lugar de Jan y no había manera de quitarla de allí. Simplemente estaba allí chupándose la vida de Jan. A esa malparida no se le antojaba el café, tiraba al cenicero los licores del Largo. Se veía perfectamente, te corroía la vida y podías oler su hedor. Durante todos esos meses, todos juntos vivíamos en una cripta.

Y luego, solo Bernard lo vio, nadie más se dio cuenta, por rabia La Parca se llevó a otro a rastras, y fue el pequeño Gerrit de las Colinas, a cierta distancia de este vecindario. Todo por rabia y por su terrible ira, pero ¿que se pudra La Parca! Bernard dijo muchas otras cosas y les dio risa:

—A ese le arrojé la caca de vaca en la jeta, mamá, salió corriendo bien cegado, y ahora por equivocación se agarró a otro.

Verás, ahora La Parca quedó ciega a fuerza de tantos golpes, por lo menos ciega para Jan, y eso gracias a las mejores vacas de Hosman. Y esa canalla no había contado con eso. No pudo con los niños y Crisje. Ahora puede ir a por la gente de la ciudad. Aquí se han deshecho de ella por ahora. En (la región) Achterhoek de (la provincia de) Güeldres saben combatir a La Parca. Eso también lo oyeron. Nuestro Señor decía una y otra vez:

—Hay que arrancarle la garganta, chicos. A degollarla, esa malparida convirtió el amor inmaculado y el reencuentro eterno en desgraciada maldición, y con eso Yo no quiero tener nada que ver. Esa bestia convirtió la vida eterna en la temporal, está encima de una tumba y ¡se puso “MI” corona! Hay que golpearle la cabeza para quitarle esa cosa, chicos de madre Crisje. Adelante, a engañarla, a sacarle los ojos. Yo daré la sabiduría y las fuerzas para eso, ¡hay que destruir a esa asquerosa perra!

Así de enfurecido está Nuestro Señor con La Parca.

Meses después, Crisje y Jan se encuentran con el erudito. Jan lleva la carretilla y están hablando a gusto. Jan dice:

—Oye, Crisje, ¡mira allí! Pero ¡mira con quién nos encontramos hoy!

Naturalmente, el médico tiene algo que decirles a Jan y Crisje. Y estamos:

—¿Cómo va todo, Jan?

—Mire por usted mismo, doctor.

—Dios mío, cómo es posible. Crisje, ¿todavía no puedes entender que la humanidad tiene que conocer tu secreto? Pienso día y noche, y ya no puedo dormir, Crisje.

—Entonces el señor doctor debería haber pasado por casa un momento.

—¿Puedo saberlo, Crisje?

—Claro. ¿Será que no entiende, doctor, que Nuestro Señor no puede escuchar a bandidos?

—¿Qué significa eso, Crisje?

—Pues es bastante lógico, doctor. Estas fuerzas no funcionan para incendiarios ni estafadores ni bandidos. Pero eso no lo puede entender, ¿verdad? También hay personas buenas en el mundo. Pero ya le dije, doctor: estos viacrucis eran solo para Jan. Recé miles, doctor, por Jan, y también por todas esas otras personas. Si quieren rezar, doctor, entonces Nuestro Señor podrá ayudarlas también a ellas, y también valdrá la caca de vaca.

—¿Quiere decir, Crisje, que sanó a Jan con estiércol de vaca?

—Sí, doctor, pero además con aquello otro, solo así funciona.

—¿Y eso es, Crisje?

—Eso “no” es, señor doctor, pero significa que Nuestro Señor no se deja tomar el pelo por aquellos otros. Cuando la gente se condena eternamente a sí misma, doctor, Nuestro Señor tampoco puede ayudar ya. Y por eso tampoco le sirve nada esa caca de vaca. ¿Es duro, doctor?

—Crisje, cómo debo agradecerle esta lección —sale de los labios de esta persona, pero Jan y Crisje ya no lo oyen. Mejorará su vida; sabe que, a través de la oración y la confianza espacial, Nuestro Señor habla a la vida y al ser de uno, y hace cálculos. Purifica el tiempo que todavía se le dé a uno por vivir o un erudito echa a perder lo último de todo y entonces uno se va al ataúd antes de tiempo. ¡Y eso también La Parca lo sabe! Aquí se le ha puesto una traba. Uno tiene que inclinarse ante Nuestro Señor y si no puede hacerlo, ¡entonces nada funcionará! Pero no hay borracho ni ladrón que sea sometido a esta interrogación. Y para ellos no hay cura, ahora el estiércol no funciona porque la vida interior vive en disarmonía respecto de estos jugos vitales inmaculados, de la presión sanguínea de las vacas pintas de Hosman. ¿Es tan descabellado todo esto, doctor? No se le puede ayudar a un borracho por las oraciones. Y quien esté enfermo de cáncer o algo más tiene que rezar, y solo así se le mandará su propia medicina y entonces ¡esa es para uno mismo!, dice Crisje. Ella tampoco sabe cómo será esa medicina, pero ¡la recibirás! ¡Purifíquense ustedes mismos, enfermos! ¡Y la mayoría de las veces no hace falta un médico para eso! Si uno necesita un hombre de esos, Nuestro Señor se lo manda. El resto es ciego e insensible, y no tiene nada que ver con esto: tiene que vivir su propio mundo.

Sí, doctor, se rezó por Jan durante treinta años. ¡El estiércol de vaca no funciona para todos! Pero ¡“en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” puede sanar todo! Aunque cuando hay que morir, uno está impotente, doctor, aquí lo saben. Pero pese a ello ha llegado vida nueva y ahora se disfruta cada segundo. Cuando esa cosa se vuelva a abrir, aquí se entregarán por completo y ya tampoco necesitarán las vacas de Hosman. Mil padrenuestros, doctor, y esas diez mil veces hacia arriba, ese golpeteo resuena en los oídos de Nuestro Señor y Sus ángeles, y por eso darían cualquier cosa. Jeus se lo contará a la gente, pero ya lo sabemos: entonces también a él lo echarán del escenario a patadas. El ser humano no quiere rezar, rompió las amarras divinas, ¡perdió su entrega paradisiaca e inmaculada!

Pero la Montferlandseweg y también la Zwartekolkseweg son senderos vitales donde uno puede pensar en estas cosas, y además recibirlas de Nuestro Señor. Crisje sabe que todo sería diferente si la gente tan solo amara. Para las señoras en Montferland es fácil decirlo, tienen todo, pero ¿qué significa eso cuando uno empieza a sentir lo que ellas viven y poseen aquí? La tranquilidad de allí no vale un centavo. Si uno no tiene la tranquilidad por dentro, tampoco la va a sentir en Montferland. Y por eso: hay que mirar como uno mismo quiera, hay que reflexionar: si uno piensa que hace falta tranquilidad para la salud, hay que tomarla, pero Crisje sabe que si las cosas no están bien por dentro, uno regresará impasible de todos modos, pues La Parca sabe exactamente dónde está uno, y ahora uno carece de los sentimientos

para engañarla. Bernard sabe echarle un chorro a La Parca justo en los ojos, pero para eso hace falta destreza. Y solo se aprende si amas a Jan, o tu Frans, señora, tal vez tu Raimond o tu Peter, no importa, siempre que se ame. Ellos fueron capaces, pero el ser humano no olfatea lo suficiente, ¡todo le da asco!

Pero qué bella y milagrosa es la vida. Claro, si uno la entiende, de lo contrario ¡no es nada!

El Largo todavía le preguntó a Crisje:

—¿De verdad volviste a hablar con Nuestro Señor, Cris?

—Sí, Hendrik, ¿alguna vez me has oído decir una mentira, o qué?

—No, claro que no. Pero no es cualquier cosa, Cris.

—No es tan peligroso, Hendrik. Tú también puedes hacerlo. Pero porque todavía no eres capaz de hacerlo, Hendrik, siento muy bien lo que tú quieres saber, no me habrían servido de nada esos mil florines, ¿no es cierto, Hendrik?

El Largo sabe: tampoco para él funciona el estiércol, y sin duda significa algo para él, pero lo admite sin respingar. Y luego todavía dijo:

—¡Ya me gustaría a mí también cruzar una mirada con Él, Cris!

Eso le dio risa a Crisje. Ese Largo.

—Pero falta algún tiempo, Hendrik —le contesta, y el Largo lo entiende. Mientras toman café, se cuentan los problemas más difíciles, y para colmo se esclarecen. Pero Trui pensaba que seguramente habría bastado un pedazo de regaliz para sanar a Jan. No se acordó, pero el hígado de un gallo, uno que se haya desplumado vivo, es un remedio aún mejor, pero esa medicina solo la usa para ella misma. Bien que cansa este fastidio. Advirtió a Crisje. Eso se va a convertir en todo un hospital y a ella ya no la volverán a ver por allí. Y eso también lo comprendieron desde hace tiempo Jan y Crisje, el Largo y los chicos. La tía Trui le tiene miedo a Jan Kniep, mejor que se hubiera quedado en Indonesia. Qué vergüenza, por Dios. Tendrían que expulsar a ese hombre del pueblo. Contagia a barrios enteros y echa a perder todo el ambiente aquí. La gente es persistente, pero Trui solo lo nota en los demás, ella misma lleva puesta su corona. Pero aun así, también la crema dulce de bayas de saúco sana y casi todo lo que haya florecido un poco y que le pertenezca a la Madre Naturaleza, ¡todo puede sanarlo a uno! ¡Toda enfermedad tiene alguna hierba como remedio! ¡Crisje lo sabe! Lo ve y eso no se lo quita nadie en absoluto, pero entonces también ella mira con sus ojos interiores la vida en la materia y es exactamente lo que también sabe hacer Jeus. Es por eso que se entienden tan bien.

Lo saben, más adelante La Parca volverá para llevarse a Jan. Jan no tiene miedo, ¡solo ahora está disfrutando plenamente cada segundo! Puede decir: ¿Estás allí, querida? ¡Estoy listo! ¡Hola, bella muerte! Pero te voy a quitar la corona de la cabeza. ¡Tragona hipócrita! ¿Será que nunca te sacias? Crisje y

Jeus le van arrancando las perlitas, las más bellas de su gorra, y enseguida le hacen un hermoso collar a Miets; esta también tiene que tener algo, algo significativo, y ¡para eso son las perlitas de La Parca! Ahora puede llegar Miets, su camita también está lista, pero en el ático ya viven cuatro, son Johan, Bernard, Jeus y Jan, a los dos siguientes les dieron la cama empotrada y Miets y el otro que todavía tiene que llegar duermen donde papá y mamá.

Nuestro Señor ve que aquí tienen todo calculado, no les sorprenderá nada y ¡eso lo tienen que aprender todos SUS hijos!

¡Adiós Señor Nuestro! ¡Aquí nadie se queja!

Gerrit, vamos, ven a ver, ya recibí a mi hermanita

Jeus se ha convertido en un chico grande, por fin ha llegado el momento: él también tiene que ir a la escuela. Sus zuecos están al lado de los de Johan y Bernard, porque a Crisje no le gusta nada la idea de romperse la nuca; además, es parte del gusto por el orden del Largo.

Fanny lo lleva. ¿Todavía no están mirando los adultos? Por dentro está tranquilo, en los pantalones lleva cosas ricas de mamá, aguantará y se entregará por completo a la maestra. Crisje espera muchísimo de él, es despabilado y tiene una buena cabeza, está abierto a la vida. También el Largo piensa que sin duda los dejará atrás a todos en un abrir y cerrar de ojos. Ya suena el timbre, está tan tenso que olvida despedirse de Fanny. Ni diez minutos más tarde, oye cómo llora el animal, también a la maestra le empiezan a molestar esos gemidos. Ya pregunta:

—¿De quién es ese perro fuera?

—Es mi Fanny, maestra.

—Vaya, ¿podrías entonces llevar un momento a tu Fanny a casa, Jeus?

—Claro, maestra.

Afuera que va.

—Fanny, claro que tienes razón, pero ¿por qué no puedes entender todavía que tengo que aprender? Habría podido saludarte esta tarde, ¿no? Ahora necesito que me escuches muy bien. Tenemos que aprender, y todo lo que aprenda te lo voy a decir. No habrás perdido la razón, ¿o sí, Fanny? Ven, y ahora vas adonde mamá.

Tres minutos después está de vuelta en el salón de clase. La maestra piensa, ‘No puede ser’, y no obstante está allí sentado de nuevo.

—Si tú vives en la Grintweg, Jeus, ¿no es cierto?

—Sí, maestra.

—Pero entonces no puedes haber vuelto en tres minutos, ¿verdad?

—Sí, maestra, Fanny ya fue a casa. Se me había olvidado despedirme de él (—dice).

Sin pensarlo, con la maestra ya tiene el futuro asegurado. Jeus añade:

—Pregúntele a Theet, Anneke y Mathie si quiere, maestra, ellos también saben que mi Fanny tiene la razón de un humano.

—Vaya, ¿es cierto eso, Jeus?

Ese es el primer contacto para su vida y no se ve tan mal, Crisje. La profesora siente: este niño posee algo. Es un niño muy diferente y ella lo seguirá. Cuando dan las doce, Fanny está esperándolo. Y ahora la maestra puede con-

vencerse a sí misma: Fanny está como loco. ‘Es un contacto curioso’, piensa, ‘algo particular’. Ese animal llora como puede hacerlo un ser humano. Ha olvidado por completo a su Largo y José, y piensa que allí no lo encontrarán. La maestra lo va siguiendo un momento. Sí, maestra, a Fanny solo hay que decirle las cosas una vez para que las recuerde. Más adelante empezará a entender que Fanny tiene más razón que Jeus. Fanny entiende las cuestiones sociales, Jeus no. Fanny puede reflexionar sobre cosas normales. Jeus no está abierto a eso y pronto lo experimentarás. Pero cuando le cuentas algo sobre Nuestro Señor, hay diez seres viviendo en él y te divertirá, la vida bella le dice todo. Pero ¿qué es la vida?

Tres semanas después, el Largo tiene que acudir a la escuela. (Para ver a) la maestra y el director, el señor Hornstra. El Largo lo conoce muy bien, quieren hablar un momento con él. El Largo escuchó las historias y volvió adonde Crisje.

—Sí, Cris, Jeus no sabe estudiar. Supongo que no querrás entenderlo, yo tampoco, pero así son las cosas. Está atontado, Cris. Está distraído. Está en otra parte, Cris. No está allí con la cabeza, Cris.

—¿Tan grave es, Hendrik?

—¿Lo habrías podido pensar de nuestro Jeus, Cris?

—No, ¡claro que no!

Todavía no es tan grave, porque qué importancia puede tener el primer año, pero el director de la escuela pensó que tenía que contárselo al Largo. Piensa en un retraso mental. Y esas son palabras terribles, Crisje. El Largo y Crisje hablan con Jeus.

—¿Por qué no quieres aprender, Jeus? Eres consciente de que allí tenemos que pagar por ti, ¿verdad? Cuesta dinero, Jeus.

—Sí, mamá, lo sé. Pero me esfuerzo, de verdad.

—Se puede decir que es cierto. Pero estás allí durmiendo. Y dormir puedes hacerlo por la noche.

—¡Sí, papá!

El Largo no sabe qué pensar. Pero Jeus no está allí, sale volando a todas partes y pasa más tiempo en los bosques que en la escuela. Tiene un aspecto como si ya no fuera una persona. Y todo sale mal. Todo le da igual y por lo visto es el más tonto de todos. Y eso es una gran decepción para Crisje. Jeus, el que siempre más sensibilidad poseyó, es ahora el más pobre del grupo y el más pobre de espíritu. Bernard ya le da su paliza, pero eso tampoco es remedio; sigue tonto. ‘Aunque luego las cosas irán elevándose y entonces ya vivirán otra cosa’, piensa el Largo, ‘esto desde luego que todavía no dice nada’. Pero los meses van pasando y Jeus sigue siendo tonto; no puede aprender. Copia. Gerrit del panadero reflexiona en su lugar, y le parece perfecto. De vez en cuando Jeus le da a Gerrit una manzana o alguna otra golosina por

dejarlo copiar. A la maestra, Jeus le parece claramente un caso especial. No sabe lo que vive en este niño. A veces uno se encuentra ante un adulto, y otras ante un hospital psiquiátrico, al que Jeus pertenece entonces. La maestra ha constatado que en algunas ocasiones Jeus sabe de antemano lo que ella quiere decir, y eso a su vez es curioso para su vida y su personalidad. De no ser por eso, Jeus debería haber ido a otra escuela, pero tal vez esos sentimientos lo sacarán del apuro. Una tarde, la maestra lo acompañó por la Grintweg. Tenía ganas de conocer a la madre de Jeus.

—Pero qué educado es, señora.

—Sí, maestra, así es Jeus. ¿Van un poco mejor las cosas, maestra?

—Ya llegaremos. ¿Tú qué piensas, Jeus?

—Sí, maestra.

La visitante puede ver las palomas un momento, pero no tiene tiempo para los cerdos. Ahora sabe que Jeus tiene una buena madre. Así sigue avanzando mal que bien y mira, pasa al siguiente nivel a pesar de todo. Pero la miseria empieza en el segundo grado. No sabe manejar esa materia. No penetra en su vida lo que le dan a aprender allí. Pero otra vez tiene a Gerrit del panadero a su lado, puede copiarle y a este le parece bien, aunque todavía no ha llegado al punto de sentir que su sabiduría posee valor. Sin embargo, también eso despertará en Gerrit y no será el mejor día para Jeus. Anneke lo está dejando cada vez más atrás. Es casi la mejor. Mathie y Theet son alumnos comunes y corrientes. Ahora se entera de que Bernard estudia bien. Johan es regular, se deja llevar por los demás y ni siquiera quiere estar entre los mejores. Pero Johan hace otra cosa. El Largo inventó algo que trae dinero a casa. Crisje está tajantemente en contra, pero el Largo impone su plan. Ahora, después de salir de la escuela, Johan va a Emmerik y recoge allí los periódicos. Tiene que echarlos por aquí y por allá al buzón, y eso le genera a Crisje tres marcos enteros por semana.

—Más adelante, cuando sean mayores—dice el Largo—, sabrán trabajar. —Y no planea convertirlos en una pandilla de lloricas; sus hijos se arremangarán. Siempre a la intemperie. Cuando otros niños tienen el deseo de poder jugar un poco, ese bueno de Johan debe andar primero hora y media por la aburrida calle Emmerikseweg, aunque hiele hasta dejarlo entumecido y llueva a cántaros. Johan tiene que repartir periódicos y ganar dinero. A decir verdad, Crisje no lo soporta, nunca lo quiso así, pero el Largo lo exige y ¡él es quien manda!

Y pronto también Bernard tendrá que ir con Johan, y Jeus cuando haya llegado el momento, ¡claro! Tienen que entregar esos periódicos hasta en 's-Heerenberg. El Largo está orgulloso de sus chicos, ese periódico que tú estás leyendo, te lo pusieron en el buzón mis chicos, y claro, ya ganan dinero. ¡Los exprime a fondo! No importa si eso es bueno o malo, Crisje, los padres

complacientes hacen caracteres débiles. Pero Johan ya ha llegado a casa con un gran agujero en la pantorrilla, lo agarró un maldito perro de esos, y eso encima ahora que está al servicio de Nuestro Señor. Crisje se lamenta, gimotea día y noche, pero no sirve de nada, ¡Johan ganará dinero! Aquí no tengo nada que decir o no me entrometo en nada, ¿qué quieres, Crisje?

Johan no refunfuña. De vez en cuando también tiene sus pequeñas diversiones. En realidad, Bernard ya está que explota, porque Johan puede contar de todo sobre Emmerik. ¿Lo ves, Crisje? Tus chicos están aprendiendo algo. O sea, que no fue tan mala idea del Largo. Ahora a los chicos les va entrando la conciencia de que significan algo, y eso es muy importante, ¿verdad? Crisje está preocupada, pero la vida sigue y una se acostumbra a todo. Después de cuatro semanas, ya es parte de la vida. Después de salir de la escuela, también Bernard corre con Johan a Emmerik: ahora se van alternando, lo pensó bien el Largo y se encargó de que se añadieran treinta centavos de aumento, y eso es un buen monto para un niño. Pero es dinero ganado a duras penas. Hay que ver a los chicos cuando llueve que se cae el cielo, ahora todavía es soportable, pero ¿dentro de poco, cuando hiele hasta dejarlos como carámbanos? A veces llegan a casa chorreando, y aun así, lo que dice Johan es:

—Pero no te preocupes, mamá, me gusta demasiado.

Y Bernard piensa igual, viven todo tipo de cosas.

Jeus repitió clase con Gerrit del panadero, pueden quedarse un año más en segundo grado. Y ahora Gerrit ha llegado al punto en que ha empezado a entender por qué Jeus le echa miradas furtivas por encima del hombro y por sus flancos. Lo convertirá en un pequeño negocio, a fin de cuentas él es quien calcula todo. Pero con tantos cálculos, resulta que Jeus vuelve a estar en segundo año, y Gerrit con él. ¿No entienden que esos dos chicos solo se engañan a ellos mismos? No, no se dan cuenta de eso. Ahora Jeus tiene que asegurarse de que siempre haya algo rico para Gerrit. Las peras de Bernard son buenas para eso, pero este no lo sabe. Crisje no puede gastar montones de dinero en fruta, pero Bernard no necesita a mamá, aunque pobre de él si el Largo se entera de eso. Y es que no hay jardín en el que Bernard no conozca todos los árboles. Pero sí aligera un poco los árboles. Si lo sorprenden le espera un montón de problemas y lo mandarán al sótano. Aunque haya ocultado su cosecha muy bien, no fue suficiente para evitar que Jeus supiera abrir esa puerta. Debajo de la paja hay de todo. Allí se pueden encontrar los albaricoques más ricos y las peras más finas, de todo lo que la Madre Naturaleza tiene para regalar año tras año a su vida. Los escollos no significan nada para Bernard. Esas cosas son buenas para los lelos, y Bernard no lo es. Pero por una fina pera de esas, Jeus puede volver a copiar durante semanas. De vez en cuando desciende en el paraíso de Bernard y puede pagar sus deudas, porque Gerrit siempre vuelve a exigir: nada es gratis en esta vida.

Así Jeus continúa a trompicones. Pero viven en un tiempo en que todavía no se puede mangar fruta y Gerrit sigue exigiendo remuneración. Y da el caso que ahora tiene algo por lo que se puede copiar por lo menos medio año, así de grande es esta felicidad. Jeus tuvo a su hermanita. ¿A ti qué te parece, Largo? ¿Acaso has olvidado su predicción? Ahora tuvieron a una niña. Parece haberse vuelto loco. Nació Miets. De verdad tienen una hermanita, solo esos chicos no es suficiente, ahora la felicidad es completa. Vuelve a visitarlos Mina; otra vez puede charlar bien a gusto con Crisje y se entera sin buscarlo cómo está Jeus. Pero Mina dice:

—Cris, los adultos siempre han sido tontos. Los adultos que han hecho algo por el mundo siempre han sido unos auténticos tontos del culo.

Pero eso Mina no se lo puede hacer creer a Crisje ahora. Jeus ya repitió el año y eso es bastante significativo, pero Mina no quiere saber nada de esto. Gerrit quiere a toda costa saber todo de Miets. Jeus acuerda con él que por dejarlo ver a su hermanita, puede copiarle medio año. Gerrit puede ver a Miets. Pero Gerrit va sobre seguro, primero tiene que ver él mismo, solo entonces tomará una decisión. Jeus pone a Miets por las nubes: Gerrit no ha visto jamás a una niña así.

—Pero si ves esos ojitos, Gerrit, entonces parece que miras en los cielos.

Tal vez todo eso sea posible, pero aun así primero quiere ver por sí mismo. Jeus pone a Mies por las nubes:

—Solo mira esa cabecita, Gerrit. Y luego esa boquita y esas finas manitas de Miets. Dios mío, Gerrit, en tu vida has visto semejante niña.

—Lo sé, pero todo el mundo cree que los niños son ángeles, todo el mundo cree que los niños pequeños son como azúcar moreno, pero eso a mí todavía no me gusta —observa Gerrit secamente.

Aun así, Gerrit quiere saber algo sobre ella, y pregunta:

—Entonces ¿tu Miets se parece a la niña de Bonges?

Ahora Jeus comprende que Gerrit no tiene idea; le contesta de inmediato:

—O sea, ¿quieres comparar a nuestra Miets con esa víbora roja de Bonges?

—¿Y quieres decir que la niña de Bonges es una víbora roja? Ahora ya sé, no has visto a esa niña. Es un ángel. Es rubia y no pelirroja.

—Pues será muy cierto, pero nuestra Miets es completamente diferente. ¿No quieres ver a Miets entonces?

Acuerdan que Gerrit irá a verla el miércoles por la tarde. Quiere formarse su propio juicio, y a Jeus le parece muy bien. Miets es un regalo de Nuestro Señor, y no permitirá que eche pestes de ella. Gerrit el pelirrojo llega y establece sus exigencias. Pero Jeus sabe que gracias a Miets podrá copiar por lo menos medio año, y así de inmediato se disipan las preocupaciones. Todavía vocifera:

—¡Y cuando oyes reír a Miets, Gerrit!

—¿Qué quieres hacerme creer? ¿Quieres hacerme creer que tu Miets ya sabe reír? Eso es presumir de nada, caray.

—Ya lo verás por ti mismo, Gerrit.

Allí está Gerrit.

—Mamá, ¿dejas que Gerrit vea a Miets?

—Claro.

Jeus va con Gerrit hacia la cuna y empieza.

—Mira qué hermoso ojitos, ¿no, Gerrit? Vaya boquita tan bella, ¿no? ¿Y esos dedos? Ya te lo dije, ¿cierto o no?, Miets es como un ángel. Recibimos una niña como no recibe nadie, y ¿te dije demasiado? Así como es Miets no hay ninguna niña, ¿cierto o no? ¿Te parece bien que ahora te copie durante medio año, Gerrit?

Gerrit mira y huele algo. No dura mucho hasta que Jeus oye:

—Ya podrás decir que Miets es un ángel, pero también huele a mierda.

Un golpe certero. Es terrible, ese maldito panadero pelirrojo, diablos. No falta mucho para que Jeus le pegue. Todo sus cálculos se esfumaron. Su pretexto:

“Gerrit, por qué no vienes a ver, he recibido una hermanita”, no vale un centavo. Gerrit es inalcanzable. Miets está allí y le echó a perder todo. No había contado con esto y Crisje, que lo siguió, lo entiende. Por qué no vienes aquí.

—Ahora sé por qué repites el año. Pero ahora otro gallo cantará.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, no pasa nada.

Ahora el Largo va a hablar un momento con el maestro de Jeus. Y el niño lo siente, fue tonto, mordió el anzuelo, ahora se ha tomado el pelo a sí mismo. Ya no viene al caso despotricar contra Miets. Ahora está al lado de otro chico. Jeus, así debe ser. Ahora sí, vamos, lo tienes que hacer tú mismo o no aprenderás nada del todo. Y se está esforzando, el maestro lo sigue, aprende algo, pero por dentro él funciona de otra manera. Puede usar ahora algo y eso lo arrastra a través de la vida. Sabe pensar y ahora lo usa para lo que no sabe ni tampoco aprenderá nunca. Se sintoniza con su maestro y ahora de repente lo sabe. Y lo más curioso de todo es que todavía ahora puede vagar por los bosques con Fanny. El maestro le dice lo que tiene que aprender y cada vez tiene preparada la respuesta, pero es de otra persona. ¡No aprende nada!

Por medio de la transmisión telepática, Jeus se arrastra hacia arriba. Y para su sentir y pensar, el resto no le dice nada, y si ponen su pequeña personalidad en la balanza anual, es justo suficiente para pasar. Ya no queda un gramo de conciencia, pero tampoco menos, de modo que sigue pasando apenas; vencerá la escuela a su manera. Claro que sí, maestro, escucha, pero no está abierto a tu seca materia, a eso no se le puede cambiar nada, ¡nada! Otros

echaron sus fundamentos, al alma de Jeus se le da a vivir sabiduría sobrenatural y eso ahora lo quisiera asfixiar, pero no se quiere eso. No le interesan tu palabrería y tu machaconería, ni nada de lo que va más allá de la frontera. Aprenderá alemán porque no le cuesta esfuerzo y lo oye aquí y allá, por lo demás su vida se niega a aceptar tu rollo seco. Todo lo que le das a aprender, maestro, es de naturaleza secundaria para su personalidad, una veracidad interior se ha acaparado de sus sistemas, y más adelante esos lo alejarán de casa hacia la sociedad, pero todo eso es para luego. Crisje piensa, ‘Ojalá más adelante le enseñen el catecismo, ojalá se encuentre con los problemas divinos, entonces ya vivirán algo muy distinto’. Pero también entonces, querida Crisje, hará las cosas de cualquier manera, porque precisamente ahora se le dan a asimilar esas otras fuerzas, con las que el señor párroco y su ayudante no saben qué hacer. Y solo entonces conocerás a tu Jeus.

Solo está en la escuela a medias, Crisje. Ahora aprendió cómo puede dividirse y es por eso que vive esas horas. Percibirá de manera infalible si el maestro tiene algo que preguntarle; usa el resto de su tiempo para sus escapadas con Fanny, porque dentro de él vive algo y le dice: no te preocupes, Jeus, tú tendrás una tarea muy diferente para la sociedad y los seres humanos, a saber una que te dará Nuestro Señor. Pero no serás ministro protestante ni párroco, serás un consciente “Cósmico” y es algo muy diferente, aunque aquí no entiendan de eso. Maestro, ¡Jeus será un “Sócrates”! Luego incluso pasará volando dejando atrás a Sócrates, te analizará a Platón, traerá el Antiguo Egipto hacia el seco y juicioso Occidente, vivirá y padecerá el Gólgota de otra manera y por eso escribirá sus libros. Ahora dirás, pero entonces con más razón tiene que aprender, pero deja eso en manos de ellos, su Largo... y su amiguito José, y los muchos otros que lo siguen, para quienes Jeus sirve y para quienes su vida despertará. ¡Todo eso llegará!

Pero las preocupaciones con Gerrit se han esfumado. Admite sinceramente que ese pelirrojo lo tenía bien agarrado. Ahora está ante sí mismo y la bella vida, y hará de ella lo que se pueda, Largo, en la medida en que sea capaz de asumirla. Puedes estar contenta de él, Crisje, ¡no hay más! Ahora Jeus se sintoniza con su maestro y lo sabe. ¡Qué cosas, verdad, Fanny! De todos modos tu amo no se aleja de ti ni un segundo. Vamos entonces, la vida es bella, ¿no? —para Jeus todavía no hay eclipses solares—, la ha encontrado y seguirá, también para él existe una conciencia social.

Y entonces otra vez hubo suficientes peras y manzanas debajo de la paja. Ay, Bernard, el día que te agarren con las manos en la masa no te irá muy bien y te tendrán abierta la puerta del sótano. Pero Bernard, lo que te metiste en la cabeza ahora es peligroso, es el extremo, ¡son agallas puras!

¡Unos días después ya se había armado la de Dios!

Señora Aanse, fue mi Bernard quien lo hizo

Bernard piensa que Nuestro Señor es bueno y omnisciente, especialmente si encima de todo se encarga de que haya un pequeño paraíso cerca de casa, al que puedes entrar trepando sin más y sin que la gente se dé cuenta, por lo menos si llegas antes que el borrego que vive allí y que de todos modos es incapaz de zamparse esas delicias.

Una mañana, las uvas de la señora Aanse se han esfumado. Centenares de preciadas uvas están dispersas por el suelo, parece como si un huracán las hubiera arrancado de las ramas, tan rudamente y a la ligera fueron bajadas. Es grave, ¡es muy malo! Y la señora Aanse ni siquiera lo sabe.

Crisje ve que Bernard está boca arriba chupando unas uvas. Se pega un susto horrible:

—¿No son esas las uvas de la señora Aanse, Bernard?

Bernard se siente atrapado en flagrante, por fin lo agarraron. Crisje no permite que se robe.

—¿Qué comes allí, Bernard? ¿Uvas?

Bernard quiere esconder sus uvas como un rayo, pero justo es tarde.

—Y bien, ¿no me puedes contestar?

Bernard no llora, sino que rápidamente pone pies en polvorosa. Pero Crisje todavía le grita:

—Devuelve las uvas, Bernard. Son de la señora Aanse. Lo sé.

Pero Bernard no es así. La señora Aanse lo desollaría; esa mujer, que pesa ciento veinticinco kilos, es de armas tomar, Bernard lo sabe muy bien y por tanto no considera devolverlas. Pero qué pena, ahora Crisje tendrá que decírselo al Largo, y entonces Bernard no tendrá su mejor día. Ya volverá. Pero no se asoma en todo el día. Pronto llegará el Largo a casa, y Bernard todavía no está. Es una vergüenza. La señora Aanse vive a dos casas. ¿Qué tiene que hacer Crisje? Bernard se pasó de la raya, lo estuvo pensando suficiente tiempo, pero qué se le va a hacer, las veía creciendo delante de sus narices, cada vez más grandes, y entonces sucumbió. Bernard pensó que nada podía pasarle de todos modos, y ahora ya se vio: Crisje lo agarró in fraganti. Bernard es una maravilla de chico, pero le gusta mangar, para él es un deporte divertido. Es lo más divertido que hay, pero ni el Largo ni Crisje quieren saber nada de eso, no quieren que los chicos se conviertan en maleantes.

Ahora Crisje va a buscar a la señora Aanse, ella misma se lo va a contar. Está sentada en su rincón, sin saber todavía que le robaron detrás de su casa las uvas. Crisje lo sabe, pues de lo contrario la señora Aanse ya habría armado un alboroto.

—¿Qué, Crisje? ¿Tú por aquí? Tan cerca que vivimos una de otra, y aun así nos vemos tan poco, ¿verdad? Nunca tenemos un momentito para hablar, y menos tú con tus chicos. Dime, ¿cómo están? ¿Están sanos? Siéntate, Crisje.

‘Qué cosas’, piensa Crisje, ‘la buena mujer todavía no sabe nada. Déjelo allí, señora Aanse’, piensa, ‘enseguida ya hablará de mis chicos en otros términos’. Crisje no tiene nada de ganas de inventar primero una gran historia; enfila directamente la vida de la señora Aanse.

—Sí, señora Aanse, todo va bien, pero no le traigo noticias muy agradables. ¿Es que todavía no sabe que le han robado sus uvas?

—¿Qué me estás diciendo allí, Crisje? ¿Que me robaron mis uvas? Y eso me lo tienes que venir a contar tú, y ¿yo misma no sé nada de eso? Nunca me ha pasado eso. Mis preciosas uvas, ¿robadas? Es demasiado para mi vida, Crisje.

Ahora la señora Aanse quiere convencerse a ella misma, pero sus piernas ya no son tan buenas y vuelve a dejarse caer en su silla.

—Estoy mal, Crisje, ya no tengo buenas piernas, están hinchadas.

—Compresas mojadas, señora Aanse, siempre funcionan.

—Es cierto, Crisje, cómo no pensé en eso. También tengo las rodillas hinchadas.

La señora Aanse se levanta haciendo palanca con las rodillas para mirar los destrozos y gime:

—Santo cielo, Crisje, mis pobres uvas. Eso sí que es una pasada, que Dios me perdone. Cuando lo agarre, le retuerzo el pescuezo. Le parto los huesos. ¿Y sabes quién lo hizo, Crisje?

—Sí, señora Aanse, lo sé, fue mi Bernard. Por favor dígame lo que cuestan, y ya se las pagaré.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Tu Bernard robó mis uvas? Entonces voy a los gendarmes. Que lo metan a la jaula, Crisje, tienen que meterlo detrás de los barrotes. ¿Ya no tienes nada que decir tú ni tu Largo? (—pregunta.)

Ahora la señora Aanse pone a parir a Crisje y esta acepta todo.

—Aquí no hay nada que yo pueda decir, Crisje. Esto tiene que terminar. Esos chicos tuyos van a acabar mal. Lo dijo Trui, pero ahora puedo creerlo. Mi Theet nunca haría algo así.

—¿Entonces no habrá manera de arreglarlo, señora Aanse? Usted solo tiene uno, yo tengo cinco. Debe haber una manera de arreglarlo, ¿no?

—¿Quieres que te diga algo, Crisje? Eres demasiado buena con tus chicos, pero así puedes echarlos a perder. ¿Acaso no sabes lo que significan para una unas uvas propias? Me molesto día y noche para darles todo lo que les haga falta y ahora ¿ya no están? Esas uvas son para mí y no para tu Bernard.

La señora Aanse sale de la habitación. Crisje puede largarse, siente mucha tristeza. ¿Dónde se habrá metido Bernard? Jan Kniep lo está buscando.

—¿Dónde estabas, Jeus?

—Estaba donde Hosman, mamá.

—¿No sabes dónde está Bernard? ¿Oíste lo que hizo? Le robó sus uvas a la señora Aanse.

‘Eso es terrible’, piensa Jeus, ‘ahora le darán su merecido a Bernard’. Por fin lo agarraron. Ya llegó el Largo. ¿Qué pasó aquí, Cris? Siente que algo anda mal. Y entonces, Crisje confiesa todo honestamente.

—¿Dónde está Bernard?

—Hendrik, cuidado, vas a matar a tu hijo a golpes por unas uvas.

Pero el Largo ya no es él mismo. Crisje piensa, ‘Ojalá ya hubiera pasado esto’. Si Hendrik le pega, ya no quedará mucho de Bernard. ¿Dónde se metió Bernard? Hendrik, te advierto, no te olvides a ti mismo. ¿Dónde está Bernard, Jan? No lo sé, Hendrik. Johan, ¿has visto a Bernard? ¿Tu tampoco, Jeus? ¿Nadie ha visto a Bernard? El Largo está en la mesa, le hierva la sangre, da patadas por tanto veneno. De pronto cree saber dónde está Bernard. Sale corriendo al pasillo, abre la puerta del sótano y grita:

—Bernard, ¿estás allí?

Desde la oscuridad llega un lloriqueo. Bernard pensó, ‘mejor me meto de una vez, de todos modos tendré que ir’. El niño sube trepando los escalones. Cuando está al alcance del Largo, este lo agarra y ahora Bernard cuelga en el aire como un lucio recién pescado. Así aparece el Largo con Bernard frente a Crisje. Crisje ya está gimiendo, pero ahora Bernard está entre las piernas del Largo y no puede ir a ninguna parte. Toda la casa está patas arriba. Jan y los chicos están allí en un rincón, Crisje está frente al Largo, suplicándole “No te olvides, Hendrik”. El Largo no hace caso de nada. Cuando Jan quiere decir, Hendrik, acuérdate, es solo un niño, este le dice que aquí él es quien manda y que mejor se calle la boca. Jeus tiembla y se estremece, Johan también llora, porque ahora van a ver.

—Así que este es nuestro ratero, ¿verdad? —empieza el Largo—. Este no puede obedecer. Nos lleva la contraria a mí y a mamá. Nada le importa. ¿Puedes mirarme, Bernard?

Bernard mira al Largo a los ojos y dice:

—Adelante, mátame a golpes.

Pero el Largo todavía no pega, sino que Bernard oye:

—Si hace falta pegar, Bernard, ya lo hago cuando yo mismo quiera.

Crisje espera que tal vez todo ya se andará, pero esa esperanza se ve frustrada.

—¿Alguna vez más has robado algo, Bernard?

—No, papá.

—¿Estás tan seguro, Bernard?

—Sí, papá.

—¿Por qué no quieres obedecer, Bernard?

—No lo volveré a hacer, papá.

—Si vuelves a tener las agallas para robar, Bernard, entonces de verdad que te mato a golpes.

Crisje piensa que se zafará con una buena reprimenda, pero todavía no es así, Crisje. El Largo se tumba a Bernard en las rodillas y le pega con tal empeño que Crisje se va derrumbando de dolor.

—Hendrik, déjalo ya, vas a matar a tu hijo a golpes.

Hendrik le da tanto que no queda mucho de las pequeñas nalgas de Bernard.

—Listo, y ahora a la cama sin cenar.

Bernard se puede ir. El niño ya casi no puede caminar. Crisje no lo acepta. Dice mientras lo oyen todos:

—No se te ocurra volver a intentar eso, Hendrik. Si ocurre otra vez, me voy con los niños; ya no es un castigo, es una vergüenza.

Pero el Largo le dice a Crisje que ya hablarán más tarde. El Largo ve que Crisje chapucea con comida.

—Cris, dije a la cama sin cenar.

—Eso son castigos dobles, Hendrik. Puedes hacer lo que quieras, pero a mí no me parece mandar a los niños a dormir con el estómago vacío.

—Dije a la cama sin cenar, Cris.

Bernard está en la cama chupando una pera con apetito. Johan lo ve.

—¿Aun así tienes algo de comer, Bernard?

—Pero ¿es que estás ciego o qué?

—¿No te duele entonces, Bernard?

—No quiero tener nada que ver con el dolor.

A Johan le entra respeto por Bernard. ¡Qué tipo! No se lo había imaginado. ¡Bernard es fuerte! No, Johan no se habría atrevido a hacer esto, ni roba tampoco: le da miedo eso de andar mangando. Abajo las cosas se disputan de otra manera. El Largo dice:

—¿Encima quieres favorecer eso de robar, Cris?

—Sabes muy bien que eso no es así, Hendrik, pero esto no es castigar. Ya no tenías idea de lo que estabas haciendo. Estabas como poseso.

—Soy el padre y sabré yo cómo hay que castigar a mis hijos, Cris.

—Vaya, ¿eso pensabas? Y pensabas que yo iba a seguir aprobándolo. Y que te iba a dejar hacer con los niños lo que pensabas. Te voy a decir una cosa, si esto vuelve a suceder, créeme o no, Hendrik, ¡me voy! Te digo que esto no es castigar. Sacas el respeto a golpes. Los niños terminarán por tenerte miedo.

—Vaya, pensabas eso, Cris. ¿Viste entonces que me tenía miedo?

—¿No lo entendiste entonces, Hendrik? ¿Será que no entiendes que Bernard está completamente en contra tuya? Lograremos más con delicadeza.

—Soy su padre o no lo soy, Cris.

—Eres el padre de los chicos, claro, pero todavía estoy yo también. Y si quieres volver a castigar así, seguiremos hablando, Hendrik.

Ya está, Largo, arréglatelas. Crisje llora, esto fue demasiado. Sube y mira las pequeñas nalgas de Bernard.

—Ay Dios mío, se te desaparecieron las nalgas a golpes.

—No siento nada, mamá —dice Bernard.

Cuando Crisje baja, el Largo dice:

—¿No sientes acaso, Cris, que ahora los niños van a estar entre tú y yo?

Crisje reflexiona un momento y entonces le da razón al Largo. Pero ve a mirar por ti mismo lo que hiciste. Al Largo le da igual. Siguen hablando un largo rato; Crisje tiene que darle razón, y el Largo se la da a ella. Pueden volver a seguir. De aquí en adelante, el Largo castigará de otra manera. Y Crisje mantendrá la boca cerrada cuando papá les lea la cartilla a los chicos. Nuestro Señor dijo:

—Bien hecho, Crisje y Hendrik, así las cosas van bien, hay que entenderse o los chicos saldrán volando por encima de la cabeza y eso no debe ser. Pero, Largo, esto fue un poco demasiado.

Johan ve que Bernard rebusca debajo de la paja y quiere saber todo sobre eso. Jan Kniep disfruta en su cuartito, lo entiende y piensa que Bernard es todo un as. Bernard le dice a Johan:

—Por qué no cierras el pico, con tus gritos, de lo contrario te la cierro a golpes. Tengo comida de sobra.

Un poco después comen juntos de las ricas peras y manzanitas. A Jous también le parece que Bernard es un milagro, y todavía un poco después se cierran todos esos ojos y la conciencia diurna duerme para olvidar lo cotidiano, pero mañana habrá otro día. El Largo todavía no se ha ido cuando Crisje ya está frente a las camitas.

—Por favor déjame verte esas nalgas, Bernard.

Dios mío, ahora ya no tienes nalgas. ¿No te duele, Bernard?

—No, mamá, no siento nada.

—Pero hoy te quedas en la cama.

—No siento nada, mamá.

Johan también tiene que mirar. Está de acuerdo en que no ha quedado nada de las nalgas de Bernard. Baja. Ahora Bernard está en la habitación delantera, de pie sobre una silla delante del espejo, mirándose. Tiene que admitir que ya no son nalgas: el Largo las dejó repletas de morados. Pero eso ¿qué dice? No dice nada, ¡nada! Ahora le dice a Crisje que va a ver a la señora Aanse para hacer las paces.

—¿Te atreves, Bernard?

—Claro, mamá.

—Y ¿no vas a volver a robar nunca, Bernard?

—Claro que no, mamá.

—¿Me lo prometes, Bernard?

—Sí, mamá.

Es casi increíble, qué fuerte es ese niño, que pena que Bernard mangue. Es un atrevido y con determinación va adonde la señora Aanse. ‘Ahora ya verás’, piensa Crisje. Allí oye redoble de caballos, son los gendarmes. No, todavía pasan de largo por su puerta.

—¿Señora Aanse? Bernard está frente a la mujer gorda y confiesa todo.

—Señora Aanse..., vengo a confesarme. Robé sus uvas, pero nunca lo volveré a hacer. Le pido perdón. Y papá me pegó hasta casi matarme, señora Aanse. Mire usted misma.

Bernard se baja con dificultad el pantalón y le muestra a la señora Aanse sus pequeñas nalgas, molidas a golpes. La señora Aanse mira y piensa que ella no le habría dado una paliza así a Bernard. El niño la mira a los ojos y espera.

—Eso sí que es recibir una paliza, Bernard, sin duda, que Dios me lo perdone. Eso lo tengo que decir: tu padre sabe hacerlo.

—Sí, señora Aanse, papá sabe de estas cosas.

—Mejor vuelve a cerrarte el pantalón. Ya lo vi.

—¿Entonces no quiere pegarme, señora Aanse?

A la señora Aanse le da risa. Ay, ese Bernard. No, Bernard, ya te dieron suficiente y además creo que eres valiente. Ahora ella oye otra cosa que, “Sí, señora Aanse, claro señora Aanse, tiene razón señora Aanse. Ya no lo volveré a hacer, señora Aanse. ¡Lo recordaré, señora Aanse! No, señora Aanse, eso no lo hará su Theet, lo sé, señora Aanse, su Theet es demasiado bueno para eso”.

Y ¿qué hace la señora Aanse? Piensa que Bernard es el mejor de todos. ¿No le gustaría a Bernard un vaso de limonada? ¿Te parece, Bernard? Mira por ti misma, Crisje, o no lo vas a creer luego: Bernard toma limonada con la señora Aanse. La señora Aanse no va adonde los gendarmes, ha perdonado a Bernard. Y, Crisje, se han hecho amigos. Cuánto gusto le dará eso a Nuestro Señor. Cuando Crisje lo oye no puede creerlo. ¿Cómo hizo ese mocoso para influir en la señora Aanse? El Largo también admite que Bernard puede inventarse buenos pretextos, pero ya tiene que dejar de mangar. Cuatro semanas después, Bernard le pregunta a Jeus si quiere mirar cuántas peras hay en ese pequeño árbol donde Hosman. Jeus casi se muere del susto, ¿se volvió loco Bernard? No, Bernard no está loco, sabe lo que quiere. Ahora fíjate bien, quiere las grandotas. Cada año lo han molestado los niños de Hosman. Este año, esos pedazos de pera son para él. Esas peras son las más grandes de todo el vecindario. El deporte de hacerse con ellas es para Bernard como comer y beber, y solo cuando tiene esas dejará de mangar. Jeus siente que esto es temerario. Héctor de donde Hosman es un maldito sabueso. Bernard ya

tiene listo su plan, cada mañana va por la leche y entonces charla un rato con Mieneke y Gerrit, quiere ver a Héctor un momento. Y lo logra. Le da rica salchicha a Héctor, pero Crisje ve que las provisiones encima de la chimenea van disminuyendo y se pregunta, '¿Corté de esa salchicha ayer?'. Ahora solo queda un pedacito. Es sospechoso, pero los niños comen mucho y bien. Bernard ya sabe cuántas peras hay en ese arbolito. Vale la pena. Es un deporte que no se vive todos los días. Pronto el Largo tiene que ir a Alemania para cantar, mejor imposible.

La noche que Bernard quiere dar su golpe está lloviendo. Tiene sus cosas listas. Héctor lo disfrutará y él tendrá unas peras enormes. Las caras que pondrán allí. Bajar por la calle Stokkumse weg como un rayo, luego entrar al jardín, cada paso ha sido calculado.

—Héctor... ¿Héctor...? Aquí te tengo algo.

El perro olfatea la rica salchicha, el animal percibe a un conocido. Estuvo acostumbrando a Héctor a su presencia desde semanas antes. Mientras, Bernard se trepa volando al pequeño árbol para llenarse los bolsillos y la canastita. Se pueden quedar con las cuatro que ahora siguen allí. No había pensado que sería tan sencillo. En poco menos de media hora ha vuelto.

—¿Las tienes, Bernard?

—Chsss..., cierra la boca. Pero las tengo.

Bernard duerme deliciosamente, no tiene nada que ver, este año esos tontos no comerán peras de cosecha propia. Todavía es temprano cuando Bernard y Jeus se asoman hacia el otro lado por la buhardilla.

—Están frente a la ventana, Bernard; piensan que lo hicimos nosotros. Mira, son Anneke y Mieneke.

Y es cierto, la familia los mira de refilón: eso lo hizo uno de los de enfrente. Crisje todavía no sabe nada. ¿Quién va por la leche?

—Yo, mamá.

Bernard se va. Allí lo recibe toda la familia, incluso Hosman.

—¿No sabes quién robó nuestras peras anoche, Bernard?

—¿Le robaron sus peras, Hosman? ¿Esas peras grandes? Pero Dios mío, Hosman, ¡qué vergüenza!

El granjero lo mira a los ojos, pero Bernard le devuelve la mirada. No, un chico no puede mentir así. Pero todavía no creen a Bernard. Ahora tendrá que probar lo que sabe hacer y les da esa seguridad. Todo el vecindario ya lo sabe. ¿No es una vergüenza? La Grintweg está revuelta. No, no lo hice, señora Hosman, ni siquiera se me ocurriría.

—Mamá, donde Hosman robaron anoche esas peras grandes.

—¿Qué dices, Bernard?

—Sí, mamá, me preguntaron si tenía algo que ver.

—Santo cielo, y eran unas peras tan grandes.

—Si, mamá, solo tienen un arbolito de esos allí y Héctor no les mordió las piernas.

—¿Estuvo dormido entonces ese sabueso, Bernard?

—No sé, mamá.

Bernard está tranquilo. Jeus no dice nada. Le tiene un respeto sagrado a Bernard. Los de allí del otro lado estuvieron despertándoles la envidia cada año y ahora eso terminó. Ahora se han enterado esos niños avaros y fanfarrones. Jeus va tranquilamente adonde Gerrit, tiene ganas de saber lo que tienen que decir allí.

—¿No sabes nada de eso, Jeus? —pregunta Gerrit.

—Cómo quieres que sepa eso, Gerrit. Pero me parece que es una vergüenza.

Gerrit también lo mira de reojo, Anneke lo pone a parir, pero Jeus no acepta eso.

—Supongo que sabrás, Anneke, que eso lo tendrás que confesar, ¿no? (—pregunta.)

Eso le da materia de reflexión. No se puede sospechar de alguien así como así. No, se oye:

—No tenemos nada que ver con esto, Anneke. No, Hosman, claro que no, pero entonces ¿Héctor estuvo dormido?

El Largo llega a casa. Bernard está otra vez entre las tuercas del Largo.

—Mírame a los ojos, por favor, Bernard.

El Largo mira, pero Bernard le devuelve la mirada.

—¿De verdad no lo hiciste, Bernard?

—No, papá, no tengo nada que ver. Ya no quiero robar, papá.

El Largo comenta el caso con Gerrit Noesthede. Es una travesura que no puede más que inspirar respeto. Allí donde Hosman ya no se dignan en mirar a Jeus, pero no por mucho tiempo; dos días más tarde, Crisje necesita paja. Y está encima de la pocilga, de vez en cuando tira de la paja y se la arroja a los cerdos. Esta mañana Crisje ve más que paja: una montaña de fruta le viene rodando encima.

—Santo cielo, ¿qué es eso?

Peras y ciruelas, manzanas y zanahorias, de todo cae rodando. Bernard está otra vez metido, ahora tendrá que volver a abrir su pantalón en la noche y para Crisje esto es muy grave. Pero las grandes peras de Hosman no están allí, esas están en otra parte.

—Bernard, ¡cuánta tristeza me causas, de verdad —gime Crisje, sabe lo que le espera, esto no lo puede callárselo. Hendrik tiene razón, nada bueno será del niño. Bernard no puede decir nada, lo sabe. Jeus y Jan sienten compasión por él en el alma. El Largo lo va a matar a golpes. Ahora las cosas no pintan bien para Bernard. Allí viene papá. ¿Qué pasa, Cris? El Largo se

entera del drama.

—Y ahora ¿qué tienes que decirme, Bernard? ¿Nada?

—No, papá, ahora sí márame a golpes, me lo merezco, papá, pégame.

‘Ese chico, qué caray’, piensa el Largo. Pero Hendrik piensa; desde luego que aprendió algo de Crisje. Ahora piensa excelentemente, nunca antes el Largo ha podido pensar así. ¿Será porque tuvo tanto éxito en el escenario? También llegan Peter, Gerrit y los chicos de Smadel: entran a la casa y ven que el Largo está ocupado con Bernard.

—¿Que qué pasa, Gerrit? Que este anduvo robando hasta juntarse un paraíso, eso es todo.

Crisje está junto al Largo sin decir nada, pero mira. ¿Qué hace Hendrik? ¿Moler a Bernard a golpes? Crisje reza, piensa, llora por dentro. El Largo sonríe. La corte ante la que está Bernard decidirá. Entonces el Largo pregunta:

—Puedo matarte a golpes, Bernard. Claro que puedo hacerlo. Pero esta vez quiero decirte algo muy diferente.

Y luego le dice a Crisje:

—Cris, los chicos se tienen que ir.

Los chicos tienen que salir de la cocina. Entonces el Largo dice:

—Bernard, si me confiasas todo sinceramente, soy capaz de hacer la vista gorda. Pero quiero saber todo. Y te digo además que si vuelvo a saber que robas, ¡te llevo yo mismo a los gendarmes! Mamá lo sabe. Somos pobres, Bernard, pero ¡no somos mangantes! ¿Entendido? No somos vagabundos. Tenemos que asegurarnos de que podamos aguantarle la mirada a Nuestro Señor todos los días. ¿Lo crees, Bernard?

—Sí, papá.

Los hombres miran, saben ahora, y Crisje también, que el Largo lo intentará una vez más, de verdad. Crisje le da a Hendrik su comprensión, de sus ojos irradia hacia él amor inmaculado y la conciencia de que así está mejor, Hendrik, esto pone contento a Nuestro Señor. Ahora los niños volverán a tenerte respeto, Hendrik, empezarán a sentir que eres un padre y que posees la razón para proceder como tal, y que sabes cómo actuar. Sin duda, ¡Crisje siente que esta es una oportunidad justa! Y Bernard confiesa ante el Largo.

—¿Algo más, Bernard?

—Sí, papá.

—¿Qué más sabes entonces, Bernard? No te avergüences.

Y ahora el Largo se entera de que Bernard robó esas hermosas peras de los Hosman. El Largo se asusta. Gerrit Noesthede siente cosquillas por dentro, Peter y los otros comprenden lo consciente que es Bernard y lo infalible para mangar. ‘Qué tipo’, piensa Gerrit. Hay que respetar a un chico así. El Largo continúa.

—Vaya, Bernard, con que tú quitaste esas peras grandes de allí.

—Sí, papá.

—¿Por qué lo hiciste, Bernard?

—Porque cada año me han hecho rabiar de envidia, papá.

—Vaya, y eso no lo soportas, ¿verdad?

—No, papá.

—Pero hay tantas cosas, Bernard, que nosotros, personas, tenemos que mirar, pero que no podemos tocar con las manos. Mírame por ejemplo a mí, Bernard. Lo que no he hecho por ti. Que te lo cuenten los hombres. ¿Qué dirías si yo ya no estuviera?

Bernard siente hacia dónde quiere ir el Largo y está listo; le contesta al Largo:

—No quiero que me faltes ni por todo el dinero del mundo, papá.

—¿Lo dices en serio, Bernard?

—Claro, papá.

—Mira, Bernard. Esta es la última vez. Cuando esté otra vez frente a ti, pasará algo muy distinto. Si quieres prometerme que ya no agarrarás cosas ajenas con tus manos largas, te prometo que no te doy una paliza ni te mando al sótano. Pero si crees que me puedes tomar el pelo, entonces haré algo muy distinto.

—No quiero tomarte el pelo, papá.

—¿Pondrás la mano en el fuego, Bernard?

—¡Puedes contar conmigo, papá!

El Largo ciñe la mano de Bernard con la suya. Crisje es feliz.

—Y ahora a la cama. Pero primero la cena, Bernard.

—¡Sí, papá!

—Cris —le dice Gerrit—, Cris, yo le doy diez marcos por andar robando.

Lo digo en serio, Hendrik.

Se ríen. Arriba se comenta todo. Jeus pregunta:

—¿Vas a dejar de mangar ahora, Bernard?

—Claro, pero me voy a dormir.

El Largo sabe que no vivió una aventura parecida en su juventud. Bernard salió escandalosamente bien librado. Crisje piensa que lo tiene que enmendar. Se confiesa, trabajará para lograrlo. En la tierra de la señora Hosman alcanza una conversación humana. La señora Hosman no es tan insensible como para no comprender esto. Así que también allí, Crisje confiesa todo honestamente. Ahora la señora Hosman sabe que Bernard lo hizo. Y ella ¿qué hace? También tiene el mismo Señor Nuestro. Cuando semanas más tarde Crisje llega a casa muerta de cansancio, la espalda deshecha por trabajar en la tierra de Hosman, Bernard le pregunta a mamá por qué llega a casa tan tarde y por qué trabaja hasta quedar tan cansada, si papá gana dinero y él se encargará bien de los periódicos. Crisje dice:

—Por qué no vienes aquí conmigo, Bernard. Ahora quiero que me escuches muy bien. Sabes que tuve que confesar todo, ¿no es así?

—Sí, mamá, claro.

—Pues bien, Bernard, cuando lo confesé, Nuestro Señor me dijo a mí, ‘Crisje, eso tú misma lo tienes que enmendar’. Y ahora, Bernard, tengo que trabajar por lo que tú robaste allí. Esto me lo dio el señor párroco, Bernard. No quise ni un centavo por todo ese trabajo.

—¿Entonces saben allí que yo lo hice, mamá?

—No, Bernard, pero se lo puedo decir a la señora Hosman.

—Y ¿lo harás, mama?

—Si nunca vuelves a robar, Bernard, no, entonces no tengo por qué hablar de eso. ¿Qué dirías, Bernard, si el resto de tu vida te tacharan de mangante? ¿Qué pensarías de eso, Bernard?

—Sería terrible, mamá.

—Ahora lo ves por ti mismo, Bernard.

—Ya no voy a robar, mama.

Entonces también Bernard se derrumbó, no podía con mamá y le prometió que el mangar había acabado. Hay tranquilidad, paz y felicidad, ¡esto es respeto sagrado! Crisje siente que por esto llegará una nueva vida, y ¡el Largo aprendió un montón! Aun así, Crisje se pregunta dónde encallará la vida de Bernard. ¿Será posible domar estos sentimientos tan revoltosos?

¡Un poco más de paciencia, Crisje, y lo sabrás!

Eso es mentira, señor párroco

Si hay una cosa de la que Crisje está segura es Jeus en el catecismo, algo que espera con ansia y que para el señor párroco significará un cielo en la tierra. La vida de Jeus está abierta a eso y ella sabe todo sobre ello; también el Largo está convencido de que allí volará dejando a todos atrás, eso lo disfrutarán.

Jeus está yendo a catecismo. Se hace muchas ilusiones, día tras día está hablando con Crisje de esto. Ahora le será concedido saber todo sobre Nuestro Señor.

—Hola, Jeus.

—Hola, señor párroco.

—Niños, pues este es Jeus de Madre Crisje.

¿No lo saben los niños? ¿Por qué el señor párroco arma tanta bulla por Jeus? ¿Será que es diferente que nosotros? Pero ahora los pensamientos del señor párroco vuelven al momento en que Jeus nació y del que Crisje le ha contado tanto. Vuelve a vivir el silencio sin precedentes de ese momento, sentado al lado de la cuna de Jeus, el vuelo que se le concedió vivir y luego los bellos momentos en la iglesia, cuando de rodillas le rezó a Nuestro Señor, agradeciéndole este contacto espacial; piensa en tantas cosas y ahora esa vida ha llegado hasta él, y él la instruirá. Jeus disfruta, todo va bien, para él, las primeras mañanas fueron para explorar. Esta mañana el señor párroco habla de la condena y de arder eternamente. Dentro del niño va surgiendo una reacción. Ahora ya no es él mismo. Algo pasa, es como si se desdoblara, cuando José está con él y va volando a través de ese espacio, es como si hubiera envejecido, aunque a la vez también es él mismo. De vez en cuando siente que ya solo posee una fracción de sí mismo, el resto se ha disuelto, pero ¿qué lo ha disuelto? De pronto levanta la mano y le exclama al señor párroco:

—¡Eso es una mentira, señor párroco!

Los niños se asustan, el señor párroco piensa que el mundo se derrumba, pero no pasa nada, solo se ha creado tensión. Se ha armado la gorda en el mundo espiritual. El señor párroco no lo acepta y pregunta:

—¿Por qué es una mentira, Jeus?

—Pues lógico, señor párroco. ¿Cómo va a ser capaz Nuestro Señor de destruir a sus hijos?

Los niños están temblando. De repente el señor párroco ha cambiado de tema, de esto tiene que hablar con el Largo. Y ahora está el Largo en la casa del párroco, hablando de Jeus con su amigo.

—¿Qué pasa, señor párroco?

—Hendrik, mandé llamarte porque tengo cosas serias que decirte. Nos

conocemos. Sé todo acerca de Jeus, pero él está armando un tremendo lío. No puedo aprobarlo, Hendrik. ¡Es grave! Es muy grave, Hendrik. Ese Jeus me ha insultado (—dice).

El Largo escucha. En el fondo le da risa. ¿Entonces el señor párroco cree él mismo que Nuestro Señor condena a la gente?

—Sí, ríete, Hendrik, pero más valdría llorar. Te digo, ¡es grave! ¿Qué tienen que pensar mis niños de esto, Hendrik? Correrá como la pólvora. Habrá una sublevación. ¿No has pensado en eso?

—¿Y de verdad es tan grave, señor párroco?

—Qué cosas.

—¿No creerá usted mismo, señor párroco, que Nuestro Señor nos deje arder para siempre? Tampoco puede creerlo mi propia Cris y sabrá quién es mi Cris, ¿cierto o no, señor párroco? Yo tampoco puedo entenderlo. Pero ¿y quién podría entender eso, señor párroco? Es de verdad asustar a la gente. Sentimos mucho por usted, señor párroco, pero ¿eso? No... —le hace saber el Largo—, en eso no creemos.

—Bien, entonces lo sé, Hendrik.

Crisje se entera. Pero ella tampoco lo acepta. Nuestro Señor no puede destruir a sus hijos, pero tampoco es razón para echar todo por la borda. Crisje es abierta y profunda, pero la gente no lo entiende. Crisje se confiesa y ahora habla por un momento sobre Jeus. ¿Acaso no recuerda el señor párroco que Jeus es un niño diferente? El señor párroco no es tonto, no pega espiritualmente a Crisje ni al Largo, pero tiene que reflexionar acerca de esto.

—No hace falta que te lo tomes tan a pecho, Crisje, pero son preocupaciones, para mí y para ti. Tengo que pensar en mis hijos.

A pesar de ser una hija tan creyente, Crisje no cree en la condena eterna. Pero la instrucción continúa. Ya se lo hará pagar el señor capellán. Y esa es otra personalidad. El señor párroco espera que Jeus cambie. Crisje oye todavía:

—Lo que me preocupa, Crisje, es de dónde lo saca. Podría incluso ser del diablo. Cierto o no, Crisje, tú misma sabes a qué peligros estamos expuestos.

Eso sí que es verdad, pero no hay que tocar a Jeus. ¡Jeus tiene razón! Crisje no tiene que leerle la cartilla. Se dirige sin ganas a la instrucción, ¿le pasa algo al señor capellán? Qué tajante es ese hombre con él. ¿Lo está acechando? ¿Qué le ha hecho él al señor capellán? ¿Lo avisaron? Los niños sienten algo, ¿qué estará tramando Jeus? Está allí sentado, escuchando, no es consciente de nada. Sin embargo, Jeus siente que el señor capellán le dirige una mirada severa y no puede comprenderlo. Cuando también el capellán habla de que por un pecado uno tiene que ir al purgatorio eternamente y no queda nada de él, Jeus de repente salta de su lugar, y dice:

—No es cierto, señor capellán, eso también es una mentira.

Los niños miran a Jeus boquiabiertos. ¿Qué quiere ese muchachito? ¿Digo mentiras? ¿Está poseído por el diablo ese niño? El salón de clase se vuelve bullicioso, se desata una revuelta entre los niños, vaya agallas que tiene Jeus. Es algo entre Jeus y el señor capellán. ¡Ese niño es herético! A tirones saca a Jeus de madre Crisje de su banca y lo pone en un rincón. Ahora debe escuchar allí, es muy grave y un castigo severo. Entonces el señor capellán vuelve y reza. Reza con los niños por Jeus, que Nuestro Señor proteja esa vida de todo lo malo y que ÉL expulsará al diablo de esa vida por la iglesia y por la gloria. Es una vergüenza tremenda para Jeus. Los niños ya se asegurarán de que todo el mundo sepa esto y entonces quedará tachado de hereje. Algo no está bien aquí. El señor capellán sigue, vuelve a rezar, pero entonces Jeus de pronto da un salto encima de una banca y dice:

—¿Eso es amor?

En verdadero e inmaculado holandés, el señor capellán oye de boca de Jeus:

—Le pregunto: ¿Eso es amor? ¿Cómo recibió Cristo a los niños? Usted no tiene nada de eso. ¡Debió quedarse donde sus vacas!

Hay un silencio sepulcral. El hombre corre hacia Jeus y le da una paliza.

—Lo que faltaba —oye decir el clérigo a Jeus—, lo que faltaba: “Dejad que los niños vengan a mí”, pero usted ¿qué hace?

¿Lo oyes? ¡Eso es un hereje! Un niño habla como un adulto. ¡Eso es herético! Pone punto final al asunto, pero Jeus tiene que quedarse de pie allí. Pasa media hora. Jeus ni siquiera sabe lo que le ha contado a ese hombre. En el momento en que abrió la boca, le entró sueño. Ya ni siquiera sentía los pies ni las piernas. Por un instante piensa: ‘Es como aquella vez en las nubes’, o como cuando lloró en el bosque por Nuestro Señor. Aquella vez, allá y aquí, es exactamente lo mismo, pero no penetra en su vida, ahora debe tener cuidado o lo mandan de una patada al infierno. Ya pasó una hora y todavía no recibe su libertad. Pero siente que se le está siguiendo. Pareciera que miles de personas lo están mirando. Lo acechan y quieren saber lo que hace. ‘Ahora a tener mucho cuidado’, piensa Jeus, ‘o ya no saldré de aquí nunca’. Y entonces regresa el señor capellán.

—¡Mírame, aquí, chiquillo!

Mira al señor capellán a los ojos. ¿Pasa algo? ¿Qué es entonces lo que hice? ¿Por qué me pega? ¿Por qué me muerde de esa manera, por dentro? Pero ¿no sabe usted actuar de otro modo? ¿Es que no sabe aclararme esas cosas grandes?

—Lárgate y vuelve con otras ideas, o abandona la instrucción.

—Sí, señor capellán, me encargaré de eso.

Se larga, y ahora a la escuela. Allí ya saben que lo castigaron. El maestro conoce bien al Largo.

—Cuéntame lo que ocurrió allí, por favor, Jeus.

—No lo sé, maestro.

—Vaya, ¿es cierto eso?

—Me tuve que quedar, maestro.

—¿Por qué, Jeus?

—No lo sé, maestro.

El hombre no logra averiguarlo. Los niños le hicieron creer que Jeus dijo que Nuestro Señor no permite que la gente sea consumida por el fuego. ¡Y eso es todo! ¡No hay más! El maestro hablará con el Largo. Y ahora Hendrik y Crisje oyen que a Jeus lo sacaron de la banca a golpes porque no puede creer de ninguna manera que Nuestro Señor destruya a las personas. Crisje ya se enterará de eso. Por la noche, Crisje va a la casa del párroco. Ahora que sabe todo, le dice a su buen padre:

—¿Quiere decirme, señor párroco, que Jeus está poseído? Entonces usted también lo está, señor párroco.

—Pero ¿Crisje?

—Nada de Crisje, señor párroco. Jeus es diferente y lo sabe tan bien como yo. Es cierto, ¿no, señor párroco? ¿Cómo va a poder condenar Nuestro Señor a las personas? Dígalo usted mismo. Es imposible, ¿no? ¿Permitiría Nuestro Señor que se quemara a Sus hijos si ni yo podría hacerlo nunca? ¿No es raro, señor párroco? ¿Quiere que le diga algo? Si la gente llega a ese punto, saldrán de la iglesia. Y será culpa de usted. Debería cambiarlo, señor párroco.

—Pero ¿Crisje?

—No, señor párroco, ¡es una mentira! Yo tampoco puedo identificarme con eso, más vale que lo sepa. ¿Me condenaría Nuestro Señor?

—Pero, Crisje, no dije que tú eras mala, ¿no?

—Pero es que es increíble, señor párroco. ¿Está seguro de que sabe todo de mi Jeus? Entonces yo me encargo yo de contárselo.

Y ahora el señor párroco llega a saberlo todo acerca de Jeus. ¿Ahora qué dice el señor? ¿Todavía quisiera decir que Jeus está poseído? Jeus estuvo en los cielos. Estuvo allí con él, señor párroco. Jeus estuvo frente al Gólgota, vio los ángeles y habló con ellos, y vio al mismo Señor Nuestro. Y ¿cómo puede estar poseído entonces? Tiene que sacar esa condena de nuestra iglesia, señor párroco, la gente está empezando a tenerle miedo a Nuestro Señor. ¿Acaso no es cierto? El señor párroco hará lo que pueda. Consultará más arriba, él también está convencido de que no es posible que Dios condene para siempre; no es tan tonto, tan pobre. Crisje sabe que irá a Roma, pero ¡a Jeus no lo tocan! Llegaron a un acuerdo, tratarán a Jeus de otra manera. Y cómo es posible, las cosas van bien. De pronto llegó un entendimiento y Jeus formula preguntas y respuestas agudas, pero ahora se contesta a esas preguntas conforme a las reglas y las leyes, como también lo hizo Cristo. Pero la instrucción sigue

siendo la instrucción, la iglesia la iglesia..., y Jeus sigue abierto a sí mismo y los cielos. Crisje sabe que no lograrán que se doblegue. Algún día incluso sacará a patadas la condena de la iglesia y recibirá la ayuda de muchos que, como él, no creen en un Dios que ama a “SUS” hijos y ¡aun así los condena! ¡Tampoco para ella existe un Dios que remate la vida para siempre! ¡No existe para Crisje, y al Largo tampoco lograrán jamás convencerlo de eso!

Es cierto, Crisje. Cuando la gente se acerca a Dios, también vuelve a perder a su Padre de Amor. Y ¿será que eso es posible? Luego Jeus luchará contra eso, Crisje. Se lo dirá a la gente desde el escenario, pero entonces a la vez analizará las leyes para todo lo que vive. Y eso lo hacen aquellos que también ahora han hablado al señor capellán por medio de su vida, pero entonces llegan con artillería pesada, entonces tienen delante de sus narices al Pablo espacial de este “Siglo”. No, Crisje, ¡la condena no existe! ¡Nuestro Señor *es y seguirá siendo “amor”!* ¡Amor eterno! Jeus no cree en ese “látigo”, Largo. ¡Nuestro Señor perdona todo! ¡Tú también has empezado ahora, y menos mal! Los rezos de Crisje no terminan nunca. Bueno pues, si ya no está la condena, Crisje puede decir: ahora todo está bien y tenemos a nuestro verdadero Señor Nuestro, y ¿quién no quiere eso?

Ay, Crisje, pasaron por encima de tu Bernard y se quedó sin piernas

En ocasiones el humano es un ser sensible y delicado, si está abierto a la vida elevada. Al enfrentarse a sentimientos espirituales y sociales impuestos por la vida, pero que a veces causan un caos por el actuar y pensar propios, entonces siempre vuelve a ser, a pesar de todo, la personalidad que, antes o un poco después, percibió algo de eso, conforme a cómo sienta y posea la suficiente sensibilidad para poder captar esos pensamientos y sentimientos, y analizarlos para sí mismo.

No son tantísimas las personas en este gran mundo las que son capaces de controlar y aceptar el curso de las ideas interiores de manera infalible. La mayor parte de los millones de hijos de Nuestro Señor no hacen caso a lo que el interior le tiene que contar a la conciencia diurna. Pero bien es cierto que esa psicología está abierta a miles de mundos sensitivos, para los que vive y de los que forma parte, ¡y que sin querer son su espacio! Por otra parte, es seguro que a pesar de todo cada persona encuentra sintonización con esas fuerzas y poderes, porque lo quiso así el Dios de todo lo que vive.

La intelectualidad más fuerte, más consciente vive de manera más material y social, eso está comprobado científicamente, aunque se haya dividido ahora para las características naturales y también para las vivencias interiores, y vive ahora fuera de esos contactos o sentimientos universales. Ahora está inalcanzable. ¡El mismo ser humano se blindo por completo ante el interior espiritual! Es por la tarea social con todo su ajeteo que la vida se tuvo que dividir a sí misma y eso trajo la falta de esa sensibilidad, a través de la que suele hablar la vida interior a la conciencia diurna. Es cierto, al ser humano que vive en la ciudad le faltan ahora esos sentimientos, sufre de anemia espiritual y eso lo pone frente a muchos sucesos de los que no sintió nada, absolutamente nada, pero que de pronto pueden asaltarlo y abatirlo. Y entonces se oye: “No debí haber hecho eso”. Si a fin de cuentas lo supe, pero no me di cuenta suficientemente. Entonces me habría comportado de otra forma. Así que lo sabía, pero algo me faltaba. Y esa es la sensibilidad espiritual para cada persona, para miles de problemas y sucesos, por los que uno tiene que actuar.

Pero ¡Crisje no es así! Se siente feliz y no es ella. Hay algo que la succiona hasta dejarla vacía. Cuando esos sentimientos empiezan a hablar a su vida y ella los sigue, la llevan en línea recta adonde Jan Kniep, y ambos están frente La Parca. Crisje siente que ahora lo más milagroso de todo es que ese poder o esos sentimientos, o lo que sea, dicen que cuando Jan muera, ¡allí seguirán! Es raro y extraño, pero está en sus cabales y tiene unos sentimientos extraor-

dinariamente delicados, por lo que puede seguir y vivir su propio interior. Crisje sabe sin dudarle que si no los tuviera, podría decir: mi vida es perfecta. Entonces ni siquiera podría con su felicidad. Pero ahora forman parte de ella, y es una pena. Y esos sentimientos perturban la paz y la tranquilidad por dentro, también su gloriosa existencia científica y si Crisje desciende un poco más, estará ante algo muy distinto: el amor humano hablará a su ser y su vida, con los que entonces ella tendrá que ver. Y un poco después, ya vuelve a ser otra cosa, ahora es... ¡miedo! Miedo que habla a su conciencia diurna y que ella tiene que asimilar como persona.

Johan y Bernard ya trabajan en Emmerik. Jeus se hizo cargo de la entrega de los periódicos y él también llegó a casa varias veces con las piernas ensangrentadas. El mismo perro que agarró a Johan y Bernard también a él le arrancó un pedazo de la pantorrilla. Solo entonces esa gente entendió que no se puede vivir con perros salvajes y ahorcaron al animal. A buenas horas, mangas verdes; solo entonces lo humano llegó a una buena conclusión, aunque el acto fuera a su vez inhumano, pero de eso nadie hablaba. Y también todo eso a su vez por el periódico “Niederländische Zeitung”, el auge del Largo, para los chicos el primer principio de fundamento para la personalidad propia, por lo que se puede decir sin dudarle: esas vidas ya empezaron. A los chicos les enseñó cosas, hizo mayor a Jeus y el Largo y Crisje pueden estar contentos. Crisje pudo aceptar que para Bernard también eso era un deporte, y por eso se olvidaba de lo demás.

Hace algún tiempo, los chicos volvieron a casa con un pan dulce de nueve kilos. Todo el vecindario comió de él. Y lo habían ganado honestamente. Cantando. El Largo estaba orgulloso. Los chicos ya estaban en el escenario, el éxito era enorme. Bernard estuvo primero un tiempo en la fábrica de escobas, pero cuando vio que allí no tendría futuro, fue a Breitenstein, una fábrica de máquinas, para traer dinero a casa para él mismo y para Crisje. El Largo ya diseñó sus planes; las cosas van muy bien como pintan ahora. No puede ni debe esperar más, no se desvía a la izquierda ni a la derecha, sino que siguen una sola dirección: ¡conscientemente más allá y más arriba! Y eso sí que se le puede confiar al Largo, sabe hacer cálculos; ¡piensa! ¿Quién quiere detenerlo? ¡Nadie puede! Tampoco la vida, según el Largo, ¡él mismo toma sus decisiones y eso se sabe bien! Ahora que los chicos de Peter Smadel están listos, las cosas pintan bien para el cuarteto del Largo. Habría que oírlos ahora esas cuatro voces. Con su cuarteto arrasa donde sea. Ernst y Willy Smadel, Johan y Bernard recibieron de Nuestro Señor unas voces hermosas. Bernard es el elegido, su voz es enorme y se vuelve aguda; cuando Bernard le da espacio a su voz en su cabeza, se oye un ruisel, como de niño mezclado con un deje del soprano de una dulce niña, y eso sí que significa algo. Entonces, gracias a su bello cantar, les cargaron en los hombros ese pan de nueve kilos.

Para Crisje fue algo hermoso, una vivencia de la que ve y siente el espacio, ¡es futuro! Y debajo de todo esto se siente fatal, hay miedo viviendo en ella. El Largo no ahonda en el asunto, no puede entender que Crisje quiera aceptar esas cosas ahora. Y es que ¿no van de maravilla las cosas? ¿Tenemos de qué quejarnos, Cris? Nada está mal. Los niños están sanos, llegó también Teuntje, ahora han recibido seis niños fuertes y una niña, ¿qué más quiere Crisje? Crisje no quiere nada más, nada, pero por dentro se siente triste, siempre está ese miedo. ¡Algo pasará por lo que perderá esta enorme felicidad! Lo mejor es arrojarlo lejos, pero ¿será tan sencillo? ¿Puedes arrojarte a ti misma? Está por dentro, Hendrik. ¡Y eso por dentro me habla y ahora va sacando la vil y dominante cabeza!

El domingo pasado, el Largo cantó con el cuarteto en la Plantación. Habían llegado unos alemanes para escucharlo y ver si era apto para el escenario, ya han llegado a ese punto. Terminada la función, Crisje se lanzó a los brazos de su Largo por tanta felicidad, besándolo en presencia de toda esa gente, lo que sin duda no es algo normal para ella. Pero habían cantado tan hermosamente. Había sido tan imponentemente bello; el eco en la Plantación mandaba las voces por encima de la gente, incluso casi podían oírlos hasta en Montferland. Después de esta fiesta, el Largo obtuvo nuevos contratos y eso también significaba que iba a entrar dinero. Pero Crisje siguió sintiéndose triste, siguió manteniendo esos sentimientos incómodos, ni siquiera un licor de hierbas borraba de su vida ese impulso o esa fuerza, ¡allí seguía!

De modo que Crisje no está preocupada por lo social. Mira a esa vida directamente a los ojos, ambos son ahorradores y saben meditar las cosas, aquí no se gastan ni cincuenta centavos a la ligera. Ya están reuniendo una buena porción de tierra y ¡basta con mirar detrás de la casa, en la pocilga! Pronto será la matanza otra vez. Los niños crecen como la espuma. La vida está llena de asombros, solo habría que quitar esta única cosa y habríamos llegado. ¿Será que es un aviso obtenido de la vida? ¿Puede la vida hablarle a tu “yo” de la conciencia diurna? Resulta que así es. ¡Crisje lo vive! Los niños tienen buen aspecto, llevan camisas finas, zapatitos también, y el Largo un bello traje negro, ella sus cosas bellas, pero ¿entonces qué será lo que pasa, Crisje?

Llegó el momento en que se sintió preparada para pensar en aquella cosa interior. No podía escaparse de ella, así que mejor empezó, de lo contrario más adelante no podría mirarla a los ojos. Jeus está en el último grupo, algo aprende, aunque no demasiado. No hay que pedirle que haga un cálculo; no es capaz. Sin embargo, fue pasando de un grupo a otro con regularidad, pero absorbía el conocimiento de los maestros con su vida interior, que entonces le permitía dar las respuestas. Crisje dice:

—Ya no tendremos hijos después de Teun, Hendrik.

Sabe que es el último. Hendrik también piensa eso, pero esperará con cal-

ma.

Cuando por las noches están juntos, hablando de todo, sí que siempre está también ese miedo. Y entonces el Largo oye:

—Qué te diré, Hendrik. Allí está y no está.

Y eso quiere decir: lo tienes y no puedes hacer nada, ¡nada! No te lo puedes quitar. Aunque me resista a ello, no sirve. Es más fuerte que yo, Hendrik. Te va persiguiendo, cuando estás plácidamente dormida te despierta y entonces está por debajo y dentro de tu corazón. Luego te deja un nudo en la garganta, de modo que piensas que tal vez te asfixiarás, así de malo es, pero además tan consciente. No puedes liberarte de eso. Y no obstante estás de maravilla y sana como un roble. ¡Rezar no sirve! Rezo día y noche, lo sabes, tampoco el señor párroco se da cuenta de esto. ¿Crees que la vida es así, Hendrik? ¿Qué es en realidad la vida? La vida es bella, pero también te puede destrozar y entonces estarás ante La Parca, ¿no es así? ¿Será que es eso?

Cuando Crisje mira a Jan, es como si los sentimientos por dentro dijeran: tiene que ver con eso y obtuvo una sintonización propia con esa vida. Pero Jan está vivito y coleando, tiene buen aspecto y su cuello no da motivos para preocuparse. ¿Qué quieres, Crisje? ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso trabajaste demasiado, Crisje?

—No —oye el Largo—, ese no es el punto ahora, Hendrik, ¡eso es algo muy distinto!

‘¿Será entonces que nacimos para preocuparnos?’, se pregunta el Largo. Pero tampoco es eso, Nuestro Señor no tiene nada que ver con esto, por lo menos eso piensa Crisje, ¡es la vida! Y en realidad eso está fuera de Nuestro Señor. Aunque a la vez, no, pero entonces ¿qué es?

Y así, una mañana, Jan sintió que su cuello estaba tenso. Se frotó la venda en el cuello... Crisje lo vio y entonces algo de ese miedo se disolvió; ahora ya sabía algo de esto. Ahora La Parca lleva a Jan de la correa, como un perro amarrado con una cuerda. ¡Porque eso es! No tiene vuelta de hoja. Jan está atado a La Parca y esa dice, “Adelante, Jan, ¡ven! Voy a la izquierda, ¡desde este momento debes seguirme!”. ¿No es así? ¿O es de otra manera? Una semana después, esa apretada cinta alrededor de la garganta de Jan ya estaba un poco más hinchada. Hendrik, ¿miras un momento? Estamos perdiendo a Jan, han aparecido los primeros síntomas. También entonces el Largo pudo aceptar el miedo interior de Crisje. La lucha con La Parca les está tocando la puerta, ahora está conscientemente delante de la estufa. No hay cosa capaz de echarla de casa, ¡no suelta a Jan por nada del mundo!

El vecindario ve que Jan otra vez trae una pequeña venda en el cuello. Ay, mi buen Señor Nuestro, lo veo. Ahora *¡no me hace falta rezar!* Se le acabó el tiempo al bueno de Jan, puede irse preparando. Ahora, Jan anda conscientemente de la correa de La Parca. Los chicos también lo saben. Ahora no tienen

que ir por estiércol de vaca adonde los Hosman, ahora la pinta ya no tiene poder, las fuerzas de voluntad universales de La Parca dominan. Ahora todos lo oyen muy bien: está silbando su melodía. Pero qué sarcástica es esa mujer, pero no pueden quejarse ni refunfuñar, el tiempo se repartió de manera justa. ¡Jan está preparado! No es necesario que Jan ladre, para eso es humano, pero sí que le falta poco para eso.

Ya mana la sangre. No hace falta que venga a ver el médico. ¡Ahora no lo necesitan! ¡Aquí todo ya es inútil! ¡Lo saben! Nadie puede quitarles eso, ni hay quien pueda hacérselo creer: para Jan, este es el final.

—Jan está por escuchar su marcha fúnebre —dijo Bernard, y Jeus lo sentía. Y Jan es capaz de hacerlo, lo sabe, él mismo lo dice:

—Estoy contento y ahora me rindo.

‘Vaya con ese gran Jan Kniep’, piensan los chicos, y solo Hendrik y Crisje lo saben, nadie entre todas esas personas se ha percatado; recibieron este espacio como regalo porque Crisje y el Largo... aceptaron a su amigo. Mana mucha sangre. ¿Cuánta sangre no ha de tener una persona? Litros vienen saliendo de ese agujero en el cuello de Jan. Y mana que mana, día tras día, y apesta tanto que se puede oler hasta cruzando la frontera. Por lo tanto, Crisje venda a Jan en el ático. Cuando Jan baja, envuelto en un espeso vendaje, enfila directamente hacia su silla cerca de la estufa y empieza la conversación sobrenatural y espacial con Crisje. Ahora hablan todo el día sobre La Parca, que está allí con ellos y que a veces se va un momento porque tiene que recoger algo por aquí y por allá. Jan ya no puede escaparse de ella. Está atado a su correa, es una cadena de carne y hueso, y como la carne y el hueso se van pudriendo, se ha convertido en un cordón de esos muertos. Y hay que reconocerlo, ahora La Parca no se anda con medias tintas, ¡sabe lo que quiere!

‘Cómo es posible’, piensa Crisje, pero Jan se va pudriendo, ya no tiene carne, toda esa carne, que le da a uno su calidad de humano, aquello que significa tanto porque puede ser tan gloriosamente cálido y con lo que se disfruta un placer verdadero pero exterior, y que no tiene nada que ver con el interior, se va pudriendo a ojos vistas y ya ahora apesta como un cadáver que se ha empezado a descomponer. Aquí lo saben: a pesar de todo, aquello dentro de ti sigue radiante, a pesar de toda esta miseria venidera y, lo quieras o no, te hace llorar. ¡Tan querido es eso y se llama Jan Kniep! Eso recibió un nombre, por la gente; la gente todavía no conoce aquello de dentro y, por lo que se ve aquí, es lo más significativo, eso seguirá perviviendo eternamente para Crisje, Jan y Jeus, ¡porque se les concedió conocer esas leyes!

Las cosas como son. Ahora no se le puede atacar a La Parca, no se le puede deformar ni tomar el pelo. Esto fue decidido de antemano, ¡y por Nuestro Señor, encima! Ahora reza día y noche por Jan Kniep y luego tendrás que aceptar que tus oraciones no puedan remediar todo y que además, por lo

tanto, no sean escuchadas por ningún Dios, por ningún Señor Nuestro. ¡Este es el final material y terrenal! Ahora se preguntan: ¿cuándo se debe y se puede rezar por tus seres queridos? Jan y Crisje están conversando, y Crisje, que es sin duda como una santa y una católica de sangre pura —lo cual sabe el señor párroco y por lo cual este apostaría su propia vida—, ¿crees que ahora todavía sería capaz de convencer a Nuestro Señor para que le regalara otros cinco mesecitos a Jan y poder conservar la vida material otro breve tiempo...? ¿Que sería capaz de dedicar una misa a Jan? Ni esa misa ni las oraciones sirven ya. Jan tiene que morir, Jan morirá para lo que es aquí, pero ¡vivirá allá, para la eternidad, donde José, el “Largo” de Jeus y los muchos que ya oyeron su propia marcha fúnebre! ‘¿No es sencillo’, llega desde Jan hasta Crisje, ‘si sabes todo de antemano y si te puedes entregar a La Parca?’. Aquí se habla de “Ciencia Espiritual”; aquí se vive la realidad, aunque la iglesia católica esté en su seno, esta ahora adquiere “Espacio Universal” y veracidad gracias a Jan y Crisje. Si tan solo la gente pudiera aceptar esto y si el señor párroco algún día pudiera sentir esto como Jan y Crisje, y convencer a “Roma”, entonces esta fe sería... profundidad y espacio divinos y la iglesia católica representaría a Dios y a Cristo, Nuestro Señor para el reencuentro eterno, en el que casi cada ser humano quiere creer y al que es capaz de aceptar, porque de esta manera es real y natural, porque ¡forma parte de un “Padre” de “Amor”! ¿Podría una santa como Crisje sentir y pensar de otra manera? *¡¡¡No!!! No puede hacerlo, ¡¡¡porque se trata de esto!!!* ¡Jan tampoco llora! No puede llorar. ¡Sabe! Y porque ahora lo sabe decidido, la fe en Dios se volvió sobrenatural. Santo cielo, gente, ¿no se trata de esto? *¡¡De esto se trata!!* Jan el grande le confía a Crisje:

—Estoy preparado, Crisje. Y doy gracias a Dios de que hayas querido cuidarme así. Lo apreciaré, Crisje, y no lo olvidaré nunca, nunca. Ya que sabes que jamás fui un ingrato.

Eso lo dice un cierto Jan, el colono. Y este colono es fuerte y consciente como un maestro en lo que concierne aceptar a La Parca. No te preocupes, deja que me desangre... Parca preciosa... *¡Yo sé quién eres!* No eres una aniquiladora, no eres una destructora, sino una tipa simpática. Una cosa la sabemos, a pesar de todo: más adelante te quitaremos tu corona podrida a golpes, porque detrás de lo interior, no, no quería decir eso, “Parca”..., quiero decir, detrás de esta máscara dolorosa e inhumana que llevas veo la vida, y por eso no siento ira hacia ti. Pero ¡hay que quitar esta corona de tu cabeza! Les pegas a las personas por su ignorancia. Claro, Parca verdadera, no es tu culpa, pues la gente no quiere otra cosa, ¿no? Así que mejor perdónamelo.

Jan acepta la justicia de La Parca. Dividieron la vida de manera justa. Jan cree que aquella es benévola y amorosa. Más adelante Jan obtendrá alas espaciales, porque fue una buena persona. Jan no arrancó piernas a la gente. Pero para quien sí lo haya hecho, pues sí, para ellos será más difícil, porque les has

tomado el pelo a ese espacio y esa eternidad. Y La Parca está para llevarte allí. Es por eso, aunque su correa todavía no te ciña el cuello. Pero La Parca tiene correas para brazos y piernas a montones. Incluso las tiene tan insignificantes como alfilerazos y aun así: también por una cosita tan insignificante y venenosa tú mismo te tocas tu marcha fúnebre, ante La Parca y ante Nuestro Señor. Pero esa marcha es desafinada como un gato en celo... ¡El auditorio busca bronca! ¡Y ahora tú mismo también lo estás!

¿Lo sientes? Tú mismo tocas la primera trompeta, aunque de manera desafinada, fingida y fea, nadie quiere escucharte. Suena bestialmente fastidioso, pero ahora la vida propia te está mirando de soslayo y te habla.

¿Ni siquiera quieres escuchar esas dulces vocecitas? ¿Adonde vayas estarás solo, solo con tu hipocresía y tu propia alma podrida! ¿Te parece duro? De cualquier manera no hay cómo escaparse, porque ahora ¡los ángeles saben cómo te llamas allí y quién eres! ¿O pensabas poder engañar todavía incluso a Nuestro Señor? Ya quisieran, ¿verdad, Largo? Entonces los ricos comprarían estómagos nuevos y cerebros nuevos, diferentes, mejores, y cada quien jugaría a ser Rembrandt, Beethoven y Bach, pero ¡esas cosas no están en venta!

Jan apesta kilómetros a la redonda, pero ¿qué importa? Y eso se llama cáncer sangrante. Para millones de personas la manera de buscar una salida decente, y, Crisje lo sabe, todavía sanable en el “tercer grado”. Pero pobre del que padece el cuarto, quinto, sexto y séptimo grado: son insanables con el estiércol de vaca, y más adelante, querida, queridísima Crisje, Jeus aclarará sus leyes y mundos propios, porque eso también formará parte de su tarea. Qué cosas, ¿verdad, Crisje?

Parca, aquí no se te manda a los “drudels”..., sabes lo que esto significa y ahora no se puede comentar para tu vida.

—Claro, Jan, allá nos volveremos a ver.

¿Lo oyes? Así hablan Jan y Crisje. Se volverán a ver después. La condena eterna no existe para estas vidas naturales. Ni el purgatorio: tus pocos pecados, aunque hayas matado, se pueden enmendar ante el Señor Nuestro de Jan y Crisje, y para eso también se te da la oportunidad “Divina”. Oye, ¿te gusta este sonido para tu alma y tu gracia? ¿No te gusta esta musiquita para tus orejitas humanas? Sí, mejor acéptalo, que el Dios de toda la vida, *que es AMOR*” y siempre lo ha sido, no te mete en un purgatorio ni en un infierno eterno, ¡tu vida no puede faltarle a “ÉL”! ¡Tú, “ser humano”, tienes que volver adonde “ÉL” para allí *representarlo* en todo, ante todo, —y eso es “Luz, Vida y Amor”...—, y también ante la paternidad y la maternidad! Puedes rodearlo de diez millones de signos de exclamación, y sentir agradecimiento ante el Dios de toda la vida, y exclamar: “¡ÉL es Amor!”. Y Él no excluye ni una sola chispita de sí mismo ni se cierra a sus cielos, porque cada chispa de vida, y sobre todo el ser humano... ¡ha recibido autonomía divina! Cuando Crisje y

Jan palpaban todo esto y tomaban nota de ello, este estaba en los huesos, su vidaapestaba tanto que las palomas en el techo pensaban, ‘en qué mundo tan podrido estaremos viviendo, pareciera que está abierto el estercolero espacial’. ¡Tan terrible era! Lo vivieron en el ático, las palomas zureaban menos cuando todavía estaba Jan, ellas también sabían y comprendían: pronto Jan ya no nos dará nada, ¡se va a largar! ¡Esas pobres palomas!

Cuatro meses después, había una lápida encima de la tumba material de Jan Kniep, en la que se podía leer:

“Aquí descansa en paz Jan Kniep, hermano de Gerrit, Anneke, Greida y Willem, que Dios lo guíe”. Y algo más..., pero eso pertenecía a Indonesia... ¡Jan el Colono estaba muerto, y bien muerto!

¿Todavía quedan cosas de Jan? Aquí está todo. ¿De verdad es todo? Sí, no hay más. Verá, nos gustaría tener un recuerdo de Jan, lo entenderán, ¿verdad? ¡Claro! Llévenselo todo, no hay problema, Jan vive en nuestro corazón. Para ustedes los bártulos, y eso significa algo, ¿no?

Jan se fue corroyendo. La Parca le fue devorando el sistema, y lo hizo de manera infaliblemente consciente y segura... ¿Repítelo, Crisje? ¿Repítelo, Bernard? ¿No estuvieron en ese entierro? ¿Viste cómo lloraban los chicos de Crisje? ¿No viste a Bernard? Lloraba a gritos, como si hubiera perdido a Crisje. ¿Viste a Johan? ¿No viste a Jeus, Hendrik, Gerrit, Miets y Teun? ¿No viste al Largo y a Crisje entre la familia de Jan? No, entonces de castigo vivirás la agonía de Jan, mañana a las seis de la tarde, ¡para que aprendas a pensar para esta vida y la siguiente! Sal de mi vista, ser humano. No soporto verte. Es una pena, pero ¡es la verdad!

¿Te quiero? ¡No lo creas! ¡Habladurías! ¿Sin ti ya no puedo vivir? Mañana, o dentro de solo tres añitos, ¡te apuñalarán en el corazón! No creas lo que la gente tenga que decirte, solo mira sus actos, y pesa y sopesa, porque dentro de cincuenta años de todos modos van a ceder. ¡Solo entonces estarás frente a esa tomadura de pelo humana!

Ya nunca te alejarás de nosotros. ¡Mañana saldrán corriendo ellos mismos! ¿Me quieres? ¡Te doy todo! A la hora de la verdad, créelo, te sacan por la puerta, te tiran a la calle con todo lo que diste antes y se te concedió dar, por amor, claro, o ¿será que las cosas materiales ya no tienen significado alguno? No, claro que no..., solo viven si contienen tu corazón, y entonces lo material se convierte automáticamente en eterno. Si no Bach —y también *tu Beethoven*, que Dios me lo perdone, además de tu Tiziano— y todos esos grandes de alma y espíritu habrían muerto antes y les habrían roto su valiosa nuca; como si esas cosas no hubieran pasado. Por eso el mundo sabe que en realidad la carne y la sangre no recibieron todo, Crisje lo llegó a saber. No importa que te arregles... ¡lo que importa es lo interior! Le da color y forma a lo material y lo lleva a la animación. Solo ahora el alma y la personalidad hablan a través

de la materia, y una persona es bella e imponentemente grande.

Uno pensaría ahora, pues, que de esta manera esos sentimientos interiores fueron vividos hasta consumirse por completo. Pero Crisje siente que todavía no está libre. Al contrario, siguen allí, aunque, y eso también se percibe muy claramente... ya no tengan nada que ver con la correa de La Parca. Piensa que es cierto, que mientras vivía todo ese malestar por Jan, esto se había atenuado un poco, ahora vuelve con toda intensidad. Ahora sus sentimientos van hacia Bernard. El chico desconoce el peligro. Aunque el Largo sea severo y Bernard también ahora esté a veces abajo en la oscuridad, aquel no se lo saca a golpes.

Bernard recibe su dinero para el pasaje para el tranvía, pero le divierte vender esa seguridad y subirse al tranvía de Zutphen-Emmerik de un salto. Jan el Narices va pasando por todos los vagones, desde el primero hasta el último; Bernard y sus amigos se bajan y se suben saltando, pasan corriendo el Zutphen-Emmerik con gran velocidad y ahora usan el tranvía sin pagar nada. Pero eso Crisje ni siquiera lo sabía hasta que el Largo se percató, le leyó la cartilla, lo que de todos modos no funcionó. A fin de cuentas no puede uno matarlo a golpes. Jan el Narices trabaja en el Zutphen-Emmerik a su manera. Sabe que tarde o temprano esos jovencitos estarán molidos y que sus padres tendrán los problemas. Pica los pasajes y mira, Jan no es lo suficientemente estricto, se puede vivir de todo.

—Bernard, no vayas a causarle pesar a mamá, ¿te parece?

—No, mamá, no te preocupes.

Cada mañana Crisje se queda con el alma en un hilo. Una no puede hacer nada. Ya no tiene nada que decir como adulta ni como madre. Una noche, Jeus soñó que Bernard caminaba con dos muletas. Estaba debajo del tranvía, iba a un hospital y caminaba con esas dos muletas. Cuando despertó por la mañana todavía se acordaba, pero no le comentó a Crisje, mamá ya tiene preocupaciones de sobra. ¡Fue un sueño feo! Una tarde, Crisje está delante de la estufa, dormitando un poco. De pronto camina por el Zutphen-Emmerik. ¿No está Hendrik? Allí está el Largo y aquí está Johan. ¿Dónde está Bernard? No está. Cuatro veces pasa volando por el tranvía y no puede encontrar a Bernard. Grita pero ella no lo oye. Miets se despierta de un sobresalto. 'Es peligroso soñar de día', piensa, y se queda con un mal sabor de boca. ¿Qué será lo que está haciendo Bernard? Ojalá estuvieran los hombres. Una hora más tarde están en casa. Habla con Bernard, el chico le dice que sí y amén, pero todavía sigue sin atenuarse el sentimiento de terror por dentro, le carcome el corazón.

Esta mañana, el sentimiento es tremendo. Preparó el pan que se llevarán. Anoche heló muy poco. Uno por uno salen volando de casa. Ahora tiene el corazón desbocado, pero ¿qué está pasando? Bernard, ay Bernard, mejor le hubiera dicho que se quedara en casa esta mañana, ojalá estuviera enfermo.

Pero ¿qué hace una persona si está sana? ¿Puede una tomar una decisión contraria para la propia vida? No, no está en manos de una. Como de costumbre, Bernard salió corriendo. Media hora después se abre la puerta. Hay una mujer frente a Crisje y es el monstruo humano más feo que se conoce por aquí. Cuando llega a visitarla a una, viene cargada de un montón de líos y cantan los demonios en el infierno. Crisje, ahora tu temor ha desaparecido, ahora puedes saberlo.

—Ay, Crisje, pasaron por encima de tu Bernard y se quedó sin piernas (por las ruedas del tranvía).

Al mismo tiempo Crisje cae al suelo de golpe, ¡se desploma! Jeus sale de la cama volando y agarra a la vieja de las greñas. La agarra y, por más joven que sea, la arroja a la calle. Ve que la mujer da dos vueltas de campana, pero eso es por andar de chismosa. Deberían haber sido otros los que le dieran a Crisje este imponente mensaje. Tratándose de disgustos, ella siempre es la primera. Si se trata de chismes está siempre con su cotilleo, y ha mancillado y dejado deforme a más de una persona por su carácter demoniaco. Jeus sale corriendo. Va volando de nuevo por la Grintweg, casi se rompe la nuca pasando por una elevación donde Theet Hendriks, pierde un pedazo de la rótula, pero no lo siente. Tiene que ir adonde Bernard. Cuando llega allí ve que acaban de poner a Bernard encima de una escalera y que se lo llevan. En casa de unos familiares del Largo acomodan a Bernard sobre una mesa, ya fueron (a) por el médico. Bernard mira a Jeus directamente a los ojos. Este le pregunta:

—¿Te duele mucho, Bernard?

—No —es la contestación tajante y consciente—, no quiero tener que ver con dolor.

Jeus siente que su hermano lo obliga a mirar detrás de sí. Bernard está cubierto con una sábana, pero cuando se da la vuelta mira el pedazo de pierna de Bernard, todavía trae el zapato y un pedazo del pantalón; ¿santo cielo, eso es de Bernard? Alguien levanta la sábana, ahora mira la pierna cortada por las ruedas y desfallece, pero se aferra a su conciencia diurna. Ahora los adultos están conociendo a Bernard del Largo. El chico ríe, hace como si solo se hubiera hecho un rasguño, no hay más. Jeus cae en la cuenta de que está viendo que Bernard perdió un pedazo de una pierna, y no las dos, y eso tiene que saberlo mamá. ¿Qué pasó, Crisje? Trui ha estado asistiéndola. Trui hace todo para apoyarla.

Como siempre, Crisje, el Largo fue tranquilamente adonde Jan Hieltjes, la parada para Zutphen-Emmerik. Justo cuando se iba acercando el tranvía —el Largo no vio a Johan ni a Bernard—, aquel estaba al pie de la Grintweg y pudo subirse enseguida. Allí el tranvía avanza a paso de tortuga, y ese monstruo tiene que alcanzar la altura del cementerio, para lo que tiene que emplear todas sus fuerzas. El Largo está en el tranvía, pero no siente que allí,

justo frente al cementerio, Bernard se está desangrando en la calle, porque este se acercó un poco al Zutphen-Emmerik y saltó encima corriendo. Los estribos están resbalosos, Crisje, porque anoche heló. Bernard se escurre entre el estribo y una rueda, y el Zutphen-Emmerik lo arrastra. Si el Largo hubiera mirado un momento hacia la izquierda, habría visto allí a Bernard, arrastrándose. Se arrastra hacia el camposanto y empieza a gritar. El Largo no oye sus lamentaciones, está bien a gusto en el calor y no sabe nada, nada, Crisje. Aunque esté con las narices encima, ¡no siente nada! El Largo está encima de lo que tú ya estás sintiendo y padeciendo debajo del corazón desde hace meses, y no se da cuenta de que ese mismo Zutphen-Emmerik le ha cortado la pierna a su hijo. La sangre de Bernard salpicó las tablas inferiores, casi había alcanzado al Largo, pero ¡este no ve ni siente nada! No es sensible para su propia sangre, Crisje. Eso es a su vez algo muy distinto, tú sí que lo sabes, pero hay una diferencia muy grande entre los sentimientos interiores y el pensar. Y eso lo tienes o precisamente no lo tienes.

No hay más. Johan tomó el tranvía tranquilamente donde Hieltjes. Pero ya están avisando a Hendrik. Jeus le dice a Crisje qué aspecto tiene Bernard. Y ahora le dice que no se va a morir. Le cuenta de su sueño, que Bernard fue a un hospital y que llegó a casa con dos muletas y una sola pierna. Crisje piensa en su propio sueño. El temor se ha convertido en saber immaculado y puro. Ahora el corazón humano recibe la distensión natural, ya pasó. Sabe que ahora Bernard está domado. La misma vida se arregló con Bernard, ¡ahora seguirá quieto por el resto de su vida! Y Jeus tenía que decirle a Crisje de parte de Bernard ¡que no tiene dolor! Qué día está siendo. Al parecer, el ímpetu sentido y vivido en ella se materializó infaliblemente. Y aun así sigue quedando algo. Todavía no ha desaparecido todo. ¿Qué es eso? ¿Será que Bernard sí se va a morir? No, llega a casa con dos muletas y Crisje no tiene por qué dudar de las visiones de Jeus. Y ahora hay que esperar a papá. Ojalá llegara pronto el Largo. Por fin, llegó. ¿Cómo está Bernard, Hendrik?

Está bien, Crisje. Los médicos dicen que nunca han visto a un niño tan fuerte. De inmediato pidió un arenque en escabeche. Se sentía débil y tenía un sabor raro en la boca. Es un milagro. No es tan grave, Crisje. Una pierna menos. Tres fracturas en el brazo derecho. La pierna derecha también, el brazo derecho como si fuera sacacorchos, reventado por el Zutphen-Emmerik. Por dentro no se lastimó nada, Crisje, estará en casa pronto, todo va bien, Bernard manda saludos. Cómo es posible: Bernard todavía se pueda sanar. Jeus lo vio llegando a casa con muletas. Ahora el Largo se entera de su sueño, lo saben. Lo peor es que el Largo siente que se le está obstaculizando a él. Y para Crisje todo aún sigue igual por dentro, sus sentimientos siguen sin disolverse, siente que vendrán más contratiempos. El Largo puede inclinar la cabezota, por ahora Bernard ya no cantará. Jeus corre por allí con media

rótula y la vida sigue, también ahora se reparten los periódicos, pero esto ya está tocando a su fin, al mismo Largo no le apetece para nada.

Es Crisje quien le da nueva vida al Largo. Parece destrozado por dentro. Su futuro quedó hecho añicos. La vida lo apuñaló por la espalda. El Largo es fuerte, pero esta vez dieron en el blanco, y Nuestro Señor le dio este toque para que reflexionara. ¿Es cierto, Largo?

El domingo, toda la familia está en Emmerik.

—Hola, mamá. ¿Estás enojada conmigo, mamá?

Ese Bernard. Intentarán todo lo posible por conservar la rodilla. Dos semanas después renuncian a eso y le hacen unas operaciones a Bernard; de la pierna izquierda solo queda un pequeño muñón. Ahora la vida da un giro a la derecha... La de la semana pasada siempre iba por la izquierda, ahora por la derecha; Bernard no será técnico de maquinaria, sino sastre.

Nueve meses después llega a casa, sobre dos muletas. Ahora empiezan las supuraciones internas, todavía hay astillas en la cadera y tienen que salir. El niño sufre indeciblemente, pero también ahora descubren que es un carácter fuerte, quien lo vea se pone a llorar. Pero Bernard ha dejado de ir a galope, está calmado y todo el vecindario tiene ganas de comérselo. Santo cielo, hay que verlo. ¿No hay nada que mangar? ¿No se le antoja a Bernard una rica manzanita? ¿Quieres que vaya a ver si hay algo para ti, Bernard? Ahora Jeus sale para ir a mangar para su hermanito y le trae unas lindas manzanas rojas, pero eso fue una vez y nunca más, ya le estaban pisando los talones. ¿Todavía tiene gracia la vida? Sí, perder una pierna no significa que el tranvía también haya destruido el cerebro ni el interior. Es algo diferente, las cosas se han serenado allí, el Bernard de antes ha sentado cabeza. Jeus mete la mano al fuego por Bernard, está frente a su cama como un perro. ¿Y el Largo? Se volvió más callado, algo se cuece en su interior, es como si estuviera afligido por algo. Por dentro, papá está achacoso, todos los niños lo ven. El fuego en los ojos, que la gente teme tanto, ha ido perdiendo algo de vida, pero no la vida entera. Gerrit Noesthede vino a visitarlo y le dio una paliza al Largo. No era su costumbre, pero el Largo tuvo que tragarlo.

—Pero Cris, ¿qué es lo que le pasa a Hendrik?

—Está cabizbajo, Gerrit.

Ni un licor de hierbas pudo obrar un cambio en el Largo. Y a pesar de todo, al verlo uno ni siquiera llamaba la atención. Para eso había que conocerlo desde hace un poco más de tiempo. ¿Sería que La Parca sí se sentaba con ellos en la mesa? ¿Aquí estaban demasiado sintonizados los clarividentes con el pobre Bernard? Largo, despierta, ¡acéptalo! Ahora Crisje y Bernard están creciendo y superándose. ¿No será que sí está allí La Parca? No, pero dentro de Crisje vuelve a haber quejidos y gritos, no, eso no es, ojalá fuera cierto. Es algo lánguido, es algo que crece lentamente y vuelve a asomar la propia cabeza.

También es algo que posee una fuerte personalidad y que ve la oportunidad de sacarte de quicio día tras día. Es algo que poco a poco te va chupando la sangre, que te tiene una envidia mortal y muchas cosas más, que otra vez no te deja descansar, la sopa más sabrosa ya no te sabe rica. ¡Ya no tienes apetito! Sientes ahora que tus oraciones no se elevan más allá del techo de la cocina. Es grave. Es terrible. Es algo muy terrible. Estás encima, pero no lo sientes, y aun así trepa hasta tu corazón humano como un reptil venenoso. Allí vive y descansa, o está él mismo ocupado en asfixiarte conscientemente.

¡Ahora solo queda esperar cómo se revelará!

Jeus, estoy muerto, pero aun así sigo vivo

Cada año vuelves a vivir ese crecer y florecer de la Madre Naturaleza, y luego otra vez ese morir de la vida; como el verano se convierte en otoño, así son también las personas y todo lo que vive. Todo lo que vive experimenta ese proceso de manera corporal y quien no esté fuerte ahora está ante la decadencia material, de la que mucha gente dice: ahora el milagro cierra el cáliz interior, la vida se va a dormir, las células corporales vivieron sus espacios de respiración durante el verano y lo que va a ocurrir ahora es de lo más normal, pero tienes que probar lo que puedas y eso sin duda lo sienten solo pocas personas. ¡Todo va solo! ¿Cuál de los millones de hijos de Nuestro Señor se detiene ahora un momento para meditar todo esto y volver a vivirlo? Nadie lo hace, porque es algo que vuelve cada año. También porque uno mismo está involucrado, pero es algo imponente, porque está conectado con “la vida y la muerte”.

Hay quienes dicen: en otoño es cuando más gente muere. Y entonces analizan para ellos mismos la Madre Naturaleza. Quien sepa algo al respecto descende un poco más en esta materia, entonces es médico y lo sabe conscientemente, porque la Madre Naturaleza lo ha ubicado frente a sus leyes. No está temeroso, pero el médico dice: “Hombre, tienes ochenta años, tus resistencias propias se esfumaron, así que con calma”. Pero si hace poco cumpliste treinta y nueve, no hay cuestión de miedo ni de preocupación, entonces el mismo médico te dice: “No me hagas reír, no quieras engañarme, una transición semejante no significa nada para tu cuerpo ni para tu carácter”. Y entonces estás tranquilo, la palabra del erudito lo dice todo, ¡él puede saberlo! Pero ¡Crisje no está tan tranquila!

Hendrik está enfermo. Está sufriendo por la transición al invierno, está resfriado. Porque tiene una pizquita de bronquitis, no puede salir. El médico que tuvo que venir se rio del Largo. ¿Él, con su constitución fuerte, con su desbordante vitalidad? Eso no significa nada, Crisje, pero ¿no sientes nada entonces, doctor? ¿No sientes que no puedes engañar a Crisje? Aunque para sí misma no crea que vayan a ocurrir cosas graves, dentro de ella vive una pequeña víbora y ese animalito ya lleva tanto tiempo amargándole la vida, pero obviamente, un resfriado no tiene importancia alguna, doctor, ¡para nada!

‘Se vendería uno por cuatro cuartos’, piensa el Largo, ‘porque esto no tiene nada de gracia’, no soporta estar acostado, ese descansar por nada; quiere trabajar. Parece que uno está simplemente sordomudo. Si a uno le diera una buena pulmonía, por lo menos sabría que está enfermo, entonces podría luchar contra eso, pero ¡esto no es nada! En todo caso, ahora el Largo tiene

suficiente tiempo para cavilar. Es cierto, puedes ser tú mismo un poco, te atienden muy bien y de vez en cuando puedes entonces hablar de todas las cosas con tu mujer, a la que ves demasiado poco. Estás en casa durante un tiempo, qué gusto, pero no ves que ya hay alguien más sentado en tu propia silla. Y si sabes el nombre de aquella persona y quieres escucharlo, te das un susto tremendo, pero acabas de cumplir cuarenta años. Ni siquiera los has cumplido todavía, ¿qué quieres, Largo? Andar así de achacoso te pule la vida y el carácter. Este mes de noviembre tiene un carácter raro. No estás ni enfermo ni sano, sino que padeces un poco de todo y esos son todos los achaques, pero con eso el Largo no quiere tener nada que ver.

Crisje piensa, '¿Será que Hendrik está bajo el control de La Parca?'. Tiene muchas ganas de hablar con él sobre La Parca, como se le concedió vivir ese placer con Jan, pero el Largo se moriría en el acto. Ahora puedes callarte la boca, pero, ¡ay Dios mío!, van pasando las horas más bellas de tu propia vida y de la de tu amor. Luego, claro, luego te desquiciarás por no haber dicho nada, pero entonces justo era demasiado tarde. ¡Tu amado se esfumó! Pues bien, quienes se atreven a mirar a los ojos a La Parca y a la vida son los fuertes de espíritu, son los conscientes, tienen espacio y nada los detiene, miran cada suceso a los ojos. Pero el Largo no sabe hacer eso.

Ahora está muy ocupado consigo mismo, juega al fútbol con sus pensamientos y piensa en su futuro. El Largo está allí acostado, construyendo sus castillos en el aire. ¿Qué es una tenia? ¿Qué es una parálisis cardíaca? Estos pensamientos lo asustan mucho. No quiere pensar en cosas serias, para él el cuarteto es cosa seria, el escenario lo es; si piensas en eso estás ocupándote de algo verdadero, el resto de los pensamientos ahora cuelgan de un hilo al lado, conscientemente, y no quieres hablar de eso. Pero ¿de eso Crisje no puede hablar, Largo!

Aquí hay ahora una lucha contigo mismo. Es la lucha también respecto de tu vida y conciencia social. Entre bastidores no se habla ningún idioma, y el francés y el alemán, el español y el inglés, todos carecen de significado. Tu propia personalidad dice todo. Pero ese idioma o lo que sea habla ahora debajo y dentro del corazón de Crisje; ella ya lo sabe: ¡este es de Nuestro Señor! ¿Qué quiere saber de esto el Largo? ¿Por qué no se abre ante esa gran felicidad? Por qué pensar en tenias y en escenarios, en el chirriar de una semejante voz humana, en todas esas cosas que al fin y al cabo no son más que humanas, que tarde o temprano desaparecerán de la tierra, porque lo temporal siempre vuelve a disolverse y tiene que aceptar la ya conocida tumba.

Aparentemente, el Largo está descansando ricamente, pero no descansa: cavila, se siente apaleado, un maldito resfriado de estos domina la inspiración de uno. Sí, semejante nimiedad te deje fuera de combate, Largo, y lo tienes que tragar. Crisje está inquieta por dentro: hay alguien sentado delante de

la estufa, ella siente que es el collar de “Jan Astral”, o sea que convertido espiritualmente en un pequeño collar; ahora no es un cáncer sangrante sino un leve resfriado, el primer síntoma para el cordón grueso que pronto matará la vida y la asfixiará conscientemente, pero entonces se habrá convertido en una resistente cuerda, capaz de detener la circulación de la sangre y hacer que pare ese tictac interior. Pero ¡el Largo no quiere oír nada de eso!

Los compañeros llegan a visitarlo. Peter, Gerrit y Jan Maandag gruñen y armonizan las canciones nuevas que están estudiando para el siguiente mes, y el Largo lo disfruta. Peter le canta las primeras estrofas, Jan Maandag y Gerrit abren un momento las gargantas, el Largo quisiera entrar con ellos y seguirlos si no fuera por esa leve bronquitis que tiene allí y que ahora le impide aportar su parte al conjunto. Crisje piensa, ‘Esos hombres, pero es posible que ayude a Hendrik, nunca se sabe’.

¿Ahora está nuevamente feliz el Largo? No, y sin embargo sí; dentro de unos días volverá a estar sano. El médico dice:

—Mejor sal de allí, Largo, eso de estar postrado no va contigo.

El Largo se levanta. Está en condiciones de tomarse unos licores de hierbas, pero no los saborea. Sí, Hent, ¿lo recuerdas? Anduve de juerga un poco, solo un poco, pero sin duda que de vez en cuando todos necesitamos algo reconfortante. Así era. Justo después del accidente de Bernard, el Largo se dejó ir un poco. De verdad estaba un poco ido, lo había tocado brevemente y luego el licor le volvió a saber bastante bien. Pero tomó demasiado. Crisje pensó que era grave. Tenía que enseñarle lo que podía pasar si pensaba que podía perderse a sí mismo. Jeus lo vio. En la escuela, incluso entre todos los demás niños, vio que papá estaba tomando tragos. Cuando Jeus se lo dijo a Crisje y ese día el Largo estaba un poco por encima de lo normal, tambaleándose y tropezándose con el quicio de la puerta, ella le leyó la cartilla y lo dejó sobrio de golpe. Le dio su palabra de honor de no volver a hacerlo jamás, el dinero era para otras cosas y además les urgía, eso estaba justo por encima de sus posibilidades.

Sí, Hent, pero ahora el licor no me sabe. Es extraño, pero para un resfriado de esos haces lo que sea. Se apresuró a volver a taparse, que el médico le ahorrara sus cuentos. Eso sí que le pareció extraño a Crisje, y todo menos tranquilizador. ¿Papá, enfermo? ¿El Largo se volvía a meter a la cama? Eso es algo... no podía terminar bien. Es en esos días que Jeus sueña que papá muere. Lo vive. Papá está muerto. Y eso no puede ser. Sin embargo, es así, ¡papá está muerto! Vive la muerte junto con él. Y una vez muerto, papá le dijo que no estaba muerto. Y eso Jeus lo puede entender, conoce esas leyes, José y su Largo también están muertos. Pero ¡también están vivos! Jeus ve que va caminando detrás del ataúd. Papá le dijo que va a volver. Y de pronto ve a papá caminando detrás de su propio ataúd. Gerrit va a su lado. Jeus quiere

adoptar los grandes pasos de papá. Gerrit lo ve, piensa que quiere imitar a papá y ahora están peleando detrás de su ataúd. Gerrit dice:

—¿No te da vergüenza? ¿Quieres imitar a papá?

Cuando le dijo a Gerrit que papá también estaba allí, este le dio un codazo entre las costillas. Jeus le contesta:

—Pero ¿es que no ves, Gerrit, que papá está aquí, que va caminando entre nosotros?

No, Gerrit no ve eso, y entonces fueron siguiendo el ataúd de papá a paso lento hacia la iglesia. Después despertó, y reflexionó acerca de lo que había soñado. ¿Tiene que mencionarle algo a mamá?

Alguna vez cuando había perdido los estribos, el Largo le dijo con franqueza a Crisje: “Pégame, Cris. Pero me divertí un rato”. Ahora esa diversión se ha ido. Ahora Crisje quisiera que fuera capaz de tomarse quinientos litros de hierbas. No se anima a hacerlo, le saben mal. Ahora Hendrik piensa. Tiene la conciencia tranquila. Puede pensar de manera agradable. Jeus aceptó su sueño. Todavía no se da cuenta de lo que ahora va a ocurrir, espera el siguiente sueño, también desde detrás del ataúd de papá cuando este los acompaña para enterrarse a sí mismo. Es sumamente interesante, algo nuevo, porque así uno le toma el pelo a la gente.

Dentro de Hendrik reina un silencio sepulcral, pero se engaña a sí mismo. Quiere hablar sobre lo que le interesa: el cuarteto, el escenario y los chicos, porque Bernard todavía no ha perdido su voz. Esa voz sigue allí, se libró del Zutphen-Emmerik. El Largo piensa que Crisje es una santa. Cómo puede ese amor entrañable de Cris asimilar todo. Su respeto por Crisje crece cada segundo, de vez en cuando descansa aupado por la gloria, y entonces Crisje lo oye soñando, pareciera que está delirando, pero no es cierto, ¿o sí? ¿Cómo cantaremos después? ¿Cómo recibirán las canciones nuevas? Una y otra vez quiere hablar. Crisje dice sí y amén, el Largo no quiere oír nada de aquello de lo que ella quiere hablar, es demasiado serio y está demasiado alejado de su vida.

—Los castillos de aire que se construye uno, ¿no, Cris?

—Sí, Hendrik —le contesta su amor.

—Pero Nuestro Señor lo sabe, Cris.

—Sí, Hendrik, es cierto, Él lo sabe.

Un breve silencio. A Crisje se le está mostrando su cáliz. Primero Jan, luego Bernard y ahora Hendrik también. ¿Puede ser? ¿Es posible eso? Lloro hasta quedar vacía por dentro. Hendrik no lo ve ni lo siente. Pero ¿qué le pasa a Fanny? ¿Qué le pasa a ese perro, Cris? Fanny siente más que el Largo. Fanny ve a La Parca delante de la estufa. Fanny le muerde las pantorrillas, pasa volando por encima del Largo, da vueltas por la cocina como un salvaje y quiere ahuyentar a La Parca con sus ladridos, pero a esta los gemidos de Fanny no le

incomodan, avanza conscientemente. Jeus oye los gemidos de Fanny.

—Por qué no vienes aquí conmigo, Fanny. Sé lo que sientes. Pero te voy a decir una cosa. Yo también lo sé, Fanny. Algo va a suceder aquí. Pero ¿no viste las miradas de mamá? ¿Pensabas que estaba loca? ¿Podrías callarte, Fanny? ¿O quieres que desde ahora le amarguemos la vida?

El perro ya no está gimiendo. El animal entiende todo. Entonces que el Largo se las arregle. Pensaba que tenía que avisarlo, pero este no lo ve ni lo siente. Esa mujer delante de la estufa, ¿no hay que sacarla de la casa? Fanny lo siente, el Largo no, aquello por dentro del Largo no está abierto a la sensibilidad espiritual, para eso uno tiene que perderse mil veces y Hendrik no quiere perder nada de sí mismo, ¡lo que es suyo lo seguirá siendo!

—Fanny, papá volverá —le dice Jeus al animal, cuando Fanny se olvida durante un momento, acostándose al lado de La Parca.

—¿Qué es lo que estás viendo? —le pregunta Crisje al perro, que de vez en cuando alza la mirada para seguir a alguien que anda por la cocina. Se nota, Fanny está siguiendo esa vida. Crisje sabe lo que significa, pero calla, ahora sabe que los preparativos terminaron. Ya ven, de todos modos no se le puede cambiar nada.

¡Las últimas horas, Largo! ¿Ya no te queda nada por decir? Quince días se han hecho humo..., no has pronunciado ni una palabra sobre allá, ni tampoco sobre un reencuentro eterno. ¡Nada! ¿Ya no tienes nada que decir? Todavía es posible, todavía vives aquí, después habrá pasado. Entonces ya no te oirán, aunque todavía te podrán sentir. No, Hendrik se sentó un momento en la mesa, son las cinco de la tarde. El pequeño Teun dice:

—Ya puedes meterte al ataúd. —Lo que le da risa al Largo. Crisje lo procesa. Cómo es posible. ¿Aquí todos los niños tienen fuerzas predictoras? Su Hendrik se irá. Todavía no quiere pensar en eso ahora, eso es para más tarde. No ha de sentir ni saber nada. ¿Sabe un niño así lo que es un ataúd? ¿Entiende un mocoso así de pequeño de morir? Crisje se asustó mucho. El Largo no siente nada, pero vuelve a la cama. Se siente un poquito cansado hoy, y es que ese maldito resfriado. El Largo todavía le dijo a Crisje:

—¿Lo oyes, Cris? Ese ya me quiere en el ataúd ahora.

En la cama se descansa bien. El Largo no suda, no llega tan lejos, pero Crisje suda sangre, aunque no pueda llorar, claro que no. Ahora a rezar, Crisje. Rezar día y noche. Crisje, que para todo sigue el viacrucis, no puede creer en él ahora, sus oraciones vuelven a su vida. ¿No es esa la respuesta? Ahora ya no puedes rezar, tienes que dejar todo en “SUS” manos e inclinar la cabeza. El cáliz para su personalidad está en la mesa. Lo trajo La Parca. Lo que contiene es interesante. Vez tras vez bebe de él. Este vino es como veneno, pero bebe. La Parca ve... que este cáliz está casi vacío. Cuando el Largo descansa un poco, cierra los ojos un momento, Crisje toma su cáliz en las manos y da

un sorbo. Ay, Hendrik... ¿No oyes nada, no ves nada? Crisje no manda pensamientos hacia Nuestro Señor que hagan preguntas sobre “SU” vida. Todavía no lo entiende, pero allí está. Es imposible llevar su vida a la rebeldía. En silencio reza un padrenuestro tras otro. Por la tranquilidad y el silencio de Hendrik. ¡Para que se le abran los ojos! Protégelo de todo mal. ¡Llévalo al “atrio”! Enséñale lo que yo sé y lo que se nos concedió recibir de Jeus. ¿No lo oye Hendrik? ¿No hay cuestión de unión? ¿No siente nada? ¡No, nada en absoluto! ¡Qué se le conceda morar en Tu paraíso! Libra a Hendrik de todo mal pensamiento. ¡Acógelo en Tu corazón! Por todos los santos, lo entrego.

¿Le queda algo que decir a Hendrik? Ni cuando La Parca se sentó en el borde de su cama para mirarlo a los ojos, cuando empezó su conocida conversación ni cuando su primer contacto lo alcanzó, el Largo cayó en la cuenta de que esto iba destinado a él; ni siquiera escuchaba. Lo que siente es que por dentro vive una sensación de mareo, se le antoja algo salado, ¿qué pensarías de un arenque en escabeche, Cris? No, siempre no, Cris, ya se me va quitando. Y luego Crisje oyó:

—Cris, ¡ay mi Cris! Creo que todo es diferente.

Sí, así es. Las nueve, dan las nueve veinticinco, luego las diez. Todavía no hay cambios. ¿No hace falta un párroco aquí? Un médico ya no puede ayudar al Largo. Gerrit Noesthede pasa a verlo.

—¿Cómo vas, Hendrik?

—Igual, Gerrit.

Luego vamos a empezar, Gerrit. Los niños también están acostados allí. Miets y Teun duermen con sus padres. ¿No perciben nada los niños? Fanny sí está allí, vino a asomarse, algo que nunca hace. El animal ve que La Parca se fue. Fanny vuelve hasta Jeus, que está despierto. Por ahora duerme en la cama empotrada con Gerrit. Hay silencio en la casa, se puede oír a los ratones que andan corriendo por allí. Sueña de forma plenamente consciente. ¿No viste eso de allí? ¿No fue papá? Qué silencio hay esta noche. Arriba se duerme mucho mejor, allí hay más espacio. ¿Por qué él y Gerrit tienen que dormir abajo ahora? Crisje pensó, ‘cuando están resfriados, prefiero tenerlos cerca de mí’. Jeus no siente nada, no está resfriado, un poco de esa tos no dice nada. Qué silencio hay esta noche. ¿Entiendes este silencio? Gerrit duerme como un tronco. Jeus no puede dormir. Hay algo que lo mantiene despierto. ¿Qué es? ¿Quién pasó por allí? Ese hombre era idéntico a papá. Pero no puede ser, papá está enfermo y en la cama. Oye susurros de voces. Gerrit Noesthede está con sus padres. De repente se abre la puerta y Gerrit sale corriendo. ¿Dónde va Gerrit así de pronto?

Veinte minutos después, el Largo recibe la extremaunción. Allí está el señor párroco. Pero junto con el señor párroco lo asalta su sueño. Papá va a morir ahora, pero volverá, está engañando a todos que da gusto. Santo cielo,

cómo reiremos. En la cocina lo oyen riendo. Ahora el señor párroco se va. También está la tía Trui con el tío Gradus. Otra vez está de gruñón. ¿Por qué hacen tanta bulla allí? ¿Acaso papá no tiene que descansar? ¿No tiene que morir tranquilamente? ¿No puede irse tranquilamente?

El Largo se despide de su amigo, el señor párroco. El buen hombre no lo logra entender; el Largo no ha cumplido los cuarenta años. Dios mío, pero ¿por qué? Esto no puede ser humano, ¿no? ¿Cómo puedes consentir que Deut Messing siga vivo y el Largo, que tiene una mujer cariñosa y siete chicos, se vaya? ¿Por qué despedazas esta familia? Señor Nuestro, qué incomprensible eres, ¿esto nadie lo entiende! El Largo dijo:

—Cris, mi querida Cris, ¡todo es diferente! ¡Se hizo todo diferente! ¡Ya ni tengo nada que decir! Pero ten cuidado con Gerrit, Cris. Cris... Cris..., ten cuidado con él, es un travieso, Cris. Ya no puedo cambiarlo..., no, yo no... Cris... ¡Mi queri... da que... rida Cris!

Y el Largo se fue, una parálisis cardíaca puso fin a su vida. Por lo menos a esta. Ahora abre los ojos para la siguiente. Pero por ahora siguen siendo más ciegos que los de un topo... en todos esos años no quiso usarlos ni cinco segundos. Él mismo cerró los ojos materiales. Se lo ahorró a su querida Crisje. Cuando sintió y empezó a comprender que las cosas iban en serio, de inmediato volvió a ser él mismo. Eso se lo ahorrará, pero no hay más. Largo, no hay nada más, o sea que esto es todo para Crisje y sus siete hijos que tú le dejas. ¡No hay ni un centavo! ¿Cómo es posible? ¿Está dormido el Largo? Sí, pero ahora no vas a conseguir despertarlo, Gradus. Para este mundo está más que muerto. No eres consciente de eso, ¿verdad? Te toma por sorpresa, luego te puede pasar a ti mismo, y encima pronto. Ahora es cuando aquí se empieza a pensar. Crisje estuvo pensando y por eso lo supo. Trui y tú no. Así es la vida, Trui. De pronto estás frente a La Parca. Y ahora todo terminó. Hendrik ya oye:

—¡A la izquierda, Largo! Ven, sígueme, no tengas miedo. Ten cuidado, allí está la mesa. Aunque ahora la atraviesas, pero al principio piensas que vas a chocar con ella y eso te asusta. Aquí no hay que asustarse, Largo. Solo te vuelve inquieto y las cosas que se te darán a vivir ahora representan la sagrada seriedad, Hendrik. Ahora un poco a la derecha. Mira, allí ya está el pasillo. Y allí en la habitación que da a la calle, en la cama empotrada, está Jeus, así que no tenemos que subir las escaleras y eso también es muy interesante, Hendrik. Y quiere verte ahora, puedes hablar un momento con él. ¡Ahora vas a conocer a uno de tus hijos, Largo! Puedes hablar con él un momento, pero luego nos iremos de aquí rápidamente. Quiero mostrarte los árboles y las flores de Nuestro Señor un instante, porque te reforzará y aliviará para lo que está por venir, Largo. Entonces puedes admirar un poco “SU” espacio, “SU” luz y vida y amor. ¿No estás completamente en tus cabales, Hendrik? Sí, nos

parecemos. Jeus piensa que me parezco mucho a ti, pero dice que mi bigotito es más hermoso. No le prestes atención, Largo, ya sabes cómo son los niños. Pero aquí tú eres un niño... y aprenderás de Jeus, porque para este mundo es viejo, Hendrik. Cuidado, es la puerta de la habitación delantera. Continúa, no tengas miedo. Por qué no me das la mano, así puedes ver un poco más, ahora recibiste luz viva en los ojos a través de mí. ¿No es asombroso, Hendrik? Claro, mi cabello es un poco más largo que el tuyo, el mío me llega a los hombros. Antes lo llevabas exactamente igual. Pero todo eso también lo llegarás a comprender.

—Gerrit, despierta, se murió papá. Gerrit, Gerrit, se murió papá.

—Déjame dormir. ¿Otra vez estás soñando? Quiero dormir.

—Gerrit, se murió papá, despiértate. Aquí está papá, Gerrit.

Jeus mira a su ángel guardián a los ojos, y al lado de su “Largo” ve a papá. El ángel asiente con la cabeza, tiene que escuchar un momento.

—Tranquilo, Jeus, mejor deja que Gerrit duerma otro poco. Pero ahora quiero que me escuches muy bien. Papá tiene algo que decirte.

El Largo le habla a su hijo, y dice:

—Jeus, ¿oyes que te estoy hablando?

—Claro, papá.

—Tienes que decirle a mamá que volveré y que no tiene que cavilar. Estoy muerto, Jeus, pero vivo. Volveré, y pronto. Adiós, Jeus.

—Gerrit, ¡despierta!

Llega la tía Trui, tienen que vestirse.

Jeus le pregunta a su tía Trui:

—¿Cómo está papá?

Trui dice:

—Papá está bien, pero tú tienes que levantarte.

—Maldita mentirosa, papá está muerto.

Pasa a su tía como un rayo y entra a la cocina. Su tía Trui miente, papá está muerto, pero está vivo. Crisje ya lo oye:

—Mamá, papá no está muerto, está vivo.

Mira un momento al Largo, su padre, que acaba de estar con él y ahora está aquí muerto, pero que volverá enseguida. Gerrit quiere dormir, no lo cree. No es asunto suyo. Trui lo saca de la cama a rastras, pero Gerrit dice, enfurecido:

—¿Por qué diablos no me dejas dormir? ¿O es que tengo algo que ver contigo?

Jeus apoya a Crisje, la abraza y le suplica que le crea. Papá no está muerto, volverá, esto solo es pasajero. Papá mismo se lo contó, ¿es que mamá no lo puede aceptar ahora? Ahora Jeus se entera de que él y Gerrit irán adonde la señora De Man, dormirán allí. ¿Donde esa vieja borracha? ¿Tienen que dor-

mir en casa de esa vieja? Hendrik, Miets y Teun se mudan adonde la tía Trui. El pequeño Teun terminó por tener razón: el Largo se va al ataúd. Johan y Bernard duermen en casa de otros familiares. Perdieron a papá. Johan y Bernard son conscientes de ello, Jeus no: papá volverá. Sí, Largo, ahora tienes que volver y eso es por ti mismo, por Crisje y Jeus, y por toda esta humanidad inconsciente. Ese es ahora el orden de Nuestro Señor, y ¡a ese sirve Jeus! Estas son las pruebas, Largo, para derribarle la corona de la cabeza a La Parca de un golpe. Pero por un solo golpe este hermoso conjunto quedó despedazado. Por un solo golpe ya están acechando el hambre y la miseria. Por un toque traicionero de esos hay corazones que quedaron apaleados hasta sangrar, maltrechos y exprimidos; esta felicidad y esta gloria fueron reemplazadas por dolor del alma. Y eso en quince días, por un pequeño catarro, incluso al médico erudito le dio risa. Este golpe fue certero. Pero ¿por qué?

¿Tiene más valor la vida de Deut Messing que la de Crisje y su Largo? ¿Cómo puede aprobarlo Nuestro Señor? ¡Dan ganas de desollarlo! No se puede llegar a Él. Crisje no lo intenta, sí que sabe de estas cosas, pero ahora la vida es incomprensible incluso para ella. Rezar no le ayuda a uno; si hay que morir aquí, no queda más que aceptarlo. Los castillos de aire de uno quedaron reducidos a jirones borrosos. Lo que ayer todavía parecía estar en pleno crecimiento y florecimiento, ahora está muerto y bien muerto. Parca, ¡qué canalla eres! ¿Quién llegará a conocerte? Qué animal más asqueroso que eres. Una cosa es cierta: el temor de Crisje, esa sensación misteriosa, ahora desapareció por completo. Esa sensación y ese temor se largaron. Se transformaron a través del dolor humano, dejando un vacío. Pero es terrible. Sí, ahora esa sensación nauseabunda se esfumó de golpe. ¡Ahora Crisje está viviendo el saber immaculado! ¿No es curioso? Uno así lo diría.

Ahora que Jeus está en la cocina donde la señora De Man, siente que esta alma tuerta finalmente no es tan mala.

—¿Quieres tomar un poco de agua, Jeus?

—Sí, señora De Man, por favor, sí que me asusté un poco.

Gerrit ya está dormido. Jeus habla con la señora De Man, se entienden.

—¿Por qué siempre en esta casa siempre se empina el codo así, señora De Man? ¿No logra mantener el orden entre esos tipos?

—Sí sabes cómo son los hombres, ¿no, Jeus?

—Sí, lo sé, señora De Man, de vez en cuando darían ganas de azotarles el culo con los pantalones bajados, verdad, pero entonces para colmo se burlan.

—Claro, Jeus.

—Pero Dios mío, señora De Man, qué maneras de vociferar las del viejo De Man. Los sábados, podemos oír sus palabrotas hasta en nuestra casa. ¿Le sienta mal el alcohol?

—No, Jeus.

—Y aun así a emborracharse, señora De Man.

—Sí, ¿no es terrible, Jeus?

—Es para volverse loco. Pero me voy a dormir, que descansa, señora De Man.

—Buenas noches, Jeus, duerme bien.

—Se lo agradezco, señora De Man.

—No hay de qué, Jeus.

Piensa, ‘del otro lado de esta pared está papá’. Pero aquí en la casa las estufas al rojo vivo vuelan por los aires, y juran como diablos. Qué clase de gente es. La señora De Man es buena persona. Theet es su amigo, pero aquí chillan como cerdos salvajes y ahora tiene que dormir aquí. Con solo quitar esta pared estaría con papá. Theet todavía tiene a su padre. Jeus también, papá no está muerto, volverá. Qué es lo que le pasa ahora en los pies, están tan fríos. Siente cómo se va atontando, otra vez hará un viaje sobre las nubes. De pronto vuelve a estar al lado de su organismo. Sus ojos interiores miran a través de las paredes, allí yace papá. Ve que Gerrit está profundamente dormido, también ahora puede oírlo roncar. Pero allí está papá. Las paredes son como las nubes. Allí está la cocina. Se sienta delante de la estufa, quiere saber cómo se ve desde este mundo y a qué sabe. Ve todo, allí está la mesa, todavía con las tazas encima, allí está colgado el reloj, oye su tictac. Todo vive, nada está muerto, siente las baldosas sobre las que camina, están frías al tacto; ¿no lo sabe papá? Aquí estaba sentada mamá. Esta tarde papá todavía había estado sentado en la mesa, allí estaban Teun y Miets y ahora están durmiendo allí. No saben que él está allí. No, Teun y Miets duermen en casa de la tía Trui. Papá y él están solos en casa. Ahora a ver un momento.

Todavía igualito, así está papá. No se ha dado la vuelta, descansa, pero les toma el pelo a todos. A pesar de eso, papá está desagradablemente blanco alrededor de la boca, aunque todavía tiene su barba y su bigote. Jeus se sienta al pie de la cama y mira al Largo. Hay nubes planeando alrededor de papá y ve que irradian luz. Es exactamente como cuando jugaba con los globos, ¡exactamente igual! Todavía no se le ha olvidado. ¡Papá, aquí estoy! En esas nubes ve al Largo.

—Papá, papá mío.

El Largo lo sostiene en los brazos. Pero Jeus también ve a su ángel guardián. Ahora los ve a los dos. Su “Largo” le guiña el ojo, Jeus siente que ahora todo está bien. El Largo aprieta a su hijo contra el pecho, es una gracia regia, es un regalo de Nuestro Señor para su vida. ¿Qué le hizo merecer esto? Hendrik le dice:

—Jeus, ay, mi Jeus. Ahora sé en lo que estuviste mirando todos estos años. ¡Ahora lo sé!

—¿Volverás, papá? Mamá no puede estar sin ti mucho tiempo.

—Sí, pero eso todavía tardará un poco, Jeus.

—Puedes entrar otra vez así como así, papá. Yo también me he salido, papá.

—Lo sé, Jeus, pero para mí es algo muy diferente.

Entonces su ángel guardián dice:

—Escúchame bien, por favor, Jeus, ahora tu padre va a trabajar para Nuestro Señor. Y es algo muy diferente que allí, lo sabes. Ahora tú tienes que cuidar bien a mamá. Y ahora tienes que ir a dormir, mañana será otro día. Ahora tu padre irá donde Nuestro Señor.

El Largo puede hablar otro momento con Jeus. Este está ahora en los brazos de su maestro, el otro Largo. Algún día se le concederá saber que este es Anton van Dijck, un gran maestro en el arte, que ya ha cumplido una gran tarea para Nuestro Señor y que ahora continúa su vida para regalarle a la humanidad lo más elevado. ¡Entonces Jeus será el “Instrumento Cósmico” para este siglo y para la “Universidad de Cristo”! Ahora ya se están echando los primeros fundamentos, todas estas son las pruebas para derribarle a La Parca su corona de la terrible cabeza a golpes, ¡y para las que sirven millones de personas de la tierra! ¿Acaso no dijo Cristo: “Después de ‘MÍ’ sucederá”? ¡Jeus es uno de ellos! ¡Y será el más grande de todos! Ya no habrá ninguna personalidad que rebase su personalidad, porque Jeus vivirá y recibirá lo más elevado.

Jeus desciende en su organismo y se va hundiendo en el sueño normal.

—Ven, Hendrik, ahora estás en mi bici. Tú puedes pedalear. Ahora te enseñaré el camino que nos llevará en línea recta hacia uno solo de todos los millones de mundos creados por Dios. A la izquierda, Hendrik, solo un poco, después ya no podrás perderte. Muy bien, Largo, hemos salido del casco urbano, nos hemos despedido de la Madre Tierra y de todos sus hijos. Ahora te contaré algo bello, Hendrik. Ahora nos encontramos en el espacio divino. Mejor no hagas preguntas, porque es demasiado para tu personalidad. Solo haría que desfallecieras, Hendrik. Antes de que Jeus naciera, él y yo éramos uno en este mundo, Hendrik, y nos preparábamos para nuestra imponente tarea, en la que ahora ya estamos trabajando. Ahora te llevaré al “atrio” de Nuestro Señor. Allí descansarás un momento. Vivirás allí hermosos sueños, Hendrik, son visiones, para que estés preparado, porque tendremos que volver. ¿Supongo que querrás vivir tu propio entierro, Hendrik? Le dije a Jeus que volverías. Lo hice para probarle a esta humanidad que vives detrás del ataúd. Recibí mi encargo desde la fuente más elevada, Hendrik, porque ahora, en este siglo, tiene que morir La Parca, ¡y no nosotros como seres humanos! Tú sirves a la “Universidad de Cristo”... Hendrik. ¡Todos nosotros! ¡Tu tarea allí acabó! Todos nosotros cuidaremos a tu Crisje querida, y también conocerás esas leyes. Ahora eres capaz de tocar tus violines de otra manera, Hendrik.

Acéptalo, ahora vivimos en seriedad sagrada; los disparates vacuos te llevarán a otros mundos, eso también lo conocerás. ¿Ves que el Universo está cambiando, Largo? (—pregunta.)

En el camino, el Largo se queda dormido. El maestro de Jeus lo acuesta y vuelve. Ahora el Largo tendrá sus visiones, durante este sueño vivirá leyes imponentes y más adelante, cuando esté completamente consciente, las vivirá y seguirá como una personalidad espiritual y solo entonces estará ante su fin, ante su Crisje, y ¡sabrás por qué tuvo que morir tan joven en la tierra! ¡El Largo aceptó su evolución eterna!

El Largo no está muerto. ¡El Largo de Crisje está vivo! Jeus recibirá las leyes de esto. Hendrik tiene que volver para enterrarse a sí mismo, lo que en sí es un milagro imponente para cualquier persona de la tierra, si la personalidad no se oscureció para esta luz. Hendrik duerme allí, en una esfera, justamente debajo de la realidad espiritual. Ahora cualquier pensamiento de amor es un fundamento de luz para poder mirar dentro de ese espacio. Hendrik fue una buena persona, dio su personalidad para lo bueno y lo bello, pero todavía no tiene lo imponentemente infantil que tiene Crisje, con su sentir y pensar universal, aunque asimilará esa santidad. Alrededor del Largo florecen violetas. No tendrá que cortarlas luego, pues no son suyas. Ahora empezará a convertir su propia vida en un “atrio”. Tendrá en sus manos esa posibilidad. El Dios de todo lo que vive creó esa independencia para todos los seres humanos.

Hendrik vive en el silencio de Nuestro Señor. Ahora no sabe nada de su vida en la tierra, y a pesar de todo seguirá muchas vidas hasta que se encuentre acostado en la cocina al lado de Crisje, y la oiga rezar:

—Torre de David... ¡Ruega por nosotros!

Arca de la Alianza, ¡ruega por nosotros...! —Y luego largarse lo más rápido que pueda, porque conoció la veracidad. Hendrik estaba en la bici de Nuestro Señor.

—Bernard, ahora papá lo sabe. Si Marinus Jaspese tuviera una así, ya nunca más tendría que hacer nada: toda esta humanidad iría para alquilarle esa bici, y por más que uno ande en esa cosa, Bernard, es imposible romperla. Con ella atraviesas todo volando, ¡la materia ya no significa nada!

Crisje querida..., Hendrik ya se está pegando a sí mismo mientras duerme. ¿Quedó claro? ¡Hasta ahora mismo, Crisje!

Mamá, aquí está papá y te está cantando

Cuando el cerezo de Nuestro Señor suelta de pronto sus frutos y uno está justo debajo de él, termina enterrado por toda esa gloria y la vida vuelve a ser bella, le sonrío a uno, uno vuelve a recibir de comer y beber, y sabe con seguridad: así de bueno es Nuestro Señor. ¡Nunca se olvida ni de una sola persona! Y entonces también están abiertas a la vida de uno las puertas del paraíso verdadero. Si ahora uno tiene en sí las fuerzas para poder seguir, las fuerzas que representan el entendimiento humano, el agachar la cabeza, la justicia y la benevolencia, también la amistad, pero sobre todo el “amor”, entonces uno se queda mirando como una pequeña persona feliz y sabe... ¡“ÉL” nunca fue de otra manera, pero uno no lo conocía!

¡Eso estaba viviendo el Largo! Se le acostó debajo de ese árbol, y cuando despertó el árbol de la vida se sacudió hasta quedar completamente vacío, y el Largo podía empezar a comer su primerísimo desayuno en el “atrio” de Nuestro Señor, aunque sin café. No lo creerás, pero el Largo oyó cantar e incluso pensó oír su propia voz. ¿Es así? Pensó oír a Peter, a sus propios chicos y a los hombres de su cuarteto. Y entonces Hendrik se volvió a hundir en el sueño, porque durante un momento lo tomó por desprevenido y ya no supo de nada. Pero este primer contacto con la realidad le dio la fuerza animadora, porque el Largo comprendió: detrás del ataúd todo está todavía, nada de lo que hiciste para el bien se pierde, todo eso vive y ¡en ese momento eso fue para él comida y bebida! ¿Podría ser todavía más justo? ¡No! ¡Porque esto te pertenece! Y entonces uno se sostiene por su propia fuerza o se queda dormido. Para el Largo esto significó sueño. Cuando despertó por la mañana, fue para Jeus una sensación de ánimo, y también la inspiración para apoyar a su Crisje, y de inmediato se levantó de la cama. Mamá, tengo un recado para ti. Papá no está muerto, vive.

Ahora que ve a la vieja borracha sabe lo que ocurrió. Pero estaba debajo de un cerezo, el mismo del que también comía el Largo. Todas estas palabras, todos estos fenómenos son cerezas del árbol de la vida y le pertenecen a Nuestro Señor. Fuera hace frío y viento, allí es verano y primavera, la eterna primavera, que no termina nunca. Y luego rápido a ver a Crisje.

—Ahora quiero que me escuches muy bien, mamá. Tengo algo que decirte. Papá no está muerto. Volverá, mamá, pero tienes que tener un poco de paciencia. ¿Serás fuerte, mamá? Papá tiene que trabajar para Nuestro Señor, mamá. Y luego aquí estoy yo. Tengo que cuidarte.

¿Entendido, Crisje? ¡Menudo chico! Ahora podrás seguir, ¿cierto o no? ¿No podrá mamá reírse entonces un poco? Qué bien, hoy no tiene que ir a la

escuela. Tampoco quiere ir, tiene que quedarse con mamá y cuidarla. No se aleja de Crisje ni un segundo. Ve que la tía Trui es cariñosa con mamá. ¿Por qué los chicos ponen esas caras avinagradas? Papá no está muerto. ¿Qué quieren esos niños? ¿También tiene que poner una cara larga él? Ya quisieran eso, pero no lo hace. De cualquier manera, esos mocosos no entienden de todas esas cosas.

Alrededor del mediodía llegan de visita personas negras. ¿Qué quieren esos? Una de ellas quiere hablar con mamá. ¿Qué será lo que ese hombre negro tiene que discutir con mamá? Y esta noche vendrán personas para rezar por papá. Se ríe porque siente que papá también se reirá. Y es que papá les está tomando el pelo. ¿Y encima a esa gente se le ocurre traer un ataúd? Eso sí que es para volverse loco. ¿No se está llevando papá este juego demasiado lejos? ¿Van a meter esos hombres a papá en un ataúd? Papá, vuelve, quieren meterte en un ataúd. No tardes demasiado. Ay, mamá, papá no va a aceptar eso. Jeus no es consciente de que hay que meter a su padre debajo de la tierra. Cuando pueda hacerlo, papá volverá a descender en el organismo para entonces vivir otra vez aquí. No puede pensar. Por dentro algo se niega, solo ve esta posibilidad, y ¿sin embargo? Jeus podría saberlo, porque lo muerto no está muerto. Sí, el cuerpo; el espíritu como personalidad continúa. Pero no ve eso. Se aferra a la palabra, para él eso es todo y no hay nada más que vivir.

Se va haciendo noche, ya está llegando la gente para rezar por papá. Él también está de rodillas en la cocina y sigue todo. No le cabe en la cabeza, no lo entiende, no hace falta rezar por alguien que esté vivo, ¿no? Hay que ver esas caras. Entre estas personas hay hipócritas y hay bestias blasfemas. ¿Pueden rezar por papá? ¿Lo acepta papá? Hay que mirar a ese sacristán árido. Hay que ver a ese malparido, ese de allí, que de vez en cuando está poseído por un verdadero diablo. ¿Ahora quiere rezar por papá ese hombre?

—Torre de David, ruega por nosotros.

Aquí cantaron papá y Peter, y Gerrit Noesthede siempre se lo pasó muy bien aquí. Allí está Gerrit ahora, ¿no da risa?

—Arca de la Alianza, ruega por nosotros.

Por todos los diablos, cómo rieron cuando estaban aquí Chang y Carlo. Aquí al lado sueltan palabrotas, aquí al lado duerme él, donde la señora De Man, que ahora no está. ¿No puede reír Gerrit ahora? ¿Es que no tiene nada que decir Jan Maandag? Papá les está tomando el pelo a todos ellos... estalla de risa.

—Casa dorada, ruega por nosotros.

Las risas resuenan por la cocina, el sacristán mira a su alrededor de manera iracunda. Parecen los Reyes Magos, rezan por nada, solo se están tomando el pelo, y de todos modos no van en serio. Santo cielo, cómo se rieron entonces aquí. Bernard le contó todo. Gerrit habló de Manus Runsel. Anneke había

ido a ver a Manus. Le dolía un diente y entonces Manus le había gastado una broma. Santo cielo qué risa le da. La tía Trui se acerca a él con un frasco, tiene que olerlo. Cayó presa de los nervios. ¿Esto es muy caro, mamá? ¿Hay que darles algo a estas personas por venir a rezar? Solo mira a ese sacristán, las caras tan feas que pone. Pero escucha, mamá, papá está cantando. Ya llegó papá... Papá canta y oye cómo rezan. Eso está pasando aquí, lo vive y lo ve, ya no puede seguir el rezo. De pronto le grita a Crisje:

—Mamá, ¡aquí está papá y te está cantando!

El sacristán calla, la gente mira, piensan que es un muchacho raro, pero los nervios son los nervios, así que también es comprensible. El sacristán pone fin al asunto, la gente se va. Otra vez duerme donde la señora De Man. Y duerme bien, su sueño es profundo. Ahora no está el Largo.

Alrededor de las once, los hombres de negro vuelven para hablar con mamá. Vio un ataúd, ¿tendrá que entrar papá en él? Las puertas están cerradas con llave. La tía Trui tiene la llave, nadie puede entrar a la casa. ¿Por qué no? ¿No es extraño? ¿Qué quiere hacer esa gente a papá? Sí que sabe cómo puede entrar. En un momento está al lado de la pocilga y va caminando por el corredor. Primero hay que mirar en la habitación si papá sigue allí. La casa está en silencio. Jees está en la cocina, hay un silencio sepulcral. Avanza pasito a pasito. ¿Qué es eso? Papá ya no está. ¿Qué le hicieron? ¿Lo sacaron por la puerta sin que él lo viera? Otra vez a la habitación delantera. También mirará allí un momento. Abre la puerta con cuidado. Dios mío, allí está su padre. Lo metieron al ataúd, y eso no debe ser. Quiere saltar hacia su padre, quiere besarlo. Quiere ayudarlo, pero ¡hay algo, una gran fuerza, que lo detiene! Ya no puede mover un pie. Ahora que decidió no besar a papá, porque ¿por qué no podía seguir? Ahora puede dar un pasito y se va acercando al ataúd. Está al pie del mismo y mira el rostro del Largo. Reflexiona. Está silencioso aquí, pero esto es excesivo, ¿le parece bien a papá? Caray, papá, ¿es necesario?

Sigue mirando al Largo. A papá ya le salieron manchas en la cara. La nariz está tiesa, los labios apretados. ¿No puede decir nada su padre? ¿No puedes hablarme, papá? ¡Aquí estoy! Papá está extraño, aquel otro se parece a él, esto no es nada. ¿No me oyes, papá? Aquí estoy. ¿No decías que quieres volver? No te tardes mucho, papá. Ya te metieron en un ataúd, ¡ya se pasaron de la raya! ¡Vuelve, papá! ¡Vuelve! O los hombres te habrán agarrado.

Mira los ojos cerrados del Largo. Pero en esos ojos ve lucecitas. Y ahora esas lucecitas están por todas partes. Es papá. ¿Papá?

—Vaya, Jees, ¿vienes a verme todavía un momento?

—Sí, papá. Pero ¿por qué te dejaste encasquetar el ataúd?

—Pues, es parte de ello, Jees.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, papá? Pero entonces ¿no puedes volver ahora?

—Sí, Jeus, todavía lo vivirás.

—¿Entonces estás tomándole el pelo a la gente, papá?

—No, en realidad no, Jeus; tú espérate y ya lo entenderás.

—Si fuera tú, papá, ya no seguiría más con esto. Ahora ya tienes manchas en la cara. Y ¿cómo pensabas volver a quitártelas, papá?

—Eso pasa solo, Jeus. Nosotros, los humanos no tenemos que hacer nada para eso.

—Si la gente sabe esto, papá, entonces no hace falta que tenga miedo de morir, ¿no? Está viva a pesar de todo, papá.

—Lo saben desde hace mucho, Jeus, pero todavía no quieren comprenderlo. Les da miedo.

—Lo puedo comprender, papá. Son unos miedicas. Pero qué hermoso cantaste, papá. Fue más bonito que en el cuarteto, papá. Si tan solo lo hubiera podido oír mamá, ¿verdad? Y esas otras personas, entonces habrían podido creerme, papá.

—Sí, Jeus, pero las personas todavía no han llegado a ese punto.

—¿Ya sabe Gerrit Noesthede que le estás tomando el pelo, papá?

—No, Gerrit sigue dormido, exactamente como todas esas otras personas, exactamente como yo, Jeus, cuando todavía estaba allí.

—Pero estás aquí, ¿verdad, papá?

—Claro, Jeus, pero para esas personas no, aún no lo pueden creer y eso es todo.

—¿Y Peter, papá?

—Ahora quiero que me escuches muy bien, Jeus. Tendrá que venir pronto. También el tío Gradus. Tienen que trabajar para Nuestro Señor, como yo. Y entonces también volveremos a cantar juntos. Aquí, donde estoy ahora, ya sabes cómo es eso.

—Claro, lo sé, papá.

—Cuando Peter esté conmigo, Jeus, quiero que escuches muy bien; podrás oírnos a nosotros y a todos los demás ángeles. Y entonces se lo tienes que decir a mamá. Ahora, por favor, dile a mamá, Jeus, que tengo por lo menos veinte violines, muy caros, y que me esforzaré. Tocaré para mamá. Y puedes decirle que necesito todos esos violines. ¿No lo olvidarás, Jeus?

—No, papá, claro que no. Sí que lo sabes, ¿verdad, papá?

—Claro, Jeus, lo sé. A ti no se te olvida nada. Y ahora escucha otro poquito, Jeus. No tienes que decirle nada a la tía Trui. Pero mamá puede saberlo, lo del tío Gradus. Y tiene que saberlo.

—¿Significa, papá, que tengo que decirle a mamá que el tío Gradus y Peter van a ir adonde estás tú?

—Sí, eso es todo. Tienes que recordarlo bien. Es un encargo que me dieron, Jeus.

—¿Nuestro Señor mismo te lo dijo, papá?

—Creo que sí, Jeus.

—¿Sabes, papá, que hablé con Nuestro Señor?

—Ahora lo sé, Jeus. Ahora puedo entender todo mejor, ¿verdad?

—Claro, papá, lo sé. Lo sé desde hace tanto tiempo, papá.

—Tú sabes todo de mí y de Nuestro Señor, ¿no es cierto?

—Sí, papá, y se lo diré a mamá. ¿Ahora puedo besarte, papá?

—No, no puedes hacer eso, Jeus.

—Pero sí volverás, ¿no, papá?

—Sí, vendré a visitarte. Y ahora tienes que irte, Jeus, tengo que descansar.

—Claro, papá, puedo entenderlo. Adiós, papá.

—Adiós, mi Jeus. Cuida bien a mamá.

Se abre la puerta. Trui está en la habitación y tira de él alejándolo del Largo.

—Sal de aquí, ¿qué haces aquí?

—Tenía que hablar un momento con papá, tía Trui.

—¿Por dónde entraste?

—Por la pocilga, tía Trui.

—Entonces más vale que también pongamos llave allí, ¿verdad? No tienes nada que buscar aquí.

Piensa, ‘Ya lo verás, pronto tendrás que meter al tío Gradus al ataúd. Y entonces llorarás, ya no te darás aires y serás dócil como un cordero; tía Trui, yo sé algo’.

—Mamá, hablé con papá. Tocaré su violín por ti hasta romperlo. A papá le dieron unos violines muy hermosos, mamá. Y papá se esforzará, mamá.

Y ahora, para que Trui no pueda oírlo, le susurra al oído lo que el Largo le dijo.

—Sí, mamá, papá dijo que pronto el tío Gradus estará con él. Pero la tía Trui todavía no debe saberlo. También Peter, mamá. ¿No le dirás nada sobre esto a la tía Trui, mamá?

—Claro que no, Jeus.

Crisje lo abraza muy fuerte. Si no estuviera él, ya no sabría qué hacer. Él le da las primeras fuerzas para poder procesar todo esto. Y desde este momento su sueño vuelve en él. Ahora ya solo piensa en una cosa: papá volverá y entonces ya les mostrará que está vivo. No piensa en ese cadáver allí, pero que tampoco tarde demasiado. Se le da a vivir exactamente aquello que su Largo quiere que viva y considere. Jeus es universal y a la vez un niño, solo retiene aquello que se le da y ahora todo va bien; las pruebas de Nuestro Señor fluyen hacia la tierra y sus hijos. ¡Son esas cerezas! Crisje todavía oye:

—Después, cuando toque papá, mamá, tocará de tal modo que puedas oírlo.

—Claro, Jeus... —le contesta Crisje, pero el golpe es tremendo, el impacto es enorme, ¡su vida está destrozada! Otra vez están acostados en la cocina para rezar por el Largo. Hendrik volvió a dormirse, mañana necesitará sus fuerzas. Mañana es el día para su eterna vida y conciencia. Mañana, Largo, te vas a enterrar a ti mismo y podrás apoyar a tu amor inmaculado. Está reservado solo para aquellas personas que amen de verdad, y, naturalmente, es un regalo de Nuestro Señor.

—Torre de David..., ruega por nosotros.

Qué tonta es la gente. ¿Acaso pensaban que podían rezar por papá? Ya está riendo. Se oye:

—Chsss..., por favor, Jeus.

—Casa dorada... —Pero ¿qué es eso? ¿De verdad no te da risa?

—¡Chsss, por favor!

Allí también está el calvo. Algún día ese hombre estuvo encima de una tumba y se enojó tanto que cayó dentro de ella y quiso romper el ataúd a patadas. Durante su vida, su propio primo lo había engañado. Y ese dice ahora: “Ruega por nosotros”. Eso da risa, lo quieras o no.

—Chsss, ¡ya está bien, Jeus!

La tía Trui le da a oler otra vez su frasquito. También vino otra vez aquella bestia blasfema. Ahora el cuarteto no canta, rezan por papá. ¿Peter? ¿Papá dijo...! Peter... ¿Papá dijo...? Le gustaría decírselo a Peter, pero entonces este se moriría del susto. No, no puede hacerlo, papá se enfadaría. Claro que Peter no podrá soportarlo. La gente no puede con eso. No quieren entrar en ese ataúd, pero a pesar de todo: papá vive. Ese ataúd no tiene significado alguno, ¿Peter? ¿Peter...?

—Chsss... Jeus...

Pero Peter oyó que pronunció su nombre; mira a Jeus. Le hace una señal con la cabeza de que no tiene que interrumpir el rezo. Trui se levanta tranquilamente y lo lleva afuera. Jeus no dice nada, solo reiría.

—Bien, Jeus, así está mejor. Vuélvelo a oler un poco, te hará bien.

Olisquea el frasquito y se siente ridículo. Trui cierra la puerta y sigue el rezo. Un poco después, Crisje le pregunta a Jeus:

—¿Por qué tenías que reírte así, Jeus?

—Es lógico, mamá. Papá les toma el pelo a todos. Y me acordé del calvo y luego me dio risa, mamá.

Están listos para llevarse al Largo. Busca con la mirada, papá tiene que venir. Cuando estén allí con papá, volverá. Alza el ataúd sobre los hombros; los cantantes del Largo, amigos, lo llevan cargando a la iglesia. Crisje y Trui caminan detrás del ataúd, luego siguen Johan y Bernard, y él con Gerrit. Luego siguen los amigos y los conocidos del vecindario. El séquito se pone en marcha, avanza pasito a pasito. Ahora tiene que venir papá. De repente ve

al Largo. Camina entre él y Gerrit. Quiere seguirle el paso a papá y ahora da unos pasos grandes. Gerrit lo ve y le da un codazo.

—Aquí está papá, Gerrit.

Gerrit piensa que está loco.

—Vergüenza debería darte imitar así a papá.

Jeus mira al Largo a los ojos. El Largo le dice:

—Déjalo tranquilo, Jeus, es que no sabe nada de todo esto ni tampoco puede entenderte. Ahora camina bien, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

—Así está bien, Jeus, si no la gente hablará mal de esto.

—Claro, papá.

Ve y siente que Gerrit no sabe nada de esto. Nadie ve a papá. Y, sin embargo, papá volvió. Camina detrás de su propio ataúd. Mamá no lo sabe. Ni la tía Trui ni el tío Gradus. Nadie lo ve y a pesar de eso papá está aquí. ¿Será que la gente se volvió completamente loca? Pero ¿no está exagerando papá? Por todos los demonios, van hacia el cementerio. Allí meterán a papá en la tierra. Mira al Largo, pero este en realidad camina con los ojos cerrados. Lo puede comprender. Solo que no sea demasiado tarde. Ahora se da cuenta de que la gente no sabe ni entiende nada de sus cosas. Entonces entran a la iglesia. Ve que papá descende en mamá y desaparece de su vista. Pero está dentro de mamá. La ayuda, porque eso es lo que pasa. Se oficia la misa para papá, hicieron venir un cantante con una voz muy hermosa para cantar para el Largo, lo que Jeus oye es imponente, pero queda lejos de ser tan bello como el canto de allá. Hay velas alrededor de papá, el señor párroco lo bendice y él está allí dentro de mamá. Es ridículo. ¿Por qué el señor párroco no bendice al papá verdadero, en lugar de a ese muerto de allí? Pero claro, es cierto, papá todavía tiene que ver con eso. Al rato volverá a meterse allí. Pero eso ya es el colmo, ¿no? Se siente mareado, ya no puede pensar, se volvería loco. De repente se vuelve a sentir fuerte y puede volver a pensar. ¿No es ese José? ¿Dónde está su Largo ahora? Y luego lo de la iglesia termina.

Ahora hacia el cementerio, lento pero seguro. Está abarrotado de gente; se va el Largo. Adiós al gran cantante, Crisje se queda atrás sola, con siete hijos y sin un centavo en casa. Pero trabajará. También los chicos ya están ganando algo.

Crisje apura su última gota para esta escena. No lo sabe, pero ya está preparado otro pequeño cáliz, nuevamente lleno hasta el borde. Hay otro vinito esperando a su vida. Hace un momento alguien trajo ese cáliz, pero nadie sabe quién fue. ¡Este está completamente vacío! Es el de ella y su Largo. Son ahora las últimas gotas para ella. Jeus piensa, 'Papá está loco, de verdad se está dejando encasquetar que lo metan a un ataúd'. Logra mantenerse firme, pero sus pensamientos son como una tormenta de nieve, ya no tiene asidero,

ya no sabe qué pensar. ¡Todo es raro! Papá está loco de remate. Se deja enterrar y en un momento más se cubrirá de arena el ataúd. ¡Eso sí que es para volverse loco! ¿Te parece bien eso, papá? Allí está mamá. Ve que papá está. No, no lograrán cubrir a papá de arena, ya quisieran. Papá está con mamá. Está ayudándola. Pero ¿por que papá permitió que esto llegara tan lejos? ¿Será que tiene que hacer infeliz a mamá? De cualquier manera, meten a papá en la tierra, y eso ya no lo entiende más. La cabeza le revienta de tanto pensar y de este esfuerzo. Sería para volverse loco si papá no estuviera allí. Está dentro de mamá. Ella se derrumbaría, pero él la mantiene fuerte. Sí, ¡eso es!

Entonces hacen descender a papá en la tierra. Jeus grita por dentro. Esta gente está loca, que no toquen a papá. Johan, por favor, dales una patada a esos hombres y que se vayan, están enterrando a papá. Qué pena que Bernard haya perdido la pierna, él sí que les echaría una bronca. Canallas, a quitar las manos de papá. Está al lado de Crisje. También papá está allí. Ahora regresa la calma en su interior y puede respirar un momento. Es un drama tremendo. ¿No hace nada papá? No, incluso le parece bien que el señor párroco hable de él. Jeus escucha, pero le da risa. Papá está aquí. Otra vez tiene que olisquear el frasco de la tía Trui.

—Más fuerte, Jeus. ¡Así está bien! ¿Ahora estarás tranquilo durante un rato?

Cuando el señor párroco ha terminado de hablar, siguen otros. Peter, Gerrit, Jan Maandag y otros tienen algo que decir sobre papá. Y él mismo está allí, escuchando. Es para morirse de la risa. Y ríe, de modo que pueden oírlo en la Grintweg. Por fin terminó. Vuelven y camino de casa ve al Largo, y oye:

—Tranquilo ahora, Jeus.

—¿Por qué permitiste que te metieran en la tierra, papá?

—Forma parte de eso, ¿no, Jeus?

Quiere decir algo, pero allí está el otro Largo.

—Jeus, ahora a escuchar un momento. Tu padre volverá, pero falta algo de tiempo. No tienes que preocuparte. Ahora escucha bien, tomará un tiempo..., y ahora tú cuidarás a mamá. ¿Me entendiste, Jeus?

—Claro, es bastante lógico. Cuidaré a mamá. Ahora lo sé.

—Entonces hasta más tarde, Jeus.

—Hasta más tarde, papá.

—Adiós, Jeus.

—Adiós, papá.

Cuando llegan a casa y ve que se le da de comer a la gente, que toma un trago y empieza a hablar de papá, se larga con Fanny, al bosque. Se aleja mucho de la casa, cerca de la Hunzeleberg, donde hace tiempo encontró el dinero, y se tumba allí. Ahora Fanny tiene que saberlo todo. Pronuncia una oración fúnebre para Fanny. Primero va a bendecirlo. Fanny está acostado boca ar-

riba y tiene que cerrar los ojos. Pero no lo logra, pues entonces que escuche.

—Oh, Fanny, qué buen tipo fuiste. Qué bueno fuiste con la gente y con tu Cris (—dice).

No, esto no funciona. Fanny no tiene nada que ver son mamá. Y a la vez sí. Así que a seguir.

—Qué buena persona fuiste, Fanny. Dios mío, cómo sabías cantar y ¿cuántas personas no habrán disfrutado de tu voz? Son miles. Mi Fanny, cómo te echaré de menos en el coro. Eres irremplazable, Fanny. Crisje, Fanny... quiero decir... Nuestro Señor te da la fuerza para cargar todo esto.

Fanny se levanta de un brinco.

—No, Fanny, tengo todavía otra cosa que decir. Ahora soy Peter. Pero de cualquier manera no vas a entender esto. Peter habló alemán, Fanny, nada de dialecto. Pero yo sí lo entendí. Dios mío, cómo te voy a extrañar, Fanny. De todos modos no tengo nada que decir, Fanny. Estoy que no puedo decir nada, Fanny, lo entenderás, ¿no, Fanny? Qué complicado es, Fanny, qué complicado habla Peter, Fanny. ¿Ahora no quieres ladrar un poco?

Fanny ladra de gratitud. Hasta tarde anda deambulando por el bosque, pero esta noche vuelve a dormir en el ático. Apesta en esa casa, donde la señora De Man.

Cuando llega a casa, mamá está sola delante de la estufa. ¡Vaya silencio! Mamá está triste, pero papá volverá.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Todavía tienes ganas de llorar?

Los chicos se van a la cama, Jeus está solo con Crisje. Habla con ella y se siente como si fuera el Largo. ¿Será que mamá se volvió loca de remate?

—¿Ya desde ahora tienes que agachar la cabeza, mamá? Bien dices que puedes aceptar todo, pero ¿esto qué es? ¿Qué estás haciendo ahora? Tienes la vista perdida en un espacio vacío, Crisje. Y no hay que hacer eso, tienes que terminar tu tarea.

—Sí... —dice Crisje—. Ahora tenemos que probar de lo que somos capaces, Jeus. ¡Es cierto!

Crisje, el Largo no se fue un segundo demasiado pronto ni demasiado tarde. ¡Era exactamente su hora! ¡Ánimo! ¡Y mucha fuerza para tu tarea! Volveremos a hablar. Crisje toma a Jeus en los brazos y se queda dormida! Esa misma noche volvieron a estar en el “atrio” de Nuestro Señor. ¡Allí encontraron para Crisje la primera “Orquídea” viva y nívea del Largo, el padre de Jeus! Esto ya era un bello trabajo, y eso solo un poco después de que se liberaran los sistemas materiales. Esto seguramente tenía algún significado. Cierto o no, ¿este es el trabajo de Nuestro Señor, Largo! Todavía conocerás el mundo. ¡Vivirás eternamente, Largo! Ahora mejor descansa un poco, pronto vendremos a buscarte otra vez para algo diferente. Entonces te estará esperando tu nuevo jefe. También para ti ánimo y mucho valor. ¡Hasta pronto, Largo!

Pero ¿dónde estará papá, José?

La falta del Largo y las muchas preocupaciones le impiden a Crisje quedarse dormida. La vida amenaza con aplastarla, se pregunta dónde tendrá que encallar este barco. Un montón de preocupaciones pesan sobre sus hombros. Johan gana algo, pero los demás hermanos gritan todo el día: “Mamá, tengo hambre”. Jeus dice: “Pronto dejaré la escuela, mamá, y entonces voy a ganar dinero”. Pero santo cielo, ¿de verdad era necesario? ¿Por qué papá tuvo que morir tan joven? ¿Deut Messing sigue vivo! Los incendiarios y los ladrones se mantienen con vida y viven bien, no les importa nada un Señor Nuestro, pero a una persona creyente, a un padre de siete hijos se le arrebató de pronto y sin duda que eso nadie puede entenderlo. Los buenos para nada tienen suerte y aun así no se puede decir que Nuestro Señor no lo sepa.

Tengo que trabajar para Nuestro Señor, pero ¿no puede ser aquí, con mi mujer y mis hijos? ¿Acaso no se esforzó el Largo aquí? Dios mío, dame fuerza, dame el saber, dame la posibilidad de poder cargar todo esto. ¡Es grave, es duro! ¡Este golpe fue horrendo!

Está despierta durante horas sin poder dormir. Tiene que reflexionar. No hay salida, ni por la izquierda ni por la derecha, ni hacia adelante ni hacia atrás. ¡Es para volverse loca! Crisje perdió su apoyo, a su lado viven siete vidas hambrientas y no lo entienden. Claro, podrá avanzar otro poco, pero ¿entonces?

Aquí el Largo está unido a cada cosa. Casi no se atreve a sentarse en su silla, entonces es como si el Largo estuviera sentado allí, y a veces lo oye hablando. Pero ¿no son sus propios pensamientos? Cuando Jeus ve cómo se arrastra mamá le dan ganas de llorar. Los chicos la ayudan a cargar, pero ¿qué hay para cargar aquí? Una noche, Crisje oyó de su boca:

—¿Quieres destruirte, mamá? Entonces tienes que seguir pensando así. Ya no tienes fe, mamá. ¿Y pensabas que Nuestro Señor se olvidó de papá y de nosotros?

Claro, Jeus, mamá cree todo, pero ¿eso da de comer? Crisje lo mira a los ojos, no sabe qué pensar de eso, pero era exactamente como si le hubiera hablado el Largo. “Luego, cuando me salga de la escuela, ya no habrá más preocupaciones”. ¿No es una buena ayuda, Crisje? ¿No te sirve? ¿Es que ya no puedes reír? ¿No tienes ni para una sonrisita? ¿Tienes que matarte de aflicción? Crisje le está inmensamente agradecida a Jeus, pero ¿será que no se oyen aquí los gritos: “Mamá, tengo hambre”?

Unos meses más tarde, también la tía Trui anda vestida de negro, tuvo que enterrar a su Gradus. Entonces Crisje le dijo lo que Jeus había predicho.

¿No le alegra a la tía Trui una predicción semejante? ‘Esta es una verdad que no sirve de nada’, piensa Trui. ‘Al que llegue con eso hay que sacarlo de casa a patadas’. Trui es venenosa. Crisje se inclina con respeto, a fin de cuentas todo está en manos de Nuestro Señor, pero para Trui esas son tonterías. Las hermanas llevan su sufrimiento de manera diferente. Una vive oprimida por su imponente tristeza; la otra se rebela y despotrica contra todo, incluido Nuestro Señor. El ser humano piensa, pero ¿puede pensar de manera normal y natural? “Los gandules lo tienen todo”, dice Trui. Ese “Hombre...” —y ese es Nuestro Señor— ya no tiene ni idea. Ese Hombre hace tonterías. Ese Hombre comete injusticias. Ese Hombre le da todo a algunos y a otros nada. Ese Hombre apoya las patrañas mundanas y no ve el bien en el ser humano, ¿ese Hombre está ciego! ¿No ve Nuestro Señor que Crisje tiene siete hijos y no sabe estar aquí sin el Largo? Parece que así es. Se pregunta uno ¿De verdad habrá un Señor Nuestro?

De pronto uno queda paralizado. La Parca sería capaz de desollarlo a uno vivo. ¿Dónde vive esa malparida? Si tan solo fuera posible tenerla entre las manos. ¡Ese “Hombre” se está haciendo viejo! Ese “Hombre” ya no sabe lo que es la justicia. O ese “Hombre” no haría cosas así de disparatadas, porque esto es para volverse loca. ¿Y se puede decir que Trui no tiene razón? ¿Es tan inhumano lo que dice? Pero cómo es posible, las dos hermanas enviudaron. Ahora Trui mira de otra manera a los chicos de Crisje. Navegan por un mismo mar, pero Trui posee un poco más de vapor, para ella es más fácil. Adora a Bernard, de vez en cuando les desliza algo en la mano a los chicos, pero bueno, desaparecieron los ingresos, y también ese buen Gradus.

Y cuando acababan de meter a Gradus en la tierra, también se fue Peter.

Desaparecidos el Largo, Gradus y Peter, ahora el cuarteto tiene que cantar para Nuestro Señor, para los ángeles, para todos los espacios creados por Dios. Qué cosas, ¿verdad, Crisje? También por Gradus se encendieron los cirios, también por él llegaron a rezar las personas, pero allí Jeus no vio nada, por más que dijera: “Ruega por nosotros, Torre de David... ruega por nosotros...”. No vio nada del tío Gradus.

El ser humano puede construir castillos en el aire. No hay quien se lo prohíba, tampoco Nuestro Señor, aunque de repente lleguen a llamarlo y entonces debe inclinar la cabeza ante cientos de miles de asuntos. Aunque uno vuelva a encontrarse a diario con todas estas injusticias, no hay quien sepa por qué, Crisje, y aun así todas estas cosas aparentemente duras e injustas tienen razón de ser. No existirían si “el” ser humano no las hubiera traído a la vida y eso ya lo aclarará Jeus. ¡Solo entonces, querida Crisje, esta humanidad conocerá, a pesar de todas estas maldiciones, de esta necesidad inhumana, a un “Padre” de amor!

Una noche, Crisje está delante de la estufa, pensando. Un poco después,

Jeus la ve llorando. Dentro de él surge un movimiento, no sabe lo que va a pasar, pero las fuerzas que lo alcanzan y entran en él dominan su personalidad y ahora sale de su boca:

—Cris, pensaba que en realidad eras más fuerte.

—¿Qué dices, Jeus...? —Se asusta Crisje... y pregunta... Es como si Hendrik le hablara, y ya se oye:

—Actúas como si hubieras perdido el juicio, Cris. Exactamente como la gente que no tiene fe, que se destruye llorando por sus preocupaciones. ¿Qué era lo que siempre me enseñaste a mí, Cris? Y si te digo, Cris, que aquí estoy yo mismo, que vivo, Cris, ¿no podrás entonces mostrar más voluntad, Cris? Pero ¿tan difícil es entender que te estoy hablando, Cris? Afánate por encargarte de las preocupaciones, Cris, y piensa en nuestros hijos. Después de todo, tienes a Jeus allí contigo (—dice).

De pronto se detienen las palabras. ¿Qué tiene que pensar de esto? Hendrik le está hablando, y todavía oye:

—Cris, me tengo que ir. Pero prométeme que no te quedarás con el ánimo por los suelos. No existe quien pueda separarnos, ni a golpes, Cris. Jeus tiene razón. La gente está dormida, Cris, y ¡Nuestro Señor lo sabe! Ahora Jeus está poseído por mí, Cris. ¿Sí sabes lo que dijo el señor párroco, no? Ahora está poseído por mí, Cris. Adiós mi Cris, tengo que trabajar.

Jeus despierta, no sabe lo que dijo. Crisje no se atrevió a decir una sola palabra, porque lo que salió fue:

—Sí, Jeus...

No se atrevió a decir "Hendrik". Pero ¡es un milagro! A Jeus le dio sed, está exhausto, es un acontecimiento raro, no se da cuenta, ¡no sabe nada! Pero Crisje volvió, se ocupará de su tarea, no debe estar afligida, ¡Hendrik vive! Entiende que esa sí sería una vergüenza para Nuestro Señor, así que ahora: manos a la obra. Un poco después está ocupada con el desastre de los chicos, pero sigue pensando, 'Qué suceso tan milagroso'.

La gente la sigue y piensa que es valiente. Johan se esfuerza, pero cinco marcos no alcanzan para que coman ocho personas. Crisje ya está en la tierra antes que los demás y trabaja hasta partirse el lomo. Pero van pasando las semanas y los meses. Jeus todavía no ha oído nada de su padre. Y esa falta va carcomiéndole el corazoncito. Tampoco José se asoma y Jeus no sabe dónde está su Largo. Tiene mal aspecto y ya no puede comer. Ahora Crisje se preocupa por Jeus. Claro que papá está muy ocupado, lo puede entender, pero ¿por qué tarda tanto tiempo? Todo eso será muy cierto, pero ¿dónde está papá? ¿Tiene que volver ahora! ¿Se ha olvidado de él? Le empieza a sangrar el corazoncito, ¿no lo ve papá? ¿No tiene idea el Largo?

Llega a tal punto que Crisje tiene que llamar a un médico. El niño ya no se puede sostener en sus propias piernas. Los otros chicos ya han superado

la pérdida de su padre; él apenas tiene que empezar a hacerlo. El médico no logra encontrar nada, y aun así hay fiebre. Jeus está en los huesos, santo cielo, ¿tendrá Crisje que perderlo también a él? Entonces la vida ya no significaría nada.

Pero ¿dónde está papá? ¿Por qué no viene? Ya no puede hablar, espera. Crisje no sabe qué hacer. Se azota a sí mismo, se pega, ahora su alma y gracia están recibiendo una paliza. ¿Jeus también morirá? Dios mío, eso va a ser demasiado en una sola vida.

Crisje reza y vive viacrucis tras viacrucis para Jeus. También el señor párroco la ayuda a rezar, esto es demasiado para un ser humano. Ahora está otra vez ante La Parca y quiere llevarse a Jeus, pero eso no puede ser, ¿no? Jeus está delirando, Crisje oye varios nombres, pregunta en sueños por el Largo. “Papá, ¿por qué es que me haces esperar tanto...?”, oye Crisje que Jeus grita en estado de delirio, de modo que se le rompe el corazón. Lo entiende, solo ahora perdió a su padre. Los imponentes problemas por los que pasó lo sacaron a golpes de la realidad material. ‘¿Qué estará ocurriendo dentro de este niño?’, se pregunta Crisje. El médico no puede ayudarlo, no logra encontrar nada, aquí no funcionan las pócmias. No quiere ver a ningún amiguito, ni a Anneke, a nadie; se está consumiendo. Y ¿dónde está el Largo, dónde se metieron? Aun así el médico está al lado de Crisje y hace todo lo que puede. Admite con franqueza: no lo sabe, pero habrá que tener un poco de paciencia. Habla al respecto con otros eruditos, y está considerando consultar a un colega famoso.

Jeus ya lleva quince días con estos líos, con fiebre y delirios, pero no hay mejora. Fanny tampoco puede ayudarlo, no quiere verlo. Aunque Fanny esté acostado día tras día frente a su cama, ahora no es capaz de sacarlo de su estado, para eso hace falta algo muy distinto. El decimosexto día de esta alta tensión ocurre algo. Crisje recibió la primera palabra en días. Le pregunta al niño:

—¿Vas a dormir bien ahora, Jeus?

—Sí, mamá, creo que hoy podré dormir.

Crisje ve que un poco después está profundamente dormido por primera vez en semanas. ¿Irían a cambiar las cosas? ¿Se le concederá conservar a Jeus?

Jeus se queda profundamente dormido, pero es el sueño para poder jugar encima de las nubes. Menos de cinco minutos más tarde vive en aquel otro mundo, y mira a los ojos a su amiguito José.

—¿Qué haces aquí, José? ¿Y dónde estará papá?

Los amiguitos se abrazan. José le dice:

—Corto flores para ti, Jeus.

—¿Qué dices, José?

—Estas flores son para ti.

—Qué amable, ¡de verdad! ¿Por qué no viniste antes, José? ¿Por qué tuve que esperar tanto?

—Tenías muchas cosas que preguntar, ¿verdad? Pero todavía no había llegado el momento, Jeus. Tenemos que ver con el tiempo, y eso tú lo olvidaste.

—Debí haberlo sabido, José.

—Debiste haberlo sabido, Jeus. La gente quiere tener todo en el momento que ellos decidan. Pero no siempre se puede. Este es el tiempo de Nuestro Señor, Jeus, y pudiste haberlo sabido.

—Tienes razón, José.

—Claro que tengo razón. A esto no se le puede quitar nada. Pero te enfermaste por tus propias cavilaciones.

—Y ¿no podías haber venido un momento a verme?

—No, no era posible, no tenía nada que decir en eso. Y porque todavía no era tu momento te dejaron por allí buscando. Te pusiste demasiado de los nervios por nada.

—Ahora sí que me dan ganas de tirarme de los pelos, José.

—Lo puedo entender, pero ¿te hará más sabio?

—No, es cierto, otra vez tienes razón.

—Tu madre también tuvo que hacerlo. Y es inclinar la cabeza, Jeus.

—Lo sé, José, y ya no me volverá a pasar, ¿verdad?

—Claro que no.

De repente ha cambiado. Tiene ganas de darse de golpes de felicidad por haber aprendido tanto allí. Empieza a comprender que quiso tomar las leyes de Nuestro Señor en sus propias manos y eso no se puede. Jeus no sabe lo que su Largo quiso lograr, pero hizo que aprendiera. Aquí no se aprecia la rebeldía. ¡Ya desde ahora su “Largo” reprimió esos sentimientos! A su personalidad no se le concede preguntar ni querer, tiene que inclinarse y esperar en gratitud, pero todavía no era capaz de hacerlo. Ahora ese inclinar la cabeza tomó posesión de su alma y ¡todo eso es para más tarde! Se dio una buena paliza a sí mismo. Ahora vive en un bello entorno. Hay flores, hay pájaros cantando, este es el paraíso. José camina con él por este entorno rico, se cuentan cosas bellas, ya se le olvidó su miseria de allá. De repente ve al Largo, se le viene acercando como si nada.

—Jeus, ay mi Jeus.

—Papá, mi propio papá. Soy tan feliz.

Cuando ha terminado de llorar, también se une el otro Largo, y ahora Jeus está en los brazos de este. Se le dice:

—Ahora quiero que escuches, Jeus. Para el mundo, tu padre está muerto, pero aquí está vivo. Y tú lo sabes, ¿verdad?

—Claro.

—Ese morir de allá no es un morir, ahora lo estás viendo. Aquel otro yace

ahora en la tumba, pero el de verdad está aquí, donde Nuestro Señor. Si allá hubieras reflexionado un poco más, lo habrías podido pensar por tu propia cuenta. ¿Cierto o no?

—Sí, lo sé.

—Pero querías recuperar a aquel padre, ¿no es así? Pero aquí tenemos que obedecer a Nuestro Señor y tú no pensaste en eso.

—Me dan ganas de tirarme de los pelos.

—Entonces será aún peor, Jeus. Ya tuviste suficientes líos. Pero esto es todo. Querías arreglarlo con rapidez, en unos pocos días. ¿Acaso te tomó el pelo tu padre?

—No, claro que no.

—Y ahora de golpe eres un chico mejor, Jeus. Tu padre tiene que trabajar para Nuestro Señor. Ahora tienes que dejar a tu padre en paz, Jeus. ¿Lo puedes entender?

—Sí, claro, lo puedo entender.

—Es todo lo que te quería decir. Ahora puedes hablar con tu padre.

Tomados de la mano, el Largo y Jeus caminan por el paraíso de Nuestro Señor, uno de los millones de mundos creados para el ser humano por el Dios de todo lo que vive, para muchos ¡el “atrio”...! El Largo y José, el otro se aleja un momento, le muestran mundos. Ve montañas imponentes, aguas claras como el cristal y los pájaros vuelan a su encuentro. La vida es milagrosa, oh, qué bella es si sabes todo esto y lo puedes aceptar. Y entonces es hora de volver a la tierra. Ahora también su Largo está otra vez allí. José se despide de su amigo, pero le promete que volverá más tarde. Pero eso está en manos de su Largo, y Jeus lo puede entender. Se despide de papá y de su ángel. En la tierra son las seis. Anoche, Crisje no pegó el ojo. Oyó casi cada palabra. El Largo le habló un momento a través de Jeus. Jeus no tiene que contarle nada, sabe todo.

—Dios mío, mamá, los lugares que visité anoche.

—Ahora bebe algo, Jeus, ya lo sé.

—Mamá, estoy mejor.

—Lo sé, Jeus.

—Papá vive, mamá.

—Sí, Jeus, papá vive y ahora tiene que trabajar para Nuestro Señor.

—¿Te lo dijo papá, mamá?

—Sí, lo sé.

Cuando llega el médico puede constatar que el niño está mejor. ¡Las oraciones funcionan! ¡Rezará el viacrucis sirve! Dios oye las oraciones humanas. Pero ¡todo es diferente! El ser humano recibe su vida y muerte en sus propias manos y ¡solo entonces comprende a La Parca! Esta no tenía nada que ver con todo esto, ¡nada! No hace falta degollarla. Jeus la conoció, también el Largo,

Peter y el tío Gradus, pero estaban en otra parte, ellos también tienen que trabajar para Nuestro Señor. Y ¡todos esos millones de hijos trabajan por el despertar de esta "Humanidad"!

Jeus habla con Crisje sobre la vida detrás del ataúd. ¡Ellos saben! Pero las semanas pasan volando, vuelve a llegar la primavera y ahora Jeus deja la escuela. Lo aprobó, puede decir: eso ya pasó. Mamá, ahora voy a trabajar. Fue a la fábrica de escobas a escondidas y allí lo contrataron. Jeus va a ganar dinero para Crisje y los chicos. Es su familia, tiene que cuidar a Crisje y los niños, para eso se va a dejar la piel.

Bernard le hizo un pantalón largo. Le queda muy bien. Al momento de ponérselo, deja atrás de manera consciente y humana su milagrosa juventud, ahora forma parte de la sociedad. Cuando luego entre por la puerta de la fábrica de escobas, esa misma puerta lo blindará para este paraíso, pero le dará un pensar y sentir nuevo; Jeus aprenderá mucho.

—¿Estás contenta, mamá, de que me vaya a trabajar?

—Sí, claro, Jeus.

—Entonces también habremos dejado atrás las preocupaciones, mamá.

—Sí, es cierto, Jeus.

Crisje le da sus pensamientos más bellos. Jeus abraza la vida de ella. Los niños disfrutaban después de salir de la escuela, él no: ya tiene ahora la sociedad en la cabeza, ¡tiene que ganar dinero! ¡Tiene sobre los hombros una tarea pesada! Corre otro poco por los bosques con Fanny. No olvidan un solo lugar en el que hayan estado en esos años. Ahora blindan imagen tras imagen para su vida. Eso ya pasó, Fanny. No volverá, pero seguiremos construyendo. No tenemos de qué quejarnos, Fanny; cuando seamos adultos volveremos otra vez a todo esto bello y entonces conoceremos todos esos poderes y fuerzas. Claro que sí, Jeus, así sucederá.

Esta mañana beben juntos su taza de café. Jeus está en la silla de su padre. Llevan una gloriosa conversación, juntos viven la impresionante belleza de la vida. Porque saben que papá está todavía allí, de lo contrario sería imposible. Ya juega a ser el padre. Quiere poseer esos mismos derechos, ahora los niños tienen que obedecerle.

Crisje le ayuda a ponerse la chaqueta. Y entonces tiene que irse. Lo besa, incluso tres veces. Ahora están ante la puerta, la primera; la siguiente cerrará su juventud. Lentamente y con delicadeza, Crisje abre la puerta de la calle.

—Adiós, mi Jeus.

—Adiós, mamá.

—¿Te cuidarás bien?

—Sí, mamá. ¡Hasta esta tarde, mamá!

Se va. En su pantalón lleva la rebanada de pan, el termo de café lo tiene en las manos. ¿Quién es ese?

—Dios mío, papá, ¿viniste para llevarme?

—Sí, Jeus. Nuestro Señor me dio un breve permiso para llevarte.

—Te doy las gracias, papá.

Recorren la Grintweg tomados de la mano, con Fanny a su lado. En cinco minutos están en la fábrica de escobas. Primero Fanny tiene que saber a qué hora tiene que recogerlo. Fanny corre de vuelta adonde Crisje para contárselo.

—Y ahora: adiós, Jeus. Cuida bien a mamá y a los niños. Yo me encargo de lo demás.

—Sí, papá, lo haré.

Durante un momento se miran a los ojos, pero entonces el Largo se disuelve ante él, y Jeus está frente al portón. Este suceso cierra su juventud implacablemente. La reja se cierra detrás de él. Empezó una nueva vida.

Adiós, Fanny, te veo esta tarde.

Fin

La parte 2 lleva como título:

‘Jeus entre la gente’